

Ruelas Biorato



El
tiempo
que nos
falta

El tiempo
que nos falta

El tiempo
que nos falta

Ruelas Biorato

Copyright © 2019 Ruelas Biorato

Diseño de cubierta: Christian Hernández

Imagen de cubierta: Oleg Ivanov

Todos los derechos reservados.

Para Isabel, que me acompañó
mientras hacía de este mundo otro,
dejándome soñarme, destruirme,
complicarme y abandonarme.
Gracias por enseñarme a medir el silencio.

Contenido

Capítulo 1

Maestro de nada.

¿Te gustaría vivir deliciosamente?

Somos lo que no somos.

No faltan amigos.

Siempre la misma guerra.

La implacable melancolía de la hora feliz.

A falta de insolencias.

Escala de valores.

Conciencia de mi cuerpo.

Esta boca es mía.

Culebrita de plástico.

Lo que más estraga la inteligencia.

Las mujeres eran tristes.

Con el sol tibio.

Un cielo de colores.

Los vacíos de la tierra.

Los animales me adoran.

Una pesada malignidad.

Recuerdos negros.

Paracetamol como método anticonceptivo.

Disfraz de mujer.

Me importa un bledo la eternidad.

El silencio venía.

Un alma colectiva.

Capítulo 2

El sol no se ha apagado.

Ojillos maliciosos.

Murmullo de groserías.

La maldad no le teme al diablo.

Las estrellas se escondieron.

Olor a rincones polvorientos.
Habitantes de un espacio desocupado.
Una lumbrería derretida.
El canto de la manada.
En el filo de dos orillas .
El cielo desnudo.
Entre el humo sofocante.
Donde los pensamientos duelen mucho.
Tonterías de poetas.

Capítulo 3

Bailamos oscuros.
La joyería en el infierno.
Un suceso banal.
Se volvió un alacrán.
De la tumba a los recuerdos.
La boca más roja.
Privado y exclusivo.
Renacer en un pato.
Con ganas de soñar.
Algunos eligen ver la monstruosidad de este mundo.
Los elegidos y los condenados.
Transporte de cerdos.
A veces el ocaso se confunde con el alba.
Sangre de horchata.
Al día siguiente hubo algunos muertos.
Los extraordinarios tormentos.
Las malas manzanas son las primeras en caer del árbol.
Con maligno regocijo.
Siniestras palabras.
Lo que tengo que decirle.
Ojos negros tienes.
Con extraordinaria ternura.
Una actividad muy dudosa.

Mitad luz y mitad sombra.
Era un don nadie.
La muchacha andaba inquieta.
Cadáveres calientes.
Mi lugar entre sus brazos.
Pepenadores de tiempo.
Se siente sin ti.
Los hombres tienen mala leche.
La noche vino a conocernos.
Disculparse sólo si seguimos vivos.
Átomos.
De la cuna nos viene la tristeza.
Pedazo de víbora.
Presas de la libertad.
El crimen perfecto.
Tu mano en la mía.
También de la cuna la alegría.
La era del aullido.

Capítulo 1

Los pensamientos
(O el ojo en el microscopio)

Maestro de nada.

Se había disparado la alarma de mi carro fuera del edificio donde estacioné hace un par de horas. Pienso que no es gran cosa. Eso pasa a veces. La alarma de los carros se enciende.

No puedo evitar distraerme. No podré alcanzar mi cuarto orgasmo.

Un hombre, del cual no recuerdo su nombre, hace su mejor esfuerzo para aparentar que todo esto no es sólo un truco desesperado de la vida para no extinguirse.

Empiezo a notar el frío que entra por la ventana abierta. Toca la punta de los dedos descalzos de mi pie derecho, llega hasta el costado de mi cadera. Debí cerrar el cristal cuando me desnudaba frente a este sujeto que ahora ya ni se preocupa por hacerme entrar al juego.

No sé cuánto tiempo hemos sostenido esta posición, aunque no es la posición más demandante para ninguno de los dos, es más bien la posición aburrida de uno arriba y yo abajo, donde el que tiene la libertad de movimiento se aprovecha de la ventaja para acelerar su placer.

Ya no se escucha la alarma, no sé si se apagó o no la puedo escuchar por encima de la respiración de mi compañero sexual.

Su boca justo frente a mi oído y su nariz hundida en mi cabello. No logro recordar si hoy usé doble champú.

Vas a pensar que soy una de esas mujeres que escuchan halagos y hacen como que no les importan, y luego escuchan insultos y hacen como que no les duelen. Pero no soy insufrible, sólo vanidosa.

No me preocupa que este hombre huela la humanidad en mi cabello. Me preocupa que piense que soy fumadora.

Antes, hace unas horas, estaba sentada en una silla de un bar. Una mujer se sentó a mi lado y comenzó a fumar. No le dije nada porque puedo ser vanidosa pero no grosera. Le mandé mis condolencias a sus pulmones en una sonrisa que ella aceptó de buena manera. Después me dediqué a mirarme las arrugas de la blusa debajo del ombligo. Lo recuerdo ahora porque un hombre me ha invitado a su departamento, me ha dado alcohol, me ha hecho quitarme la ropa y ahora mismo está oliendo mi cabello mientras trata de controlar su lado salvaje y recordar que no quiero que termine dentro de mí.

Tal vez no quiera terminar. Pensará que en cuanto termine va a recostarse sobre su espalda y yo voy a estirar mi brazo hasta mi bolsa, sacar un cigarrillo y ensuciar más mi cabello. Buscará una excusa para levantarse, abrir más la

ventana para que salga el humo y después me va a preguntar cómo entré al vicio del tabaco. ¡Pero es que ni siquiera fumo! Y ya no sé qué es peor. Que exista la posibilidad de que mi cabello huela a humo, o que él lo esté oliendo.

Un gemido entrecortado significa que va a cambiar de posición. Lo miro directamente a los ojos, desentendida, desorientada, casi molesta. Quiero que sepa que estaba por tener un orgasmo y que lo ha arruinado su ventana abierta.

Me toma de la cadera y me gira boca abajo. Acelera el ritmo y trato de acompañarlo.

Le dije que no terminara dentro de mí, ni siquiera con el condón en su lugar, pero me ha ignorado. Después del gimoteo habitual resopla y me libera. Queda hincado en la cama y yo aprovecho para levantarme y cerrar la ventana.

Tomo la sábana y envolviéndomela me tiro a su lado. Masajeándose la frente con una mano trata de alcanzar el condón con la otra. Le doy una de mis manos y entre los dos logramos deshacernos del plástico. Se tira a mi lado sin siquiera mirarme.

Quiero que sepa que sigo molesta y me levanto para salir de la habitación. Voy a orinar, pero quiero que piense que puedo irme así de fácil.

Pierdo más tiempo del que debería en el baño. Leo la etiqueta de su crema para rasurar, compruebo que su jabón huele bien, que la botella de champú no esté sucia, me arreglo el cabello, corro el agua del inodoro y salgo.

A la distancia se escucha la alarma de mi carro una vez más. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, distinguen el florero dorado que tanto odié desde que lo vi cuando entramos. Tomo la perilla de la puerta y espero para girarla, pienso que debería decirle que ningún ser humano debería tener un florero dorado con girasoles de plástico en su casa, pero no quiero arruinar el momento. Es el primer hombre que se me acerca, o mejor dicho, el primer hombre al que dejo que se me acerque desde que terminé mi última relación. Es preferible no hablar de eso por ahora

Giro la perilla y lo encuentro poniéndose los pantalones. Ha encendido la luz y veo cada detalle en su espalda.

Me mira de reojo y no hace ninguna expresión. Me siento en el borde de la cama y espero. No diré nada, el que realmente espera es él. Cruzo mi cuerpo por el colchón y tomo mi bolsa. Encuentro las llaves de mi auto y aprieto el botón que silencia la alarma. El ruido no se detiene.

—No es necesario que te quedas a dormir —me dice sin ningún aviso.

—¿Disculpa? —le digo, haciéndome parecer confundida.

Me ha dicho claramente que quiere que me vaya. Mi ego me dice que

debería actuar ofendida.

Me abordó con gracia, me invitó unos tragos, me hizo sentir interés en él, me invitó a su departamento y pensé: “eres una adulta, él es un adulto, quiere tener sexo contigo, tú quieres tener sexo con él, así funcionamos las personas”, dije que sí y ahora me está pidiendo que me vaya.

No es que me hubiera gustado quedarme. Sabía que esto sería una cita de una sola noche. Tampoco me preocupa que piense que soy lo que mis padres conocen como una chica fácil. Es que no puede ser de otro modo. Tener sexo es fácil. Lo difícil es aceptar que podemos hacerlo. No tengo problema sabiendo que no lo volveré a ver, pero lo que dice me desorienta.

—Voy a estar ocupado estos días. Confío en que puedo llamarte para hacer una cita el fin de semana.

Se sienta a mi lado y me toma de la mano.

—La pasé muy bien contigo —me dice. Se levanta y abre un cajón, de donde saca su cartera—. Sé que ofreces el paquete completo, pero como te dije, no hace falta que te quedes. De todas maneras, hagamos de cuenta que recibí todos los beneficios.

De su cartera toma cuatro mil pesos y los pone en el buró junto a mí. Me mira una vez más y sonrío. Toma un par de billetes y los pone encima de los otros.

—Soy de los que da propina.

Llámalo intuición femenina, pero creo que me ha confundido con una prostituta.

Se pone la camisa sin abotonar y se sienta a acomodarse los zapatos. Me dice que tiene que estar en un sitio donde ha quedado con algunos amigos.

Piensa que soy una prostituta y no sé si deba aclararlo. No sé si sentiría más vergüenza al decirle que no lo soy. Se va a burlar de mí. ¿Acaso no lo ha hecho ya? No voy a darle doble satisfacción. Triple si contamos el orgasmo que le regalé... o que le hubiera regalado si no fuera porque acaba de pagar por él.

Me sonrío una última vez y se levanta. Toma su reloj y mientras se lo pone se despide.

—Por favor deja tu tarjeta con tu número en el buró y cierra la puerta cuando salgas.

Sale de la habitación. Lo miro subiendo a su automóvil y alejándose por la calle. Me retiro de la ventana. Estoy sola y sigo muda.

¡Prostituta! Salgo a socializar como si fuera cualquier día y ahora soy una

prostituta.

Se vuelve a disparar la alarma del carro. Tomo las llaves sin terminar de subirme los pantalones, aprieto el botón varias veces, pero no se calla.

Necesito salir de aquí lo antes posible. Necesito cambiarme de ciudad, de país, de planeta. Un hombre cree que he tenido sexo con él a cambio de dinero, pero ¿cuál ha sido el problema?

Me siento en la orilla de la cama y, una vez me he calmado un poco, repaso la situación.

Quiero estrellar su televisor como venganza, quiero voltear sus muebles y romper sus cristales, quemar la cama, o dejar la ventana abierta y que sin notarlo llegue a dormir para que se congele hasta la muerte. ¡Que le deje mi tarjeta!, dijo.

Termino de vestirme y me sujeto el pelo detrás de la cabeza. Tomo mi bolsa y abro la puerta de la habitación. Olvido apagar la luz, o la dejo así para tener el pretexto de volver. Estoy por salir del departamento y regreso. Miro el dinero y una extraña sensación se mete en mi cabeza.

Comienzo a buscar en todos los cajones alguna evidencia de que no soy una prostituta, sino de que este hombre es un idiota. Hay fotos, crema para los pies, lapiceras, pedazos de recordatorios escritos en papeles muy viejos, botones, un celular apagado, baterías, unos lentes, condones, papel de baño, documentos, una libreta, hilo y aguja, una corbata hecha nudo, un cortaúñas, varias tarjetas de presentación, aspirinas y una linterna. Sobre su escritorio esta la foto de su graduación. Supongo que esos son sus padres. Si supieran la vergüenza que me ha hecho pasar su hijo, no estarían tan orgullosos de él.

¿Es que yo tuve la culpa? Fui una mujer normal, sentada en un bar, respirando humo de cigarro y tratando de adelantar miradas a cualquiera que tuviera la intención de devolvérmelas.

Sin pensarlo tomo el dinero y salgo con él en la mano. En cuanto la puerta se cierra detrás de mí me arrepiento de haberlo tomado. No puedo hacer nada para devolverlo. Debí dejarlo donde él lo había puesto. Se me ocurre pasarlo por debajo de la puerta, pero es ridículo, sería mucho más vergonzoso que haberlo tomado. ¿Me gusta la vergüenza? Para que quede registro de que lo dije: nunca he disfrutado de ella.

Respiro un par de veces tratando de decirme a mí misma que ya nada se puede hacer, que tengo que salir de ahí, que todo estará bien si no vuelvo a encontrarme con él nunca más, que sólo debo olvidarlo.

¡Otra vez la maldita alarma! ¿Quién está tratando de llevarse mi estéreo?

En la intranquilidad de la calle, una vez he bajado los dos pisos desde la puerta del departamento, me doy cuenta de que no es mi carro el que ha estado pidiendo ayuda. Encuentro las llaves en mi bolso y abro la puerta, pero no entro.

Esta noche fui una prostituta, una dama de compañía, una novia de pago. Mañana volveré a ser quien soy. No tuve un cuarto orgasmo, pero tengo cuatro mil cuatrocientos pesos en la mano.

¿Te gustaría vivir deliciosamente?

Viendo el edificio donde está mi departamento me doy cuenta de que la prostituta ha quedado al otro lado de la ciudad, encerrada en una habitación fría, condenada a nunca tener su cuarto orgasmo.

Vivo aquí, en el departamento C, primer piso, a la izquierda.

Discúlpame, ni siquiera me he presentado.

Hola, mi nombre es Clementina y soy una adicta a la incomodidad social. O eso parece. Este es el momento en el que tú me dices en un corito vomitivo: “¡Hola, Clementina!”. Después yo sorbo los mocos y me paso las mangas de mi suéter por la nariz, volteo los ojos y digo: “Llevaba meses sobria, pero esta noche me acaban de humillar”. Por supuesto que sobria en este contexto significa sola, y me acaban de humillar no es más que otra forma de decir que sigo siendo la misma de siempre.

Tengo veintiséis años y he estado en el borde del matrimonio y sus desgracias en dos ocasiones, con dos hombres diferentes. Al final terminé dejándoles el anillo que me habían prometido.

Sí, adivinaste; mis padres todavía están casados. Y sí, también acertaste en eso; tengo mi vestido de novia metido en una bolsa para cadáveres colgado en mi armario.

No hablo directamente del corazón. Pero debes comprender que acabo de terminar una cita con un hombre medianamente atractivo, poco interesante, y no ha salido del todo bien.

Ni siquiera estuvo tan bueno el sexo. Has de pensar que ahora soy una ardida. Si tuve tres orgasmos al menos estoy obligada a decir que estuvo bien. Simplemente bien. Un orgasmo es normal. Dos orgasmos son suficientes. Tres orgasmos están bien. De ahí en adelante comenzamos con los superlativos. Pero tengo tantas preguntas en la cabeza. Como: ¿Puede un hombre hacerle a una mujer lo que me acaba de hacer este hombre a mí? ¿Qué muestras di para ganarme una reputación de este calibre en una sola tarde?

La primera vez que salgo con el propósito de que un hombre me aborde con intenciones románticas, es decir: sexuales, después de terminar mi último intento de conseguirme al eterno, y termino en una habitación con un hombre que me pagó por un servicio.

¡Y tomé el dinero!

No soy de las que entran a su casa y avienta los zapatos como si fueran

dados en una mesa de apuestas, pero hoy no me importa. Lo primero que hago es entrar al cuarto de baño y mirarme directamente en el espejo. ¿Qué vio este hombre en mí para pensar que soy una prostituta? Debo seguir pensando que es un idiota. Ésa es la única respuesta que tengo. Es uno de esos monos egoístas que creen que el mundo está a sus pies. A este se le metió la idea de hacer pasar un mal momento a una mujer, que terminé siendo yo.

¡Le costó cuatro mil pesos la broma! ¿Cómo te desprendes de ese dinero por un orgasmo? Claro, no fue sólo un orgasmo, no soy una máquina que activa impulsos en el cerebro. No directamente. Me dio ese dinero por mirarme desnuda, por escuchar mi voz de placer, por tocar mi piel; toda la que quiso tocar, por probarme, por hacerme probarlo, por escucharme en el borde de la locura tres veces en menos de media hora.

Lo que me molesta y no puedo dejar de pensar es: ¿Y si no me hubiera pagado?

Si no me hubiera confundido con una prostituta, habiéramos pasado por lo mismo, excepto la humillación de que te digan prostituta.

¿Acaso estoy exagerando? Lo que me tranquiliza un poco es pensar que no he hecho nada malo.

Pero, ¿y si me ha estado siguiendo? ¿Y si todo esto es una trampa organizada que lleva mucho tiempo planeándose? ¿Y si es uno de mis excompromisos tratando de burlarse de mí? ¿Y si es una broma para un programa de televisión triple equis?

Tengo que enfocarme. Pensar de esta manera es un infierno, pero ¿qué me queda? ¿Irme a dormir? ¡Imposible! Es que me acaban de violar. No. Ok. En cuanto lo dije sentí que ya estaba saliéndome de los parámetros.

¿Qué hice? Quiero vomitar. Quiero regresar el tiempo y decidir que no me veía bien en estos pantalones, así no habría salido esta tarde.

Mejor me voy a dormir.

No hay maldad en temer, hay maldad en creer que quien teme es débil.

Siempre hay una excusa para pensar que lo que hacemos no nos debilita. Pero la verdad es que anoche perdí. Jugué a que era una persona y terminé sintiéndome la sombra de una.

Los laberintos de mi cabeza terminaron cerrándose todos, girando sus esquinas para llevarme al centro sin importar que camino tomara, y en ese centro beber de la fuente de agua de la baja autoestima.

Tengo tantas ganas de llorar, y toda esa fuerza se olvida de que tengo ojos

para hacerlo y se va a mis puños. Quiero golpear al que anoche me dio dinero, quiero verlo a los ojos y humillarlo, hacerle saber que ha cometido el mayor de sus errores, que vea que conmigo tuvo la oportunidad más grande de su vida.

Pudimos despertar juntos en su cama, sonreír un par de veces como estúpidos, pensar en cómo íbamos a tomar el desayuno, comenzar a compartir lo que somos y lo que tenemos.

¡El tipo era un palo de paleta! Cómo puedo imaginarme en mi vestido de novia frente a él.

Abro la ventana para que entre el frío que anoche me molestaba. No quería levantarme, pero tengo que orinar. ¿Qué tendrán todos los domingos que te aplastan el corazón y te jalan las piernas al piso?

Ayer no estaba hablando en serio. No soy tan superficial. Sé lo que es. También sé que estaba sentada sobre la pelvis de un hombre, lo que te hace sentir la mujer más poderosa del mundo. Estoy por tener un orgasmo, me voy a casar con este hombre. Mi segundo orgasmo; debo ser una reina. Para mi tercer orgasmo ya fui la amante de Freud y su inspiración para tantas perversidades escritas en sus libros.

Anoche fui una musa y una esclava. ¿No son todas las musas esclavas de lo que inspiran?

Las sábanas rosan mis piernas y me excito al instante. En un momento tengo la blanca barba de don Sigmund entre las piernas. En segundos estoy al borde de la frontera que no pude cruzar anoche por cuarta vez. Ya no es un psicólogo (casi) desmentido el que se mete con mis partes, ha tomado el control un montón de elementos confusos que rozan mi imaginación. Me gusta hacer como que escucho agua corriendo, como que puedo tocarla con mis manos, ¡y lo estoy haciendo! Dios mío, parece que me oriné encima. Pienso en humedad, pienso en el olor de la pintura, pienso en madera cortada, me gusta imaginar que rasguño un pedazo de metal oxidado, que esas vibraciones me sacuden el cerebro. Muerdo con fuerza una lengua que no es la mía. Hay alguien dentro de mí, no es un hombre sino una fuerza, un visitante espacial que no sabe lo que es un orgasmo y yo quiero que lo sienta a través de mí. El fuego que imagino resbalándome por las piernas es el que dispara el calor concentrado en el pecho, estoy por terminar.

Dos sacudidas, me encojo, hundo la cara en la almohada, me voy a cortar la mano con las piernas, pero no quiero sacarla. El mundo completo sale de mi cuerpo como si hubiera sido exorcizado.

Ahí tiene, señor Freud. No tengo cigarros, pero siéntase libre de tirarse a mi lado como cualquier cuero sin conciencia.

Todos los problemas desaparecen con un orgasmo. O con mucho alcohol. O con mucho dinero. O con muchas ideas. O con muy pocas ideas. Benditos sean los que no les gusta pensar.

Después de haber ayudado a intensificar mi espasmo pélvico, qué horror, ojalá nunca conozca a alguien que llame a un orgasmo espasmo pélvico, me levanto y ya no regreso a tender mi cama. Estoy consciente de que la he dejado arrugada, pero es domingo. Puedo hacer lo que se me dé la gana.

En la mesa de la cocina está el dinero que ayer gané con mi esfuerzo incógnito. Sentada frente a él me hundo en el pensamiento que más me gusta. Es un sonido que ya conozco. No puedo negarme a escucharlo. El silencio de la soledad. La necesidad de evitarlo, la culpabilidad de aceptarlo. Me da vergüenza decir que ya lo había sentido antes.

¡Qué tonta soy! ¡Tengo un nuevo cereal! Uno con chocolate, no uno de los que te ayudan a bajar de peso. Pero como no quiero parecer un puerco hambriento, y mucho menos uno que trata de esconder la decepción atragantándose con comida, le pongo granola. Entonces, para resumir, me hago creer que como saludablemente poniendo más comida en mi plato. Amo las ideas de las personas estúpidas. Me pregunto si entre ellas yo soy una reina o una fulana cualquiera. ¿Para ser la reina de los estúpidos hay que ser más estúpida que ellos, o sólo hay que verse bien en vestido de noche?

Es esto lo que significa tener miedo. Pasé toda la noche negándolo, pero despierto y me masturbo, almuerzo chocolate con avena y cacahuates bañados en leche *light*. Espero que alguien salga de la habitación y me abrace por atrás, que me dé un beso en la nuca y me sonría haciéndose cómplice de lo que pasó anoche, pero ese hombre no existe.

Busco la punta del hilo, un comienzo que me dé certidumbre, que desenlace el laberinto dentro de mí y me revele seguridad en el centro de la baja autoestima que entretengo con orgasmos.

Somos lo que no somos.

Antes de que todos lo noten ya me habré ido.

No disfruto mi trabajo en las frías oficinas del gobierno. Soy una empujapapeles cualquiera. Reviso documentos de permisos especiales que concede el gobierno para eventos y demás cosas que a la gente se le ocurre. Me aburro con sólo imaginarlo.

Es terrible pensar en volver al trabajo cuando es domingo, pero es más terrible pensarlo y que te guste la idea. Regularmente no me gusta. Me quedo en mi casa y hago como que entiendo las películas que nunca me hubiera gustado ver. Pero como tengo este instinto de corregir los errores que ya cometí, paso horas engañándome a mí misma, viendo las que parecen la misma película aburrida que tanto le gustaban al hombre con quien me iba a casar.

Al final perdí la cuenta de cuántas veces me dijo que era una alienada por no saber distinguir entre un drama y una comedia. Por supuesto las comedias que a él le gustaban no eran las comedias que a mí me gustaban, ni a nadie en el mundo.

Después de un rato ya nada importaba. Me bastaba con saber que ese hombre sería el que escribiría unos votos melosos y me los leería en el altar de una iglesia que parecería castillo, frente a mis padres y mis amigos. Más importante, frente a mis amigas. Estaría casada con este sujeto que me dejaba conocer sus secretos más ocultos, y a cambio yo sólo le daba cariño.

Fue eso lo que lo alejó de mí al final: tanto cariño. Suena a que soy una controladora asquerosamente pegajosa, pero no. Sólo tuve la decencia de no ser una bruja frígida como su mamá. Pero no todos los hombres valoran a una mujer completa y magnífica, que se vale de sus propios medios, como yo. Digo que tampoco valoro a una, no que yo lo sea.

Al final trato de decir que nadie es perfecto. Todos buscamos algo que no tenemos.

Cuando cumplí veinte años, mi novio... Iba a decir su nombre, pero mi psicólogo imaginario me recomendó no hacerlo hasta que estuviera lista, no sé si lo estoy, pero prefiero no recaer en caso de decirlo y no estarlo. Digámosle Primero, aunque en muchas situaciones no lo fue, y por haber un Segundo después. El caso es que Primero me propuso matrimonio. Mi mamá estaba muerta de la sorpresa. Era un joven elegante y educado, próximo heredero de una compañía de rentas de automóviles. Lo conocí en las clases de tenis a las que asistía por insistencia de mi madre. Era ella quien las pagaba. Dudo que

lo hiciera para emparejarme con uno de esos muchachos que parecían tener mejor vida que nosotros.

Viví un par de meses con él antes de casarnos y comenzamos a pelear por las cosas que no sabíamos del otro. Cosas básicas. Cosas que le pasan a toda la gente. En su caso: arresto por posesión de drogas. Haber perdido mi virginidad antes de conocerlo, en mi caso. Pese a todo, la boda seguía en pie. Hasta que un día lo encuentro sonriendo frente a su celular.

¡Por supuesto que sé que tiene otra! Hemos peleado por ello antes. Pero gana el raciocinio, la fuente de serenidad que me dice que sin importar cuántas mujeres le rondaran como abejas sedientas, yo sería la que se quedaría con él. Por alguna razón, me bastaba.

Estoy endulzando un limón. Nunca me quiso. Nunca quiso estar conmigo. Me compró un anillo, me compró el vestido; que tuve que regresarle por orgullo, pasó dos años conmigo, puso fecha a la ceremonia de boda, nos vamos a vivir juntos y luego me entero de que va a tener un hijo con una fulana que era su prima. ¡Qué asco de vida!

En fin, no quiero desenterrar los sentimientos más amargos que me dejó Primero. Mucho menos las palabras que nos dijimos.

No puedo evitar pensar que aquí estaríamos los dos, tal vez yo sería la embarazada luminosa, con una sonrisa gigantesca en la cara y las manos de mi esposo sobre mi barriga hinchada, pretendiendo que lo mejor que me hubiera pasado sería quedar embarazada, aunque llegara a mi casa a llorar porque no podría dormir y me dolerían los pies y las tetas. No estaría sola, o aparentaría que no lo estoy.

Después tuve el atrevimiento de encontrar a Segundo.

Nada extraordinario que contar sobre cómo nos conocimos. Por amigos en común, de lo más aburrido.

Otro par de años junto a un hombre que me hizo hacer planes a futuro, hasta que después de un revolcón, que según mi recuerdo debería tener un lugar en los libros de texto de la secundaria, Segundo se levanta de la cama y me dice que tiene que ir a bañarse, para nada extraño. Cuando salgo a buscarlo ya no estaba.

Llegó borracho a la casa de mis padres unas horas después. Habló con mi papá y dijo que no podía casarse conmigo porque no era lo que él estaba buscando, que quería ser un caballero y decírmelo en persona. Mi papá me hizo salir de mi habitación y estuvo a mi lado cuando me pidió el anillo de compromiso. Yo se lo di y me solté a llorar, no por el anillo, aunque era un

pedazo de joyería precioso, sino porque pensé que me quedaría soltera para siempre.

Al siguiente día volví a llorar y no paré en toda la semana. Con el tiempo ya no lloraba por Segundo, sino por mí misma y por mi papá. Vendió su anillo de bodas, convenció a mi madre para que también lo hiciera, y con el dinero me habían comprado el vestido que ya no iba a poder usar, y que ahora guardo en mi armario.

Cuando se canceló la boda con Segundo ya no me dolió tanto como la primera vez, no sólo porque no lo amaba con intensidad, sino porque fue un alivio darme cuenta de que no tenía por qué vivir de ese modo.

Hasta hoy todavía me duele no poder devolverle el dinero a mi papá para que vuelva a comprar su anillo de bodas. Si mi padre hace de este un lugar mejor, y lo hace, el mundo está en deuda con él.

El próximo mes cumplo un año de soltera. En realidad más, pero dejémoslo así.

Un año en la soledad no sólo es suficiente para enloquecer, también alivia el corazón, pero muda el odio del pecho a la cabeza. Una vez que encuentras las matemáticas del rencor, no dejas que otra cosa te nuble la vista. Mi odio por Segundo me hizo darme cuenta de que nunca fue para mí.

Me pregunto si es esto lo que piensa mi mamá del otro lado de la mesa, con su sonrisa condescendiente y sus buenos modales.

Visito a mis padres una vez al mes. Me quedo a comer con ellos y vemos una película. Yo traigo mi figura borrosa, mi mamá prepara la comida y mi papá pone la película.

La relación que llevó con mi papá es muy estable.

No quiero sonar pretenciosa, pero estoy segura de que lo soy todo para él.

No lo culpo. Lleva casado con esta bruja muchísimos años. En todo este tiempo nunca la he visto sonreírle. No entiendo por qué se casaron. Sueno como una doble cara. Creo que está bien tener un matrimonio poco confiable, siempre y cuando tengas ganas de hacerlo, pero cuando se trata de mis padres sólo me pregunto por qué no ha corrido él lejos de esta mujer controladora. Aún ahora que lo entiendo, que sé que todos tienen derecho a destruir su vida, no me imagino su sufrimiento. ¿Segundo hubiera terminado así a mi lado? ¿Hubiera terminado yo como mi madre?

—Pásame la sal, hija —dice ella. Su nombre es Laura, tiene como doscientos años en esta dimensión y se dedica a vender cosméticos de catálogos a sus amigas.

Tomo el salero y suelta una risita tratando de hacer cómplice a mi padre. Sé que dirá algo “gracioso”, así que me detengo y espero el balazo. Ve que tengo el salero en la mano y termina con una sonrisa.

—Exactamente a eso me refería, hija, a la sal de cocina. No a que me pasaras la mala suerte que tienes.

Le sonrío con desgana. Últimamente no nos llevamos bien. Desde hace como doce años, si te interesa. La adolescencia no benefició los débiles lazos que mi mamá y yo tuvimos alguna vez. Mi papá, por otro lado, no tiene que hacer nada más que mirarme y sonreírme para desbaratarme el corazón.

—¿Cómo va el proyecto? —me pregunta él.

Le tomo la mano y me atoro el cabello detrás de una oreja, me acerco para que me escuche sólo él. Hace unos meses le dije que quería comenzar mi propio negocio. Tenía esta maravillosa idea de una niña de nueve años, de tener una tienda de peluches hechos a la medida. Casi como un seminario-culto-club de haz tu propio muñeco. Compré algunos metros de tela, una máquina de coser, hilos, agujas, ojos de plástico, y al final no pude hacer ni un cojín.

—No sé, papá, lo nuestro nunca han sido las manualidades.

—No te preocupes, algo te estará esperando.

Su nombre es Rodolfo. Es conserje en un edificio de oficinas y los fines de semana ofrece sus servicios de pintor. Pintor de paredes, no de oleos. En esta familia no hay vena artística.

No entiendo cómo hacen para sobrellevar los gastos de esta casa. No con la vida que aparenta tener su esposa. ¿Cuánto le habrá costado ese vestido? No sabía que había tanto dinero en el mundo del maquillaje. Mentira, claro que lo sé. Acabo de comprarme un labial de cinco salarios mínimos.

—De cualquier manera no pienso dejarlo —le digo, sabiendo que miento, sabiendo que nunca voy a poder hacer ese negocio de peluches.

Me sonrío y sé que todo está bien. O que nada importa. Es casi igual. Le sonrío y le suelto la mano. Él voltea la mirada.

—He estado pensando en independizarme y seguir yo solo con el negocio.

—¿Por qué no lo habías hecho?

—Se necesita un medio de transporte.

Bajo la mirada sabiendo que hoy les dejaré cuatro mil pesos que no son míos. Escucho los deseos de mi padre y siento vergüenza por no poder tener suficiente para ayudarlo. Al final es sólo dinero. Sin importar de donde salga sigue valiendo lo mismo y sigue haciendo lo mismo por la gente.

Oculto otro mechón de cabello detrás de mi oreja y me llevo la cuchara a la boca.

Terminamos de comer y mi papá parece emocionarse. Me toma del brazo y se me acerca, contagiándome de su emoción.

—La película que vamos a ver hoy es de vampiros.

—Papá, espero que no te la hayan recomendado adolescentes, porque si fue así...

—No. Esta película es muy vieja. Los niños no ven cosas así.

Era Nosferatu, el vampiro. Mi madre se la pasó contestando llamadas y chismeando con sus amigas, hablando de las novedades del maquillaje y esas cosas. Mi padre estuvo callado toda la película, como suele estarlo. Al final yo no pude contenerme y lloré. Lloré muy fuerte, recostada en su pecho. Él no dijo nada. Apartó el plato de palomitas y me acarició el cabello. Cuando terminé de llorar me sentí nerviosa porque ahora tendría que explicarle la razón de mi llanto. Pero siendo increíble como siempre lo es, me dijo:

—Es una historia de amor. Yo también quería llorar.

—Sí, es una historia de amor. Pero también da miedo —le dije.

—Es casi como pensar que estás soñando y cuando tratas de despertar te das cuenta de que estás en la sala de tu casa, con tu hija a un lado. Si hubiera sabido que te iba a hacer daño, hubiera traído una de navidad.

—No me hizo daño, papá. He estado nerviosa. Era una película de terror romántico. Me pregunto si habrá otras parecidas. Aunque supongo que cualquier cosa romántica de hoy en día es terrorífica.

En cuanto el sol ya no se ve por la ventana me levanto y me despido. Le digo a mi padre que no se levante, que se termine sus dulces. Me gusta ver que come lo que se le antoja. A mi mamá le doy un abrazo y le susurro unas palabras porque está en el teléfono. Vuelvo a la sala y me despido de papá con un beso en la cabeza.

Voy de salida y recuerdo que traigo el dinero que quiero dejarles. Regreso y me vuelvo a sentar a su lado. Tomo el dinero de mi bolsa y se lo pongo en la mano. Él no me dice nada, pero veo que está a punto de rechazarme.

—Juntos vamos a comprarte esa camioneta.

—No. No. Clementina, no te atrevas a dejarme esto aquí —me dice cuando me estoy levantando del sillón.

—No necesito ese dinero, papá. Es como si nunca lo hubiera tenido.

—Pero te costó trabajo ganártelo, como a todos.

—La verdad es que no —le sonrío porque sé que no lo va a entender.

—No. ¡Clementina!

—Nos vemos el mes que viene. ¡Espero que la próxima película sea tan buena como esta!

Cierro la puerta y corro al auto para que no salga y trate de darme el dinero. Doblo en la esquina que sigue y rápido comienzo a sentirme sola otra vez.

No faltan amigos.

Esta mañana me levanté pensando en el pelo de Marilyn Monroe. Su boca roja cantando *Happy birthday, mr. President*, ahogada en un orgasmo racionado en estrofas.

Sentada en mi silla, arrinconada en mi escritorio, no tengo más que hacer. Tomo una carpeta de documentos y los reviso, los capturo en un archivo y paso a la siguiente carpeta. Cuando junto unas cuatro o cinco, me levanto y voy a sacarles copia a todos los documentos para archivarlos después en un... Será el aburrimiento o que ya son las once, pero tengo mucha hambre.

En el cuarto de las copias trabaja un niño que está prestando su servicio social de la preparatoria técnica. Muchas de las mujeres que trabajan aquí juegan con él. Le dicen cosas en doble sentido y le coquetean como pocas veces una mujer lo hace seriamente. No sé quién se burla de quién, al final todos quedan como idiotas.

A mí no me gusta meterme con él. A veces lo saludo, pero no dejo que saque mis copias. No está aquí para hacerme los mandados. Además, no soy de esas mujeres que creen que los caballeros deberían ser todos los hombres.

La caballerosidad es un arte que se basa en el detalle. No es para hacer más fácil el mundo de una mujer, sino para hacerle sentir que ella tiene un valor que no puede medirse. Aunque se supone debería ser sencillo, los hombres se las han arreglado para hacer de la caballerosidad un acto de caridad, un símbolo de lo poco que una mujer vale para ellos. Nosotras lo tomamos como si fuera la mejor de las representaciones de la conducta de un verdadero hombre.

No estoy dispuesta a quedarme dentro de un carro hasta que él dé la vuelta y me abra la puerta. No quiero que lleve mi bolsa. No necesito que me pase su chamarra cuando se está haciendo noche; si no traje mi propio abrigo fue porque decidí que prefería verme sexi y no cargar una cobija. No soy de las que necesitan que un hombre las salve. Soy una persona que busca hacer su vida con lo que le queda. Y como cada uno está haciendo exactamente lo mismo que yo, digo: dejen de joderse entre ustedes, y sobre todo, dejen de joderme a mí.

Ahí estaba el muchacho de las copias. Creo que se llama Brando. Prefiero no confirmarlo y sólo le doy una sonrisa cuando me mira. Ya sabe que yo misma hago mis copias.

El silencio nos atrapa en la habitación. Por lo general no me molesta el

silencio, es decir, llevo un año cosechándolo en mi casa. Pero entiendo que las personas respiran palabras.

—Tengo una pregunta un tanto extraña —le digo para evitar que se desmaye.

—Me gustan las preguntas extrañas.

—¿Has visto alguna foto de Marilyn Monroe?

—Ésa no es una pregunta tan extraña.

—Es que me levanté pensando en ella.

—He visto fotos, y algunos videos.

—¿Te gusta? —hay una línea muy delgada entre la conversación vacía y la conversación interesante, depende de la interpretación. Para mí era interesante, creo que para él era el signo de blablablá.

—Era bonita, pero soy de los que aprecian más a Audrey Hepburn.

Ok, yo traté de hablar con este mocososo.

Afirmo como interesada, pero en el fondo lo estoy juzgando como si me importara en verdad el tema que yo no estaba buscando. Mi postura dice que me ha herido que no haya dicho que idolatra a Monroe. Ni yo lo hago. Sólo me levanté pensando en ella y en su cabello ondulado.

—Yo creo que Marilyn era genial —le digo con mi tono resentido. Él queda enmudecido unos momentos y luego saca el armamento de los “maduros”: la comprensión.

—Te entiendo, era bonita. Creo que estaba bien. Pero Audrey era una verdadera actriz.

Ahora sí, maldito escuincle. Esto me saco por no dejar que la gente se pudra en el silencio incómodo.

—Pues tal vez Marilyn Monroe no era la mejor actriz, pero estoy segura de que después de ella no ha habido un símbolo sexual del mismo tamaño (qué horror, perdóname por decir tal disparate). Se acostaba con el presidente de los Estados Unidos, ¿sabes? (¿En verdad lo hacía? Estoy hablando de ella como si fuera su biógrafa mala onda y no sé nada). Además, murió de una sobredosis, muy joven. ¿Hay algo más genial que eso?

Mis copias salen de la máquina y mientras las ordeno en la mesa, me regocijo por haberle ganado una batalla irrelevante a un niño de preparatoria con una idea propia. No conforme con saber que lo he dejado absolutamente mudo, remato con lo que más tarde, al recordarlo, me hará sentir una inmundada persona.

—Si Marilyn hubiera sido una pensadora y no una actriz, nos hubiera

enseñado a vivir con el dolor y la tristeza.

Salgo de ahí con mis papeles en la mano. ¿Qué ha sido todo eso?

Más documentos, permisos firmados, copias de credenciales, copias del RD-45, comprobar que han sido llenados correctamente, más conversaciones que se filtran por todos los ángulos de mis oídos, y presto atención a todo.

Detesto el sonido de mis uñas en el teclado de la computadora, pero no puedo cortármelas. Me gustan tal y como están. No es fácil para mí dejar a un lado una hora de limado y dos capas de barniz. A mi cliente del sábado pareció que le gustaban. No dejaba de verme las manos mientras estuvimos conversando en ese bar.

¿Qué estará haciendo en este momento? ¿Estará hablando de mí a sus compañeros de trabajo? ¿Les estará diciendo que pasó un rato muy bueno conmigo? Tal vez sea lo contrario. Tal vez no pasó un rato agradable. Claro que sí. No soy de las que no disfrutan el sexo por tener algún compromiso con el pudor y la vergüenza. Mi cuerpo es como cualquier otro cuerpo. Tengo marcas donde debería tenerlas y demás imperfecciones. No hay nada que se pueda hacer. Se llama ser humanos. No me avergüenzo de ser mujer. No me avergüenzo de ser humano. No por mi piel.

Debió pasar un buen rato conmigo.

¿Estará pensando en buscarme otra vez? Me pidió que le dejara mi número y no lo hice. Me pregunto si alguna vez lo volveré a ver. Tal vez en un destino no muy alejado me encuentre con él en la línea del banco, o en una reunión de un amigo que por casualidad compartimos sin saberlo, en una boda, y cuando estemos borrachos tratará de subirme el vestido, porque parece que sólo eso sabe hacer, y yo me voy a resistir al principio, porque no quiero hacerlo en el patio de un salón de eventos, pero permitiré que me lleve a su departamento y ahí dejaré que pase lo que tenga que pasar. Le diría que no le dejé mi número porque no sabía cómo reaccionar y... Estoy pensando en él como si hubiera sido un ligue cotidiano. ¡Para él fui una prostituta! Es obvio que si me ve en una boda o en la fila del banco va a fingir que no me conoce. No sé por qué pienso que quiero volver a verlo.

A la hora de la comida, justo en la mesa donde me siento con mis compañeras de trabajo, y por lo tanto amigas pasajeras, se discuten los temas que son de rigor todos los lunes: Qué hizo cada una el sábado y el domingo. Aquí tengo que escuchar el cuento de seis mujeres que no tienen idea de dónde

tienen metida la cabeza.

Cuatro casadas. De las cuales tres tienen al menos un hijo. Las otras dos solteras, pero con novio. Y yo aparte. O eso quiero pensar, pero igual me río de sus tonterías y siento empatía por la que al final pone la lagrima en la servilleta cuando cuenta que cree que su esposo la está engañando con otra. La hora de la comida de los lunes termina siendo una lista inmensa de artículos que vimos en alguna tienda y no podemos comprar.

La más odiosa de todas se llama Rocío. Una mujer de veintinueve, casada con un repartidor de correos. Vive en una vecindad mugrosa, según nos ha dicho. Tiene un hijo de dos años que tuvo antes de casarse, pero que asegura es de su esposo y otro de meses. Él ya tenía una niña de dos años cuando se conocieron.

Rocío parece odiarme, pero no lo dice. La primera vez que comí con ellas sólo eran cuatro. Primero comí con Grecia. Después se hizo el grupo. Fernanda, con la que mejor me llevo, y Daniela, llegaron después. Aquel día traje de mi casa tres Sándwiches de jamón con queso y se la pasó burlándose de mí todo el día. Me decía que cómo podía estar tan delgada si comía como hombre. Yo contesté que era mi cuerpo y sus métodos químicos, o genética. Después sólo le sonreía. Ahora sigo comiendo con ellas porque considero que es menor el daño a que si comiera sola. El trabajo es una tumba de aburrimiento, mucho peor sería si me enemistara con alguna de ellas. No podría venir a trabajar.

Hoy tuve que salir a comprar comida a la calle. No tuve tiempo de preparar algo antes de salir de mi casa. Sólo había ensaladas en una fonda que todavía no ponía a calentar la sartén. Ahora voy a tener hambre el resto del día. Rocío ha visto mi plato varias veces y ya sé que está pensando en decirme algo. Aquí viene, ya la vi sonriendo, ya se le ocurrió, ya se está acomodando.

—Cleme, no deberías comer ensalada, vas a desaparecer. Ten, come algo de lo que traje.

Todas se ríen. Es difícil distinguir entre las que se ríen con sinceridad; no hay nada de malo en reír de algo que te causa gracia, y las que se ríen para apretar la herida que se abre.

—No soy tu tacho de basura, Rocío.

Las risas se cortan. Todas saben que hay tensión entre Rocío y yo. No sólo porque ella la agarró conmigo desde el día uno, sino porque del grupo somos las más bonitas. Yo no soy la que más se arregla, pero aun así sé que me envidian mi cabello y mi mirada. ¿Será? No sé qué le guste a cada una, pero sé

que nos consideran las más bonitas. Cuando una de las dos habla de productos de belleza, siempre se divide el grupo entre las que creen lo que Rocío dice y las que creen en lo que yo digo.

Ahora mismo, dos de las seis traen las uñas al natural. La semana pasada dije que se veían más limpias y cuidadas. Rocío dijo que adornarlas las hacía ver que se cuidaban más. Muchos de nuestros logros los medimos con la poca precisión de los comentarios de los hombres que nos rodean. En mi caso nadie. En su caso sus esposos y sus novios. Esa pelea la perdí. Como dije, solo dos optaron por llevarlas limpias y sin color, mientras que las otras cuatro se han pegado hasta los botones de la camisa.

La ensalada se termina. Por suerte también venden fruta en la esquina. Me levanto y me ofrezco a traer algo de la tienda, si alguien lo necesita. Nadie se atreve a pedir nada. Me levanto y me voy. Fernanda se pone a mi lado y me dice que ella me acompaña. En el camino me habla de su novio. Dice que ya no le hace caso, me pregunto si de verdad me estará hablando de su novio, o si confundí la conversación y me está hablando de su perro. Me dice que se pelearon el fin de semana porque él no quiso ir con ella a la fiesta de un amigo, y que siente que cada vez se separan más. Quisiera decirle algo chicloso, algo del estilo “No te merece, amiga”, o más realista “Así pasa en las relaciones”, “No puedes controlarlo todo”, pero no tengo ganas de meterme en la vida de nadie en este momento.

Termino diciéndole que así funcionan las relaciones. Ni siquiera me escuchó. Esta es una de esas veces en que no importa lo que digas, la otra persona no se calla porque ya sabe qué está pasando, sólo quiere desahogarse. A nombre de quién me niego.

Me trago todo su discurso de “Tal vez ya no me ama. ¿Y si está viendo a alguien más?”. Como la hipocresía me fue infundada en casa desde pequeña por mi mamá, le tomo el hombro y le digo: “No, no. No digas eso”. Claro que está viendo a alguien más. No digo que la esté engañando, pero de que le gustan otras estoy segura. Lo sé porque he salido con ellos en un par de ocasiones y el tipo se me ha insinuado levemente. Debo admitir que lo hace bien, pero no me interesa, no sólo porque sale con mi amiga, sino porque no es de los que me gustan. No voy a negar que me hace sentir bien cada vez que me los encuentro y él me mira con sus ojos de por favor sal conmigo. Sé que le gusto, sé que le gusto mucho. Yo lo saludo casualmente, como diciendo, que bueno es verte con tu novia, qué bueno que estés bien. ¿Ves la falda que traigo encima?, no vas a poder quitármela. Pero te dejo tratar, aunque sea con la

mirada. ¿Te gusta cómo sonrío? Déjame hacer eso todo el tiempo.

Al volver, Grecia, amiga muy unida de Rocío, me pregunta qué hice el fin de semana.

—Ayer visité a mis papás. Comimos juntos y vimos una película.

Estaba lista para darme el lujo de hablar de mi ligue de una noche y llevarme la corona de esta comida. Afiné los detalles en mi mente y continué:

—Y el sábado en la noche fui al bar que me recomendaron.

Todas se ríen incrédulas. Hubiera seguido, pero la forma de su burla me dice que no creen que haya ido, no porque fuera algo especial, porque de haberlo hecho tendrían mucho de qué hablar sobre mí.

Espero un poco y luego pregunto:

—¿Qué pasa?

—¿De verdad fuiste? —me pregunta Fernanda con una mirada de curiosidad y preocupación.

—No. Ni siquiera sé dónde está —respondo después de ver que todas me miran.

—No hubieras podido entrar —dice Rocío—. Aunque hayas querido.

Otra vez se ríen. Unas se apartan y miran algo en su celular. Las que quedamos sueltas en la conversación nos sujetamos con un delgado hilo de incomodidad que nos ata sólo por la curiosidad.

—¿Es tan exclusivo? —pregunto.

—Es un bar de putas —responde Catalina reavivando las risas. No sé si hablan en serio, aunque sabiendo lo que me pasó podría asegurar que no están bromeando.

—¡No es de putas! Es de...

—¡Damas de compañía! —dicen todas en coro.

—Es un bar donde van principalmente hombres de dinero a buscar mujeres para pasar la noche —me dice Fernanda—. Pero ahí no hay cualquier tipo de mujer.

Me siento muy ofendida y halagada al mismo tiempo. Mi corazón va de mi pecho a mi espalda, dando vueltas alrededor de mis pulmones agitados.

—Lo descubrí la otra vez que andaba por aquellos lugares con mis amigos —dice Rocío, muy divertida—. No sabíamos lo que era y tratamos de entrar, pero no nos dejaron. Después de estar insistiendo uno de los de la puerta nos dijo que ese era un lugar para otro tipo de encuentros.

—¿Por qué me dijeron que fuera?

—Porque sabíamos que no sabrías lo que era. Hubiera sido divertido verte

llegar hoy diciendo que habías ido y que no te dejaron pasar.

Pero sí me dejaron pasar.

Había un hombre en la puerta. Me vio llegar. Alguien del *parking* se llevó mi carro y yo caminé hasta la puerta. El hombre me abrió y me dio una sonrisa. Recuerdo que era guapo.

¡Parezco una prostituta! Perdón: Dama de compañía.

—¿Pero dejan entrar a cualquier hombre? —intento averiguar más.

—Al parecer sólo a los que pueden pagar lo que se vende dentro —dice Rocío, ahora toda una experta del bar que hasta hace una semana no conocía.

—Pero la prostitución es ilegal, de lo contrario yo estaría haciendo el papeleo del permiso.

Todas se ríen de mi comentario.

—No andan gritando que tienen prostitutas, es algo que se sabe —dice Rocío.

—¿Y las mujeres que van a venderse? ¿De dónde vienen?

—No ha de ser cualquier tipo de mujer —dice Fernanda.

—No dejan entrar a cualquier esquinera —resuelve Rocío—. Estuvimos investigando mi novio, sus amigos y yo, y parece que tampoco son mujeres de algún club. Puede que algunas lo sean, pero no es un bar de prostitución como tal. Más bien por algunas vueltas del destino algunas mujeres que se dedicaban a eso comenzaron a tener clientes en ese lugar y se fue haciendo como una costumbre. Como el dueño ve que se vende el alcohol, hace como que no pasa nada y todo sigue aparentemente como si fuera un bar cualquiera.

Abro los ojos y pienso: “Qué mundo es éste”. Pero yo sé muy bien qué mundo es. Se llama: “Hice lo mismo que ellas hacen con sus novios y esposos, pero a mí me dieron dinero por ello”.

Me levanto de mi lugar y entro a seguir con mi trabajo. Todavía quedan veinte minutos del descanso, pero ya no quiero estar ahí escuchando cómo las otras denigran a las de mi profesión secreta. No estoy pensando en formar un sindicato de prostitutas, pero siento que lo que dicen de ellas lo están diciendo de mí.

Después de un rato, sentada en el baño, mientras orino, pienso en Marilyn otra vez. ¿Cómo habrá terminado ella en ese mundo que tanto se parece a la prostitución?

De pronto me llega la preocupación. No puedo evitar sentirme miserable.

En la oscuridad de la soledad flotan las burbujas de jabón que soplan mis

manos sobre el lavabo. Siento que me rompo, que hay ranuras en mi cuerpo como las de la pared detrás del espejo. De entre las coyunturas del cemento y las colillas de cigarro en el piso se desprende el color púrpura de mis momentos de debilidad. Me miro en el espejo y todo lo que veo son los recuerdos pornográficos de la otra noche, cualquier noche.

En un guiño se presentan todos los sentimientos que puse a un lado en mi depresión. Son tantos que no puedo reconocerlos a todos. Pero ahí está el más famoso de todos: el arrepentimiento y todo lo que trae.

Hello darkness, my old friend .

En mi mente se aclara el pensamiento que estaba creciendo desde la mañana: Audrey Hepburn era una buena actriz.

Siempre la misma guerra.

Sentada en la silla de esta lujosa zapatería no puedo dejar de pensar en el destino y sus vueltas enredadas mientras espero mis zapatos y la cuenta. ¿Cómo sabe a quién darle lo que le espera? Es en todo caso como una zapatería infinita, uno se mete en una situación y el destino comienza a buscarle la medida del pie. Si ahora quieres ser una prostituta, no fue mi decisión, pero tengo estos zapatos, estos maravillosos zapatos que te van a causar problemas y resentimientos contigo misma.

No hablo de zapatos, tienes razón, hablo de ideas. Entonces, ¿el destino es una idea? ¿O el destino te da ideas? Sobre todo te da consecuencias. Si el destino no existe, y sólo somos un montón de monos construyendo sobre la tierra, ¿qué estamos haciendo?

Quiero regresar al bar. Lo haré mañana. No tengo la intención de salir de ahí con ningún hombre, quiero comprobar que es lo que me han dicho, abrir los ojos y encontrar las similitudes que comparto con esas mujeres profesionales y estudiosas de su condición. Quiero suponer que una mujer no entra a un bar y de pronto ya tiene nueva profesión, siendo esclava de las consecuencias que se deslindan del nombre más grande del destino.

Siento esta gran frustración. Ni siquiera sé si es frustración o un simple malentendido de emociones que se vierten en forma de furia. Quiero ver al hombre que la semana pasada me inició en estos pensamientos y burlarme de él. Hacer que se acerque a mí y desdeñarlo. Hacerle saber que, aunque tenga el dinero para pagarme, no me interesa.

Hay pocas cosas que conservo de mi niñez, como todos, me he desprendido de muchos recuerdos, de muchas sensaciones, de muchas ilusiones. Pero no puedo desprenderme de mi falta de control. Mañana me quedaría en mi casa, encerrada todo el día, mirando en internet si hay alguien que quiere regalar un perro, y después decidir hasta el cansancio mental si quiero adoptarlo o no.

Pensar en las complicaciones es la forma que toma mi descontrol, no la acción misma, sino la prevención.

Entonces no estoy siendo descontrolada al ir mañana al bar y evitar que algún hombre me mire y me elija sobre otras cuantas que estarán ahí por la misma razón que yo aparento, sino que voy a ir, impulsada por mi descontrol de pensamiento, para comprobar que no hay razón para avergonzarse de ser una mujer que hace que un hombre sienta deseo por ella.

Hay pasión y degeneración. Hay impulsos y secretos. De alguna manera uno

debe conseguir lo que le gusta. Si hay manera de comprarlo, y hay quien lo venda, no debería importarnos el residuo de culpabilidad. Otra transacción la borraré. ¿Pero personas?

Al llegar a mi departamento una camioneta de mudanzas maniobra su salida en mi espacio de estacionamiento. Me detengo y me hundo en la idea superficial de cómo llevar mi cabello mañana. Un hombre se acerca y me pregunta por mis intenciones. Las de estacionar, no las de mi cabello. Una vez resuelto el enigma de la mujer que no se mueve no porque nunca haya visto una camioneta atorada en un estacionamiento, sino porque va a quedarse en el lugar que está ocupado, veo al nuevo residente bajando las escaleras.

Es guapo, lo noto al instante, pero no hago una fiesta por ello. Ha salido del departamento D, justo frente al mío. No hay razón para alterarse. Lo tengo bajo control. Un hombre guapo más en el mundo nunca ha hecho ninguna diferencia.

Se acerca a mi carro, todavía inmóvil. Me sonrío a lo lejos. Maldición, sí que es guapo. No le devuelvo la sonrisa.

Los hombres son más primitivos que sinceramente inteligentes. Su inteligencia deriva de sus intenciones de conquistar a una mujer. Eso creo yo. Creo que si le sonrío no va a pensar que estoy siendo educada, sino que ya me tiene, que le estoy coqueteando perdidamente porque veo sus bíceps mojados de sudor y la marca de su espalda debajo de la delgada camisa sucia que lleva al descuido.

He sido concienzuda con lo que hago frente a los hombres desde que noté el poder que las mujeres tenemos sobre ellos. Es como si vivieran en dos mundos diferentes. En uno son lo que son y tienen lo que quieren tener, haciendo lo que saben hacer, y luego, de vez en cuando, aparece una mujer que los lleva a una nueva versión de ellos mismos, un mundo que se había colado entre sus visiones y no sabían que era de ellos. Lo toman, lo toman tan ávidamente que creen que todos sus problemas se han resuelto. Pero es una ilusión. Ese mundo nunca ha sido realmente suyo, sino nuestro, de nosotras. Una plantilla, un dibujo hecho en un retazo de vestido que cargamos en nuestra bolsa de mano. Ese otro mundo somos todas nosotras.

La soledad no es una pieza autónoma y continua de nuestra vida, sino un calzador que mete a desconocidos en nuestros pensamientos.

Al final se trata de negarlo. Todo es acerca de no caer de narices frente a alguien que bien podría lastimarnos o simplemente usarnos.

Mmmhh. De repente una mujer de compañía tiene sentido en este mundo de

sensaciones. Un hombre de compañía, también. Una simple persona con otra simple persona.

—Disculpa. No tardan en irse —me dice el hombre recién mudado.

—No te preocupes —le respondo aguantando la mirada.

Él sabe guardar el silencio y me roba la oportunidad de hacerlo. No parece intimidarse ante los ojos de una mujer que sabe usar sus habilidades en el arte del coqueteo pasivo-agresivo. He visto lo suficiente. Deduzco que no es de los que hablan de matrimonio ni de compromiso. Un hombre “seguro de sí mismo”, como éste, ha aprendido trucos básicos de mujeres. No estoy segura si está consciente de ello, pero no parece saber usarlos a su beneficio, sino a nuestro beneficio. O será que ya estoy acostumbrada a la decepción que causan los que buscan impresionar.

—Les dije que no cabría el camión entre los otros autos estacionados, pero creo que llevaban prisa por dejarme aquí solito.

Patético. Se supone que ahora le invite a pasar a mi casa. ¿Quieres tomar algo? No hay problema. Me siento un poco mareada. Luego el destino no es una fuerza espiritual, sino física que me baja los tirantes de la blusa y expone mi brasier. Sexo. Sexo. Sexo. Despierto sola y cuando me asomo a la ventana el nuevo vecino está abajo, regando las plantas que no son de él, porque es un alma preocupada por el medio ambiente. Es ridículo. No sé por qué estoy tan molesta. Sólo quiero ir a mi casa y comer algo.

Tirar mi cerebro a la basura decidiendo si quiero una mascota o no, ahora no suena tan mal.

No respondo a su comentario. Pero he pensado en qué decir si acaso se vuelve necesario. No lo hizo. Avanza dos pasos lejos de mi carro y finge interés en las maniobras de escape del camión.

Por fin puedo estacionarme. La escalera está bloqueada con cajas y mochilas. Me hago espacio entre un par de bolsas tiradas en la entrada y continúo. Baja el hombre apresurado y se disculpa por el desastre. Me dice que acaba de mudarse. No sé si lo hace para hacer conversación o si cree que no lo sé. Asiento y no lo miro. Sigo subiendo y a punto de abrir mi puerta se me empareja y me pregunta si hay un buen lugar dónde comer a estas horas. Meto la llave a mi puerta y sin prestar importancia le indico el camino a un restaurante ambulante de sushi.

—Me llamo Dubái —en serio, ¿qué pasa con estos nombres?

Me lo dice y yo suelto un seco y nada expresivo “Mucho gusto. Bienvenido”. No le he dicho mi nombre ni le he mirado demasiado. Entro y

cierro la puerta. Entonces sonrío. Yo he ganado el primer encuentro.

En las bolsas traigo comida y agua. Un paquete de cervezas me guiñó el ojo en el supermercado, pero desistí sabiendo que mañana voy a beber de copas más elegantes. Por ahora quiero comer algo y ver algo estúpido en la televisión.

Realmente no sé cocinar. Nunca fue una meta para mí preparar el guiso especial de mi mamá. Nunca fui a casa de ninguno de mis ex para hablar con su madre y preguntar por sus recetas favoritas.

Me conformo con lanzar un filete de cualquier carne al asador y poner unas rodajas de cebolla encima, un chorro de limón y mucha sal. Al lado de mi plato un vaso grande de agua, y del otro lado algo dulce para compensar lo salado. No estoy segura de que funcione de esa manera, pero en mi mundo me gusta pensar que hay un equilibrio, y que es regido por los antónimos.

El tal Dubái ha intentado entrar en mi mente un par de veces, pero he resistido con valor vestido de cansancio. Me enseñaron que si no quieres pensar en algo, lo que debes hacer es ocupar tu mente en otra cosa. Qué manera tan cobarde de esconder sentimientos, lo sé, pero funciona. Pongo un problema matemático imposible para mí si no me concentro en él y lo deshago hasta que ya no estoy pensando en números sino en la idea de los números. ¿De dónde vinieron? ¿Por qué nos basta una línea dando vueltas en ángulos finos para crear un símbolo que todos acordamos reconocer?

Con la voz del presentador de televisión, que está por acariciar a una serpiente que le han dicho es venenosa, doy uno de esos parpadeos infinitos que causan el inicio de un sueño que se mezcla con la realidad. Vuelvo a abrir los ojos y no sé si han pasado cinco segundos o quince minutos. Vuelvo al sueño y el sonido de un martillo en la vida real se convierte en el desperfecto de las llantas de un auto que se acerca a mí. Hay alguien en el carro, alguien a quien conozco, pero por ahora puedo asegurar que nunca lo he visto. Del cielo gotea aceite. Caen tan lentamente las gotas, que al chocar con el piso se escucha una nota diferente, un sonido que produciría un tronco de árbol golpeando un bloque de aluminio. Del carro se baja un hombre con maquillaje en el rostro y me entrega una bolsa de plástico. Dentro hay una copa de cristal rojo. Doy la vuelta para entrar en mi casa. Estoy por abrir la puerta, siempre con cuidado de no derramar la sangre que traigo en la copa, y una idea terrible me pasa por la cabeza. Sé que estoy dentro de mi casa, tirada en el sillón frente al televisor, dormida, soñando que estoy fuera del departamento, sabiendo que estoy dentro. Y pienso: ¿qué pasaría si me viera a mí misma

tirada en el sillón? ¿Qué paradoja sería si tratara de despertarme a mí misma? Siento tanto miedo de terminar con el curso del universo con la paradoja de la chica dormida, que doy media vuelta y me alejo de la puerta. La copa comienza a derretirse en mi mano y la tinta roja se mete debajo de la piel de mis dedos. Del otro lado de la puerta de entrada del edificio está la playa. Mis pies tocan la arena. Escucho el sonido de toda esa agua moviéndose. Cuando la copa termina de derretirse, y queda la base, mis dedos la sueltan y me preparo para escuchar como estalla el cristal, aunque sé que sobre la arena no será diferente del sonido que un salero hace cuando se sacude. El cristal estalla y los pequeños pedazos vuelan por todo el lugar. Me he cortado el dedo índice y la tinta roja sale de mi piel por la herida.

Abro los ojos. Dubái hace tanto ruido, que estoy segura de que el sonido de la copa estrellándose fue real en su departamento. Me levanto con las pocas fuerzas que mis brazos han recuperado y me siento húmeda entre las piernas.

He comenzado a menstruar. No puedo creer que manché mi pijama favorito.

La implacable melancolía de la hora feliz.

Son más de las nueve de la noche cuando entro al bar naranja.

El mismo hombre que me dejó entrar la semana pasada me abre la puerta y me sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa y le guiño un ojo. Vengo preparada para entrar en mi papel.

Dentro, me siento a un lado de la barra del bar y pido una margarita. No la voy a beber. Estando en mis días rojos sería estúpido de mi parte. Pero no puedo darme el lujo de estar en un bar y no estar tomando nada.

Cruzo las piernas y espero que lo que estoy sintiendo sea el principio de una humedad de excitación normal, y no un río de sangre hirviendo. Qué mala idea fue decidirme por el vestido. Al menos no se nota la línea de mi ropa interior.

Ahí está un hombre interesado. Lo acabo de ver. Me evalúa discretamente. Supongo que si vienes a este lugar a buscar a alguien para llevarte a tu cama, lo debes hacer rápido, antes de que alguien más se lleve lo que tú también podrías tener.

Mi margarita llega a mi mano y la llevo delicadamente hasta mi boca. Aprieto los labios y dejo que la humedad seca del alcohol reavive el rosa de mi lápiz labial.

Con una sacudida llevo parte de mi cabello a la espalda. Fueron dos segundos de cabello volando en el aire y cuando volteo ya está un hombre a mi lado.

Le sonrío y volteo la mirada. Él la sostiene y me sonrío como si fuera lo único que necesita para hacerme entender lo que quiere.

—Tal vez puedas terminarte esa copa en mi compañía, así podría invitarte la siguiente —me dice mientras levanta la mano y hace que pasen su trago desde el otro lado de la barra.

—No sé si deseo tomar tanto esta noche —le digo cortando su mirada con la mía.

Del otro lado del bar quedó el otro hombre que me miraba, derrotado, pensativo, un tanto humillado por su falta de iniciativa. Es mejor parecido que éste. Qué mala suerte que haya sido tímido.

—¿Es la primera vez que vienes a este bar? No te había visto.

—Es la segunda vez que vengo —le digo y me arrepiento de decirlo.

—Quiero asegurarme de que sabes dónde estás.

No es un hombre galante. Sabe que aquí hay damas de compañía y trae

dinero para comprarlas. No sé cómo me voy a librar de ellos sabiendo que no puedo ir a la cama con ninguno. No sólo porque no quiero cambiar de profesión, y estoy aquí para comprobar que es el lugar que dicen que es, y que soy libre de entrar sin credenciales ni cuestionamientos, sino porque ningún hombre que vaya a pagar un par de miles de pesos por una mujer la aceptaría con esta incapacidad reproductiva.

Debí quedarme en casa. Venir la próxima semana, cuando ya no necesite entrar al baño cada media hora para vigilar mi limpieza.

—Estoy esperando a una amiga —le digo al hombre.

Nota que se desilusiona de inmediato. Se apaga el brillo de sus ojos y evita mi mirada.

Es evidente que sabe que no es verdad.

Siempre pensé que las prostitutas no tenían permitido decir que no.

—Avísame si tu amiga te deja plantada. Yo podría hacerte buena compañía.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

¿Dónde estoy? De lunes a viernes, en horario de oficina, no soy más que una aburrida burócrata del estado, y en mi casa un tanto más aburrida, aunque libre mujer deprimida, y de la nada, apenas cruzando la puerta de un bar, soy la dueña de las intenciones de hombres que no me conocen y que quieren pagar por hacerlo. Soy como la guía espiritual de una nueva religión, o la más antigua de todas.

No sé si me veo a mi misma sonriendo o si lo estoy haciendo de verdad, pegada a mi margarita, fingiendo que tomo sorbos pequeños y elegantes.

Es todo. En cinco minutos entraré al baño y cuando salga me iré a casa. Lo que haya pasado esta noche y lo que pasó la noche de la semana pasada habrán quedado atrás.

Cuando el impulso de mi pierna me lleva a acomodar el cuerpo para bajar de la silla, noto que otro hombre se acerca. No alcanzo a verlo completamente, pero estoy segura de que viene hacia mí.

Finjo que acomodo la silla en su lugar mientras intento buscar el baño, cuando el hombre se pone a mi lado. Es el hombre al que descubrí mirándome cuando llegué.

—¿Ya te vas? —me pregunta.

De inmediato sé que este es un hombre que sabe lo que quiere.

—No me siento del todo bien. Creo que será mejor que me vaya a descansar.

—Entiendo. Es terrible cuando llegas a un bar y no encuentras a nadie con

quien pasar el rato, ¿no es así?

Le sonrío para no quedar como una desentendida.

Dentro de mí siento esta ridícula idea que me impulsa a quedarme. Una situación de mente contra mente, en la que por un lado se evalúa la situación de mi vientre ensangrentado, y por el otro lado la más estúpida de las ideas, que me dice que no importa nada. Todo cobijado bajo el manto de mi falsa profesión y las ventajas ocultas de las que nadie hace mención.

—Tal vez la próxima semana me sienta mejor.

—No me digas que no vienes entre semana. No sé si pueda resistir la urgencia de verte.

—Tengo otras cosas que hacer —le digo de una forma sugestiva que nunca me había escuchado en público.

—Bueno —de la bolsa interna de su saco recupera una tarjeta, y mostrando seguridad me la pone en la mano—, tal vez puedas hacerme espacio en tu agenda.

Me da la tarjeta que sin contemplaciones reviso a detalle. Lic. Francisco Torrénz. Un par de teléfonos debajo de su nombre. En la parte posterior, dejado en tinta, su número personal.

—Confío en que pronto me llamarás. No te preocupes por la hora.

—Seguramente lo haré, licenciado Torrénz. Por ahora debo irme.

—No me has dicho tu nombre.

La cabeza me da vueltas. Debería inventar uno. No hay tanto tiempo como para pensar en un alias bonito y elegante. Lo mejor de mi actuación sale a la luz, y dando un par de pasos hacia él, dejo que un mechón de cabello me caiga sobre el ojo derecho, al pasar a su lado me detengo lentamente y le digo sosteniendo la mirada:

—Seguro lo sabrá pronto.

Aquí es cuando un helicóptero podría explotar afuera del bar, llevarse un par de paredes y crear el caos total, y yo seguiría caminado como si fuera de lo más común, mientras me imagino que él me mira todo el camino desde su posición hasta la puerta de salida.

Afuera un hombre corre a buscar mi vehículo. Detrás de mí el cadenero que me dejó entrar por segunda vez trata de llamar mi atención.

—¿Se va tan pronto?

—Me voy. Creo que debo descansar.

—Espero que vuelva otro día.

No ha sido grosero y no detecto maldad en sus comentarios. Me doy media

vuelta y le doy la cara completa.

—¿Me conoces? —le digo.

Espero que entienda que no le estoy preguntando eso en realidad, sino que quiero saber por qué me dejó entrar la semana pasada. No creo que pueda preguntárselo sin perder la postura que me hice para esta noche.

Él me sonríe. Es guapo. Más guapo que cualquiera de los que están dentro. Niega con la cabeza y recupera su postura de guardia.

—¿Sabes que es la segunda vez que entro a este bar?

—Lo sé. Estuvo aquí por primera vez la semana pasada.

—¿En qué te basas para dejar entrar a las personas que vienen buscando alcohol en este lugar?

—Basta con mirar a esas personas. Ninguno de los que viene a este bar viene buscando alcohol.

Siento que ahora sí está siendo ofensivo, pero me controlo. Fui yo quien preguntó.

Mi automóvil se detiene en la calle. Me despido del apuesto portero con una sonrisa y me alejo lo más tranquila posible.

Si hay que asegurar que uno está en control de la situación, sea cual sea, lo único que debe hacer es permanecer calmado, aunque todo haya explotado, aunque quien nos mire sepa que estamos fingiendo, nada es real hasta que se pierde el control.

Como una falsa prostituta subo a mi carro y me pierdo de la vista de cualquiera en dos calles. Mientras conduzco a mi departamento una sola pregunta permanece sin respuesta después de esta experiencia: ¿Soy o no soy una dama de compañía?

A falta de insolencias.

Quiero comerme un pedazo del sol. Sólo para saber a qué sabe.

En mi pecho hay un lugar que no es habitable. Hay un espacio vacío que no puede ser llenado. Lo siento ahora que me encuentro en el limbo de los pensamientos sin intenciones ni arbitrios. Tumbada boca abajo en mi cama, un domingo por la mañana, sintiendo el fantasma del dolor en mi abdomen, enfermedad que no lo es porque se le llama síntoma, ¿de qué?, del fracaso de ser mujer. En un mes no pude quedar embarazada, no busco tener un hijo, pero mi cuerpo no lo sabe, y me castiga por evitar que la vida continúe. Dos días de cólicos cada ciclo menstrual es una pesadilla a la que no puedes acostumbrarte. Me consuela pensar que sólo tengo que soportar esto por unos treinta años más.

Sin importar el misterio del dolor que ocupa mis pensamientos, liberada de incomodidades y expresada en la hipótesis, quiero encargarme de la vida. Pienso que puedo hacerlo. No sólo de la mía, sino de la de alguien más. O muchos más.

Me basta con recordar cómo es estar en el bar naranja. Sentada con una copa de alcohol entre los dedos, mirando mientras te miran. Hundida en un pantano que te atrapa. Una vez que soy invisible hacer lo que quiera. Desaparecida temblar en la oscuridad, donde ciertos hombres pueden encontrarme.

Quiero liberarlos a ellos. Quiero que me vean como soy. Quiero que me imaginen como quieren que sea. Quiero ser lo que ellos desean. Quiero darles lo que quieren. Mientras pueda hacerlo, mientras no exista el miedo. Porque quiero arrancarle un pedazo al sol y comérmelo; que se quemé mi boca, que cure lentamente. Quiero que mi dolor sea el placer de alguien más. Quiero que mi placer sea el premio de un desconocido. Quiero ser ese premio. Quiero estar segura de lo que pienso, pero no puedo diferenciar entre lo correcto y lo incorrecto. O no quiero que exista esa diferencia.

Al salir de mi habitación escucho al nuevo vecino lidiando con su perro en el pasillo fuera de la puerta. Me asomo por el ojo de seguridad y lo veo tratando de sujetarle el collar con una cadena. Me pregunto qué hará con su vida cuando nadie lo ve. Qué pensamientos horribles le bajan por la cabeza. Si estará esperando lo mismo que yo: llegar a la claridad, o una oportunidad de convertirse en una mala persona.

Quiero ser esa mala persona. Quiero faltarle al respeto a quien dice que

sentirse furioso es una aversión a la decencia. Esta mañana quiero ser la dueña del mundo. Quiero ser una reina vengativa.

Mi ojo vuelve a la mirilla de la puerta, el vecino ha entrado en su casa, pero ha dejado a su perro fuera. La puerta está abierta, así que supongo que volverá a salir. Corro al espejo y me alboroto el cabello, me pongo una sudadera, sólo porque no traigo brasier y sería demasiado sencillo hacer que me vea si voy casi desnuda. Lanzo mis calcetas a un rincón y salgo descalza corriendo con las llaves en la mano.

Estando fuera miro al perro y lo compadezco. Desearía que pudiera entender, que pudiera comunicarse. Quiero liberarlo también. No de su cadena, sino de su vida como accesorio, como acompañante. Entonces me doy cuenta de que por más que haya pasado la noche entera pensando en la posibilidad de hacer lo del bar otra vez, no quiero ser una compañía para esos hombres que dicen buscarla. No quiero ser una prostituta. Quiero ser un alivio. Quiero ser una droga. Quiero hacer el papel de la felicidad. Pretendo dejarme raptar por mis instintos y ofrecer la salvación a quien me la pida, a quien la merezca. Si alguien me toma, le daré su libertad.

Miro este perro. Me acerco a él y le acaricio las orejas. Le jalo el pelo y le sonrío. Toma bastante bien los halagos que ha de escuchar todos los días y que son los mismos que todos los demás perros merecen.

Pero más que mimar al perro, quiero que el dueño me escuche.

Me siento poderosa. Me siento segura. Merezco mi lugar. No sé cuál sea, pero lo merezco, y pienso ganármelo. Tomaré el hueco en mi pecho y haré que caigan en él todos los que traten de detenerme.

No tarda en salir el vecino con una botella de agua y sus pantalones de deporte ajustados a sus piernas. Se ve muy bien, pero por ahora es lo que menos me importa.

Subo la mirada desde los ojos de su perro hasta los suyos y le muestro la misma sonrisa que su mascota había estado disfrutando. No es necesario que hable con él. Me levanto y bajo las escaleras, consciente de que no me quita la mirada de encima.

Estando en el último escalón espero a escuchar que ya está bajando. Voy a ir a mi auto. Voy a hacer que me vea hasta que salga del edificio. Espero que se vaya de aquí con la idea de que puede hacerme compartir mi vida.

Te reto, Dubái. Te reto a que vengas y trates de hablarme. Trata de hacerme una pregunta y mira cómo funcionan las intenciones de una mujer furiosa. Sé que soy el tipo de mujer que te gusta. Aunque no sea así, haré que no dejes de

pensar en mí. Eres todo lo que necesito para mi domingo. Baja y trata de hablarme.

Tomo mi libro de la guantera de mi auto y salgo para encontrarme con Dubái en la entrada del edificio. Viene saliendo y yo voy entrando. Ni siquiera lo miro, no tengo razón para hacerlo.

—He estado pensando que no nos hemos presentado —me dice para detenerme.

Su mala elección de palabras me dice todo lo que quería saber. Ha dicho que ha estado pensando en mí. Fue así de fácil.

—Claro que sí —le contesto con una sonrisa coqueta, para medirlo, tal vez no es de los hombres a los que les gustan las sonrisas—. Me dijiste tu nombre.

—Es verdad, pero tú no me dijiste el tuyo.

Pienso en hacerle creer que no recuerdo cómo se llama, pero no es fácil ser malvada de cero a cien en una oración. No sin perder el control.

—Bueno, no es que nos vayamos a ver muy seguido. Casi siempre estoy encerrada en mi departamento.

—De seguro tu novio no ha de estar muy contento con esa decisión.

Hombres de todo el mundo, reúnanse y escuchen esto: dar por hecho que la mujer con la que están platicando tiene novio, esperando que no sea así, y tratar de utilizar una de estas frases para saber si existe tal muchacho, es una pérdida de puntos vitales. Están entregándose con las manos atadas. Entregan la seguridad que tanto esfuerzo les cuesta fingir.

Le sonrío y sujeto la mirada. No me ha hecho ninguna pregunta y quiero ponerlo nervioso.

Lo consigo.

—A mí me gusta salir a correr con Bruno —me dice alzando la voz, volteando la mirada hacia la calle, deseando que Bruno salga corriendo y lo jale del brazo con la cadena, para tener una excusa que lo saque de esa situación que se le escapa de las manos.

—Que disfruten su domingo —le digo y me doy media vuelta. Esta vez le regalo un escape. Pero no lo quiere.

—Fue un gusto hablar contigo otra vez. Aunque no quieras darme tu nombre.

Volteo la cabeza, y todavía con la sonrisa que le gustó, lo miro levemente a los ojos.

Entro a mi departamento y cierro la puerta. No sé dónde estará él y su perro ahora, pero sé una cosa: su atención es mía.

No fui grosera, no fui tan distante. Fui fría, eso es verdad, pero no demuestra frigidez, sólo seguridad ante lo incómodo, y eso sí que es nuevo para mí. Espero que no haya notado que mi cuello quería zafarse del peso de mi cabeza en un par de ocasiones mientras nos mirábamos.

Fue emocionante, pero dista de ser suficiente. Quiero ser una nueva mujer. Una cazadora. Una libertadora. Una carnicera. Quiero sentirme más enojada. Que la furia encuentre su casa en mí. Que quien venga a buscarla tenga que verla a través de mis ojos. Quiero que el primero que sienta la necesidad de hacerlo sea mi vecino.

No me conformo con que quiera mirarme y coquetearme, quiero que necesite arrojarse al fuego para tratar de llenar el hueco que también ha de tener en el pecho. Quiero que necesite estar conmigo porque no hay ninguna como yo allá afuera. Quiero que piense que soy inalcanzable para él, y que siga siendo un animal encerrado en su propia “seguridad personal”.

Quiero que alguien sepa de qué estoy hablando. Quiero arreglar lo que está mal. Quiero que siempre sea domingo. Quiero ser la encargada de que todo esté bien para todos. Quiero olvidarme de lo que es ser yo; olvidar lo que es la soledad. Quiero romper un pedazo de mí, ese pedazo que no me deja ser diferente... Quiero... quiero llorar. Sólo quiero llorar.

Escala de valores.

Mi mente es una ciudad abandonada.

Mi cuerpo también está abandonado, mi piel es un edificio. Mi mente, donde no sólo vivo yo, sino también todos aquellos a quienes conozco, ha cerrado el paso a toda muestra de vida. Soy un fantasma. Ideas fantasmas. Acciones fantasmas. Pasos fantasmas. Sueños fantasmas.

Hoy en la mañana, antes de salir al trabajo, me encontré con Dubái en las escaleras del edificio. Venía con su perro. Le sonreí de pasada. No quería que me detuviera y notara que ese día no tenía el poder de sobrellevarlo, porque no podía cargar ni conmigo misma.

No lo hizo. Me devolvió la sonrisa, pero ni siquiera suspiro. No lo culpo. Lo he tratado mal. Tampoco es que le deba lo contrario. Durante todo el camino al trabajo estuve pensando si él ya era un edificio en mi mente. ¿Habré pasado tanto tiempo pensando en él como para darle un territorio en mis pensamientos? Lo niego. A lo más ha de ser un fantasma dentro de mí.

Todas estas personas que me saludan conocen mi nombre y muy poco de mi vida, ¿qué son? ¿Edificios? ¿Residentes de los edificios que yo construyo dentro de mí? Cada uno dentro de la representación que me he hecho de ellos a lo largo de toda mi vida.

¿Cuántas personas habrán pasado frente a mí desde el momento de mi nacimiento? ¿A cuántas conozco?

Que desaparezcan todos. Que se mezclen con el viento y vuelen lejos de aquí.

Hoy no quiero que me hable nadie. El dolor que me ha dejado la furia del domingo pasado no se ha ido totalmente. Más que una resaca emocional es una sensación de vergüenza por no poder seguir adelante. No es que lo que quiero, y quedó muy claro qué es lo que quiero, esté lejos de mi alcance. Es que soy una cobarde.

Desde ese domingo no he hecho más que pensar en excusas de por qué no debería hacer lo que quiero hacer. Cada una de las tonterías que digo es peor que la anterior, y en cambio, la razón que me empuja al filo de la razón, cualquier razón, permanece inmutable. ¿Qué le digo a la otra Clementina cuando me dice que quiere ser libre? Le he dicho que ya lo es. Me ha contestado que soy una mentirosa. Le dije que la libertad no es hacer lo que quiera, sino el equilibrio sin fronteras cercanas. Me ha dicho que todo equilibrio está lejos del límite, pues su lugar es el centro de todo y la libertad

está más allá de los límites. Le he dicho que mis padres no me educaron para hacer este tipo de cosas. Me ha respondido que no son mis padres. Y tiene razón.

Ahí dejé a la otra Clementina encerrada un poco más. Ya no me importó la razón por la cual no puedo dejarme ser una dama de compañía. Traté de cubrir mi decepción con una tristeza casi fingida, y si no falsa, al menos débil.

Pensé que mis padres biológicos no tenían razón para dejarme con esta adorable pareja que desde siempre han sido mis tutores. Lo único que sé de mis verdaderos padres, es que tuvieron que salir del país, buscando más oportunidades para criarme como se debía. Qué ingenuidad la mía. Todos estos años pensando que era verdad, sabiendo que la única oportunidad de criar bien a un hijo es estar a su lado.

El egoísmo no distingue entre lo verdadero y lo irreal, no hace comparaciones entre la inteligencia y la estupidez.

Tantos años juzgando a mis padres por haberme abandonado, creyendo que mi abandono interior es parte de la educación que no recibí de ellos, y que tan poco valoré de los otros. Terminé destruida al pensar que ahora que tengo una oportunidad, y sigo llamándola oportunidad, de ser otra persona, no voy a tomarla por el cuidado que la sociedad no pide, pero exige cuando no se cumple.

Creo que simplemente no quiero pensar que soy una mujer que tratará de llenar su corazón con hombres. Una simple dama de compañía que vende su tiempo, porque he decidido que yo no vendería sexo, sino tiempo, como cualquier terapeuta, para sobrellevar los gastos que la consumen. Me siento rabiosa al imaginar que quien se entere, si alguien llegase a enterarse, piense que lo hago para cubrir una necesidad de la cual no obtuve su sustituto correcto cuando era pequeña. Muy pocos saben que mis padres no son mis verdaderos padres. Para mí lo son. Aunque no soporto a mi madre, aunque se me rompa el corazón al saber que ese hombre al que tanto amo no sea quien naturalmente debió cuidarme en mi niñez. No sé qué haría si alguien dijera que es su culpa que ahora esté pensando en ser una prostituta. Lo peor de todo, qué me diría él si lo supiera.

Siento que estoy ahogada en el dilema. Veo todo oscuro, siento que voy de un lado a otro, siempre llegando al mismo rincón, estoy consciente de que es un problema que no tiene solución. No quiero que lo tenga. Mi deber es pensar en una manera de solucionarlo. Encontrar una puerta trasera que nadie haya visto nunca. Una forma de verlo en la que no sea tan degradante como podría

sonar.

No está pasando nada. Este hombre busca consuelo en un cuerpo que no le pertenece, pero al que paga para que finja que sí, que es de él, así como todo el mundo y todas las ideas. Yo no soy más que una asistente, una psiquiatra, una amiga, una amante, o una madre. ¡Uuff! ¿Habrán hombres que busquen eso? Te pido que, así como te olvidas de juzgarlo a él, te olvides de juzgarme a mí.

No hay nada indigno en las pasiones que un hombre busca en una mujer. Engañosas son las ideas que las mujeres tenemos de los hombres y no hay maldad en ello. Hay decepción, sí, pero no podemos forzar a un hombre a ser un superhéroe. Las ideas de los hombres hacia las mujeres son más bien básicas, pero tampoco hay crueldad. Hay expectativas, y de alguna manera las mujeres hemos tomado responsabilidad en ellas. Deseamos cumplirlas todas, satisfacer todas las pasiones y cumplir todos los deseos. Queremos ser la mujer que todos quieren que seamos, y cuando estamos cerca de serlo, nos damos cuenta de que tal vez no era buena idea. Pero ya no podemos ser otra cosa, y aunque hemos tratado de remediarlo no hay colaboración para encontrar la solución definitiva. No hay comunicación. Las pasiones son cada vez menos duraderas y los sentimientos menos reales. Seguirá habiendo hombres y seguiremos habiendo mujeres. Unos serán lo que quieran ser y nosotras seguiremos intentando ser lo que queremos ser.

La solución a mis pensamientos, al menos a los relacionados a este tema, es la más simple de todas. Aceptar que me estoy ahogando en un vaso de agua y que, por esta vez, sólo por esta vez, olvidar el problema sí hará que desaparezca.

Las mujeres somos complicadas. Al menos yo lo soy. Si no, que alguien me explique por qué todos mis vestidos tienen el cierre en la espalda.

Como no quiero ver a nadie en la oficina, a la hora de la comida salgo apresurada a esconderme en algún lugar tranquilo y alejado.

Termino sentada en la pierna de un árbol que parece muy viejo. Es el árbol que abre el parque a unas cuerdas del edificio. No tengo hambre, pero debo comer o me dolerá la cabeza.

De pie frente a mí está mi vergüenza. Me mira y crea confusión en mis pensamientos. De nuevo los rompecabezas, los laberintos y las adivinanzas me doblan las rodillas hasta hacerme caer en las ilusiones.

Las imágenes son tan claras y los sentimientos tan bastos que siento que estoy desapareciendo en el sueño.

Una naranja cae del árbol donde estoy sentada y rueda lejos de mí. La miro rodar hasta que se detiene y me pregunto si sólo las personas nos sentimos vacías. Del otro lado de la calle un pájaro negro mira detenidamente la naranja. Se ha de estar preguntado si sólo los humanos se sienten vacíos.

Egoísmo.

Pero también este pájaro es egoísta. Ha caído del cielo y ha tomado lo que quería. No le ha importado nada. Ha interrumpido el inicio de mi sueño para acercarse a picotear lo que hay en el suelo desierto.

Los colores se sienten tan reales. Tan intensos. Es como haber despertado de la vida, y encontrándome todavía dentro de ella, expuesta completamente, mis ideas fueran más claras.

Temo que en el día de mi muerte sea esto lo que recuerde al final de todo: un pájaro picoteando una naranja en medio de una calle solitaria.

Tomo mi celular y guardo en mi bolsa lo que resta de mi sándwich. Encuentro en el fondo la tarjeta del licenciado Torrénz y la miro casualmente, como si todo ese momento no se tratara de lo que estoy a punto de hacer, como si fuera un punto de intersección entre dos realidades que no tienen conexión entre ellas, excepto yo. Yo soy el puente entre el licenciado Torrénz y esta realidad, yo soy el puente entre mi cuerpo y la otra realidad que quiero construirme.

—Licenciado Torrénz, buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Quién habla?

—Supuse que no me recordaría por mi voz.

—Ahora que lo dices, y por la forma en que lo dices, creo suponer quién eres.

—¿Quiere adivinar?

—Eres esa mujer hermosa del bar naranja. La que vi el sábado en la noche.

—Es verdad. Sé que hubiera dicho mi nombre...

—No me lo dijiste.

—Exacto. Para eso le llamo.

—¿Para decirme tu nombre?

—Si no lo quiere saber podemos dejarlo oculto.

—Quiero saberlo. Pero no me conformo con tan poco.

—Es el comienzo. Debemos comenzar con algo.

—Comencemos, entonces.

Se me contrae el estómago y me olvido de la risita con la que estaba jugando por teléfono con este hombre. No he pensado en un nombre para

cubrir mi identidad.

—Verónica —digo a secas. Del otro lado de la línea escucho un pequeño quejido y después un silencio que parece eterno.

—Hay nombres mucho más bonitos que ése. No me dirás tu verdadero nombre, lo entiendo, pero no me gustaría llamarte Verónica.

—¿Cómo quiere llamarme? —me ha lastimado, o eso entiendo por mi sentimiento de vulnerabilidad.

—Quiero llamarte Lorena.

—Supongo que por ahora puede hacerlo. No nos conocemos. Pero si planea devolverme la llamada después, le advierto que no seguiré la conversación si no me llama Verónica.

Escucho su risa débil muy cerca de mi oído, como si estuviera a medio paso de mí. Se estremece mi cuerpo al pensar que no hay nada que me impida tenerlo a esa distancia si así lo deseo.

—¿Y de qué estaríamos conversando si te devuelvo esta llamada después?

No sé qué responder, no se me ocurre nada. Todo está tan claro. Sabe que no soy una profesional, sabe que no tengo experiencia. Incluso sabe que ni siquiera estoy segura de querer hacerlo.

—Tardaste mucho en llamarme. Pensé que ya no lo harías —me dice y me da una salida.

—Le dije que estaba muy ocupada entre semana.

—Por favor, Verónica, no me hables de usted. No soy tan viejo.

—¿Qué tan joven eres?

Se ríe con ganas de dejarme saber que le gusta que sea atrevida. No tengo ni idea de dónde vino esa sensación, pero me gusta porque me da control.

—Tengo algunos años. ¿Me vas a hacer una entrevista? Me gusta que no seas como las otras.

—¿Cuáles otras? —le digo con aires de grandeza. Que sepa que no hay otras después de mí.

Lo entiende y se ríe con más soltura.

—Me agradas. Me agradas mucho. Hablemos. Pregúntame lo que quieras.

—No hay mucho que quiera saber.

—Bueno, al menos pregúntame lo que debes saber antes de que te invite a una cita.

Se me viene a la mente que esto debería ser un proceso en el mundo de la prostitución: averiguar los antecedentes del cliente.

Es increíble que lo llame el cliente. De verdad está sucediendo. La

emoción no es diferente a cualquier otra, pero siempre sorprende que sea tan intensa.

—¿Qué tan a menudo sales en este tipo de citas?

—Nadie me había preguntado eso. Es un poco personal ¿no lo crees? —me hace sentir que me he equivocado al preguntárselo, que no tengo derecho a meterme así en su vida. Seré yo un juguete, un entretenimiento. Pero no puedo salirme con la mía si doy marcha atrás y dejo de sentir que yo soy la que está al mando.

—Considerando que podríamos ponernos muy “personales” en una cita, creo que es una pregunta conveniente.

Lo he dicho con mi sonrisa, y aunque no esté aquí para verme, siento que sabe que mi boca brilla con el sol, que le sonrío y que estoy dispuesta a seguir jugando.

—Usualmente lo hago cada dos o tres meses. Depende si hay alguien de mi interés.

—¿Debo entender que me está halagando?

—Definitivamente.

Me hace sentir especial. Empiezo a idealizar parte de mí en parte de él. No sexualmente, aunque sé que todo esto no se trata de otra cosa.

—Gracias. Pero creo que debo tomar distancia de hombres coquetos como usted.

—Creo que deberías acercarte más a hombres como yo.

—¿Eres casado?

—Hace muchos años que lo soy. ¿Es eso un problema para ti?

No lo es. Quisiera pensar que sí. Que me duele saber que su esposa sabe los secretos de él y que los guarda para lastimarse a ella misma, mientras su esposo sale de paseo con una dama de compañía. Pero no siento remordimientos por ella. No soy de las que creen que la fidelidad sea un valor indispensable. Al menos no lo pienso ahora. La traición es la mentira, la infidelidad es el secreto que la oculta. Tener deseos de sexo con otra persona que no sea tu pareja es algo instintivo, diversión si no queremos ir más lejos. Quisiera no verlo de manera tan simple. Me gusta creer que las cosas son más complicadas de lo que parecen.

—No me molesta. Espero que no te cause problemas a ti.

—No te preocupes.

—Háblame de lo que haces. ¿Quién eres?

—¿Quién soy? Bueno...

Me obligo a escuchar. Mientras lo hago evalúo mi situación. ¿Cuáles son los mayores obstáculos que debo sortear? ¿Todavía tengo el control? ¿Es seguro lo que estoy haciendo?

Me imagino a su esposa a su lado, o cerca de él, esta noche en la cena. Estará pensado en la mujer con la que la engaña. Ya no podré salir de mi casa sin pensar que en algún lugar hay una mujer que me conoce, aunque nunca me haya visto, que me culpa por la desintegración de su familia. Será imposible mirar a una mujer y sus hijos sin que pueda dejar de pensar que son ellos las personas a las que arruiné.

—...Básicamente trabajo todo el día.

—Entonces, ¿cómo piensas hacerte un espacio para platicar conmigo? —le digo.

—Bueno, lo acabo de hacer, y fue inesperado. Si lo planeo puedo hacerlo mucho mejor.

—Todavía no me conoces. ¿Hay algo que quieras saber de mí?

—¿Cómo voy en la entrevista?

—Vas bien. No te adelantes.

Los dos nos reímos y callamos por un momento.

—En realidad me gustaría comenzar a conocerte. Supongo que lo que queda es discutir los negocios que están involucrados. ¿Cómo lo hacemos? ¿Tienes agente?

¡Maldición! ¿Debería tenerlo?

—No. Ni agente, ni agencia.

—Me gusta cuando son independientes porque no tienen restricciones. ¡De hora! Me refiero al tiempo. Tú sabes.

—Sí —pero no lo sé. No tengo ni idea de qué debo hacer, ni ahora ni cuando lo vea—. No creo que sea conveniente hablar de dinero por teléfono.

—No, no. Realmente no tengo problema con el pago —siento que se está poniendo incómodo, no sé si es porque de verdad lo está o porque no quiere herirme de alguna manera.

—¿Entonces qué quieres saber? —en cuanto lo digo me doy cuenta de que ha sonado muy poco profesional, amateur o muy por debajo—. Tengo una idea. Salgamos y conversemos. Me hablas de ti y te hablo de mí. Después decidimos lo demás.

—Suena muy bien. ¿Puedes verme esta noche?

Puedo, pero no estoy segura de querer hacerlo. Ahora mismo pienso que todavía puedo hacer como que no existe la conversación que estoy teniendo,

olvidarlo todo y quedar exenta de las consecuencias.

—Esta noche no. Lo siento.

—Entonces mañana.

—Mañana está bien.

—Dime dónde puedo recogerte y nos vemos ahí a las siete.

—¿Tienes en qué anotar?

Le doy mi dirección. No se me ocurrió nada más.

Nos despedimos y terminamos la llamada. Yo me quedo con el pecho inflamado. Mi respiración parece la de otro y mis pensamientos me recriminan los errores, no sólo los que cometí durante la conversación, también los que estoy a punto de afrontar. Eso si me decido a aparecer frente a este hombre.

Ahora mismo no sé qué esté pensando él.

Conciencia de mi cuerpo.

Estoy harta de pensar que las mujeres siempre hemos vivido con las sobras de los hombres.

Sus tacones. Sus pelucas. Sus polvos. Y lo que más podría indignarme, si no fuera porque la comparación ya me ha superado: su libertad de espíritu.

Llego al punto en el que habiendo pasado más de una hora arreglándome para la visita que estoy a punto de recibir, frunzo la boca y me meto a bañar, dejando que se derrita el maquillaje lentamente debajo del chorro de agua.

Cuando salgo de la regadera me doy cuenta de que he cometido un error. ¿Qué voy a hacer si intenta llevarme a un restaurante lujoso? Estaría rodeada de mujeres elegantes, con sus caras cubiertas en mentiras, no sólo en bases de maquillaje, también de corazones lastimados, con mi cara limpia y mi sonrisa franca, luciendo inadecuada y hasta mal educada en los placeres frívolos de la apariencia.

No es un crimen usar maquillaje. Vuelvo a aplicar la base sobre mi rostro. Nada de tonos oscuros. Nada de labial. Nada de líneas en los ojos. Un poco de rubor, el mínimo, acaso la ilusión de ver que la brocha tocó mis mejillas. Brillaré en otros aspectos.

Media hora con el secador de cabello es suficiente para poder peinarme con decoro.

El vestido es uno de los medios más poderosos de una mujer para lucir natural y elegante. Al mismo tiempo que sé es sensual, sé es recatada.

Ni siquiera sé adónde me llevará. Pero sin importar lo que decida, no puedo darme el lujo de ir con zapatos tenis, un short de mezclilla y una sudadera. ¿Estará haciendo frío? No tengo abrigo para este vestido.

Se hacen las siete de la noche y no hay evidencia de su presencia. En un minuto alcanzo a pensar en los nervios y sus consecuencias en mi cuerpo. La revoltura en mi estómago y las cosquillas en el cuello. Qué incomodidad tan placentera.

Me siento como si fuera la primera vez que salgo con un hombre. Como si fuera una chiquilla en secundaria tratando de encontrar al niño que me ha invitado al cine y me ha dicho que volverá para darme un beso.

No sé si habrá sexo. No lo espero. No lo deseo. Pero tampoco lo rechazaría. El sexo es como encontrarse una moneda en la calle: es inesperado, es sucio y te hace sentir muy bien. Olvidé si en realidad el sexo se siente mejor cuando lo planeas. Si soy una dama de compañía ahora, debo

operar en los dos términos. Hacer como si fuera una contraria del placer, y luego explotar en él; en el hombre y en el placer.

Pasado el minuto después de las siete, mi teléfono vibra en la mesa de centro. Es él.

—Me dijiste que te devolviera la llamada de ayer.

—Pensé que teníamos una cita hoy.

—La tenemos, pero estoy atorado en un embotellamiento.

—¿Es verdad?

—No. Estoy afuera de tu edificio.

Me asomo por la ventana. Hay una camioneta negra con las luces encendidas.

—Bajo en un momento.

Tomo mi bolsa y me aplico polvos en el cuello. Nunca me ha gustado el perfume. Me parece indigno de una buena limpieza.

Antes de salir me miro fijamente en el espejo de la entrada. No debí quitarme las sombras de los ojos. Parezco una niña de catorce.

Cuando bajo, el licenciado Torrénz me recibe con un abrazo distante y una sonrisa, me toma la mano y me habla de lo bella que soy. Me acompaña a la puerta del pasajero y espera a que me suba. Cierra la puerta y rodea el carro lentamente.

No puedo dar marcha atrás. Soy una cita para él esta noche. Un entretenimiento. Sexo. Desahogo. Tal vez una amante, o una novia. Pero en cuanto ponga su dinero en mi bolsa seré la que ya había sido hace dos semanas. La que, buscando, me ha encontrado. La que para siempre seré aunque deje de hacerlo.

Hablamos poco durante el trayecto. Me dijo que quería cocinar para mí.

No me niego de ninguna manera.

En una luz roja en la esquina de una de las avenidas principales de la ciudad me habla de su vida. Me dice que aprendió a cocinar en Marruecos y terminó preparando bebidas en un bar de Nueva York. Sonríe y evita mirarme. Sospecho que me miente, pero no digo nada porque se siente como una broma y no como presunción.

—¿Te gusta comer carne?

—No toda. No soy vegetariana si eso preguntas.

—Sí, eso quería saber. Tengo en casa unos filetes que quiero cocinar hoy.

Desde que me dijo que quiere llevarme a su casa tengo sólo una pregunta que hacerle. ¿Dónde está su esposa?

Por su mirada, que va y viene entre mi pecho y mis ojos, y luego desde mis piernas a mis ojos, puedo ver que sí habrá sexo hoy.

Evitando la lujuria me enfoco en la preocupación. Trato de evitar sus comentarios presuntuosos; que si compró la carne en tal mercado, que si su vino le fue enviado desde el centro de la tierra, que si las vestiduras de los asientos de su auto están hechas con piel de mujeres vírgenes. Quiero preguntarle donde están su esposa y sus hijos.

Después de un rato. Cuando todo parece venir a menos. Él mismo me tranquiliza con lo que debió decirme desde que me vio.

—Mi esposa está de viaje. No tenemos que preocuparnos por el tiempo.

—¿Viajan mucho? —pregunto para que no vea en mis ojos el alivio.

—Sólo ella. Lo hace cuando quiere dejarme, pero no se atreve a pedirme el divorcio.

—¿Por qué quiere divorciarse de ti?

—No quiere. Si se va no tendrá quien pague sus lujos.

Otra vez la conversación del dinero. ¿Es esta mi vida ahora? Soy una mujer que detesta oír hablar de dinero, que lo cobra por escuchar hablar de él.

Me pregunto si mientras asiento a lo que me dice debo poner mi mano en su pierna. No lo haré.

—¿Ella sabe que sales conmigo?

—¡No! Además, es la primera vez que salimos. Si se enterara me quitaría a los niños y me haría pagar por ellos.

—Pero sabe que sales con otras.

—Desde mi punto de vista no le soy infiel. No le soy infiel porque no salgo con “otra”, sino que pago por un servicio que satisface una necesidad. Como una membresía a un club privado o un boleto de teatro.

Se queda callado. Me ha herido con su comentario, pero no basta más que con verme para darle un poco de razón. Sé que está molesto. De su cuerpo sale radiación. Está más que molesto. Se niega a mirarme y yo le clavo la mirada. Hace el automóvil a un lado y se detiene. Suspira y me mira. Sigue furioso y por alguna razón yo quiero fomentárselo más. No le sonrío y le aguanto la mirada.

—Ella sabe que tengo relaciones con otras. Supongo que lo ve como un mal menor.

—¿Crees que está de acuerdo porque le juras que no te enamoras de ellas?

—Nunca le he jurado eso. Pero tienes razón. Creo que ella lo sabe y lo permite, de alguna manera, porque sabe que nuestra familia no corre peligro.

Me hiero la idea de pensar que no soy mujer suficiente para que él se enamore de mí, pero evito más vergüenza convenciéndome de que en realidad no podría con una mujer como yo.

En mi traje de madre y amante, de santa y prostituta, haciendo como que olvido sus reclamos y malos comentarios, le tomo la cara entre mis manos y lo dejo aspirar el polvo perfumado de mi cuello. Resopla una vez y siento su aliento alcohólico.

Pobre hombre. Presume su riqueza y no se da cuenta que cada vez que gasta su dinero tratando de ocultar su miseria, más miserable se vuelve.

Su boca se arrastra de mi cuello a mis labios. Recibo un beso, pero no lo respondo. Cuando siente que no ha sido servido abre los ojos y me mira a una distancia privada. Yo lo miro igual y siento el terremoto en el cuello, aguanto el peso de mi cabeza después de dos sacudidas y evito la sonrisa que lo aliviaría todo.

—No hemos discutido eso — le digo.

—Claro. Discúlpame, no quería pasarme del límite. Se sintió real.

No contesto nada, pero tiene razón. Se sintió natural.

En su casa de inmediato entra a la cocina y sale con una botella de vino blanco. Me acomoda en una silla alta en la barra que da a la cocina y me sirve una copa.

—No disfruto mucho del vino, pero para estas ocasiones es lo mejor.

La carne estaba en un platón frente a mí. Cruda. Debajo de la luz, aunque tenue, se podía ver el brillo de la sal y la oscuridad de la pimienta.

Su cocina huele a condimentos quemados. Su sala huele a madera. Apuesto a que su habitación huele a telas perfumadas y su baño a manzanilla.

Me levanto y le pido direcciones para llegar a su cuarto de baño.

Me equivoqué. Huele a menta. De inmediato puedo asegurar que está solo. Debió entrar a bañarse antes de ir a buscarme y se olvidó de limpiar. Hay agua regada por todo el piso, y las gotas siguen resbalando en las paredes.

Debí traer mi maquillaje de ojos. Si hoy este hombre tendrá sexo conmigo querrá algo salvaje y divertido. Querrá verme los ojos de manera feroz, dejarse llevar por la negrura y espesura de mis pestañas. Con los ojos al natural será... íntimo. Me estará viendo y lo estaré viendo.

Mojo mis manos y corro el agua. Apago las luces y salgo despacio. En el pasillo hay fotografías enmarcadas en la pared. Hay portarretratos a un lado de los floreros. Flores. Todo se ve muy limpio. Evidentemente esta es la casa donde vive con su esposa.

Vuelvo y lo encuentro esperándome recargado en la barra. La carne hace ruido en el fuego y comienza a llenar el ambiente con su aroma.

Me ve y me sonrío. Quiere dejar atrás la escena de debilidad que me regaló en su carro, pero mi fuerte no es olvidar.

En su mano tiene mi copa y me incomoda cuando me acerco y bebo de ella.

—Estás tomando de mi copa.

—Discúlpame. Pensé que era la mía. Déjame traer otra.

De la cocina vuelve con una copa limpia y me sirve más vino que la primera vez.

—Hablemos de ti —me dice.

—¿Qué quieres saber?

—Bueno, ya me dijiste que no perteneces a una agencia, y te creo. Pero quiero ir más allá y preguntarte cómo entraste en este negocio.

Quiero decirle la verdad. Rodeada de sus cosas, dentro de su casa, a punto de comer su comida y después acostarme con él, me siento expuesta; no incómoda, sino confiada, confiada y en deuda. Pero sé que decir la verdad provocaría preguntas que no quiero responder.

—Por una amiga —le digo—. Las dos trabajamos en el mismo lugar durante el día.

—Entiendo, pero ¿cómo exactamente decidieron entrar en este mundo?

—Ella está casada y tiene dos hijos. Su trabajo y el de su esposo no son suficientes para cubrir con todos los gastos y me pidió ayuda.

Doy un sorbo de vino y busco pistas en la sala de este hombre. Si quiere escuchar una historia, entonces debo contarle una historia que le guste.

Se levanta de la silla y corre a la cocina a dar vuelta a la carne. Yo me levanto y le doy una vuelta a su sala.

Hay fotos de su esposa con él, con sus hijos. No es una mujer fea, pero parece distraída. Lejana. Es una mujer que no ha sido feliz desde hace mucho tiempo. Siento lástima por ella. Al mismo tiempo siento poder. Su desgracia es mi ganancia. Hoy haré con su esposo lo que ella no ha podido lograr en tantos años. Voy a dejarlo satisfecho, exhausto y delirante.

Cuando regresa me mira con la foto en la mano.

—Ésa la tomamos hace muchos años, cuando todavía no nos iba tan bien. Son recuerdos poderosos.

—Deben serlo —le digo—. Mi amiga y yo pasamos por malos momentos también. Lo que importa es que cada uno encuentra su camino.

¡Dios mío! Sólo me faltó acercarme a él y persignarlo. De alguna forma lo

que dije lo tranquilizó.

—No me gustan las chicas de agencia. Son groseras y siempre tienen prisa.

—Venden su cuerpo. No son como yo.

—¿Qué vendes tú?

—Tiempo. El que me incluye y te incluye. Obtendrás de mí lo que yo obtenga de ti. No tu dinero; lo que eres.

—Presiento que vas a dejarme pobre en muy poco tiempo. Eres exactamente lo que estaba buscando. ¿Serás mi cita?

—Seré tu cita. Una mujer cualquiera y cualquier mujer que quieras conocer.

—Quiero lo que veo. Te quiero a ti, tal cual eres.

—Siempre lo soy. Soy un error y un acierto. Todas las contradicciones y algunas complicaciones. Soy placer que se convierte en dolor y dolor que se convierte en placer. Soy una persona cotidiana.

Su mirada se ha llenado de pasión. No tarda en dejar la copa y saltar sobre mi cuerpo. Le sonrío coquetamente y dejo la fotografía en su lugar.

—¿De dónde sacaste eso?

—¿Qué cosa? —le digo mientras me acerco a él.

—Eso que dijiste, fue lo que quería oír.

—Entonces soy buena en mi trabajo.

—Pero no quiero que lo seas.

—¿No quieres que sea buena en lo que hago?

—Acabo de decir que quiero que seas tú.

—Siempre lo soy. Por eso lo que hago me sale bien.

—No dejes de hacer lo que haces esta noche. Te pagaré bien.

—No hables de eso. Cuéntame de ti.

Con la llama avivada en su pecho, se abre por completo y me habla de su vida en casa de sus padres, cuando era niño, cuando empezó a crecer. Lo escucho y me interesa su historia, aunque es la misma de todos los demás.

De pronto me doy cuenta de que este hombre no es diferente. Quiere pagar por estar conmigo, pero desea estar consigo mismo. Quiere encontrarse. Quiere convertirse en quien realmente es, pero no le han dado la oportunidad. Quiere que esta noche yo sea él, que yo sea el amor de su vida, la oportunidad que dejó escapar, la mujer que dejó ir y que nunca volvió, o la que nunca llegará a conocer.

—Te ves muy linda en tu vestido —me dice dulcemente. Ha quedado expuesto por completo. Vulnerable busca mi sonrisa, que para este momento es todo lo que le queda.

—Más tarde podrás ver lo linda que soy sin él —le digo y me acerco a su boca. No me detiene y nos dejamos ir en un beso largo.

Los filetes han sido recalentados después de enfriarse por la conversación.

Comemos lo justo. Bromeamos entre bocados. Me gusta ver que se ríe de mis comentarios. Él atina un par de oraciones en el momento justo, lo suficiente para hacerme desearlo. Juntos crecemos la pasión y no le ponemos nombre.

Es curioso que quiera gastar dinero en algo que podría hacer cotidianamente con cualquier otra mujer que no piense en cobrarle. Es más curioso que vaya a pagarme y todo esto gire en torno a mí. Me paga para demostrarme que es capaz de conquistar a una mujer.

Terminamos sentados en la sala. La conversación sigue debajo de luces débiles y viento fresco que entra por una ventana. El vino no se acaba, y tampoco sus miradas ni mi sonrisa.

Uno de los tirantes resbala por mi hombro. ¡Qué cliché! Pero le ha encantado. Para este momento hemos hablado tanto y nos hemos conocido tan bien, que el orgasmo será un punto final. Quiero que eso piense. Que valió más nuestra conversación, nuestros coqueteos, que el sexo.

No creo que pueda tomar una copa más. No hace falta que se lo diga. En el momento correcto salta a mi lado del asiento y comienza a besarme mientras pone una de sus manos en mi cintura. Nos recostamos un poco y pasa sus dedos de mi cintura a mi cadera. No es ahí donde quiere tenerla. Le tomo el brazo y lo subo hasta mis pechos. Que de ahí baje él solo. Le abro la camisa dos botones y le rodeo el cuello con mis brazos.

Me pongo de pie y lo acomodo en el sillón. Apago un par de luces, que quede lo necesario para que pueda ver e imaginar al mismo tiempo. Comienzo a quitarme el vestido lentamente, bailando al ritmo de una canción que traigo en la mente desde el día anterior.

Una vez que quedé en ropa interior me senté en sus piernas y nos besamos por largo rato. Tocaba mis pechos como si tuviera miedo de reventarlos. Fue dulce. Me gustó verlo frágil.

Pasé de su boca a su cuello. De su cuello a su pecho. De su pecho a su ombligo. De su ombligo a su sexo.

Lo besé con ternura, lento al principio. Por encima del pantalón. Se notaba su erección debajo de la tela. Lo medí con mis labios desde la base hasta la punta. De inmediato pude ver que le gustaba. Lo recorrí completo dando pequeñas mordidas. Mis labios le dieron un beso más, uno largo, un beso que

era una caricia. Sentía las palpitaciones de su erección en toda mi boca.

Me puse de pie y me acerqué a él.

—Mírame —me ordenó. Suspiró su pasión y me miró directamente. Supe que iba a pasar un rato agradable con este hombre—. Mírame todo el tiempo, sin importar qué estés haciendo.

Le tomé de las manos y lo puse de pie. Le di mi boca y la tomó. Di media vuelta y recorrí su cuerpo con mi espalda, al incorporarme quedé agachada pegada a él. Sentí el peso de su cuerpo en mis nalgas. Me tomó la cadera con ambas manos y simuló la primera arremetida.

Me paré por completo, quedando frente a él. Con nuestros ojos a la misma distancia, rosándonos la nariz, supuse que su boca sentía mi sonrisa. Le desabotoné la camisa y al quitársela le acaricié la espalda.

No pudo esperar a que le quitara los pantalones. Tomó el cinturón y lo desabrochó de un jalón. En dos segundos tenía los calzoncillos en los tobillos.

Puse mis dedos en su pecho y empujándolo lentamente hice que cayera en el sillón. Mientras me acomodaba el pelo a un lado del cuello, rápidamente se quitó los zapatos y dejó salir el pantalón y la ropa interior.

Me clavé entre sus piernas, poniendo mis manos en sus rodillas frías.

Me tomó violentamente del cuello y metió su lengua hasta mi garganta. Traté de hacer lo mismo pero el peso de la suya me inmovilizaba.

—Chúpame —me pidió y lo hice.

Mi poca experiencia en esto se compensó con mi imaginación y las ganas que tenía de hacerlo. No hubo un instante en que dejara de arremolinarse en el asiento.

Sin aviso se puso de pie y me ayudó a levantarme. Me puso de espaldas y me subió al sillón de rodillas. Me agachó y se subió sobre mi espalda. Comenzó a besarme el cuello por atrás, después debajo de la oreja cuando tomó mi cabello y le dio un jalón.

Pendiente de sus órdenes traté de mirarlo todo el tiempo.

Balanceaba lentamente la cadera cuando me dejó esperando en esa posición. Volvió de la recámara y me miró un rato jugando con el ritmo de mi cuerpo. Se puso el condón y me preguntó si le molestaba que lo usara. Negué con la cabeza y le sonreí.

Él estaba como poseído, casi distraído. Incluso, tal vez, nervioso.

Con la palma izquierda arqueó mi espalda en un ángulo imposible, mientras que con la derecha me tomaba completa por debajo de la ingle.

Tuvo tiempo de hacerme a un lado la ropa interior.

Me penetró con brusquedad en dos arremetidas, saliendo por completo y volviendo a entrar, asegurándose de dejar esa sensación de vacío. Para la tercera arremetida ya estaba gruñendo. Su mano izquierda pasó de mi espalda a mi hombro. Con cada empujón me jalaba completa desde el cuello. Cuando su mano derecha pasó de mi pierna a mis nalgas lo sentí estremecerse.

Terminó dentro del condón, dentro de mí. Su peso completo descansó en mi espalda, su cabeza en mi cabeza, enterrada en uno de los pliegues del sillón.

Resopló un buen rato, empujando mi cuerpo con el suyo de vez en cuando. Siento que se va a desmayar. Quiero pensar que fue uno de los mejores orgasmos que ha tenido.

Yo, en cambio, ni siquiera comencé a sentir el calor en el pecho.

Cuando salió, llevé inmediatamente mi mano a la entrepierna y comprobé que ningún líquido anduviera por ahí sin mi permiso. Parece que sólo el mío es el que fluye.

Él da dos pasos hacia la barra de su cocina y toma su copa de un trago. Me ofrece la mía, pero me niego.

—Prefiero agua —le digo.

Cuando da el primer paso para entrar a la cocina lo detengo. Le hago girar y quedar entre mis brazos.

—Yo voy por ella —le digo.

Entro a la cocina y me sirvo de una botella que saco del refrigerador. El frío del agua contrasta con el calor del interior de mi cuerpo. Siento cómo me recorre desde la boca hasta el estómago. Tomo la mitad de la botella y salgo para encontrarme con el licenciado Torrénz en medio de la sala. Está tirado en el sillón grande, totalmente desparramado, gimiendo a cada exhalación.

—No había tenido un orgasmo así desde hace años —me dice y me mira débilmente.

Hubiera preferido que dijera que nunca había tenido un orgasmo así en su vida, pero al verlo me siento bien de haber contribuido a su pequeña felicidad sexual.

—Toma agua —le digo pasándole la botella.

Toma lo que quedaba de un sorbo. Un pequeño río se riega por una de sus comisuras.

Me siento a su lado y me arreglo el cabello. Recojo las piernas y me acomodo en su pecho. De inmediato lleva su mano a mi cabeza y me acaricia con lentitud.

Escucho su corazón a detalle. Es la voz de un hombre que no sabe cómo

vivir. Un hombre que, como muchos, viaja solo en una vida que no quería.

Todavía tenía puesto el condón. Le quedaba cada vez más grande conforme su pene iba perdiendo volumen. Sonreí para mí misma al mirarlo. Me sentí bien por él.

Me puse frente a su cara y dejé que me viera sonreír. Me contestó igual.

—Voy a quitarte el condón —le dije. Asintió y llevó la cabeza atrás, con los ojos cerrados.

Salió muy fácil. Lo anudé y lo hice bolita. Me levanté para ir al baño, y mientras iba recogí el empaque que había quedado tirado al descuido en el piso. Puse el condón y el empaque en la otra mano y seguí mi camino hasta el baño. En mis dedos sentía el líquido viscoso que había quedado atrapado en el látex.

Preferí no encender la luz cuando me senté a orinar. Tomé un pedazo de papel y envolví el condón en él. Nunca me ha gustado tirarlos por el retrete.

Enciendo la luz cuando me miro al espejo. Nada de maquillaje corrido en mi cara. Mi plan no planificado fue todo un éxito.

Me gusta cómo se ve mi piel después del sexo. También mi cabello. Pero hay algo que no está bien esta noche. No sé si fue porque mi placer fue casi ninguno, o si es porque estoy un poco borracha, pero siento que mi piel se ve estresada. Me paso los dedos por las mejillas y salgo del baño.

Se ha quedado dormido en el sillón. Le quito la botella de la mano y abre los ojos brevemente.

—Ven. Vamos a la cama. Te dolerá el cuello si te quedas dormido en esta posición.

Entramos en la habitación y se sienta en el borde del colchón.

Me llama con las manos y me acerco a él. Me toma por la cintura y me besa el ombligo.

—Quédate a dormir —me dice—. A menos que debas irte.

—Ya te dije que no estoy aquí pensando en el tiempo. Recuéstate. Yo iré por nuestra ropa a la sala. No me sentiré cómoda sabiendo que hay un desastre al otro lado de donde dormimos.

Salgo de la habitación. Encuentro el cesto de la ropa sucia y ahí pongo todas sus prendas. Mi vestido va doblado dentro de mi bolsa. En el refrigerador encuentro otra botella de agua y bebo lo más que puedo.

Entro al cuarto con mi bolsa en la mano. Él todavía está despierto, acomodando las almohadas.

—Ni siquiera pude quitarte la ropa interior —me dice cuando me ve entrar.

Trae una sonrisa que me gusta verle.

—No te preocupes, ahora me la quito.

Termino desnuda dentro de las sábanas. El cuarto se siente sofocado. El calor no da un respiro. Pero no quiero quedar tirada en su colchón como si fuera un pedazo de carne. Me envuelvo bien y apago la única lámpara que daba luz.

Del otro lado él se aprieta a mi cintura y me da un íntimo beso en la nuca. Siento que lo conozco. Imagino que es mi esposo, que lo amo y que me ama. Que esta es mi vida. Lo es. Por esta noche al menos.

Se levanta y enciende el aire acondicionado.

—Lo siento, es un poco ruidoso. Pero lo apagaré en cuanto enfríe la habitación.

—Está bien —le digo desde la oscuridad.

—Abriría la ventana, pero no quiero que entren mosquitos.

Ya no contesto.

Sale de la habitación y entra al baño. Lo escucho orinando, aclarándose la garganta y escupiendo en el retrete.

Empiezo a sentir el frío del aire acondicionado. Debajo de las sábanas me paso los dedos sobre el vientre, acariciando el corto pelo púbico. De vez en cuando llego hasta la carne que todavía tengo húmeda. No lo hago por placer, sino porque me tranquiliza.

Cuando lo escucho entrando a la habitación ya estoy cayendo en el sueño. No pensé que sería fácil dormir en la casa de un desconocido.

Se acuesta del otro lado de la cama y pone uno de sus brazos encima de mi espalda. Le acaricio los dedos con mis dedos y entiende que todo está bien.

Da un par de saltos para acomodarse y se detiene todo sonido y movimiento en el mundo. Ambos nos perdemos en la oscuridad de los sueños, en los sueños oscuros.

A la mitad de un sueño cualquiera me despierta el movimiento de su mano entre mis piernas. Cuando siente que he despertado se mete más profundo y acomoda los dedos en una posición que me aguanta en ese momento. Mueve dos dedos y suspiro por placer genuino. Basta un par de minutos para darme cuenta de que no voy a tener un orgasmo si sigue haciendo estos movimientos.

Acomodo mi espalda entre su pecho y pego mi cadera a su cadera. Pongo mis dedos entre sus dedos y le muestro dónde me gusta. Pronto su mano queda arriba de mi mano, dándole la ilusión de que es él quien me da placer.

Las sábanas quedan a un lado y siento su pene tratando de encontrar la

entrada a mi cuerpo por segunda vez.

—Ponte un condón —le digo.

Se voltea y encuentra uno a un lado de su lámpara.

Me doy la vuelta y lo pongo de espaldas. Lo domino con mi peso y dejo caer mi cabello sobre su cara.

Me levanto de un golpe y abro un poco la ventana. Entra la luz de la luna, azul y profunda, me deja ver el rostro vivo en la excitación de este hombre. Le dejo ver el mío también.

Vuelvo a ponerme sobre él y antes de ponerle el condón, me arremolino sobre su cuerpo. Tomo el preservativo de su mano, pero él me gira a mi espalda antes de que pueda abrirlo.

Va directo a mis muslos y comienza a besarme. Siento los espasmos que me causa dentro de los huesos. Para cuando pasa su lengua por mis labios internos ya tengo ganas de gemir.

Se cansa muy rápido. Este no es un hombre preocupado por mi placer. Es mentira, se nota que quiere verme teniendo un orgasmo, pero no sabe cómo hacerme llegar a ese límite, o se le olvida cuando siente su placer.

Por suerte pasa muy húmeda su lengua por un punto donde el rojo es intenso, uno de esos lugares que no son tomados en cuenta por no ser activos en la constancia del placer y le pego mi pelvis con fuerza. Lo tomo por la nuca, justo detrás de las orejas y lo atornillo a mí.

Pronto tengo un orgasmo. Uno pequeño. Uno de los que se tienen cuando te masturbas porque estás sola y no tienes nada que hacer. Se enciende mi columna vertebral y se contrae mi estómago. Mi pulso escapa de mi vagina y lo consume el licenciado Torrénz, que no ha dejado de besarme en las piernas.

Después de mi pequeño placer tomo el condón, él me detiene nuevamente.

—Quiero hacerlo en tus pechos.

Le sonrío con complicidad. No es la primera vez que alguien “lo hace” en mis pechos. Segundo lo hacía con frecuencia.

Tengo ganas de hacerlo y sé cómo dejarlo satisfecho.

Comienzo por darle sexo oral. Me arrepiento un poco de haber tomado esta decisión. Su pene huele a látex y semen pasado. Sabe a plástico quemado y cloro. Pero no me quedo ahí mucho tiempo. Dejándolo de espaldas me acomodo para quedar sobre su miembro y que pueda moverse entre mi pecho a su gusto.

Cuando noto que le gusta, finjo que yo también siento placer, aunque no lo hago. Pero tampoco siento dolor, así que no tengo motivo para no darle a este

hombre el placer en su fantasía.

Lo tomo de la mano y lo levanto. Ahora yo quedaré de espaldas y él se sentará en mi estómago. Igual seguirá teniendo el control del movimiento.

Lo rodeo con mis pechos y pongo mis manos encima. Lo miro directo a los ojos y dejo mi boca un poco abierta en un gemido que no para.

Muy pronto termina. El semen encuentra camino entre mis clavículas y termina reunido en mi escotadura supraesternal, lo que conozco como el Bósforo de Almas por una película que me viene a la mente justo ahora.

Él trata de recuperar el aliento sentado en mi vientre. Yo meto los dedos en la piscina de semen que hay en mi cuello. Se siente tibio. No me da asco, pero no me muevo porque no quiero que se derrame sobre las sábanas. Cuando él se levanta me trae unos pañuelos y comienzo a limpiarme. Es lo menos sexi de todo, es lo que no se muestra en los videos pornográficos. Pero el placer ha quedado atrás y los decoros humanos nos exigen un poco de limpieza después de la suciedad.

El licenciado Torrénz (nunca he dejado de llamarle así en mi mente), vuelve de la cocina con mi botella de agua. Le agradezco y la pongo en el piso. Estoy terminando de limpiarme y me ayuda con la tarea.

De su cajón saca un paquete de toallas húmedas y me pasa una con delicadeza por todo el cuello. Cuando termina me da un dulce beso en la barbilla. Me pasa el resto de las toallas húmedas y salgo al baño a terminar de limpiarme. Entra con los pañuelos empapados de sus propios fluidos cuando me estoy limpiando los pechos y me sonrío mientras tira su carga en la basura.

No me incomoda que me mire, pero preferiría que se quedara con la idea de que soy una mujer cercana a la perfección. Compartir la limpieza de nuestros cuerpos, aunque no es para nada denigrante, es innecesario en esta situación porque requiere de una intimidad que no tenemos. Aun así, le permito quedarse conmigo en el baño.

—Apuesto a que muchos te piden eso.

—No puedo decirte todos mis secretos.

—Está bien. Sólo quería decirte que fue lo que esperaba. Me ha encantado. Creo que te has dado cuenta.

—Me alegra.

Sale del baño y entra en la habitación. Mi pequeño orgasmo se siente suficiente para esta noche.

Empiezo a desgastarme cuando siento la necesidad de terminar algo. Como si no pudiera seguir siendo la que soy, como si quisiera que todo

desapareciera de repente para que yo pueda tener un momento para pensar.

No hay mucho que pensar, de cualquier manera. Pero nunca me había visto a mí misma, a las cuatro de la madrugada, limpiando mi cuello de semen en un baño de un hombre que no conozco. Quiero ir a dormir a mi casa. Sé que por hoy no podré hacerlo.

Cuando entro a la habitación todo está tranquilo. Entro a la cama y cierro los ojos. He sentido un sueño de dos años, aunque han pasado dos horas.

Suena la alarma exactamente a las seis y mi compañero se levanta sin hacer un solo sonido. Sale por la puerta y la deja abierta. Se encienden las luces de su sala y las del baño. Iluminan toda la habitación.

Me levanto después de escuchar que ha salido de bañarse y lo encuentro rasurándose en el espejo del baño.

—No te hubieras levantado —me dice—. Tengo que ir a una reunión al otro lado de la ciudad, pero tú puedes irte más tarde. No es necesario que salgas conmigo.

—También debo ir a trabajar. Pero primero debo ir a mi departamento a cambiarme de ropa.

Sigo desnuda. No sé cómo pedirle que salga del baño para poder entrar a orinar. Me mira de arriba abajo con una mirada satisfecha.

—Te dejo el baño. Si quieres puedes bañarte aquí. Yo terminaré en la cocina.

Se va. Le digo que no es necesario. Que debo ir a mi departamento porque no traje ropa. Ahí me doy cuenta de que debí traer un cambio de ropa limpia, al menos ropa interior.

Vuelvo a la cama y me tiro sin voluntad. Me arropo con las sábanas. Creo que me he quedado dormida. No puedo asegurarlo. Cuando ya tuve suficiente de ojos cerrados salgo a buscarlo. Ya está vestido y perfumado.

—Te ves muy linda cuando acabas de despertar.

—Es una ilusión. Ya me he puesto algo de maquillaje.

No lo había hecho. No traigo nada en mi bolsa además de mi cartera y mi teléfono.

—Tu dinero está en la cómoda, a un lado de la cama.

—Ya lo tomé. Gracias.

No lo había hecho, pero lo vi cuando me levanté. Pude contarle deprisa. Hay más de ocho mil pesos.

—Toma un desayuno ligero conmigo antes de irte —me dice cuando está abriendo un yogurt en su cocina.

—No puedo. Debo irme. ¿Podrías pedirme un taxi? Voy por mi bolsa.

—Claro. No te preocupes.

Cuando vuelvo a la habitación tomo el dinero y lo escondo en una esquina de mi bolsa. Debajo de mi celular. Cepillo mi cabello una vez más con los dedos y lo agarro con un listón. Vuelvo a lavar mis manos y regreso a la habitación para ponerme algo de crema en brazos y piernas. No huele mal la loción, su esposa no tiene mal gusto.

Cuando salgo, mi taxi ya está en la puerta.

Él, detrás de mí, me mira y me sonrío. Me da un abrazo que llego a sentir frío. Yo le doy un beso en la mejilla.

—Lo pasé muy bien. Muchas gracias por haber cocinado. Estuvo muy rico.

—Yo también lo pasé muy bien. Me alegra que te haya gustado la cena. ¿Puedo volver a llamarte?

—Claro —le respondo, soy una profesional—. Nos vemos.

—Cuídate.

Subo al taxi y dejo su casa atrás. Traigo la sensación de su cuerpo en mi cuerpo, los recuerdos en mi mente y mi pago en la bolsa.

Esta boca es mía.

Terminé con mi vida anterior por no tener nada más que dar.

Alguien hubiera estado orgulloso de mí. ¿No crees? “Uno vive con lo que tiene, pero hace una vida con lo que da.”

Adiós, niña Clementina. ¿Recuerdas cuando queríamos ser un ángel? No lo seremos jamás. Nuestro castillo no está en las nubes, sino en la cima de los granos de sal que no se disuelven en el océano.

Niña Clementina, dulce Clementina, tu voz ya no es mi voz. Perdóname por mis errores. Entiendo que no tengas adónde ir. Quédate escondida en mí, como siempre has estado. Ten en cuenta que ahora el mundo es diferente. Yo soy la mujer. Tú eres una mirada que ya no tiene oportunidad.

Estoy completa. Soy sólida. Piedra. Hielo. Vacía por dentro, cansada, todavía triste y para siempre sola. Muévete de un hueco a otro, no me preocupa, esos vacíos son parte de mí. La intrusa no es la soledad sino tu presencia en mis venas.

No creas que fue una decisión fácil. Todos estamos cansados.

En mi joyero conservo la cadena de oro que me regaló Laura y el anillo que alguna vez supe era de mi verdadera madre. Lo uso desde niña y traerlo siempre me recuerda a ella. No sé si debo llorar o reír. Creo que por sobre todo me pone furiosa. Estoy segura de que fue un regalo de mi padre, que se convirtió en una mentira de mi madre.

No me importa dejarlos en la mesa. Ahora mi joyero guarda mis propinas. Tengo un nuevo trabajo. Si alguien más pregunta, dile que soy consultora, dile que soy animadora, psicóloga, psiquiatra, fundadora de una causa humana. Soy todo eso y más, y no tengo salario ni horario. En este joyero guardo las donaciones que mis contribuyentes aportan a la causa de la libertad emocional. Por supuesto habrá más.

Hoy no quiero quedarme atrapada en el tráfico. No quiero preocuparme por las mediciones del tacómetro y la aguja que tiembla entre la mitad medio llena y medio vacía del medidor de gasolina. Si hay tráfico, quiero que quien sienta el estrés sea el chofer del autobús.

Es fascinante ver a las personas que se mueven en la ciudad. ¿Serán realmente ellos? Tal vez soy yo misma. O seré yo un holograma de lo que ellos traen en la cabeza.

Los hombres me miran. No voy a preguntar una idiotez como “sabrán que

soy una acompañante”. No lo saben. Pero lo han de imaginar, más que imaginarlo, lo desean. Aunque no estén dispuestos a pagarme. La idea de que permito acciones que se considerarían en contra de la virtud de mi cuerpo y estado de mujer, bastaría para absolverlos de todas las culpas de sus vulgares pensamientos.

Ninguno puede fingir que no es un típico hombre, un impulso de la reproducción sexual que les recompensa con el placer de la fantasía. ¿Será para ellos, como para muchas de nosotras, más fuerte el deseo de fantasear que el acto real?

Le devuelvo la mirada a un par de fisgones de vez en cuando, para que sepan que estoy consciente de sus depravaciones, que no me atemorizan y que yo también tengo ojos para juzgarlos.

Por encima de los hombres me fascinan las mujeres. ¿Ser mujer es ser como somos? ¿O somos como somos porque ya no sabemos qué más podemos ser? Siempre creí que, si en la historia del mundo alguna vez existió un profeta, o si lo existirá alguna vez, y no un simple visionario codicioso de cualquier arte de compensación, sería una mujer.

Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta. Profeta.

¡Maldición! La palabra perdió su coherencia. Jamais Vu.

Me gusta mirar a las personas que suben al autobús. Me pregunto dónde irán, por qué se subieron a este autobús, quién se estará subiendo en otra ruta al otro lado de la ciudad y cuánto tiempo pasará antes de que me dé cuenta de que la vida de este muchacho que acaba de subir está conectada a mi propia vida. Tal vez el hombre que paga su boleto en este momento hubiera encontrado al amor de su vida si hubiera subido en el camión que sigue. Tal vez está aquí mismo, pero él no quiere mirar.

Otra mirada a otro hombre. Sí, soy una mujer, apuesto que ya habías visto a otras antes. ¿Qué se estará preguntando de mí?

Hay un grupo de tres mujeres uniformadas que murmuran algo acerca de la forma de vestir de otra mujer que va parada, sosteniéndose con fuerza de un tubo de seguridad. Entiendo lo que dicen. Esas caderas están cometiendo un crimen contra esos pantalones. Pero por qué tenemos la necesidad de hacerlo notar. Es sólo un cuerpo y es sólo ropa.

Se siente la incomodidad de la mujer de los pantalones apretados. Yo la entiendo. No he usado pantalones así antes, pero recuerdo cómo se siente la vergüenza, la incomodidad, la inseguridad.

Es irónico que tenga tanta confianza como para meterse en esos pantalones y sean esos pantalones los que le quiten toda seguridad en cuanto siente que alguien la mira. Tanto como es irónico que les demos importancia a las personas que se burlan de nosotros, cuando son las personas que menos importan.

Pensando de esa manera, ¿qué persona importa realmente? O somos todos importantes o nadie lo es. Luego viene la diversidad. ¿O la diversidad es la falta de un líder? ¿Había diversidad en los años de Hitler en el poder? De los peores villanos de la historia, Hitler es el menos temible. Pero nadie conoce a alguien peor.

No hay nada mejor que los viajes en autobús. Puedo pensar en lo que sea. He pasado de mis padres a los hombres, a las mujeres, a la inseguridad, hasta al genocidio. Pero no el que da miedo, sino el que se recuerda como algo que pasó pero que no nos culpa de nada, sino que adorna una buena conversación cada vez más superficial en los círculos casuales de recuerdos que damos por entendidos. Por supuesto es una de las tragedias más próximas que hemos sufrido, pero ahora Hitler es tan pop como los pantalones ajustados de la muchacha incómoda.

Winston Churchill dijo que nadie es un profeta en su propia tierra. Todos creen que tiene razón. Pero es gracioso ver que él se convirtió en un profeta para su país. La excepción a la regla, supongo.

¿Nadie puede ser un profeta en su propia tierra? Vine de la nada. Ahora he vuelto a ella. Era una niña sin padres. Ahora soy una mujer sin restricciones. Señor Churchill, ¿no es verdad que mi mente es mi tierra? Ese es el lugar al que pertenezco. Si no puedo ser un profeta en mi mente ¿cómo podría serlo en la de alguien más? Quién soy y qué he hecho es algo que sé, pero nadie más. Entonces ¿a qué lugar pertenezco?

He conocido amigos. Mis amantes se han ido. Ahora yo soy la amante. Lugares desconocidos, los he olvidado. ¿Cuál es mi hogar? ¿Cuál es el suyo, señor Churchill? ¿Cuántas personas dijeron que lo amaban y se fueron? Está muerto, lo sé. Le envió mis condolencias. No crea que no lo entiendo. Yo también estoy muerta. Al menos no hay evidencia de que esté viva.

¿No es fría la vida, señor Churchill? ¿No lo es la muerte? Miéntame un poco. Dígame que mi tierra es mi mente. Que todo perdurará después de mi muerte. Que hay diferencia entre la niña Clementina y la mujer Clementina. Que el tiempo volverá a ser nada de nuevo. Y que para usted es suficiente ser recordado por su historia. A mí nadie me recordará.

Mediodía en el trabajo. Estoy enterrada debajo de un montón de carpetas con el sello de la nación. Mi jefe me ha dicho que sólo yo podría hacer este trabajo. Me ha sonreído y dice que me necesita. Mentiroso.

Me encierra en esta caja de cemento, de vez en cuando entra y me habla del buen trabajo. Yo sólo quiero decirle que me voy. El viento entra por una ventana y sale por otra. Cómo lo envidió. Solía engañarme diciendo que todo era temporal, que la cerradura no estaba atascada y que podría salir en el momento que yo quisiera. Ya me acostumbé. Se me prometen días que no van a llegar. Pero no es aquí donde pertenezco. Tampoco lo es el lugar donde estaba hasta esta mañana.

Escucho voces lejanas, otras cercanas. Tienen todo el tiempo del mundo en sus palabras. Pero sé que están perdidos, como yo. La gente espera por lo mejor, pero lo mejor está lejos de aquí. Estar vivo es alejarse de lo mejor. Estar muerto también lo es.

Veintiséis años es muy poca vida para pensar en la muerte. También es poca miseria para estar hundida en la desdicha. Tuve mucha felicidad, la suficiente para no creer que hay más allá afuera.

No deseo estar muerta. No deseo que mueran otros. Sólo quiero que los domingos duren tres días. Que la noche del sábado se extienda y que el sol no se esconda por 72 horas. Qué domingo sería. Tendríamos el tiempo que necesitamos para ser la raza que supuestamente somos: la humana.

Pero... ¿y si somos humanos por lo que hacemos ahora? ¿Qué nueva raza llegaría si tuviéramos domingos de 72 horas?

Estamos luchando batallas que están perdidas, pero no lo sabemos. Hemos roto todo el cristal y seguimos pensando que hay ventanas por las que no podemos salir.

Pensaría en cualquier cosa para salir de esta oficina. ¿Es esto lo que nos molesta? ¿El trabajo nos estorba?

De un lado al otro, todo es lo mismo. Renuncias a tus tareas, pero terminas dándole una segunda oportunidad, o ellos te la dan a ti. Te dicen que te pares derecho y aguantas el peso de piedras enormes. Sé fuerte. Todo a lo que tienes derecho es a susurrar lo cansado que estás.

¿Estoy pensando en revolución?

Tenemos lo suficiente de lo mínimo. Esa pobreza nos niega el deber.

Debería guardar estos pensamientos para el lunes. Nadie piensa en revolución los viernes. Ya he rechazado tres invitaciones para salir a festejar

el fin de semana a un bar y todavía no salimos a comer. No importa, siempre y cuando todo siga siendo lo mismo. A dos le sumas dos y son cuatro. Depende de cada uno la interpretación. A mí me gusta pensar que los números somos nosotros.

No quiero salir a comer con las muchachas. Tengo mucho sueño y siento este dolor que no creo que se vaya. Es un dolor interno, invisible, sin corriente eléctrica.

Sueño y sonrío. Pido y doy. Hablo y escucho. Presto mis ojos como espejo, pero su reflejo no llega a mí. Mis mejores días están por venir, así que no me quejo. La comunidad social es la espalda de una madre, nos puede soportar a todos y nos da consuelo saber que estamos cerca del corazón, pero no para de quejarse del dolor sincero.

Es todo lo que quiero hacer hoy.

Estoy furiosa por no poder estar durmiendo en mi casa. Quiero escribirle una carta a la tierra, o a la sociedad internacional de científicos unidos del mundo, si es que existe tal organización, y exponerles mi idea del domingo eterno. Que ellos muevan todos los datos que sean necesarios, que nos digan que es posible un domingo de tres días si nos extendiéramos un milímetro de nuestra orbita, o si el domingo eterno es posible sólo si nuestra mente se expande ese mismo milímetro.

Siento que lo único para lo que he venido a este mundo, hoy, es para quejarme de lo cansada que estoy. Para desear un descanso y fingir que no siento un poco de culpa por lo que pasó ayer con el licenciado Torrénz.

Una cita es una idea. Las acciones que en ella se desenvuelven no son misterios, y la responsabilidad queda en los participantes. Siento esta sensación de cosquilleo, una especie de fantasía, como si hubiera sido un sueño. Como si no fuera a ser realidad hasta que no se lo cuente a alguien. Al ver el reflejo de la luz en los ojos de la persona que me escucha podría darme cuenta de lo que he hecho. No es fácil. Mientras más lo pienso menos real es.

Mis pensamientos tienen este eco que mientras menos se repite más eterno se vuelve. No se solidifica hasta que lo digo en voz alta.

Desde que la soledad representa todas las palabras, se ha vuelto la compañía más insoportable.

Culebrita de plástico.

En la comida se habló de infidelidad.

Dicen haberla sufrido y se quejan de lo fáciles que son los pantalones de los hombres. Encuentro dos problemas principales.

Uno. Si hay hombres saliendo con una mujer que no es su novia o su esposa, entonces hay mujeres que salen con hombres que tienen novia o esposa. El hombre puede mentir, no hay manera de saberlo, aunque sí la hay, pero bajando el nivel del juego una rayita, digamos que somos estúpidas, que no sabemos cuando un hombre nos engaña hasta que le encontramos labial en la camisa o no va a dormir a la casa. Pero ¿qué hay de la otra mujer? ¿Y por qué siempre pensamos en la amante como la otra mujer? Para ella la esposa también es la otra.

La infidelidad quiebra una regla importante del matrimonio: la monogamia. Cualquier otra excusa es ingenua. “Si me ama, no debería andar con otras”, dicen, pero creo que lo que intentan decir es que una persona debe amar a una persona a la vez. Nos educan en la idea del matrimonio feliz y eterno, pero no nos dicen que nuestros sentimientos no obedecen las leyes morales. De ahí lo que sigue. La moral se vuelve un accesorio irrisible, a veces un verdugo que nos elimina de cualquier mirada.

Dos. El reino animal contra el reino moral. ¿Si a un hombre le gusta otra, sin importar la reciprocidad, pero ya está casado o tiene novia, debería simplemente olvidarlo? ¿Cuántos hombres se habrán fracturado la cabeza en este problema? La fidelidad como forma del sufrimiento. No podemos negar que la atracción se sufre también.

Las mujeres que temen la infidelidad de su pareja son mujeres que no pueden hacer diferencia en ningún lugar. La infidelidad se basa en la idea de que cualquier otra fulana te puede quitar a tu esposo, y muchas están aterrorizadas. Si un hombre te deja por otra mujer, no es suficiente hombre para ti, dicen. Pero, ¿fuiste suficiente mujer para él? Y la pregunta más grande de todas: ¿Qué es ser mujer? Algunas se preocupan por su lugar entre los hombres, hay unas niñas peleando porque el color del rastrillo con el que se depilan las piernas sigue siendo rosa, y dicen que eso las cosifica. Yo creo que eso nos da poder. No el color de una navaja, sino la oportunidad que se nos da de decidir. Hay personas allá afuera pensando en las necesidades exclusivas de las mujeres. Es verdad que pensar que el rosa es un color que nos identifica es ingenuo, pero no llega a la misoginia. Las mujeres ocupamos

en este momento un lugar privilegiado en muchos lugares del mundo. No digo que todo sea perfecto para nosotras; hay mujeres sufriendo cosas indescriptibles en otros lugares, y lo que menos les ha de preocupar es el color de sus accesorios. Cada uno defiende lo que trae en la cabeza.

Mientras más se le rasca al tema se vuelve inevitable ver cuál es el verdadero problema. La pregunta no debería ser qué es una mujer, sino qué es una persona. Creo que el miedo de la infidelidad, que es poca cosa comparada con la desigualdad de género, razas y orientación sexual, se basa en enfrentarte a esa pregunta. ¿Qué significa ser humano?

En el tema de la infidelidad, ¿qué queda? ¿Sexo? Es bueno, uno de los mejores placeres de la vida. La infidelidad se relaciona con el sexo. Pero es infantil pensar que un hombre no te ama porque tiene sexo con otra mujer.

¿Soledad? Uno de los peores golpes de la vida. Si pensar en el sexo exclusivo es poca cosa, no puedo describir qué será el miedo de quedarse sola. Al menos es debilidad. Pero ya todas las mujeres nacemos débiles, famélicas en un mundo donde otros se alimentan primero, o eso nos han dicho y no sé cuántas lo seguirán creyendo

Mis “amigas” se llenan la boca con chistes que no son graciosos. “Si me llego a enterar de que mi esposo me engaña, le corto la tripa”. Las demás se ríen, como si fuera chistoso. “No sé si podría dejar a mi novio si me entero de que me es infiel, lo amo muchísimo”, y las demás se ponen serias, sé que están en una condición similar.

¿Por qué creen que ese hombre les pertenece? ¿Qué tiene que ver la fidelidad con el amor? ¿En verdad su entendimiento se queda tan corto? ¿O soy yo que veo la vida desde el otro lado ahora?

Yo soy la otra. Una que no es un problema, sino una solución. No soy una amenaza, pero, hasta ahora, dos hombres han preferido estar conmigo que buscar a su esposa o a su novia.

No encuentro el problema, y no es que me haga la ciega porque me beneficia. Obtengo mi retribución, pero la sensación que me deja hacer esto no es la de un trabajo, sino más cerca a la obligación con la naturaleza. De ahí me viene una pregunta que no puedo contestarme: ¿Cuál es esa naturaleza? Destrucción. Construcción. En general, la búsqueda del placer. O la búsqueda del dolor. El encuentro desagradable con el balance que nos trae la redención. La naturaleza humana es la vida. ¿O es la muerte?

Sea lo que sea, ¿por qué no deberíamos buscarla?

—Si tu novio —le digo a una directamente, luego miro a Grecia y

diversifico mi duda—, o tu esposo, contratara a una prostituta para divertirse o para desahogarse, ¿sería infidelidad?

—¡Claro! —responden todas.

Ellas no creen que se trata de perderlo, quieren que su pene no se moje con la saliva de ninguna otra. Entonces la infidelidad no es acerca de los hombres y su papel en nuestra vida. Se trata de la guerra que tenemos las mujeres contra nosotras mismas.

¿Pensar eso es egotista y superficial de mi parte? ¿Existe tal guerra? Es un rumor, siempre lo es. Nace la lucha donde se necesita que alguien luche. Desaparece todo rastro de odio y se esconden todas las armas cuando la fuerza se ha medido. La guerra más larga de toda la historia es la de las mujeres contra las mujeres, contra los hombres, contra Dios, contra el gobierno, contra la naturaleza, contra todo lo que tenga una esquina levantada, y sigue siendo tan real como es ficticia. Es como ver un fantasma en un cementerio a medianoche; todos están predispuestos a verlo, y cuando son testigos de su aparición, no pueden asegurar que han visto algo.

La discusión que hice se alborota en sus cabezas, pero no me toman en cuenta para nada. Después de todo soy una de las solteras. Pero eso no quiere decir que no tenga experiencia.

Siempre he tenido un buen cuerpo, al menos desde que puedo llamarlo mi cuerpo, con este énfasis especial en la palabra, como diciendo no sólo un cuerpo biológico, sino de mujer. La piel, su brillo, su textura, sus volúmenes, su olor. Todo lo que un hombre entendería al escuchar a una mujer decir “mi cuerpo”, mientras ella sonrío coquetamente. Mi cuerpo, desde que lo tengo en este contexto utilitariamente sexual, siempre ha sido más o menos el mismo. Me gustaría tener más en algunas zonas y me gustaría tener menos en otras. Tengo conciencia del impacto que provoca en la mirada de los hombres, y más importante todavía, el impacto que tiene en la mente de las mujeres. Porque los hombres miran y gruñen, pero las mujeres pensamos y nos volvemos locas.

Los celos y la envidia se han mezclado en mi mente en muchas ocasiones.

Cuando estaba enamorada de Segundo no sabía la diferencia. Lo veía hablando con una mujer con un atributo que yo desearía, inmediatamente pensaba en él como un bastardo infiel. Con su sonrisita sacándole la de ella, y ella moviendo una pierna delante de la otra, dejando ver la esquina de su cadera. Él miraba y no entendía qué estaba pasando, pero estaba a punto de ser devorado por una viuda negra que sabe jugar su juego. Yo me ponía a hervir. Recordándolo, no sé si enfurecía porque no quería que él tuviera algo con una

mujer así, o si quería yo tener ese tipo de atención de los hombres.

Entonces la infidelidad ya no se trata de sexo, ni de soledad, ni si quiera de vanidad, porque podría trabajar en mi cuerpo, de alguna manera, para copiar esas posturas, ese contoneo, hasta para sacar más los pechos por la blusa, pero al mismo tiempo no queremos parecernos a nadie más. Es un problema de inseguridad. En cuanto llego a la conclusión me doy cuenta de que entré por la ventana para encontrarme con la puerta abierta.

Ya sabía lo de la inseguridad. Lo leí en algún artículo psicológico, que en el momento me pareció simple. Tal vez hasta me negué a creer que los humanos somos así de escuetos.

No nos gusta la simpleza, al menos no toda. Nos gusta la simpleza a la que llegamos después de mucho esfuerzo y complicaciones.

—Si tu matrimonio es perfecto porque tú y tu esposo son muy felices, pero te enteras de que él es feliz porque además de ti, tiene a alguien más, complementándolo, ¿sería así de malo? —pregunto al aire. Ya sé lo que van a contestar, pero quedarte callada en una conversación entre mujeres equivale a ocultar información, y no quieres ser la excluida.

—Yo creo —dice Rocío— que ya no sería un matrimonio feliz, al menos para mí, si sé que cuando no está conmigo, está con alguien más.

—Entonces no te importa su felicidad —le digo con desafío. Quiero encerrarla.

—Sí me interesa, pero no entiendo por qué no podría ser feliz conmigo.

—¿Podría ser feliz contigo?

—Yo creo que sí —sonríe buscando la ayuda de las demás, pero intercepto la caja de municiones.

—¿Eres tan perfecta que podrías quitarle el marido a Grecia?

—No soy perfecta. Además, tal vez el marido de Grecia no busca las cualidades que yo tengo. Creo que el matrimonio se basa en encontrar a la pareja perfecta y tratar de hacer tu vida con esa persona.

Me desconcentré y ahora siento que me tiene orillada. Niego con la cabeza, pero no sé qué decir.

—¿Quién te quitó al hombre con el que querías casarte? —me acuchilla Grecia a un lado del corazón.

—No lo sé. No investigué —me doy cuenta de que me duele pensar en ello. Pero lo que más me duele es no encontrar la forma de expresar mi idea y salir del hueco en el que me están metiendo. De pronto parece que lo que dicen ellas es lo correcto—. Tal vez no fui perfecta para él, y en lugar de hacerle

frente a sus sentimientos se fue con alguien mejor que yo.

Un par sonrío con mi comentario. Siento que me he hundido más. Pero confío en la seguridad que me da el sentirme humana y vulnerable.

—Eres bonita y todo —dice Rocío—, pero te hace falta carácter.

La miro directo a los ojos. No fue una insinuación inocente lo que ha dicho, o una crítica escondida en medio chiste, ha sido tan directa que la considero grosera. No lo fue, pero vivo en esta época en la que no nos detenemos a preguntarnos si nos están diciendo la verdad o nos están ofendiendo. ¿Y si no hay diferencia?

Me tiembla la mandíbula al hablar y se me desencajan las muñecas. Dejo de ser yo por un segundo y le contesto con la anulación de su declaración.

—Yo podría robarte a tu marido.

Todas se ríen calentando la escena.

Rocío y yo ahora estamos en una soga que cuelga de extremo a extremo en la cima de un volcán. Cada una con un palo en la mano, tratando de hacer perder el equilibrio a la otra.

—Pero no lo haría —le digo para terminar de encender el fuego—. Porque me gustan los retos y tu esposo no es ninguna dificultad.

—No te preocupes —me dice con una voz encendida—, a mi esposo no le gustan las de tu clase.

Me ha lastimado. Sólo con la insinuación. Ha dicho “las de tu clase”, y con eso se refiere a cualquiera de las clases. Ha sido certera. Ha presionado un botón que todavía funciona en mi cuerpo.

—¿Qué clase es esa? —le pregunto.

—A mi esposo no le gustan las mojigatas.

¡Y yo que me había sentido mal! Está mujer no me conoce. No tiene idea de qué está hablando ni con quién está tratando de discutir lo que es una mujer recatada. No sabía que tenían esa percepción de mí.

—Supongo que tienes razón. Tú lo conoces mejor de lo que yo lo conozco.

Me levanto y me voy a mi oficina. Sé que la he dejado con la boca abierta. Llegará esta tarde a su casa y le preguntará a su maridito si me conoce, y qué tanto me conoce. Ha quedado frustrada, lo reconozco en la densidad del aire. Hoy peleará con su esposo porque él, hace dos años, dejó la luz de la cochera encendida toda la noche. No hay manera de que le diga que está peleando con él porque siente celos de mí.

Se siente que ella ganó la discusión, pero sabiendo cómo será su tarde, es seguro decir que yo he ganado la batalla. Ella ha dicho las cosas más hirientes,

pero yo dominé su cabeza. Que se disuelva lentamente en el calor de la lava.

Lo que más estraga la inteligencia.

Usar el cerebro envejece. La fuente de la juventud es la ignorancia.

A lo mucho, porque la ignorancia no deja nada bueno. Dicen que la felicidad es la ignorancia, pero quien lo haya dicho no se detuvo a preguntarse si estaba ignorando algo.

Qué sensación tan desagradable es el no saber. No hay nada peor que no saber. Terrible confusión. Si al tiempo que pasa entre la ignorancia y el conocimiento se le llama felicidad, entonces no hay duda de que la felicidad existe, y que hay muchos que vivirán felices para siempre. La plenitud es incomparable, o eso dicen. ¿Sabiduría?

¿Qué persona plena contrata los servicios de una dama de compañía? ¿Qué mujer plena ofrece esos servicios? Como siempre, mi mente llega a la misma conclusión: soy una mujer, parecida a todas las mujeres, que conoce a hombres que se parecen a todos los hombres. Todo lo demás es innecesario, todo lo que pasa en nuestros encuentros es una rabieta de pensamientos que no hacen mucho por nosotros, pero que significan todo un mundo de sensaciones.

¿Qué hice por el licenciado Torrénz? Le di placer y la satisfacción de verme teniendo placer, que en sí es otra especie de placer. Soy una trinidad del goce. Quiero hacer mucho más.

Lo siguiente es conseguir más clientes. Qué palabra tan fea, “clientes”. Suena como si estuviera a punto de estafar a alguien. Debo conseguir más encuentros.

No quiero ir otra vez al bar naranja. Siento vergüenza al imaginarme en el bar y encontrarme al licenciado Torrénz o al otro que tan poco peso tiene en mis recuerdos.

Por ahora no tengo otro medio de comunicación, ninguna plataforma que me dé luz.

Lo mejor por ahora es volver al bar naranja. Si mis dos clientes me ven ahí no será de extrañarse, después de todo ahí me conocieron.

La fantasía de encontrarme a uno, especialmente al licenciado Torrénz, y que se ponga celoso porque otro hombre se me acerca, me mantiene cautivada mientras regreso a mi casa en un autobús casi vacío.

Llegaré con mi pantalón ajustado, una blusa agarrada en nudo arriba de mi ombligo, con el pelo suelto y de inmediato pondré una margarita en mi mano derecha. El licenciado Torrénz estará de pie en una esquina detrás de una mesa, justo como lo vi la semana pasada.

Alguien se acercará a mí y tratará de poner su mano en mi cintura. Yo lo dejaré para ver la reacción del licenciado Torrénz. Sé que me estará mirando, aunque mi sensibilidad sea desconectada en favor de mi concentración en el arte de crear celos.

El hombre, al que no le veo la cara, me dirá un par de cosas soñolientas, pero yo le voy a sonreír porque ese es mi papel en su fantasía. Todos los primeros encuentros que un hombre tenga conmigo serán sobre sus fantasías, ya después habrá tiempo para ver sus temores, sus deseos y sus dolores.

El licenciado Torrénz se acercará cada vez más, inconsciente de que lo estoy rastreando. Quedará tan cerca de mí que será capaz de escuchar la conversación que tengo con el otro hombre.

En dos pasos quedará de frente a mí. Dándole la espalda al otro le hará entender que él es el macho alfa en ese bar, el único que tiene derecho a hablar conmigo. El otro hombre tratará de alejarlo pasivamente, pero el licenciado Torrénz va a ladrarle y a enseñarle los colmillos, le buscará el cuello y dejará claro que yo le pertenezco. Yo miraré, como si no me importara.

Una vez que se haya ido el otro, el licenciado Torrénz quedará tan cerca de mí que podrá escuchar mi respiración y sabrá que mi cara está fingiendo indiferencia. Se dará cuenta de que estoy que me muero por tenerlo cerca de mí.

El autobús gira bruscamente y siento que estoy empapada entre las piernas. La fantasía con el licenciado Torrénz se reinicia con menos detalles. Mi mente ahora se enfoca en decidir si debo masturbarme antes de bañarme o antes dormir.

Comienza a llover. La vida se siente fuera del autobús. En mi ventana se deslizan pequeñas gotas.

Me gusta caminar de la parada del autobús a mi departamento. Es un camino solitario y bien iluminado. El frío que ha dejado la lluvia alcanza para aclimatar mi piel a una temperatura distinta a la de mis ánimos.

Fuera de su departamento está Dubái con su perro. Están jugando con una camisa vieja.

Estoy cansada, lo único que quiero es entrar en mi departamento y bañarme, comer algo, ver televisión e irme a la cama. No siento la necesidad de contemplar la piel moldeada por los músculos de Dubái. Pero mis intenciones no son las suyas.

—Buenas noches —me dice y deja de jugar con el perro.

Su mascota es el animal menos salvaje que hay en el estacionamiento.

No me detengo, sigo de frente y saco las llaves de mi bolsa, no es sino hasta que estoy por abrir la puerta que me digno a voltear un poco la cabeza para que mire un gesto mínimo en mi cara, preferiblemente en mis ojos, lo que sea que le haga entender que no quiero que me vuelva a dar las buenas noches, ni los buenos días, ni las buenas tardes, porque no le voy a contestar, pero al mismo tiempo que crea que estoy siendo receptiva. ¿Existe algo así? Sólo dentro de la mente de cada uno, y es precisamente ese lugar en el que estoy.

Abro mi puerta y al cerrarla me dejo caer sobre ella. Detrás de mí se escuchan las uñas del perro en las escaleras. Escucho también la respiración de Dubái.

Maldita oscuridad. ¿De dónde viene? La soledad y la furia como una sola fuerza. Modestia que se convierte en ego. ¿Cabe toda esta energía en el mundo? ¿O sale de un cuerpo para entrar en otro?

Miro a través del ojo de la puerta cómo Dubái y su perro entran en su departamento y no puedo evitar preguntarme por qué lo hago. Sé que quiero que piense en mí. Sé que quiero gustarle. Sé que ya lo he conseguido. Debería parar. Si en este momento, Dubái, con toda su honestidad, con toda la galantería de la que dispone, viniera a tocar a mi puerta y me invitara a salir, o de algún modo dejara claros sus sentimientos, no dudaría en romperle el corazón. No porque quiera bañarme en su sangre, sino porque no tengo intenciones de perder el tiempo tratando de enamorarme de alguien a quien no quiero amar. Tampoco por satisfacer una necesidad de superioridad. Simplemente no tengo un espacio dónde ponerlo.

No tengo motivación para abrirle la puerta y dejarlo entrar en mi cama. Es sexo lo que busca. Es primordial en la vida de cualquiera. Ayer se lo di a un hombre solitario, lleno de dudas acerca de su matrimonio y su familia, decepcionado de su trabajo y convaleciente de sus deseos.

Antes de él se lo di a un joven del que poco recuerdo, pero lo pongo en un estante deficiente. Al menos consiguió la noche que buscaba. ¿Qué más puedo decir sobre él?

Mucho antes les di mi cuerpo a otros hombres que lo buscaban en combinación con mi vida. Hombres inseguros de sus fortalezas, buscando un pedazo del camino que les fue inducido como verdadero y correcto.

Dubái, del otro lado de mi puerta, haciendo una vida de la que desconozco todo propósito, puedo asegurar que me mira el trasero cuando le doy la espalda y los pechos cuando no lo miro a los ojos. No quiero degradarlo a

suposiciones conductuales establecidas en la imagen de los hombres. Quiero repetir lo que ya había dicho: quiere tener sexo conmigo.

Se equivoca si cree que no conozco su juego. Es el niño de secundaria por el que todas las niñas nos morimos a esa edad. El que crece con la idea de ser futbolista y ganar alguna competencia que le genere riqueza y fama. Es un chico malo que no sigue ninguna ley más que la suya. Cree que es un lobo que se esconde en la piel de un borrego, pero sigue siendo un borrego. Es excitante, no lo voy a negar. Los preceptos sociales funcionan para todos. Tan bien escondidos están los instintos debajo de las moralidades, que me cuesta esclarecer mis propios pensamientos.

Sé que un hombre apuesto a un lado de mi departamento quiere tener sexo conmigo, sé cómo ha tratado de lograrlo, o al menos cómo ha intentado entrar en ese camino. Sé que podría abrirle la puerta al deseo tan fácil, que ya empiezo a sentir un torrente de sangre más ancho en mi pecho. Quiero fantasear con mi vecino esta noche. Sé lo fácil que sería llevar esa fantasía a la realidad, pero me detiene un pensamiento. Dubái es un cobarde.

Un suspiro se me escapa entre una respiración. La sangre se me arremolina en la entrepierna. La esquina de la mesa me ha rozado el pantalón y ha sacudido violentamente mi pubis contra ella. Estoy excitada, no sólo sexualmente, también emocionalmente. Sabiendo que todo es posible me alegro al pensar que, de hecho, estoy por encima de Dubái en la escala de emparejamiento. Me alegra y me complace la idea de saberlo certeramente. Es un cobarde. Podría darle indicaciones de que quiero que se acerque a mí y no haría otra cosa más que hablar del clima. Seguramente repetiría que no le he dado mi nombre. ¿Para qué lo quiere?

Lo escucho salir en ese momento. Me abalanzo contra la puerta y pienso en lo ridícula que sería si me dejo ver siempre que él sale de su departamento. Como si mágicamente los dos necesitáramos salir a ocuparnos de cosas que no están relacionadas con los quehaceres del otro. Pero estoy tan emocionada que de cualquier manera abro la puerta y salgo con el pensamiento hecho un remolino, pensando en qué hacer o dónde ir para justificar mi salida.

Dubái está en la entrada del edificio hablando por teléfono. Me decido a ir a la tienda que está dos calles abajo. Recuerdo que no tengo azúcar.

Mientras más me acerco a la puerta de entrada más me emociona la idea de tener que quitarlo del camino.

—Disculpa, estás obstruyendo la entrada —le digo cuando ya se estaba quitando.

No ha valido la pena. Me siento decepcionada y avergonzada. No por lo que sucedió, sino por mis instintos mal ubicados. He pensado que Dubái es un cobarde porque no se atreve a decirme que le gusto, que me desea, o que al menos le parezco atractiva, pero yo tampoco se lo diría. Lo encuentro atractivo, no al punto en el que lo deseo, sino que me causa placer pensar en él de vez en cuando, sobre todo cuando comienzo a sentirme sola en mi departamento, y no sería capaz de decírselo. ¿Para qué?

Hay métodos más sencillos para relajar la urgencia del coito. Aclarar los sentimientos se siente tan infantil en comparación con la rebelión de la excitación sexual, que sobrellevar las consecuencias de una declaración de amor escondida debajo de una simple calentura se volvería una pesadilla, un horror que muchos han de estar viviendo.

Hay animales que lo resuelven simplemente reproduciéndose. Para ellos es una etapa, un requisito que su vida les exige. Otros animales lo hacemos por placer. El problema para muchos está en lo moral. ¿Es correcto aliviar nuestras ganas de sexo teniendo sexo? Para mí es mucho más sencillo. ¿Vale la pena cargar con los sentimientos de un hombre que no sabe hacia dónde va conmigo sólo para tener un par de orgasmos? No.

Es verdad que no todos los hombres conectan los sentimientos a las mujeres con las que se acuestan, pero puedo ver que Dubái es de los que sí lo hacen. Y también el licenciado Torrénz.

Es la cuarta vez que me marca a mi celular. No creo que quiera hacer una cita. Es demasiado pronto. No he querido contestar. Prefiero que piense que estoy ocupada, o que soy una grosera, a que piense que soy así de fácil o que me falta elegancia.

No tengo ni idea de dónde saqué que la indiferencia es señal de gracia. ¿Quién sabe de dónde vienen los conceptos? Para bien o para mal (qué horrible frase), quiero que el concepto de lo que el licenciado Torrénz y yo tenemos se quede en lo cordial. Un juego de sentimientos de único uso, encuentros que se acaban para volver a empezar en el momento adecuado.

Me imagino que está borracho y que quiere hablar conmigo acerca de obscenidades. Si no está borracho, entonces creo que debería controlarse y guardar sus deseos para la ocasión correcta.

Pensarás que él decide cuándo es la ocasión correcta, ya que él paga. Pero te equivocas. Es mi cuerpo el que está en discusión, mi imagen, cómo deseo presentarme. El que paga no debería tener acceso a lo que compra, si lo que compra tiene voluntad y pensamientos propios. Eso suena terrible, peor que

las frases que usamos y no van al caso. No quise decir que él me compra, no hay personas que compren personas, aunque si lo llevamos hasta el final, no hay personas comprando nada, sino satisfaciendo necesidades y necesidades. No quiero ser una necesidad, ni una necesidad. Quiero ser el concepto del que hablamos, una figura que encaja en un hueco que nadie ni nada más puede llenar. No voy a serlo si estoy disponible a cualquier hora.

El licenciado Torrénz no quiere comprar mi compañía, ni mi cuerpo. No compra mis ideas y no compra mi tiempo. Compra su satisfacción, sea cual sea en el momento. Si quiero ser una profesional, mi trabajo no es darle lo que quiere cuando lo quiere, sino cuando le conviene. Un día después de tenerme no es el momento ideal para hablarme.

Es mi primer cliente, no importa lo que digas, y no quiero perderlo. No quiero pensar mal de él tampoco. Prefiero que crea que es mi culpa su falta de control. Lo entenderá todo cuando me vuelva a ver. Siempre es así. Sea quien sea y sienta lo que sienta.

Cuando regreso, el frío y la oscuridad son los únicos presentes entre el estacionamiento y las escaleras del edificio. La soledad vuelve a medir mi cuerpo. Pasaré la noche calculando cuánto desierto cabe en una mente, cómo mis pensamientos me aseguran la expansión de ese vacío.

Las mujeres eran tristes.

En mi mesa tengo una colección de historias de Edgar Allan Poe. Qué hombre tan angustiado.

Seguramente, si hubiera vivido en esa época, me hubiera acercado a él en algún bar, lo habría convencido de que me necesita, y una vez que hubiera hecho su vida más miserable, lo habría motivado a escribir un poema pensando en mí, así sabría lo mucho que habría llegado a odiarme.

Un hombre que ama a una mujer no le dice cuánto la ama. Un hombre que ama a una mujer mide su amor en proporción a cuánto la odia, así, el resultado de esa adición desemboca en el sufrimiento que se confunde con la ilusión de estar enamorado. Un hombre es capaz de escribir un poema cuando a lo hermoso se le ha sumado lo desagradable.

Una mujer que ama a un hombre no le dice que lo ama hasta el hartazgo. Una mujer que ama a un hombre evita pensar en el amor que siente por él si a su lado el odio es más prominente. El resultado de esa extracción deja el mínimo odio que una siente por el otro, lo que se confunde con el fantasma del amor detrás de él. Una mujer es capaz de aceptar el poema de un hombre cuando cree que está en posición de hacer las teorías y las matemáticas que los sentimientos exigen.

¿Cómo habrá sido Leonora? Tal vez le gustaban los cuervos. Tal vez el señor Allan Poe veía en ella una figura aterradora, una situación espantosa, como una pesadilla, que por más terrible que sea, sigue siendo sueño y no quieres despertar. Le habrá formado las palabras en la mente, traduciendo los sentimientos a través de los ojos del necio pajarraco.

Él no nos deja saber mucho acerca de Leonora. Supongo que su acto literario no se trata de ella sino de él. El cuervo será entonces una representación de sus sentimientos no desarrollados, una insinuación de la tristeza que le causa el empecinamiento. La obsesión y el deseo que no pueden satisfacerse.

Hoy es el primer día que tomo la pastilla anticonceptiva. Con un sorbo de agua la hago desaparecer de mi garganta. Veo el marco de mi puerta mientras bebo y trato de ubicar un pájaro que contenga todas mis frustraciones encima de él. ¿Qué diría? ¿Qué palabra sin sentido repetiría para hacerme perder la cabeza sabiendo que sin entenderla no podría negarla?

No quiero sentir lástima por Edgar Allan Poe. Qué mustia sería. Pero no dejo de preguntarme cómo habría sido la vida de Leonora a su lado, si es que

hubo alguna. Qué pudo haber hecho ella para provocar tanta desesperación en la mente de él.

Ya sé que es un poema. El hombre que sufre la pérdida de Leonora no es Poe, pero especulando sobre su vida, ¿no podría yo situarme a su lado, sintiendo lo que siente, deseando poner más sentimientos en su corazón? ¿No podría haber sido yo esa Leonora?

La hora se llega y el taxi toca la bocina fuera del edificio de departamentos.

Dije que iría al bar naranja en unos pantalones y una blusa casual. Pero hace siglos que no uso mis vestidos, y vanidad inflada dentro de mí, creo que me veo mejor que nunca en ellos. Los zapatos son los que no me convencen. He elegido unos de piso, dejando los tacones escondidos.

El taxi es para variar. No quiero ir en mi coche esta vez. No otra vez. La repetición trae al aburrimiento y trato de alejarme de eso.

En el viento se pasea una prueba de las bajas temperaturas, y con ello me llega el olor peculiar del alcohol. Miro a mi izquierda antes de salir por completo del barandal del estacionamiento y veo a Dubái con otro hombre, riendo como brutos, tomando cerveza en la acera semioscura.

Los dos me han visto fisgoneando en sus hábitos de amistad y me abochorna la mirada del desconocido que levanta la cerveza en un brindis por mí. Dubái sonrío, pero no estoy segura si es a mí o es el resto de su conversación.

El taxista abre la puerta en ese momento y subo pensando en Poe, nuevamente. Quisiera imaginarlo como un caballero, pero no puedo evitar recordar que era un borracho cualquiera. Malhumorado y grosero. Pervertido y deprimido. ¿Alguien habrá llorado su muerte? Seguramente no fue fácil estar cerca de él durante el delirio que, supongo, terminó consumiéndole el cerebro.

El auto avanza y se queda mi departamento hundido en la oscuridad que obligan los árboles gigantes de los alrededores. En la misma oscuridad se disuelven mis lamentos por Edgar Allan Poe.

Me bajo del taxi con una sonrisa coqueta. El portero apuesto me abre la puerta y me recibe con su mano.

—Bienvenida —me dice con buen ánimo—. El bar está peculiarmente lleno, pero estoy seguro de que encontrará un asiento a su disposición.

Sin cambiar mi sonrisa lo miro a los ojos y me adentro en la puerta principal.

Este lugar está que revienta.

Encuentro un caminito entre hombres que conversan y ríen con sus tragos en la mano. Inmediatamente me viene la comparación contra Dubái y su amigo emborrachándose en la calle. Mi ánimo disminuye un punto. Pido un Martini y me lo dan en menos tiempo del que tardé en pedirlo.

Es la tercera vez que vengo a este lugar y por primera vez veo a otras mujeres. No es que no estuvieran cuando vine anteriormente, es que no tuve espacio en mi mirada para ellas. Esta noche lo tengo; ningún hombre se me ha acercado en los quince minutos que llevó sentada en el bar.

Todas son mujeres muy bonitas. Ninguna parece estar en el lugar incorrecto.

Desde el otro lado de la barra una mujer me sonrío con maniobras que no distingo. Es la única que no parece estar dentro del juego. Sentada, con su trago entre las manos, me observa, me califica.

Por un momento siento mi sonrisa ridícula y detengo todas las expresiones. No estoy segura de qué pensamiento me elimina la coquetería esta noche, pero si en mi mejor postura ningún hombre me ha mirado, siento que mis posibilidades disminuyen si a cada minuto que pasa voy perdiendo más de mi cordial expresión. Me sumerjo más en la deforme cara que descansa de voces. Doy un minúsculo sorbo a mi copa, y ahora sí, con mi *resting bitch face*, estoy consciente de que esta no ha de ser mi noche.

—¿Tan pronto te aburríste? Acabas de llegar —me dice la voz de un hombre que abruptamente se sentó junto a mí sin que yo lo notara. Me doy la vuelta curando mi cara de perra odiosa y se me congela la sangre. Es el novio de Fernanda, el que ha estado molestando a mi amiga, el que no quiere ir a las fiestas con ella, el que la hace creer que está saliendo con alguien más, y que ahora podría confirmarlo.

Me volteo bruscamente al otro lado, de nuevo hacia él, por encima de su hombro. Intento encontrar a Fernanda, a Rocío, a Grecia y a las demás. Nunca salen si no van todos juntos.

—Estoy solo, no te preocupes —me dice.

Quiero transmitirle mi desconcierto, el que por un momento me aseguró que no lo conocía, y que aún ahora me insiste en tal disparate.

—Eres el novio de Fernanda —le digo en un tono que me delata preocupada.

—Sí, algo así ¿Vienes seguido?

—No —encuentro una oportunidad de zafarme elegantemente; con una mentira que ambos sabemos lo que quiere decir—. Vi el lugar la otra vez que iba pasando y pensé que sería divertido venir y tomar un trago.

—Qué curioso. Me pareció haberte visto la semana pasada. Pero si esta es la primera vez que vienes debió ser alguien que se parecía a ti —idiota insolente.

—¿Por qué vienes solo? Pensé que les gustaba salir a todos juntos. Me refiero a todos los de la oficina y sus parejas.

—Este no es un lugar al que vienes con tu pareja, cariño —¿cariño? ¿Me ha dicho cariño? No hay lugar al que me pueda mover.

—¿No? Pensé que era un buen bar.

—Es un excelente bar. El mejor de todos. Pero digamos que no me gustaría que Fernanda se enterara de que lo frecuento —encuentro otra oportunidad de escapar del tormento, ahora con la extorción. Pero no puedo chantajearlo sin revolcarme en el lodo.

—Supongo que no tiene por qué enterarse.

—Ya veremos.

Hay un silencio incómodo, más que incómodo. Uno de los muchachos de la barra se me acerca y me dice cerca del oído que un hombre me ha invitado una copa. Sin decir nada veo que la ha dejado a un lado de mi mano. Le sonrío con la boca apretada y se aleja confundido.

—Debiste preguntar quién te la envía. Es por cortesía.

—No te preocupes por eso. Siempre hay hombres en los bares que quieren comprarle alcohol a una mujer.

—No finjas que no sabes dónde estás.

Infeliz. En ese momento entiendo que la bebida es de su parte.

El corazón se me acelera y se me funde una porción de desesperación que me empuja el estómago hacia arriba.

—¿Qué quieres? —le digo en un tono terminante. Fallo en la actuación.

—¿Tú que crees? —me dice y no me mira. Retomo mi posición y veo una última salida: la intimidación.

—Creo que quieres irte de aquí conmigo. No creas que no sé que te gusto. Pero eso no va a pasar, sin importar dónde estemos.

—No intento obligarte —sonríe, su intención es hacerme sentir humillada. No sabe que mientras más tiempo deja pasar, más rápido recupero mi confianza.

—Tratando de ofenderte, iba a decir que no tienes dinero suficiente para comprar tiempo conmigo, pero no voy a jugar tu juego. Sé lo que podrías decir. Te vas a ir decepcionado. No me importa que cuentes tu historia. Estoy segura de que no lo harías, porque hacerlo significaría entregarte. ¿Perderás a

Fernanda porque no puedes tenerme?

Su petulancia se borra de su cara. Se acomoda en la silla y me mira directamente.

—¿Estarías dispuesta a perder tu imagen? Tal vez le digo, tal vez no. Depende de ti.

—Aquí está mi celular —le extiendo la mano con el aparato encendido—. Llámale ahora. Mi vida no es de ella. No es tuya tampoco, ni de ninguno de los que esta noche logre conquistarme.

—Nadie está aquí para conquistarte —la furia se le nota en los ojos—. Todos vienen a lo mismo que yo. Si piensas irte de aquí con uno de ellos, ¿por qué no conmigo?

Lo tengo. Cuando un hombre comienza a compararse con otros, cuando hace preguntas acerca de “qué tiene él que no tenga yo”, es el resto de sus fuerzas, que nunca son suficientes para animarlo a resguardar un poco de su dignidad.

Guardo mi celular en mi bolsa y termino mi copa de un trago. No es lo más elegante del mundo, pero me lo merezco por haber ganado una pelea donde me dieron el primer golpe, y por la espalda.

Pienso en salir de ahí, él me detiene sosteniéndome del brazo.

—No le diré a nadie — me dice.

Me mira un largo rato y luego me suelta. Se aleja hasta el otro lado del bar y se despide de sus amigos. Sale por la puerta, llevándose un cigarro a la boca. Miro un poco más, para asegurarme de que no volverá a entrar.

Me acomodo en la barra y alejo la copa que me había regalado. Pido vodka con jugo de arándanos sabiendo que me durará un largo rato antes de que pueda terminarla. Odio el vodka.

Cuando descuidadamente barro el bar con la mirada, me encuentro con la mirada de la mujer de hace rato. Ella insiste en mí. Por lo que ha pasado esta noche, no creo que sea peor decirle que no quiero irme con ella. Le pago la sonrisa que le debía y ella lo entiende como una invitación a acercarse a mí.

No hay lugares disponibles, se queda parada frente a la barra, tan cerca de mí que su pierna roza mis caderas.

—No te preocupes. Es una situación muy común —me dice de frente.

—¿Disculpa?

—Lo de tu novio —apunta desinteresadamente hacia la puerta.

—No, no. No es mi novio. Es el novio de una conocida.

—¡Oh, no! ¡Eso es mucho peor! Al menos a tu novio lo echas a patadas de la relación. Pero a esas garrapatas no te las quitas de encima.

—Quería amenazarme —le digo. No sé por qué, no me ha hecho sentir confianza.

—Lo sé. Lo entiendo. También pasa muy seguido.

—¿Trabajas aquí?

—De cierto modo —me dice. Un lugar se desocupa y ella lo toma de inmediato—. Trabajo para una agencia de modelos.

—¿Eres modelo?

—No, pero trato de conseguir más “modelos” para la agencia —las comillas las dibujo en el aire con sus dedos.

—Entonces eres de esa clase de agencia.

—No está mal. Al menos podemos proteger a las edecanes de hombres que tratan de amenazarlas.

—¿Me estás proponiendo algo? —le pregunto sabiendo sus intenciones.

—Si te unes a nuestra agencia tendrás beneficios que no tienes dedicándote a esto por tu cuenta.

Me ha decepcionado escuchar que es una vendedora cualquiera. Pero no quiero quedarme sola por ahora.

—¿Qué beneficios? ¿A qué precio?

—Tus aportes a la agencia serían lo justo. Te brindamos protección y horarios fijos. En la medida de lo posible, claro. La seguridad es personal y también médica.

—¿Tienen médicos dedicados a sus modelos?

—No tanto así. Pero tenemos convenios con algunos de los mejores hospitales de la ciudad. Nos dan trato especial, y sobre todo, confidencialidad.

—Pero todos los médicos la dan.

—¿Qué cosa?

—Digo que todos los médicos son confidenciales.

—Bueno, tienes razón, pero yo me refiero a que te cuidarían de forma especial sabiendo que eres parte de nuestra agencia.

Comienza a darse cuenta de que no me interesa y ella misma pierde el interés.

—Dame tu teléfono. Déjame platicar contigo una vez más cuando estés más tranquila.

—No me dedico a esto —le digo y me encierro, no sé qué más decirle.

—Ninguna de nuestras chicas lo hace tiempo completo. Nosotros entendemos las necesidades de la vida de hoy. Estamos aquí para facilitarte

todo.

—Suena bien, pero no creo que una agencia sea la mejor de mis opciones.

—Déjame, al menos, platicar una vez más contigo antes de que te niegues por completo.

—Hagamos esto: dame tu número, yo lo pienso y te llamo.

Me mira incrédula. Me hace sentir que es mi segunda victoria de la noche. Noto la decepción en sus ojos.

—Te lo daré, pero prométeme que llamarás.

Guardo sus dígitos en mi celular y tras comprobar que lo he agendado correctamente se despide de mí con la misma sonrisa con la que se presentó.

Fue una noche desperdiciada.

Conversé con algunos hombres en el transcurso de tres horas. Este es el resumen:

El primero no tenía intenciones claras, parecía perdido en este bar. Nunca supe si creía que me estaba ligando como lo haría con cualquier otra mujer, o si estaba nervioso y no supo cómo llegar al tema. Se fue diciendo que me llamaría. Nunca le di mi número.

El segundo fue un tanto brusco. No buscaba compañía, no como la que estoy dispuesta a dar. Lo más conveniente para él era salir de este bar y subir a su carro a una de las que se venden en las esquinas. Una de las inmediatas era lo que él estaba buscando, de las que no tiran rollo ni se tardan en dar eso por lo que les están pagando.

Cuando se me acercó el tercero ya había terminado mi vodka con arándanos y estaba por pedir mi tercera bebida. Tomé una piña colada como si no estuviera fuera de moda. No me importó. La conversación fue agradable, pero nada sobresaliente. Es un hombre que no tiene problemas más allá de su estrés por la carga de trabajo y su soltería, en la cual hizo mucho énfasis, como si me importara. Le explique que no era tan fácil salir conmigo. Que tenía que saber un poco de él antes de “conocerlo mejor”. Me dio su número y prometí marcarle en unos días. Todo lo demás fue fluido. Evidentemente conocía el movimiento natural de estas operaciones.

Para cuando llegó el cuarto a hablar conmigo yo ya estaba con ánimos de irme. De cualquier manera me las arreglé para escucharlo unos minutos. Era aburrido y guapo. ¿Necesito decir más? Le dije lo que le había dicho al otro, que necesitaba conocerlo más antes de salir con él, y me dio su número muy entendido.

Tomo mi bolsa y cruzo el bar hasta la salida. En una esquina está la mujer de la agencia platicando con algunas de las que han de ser sus edecanes. Me pregunto si en verdad será una agencia de prestigio como trató de vendérmela. Sobre todo quisiera saber si uniéndome a su agencia mi vida cambiaría tanto que ni yo misma podría reconocerla.

Busco en la agenda su número y en un toque ya estoy conectada a su celular. Mira alrededor y encuentra mi mirada al costado del celular en mi oído. Le sonrío y me despido con la mano. Ella me sonrío igual y pone su celular en su oreja, después me apunta con el dedo. Ya voy de salida, le confirmo con la cabeza. Creo que ha dicho que ella me llama.

—Si necesitas un taxi, puedes abordar en los que están estacionados frente al bar. Son seguros, limpios y tenemos un acuerdo de confidencialidad con ellos —me dice el portero, siempre cautivador y apuesto.

—Gracias. Me iré en uno.

De inmediato hace una seña con el brazo extendido y un auto cruza la calle para que pueda abordarlo sin necesidad de tocar el asfalto.

El taxista baja del carro para abrirme la puerta, pero el portero ya ha cumplido con el trabajo.

No digo nada ni miro a nadie. Esta noche fui la amante imaginaria de Edgar Allan Poe, una mujer intocable, fuera del alcance de cualquiera que intente tenerme pagando por mí, pasando por una mujer helada y extorsionada, luego tranquilizada y guiada a lo que parece será una entrevista de trabajo, donde seguro me harán creer que yo soy la empleadora y no la empleada.

En la noche nadie camina en las calles. ¿Dónde estarán todos? ¿De qué se estarán escondiendo?

De pronto el pensamiento que traté de evitar. Pobre Fernanda. Así lo pienso, sintiendo lástima por ella. Como si fuera horrible lo que le está pasando, o lo que está por sucederle. Recuerdo que fue terrible cuando me pasó a mí, pero ahora que me he endurecido no me permito sentir compasión por las personas que se lastiman en las degeneraciones del amor. Si lo hiciera, terminaría acompañando a estos aburridos, solitarios y huecos. Terminaría dándole mi vida a un Dubái cualquiera, convencida de que la ilusión que se crea es suficiente para los dos. No puedo hacerlo una tercera vez. Una vez debió ser suficiente, aunque, ¿quién da más oportunidades que nosotras?

Que ese animal que se hace de la compañía de Fernanda se vaya esta noche

a dormir sabiendo que tuvo suerte de escaparse de mi molestia. Espero que haya entendido que no estoy de ánimos para jugar. Si hay algo en juego, entonces que sepa que estoy dispuesta a perder la ronda por levantarme de la mesa y mirarlo desde arriba.

Siento vergüenza al recordar cómo me miraba cuando los encontraba a él y a Fernanda en la calle. Nunca más me permitiré causar esa mirada en un hombre que no valga la pena. Ni por vanidad, ni por diversión.

Todo el tiempo pensé que él era el idiota, pero también lo era yo dejando que esas desviaciones del pensamiento me nublaran el juicio, todo a favor del ego que no tiene saciedad. Ubicada en un rincón donde los pensamientos no son claros, ni inocentes, ni enteramente sexuales. Un simple juego, un juego aburrido de estirar y aflojar, donde el único que gana es el que pierde.

Que las personas olviden las máscaras en sus casas. Que los hombres se muestren como lo que son, y que, a su lado, pero apartadas de ellos, las mujeres terminemos de definirnos. Que las relaciones se alejen del amor cuando puedan hacerlo, que nadie sienta culpa por tener necesidades del tipo afectivo. Sobre todo, que el amor se retire de las etiquetas que les ponemos a las personas. Fernanda no ama a su novio y su novio no la ama. No porque le sea infiel, o trate de serlo, sino porque no hay honestidad. Espero que ella se olvide de él como se habrá olvidado de otros que también debió haber jurado amar.

¿Qué nos impide redefinir la palabra amor? ¿El miedo a relacionarlo con los sentimientos que creíamos eran su contrario? ¿Qué de malo hay en afirmar que el amor es un cuervo que se posa en una cabeza de piedra en la puerta de un hombre atormentado por el recuerdo de su amada muerta? ¿Cuánto de su valor ha perdido el amor por haber sido rebajado a una posición casi infantil, unido a sentimientos que por su sencillez caducan en dos meses? ¿Cuándo dejó de darnos miedo? ¿Quién dijo que así estaba bien?

Que los cuervos vuelvan a posarse sobre nuestras puertas. Que sus ojos nos recuerden los sueños de los demonios, que todos ellos vuelvan a soñar. Que el alma vuelva a los cuerpos de los que fue exorcizada, para sentir otra vez, para atormentarse otra vez, encerrada en las sombras que todavía nos son desconocidas, para no volver a liberarse del dolor.

Si esto no es amor, que sea esta palabra la señal de que hemos partido. Que ningún hombre volverá a sentir algo parecido. ¡Nunca más!

Con el sol tibio.

Es la tercera vez que me baño hoy. No he querido salir de la cama más que para meterme en la regadera. No es que me sienta sucia. No es que mis pecados me quemen la carne y consuman mi alma, es que me siento deshidratada, es que me siento seca, incapaz de moverme con libertad, imposibilitada a las acciones que un cuerpo demanda un domingo por la mañana.

El hoyo insaciable que se apoderó de mi estómago, en algún punto entre la adolescencia y mi primer compromiso, se ha llenado con el agua de la lluvia, ha hecho fango con la desgana y la pérdida de apetito. Me tiene atascada, alienada, soporífera y fría.

Boca abajo en mi colchón reviso los contactos guardados en mi celular. Qué patética pérdida de tiempo.

En el piso se hace charco con el agua que cae de mi pelo mal secado.

Veo a uno de los elegidos de ayer para cambiarles la vida, al menos la sexual. Así de suerte tienen. Pero hoy no me siento especialmente benevolente.

Es el guapo pero estúpido. El que me hablaba de carros y amantes que tuvo, y de los que siempre deseó, pero nunca llegó a tener. A veces confundiendo unos con las otras. En su cabeza eran lo mismo doscientos cincuenta caballos de fuerza que las doscientas cincuenta neuronas que aún les funcionaban a las mujeres con las que salió.

A mí no me importan sus historias. Conozco a los de su tipo. Hijos de alguien que no debió tenerlos, pero que ya estando aquí se libera de ellos dándoles todo lo que no deberían tener. No porque no puedan tenerlo, sino porque al tenerlo es todo lo que son.

Ayer estaba decidida a hablarle y decirle que no quería salir con él. Tal vez con más estilo. Pero hoy quiero llamarle y que me responda su novia o su esposa, o la que sea de su harén. Que sepan que me desea y que quiere pagar por estar conmigo. Que quiere que me siente en el asiento de su inútil automóvil para verme las piernas que salen por debajo de mi corto vestido.

Le marco una vez y siento las arenas movedizas que se arremolinan más cerca de mi pecho, una suciedad que no se detiene ante la amenaza de la diversión.

Nadie contesta.

Dos segundos después mi celular vibra y en la pantalla se ve el mismo número al que acabo de marcar. Quiero contestarle, pero me detengo. Soy yo

quien decide cuándo hablar, no él. Se vuelve a encender la pantalla y lo dejo morir nuevamente.

De pronto ya no estoy segura de querer hacerle esta maldad, si acaso es maldad y no un simple gesto de una profesión que no tiene bien definidas las reglas, al menos no para mí.

Me rindo y escondo el aparato en la oscuridad de mi bolsa.

Mi cuerpo ya casi se seca.

Pienso que he hecho lo correcto: simplemente olvidarme de él. Que considere esa llamada la negativa de la que no tendrá oportunidad de disuadirme.

Al verme al espejo no veo el cuerpo de una mujer de veintitantos años que trabaja en una dependencia del gobierno, el cuerpo de una mujer que perdió a dos prospectos de marido cuando en su vida era todo lo que quería. Tan pequeños eran mis sueños, y ahora no son grandes, pero al menos entiendo dónde estoy parada. Al ver mi cuerpo en el espejo entiendo de dónde vengo, y sin saber hacia dónde voy, pienso en los hombres que me han tenido y en los que en un futuro me tendrán. Siento al mismo tiempo el placer de recordar el acto sexual y la vergüenza, algo así como una degeneración al sabernos vulnerables en este aspecto. De inmediato pienso en el licenciado Torrénz y en Dubái. Uno pagó por tenerme como quiso y el otro no sabe ni cómo llamar mi atención. Uno con sus problemas existenciales, expuestos ante mí, y yo desenvuelta y anhelada como una cura debajo de su cuerpo. Un remedio al que puede meter su pene y sentir un alivio instantáneo, pero también una culpa inherente, de la que no se puede curar antes de enfermarse mucho más. El otro, al que no conozco, me tiene como un problema más en su vida, una ecuación a la que le faltan números. En su mente también soy la cura para su libido latente, la que se hace espacio entre sus fantasías más puras y lo aleja de la realidad que siempre alcanza a cualquier pareja de enamorados.

Es que nunca lo estuvieron. Es que nunca entendieron lo que era el amor. Nadie les enseñó, nadie que hable de él lo conoce, y quien lo conoce no voltea a vernos a los que degeneramos toda atracción al simple acto del coito, como si no hubiera nada más, como si no pudiéramos simplemente sentirnos bien sabiendo que alguien más existe en el mismo lugar y en las mismas circunstancias.

Esta es la vergüenza de la que hablo. Somos un cerebro que cubre su constante deseo de sexo con ideas que construyen toda clase de pensamientos y murallas que nos hacen desviarnos de la necesidad de meternos en alguien o

dejar que alguien se meta en nosotras. ¿No es así? ¿No es la fuerza vergonzosa de todo ese sexo entregado lo que hace que de vez en cuando la luna cubra al sol? ¿No es ése un acto sexual también? ¿No es un orgasmo lo que hace que crezca la hierba donde antes había cemento?

Me da vergüenza saber que un hombre debe ir a un bar de prostitutas para conseguir lo que por naturaleza le pertenece. Me da vergüenza saber que a ningún hombre se le ocurra otra cosa cuando ya me tiene a su lado. Sea que haya pagado por mi tiempo, o sea que voluntariamente alguna vez haya considerado que era un prospecto interesante.

El sexo cambió. No es secreto que los machos querían reproducirse y que las hembras también lo deseaban, pero con especial cuidado de con quién. Ya no somos tan simples. Ahora somos mujeres y hombres, cada uno jugando un juego que ningún otro entiende. Es el mismo juego que se disfraza de muchos otros, con distintos nombres, pero que siempre termina identificándose a sí mismo como poder. ¿Cuántos de los más grandes imperios cayeron por culpa de la depravación y el adulterio? Todos los interesantes.

Como toda necesidad, hay quien la busca y hay quien la da.

Siempre hemos sido nosotras las piezas pequeñas del juego, nunca se ha reconocido nuestro rol igualitario. Somos como indigentes con dinero que no pueden comer en un restaurante porque no son presentables. Somos como la lluvia que no puede regar las plantas cubiertas bajo techo. Somos las niñas que juegan a darle de comer a muñecas con pelos horribles y bocas pintadas, para después desarrollar esa experiencia en el campo profesional. Y ya estamos hartas.

A través de tanto tiempo, soportando todo tipo de injurias y opresiones, escuchando los estallidos de las palabras que a nosotras se nos hubieron prohibido, viendo como fluía el alcohol que a nosotras no se nos permitía tomar sin moderación, hemos cambiado.

Las mujeres ya no somos humanas. Somos otra cosa. Algo que resultó de la mezcla del rencor que guardamos de una generación a otra, la dulzura y dedicación de nuestro impuesto papel de ama de casa, en aquellos años lejanos, cuando, sin decir nada todavía, ya nos estábamos hartando de los cuentos de los hombres.

Nos enseñaron que ellos son cabrones por naturaleza. Pero nadie se imaginó lo bien que nosotras aprendemos. Como suele pasar, la alumna supera al maestro, y si no, entonces se casa con él y se lo jode de todas maneras.

Tomo mi celular otra vez y marco otro número.

Resuena un par de veces el auricular y contesta alguien del otro lado. Se escucha un hombre formal y serio, seguro de sí mismo y no el mismo que hace unas horas no sabía de qué hablar conmigo.

Me saluda una segunda vez. No he dicho una sola palabra desde que me contestó. ¿Su nombre es Saúl? ¿Salero? Lo guardé en mi teléfono con la letra ese.

—¿Sebastián? —digo tímidamente.

—Sí, soy yo.

—Soy Clementina, nos conocimos ayer en el bar naranja.

—¡Claro! ¡Me alegra que hayas llamado! Aunque ayer no me diste tu nombre. Pensé que no ibas a tomar mi propuesta.

—En realidad no me propusiste nada.

Ambos reímos. Me doy cuenta de que, ebria de mi furor, le he dicho mi verdadero nombre y me siento incómoda al saber que debía decir que mi nombre es otro. Ya pasamos esa barrera, supongo.

—Bueno, no sé muy bien cómo proponerte algo como lo que quiero.

¡Maldición, Sebastián! ¿Dónde tenías a este hombre la noche de ayer? Debo admitir que me puso nerviosa.

—Ya llegaremos a eso, no te preocupes —le digo tratando de sonar profesional otra vez.

—Dijiste que querías conocer un poco de mí antes de ir más allá. ¿Para eso me llamas?

—Sí, en cierto modo. También me preguntaba si querías salir conmigo. Ya sabes, a comer o a tomar algo. Así podríamos conocernos más y llegar a ese lugar al que quieres llegar.

—Suena increíble. Muy bien. ¿Quieres que sea hoy?

—Hoy me viene bien. Espero que no creas que es demasiado pronto.

—No, no. Para nada. Mientras más pronto mejor.

—Me contagias tu entusiasmo. ¿Hay algo que quieras saber? ¿De mí o de lo que hago?

—Bueno... hay algo. No estoy seguro de querer decirlo.

Aquí viene una vulgaridad, una inseguridad o un mal chiste.

—Creo que, de anoche, eras la mujer más bonita y atractiva que había en el bar —me dice—. No sé si podré... No sé cómo decirlo sin que suene ofensivo para ti. No sé si pueda cumplir con el pago. ¿Está bien si lo digo así?

Sonríó para que me escuche a través del teléfono, que sienta que no me he

ofendido y que puede decir todo lo que trae en la cabeza. Ha sido una inseguridad. No estaba tan preparada para este tipo de conversación. Me ha dado un bajón de emoción sentirlo así de incapaz.

—No me gustaría hablar de esto por teléfono, pero si te hace sentir más tranquilo, déjame decirte que no hablamos de un pago como tal —me escucho hablando como una burócrata indulgente, una baratera que trata de vender miel al precio del agua con azúcar, casi como una ninfómana que oculta su deseo de placer debajo de un negocio que no le importa, y entonces pienso que nunca he fijado una cuota. Nunca he sabido lo que sería un pago justo por lo que hago, y hasta ahora sigo pensando que es de mal gusto tratar de este tema con las personas que me buscan para despejar su mente. Siempre tomé por verdadero que sólo ciertos hombres frecuentaban el bar naranja, como si hubiera una membresía que se les expidiera a los que pudieran cumplir con un mínimo de fondos para ayudar a sus acompañantes. No quiero equivocarme, pero estoy dispuesta a correr el riesgo esta vez y aprender del error—. Digamos que es una donación.

Él se ríe con gusto, casi aliviado.

—¡Eso suena perfecto! Porque no es un delito lo que hacemos, ¿no?

—No lo siento así. Somos dos personas que quieren conocerse y explorar ciertas capacidades físicas y mentales.

—Suenas como una psiquiatra.

—Seré tu psiquiatra.

—No. Quiero que seas mi cita. Sólo mi cita. Una mujer que abordo en una mesa de un restaurante y me corresponde.

—Parece que lo has pensado —empiezo a imaginármelo como un enfermo sexual.

—No tanto. Sólo me gustaría que fuera así.

—Si no vamos a romper nuestros personajes, entonces quiero que desde este momento quede claro que, aunque salgamos hoy, todavía puedo dejarte solo en el restaurante si veo que algo no está bien.

—Comprendo. Creo que soné como un depravado, ¿verdad? No es nada de eso. Es que no quisiera que en mi trabajo se me conociera como alguien que tiene que pagar para que alguien como tú salga conmigo.

—¿Alguien como yo?

—Las mujeres como tú no salen con hombres como yo.

Maldita inseguridad. Pero tiene razón, si lo conociera fuera de este círculo y se me plantara frente a la mesa donde estoy comiendo y tratara de

conquistarme con estos miedos no saldría con él.

—No hay razón por la que deban enterarse —también lo comprendo. Lo veo como un hombre suprimido, como una idea que nunca fue comprendida y que terminó siendo moldeado por manos que no debieron manipularlo.

—He de sonar como un loco.

—No. Para mí sueñas como un hombre que se preocupa por sí mismo.

Silencio prolongado. Odio admitir que siento lástima por él. Quiero ayudarlo.

—Pensé que no serías mi psiquiatra —me dice para minimizar su incomodidad.

—No lo seré. Seré una mujer en un restaurante, leyendo un libro que tú ya leíste, comiendo lo que te gusta comer y bebiendo lo que te gusta beber. Te escucho.

—Las mil y una noches —me responde recuperado del golpe que le di sin querer lastimarlo—. Hamburguesa con queso y tocino, con papas fritas al lado, y de tomar... cualquier soda.

—Suenan a que podríamos pasar un rato agradable.

—Me gustan las cosas sencillas.

Me despido de él y le confirmo el lugar y la hora en que lo veré más tarde.

Estuve dando vueltas por todo el departamento. Mi cuerpo ya se calmó y me siento otra vez centrada y tranquila, dispuesta a no terminar con la vida de nadie por un día más.

No quiero pensar que Sebastián es un niño que no terminó de crecer, pero no me lo hace sencillo. Hay algo en él que me esfuerzo por agigantar. Las cosas que dice cuando habla del corazón no son las que idealmente encienden a una mujer. Pero por otro lado hay palabras que suenan muy bien en su voz.

Siento que también pude descartarlo por estar necesitado de una de las otras mujeres que se encargan por teléfono, llegan en taxi, te quitan tu dinero antes de que puedas verlas bien, y se van en cuanto terminas, sin importar si faltan cuarenta y cinco minutos de la hora que supuestamente pagaste. Pero como dije, estoy dispuesta a equivocarme y aprender del error.

Hablar con él cambió mi humor repentinamente. Me hizo sentir que hay personas con las que todavía puedo hablar. Me hizo sentir confiada. Me hizo sentir deseada. Me hizo sentir necesaria en este mundo. En esa necesidad me veo ahora como un cúmulo de inseguridades y miedos. Soy una persona común en un mundo común haciendo cosas comunes.

Mientras más grande se vuelve mi inseguridad, más corta se hace la falda

que voy a llevar. Mi pensamiento es el mismo desde hace dos semanas: si voy a ser una mala persona, quiero que de mi ruina consuman otros su exaltación. ¡Festín en mi cuerpo! Que todos sepan que hay amor en mí. No amor como el que conocen, sino una variación, un enaltecido agradecimiento a la oportunidad que me dan, o que me obligaron a darme, para ser una persona que antes no conocía.

De ahí derivo en el miedo.

Me inunda la cabeza la idea de quedar embarazada. Un hijo resultado de mi liberación personal. Un ejercicio que hago desde hace dos encuentros y que ha terminado con las ambigüedades de mis ideas, excepto una: la idea de la maternidad forzada.

No quiero ser una de esas mujeres que cuentan su vida a través de sus embarazos. No deseo un hijo.

La historia de las mujeres es la historia de sus embarazos prematuros y sus bodas anticipadas. Todo se resume en: Y vivieron felices por un tiempo, hasta que se dieron cuenta de que todo había sido un error.

No quiero ser la prostituta que tiene tres hijos de tres diferentes hombres que ya no la llaman para tener una cita.

No quiero ser la mujer que no duerme por las noches pensando en cómo salir de un hueco que crece de dentro hacia afuera en el estómago. Cayendo en un agujero negro que me borraría de este mundo para dejarme en uno completamente diferente, donde todo es similar, pero las cosas más simples ya no son lo que conocía. Como el sueño, como la comida, como la alegría de darle a alguien una alegría similar, aunque un poco más vana. Lo suficientemente sustancial para que le dure una semana y me llame otra vez.

¿Y si por un error terminara embarazada de Sebastián? La idea me da ansiedad. No porque Sebastián no sea un hombre con capacidades paternas, sino porque cuando me llama para salir no lo hace con la intención de formar una familia conmigo, y me pregunto una cosa: ¿Lo haría?

No puedo medir la vergüenza de verme llamándole para decirle que estoy embarazada, escuchar su respiración nerviosa, en caso de haber una respuesta, y después simplemente convenir que esta es mi vida.

Una prostituta casada con el cliente que la embarazó. No creo que me vaya a pasar, y no sé si le haya pasado a alguien alguna vez, pero mientras mi situación me da la oportunidad de sentir otra gama de vergüenza y remordimiento no pienso desaprovecharla.

Me quito el cinturón que de forma optimista llamo minifalda, aunque esa

categoría quedó ridiculizada hace cinco centímetros.

No soy una mujer inferior. No voy a un restaurante a comer una hamburguesa y leer las mil y una noches luciendo desestimada. Leer un libro en un restaurante, comiendo algo que sabes es perjudicial para tu salud es un gusto. Como llamarle a una dama de compañía. Sebastián quiere comer esa hamburguesa, en ese restaurante, hablar de su libro favorito y después terminar su gusto conmigo.

Un paño húmedo es lo primero que dibuja mi nueva actitud. Irónicamente lo hace desdibujando las sombras de maquillaje en mis ojos. Vamos por lo natural otra vez. Pero no tanto que parezca que ya me voy a dormir. El pantalón más ajustado que tengo delimita bien mis caderas y deja ver donde comienza la piel de mis tobillos desnudos. En mis pies, tacones. Esta vez no se me olvidan. Arriba una blusa ligera y un saco casual; por si hace frío, por si le gusta quitarme la ropa tenga más para llevarse a las manos. El pelo suelto. A ningún hombre, nunca, le ha molestado que una mujer se toque el cabello mientras hablan. Aunque por otro lado una mujer bien peinada luce limpia y ordenada, con ideas claras y pensamientos positivos. Pero él no quiere hablar de las tergiversaciones de la vida, ni de las yuxtaposiciones de la moral en las ideas que todavía no se desprenden del instinto.

Suelto, llevaré el pelo suelto, con una liga como pulsera en caso de necesitarla, y porque denota que soy una mujer consiente de sus necesidades y que sabe cómo resolverlas con gracia. O eso quiero creer.

Quiero que me vea linda, no imposible. Quiero que se me acerque como si estuviera soñando, pero que ese sueño desemboque en su fantasía, y no en una mirada cortada que lo deje infectado con el plástico residuo del maquillaje.

Aspiro a ser un recuerdo. Algo así como un fantasma que existió, pero que se olvidó de dejar una prueba de su paso en esta vida.

Debo irme ya, de lo contrario no llegaré antes que él.

Un cielo de colores.

Llega cuando han pasado diez minutos desde que yo llegué. Lo reconozco por su aspecto limpio y desenfadado.

Analizo la forma en la que se ve para encontrar algún indicio que me diga que tuvo pensamientos terribles mientras escogía su atuendo, no porque me interese la marca de su ropa. No parece haberse esforzado. Si lo hizo, entonces estoy en una cita con un hombre demasiado fácil. En todo caso es mejor pensar eso que imaginar que en su poco esfuerzo por verse mejor se refleja lo poco que valgo para él.

Zapatos tenis, pantalón holgado, camisa con cuello tipo polo, cartera en el bolsillo trasero, un anillo de graduación, pelo revuelto pero limpio, y detrás de sus anteojos una mirada que sonrío, pero falsamente. En el interior está podrido, yo lo sé.

Mi hamburguesa llega y doy las gracias educadamente. Todo lo que hago es evaluado por él. No ha dejado de mirarme desde que llegó y no finge que no lo hace. Me estudia. Me desea. Quiere enamorarse de mí para poder escoger sus palabras de un catálogo más grande. Yo no sólo se lo permito, le ayudo.

Paso una mano por mi cabello y miro una de sus piernas, hago como que apenas he notado que me mira y le sonrío casualmente. Cierro mi libro; no he puesto atención a nada y ya voy en la página cincuenta y tres, aunque empecé en la cuarenta y cinco. Un momento después comienzo a disfrutar de mi comida.

Tengo un pensamiento enfermo otra vez. He estado consciente de esto desde que supe que los hombres quieren estar con las mujeres. Pero por alguna razón me da miedo que me pase en esta faceta. ¿Y si uno de estos hombres se enamora de mí? Sé que es un poco necesario para que disfruten de su experiencia; la idea de que están con quien quieren estar y que ella, o sea yo, les corresponde exactamente como quieren ser correspondidos. Como si celebráramos nuestro tercer día juntos. Pero ¿y si se enamoran en serio de mí? ¿Cómo me defiende? ¿Qué puedo decir a favor de negar los sentimientos de un hombre que perdió la moderación? ¿Hay hombres que se enamoran de un sueño? ¿Qué les sucede cuando no pueden volver a soñarlo? ¿Por qué estoy tan segura de que yo no podría enamorarme de ninguna de mis citas?

Sebastián se levanta de su mesa y camina tranquilo hacia mí. Yo acomodo la postura y paso una servilleta por mi boca. Pongo una mano sobre el libro y con la otra llevo el popote de mi vaso a mis labios.

—Disculpa, creo que estás sentada en mi mesa —me dice y se agacha para quedar de frente a mí. Tal vez no quiere que lo escuchen.

—¿Perdón?

—Estás comiendo lo que me gusta comer, bebiendo lo que me gusta beber y leyendo lo que me gusta leer. Estoy bastante seguro de que ésta es la mesa donde yo debería estar.

Le sonrío genuinamente. Ha ganado el punto que debía ganar. No sé si podría enamorarme de uno de mis clientes, pero si lo quisiera, me gustaría que me enamoraran como juega a hacerlo Sebastián.

—Estoy segura de que es mi mesa, pero no puedo negar que también sea la tuya —le digo y le mantengo la mirada y la sonrisa.

—¿Te molesta si me siento?

—Para nada.

Toma su lugar y noto que lo he puesto nervioso. ¿Será éste mucho escote? Me ha visto otra vez.

—Entonces, ¿estás leyendo lo mismo que yo? —le digo para encaminarlo a la avenida de la seguridad otra vez.

—Hueles muy bien y te ves hermosa —me dice en tono conocido, rompiendo el juego. Hace como que me conoce de toda la vida, e inevitablemente me orilla a cuestionar la humedad que comenzaba a lubricarme.

—Me llamo Clementina —le digo como si no hubiera escuchado su comentario anterior.

—Yo soy Sebastián. ¿Te molesta si traigo mi plato para acá y te acompaño?

—Puedes hacerlo si de verdad estás comiendo lo mismo que yo.

—Tal vez le puse más mostaza a mi hamburguesa.

Se levanta y vuelve con su plato. Pone frente a mi libro el suyo y acomoda su vaso al lado contrario del mío. Me mira un largo rato y aguanta bien.

Recuerdo cuánto me gustaba salir con los muchachos más serios de mi prepa. Las palabras emocionan a cualquier mujer, pero no cualquier hombre sabe callar para aniquilarnos.

Me siento obligada a decir algo. Pero a tiempo entiendo que esto es parte de lo que él es, y de lo que quiere que yo sea.

—Es la cuarta vez que lo leo, ¿y tú?

Despierto de mi ensoñación y veo el fuego en sus ojos, este momento es el adecuado y me juego una de las cartas que más se repiten en la mano de las mujeres: la ingenuidad. Aunque esta vez juego a ser ingenua, siendo realmente

ajena al tema.

—Es la primera vez que lo leo.

—Te va a gustar mucho, te lo garantizo. Es uno de los favoritos de Borges, y él no puede estar equivocado.

Vuelve a su hamburguesa.

Todo se siente tan casual y exacto. Pienso en las tardes que pasó soñando, encerrado en una biblioteca, el resto de su vida encerrado en su mente, posiblemente planeando las palabras que diría en esta cita, en este preciso momento y precisamente conmigo. Para mí, siendo para él.

—He leído a Borges —le digo y comienzo a sentirme flanqueada, inundada, invadida—. El hombre laberinto. La mirada a través del espejo de cualquier literatura. Él mismo el espejo y la literatura.

Guardamos silencio un rato.

—¿Te ha gustado hasta ahora?

Me pregunta y toca mi libro. Se da cuenta de que lo acabo de comprar. Termino de pasar bocado y le digo que estaba pensando en volver a comenzar porque, descuidada y pensativa, no le estaba dedicando la atención que quería darle.

Me sonrío y comienza otra vez su galanura inesperada.

—Veo que eres una mujer dedicada.

—No tanto, y si lo soy, no lo soy para mí. Más bien soy como Schehrazada. Si puedo extender el tiempo de otros, dando a cambio el mío, entonces que me casen con el rey al que debo distraer.

—¿Quién es el rey Schahriar?

Derrumba de una patada mi frágil pedestal. No quiero decirle que todos los hombres lo son. No quiero decirle que no me gusta que me recuerden que soy una prostituta. Es extraño que una referencia sin referente me haga volver a la realidad de una profesión que ahora me distingue, si no ante el mundo, sí ante él y cualquier otro que me solicite. Pienso en decirle que él es mi rey Schahriar. Pero entiendo que es un alivio de mal gusto. Le provocaría una sonrisa fingida y terminaría con la intensidad que hemos venido edificando.

Entre más se prolonga el silencio más ofendida me siento. Como si me hubiera subido el vestido en medio del salón de clases de la escuela. No sé si él lo nota. Se entrega con pasión a su comida, dejándome abandonada en la humillación. Paso de ser su deseo a ser una mujer menoscabada.

—Pensé que no lo habías leído —me dice y me sonrío. Más pienso que no se dio cuenta de que me hizo sentir mal.

—No lo he leído, pero no significa que no sepa de qué se trata.

—Más que tratarse del rey y su odio, y su esposa y su compromiso a vivir, creo que se trata del mundo y el tiempo que le queda. Como si fuéramos nosotros Schehrazada, contándole historias a nuestro rey, que es el mundo.

—Entiendo —le digo y empiezo a verlo como un loco genuinamente apasionado—. ¿Qué historias le estamos contando?

—Todas. Nuestra historia, la de toda la humanidad en un continuo ciclo, que comienza y termina y vuelve a comenzar, una historia que se cuenta en mil noches y una más.

—El despertar en la mañana del día mil dos debe ser una idealización.

—Será entonces el paraíso.

—¿Y qué es el infierno? —le digo y me olvido de mi orgullo.

—Una historia. Una ocurrida en una de las mil noches, o en la siguiente, una que podría durar mil años, una noche que tiene día, que tiene todo el tiempo dentro de ella.

No me mira cuando me habla, pero no me importa, aunque parece que realmente no me está hablando a mí, sino a sí mismo, a sus propias ideas.

—Tu versión es muy tierna. Pero muy idealista. No leas las mil y una noches si te gusta la poesía. Mejor entra por una de las puertas de Virgilio. La historia de la humanidad es una historia que nos contamos a nosotros mismos. Está llena de horrores, muchas más tristezas que alegrías, la contamos todos los días actuando como si no hubiéramos sido nosotros quienes la escribimos.

—Este no es tema para discutir con una hamburguesa en las manos.

Se ha ofendido porque no quise entrar en su nube de fantasía y me siento hipócrita. No he hecho otra cosa en toda mi vida más que soñar con las alternativas. Se lo compensaré más tarde. Aunque noto que le gusta verme independiente a él, como si supiera que, aunque podría concordar con sus ideas, prefiero llevarle la contra para generar conversación, para crear ideas.

¿Quién dijo: Cuando alguien diga que sí, inmediatamente hay que decir que no?

Donde estaríamos ahora si siempre hubiéramos asentido a las ideas de los demás. Esta historia que nos contamos los humanos hubiera sido muy aburrida. Sería algo como: Hubo una vez el primer humano que caminó sobre la tierra, se dio cuenta que había más como él y se alegró de tener compañía. Hasta el día de hoy conservamos la dicha de la reunión. Fin.

¿Y la historia de los primeros monos caminando erguidos, peleando por una miserable charca de agua? ¿Y la bonita historia del sedentarismo, que sin la

ingeniosa idea de crecer nuestros alimentos simplemente nos hubiéramos dejado morir de hambre una vez terminado el árbol de manzanas? Hablando de manzanas; ¿Cuánto tiempo pasó de la creación del paraíso hasta que Adán y Eva tuvieran problemas?

Por ahora lo único que queda somos Sebastián y yo, sentados en una mesa de un restaurante. Él siendo sus ideas y yo siendo su negación, para después, posiblemente en su cama, no ser otra cosa que no sea ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

En la poca retribución que nos damos me encuentro encerrada en su frustración. Me la transmite y me hace pensar que es mi fracaso.

Lo he sentido antes, un sábado por la tarde, después de mucho reír con Segundo, cuando repentinamente cambiaba de humor. Me abandonaba, y ya separado hacía como si yo no fuera parte de su vida. Con el tiempo logré descifrar que, aunque el sentimiento era legítimo, había sido creado en su mente al no haber generado en mí un interés sexual.

Miro a Sebastián entre sorbos de mi vaso y cada vez me sumerjo más en la posibilidad de encontrarme frente a un niño que se niega a crecer, no porque los placeres de los adultos no sean gratificantes para él, sino porque en su vida las más grandes satisfacciones se las ha dado su edad pequeña.

Sebastián no es un hombre físicamente limitado. Es apuesto a su propia manera. Inconsciente de ello. No sabe que sus palabras, cuando son las correctas, son suficientes para mover los ojos de una mujer, cualquiera que sea. No lo sabe porque nunca nadie se lo ha dicho.

—¿Sales seguido en citas románticas? —le pregunto sin molestarme en cubrir mi interés para no desentonar con nuestro juego.

Me mira un rato y no sabe diferenciar entre la Clementina que juega y la Clementina que resuelve las dudas que en verdad le interesan. Claro que él no conoce a una de esas Clementinas.

—No tanto —me dice y se hunde en su vaso.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita? —le insisto. De repente quiero lastimarlo, quiero hacerlo para que después se dé cuenta de que sólo yo puedo curarlo.

—¿Una cita como ésta?

—No. Una cita de verdad.

Arregla su postura y me deja ver que se ha incomodado. Yo le sostengo la mirada y lo abanico con dos intensos parpadeos. Voltea la cara hacia la calle. No mires más, Sebastián, no podrás irte de mi lado hasta que yo crea que hemos terminado nuestro asunto aquí.

—Mi novia me abandonó hace más de un año. Intenté salir algunas veces, después, pero la verdad es que nunca supe diferenciar entre la etapa donde estaba mal y la mejora. Diría que esta es mi primera cita desde entonces.

Me siento terrible, como una asquerosa mujercita que vive en una cañería, bañándose con el agua verde de los desechos de toda una ciudad.

Me doy cuenta de que su dolor es mi dolor. Al menos el que un día fue, o como él dice, el que ya no distingo entre una vida y mi vida.

Delusoriamente creí que este cuerpo me pertenecía, su cuerpo, el de cualquier otro mortal que se atreviera a posar su interés en mí, imaginariamente inmortal.

—Lo siento. No quería lastimarte —quiero que lo sepa.

—No es tu culpa. De hecho, espero que tú seas algo así como una solución.

—Eso seré si me lo pides —le digo y le doy mis ojos envueltos en papel de regalo, pero no los quiere, o no puede con ellos. Le sonrío y ahora sí toma mi gesto. Una sonrisa siempre es el agua de un hombre sentimentalmente exhausto.

—Creo que ya no estamos jugando, ¿verdad?

—No creo. ¿Quieres que volvamos a eso?

—No. Me siento bien así. Pero no sé cómo pedírtelo.

—¿Pedirme qué?

—Que seas mi solución.

Un momento. Me doy cuenta de que Sebastián está buscando pistas, ideas de qué decir o cómo decir lo que quiere decir. Me ha parecido tierno lo que ha dicho, y me hubiera ganado si le hubiera nacido directamente a él. Pero fue una repetición del seguimiento que le otorgué. No demerita su valentía por ponerme en contra de mis propias palabras, lo que nunca resulta bien cuando se juega este juego en contra de las mujeres. Esta no es la excepción. Me ha hecho sentir pena por él. No lástima, sino vergüenza. Lo escuché decir sus palabras, que después fueron mis palabras, pero no supo regresarlas con la misma verdad. Sonó irregular, forzado, plástico, amargo. Siento la incomodidad que genuinamente sentiría en una primera cita, con alguien de mi interés, y en el que de alguna manera he puesto todo mi potencial para que me note como una segura futura compañera. ¡Pero esto no es real!

¿Y si todo este tiempo estuve jugando a que tenía citas verdaderas con hombres que comienzan siendo falsos? Los mismos hombres presumidos de su fuerza y mente, debilitados, flanqueados por mi cuerpo, su deseo y el resultado de ambos, quebrantados durante el acto, expuestos completamente cuando me entregan todo lo que son y lo único por lo que habían venido a mí. Me

despiertan de mi sueño con su orgasmo líquido, la señal de que el juego terminó, tanto para mí como para ellos. Yo siendo la misma por fuera, temblando por dentro; ellos olvidados de lo que son por dentro, temblando por fuera.

Sebastián ha querido jugar un juego que para él es una fantasía y no una experiencia revivida. No quiero seguir haciendo presión en él. Lo que necesita es que yo lo tome. No es difícil. Que olvide su fantasía y me convierta en una experiencia.

—Déjame ver quién eres —le digo mientras todavía sostiene mi sonrisa. Me devuelve una igual.

—¿Qué quieres decir?

—Déjame verte.

—¿No quieres seguir jugando?

—No. Quiero estar con alguien real. A cambio tú estarás con alguien real.

Tomo mi servilleta y arrugándola me limpio los dedos. No dejo de mirarlo, le doy unos segundos para que piense lo que tenga que pensar, retomo mi sonrisa y vuelvo a comenzar.

—Mi nombre es Clementina. Trabajo para el gobierno en una pequeña oficina, haciendo un trabajo pequeño, con pequeñas recompensas, sintiéndome atrapada en un cuerpo pequeño. Todo es pequeño en mi trabajo.

—Me llamo Sebastián y trabajo en una compañía de servicios informáticos —me mira dudoso. Yo ya le he entregado mi atención. Pero no sabe qué más puede decirme sin sentirse desnudo.

—Tienes un trabajo del futuro —le digo y le gano una sonrisa.

—Es un trabajo que debió hacerse en el pasado y que ahora lo hacemos apresurados porque el futuro nos presiona.

—No quiero hablar del futuro. Quiero saber, siendo tú mismo en el pasado, ¿cómo habrías vivido tu vida?

Fue una pregunta dura. Se sintió aplastante al momento en que la decía, pero a él llegó ligera, aliviando la manera contraria en que íbamos llevando nuestro encuentro, con el placer por delante, tratando de cubrir el dolor que nos dejaba.

—Habría hecho lo que fuera por llegar, más o menos, a este momento.

Tiene razón, yo también hubiera dicho lo mismo. Comenzamos a sentirnos correctos otra vez.

—No soy un buen bebedor —me dijo cuando ya iba, según él, por su tercera cerveza. Habíamos pasado de la mesa al bar del restaurante.

—¡No mientas! Estabas totalmente ebrio cuando me hablaste en el bar naranja.

—No voy a negar eso. Necesité mucha fuerza para hablarte. Pero eso no quiere decir que el vaso que traía en la mano no fuera apenas mi segundo trago.

Sonríó ingenua. Creo que su chiste será más largo, pero no lo sabré nunca. Bebe hasta el fondo de lo que fue en realidad su segunda cerveza. Supongo que en verdad es un mal bebedor, ha perdido la cuenta y todavía no está borracho.

—Te vi en cuanto entraste y me juré que no saldría de ahí sin hablarte, aunque fuera para pedirte la hora.

—No digas eso. No me gusta que los hombres digan eso. He escuchado que, tanto hombres como mujeres, creen que hay categorías en las que entran para encontrar a su pareja ideal.

—Así es. Un hombre solitario como yo no va a buscar a una mujer que parece ser un ángel como tú.

—¿Por qué no?

—Porque estaría fuera de lugar. Porque la experiencia me dice que, a ti, en situaciones normales, te gustaría estar en una fiesta en la playa, coqueteando con un hombre que para nada luce como yo, ni como ninguno de mis conocidos. Porque sería exponer demasiado si puedo asegurar que voy a perder todo lo que aposté.

—¿Y si un día ganas?

—¿No lo he hecho hoy? Pensé que no ibas a llamarme.

—Si una persona quiere estar con otra persona, simplemente debería acercarse y decir hola. No pierde nada y puede ganar mucho. Si falla una vez, lo vuelve a intentar. No con la misma persona, ¡claro! Pero evitar la atracción es como cortarte la lengua si se te antoja una rebanada de pastel.

—¿Me estás diciendo que si me hubiera acercado a ti me hubieras invitado a una cita?

—Tal vez no te hubiera invitado yo, pero habría hecho que tú me invitaras.

—¡Mentirosa!

—Dime tu mejor línea para llamar la atención de una mujer.

—Ok. ¿Lista? “Disculpa, creo que estás sentada en mi mesa”.

—¡Qué!

Reímos los dos. Pido mi tercer trago y él se decide a pedir su tercera cerveza, creyendo que es la cuarta.

—Estamos de acuerdo en que para que utilices tu frase en una situación

ordinaria, tendrían que pasar un montón de cosas, que no son imposibles, pero sí extremadamente irregulares.

—No tanto.

—¡Una mujer no se come una hamburguesa, sola, en un restaurante, mientras lee las mil y una noches!

—Debo admitir que los dos tenemos razón. Yo creo que es posible, pero nunca con una mujer como tú, y tú también tienes razón por la misma conclusión.

He sido mala con él. Dándole falsas esperanzas de que la igualdad de oportunidades entre personas que no se parecen en el exterior es real, y no es así. Lo único que es posible, casi simple, es que nunca podremos encontrar a la persona que queremos encontrar. Al menos aspiramos a la que más se acerque a nuestro momento.

El momento de Sebastián: Yo.

No dejo que termine su cerveza y le pongo una de mis manos en su pierna. Me mira a través del cristal de su tarro. Ha dejado de beber, pero no lleva a cabo ninguna reacción.

—¿Hace cuánto me conoces? —le digo en tono cubierto de miel.

—Desde hace mucho tiempo —me dice, y escucho en su voz el viaje de sangre que recorre todo su cuerpo.

La escena la propongo yo; de alguna manera me encuentro deseosa del cuerpo de Sebastián, pero las intenciones las pone él.

—¿Qué sigue? —me pregunta ahogado en el almíbar que se desprende de su deseo.

—Tú llévame, yo me encargo de todo cuando estés listo.

Noto su respiración a través de su camisa. Nunca había visto que un hombre me dedicara tanto deseo. Me siento distraídamente halagada, como adormilada por el aroma de un perfume dulce, inventada, un poco mareada por el alcohol, en demasiada comodidad, cayendo del precipicio de la atracción al momento que se presenta entre el deseo y la culminación. Me mueve el suave y cálido pensamiento que mi mente propone y me convengo de caer en la cama de Sebastián. Donde él me ha de tener desde que me vio en el bar naranja.

Ha llegado en taxi, y me obligo a verlo galante cuando trata de detener uno en la avenida. Por fin un entendido conductor percibe la necesidad en el cuerpo de este hombre y se detiene justo a nuestros pies.

Cuando entramos en su departamento ni se molesta en encender una luz. Me toma de la mano, invitándome a entrar por completo en su territorio.

Sin detenerse entra en la habitación y yo entro detrás de él. Enciende un par de lámparas diminutas en dos esquinas de su techo; bastan para iluminar confortablemente toda la habitación. Segundo a segundo se va perdiendo el frío que parece escapar por los resquicios de la ventana y debajo de la puerta, quedando el espacio más lleno de nosotros.

Nos sentamos en el filo de su cama y nos miramos un rato. Sé que quiere besarme y no sabe si es correcto. Bajo la cabeza para que mi pelo cubra mi cara y poder humedecer mis labios, cuando estoy lista subo el mechón de pelo detrás de mi oreja y lo miro de reojo con intención. Él no toma la oportunidad, pero aquí estoy yo para regalárselo todo. Doy un pequeño brinco en el colchón a la vez que suspiro. Le sonrío una vez más, y antes de que pueda contestarme, borro mi sonrisa con sus labios, para después, cuando mis pestañas rosan sus pestañas, insinuarle que mi sonrisa revive después de cada beso.

Ha puesto una de sus manos en mi cintura y me resulta incómoda. Le tomo la mano y de frente mi cuerpo hacia él, le guío hasta mi cadera.

Quiero que me dé una señal de que está listo, pero no responde. Creo que ésa puede ser interpretada como una señal.

Me pongo de pie y le pido sus manos. Responde al instante y le doy un pequeño jalón para que se ponga de pie frente a mí. Sujetando sus manos le doy un paseo a sus dedos entre mi cabello; que me vea disfrutándolo. Una sola de sus manos tiene permiso de tocar mi cara. Pronto dirige un par de dedos hasta mi boca. Se detiene un momento entre mi labio inferior y mi mentón. Pongo su otra mano debajo de uno de mis pechos y lo dejo seguir solo. Se le une la otra mano y juntas hacen de su placer el mío. Pero a medias. No es un hombre interesado en mis atributos superiores.

Me doy la vuelta y me pego a su cuerpo. Puedo sentir que lucha contra su voluntad de apretarse contra mí. Le recompensó el autocontrol apretándose contra él. De nuevo sus manos en mis manos. Lo guío para que me desabotone la blusa. Tarde me doy cuenta de que traigo el saco encima, pero no hay problema si uno de los dos todavía recuerda el adecuado procedimiento para ir quitando prendas del cuerpo del otro. Sebastián me toma de los hombros y en un solo movimiento conjunto nos deshacemos de la molesta tela. Ahora sí, a media blusa se había quedado, en el tercer botón. Termina y toma de nuevo mis pechos por encima del encaje de mi brasier. Ha atinado en la presión y se desencadena dentro de mí el calor que de inmediato me pone a hervir la sangre. Me desahogo con un suspiro. La blusa cae al suelo.

Quedo frente a él. Ya no parece el mismo. Ha sido sustituido por un ente

sexual cuyo único propósito en esta tierra es darle cierto placer al recuerdo que conserva de un Sebastián que está por olvidarse, abrumado por millones de años de repeticiones sensoriales, donde cada punta de sus nervios envía la única señal que tensa como relaja. Pongo mis manos en su pecho y lo empujo para que tome asiento. De pronto las luces parecen más brillantes. Miro sus ojos con detenimiento, uno de los secretos más sabidos de la conquista es mirar a los ojos. No se puede evitar, de cualquier manera. Un espasmo casi desencadena en mí un orgasmo ligero. Ha puesto una de sus manos en mi vientre sin que lo esperara y me ha hecho temblar. De nuevo el vapor de mi sangre en ebullición me toma las fuerzas y me hace flaquear. No hago más que imaginarme encima de él, muriendo de placer. Todavía no es el momento. En un movimiento desapercibido ha borrado sus zapatos de sus pies. Las manos controlan bien sus dedos para olvidar la primera restricción de mi pantalón. Se detiene cuando baja el cierre hasta la mitad y ve el rumor de mi ropa interior. Termina de bajar el cierre y abriendo con las manos el corte de la tela pone sus labios encima de mi vientre y me da un beso que sin sentirlo lo adivino. Estoy que exploto. Sé que él también está en la orilla, lo he sentido desconectarse del ambiente para poder engañar su urgencia de terminar.

¡Uf! Pone su mano completa entre mis piernas, todavía tengo el pantalón arriba, si se atreve a mover un dedo voy a tener un orgasmo gigante. No lo hace. Lentamente retira la mano y me deja bajarme el pantalón al ritmo de su mirada. Debo confesar que se ha perdido mi primer impulso de placer.

La coreografía comienza a perder intensidad. Él mismo se ha quitado la camisa. Me pide que conserve los tacones. Me siento en la cama para quitarme el pantalón y volver a ponerme los zapatos. Mientras él, de pie frente a mí, se quita de un tirón los pantalones y la ropa interior. Con la fuerza de una mano aprieta su pene y termina de sacarse el conjunto de ropa con los pies. Ha sido muy poco sexi.

Poco a poco baja la intensidad de mis latidos. En cambio, él no ha dejado de respirar pesadamente. Siento que no sabe cómo ponerse encima de mí, o al menos cómo pedirme que pasemos a esa parte.

Me ajusto el tacón y me levanto para quedar al nivel de sus ojos. Mi mano sustituye su mano ocupada y curva la espalda instintivamente, un leve gimoteo se le escapa de la boca. En la otra mano trae el condón. Se lo quito y yo misma se lo pongo tomando en cuenta las respuestas que me da a las sensaciones que le aplico.

Una vez que hemos resuelto las precauciones, me toma de los hombros y me

deja en una esquina de la cama. Me doy media vuelta y termino de rodillas, esperando a que se acerque. Antes de siquiera acomodarnos ya estaba dentro de mí. Omíto el gemido inicial y lo sustituyo por un suspiro que me devuelve las ganas de querer aliviar mi deseo.

Detrás de mí, Sebastián tiembla y repentinamente se retira de mi cuerpo. Pienso que se ha lastimado y me incorporo para ayudarlo. No hace falta que diga nada más. Estaba teniendo uno de sus mejores orgasmos, a dos pasos de mí, a dos pasos de que yo tuviera el mío.

Al terminar se disculpa y sale directo al baño. No digo nada. Siento fría la humedad entre mis piernas y me resigno a controlar los daños.

Lo alcanzo un rato después. Se ha mojado la cabeza con el agua del lavabo y se recarga en la pared.

—¿Puedo pasar? —le pregunto, pero ya estoy dentro.

—Discúlpame, no pude resistir.

—No lo menciones. Es natural.

—Quería que la pasáramos bien los dos.

—Tenemos toda la noche —le dije, sabiendo que sería una frase recurrente en mis citas.

De pronto me mira y en sus ojos veo un fuego que no se había extinguido. Me aprisiona contra una de las paredes de su baño y comienza a besarme el cuello. La frialdad de mi entrepierna está hirviendo otra vez. Abre la llave de la regadera y el agua, al principio tibia, casi hirviendo después, nos funde la piel para que podamos confundir la del otro con la propia. Me resbalo entre sus brazos y él propicia la sensación que la piel transmite. La presión del agua disminuye y repentinamente me siento desnuda. ¡Estaba desnuda! Ya lo sé. Quiero decir que la incomodidad de no saber dónde poner mis brazos me intimidó por un momento, al menos mientras él se acomodaba sobre sus rodillas quedando su cara frente a mi ombligo. En cuanto se inclinó hacia mí, apenas sintiendo sus labios húmedos, o su lengua, cómo saberlo, ¡y a quién le importa!, contra el centro de mi clítoris en llamas, puse toda la fuerza de mis manos en su nuca. Quería hundirle la cara en mi cuerpo. Que en el forense dictaran como causa de su muerte, con una risita nerviosa, “muerto ahogado en flujos vaginales”. Ya no caía agua de la regadera, lo que resbalaba por mis piernas era mi alma, guiada por los hilos de su saliva hasta el desagüe.

Tan pronto como él había temblado hace unos minutos, mis piernas perdieron la fuerza y mi orgasmo tocó tierra a través de ellas.

Puse dulcemente una de mis manos encima de su cabeza y sonriendo y

suspirando al mismo tiempo, casi sollozando, lo aparté gentilmente de mi pubis. Lo entendió al momento, pero no se recobró en un buen rato. Se abrazó de mis piernas y comenzó a besarme cerca de las rodillas. Yo ya no podía más. Por alguna razón no quería que notara que estaba temblando y usé todas mis fuerzas para evitar la debilidad, pero no pude lograrlo. Una plenitud de placer me tomó todo el cuerpo y gemí, más bien sollocé, hasta que el último vestigio de mi orgasmo se perdió entre las gotas de agua que se iban enfriando y nos cubrían todo el cuerpo.

Terminamos abrazados un rato debajo del agua. Él detrás de mí, yo en algún lugar perdido de un universo nacido para ser utilizado por esta ocasión.

Nos bañamos lo mejor que pudimos. ¡Pasamos casi una hora y media en la regadera! Entre que me dejó devolverle el favor oral (casi termina una segunda vez), y que salió por un segundo condón, lo hicimos como si hubiéramos descubierto el sexo por equivocación. Procurando sólo el placer de uno mismo. Tuve dos orgasmos más, el último fue más dolor que placer. Por suerte, dos segundos después de mi dolor placentero, él terminó también. Su reacción fue mucho mayor que la anterior. Irradiaba tanto placer que pensé que nunca en su vida volvería a sentir otra cosa.

Llenó el condón mientras seguía estimulándose. Terminó fuera de mí.

Convenimos en cenar algo ligero para aminorar la debilidad de nuestros cuerpos y bajar más rápido el alcohol, pero terminamos dormidos sin darnos cuenta mientras platicábamos del rey Schahriar y Schehrazada. Me dijo que, si el rey estuviera interesado en el sexo, hubiera perdonado la vida de la mejor de sus amantes y no hubiera matado a tanta doncella. Yo le dije que entonces Schehrazada hubiera muerto sin remedio. No sé si de verdad quedamos en que ella hubiera sido una mala amante.

Se quedó dormido boca abajo, tomando una de mis manos. Debí quedarme dormida primero, porque no recuerdo que haya pasado sus dedos entre los míos.

Cuando desperté en medio de la oscuridad, me levanté y encontré el baño entre la penumbra. Oriné sin encender la luz, recreando fugazmente la escena de hace rato, como si viera iluminadas ciertas zonas de nuestros cuerpos. Me las arreglé para deducir dónde guarda sus cobijas y regresé a la habitación envuelta en una. Lo encontré boca arriba, todavía dormido, me tiré encima de él y lo cubrí del frío que sentíamos.

Cuando desperté en la mañana ya no estaba en la cama conmigo.

Me quedé acostada, despierta, tratando de escuchar sus pasos en algún lugar. Lo escuché moviendo muebles al otro lado de su casa. Me enrosqué en la cobija y cerré los ojos un momento.

Recuerdo todo lo sucedido hace unas horas y trato de encontrar un rastro de arrepentimiento, algo que me diga cómo actuar si su respuesta es indiferente. También quiero ser indiferente.

Cuando entra en la habitación me encuentra de pie, desnuda, tratando de encontrar mi ropa entre la suya.

—Precisamente venía a ordenar aquí —me dice.

—Hicimos un desastre, espero que no sea molestia para ti —le digo y dejo que me vea una vez más, pero sin intención de excitarlo, sino como una muestra de complicidad, de confianza.

Noto que desvía un poco la mirada y se sonroja apenas lo suficiente para que lo estime como un hombre tímido.

—Dejé el dinero debajo de tu almohada, no quise despertarte.

—Lo sé, gracias —lo tomé cuando ordené las sábanas al levantarme. No sé cuánto es. No me importa.

Para cuando comienzo a vestirme desaparece de la puerta. Cuando salgo a buscar mi bolsa a su sala lo encuentro viendo una revista. Me mira y espera. Lo miro y le sonrío. No sabe qué decir.

Vuelvo al baño con mi bolsa y termino de arreglarme. Cuando salgo ya estoy lista para irme. Él está en su cocina. Me mira y se levanta.

—¿Quieres desayunar conmigo?

—No puedo. Se supone que en este momento ya debería estar fingiendo que hago algo en la oficina.

—¿De verdad trabajas en una oficina del gobierno?

—De verdad —le digo y le sonrío.

—¿Puedo volver a verte?

—Sí. Pero deja pasar un tiempo. Cuando creas que es conveniente que nos volvamos a ver, me llamas. Tal vez te conteste.

Se me acerca y me pasa un papel y un lápiz. Escribo en él mi nombre y mi número de teléfono. Mientras lo hago me examina una última vez. Le regreso su papel y su lápiz y finge como que lo lee. Tomo mi bolsa y espero a que me mire. No quiero abrazarlo. Siento que es sobrado. Aunque noto en sus movimientos la intención de querer hacerlo, lo evito. Le tomo el cuello con las manos y lo miro directo a los ojos.

—Tal vez me llames. Tal vez te contesto.

Me sonrió y lo dejé libre. Salí por la puerta escuchando su voz que decía que me llamaría. Pudo haber guardado silencio. Hubiera sido mejor.

Los vacíos de la tierra.

Cocteau dijo en un mensaje grabado, transmitido en la mañana de la muerte de Édith Piaf, un momento después de haber muerto él por la sorpresa que le causó la noticia de la muerte de su amiga (eso me han dicho): “Murió consumida en las cenizas de su fama”. Precisamente así me siento en este momento. Muerta. Hecha cenizas. Consumida por un calor que no define su origen. Me consuela saber que de mi muerte nació un renovado Sebastián. Si no está en este momento sintiendo que es un ave fénix, entonces al menos espero que simplemente se sienta bien.

Llegué a mi casa pasadas las ocho de la mañana. Es verdad que debería estar trabajando, pero la ropa que traigo no es la adecuada, no por su corte, sino por su suciedad; siento que en mi ropa se pueden oler mis pecados. Ahora que soy una pecadora con contrato, ¡qué expresión tan maravillosa!, no me animo a darme el lujo de la exposición.

Cocteau también dijo que el que no entiende el fracaso está perdido. Perdida estoy desde hace mucho, y lo que le sigue al fondo de esa impiedad. Es que ni siquiera sé cuáles fueron mis fracasos.

Me vuelvo a bañar, sólo porque no me gustó el olor del jabón de Sebastián. Sé que pronto serán las nueve, pero no me importa. Comienzo a cuestionar la idea de ir a trabajar hoy. ¿No es uno de los mayores placeres de la humanidad matar un lunes laboral con la pereza extendida de todos los días?

De mi cabello todavía sale el olor de la almohada que ocupé en la cama de un hombre del que ya no tengo derecho a mencionar su nombre. Mi contrato con él terminó hace un par de horas, cuando salí de su casa y todavía lo recordaba, pero levemente, sólo como una acusación, como un reproche a una vergüenza que podríamos fingir, pero que es la máscara de un placer que permanecerá en nuestra memoria, pero no la sustancia, no nuestros cuerpos, no nuestras caras con sus expresiones, sólo el fantasma de todo, lo que hace dudar de su realidad desde el primer momento que se recuerda.

Qué extraño. Fui una representación desde la tarde de ayer hasta esta mañana, me despedí de él todavía actuando la realidad, y en la realidad me encuentro recordando. Lo que en sí es una representación.

Creo que el alcohol todavía no se diluye bien en mi cuerpo.

Cuánto de lo que corre por mis venas será veneno para la memoria. Cuánta de la electricidad de mi cerebro está siendo conducida por un cableado que termina en un corto circuito, o peor, en la punta cortada de un cable

desamparado. ¿Podré recordar cómo me siento hoy, mañana? Qué tal el próximo mes. ¿Por qué debería confiar en mis recuerdos? ¿Por qué recuerdo que lo que siento ahora es la misma vergüenza que sentía hace doce años cuando mi mano derecha descubrió el orgasmo en esa parte específica de mi cuerpo? ¿Cuándo sentí vergüenza anoche? ¿Será la culpa que siento ahora una esquina visible de ese fracaso?

Lo que todavía recuerdo y puedo testificar como real no lo considero un fracaso. Vi cómo Sebastián tenía una sonrisa esta mañana, y no era fingida. Él es uno de esos hombres que no fingen sus emociones, porque ya mucho les costó descubrir que, como todos los demás, también tienen las suyas.

¿Volví a decir su nombre? Lo siento. Me resulta fácil abandonar el papel de mártir. Igualmente fácil me es retomarlo.

Lo recuerdo esta mañana, hace un momento, como si hubiera sido ayer, como si nunca hubiera pasado, como si algún día fuera a suceder. Me miró como se había olvidado de mirarme, quizá en una noche de sueño su mirada se transformó en otra cosa. Pasó de ser una incredulidad y un agradecimiento a ser una afirmación.

No dejo de pensar que él es yo: esa noche de sábado hace unas semanas; un ser perdido en un mundo que había dejado de ser suyo, recobrado en un momento efímero de satisfacción, saliendo de la cortina de sus recuerdos viciados y confianzas borrachas, lanzado otra vez al mundo después de una decepción que debió ser la mayor ilusión, con el corazón roto y las manos mutiladas para siquiera poder recoger los pedazos del suelo. Éramos los dos, en diferente tiempo, una luz encerrada en un frasco de cristal, puesta ahí para avivar la mirada de quien quisiera ver su propio reflejo.

No puedo ser más mártir. No quise serlo desde el principio, pero los pensamientos que se desprenden de mi cabello cuando le paso la secadora son imparables. Ya se van. Salen volando, calcinados con el aire cada vez más caliente de mi sopladora de cabello.

No quise decir que Sebastián sea igual que yo, o haya sufrido lo mismo que yo, y que por su corazón roto hice un esfuerzo extra para perderme en la conexión de una noche que estipulaba un contrato no mencionado. Si mi trabajo fuera alegrar, al menos por una noche, y con un regalo tan fugaz como lo es un orgasmo, la vida de todos los dolientes que han perdido un amor, ¿qué tan rosada tendría la entrepierna en este momento?

Lo único que quería decir es que Sebastián fue un momento que no pensé que tendría en esta situación. Fui para él lo que él fue para mí: Una fantasía

sexual y amorosa, de conexión sentimental y colaboración por género, ¿cuál género?, el de los corazones vacíos, que curiosamente no se miden con otro corazón vacío.

Lo comparo conmigo y me aterra creer que tengo el corazón tan oscuro como él. Soy una mala persona, enseñando mi cuerpo como un rayo natural de luz, lo que los hombres comprenden como una invitación a una plenitud que se les vendió sin serles anunciada. No me miran como un objeto sexual, no podría creerlo, aunque ellos me lo afirmaran de frente. Me miran como una oportunidad, como la situación que haría de su vida una vida como la que quieren tener.

Sebastián compró la ilusión de una vida que desea, comprimida en doce horas de vivencias que se repetirán naturalmente en el transcurso de sus años, pero distendidas de manera que las desgracias tomarán el lugar entre las dichas y las opacarán hasta hacerlas desvanecer entre sus infelicidades.

¿Está mal pensar que Sebastián quiere estar con una mujer como yo? ¿Hago mal imaginando que soy yo la mujer de su vida? La que lee los libros que le gusta leer, la que le dice que no para verlo enojarse y calmarlo después con un abrazo, la que lo mira y lo comprende, la que lo mira y lo enciende, la que lo mira y lo pierde, la que le habla y lo guía, la que se deja mirar y se olvida de que es una desconocida. ¿Cuántas veces me dijo que las mujeres como yo no andan con hombres como él? ¿Y si es verdad? ¿En qué mundo estamos viviendo? ¿Y si soy la mujer de sus sueños porque en sus sueños estoy? Menospreciada si me presento en la realidad.

Me cuesta trabajo aceptar que tendrá que vivir toda su vida aferrado a sus ideas limitantes y que será la mejor vida que podrá vivir, no porque no pueda superar sus restricciones, sino porque en ellas está contenida todo lo grandioso que él es.

Quizás, después de todo, no soy una cura, al menos no para él, sino un veneno, un óxido que terminaría secándole las venas, apartándolo de su vida y sus pasiones si pudiera estar conmigo. ¿Es eso una ironía? Me ha dicho que quiere estar con una mujer como yo y eso lo hace ser quien es, y teniéndome ha sido cambiado por otro que dejó atrás a un Sebastián que creía conocer hace apenas una tarde.

¿Le hice un bien? ¿O he hecho de él un hombre miserable?

Por ahora aquí sigo, Sebastián. Me has dicho que soy lo que quieres y prometiste llamarme otra vez. Aquí estaré, pensando, tal vez con la misma frecuencia que tú, si soy licor o un veneno para ti.

Los animales me adoran.

Sólo las personas egoístas se deprimen.

Aquí es donde digo que por eso yo no me dejo arrullar por los latidos del corazón en el pecho de la tristeza, pero ya hemos avanzado mucho como para que ahora te salga con la idea novedosa de una mujer bienaventurada en los placeres que otorga el hacer el bien sin mirar a quién.

He dicho que mi causa es una cruzada contra la enfermedad de los hombres y sus situaciones torcidas, que soy una mujer que los calma con los dones de los que dispongo; atributos físicos y mentales. Me hago notar como una cura, recientemente como un veneno, como una droga, que tanto hace bien sensualmente, como aniquila en lo interior.

Egoísta soy, pero de las buenas. De las que cree que para toda persona debería haber una ración de amor propio inextinguible y necesario para desarrollarse, primero en el ámbito personal: la autoestima y la valoración de las propias ideas.

Soy tan egoísta que creo que mi desgana por la gente debe quedarse en mi interior, porque ellos no tienen nada que ver en ello. Soy tan egoísta que creo que el amor es cosa de uno y no de dos, y que siendo ya de dos, entonces deja de ser amor y se convierte en juego. ¿Quién se atreve a decir que el amor es un juego? Los que no saben qué es, los que lo confunden con la atracción y lo degradan al acto simbólico de la compañía.

Soy egoísta pero bien educada. Soy egoísta pero honestamente. Soy egoísta pero no estoy hecha de piedra, ni serpientes tengo como cabello, ni la fuerza para embrujar a quienes me miren directo a los ojos.

Me arrepiento de una cosa: haber salido de la casa de Sebastián sin darle un abrazo. Aunque en este contexto, y estando sola, sin temor a que alguien me escuche, principalmente él, quiero decir que me arrepiento de haber salido de la casa de Sebastián sin que me haya dado un abrazo.

Me encontré abrumada por la soledad, sentada en una silla dura, fría, rodeada de nadie, sintiendo uno de mis hombros con la mejilla, clavando el rabillo del ojo en una esquina que representa mi interior, y el interior de toda mi casa y de todo lo que hago: el vacío.

Incluso hace un momento, dadas las once de la mañana, vestida y bien despierta, me decidí a partir a la oficina. No habría nadie que me riñera por mi falta de audacia en la asistencia laboral. Pero sintiendo la espesura del vacío, habiendo pasado seis minutos en el interior de mi egoísmo lastimado, lo

que se sentiría pasar seis días en el fondo del océano, rodeando una taza de té con mis manos sin poder calentarlas, he decidido que lo mejor es no ir a trabajar, y no sólo no ir a trabajar, sino cruzar mi puerta y hacerme de compañía por el resto del día.

Rígida como una piedra, respondiendo a fuerzas desconocidas, respirando automáticamente, como si estuviera perdida en un coma, estudio la puerta de Dubái frente a mí. Detrás, mi puerta se queja cuando un viento menos frío que mi sangre la empuja. A lo lejos escucho las llantas de los carros en la avenida despegándose del pavimento y arriba de todos nosotros la música que hace el viento entre los árboles todavía mojados por la lluvia que cayó anoche. En el cielo las nubes más grises vuelven para reafirmar su dominio en esta temporada, y yo ausente de mí misma, estudiando las grietas frente a la puerta de Dubái.

Toco una vez el timbre y el perro me contesta desde dentro. No es con él con quien tengo asuntos que arreglar. La segunda vez que llamo a la puerta lo hago con la mano; golpeo un par de veces y ahora más que nunca me siento una prostituta. Hasta el perro deja de hablarme. La vergüenza me acaricia y elevo la mano para pegarle a la madera otra vez, pero mi corazón se resiste. Me siento inmundada, usada, vieja, olvidada, inútil, y las lágrimas inundan mis ojos, pero no le voy a dar a nadie el placer de verme limpiando una gota perdida en mi mejilla. También estoy furiosa. Mi cuello tiembla cuando levanto un poco la cabeza para que no caiga la frustración de mis ojos. Mirando la esquina del marco de la puerta evito parpadear lo suficiente para que se seque lo que me avergüenza de mis ojos.

Una palabra llega a mi mente y su repetición me hace recobrar las fuerzas de a poco, cada vez con más valentía. Memorial. Mi mente se ilumina. Memorial. Muevo la palabra en mis labios, sin voz. Aseguro que no sé lo que es un memorial, pero no me importa. Bien podría estar diciendo supercalifragilisticuespialidoso y seguir sintiendo bienestar si mi mente lo necesitara. Sigo repitiendo memorial, y es como si toda la fuerza de una vida vivida, obligada a vagabundear en el viento que anuncia la lluvia, me trajera sus recursos, la colección de las memorias, no sólo de alguien que alguna vez vivió, sino de toda la humanidad y lo que la contiene. Memorial de una nube, pienso, y me siento ridícula, pero ridícula buena onda (¿todavía decimos buena onda?), como quien cometiendo un error de pensamiento no se lo recrimina ni se flagela la espalda con una enciclopedia rasgada. Más bien ridícula, como la sonrisa que me causa saber que puedo decir lo que se me

venga en gana y no crear consecuencias.

Memorial del perro.

Memorial de la puerta.

Memorial de la ausencia.

Memorial de mi presencia en la entrada de Dubái.

Memorial de mi deseo por la presencia memoriosa de Dubái, frente a mí, debajo de esta memorial lluvia que está por comenzar, en este frío que me hizo despertar a la memoria.

Memorial de mis manos.

Memorial de las memorias que he olvidado.

—¿Tu nombre es pablo? —le pregunto al perro del otro lado de la puerta —. No encuentro la placa de tu cuello en mi memorial. No recuerdo tu nombre. Dile a tu amo que vine a buscarlo. Dile que mi nombre es Clementina. Dile que hoy quise hablar con él.

Debajo de la puerta escucho el rechinado de un zapato contra el suelo. El frío me abofetea la cara y me despierta todo el cuerpo. Doy un salto interior y me sonrojo inmediatamente. ¿Es posible que Dubái haya estado todo el tiempo dentro, escuchando lo que dije, viendo cómo mi espíritu iba desde mi cuerpo a la luna invisible y de regreso? Mi corazón resuena como tambor, se agolpa el sonido en mis orejas y me impide los ruidos más lejanos. La circunferencia de la tierra se cierra sobre mi cabeza y me congelo delante de la puerta.

Mis ojos van del centro de mi mirada a las esquinas de mis párpados, ¿hay esquinas en los párpados? La mente la traigo en el pensamiento que ni siquiera termina la pregunta, por lo tanto, no pasa a la respuesta. ¿Fue el perro...? De nuevo nuevo los ojos. Pudo haber sido... No quiero tener que contestar, y mucho menos quiero que alguien más me conteste. No quiero que la puerta se abra y sea Dubái con una sonrisa satisfactoria mostrándome que ha ganado la guerra.

Memorial de mis miedos. Tengo la urgencia de salir de ahí inmediatamente, pero mis pies no se mueven porque no quiero hacer ruido. Como si alejándome en silencio hiciera que se borren mis palabras.

Memorial de todas mis equivocaciones. Memorial de todos los sentimientos que me enseñaron a no mostrar en público. ¿Memorial? ¿Estás ahí? Sálvame ahora.

¡Memorial de mi suerte! ¡Memorial de mi alivio!

Escucho la puerta de la entrada del edificio y espero los pasos de quien viene subiendo. Un piso abajo reconozco la ropa deportiva de Dubái. Viene

con una bolsa de supermercado en una mano y su celular en la otra.

Me acomodo lo mejor que puedo en el hueco que el arquitecto ideó como ventana del edificio, y pierdo la mirada en las nubes que se mueven más deprisa de lo común.

—Hola —me dice Dubái dos escalones antes de llegar al piso. Volteo a verlo y le sonrío—. ¿Descansando?

—No quise ir a trabajar hoy. Me quedé dormida.

—Espero que hayas tenido un buen sueño, al menos —me dice sabiendo que nunca en su vida le había hablado tanto.

—No —le respondo—. No fue un buen sueño.

Se pone en su puerta y busca sus llaves. Quiere seguir hablando conmigo, pero recuerda mi indiferencia y cómo le ha calado. Se maneja con precaución.

—El viernes pasado el cartero dejó una carta para ti debajo de mi puerta. Debió haberse confundido.

Quiero sonreírle para que sepa que ese truco es más viejo que mi secreta profesión, o al menos que ya alguien lo intentó conmigo, o en una película que ya vi, pero me siento tan bien en su compañía, que evito mostrarle el filo de mi mirada y le envío el mensaje de paz.

—Suele pasar.

Desvía su mirada hacia mi puerta y mira el interior de mi departamento.

—¿Estás ocupada?

—Estoy terminando una serie de escritos científicos acerca del memorial de las nubes y sus aplicaciones en la vida amorosa de las plantas.

Sonríe con la seguridad que esperaba. No cree que puedo ser una científica explorando el memorial del cielo. En realidad estaba preguntando si había alguien conmigo en mi departamento.

—Debe ser una vida amorosa muy buena si existen flores y árboles tan coloridos —me dice en un tono que ya comienza a revelarme que venir a buscarlo ha sido una mala idea. ¡No me coquetees todavía!

—Exactamente a esa conclusión estaba llegando.

—¿Quieres pasar a mi departamento y acompañarme a almorzar? Aprovechando que no tienes nada que hacer.

—¡Pero estoy muy ocupada con el memorial de las nubes!

Me sonrío y suspira. Abre su puerta y sale el perro con un hueso de plástico que chirria cuando lo muerde. Siento ganas de ahorcar al maldito.

—Sí, me gustaría —le digo. Me muevo de mi lugar y entro en mi departamento—. Déjame ir por una sudadera.

¡Memorial del desastre, apiádate de mí!

Una pesada malignidad.

Lo primero que noto al entrar, y no es que haya venido a criticar, o sólo a criticar, es el olor a zapatos de hombre; ese olor a plástico y sudor, fluidos sintéticos y la mala ventilación. En su cocina dos bandos de moscas riñen por el arroz hinchado con leche seca resultado del desayuno de días pasados.

No tiene ninguna fotografía en ningún lugar. En su refrigerador, pegados con figuras de frutas magnéticas, están sus notas más destacadas de un periódico de hace cuatro años. Ni siquiera vivía aquí cuando esa noticia circuló por el país.

Lo único que adorna sus paredes es una pantalla que es más grande que su comedor. Los cables caen sobre la pared en cascada y se unen con un montón de aparatos inidentificables que crean su propia orgía electrónica en el suelo manchado de humedad.

Me invita a tomar asiento en un banquito frente a su barra sucia. Me siento y espero ansiosa el recorrido obligado que todo anfitrión ofrece a sus invitados.

Lanza un trapo que no parece muy limpio hacia mí y acomoda un par de sartenes en la estufa. Tomo la tela y limpio la barra sin que me lo pida. Pero no puedo dejar de sentirme ridícula limpiando sin jabón. Como si hubiera estado leyendo la postura de mis hombros, da media vuelta con una botella diminuta de cloro y la pone a un lado del plato-pacientecero que comenzó la degeneración de las moscas.

—No te preocupes. Dame un momento y yo limpio todo.

—Tal vez no te había dicho esto, pero también sé cómo limpiar y uso la misma marca de cloro.

Me sonrío y corre a cubrir otra mancha de leche en el piso. Espero que sea una mancha de leche. Termino con la barra y me acerco al lavabo para lavar el trapo.

¡Dulce Maestro Limpio! Patrono de los hombres que temen a la suciedad. ¡Qué es esto! En su fregadero creo distinguir una cuchara y un tenedor de metal saliendo de las profundidades de un licuado burbujeante de agua sucia, pero bien podrían ser los brazos recién adheridos a un plato que ha cobrado vida en el interior de ese pantano de asquerosidades.

Mi instinto me hace voltear la mirada hacia Dubái, que se descontrola acomodando los cojines de su fea sala.

Puedo ayudarlo a limpiar el tragadero de moscas que tenía en su barra,

pero ni loca me atrevo a exponerme a una mordida de alguna cacerola en búsqueda de comida.

Al pensarlo sonrío para mí. Me siento bien estando en la casa de un hombre que cumple con las exigencias que su club de solteros le impone para seguir entrando cada viernes a las juergas de alcohol. Me cuido para que no me vea sonriendo, aceptando su humanidad, sorprendiéndome de su criadero de vajillas mutantes, sintiéndome simplemente bien estando con él.

—Déjame ayudarte con el desayuno —le digo.

—No, no. Yo te invité. Pero no me acordaba que vivo como un animal. Dame un momento y arreglo y cocino algo.

—No quiero ayudarte a cocinar. Digo que dejes todo como está y mejor vamos a mi casa a preparar algo.

Se detiene y me mira. No logra evitar la sonrisa que me hace pensar que uno de sus sueños se está cumpliendo cuando le digo que quiero que esté en mi departamento. Pero que ni crea que de mi cocina va a pasar a mi cama, que es una forma de decir que no habrá dulces después del desayuno.

—No, de verdad. Déjame solamente poner a calentar la estufa...

—No estabas preparado. No fue justo de mi parte sorprenderte de esta manera, aunque fuiste tú quien me invitó.

—¡Exacto! Yo te invité.

—Pero ahora te estoy invitando yo.

Dejo el trapo con cloro a un lado de los platos sucios. Espero que no vaya a ser consumido por la vajilla mutante que vive en el fondo del agua de la vida del fregadero de Dubái. Me limpio las manos en mi pantalón y abro la puerta. Salgo sin mirar atrás, a pesar de que Dubái todavía dice cosas que ya no escucho.

Entro a mi departamento y cierro la puerta de mi habitación. Enciendo la luz del baño y quito la toalla con la que acabo de secarme después de haberme bañado.

Por la puerta veo que Dubái lucha con las bolsas del mercado, con el perro y con su puerta. Salgo a ayudarlo. Le tomo las bolsas de la mano y doy dos pasos atrás. Él entra una vez más, no deja de decirle a su perro que ya vuelve.

—¿Y el perro? —le digo tranquilamente.

—¿Qué tiene?

—¿No vas a traerlo?

—¡No! No quiero que haga destrozos en tu casa.

Toma las bolsas de mi mano y se adelanta dos pasos a mi puerta. Yo abro la

suya y entro por los platos de pablo. Los vi en un rincón en la primera inspección.

—No creo que los desastres de tu casa los haya hecho tu perro.

El tazón de la comida parece limpio, y en el del agua apenas hay suficiente líquido para pensar que contribuyó en algo a la flora y fauna de su lavabo cuando vació el contenido ahí.

Salgo y le hablo a pablo. Me aventuro tratando de aminorar la incomodidad que ahora se parte en el viento.

—¡Ven, pablo! —le digo al perro desde fuera del departamento. Me responde moviendo las patas, sin avanzar.

Detrás de mí encuentro a Dubái con una cara muy seria. Llamo de nuevo a pablo y me ignora.

—¿Sólo te hace caso a ti? —le pregunto al dueño y por fin lo veo sonreír como detesto que sonría.

—No. Es amigable con todos. Lo que pasa es que cuando lo nombré no me di cuenta de que pablo no le había gustado. Insiste en ignorar a todos los que se lo recuerden.

¿De qué está hablando? Mejor que trate de coquetearme. ¿Lo está haciendo?

—Le gusta que le digan Bruno.

—¡Haha! Ya recordé que su nombre es Bruno. Muchas gracias por recordármelo de manera tan gentil.

—Además no es cualquier Bruno. Su nombre se escribe con u-ve. Aunque no lo creas sabe detectar cuando lo estás diciendo con B y cuando lo dices con V.

—¿Puedes decirle que venga de una vez?

—El mal humor parece ser común en mujeres que no tienen mascotas.

—Vruno —lo llamo cuando me volteo hacia el departamento de Dubái, pero el perro ya estaba afuera. Seguramente se hartó de escuchar las tonterías de las que hablamos los humanos.

Es emocionante y familiar al mismo tiempo.

Dejo los platos de Vruno en una esquina de mi sala y pronto vuelvo con agua para dejarle mientras su dueño le pone algo de comida al plato. Me dice que no es correcto darle de comer antes de que nosotros comamos, porque afirmamos en él un poder de macho alfa, blablablá.

Se siente la tensión de dos desconocidos tratando de actuar naturalmente en una situación que no es tan natural como al imaginarla se presenta. Hay cierta

desconfianza mezclada con comodidad. Hay cierta incomodidad mezclada con alguna rara confianza.

Sobre todo hay tensión sexual. Se siente. No sé si sea porque no podemos negar que lo que tuvimos en los días pasados fue un juego de coquetería imperdonable, algo que por ahora quiero dejar de lado y concentrarme en la bondad de la compañía de una persona con quien pueda tomar una taza de café y no pensar en licores ni venenos, al menos por un rato, o si es porque debajo de mi pantalón holgado no traigo ropa interior, ni debajo de mi blusa, que desaparece debajo de mi suéter. De cualquier manera no pretendo correr a mi recamara y cambiar de atuendo. Estamos en mi casa, en el siglo XXI, en un país con libertades variadas, y aunque con educación modesta, alcanzamos a respetarnos los unos a los otros cuando hay la oportunidad de mostrarnos civilizados.

Después de oír todo lo que tenía que decir sobre Vruno, viéndolo comer sus alimentos como si nunca hubiéramos visto a un perro alimentándose, nos ayudamos en la cocina.

En su bolsa trae tocino y tortillas de harina, huevos y jugo de toronja. Él dice que el jugo es natural, pero yo lo veo enlatado. Me pregunto qué significa natural para él.

Me convence de no sacar nada de mi refrigerador, y peor aún, me convence de comer lo que a él le gusta comer. Un recuerdo en circunstancias diferentes de mi cita de ayer. En cierto modo siento que no ha terminado.

Me da instrucciones para freír los huevos, mientras él trata el tocino como si estuviera hecho de cristal. Los huevos están listos mucho antes que el tocino y me siento incomoda por no saber qué más hacer.

De su bolsa saca una salsa en una botella y la vierte toda en la cacerola. El aceite la hace brincar y mi estufa queda envuelta en ese revoltijo. No es una maldición, pero tampoco me hace gracia pensar que tendré que limpiarlo después.

Mientras todo está listo yo trato de conectarme con Vruno. Dubái lucha en la cocina por encontrar el lugar secreto donde maquiavélicamente escondo mis platos.

—Están en el estante izquierdo de arriba —le digo.

—En mi casa los encuentras a la mano, a un lado del fregadero.

—O en el fondo —le respondo y le causo una risa verdadera.

—Si hubiera sabido que ibas almorzar conmigo me hubiera pasado toda la noche limpiando el suelo.

—Con que hubieras limpiado tus platos hubiera estado bien.

—La verdad es que no pensé que fueras a dirigirme la palabra algún día — me dice todavía sonriendo, todavía tocando el suelo antes de dar un paso.

—He pasado por momentos difíciles, pero no soy una bruja malvada.

—He conocido a ésas — me dice y se queda callado.

No sé si fue lo que dijo, o cómo lo dijo, o qué quiso decir, pero una carcajada diminuta me estaba apretando la garganta. La alivié riéndome con Vruno, de espaldas a Dubái.

Nos sentamos a la mesa y me sirvió de su enlatado jugo natural de toronja. Yo lo miré con la risa colgando de mi cara. Al notarme se dio cuenta de que quería seguir el chiste y me dijo:

—No vas a encontrar uno más fresco en todo el rancho.

Almorzamos diciéndonos poco. No fue especialmente rico el plato, o tal vez lo fue, pero fue más valioso para mí encontrarme acompañada por alguien que no me pide que le muestre quién soy más allá de nuestro arreglo, ni me presiona para hacer memorable su tarde. Ninguna de mis citas me ha forzado a nada, es verdad, pero ¿acaso no es mi deber volverlos locos?

Sentada en mi mesa, comiendo comida que regularmente no comería a estas horas (ya pasa del mediodía), acompañada por un extraño que por un momento se olvida de su necesidad de dejar de serlo para mí, entro en ese placer especial que se llama tranquilidad.

—¿Qué haces para divertirte? —me pregunta.

—Enamoro hombres y después me dejo envolver por la culpa.

—¡Guau! ¡Tú también! No sé dónde estábamos los hombres durante esa clase. ¿La imparten en la universidad?

—La impartimos las mujeres a nosotras mismas cuando ninguno de ustedes nos está viendo.

—Han de tener lecturas muy interesantes.

—¿Te gusta leer?

—No particularmente. Tengo un libro perdido en mi habitación. Lo leo de vez en cuando.

—Te creo la parte en la que está perdido en tu habitación.

Se ríe sin rastros de timidez. Me gusta que sea así. Me gusta que finja conocerme y trate de hacerme sentir bien sin saber exactamente qué está pasando en mi vida. Me gusta que no se ofenda con mis bromas acerca de su departamento.

—Entonces hay algo que anda mal con tu novio.

—Algo así. No siento ganas de discutirlo.

—No importa. Yo te entiendo. Parece que las personas estamos hechas para pelear. La razón por la que estoy viviendo aquí es porque mi novia y yo nos separamos.

Lo miro y quiero decirle que no me lo cuente, que permanezca en silencio, que no arruine un momento que yo pensé no volvería a sentir jamás, pero que ahora lo conseguía por mi voluntad, o por su voluntad, o por la voluntad del estúpido jugo-para-nada-natural-de-toronja que bebí hasta el fondo de mi vaso.

—No tardará en tratar de buscar la reconciliación —le digo sabiendo que no puedo quedarme callada.

—No creo. Sé casa en dos meses con alguien más.

—¿Qué? Pensé que acababan de separarse.

—Hace poco más de un mes.

—¿Y ya se va a casar con alguien más?

—Sí. Me dio un ultimátum. Se cumplió la fecha y yo no tenía la propuesta. Me abandonó y recibió el anillo de alguien más.

No quiero decir nada. Su mirada no se apaga ni veo remordimientos en su cara. No sé si me está mintiendo o no le importa nada.

Si fuera mi cita, estaría sintiendo lástima por él, buscando pistas que me guiaran a ese lugar solitario en el que está, olvidándome de mi propia vulnerabilidad, escuchando su voz lejos de mi refugio, obligándome a salir para encontrarlo. Pero no siento ni un gramo de pena por él.

Me da vergüenza verme en el lugar de su novia, ¿Hubiera aceptado la propuesta de un cualquiera sólo porque Segundo no quiso casarse conmigo? ¿Cuál era la razón por la que quería casarme con él, y antes con Primero? Hace un par de semanas hubiera respondido que por amor, pero, ¿dónde está ese amor ahora? No lo era.

La otra visión es la más asquerosa. Primero y Segundo abandonándome para ir a casarse con alguien más. Posiblemente la misma versión repulsiva de la exnovia de Dubái en un cuerpo que deseaban, hipnotizados por su piel, habiéndose olvidado de que las mujeres también tenemos pensamientos, raramente compatibles con los pensamientos de los hombres.

¿Fui negada por culpa de una fulana con urgencias de boda? ¿Soy yo también una de éstas?

—Suena horrible —le digo al fin.

Encuentro en sus ojos, ahora sí, una confirmación, la sombra del recuerdo.

Evito tocarlo. No quiero que esto pase a ser una escena de intento de sexo por compasión. No te atrevas Dubái. No me hagas arrepentirme.

Se mantiene la mirada. La mía más que la suya. Mantuvo sus manos en su lugar. El aire incomodo vuelve a nosotros. Creo que se arrepiente de haberme contado esa historia. Lo confirma.

—No sé por qué te conté eso. No he tenido con quien platicar desde que sucedió.

—No parece que te hiciera tanta falta. ¿En verdad querías estar casado con ella?

—Me he dado cuenta de que no. Pero no es fácil para un hombre aceptar esa derrota.

No le digo más. No quiero pensar que puede caer más bajo en la escala de hombres comunes. Aunque distingo un brillo de genuino interés por el tema. Otra vez la derrota. Esa sombra que tiñó mi ropa y deslavó el rojo de mi sangre en dos ocasiones. Supongo que ahora lo entiendo, cuando menos quería hacerlo. Lo último que necesitaba era encontrar en él una similitud conmigo.

Quiero pensar que la cancelación de mis bodas no fue una derrota, pero no encuentro una medida para compararlas con algo más.

¿Fue la humillación que sentí con mi falda manchada de mi primera menstruación en la secundaria una derrota, o fue humillación? ¿Fue la sangre que salía de mi rodilla el resultado de un fracaso cuando me caí hace un par de meses en la acera de una de las avenidas más importantes de la ciudad, o fue sólo un golpe a mi intranquila autoestima? ¿Hubieran sido las lágrimas de sangre que hubiera llorado en el altar al recibir el No de Primero o Segundo un fracaso, o un simple episodio que me hubiera conducido al desplome emocional? Cancelar una boda no parece un fracaso. Tal vez logramos saltar esa palabra poniendo escaleras con nombres menos dolorosos, aunque no con menos impacto emocional. Humillación. Maldad, cuando creemos que alguien más nos ha arruinado. Error, cuando tragamos un poco de la medicina que es el afrontarnos.

Modestos todos frente a la tristeza. Más grandes de lo que somos cuando estamos en la felicidad. Con brillo fuera de los ojos y oscuridad dentro de nosotros. ¿Alcanza la vista de Dubái a verme como él mismo se ve? No hace falta más que mirarse al espejo.

No alcanzo a encontrarme en sus palabras. En ninguna. No porque sea una mujer indiferente, y tal vez no lo soy, sino que trato de cuidar lo que por ahora todavía no me da forma, ni se deja amoldar, pero me exige atención y cuidados

especiales. Será una nueva visión, será una nueva emoción, será una etapa que recordaré como la época en la que era una prostituta con aspiraciones a ser la primera virgen en los exclusivos altares de los hombres, bañada en el manto de la hipocresía, porque ni santa y mucho menos virgen. Pero en algún lugar se tiene que comenzar. Por ahora me sirve para asegurar que el desasosiego de pensamiento que me pone incómoda no es maligno, y prefiero anunciar que sí, que soy una insensible, una indiferente y una convenenciera, aunque por dentro los sentimientos me coman cuando yo trato de morderlos.

—Me gustan las películas. Así me divierto. También leo. También escucho música —le digo después de mucho silencio.

—¿Entonces lo de enamorar hombres lo haces sólo ocasionalmente?

No quería que dijera eso. Quería que me viera expuesta. Quería que supiera que lo entendía, y que por encima de su situación amorosa fallida aceptaba el trato que me proponía. Esa mezcla de irrealidad y la promesa que para mí vale tanto como un grano de tierra en un hoyo en el piso.

Lo detecté cuando me miró un par de veces sin que yo lo mirara de vuelta. No quiero decir que su historia es falsa, no lo sé, pero sé que la usa como bandera de extorsión.

Arruina la compañía que me da tratando de mostrarme su imagen lastimada. Es verdad que me gusta creer que ayudo a mis citas a cumplir una fantasía, y de ese modo, tal vez, aliviar una mínima parte de su frustración. Pero no contigo, Dubái. Accedí a esta cita, que no lo es, accedí a tu compañía y ahora quieres venderme tus secretos. No soy esa mujer. No puedes venir mostrándome un raspón en un codo y esperar que me encargue de curarte con mis instintos maternos. Tus golpes no son interesantes, tus secretos son conocidos, tus ojos no demuestran vulnerabilidad. ¿Quieres verme el escote? No lo hagas engañándome con tus sentimientos entrenados. ¿Quieres que piense que no tienes intenciones de conquistarme porque vienes de una ruptura dolorosa? ¡Estás tratando de entrar por esa puerta!

¿Qué tan difícil es aceptar la humanidad que hay en nosotros? ¿Por qué simplemente no podemos ser quienes somos? ¿Por qué todo tiene que ser un juego de apariencias?

—Me gustan las películas que me hacen sentir que no perdí mi tiempo —le digo en un tono que me deja ver enfadada de su presencia en mi casa—. Me gustan esas películas que me demuestran que el director y el escritor y los actores son la personificación de una sola identidad. Me gustan las películas que no son exhibidas para ganar dinero, sino para mostrar que todavía hay

personas que saben que el cine es arte.

—¿Cuál es tu película favorita? —me pregunta y termino de fastidiarme.

Querrá saber cuál es mi color favorito después. Como si eso le dijera algo de mí. ¿Mi signo zodiacal? Le retiraría el saludo para siempre.

—¿Tienes familia? —le pregunto, pero en realidad quiero que salga de mi departamento.

—Sí tengo familia, pero viven en otro lugar. Yo vivo aquí por mis estudios.

—¿Qué estás estudiando?

—Leyes.

Ahí están otra vez esos ojos. Esa mirada que dice “soy guapo y debes saber que es un honor para ti que yo esté interesado en ti”. ¿Cuántas veces he visto esos ojos? ¿Cuántos hombres que se miden en el reflejo de su figura he conocido en mi vida? Terminan todos siendo uno solo.

No quise decir que todos los hombres son iguales. Esa frase guárdasela al fantasma de alguna mujer engañada del siglo pasado. Aunque sigue siendo real que personas con educaciones similares producen personalidades similares. Al final es igual en cualquier parte; tanto hay hombres podridos, como hay mujeres podridas, eso hace una humanidad medio podrida.

Tengo frente a mí a un hombre valorado en el exterior, su personalidad como un exoesqueleto, una coraza que cree invencible, mirándome con galantería y sonriéndome como idiota, a pesar de que me ha dicho que tiene el corazón en recuperación.

Cada vez está más cerca de mi cuerpo. Su cara está al filo de la mía. Se acerca cada vez más. Quiere besarme. Cree que puede hacerlo.

¿Le basta la posibilidad de acostarse conmigo para resarcir su identidad de hombre bien parecido? ¡Qué maldad! ¿Por qué lo hace? Se burla de lo que humildemente he aprendido. Trata de robarse mi seguridad. Se esconde de lo que lo haría un humano sencillo. ¿Cómo eso llegó a dominar el mundo? ¿Por cuánta locura hemos tenido que caminar para aceptar estas reglas como una normalidad social?

No es que tratar de besarme sea algo antinatural. Tal vez le gusto de verdad, lo que haría que su intento fuera comprensible. Pero, esa pretensión en sus ojos. Esa charlatanería en su sonrisa. Esa pedantería en la posición de su cuerpo. No es un beso lo que busca, tampoco un revolcón de época. Lo que quiere es simplemente levantarse como un conquistador. Quiere jugar un juego que está acostumbrado a ganar. No quiere saber quién soy, no le hace falta para lo que quiere lograr. No tiene ideas en la cabeza que quiera compartir

conmigo.

No soy una máquina donde depositas una fatiga mental y a cambio recibes placer sexual.

No hay reciprocidad, no hay interés sentimental, tampoco humano, ni siquiera de algún valor emocional básico. Lo que veo es un hombre con ganas de acostarse con una mujer porque así le han dicho que se hace. Le preguntas cuál es su película favorita, la miras a los ojos, le sonríes y la besas, acto seguido ya estás arriba de su cama, dentro de sus sábanas, arriba de ella, dentro de su cuerpo.

Lo único que quería era estar con alguien con quien pudiera conversar. Fue un error de mi parte acudir a Dubái. Me siento molesta porque lo sé. Sabía que le gusto, sabía que me mira cada vez que tiene oportunidad, sabía que aprovecharía cualquier opción para tratar de acercarse lo más que pudiera a mí. Qué ingenuo es al creer que una sola mañana conmigo le bastaría para derretirme como seguramente ha derretido a otras en menos tiempo.

¿Con quién podría ir? ¿Mis “amigas” de la oficina? Acabo de tirar una bomba en ese territorio hace apenas tres días. Fernanda me escucharía, pero no quiero que me escuchen. No sé si tengo algo que decir. Además, Fernanda tiene más problemas que yo. Yo sólo debo lidiar con emociones contradictorias como seguridad personal y desvaloración, sentimientos de culpa y vergüenza con orgullo propio y satisfacción. Ella tiene un novio que frecuenta bares de prostitución y demuestra una fijación hacia mí.

Supongo que la próxima vez que me sienta sola saldré a comprar un perro.

Dubái siente que mi cuerpo se aleja de él en lugar de acercarse. Abre los ojos y me encuentra delante de él, inquietantemente tranquila.

—Discúlpame. Pensé que era el momento correcto.

—¿Para hacer qué?

—Para besarte.

—¿Por qué?

—Porque se sintió de esa manera.

—Lo sentiste tú. Yo no sentí nada —siento que se me amarga la piel.

—No es para tanto. Discúlpame.

—No. Tienes razón. No es para tanto.

Me levanto y abro la puerta. En mi brusquedad he golpeado a Vruno y me disculpo con él, porque eso sí que es para mucho. Le acaricio la cabeza y me responde con la mirada. Me muestro como una sufrida, como una mojígata ofendida, como una mujer que “se cotiza”, pero esas ideas solamente caben en

los pensamientos de los hombres pequeños. En realidad me muestro orgullosa. Lastimada. Decepcionada. Sentimientos para nada menores.

Le recojo sus cosas de mi mesa y las envuelvo todas en su bolsa. Ya estando de pie trata de decirme algo, pero en su vocabulario de galán no existen las humanidades que todos merecemos.

Me pongo a un lado de la puerta y lo observo fijamente.

—No es para tanto —vuelve a decir mientras toma su bolsa.

Al menos no me ofende con injurias, como bien podría hacerlo de acuerdo con su actitud. Toma los platos del perro a un lado de mí. Se levanta y me mira con una sonrisa burlona, que yo veo como el reflejo de su derrota.

—Discúlpame si te ofendí —me dice.

Me arrepiento de mis emociones explosivas cuando trago una píldora mayor de orgullo y furia, me muestro encendida, como él insistía en verme. Con mi voz mojigata y ardida me despido de él en una manera en la que no voy a poder dejar de pensar en toda la tarde.

—No me ofendes. Ni siquiera sabes mi nombre.

Al igual que le pasó a Sebastián cuando salí de su casa, no pude quedarme callada. Otra vez, hubiera sido mejor no decir nada.

Recuerdos negros.

No voy a ser esa mujer. Me niego. Quisiera aceptar mi frustración y ponerme a llorar para curarme, pero cuántas otras lo estarán haciendo en este momento.

No me jacto de ser diferente; el único bombón de fresa en una bolsa de bombones de vainilla, pero si no empiezo a valorarme y entregarme el control de mis propias emociones, ¿cómo voy a hacer la diferencia en el mundo?

Tampoco es que tenga una misión contra algún descontrol o injusticia política global, no tengo las respuestas de los más básicos y elementales problemas, ni dentro de mi lista de deseos se encuentra la paz del mundo. ¡Qué desfachatez!, andar metiendo las manos en cuestiones en las que no se podría ocupar una mente que no tiene seguro ni lo que ella misma es.

Un hombre cualquiera, de los que tampoco hacen cambio en el mundo, trató de besarme hace un momento y mi respuesta instintiva es el llanto, como cualquier tipeja enredada en emociones que no sabe reconocer, porque le dan miedo, o porque nadie le dijo que está bien tratar de hacer algo con sus sentimientos.

Me quedo con pensamientos oscuros de corte más grueso, sangrando furia, inflando la frustración.

No soy de las que cree que el llanto de las mujeres maneja a los hombres. Dicen que las mujeres movemos al mundo con nuestras lágrimas, que no hay hombre que pueda con ellas, porque en cuanto lloramos toda nuestra humanidad se convierte en una llamada que cambia nuestro rostro, algo que no se puede ver en ningún otro lugar. Me he visto al espejo cuando lloro y debo aceptar que me cuesta encontrar ese poder. Tal vez las mujeres somos inmunes.

Ahora contengo el llanto porque, a pesar de que no creo que llorar sea una tragedia, y no lo es, de hecho, se siente rico y alivia muy rápidamente el pecho de sus cargas, sé con seguridad que el llanto sí representa debilidad.

Has de pensar que soy una hipócrita insufrible. Claro que estoy débil. Lo acabo de decir hace unas horas. Estoy vulnerable, me duelen los pechos; señal de que la imparable racha de menstruaciones no se verá interrumpida este mes, admití que necesitaba un abrazo y ahora resulta que me molesta desahogar esos sentimientos con algunas lágrimas. ¡Pero es que no siento que sea una minúscula carga! Algo me empuja a luchar por mi lugar. Un lugar que no sé cuál sea y que por ahora nadie me niega. Por otro lado la humillación que no

me abandona.

¡Un hombre ha tratado de besarme! ¡Qué tragedia! Yo sé que eso no debería hacerme llorar. Pero no hablamos de los temas que flotan en la vanidad, sino de los nervios que se rosaron cuando sin darse cuenta de su existencia, debajo de la charca de las emociones superficiales, patearon tratando de nadar hasta la orilla de la realización.

¿Dónde estoy? ¿Quién me está haciendo esto?

Un hombre trató de besarme. Le gusto. ¿Cómo encajan esos sentimientos en esta tierra? ¿Por qué no encajan conmigo?

¿Alguien más ha pasado por esta locura?

Repentinamente me da asco el sabor del tocino en mi boca. Algún químico restante entre mis mejillas convierte mi saliva en jugo de toronja. La combinación me obliga a dejar de respirar.

Sentada en el baño espero que todo el sabor de esa fruta falsa salga de mi cuerpo. Mientras tanto me cepillo los dientes y pienso que no es culpa de Dubái. Pero ¿por qué lo hace?

El vacío en mi estómago se siente conocido otra vez. Una tristeza que no se mueve de su lugar. La misma que gotea sobre la arena de mis decepciones. Fango infinito.

No quiero seguir pensando en esto. Dejo que mi mente divague, pero en segundo plano. Miro los patrones en los vitrales pegados en mi cuarto de baño y finjo que no escucho la discusión entre al menos dos Clementinas dentro de mi cabeza. Como si fuera la niña que mueve distraídamente su osito de peluche en el aire para que los papás puedan seguir gritándose frente a ella.

No es mi pelea. No hay razón para hacerla un desafío en el que la humillación, nunca con buenos argumentos, me toque la mano y tenga que entrar a tomar su lugar, armada con menos palabras, inmediatamente aplastada por la enorme realidad, siempre la misma realidad, a tratar de neutralizar el ardor de esos arañazos.

Estoy cansada y la situación no fue para tanto. Pero si niego mis emociones no hay lugar adónde ir, excepto a la mediocridad. Entonces, ¿quién gana? Si lucho, la batalla me deja herida y exhausta, me involucro en emociones que no debían presentarse, y termino de nuevo, malherida y despeinada, debajo de alguna de las alas de mi tristeza. Al menos expuesta a la grandeza que de otra forma se niega a quienes no se ensucian las manos tratando de obtener alguna idea.

Si no lucho, la batalla se hace sola, a espaldas de mí, olvidándome de a

poco de un valor personal inconmensurable, valiéndome de la falsa percepción de mí misma, consumiendo vanidad como droga, escondiendo la fealdad que la conformidad idiota me deja en el corazón, detrás de una sonrisa dibujada con un *lipstick* de cinco salarios mínimos. Lo que es la cura es la enfermedad. Y la enfermedad siempre termina curando.

Nada gano escondiendo mis emociones, pero pierdo muchísimo más de lo que puedo enlistar. Dándome la espalda terminaría convirtiéndome en esa prostituta esquinera de las impresiones, la que se mantiene de alcohol y tabaco, la que colecciona capas de maquillaje en el rostro y sonrío automáticamente. La piruja loca y despeinada, la que huele a orines y se acomoda los calzones delante de un bonito aparador que refleja lo que ella ya no ve: su perdición. Todo emocional, no físico. Esa sería la puta que le da besos a cualquiera. La que se ríe y se cae de cola en las aceras finas de los sentimientos y dolores olvidados. No es quien soy.

Yo soy la puta que dobla acero con la mirada.

Soy la fulana que pasa más tiempo en su propia cabeza que en la de los otros.

Soy la dama de compañía que bebe veneno y lo deja sobre la piel de cualquiera que me toque, sabiendo que también soy el antídoto.

Soy la mujer que ofrece boletos a la luna y que después desaparece cuando ya se quiere volver a la tierra.

Soy la que se envuelve en sentimientos dolorosos y desfallece en las intrigas de las emociones ajenas.

Soy la que se clava en el vientre las palabras que no entendió en una conversación y se desangra en las posibilidades, sabiendo que, al despertar, cuando la especulación haya partido, tendré más palabras y descripciones de las que tuvo la que se dejó llevar.

Soy... soy la persona... soy una persona.

No quiero creer que la forma de pensar de los demás es la correcta. La puta borracha de complacencias se deja llevar por la corriente. Se entrega a los cuidados de quien la hizo así, los que después sienten lástima por ella. La mujer que yo soy crea su propia realidad, aunque tenga que pasar por todo el sufrimiento que otros hayan pasado para llegar a la misma respuesta. Quiero decir que tuve una vida, que la volqué sobre mis pensamientos y que aproveché hasta la última caloría que mi cerebro consumió de mi cuerpo.

¿Y qué si estoy exagerando? ¿Y qué si no era para tanto? ¿Cuándo tendré otra oportunidad de probar sentimientos naturales?

¡Es una porquería! ¡Qué clase de pensamiento! ¡Ahora resulta que debo tener a las dos brujas dentro de mi cuerpo! Lo que significa que debí besar a Dubái. Pero no lo sabía, o no hubiera podido llegar a esa conclusión en tan poco tiempo. Para saber todo lo que hay que saber, también nos debemos equivocar. Qué equivocación hubiera sido besarlo.

Me niego a creer que este pensamiento tenga validez. Sé que quemarme la piel sería doloroso, no tengo porque vaciarme gasolina y prenderme fuego. Besar a Dubái no hubiera sido doloroso, pero considero que al menos igual de improductivo.

¿Qué errores está bien cometer? ¿No son los errores naturalmente inesperados? ¿No son maldades cuando se hacen a propósito? ¿Cómo voy a aprender de un error que yo voy a propiciar? No lo hubiera propiciado yo si me hubiera dejado llevar por él y lo hubiera besado. Entonces cometí un error no besándolo.

¿Es esto lo que estoy aprendiendo: que no hay que evitar los errores? ¿El error más grande será cultivar un error con antelación? ¿Qué podré aprender de eso?

Sólo hay una manera de saberlo.

Tomo mi teléfono y marco un número que juré no volver a marcar desde ayer. Qué casualidad que no lo haya borrado.

—Hola. Nos conocimos en el bar naranja el sábado pasado y prometí que te llamaría —dice una voz que se parece a la mía, pero que yo no logro reconocer, a pesar de que bien ensayada la tenía.

—Ayer no pude contestar. Traté de llamarte, pero no atendiste. Pensé que ya había perdido la oportunidad de estar contigo.

—Bueno, te estoy llamando ahora. ¿Quieres que nos veamos?

—¡Desde luego!

—Tengo tiempo ahora.

—Yo también. Dime dónde estás y paso por ti.

Se me atora la saliva en la garganta. Sé lo que tengo que decir, pero nunca lo había dicho y me cuesta trabajo. Ayúdame, puta lastimera.

—En cuanto al pago... —no me deja terminar.

—Sé que ustedes no son cualquier tipo de compañía. Para serte franco pensé que me contactaría tu agencia.

—No tengo agencia.

—Todas dicen eso.

—Yo te estoy diciendo la verdad.

—También dicen eso.

—Si no estás seguro de querer verme no hay problema —la postura que he tomado y la voz que sigue saliéndome natural me espantan. Me dan vergüenza. Pero no quiero detenerme.

—No es eso. Me gustaste mucho en el bar. Pero quiero ser completamente honesto contigo.

—¿Son malas noticias?

—No sé cómo lo vayas a tomar.

—Dímelo y ya.

—Sólo quiero acostarme contigo. No necesito que te quedes después, ni que me hagas sentir mejor. Quiero ir a un motel y cogerte duro.

Una bomba de calor me desentume los brazos, las piernas y me golpea el pecho. Me he excitado de golpe. A pesar de ello, el torrente de sangre no es suficiente para lavar mi furia.

—No hemos hablado del pago.

—Voy por ti ahora mismo y te llevas cinco mil.

—Es muy poco. Mis servicios cuestan más —¿quién soy?

—Mira. Me gustaste mucho y no quiero terminar mal lo que empezamos el sábado. Te doy seis mil, pero te quedas conmigo un buen rato.

—Te veo en tres horas en la esquina contraria al bar naranja. Donde se unen tres esquinas en la avenida principal. Si no estás cuando llegue, me voy.

—Ahí voy a estar.

Paracetamol como método anticonceptivo.

El corazón me acusa de cosas que no quiero escuchar. En mi mente se mezcla la emoción y la culpa con la vergüenza. Todavía quiero llorar, pero no voy a hacerlo.

Mi celular suena y veo un número desconocido en la pantalla. No voy a atender. Sea quien sea.

En mi ropero encuentro el vestido más corto que tengo. Es amarillo, qué horror, el más escotado, apretado, corto y ligero. Además, y no me preguntes nada, tengo un par de tacones con estampa de leopardo. Me veo a mí misma desde fuera de la recámara, de rodillas, buscado los malditos tacones, y la vergüenza amenaza con descomponerme el estómago. Suspiro y me vuelvo a mi interior, donde yo controlo o descontrolo todo lo que se aparta de mi condición.

Hoy voy a ser una prostituta barata, que no lo es en dinero, sólo en actitud, y voy a encamarme en un sucio motel con un hombre despreciable. Es un hombre que piensa que por seis mil pesos puede tenerme y hacerme lo que quiera. No hay motivos para demostrarle lo contrario.

Me momifico la cara con maquillaje y desempolvo unas viejas pestañas postizas que antes usaba para enmascarar mi triste mirada. No me gusta ser así, pero hoy no se supone que haga lo que me gusta. Supongo que tampoco debo oler bien. Pienso en vaciar la botella de mi peor perfume sobre el vestido, pero quiero que ese hombre, queriendo comportarse como animal, lo sea, y chupe mi sudor perfumado directamente de mi cuello y de mis pechos. ¡Ugh! Preferiría oler a basura, pero debo conformarme con sólo parecerlo. Me tomo el cabello en una cola alta y en mi bolsa pongo un par de calzones limpios. Me arrepiento, no sé por qué, y los saco. Lleno el espacio con el perfume asqueroso y el maquillaje que nunca uso.

En un poco menos de tres horas estoy cruzando una de las tres esquinas detrás del bar naranja. Es una avenida grande, pero no hay tanto movimiento vehicular. Tuve que llegar en taxi. No estoy de humor para conducir.

Del otro lado veo la melena desteñida del junior obsesivo sexual, pero finjo que no lo he visto.

Me paro en la esquina y, ahora sí, más prostituta que nunca, espero por mi cliente.

¡Imbécil! Han pasado diez minutos y no se acerca. Me siento cada vez más ridícula en este traje de *Halloween*, y el sol no está haciéndole ningún favor a

la plasta de maquillaje que siento resbalarse por mi cara.

Por fin arranca su automóvil y se pone a un lado de mí.

Me acerco como la más baja de las putas y me agacho en la ventana del acompañante. Del otro lado él me está sonriendo.

—No pensé que ibas venir —me dice.

—Te dije que te llamaría y te llamé. Te dije que vendría y vine. Te toca cumplir tu palabra.

Estira la mano y me pasa doce billetes de quinientos. Los tomo y los cuento sin saber sumar. Los guardo en mi bolsa y me abre la puerta desde dentro. Me subo. Primero una pierna, lentamente la otra. Seguro me ha visto los calzones, si no él, alguno de los que pasaban por ahí.

—Te ves muy bien —me dice.

Cerdo mentiroso. Si lo dice en serio; cerdo con mal gusto.

Me dice que iremos al Motel Plaza. Es un motel caro, limpio y con cierto prestigio. Pero está hasta el otro lado de la ciudad. De cualquier manera, viendo cómo conduce su “máquina”, como él le dice a su carro, estaremos ahí en unos cuarenta y cinco minutos.

En el camino me habla de autos. De cómo ha tenido que lavarle la cabeza a su papi para que le de dinero para irse a Europa, donde supuestamente ha tenido sexo con supermodelos de todas las tallas. Me habla de dinero y yo tengo que fingir que estoy interesada.

—Mira en la guantera —me dice en un momento de silencio.

Abro el espacio y encuentro papeles y un paquete de condones. Volteo a verlo pensando que mi mirada se ha transformado en un deseo plástico.

—Me los voy a acabar contigo ahorita.

Abro la bolsa y veo que al menos son buenos condones. Pero este hombre está soñando. Se ha comprado una caja de nueve.

Llegamos al motel y nada tardamos en entrar por la puerta de nuestro lujoso estacionamiento.

Me dice que espere a que me abra la puerta del carro y yo espero haciéndole ver que me ha gustado su caballerosidad. ¡Qué hombre tan ingenuo!

Entramos por la puerta de la habitación, yo por delante. Ni siquiera cierra la puerta y ya me ha metido una mano por debajo del vestido. Cuando me aprieta se acerca lo más que puede a mi cuerpo y uno de sus dedos casi se introduce en mí con todo y mi ropa interior. Me ha dolido, pero también me ha gustado. Aprieto la mandíbula y respiro pesadamente.

—Te voy a destrozar ese coño que tienes —su aliento me deja húmeda la

oreja.

Me libera y habiendo escuchado sus intenciones, en pleno dominio de mis recuerdos cuando alguna vez vi algún video porno, arqueo las cejas y comienzo a caminar casi de puntitas, mirándolo por arriba de mi hombro.

Nada ha tardado en sacarse el pene del pantalón. Lo tiene ya en la mano y se lo mueve bruscamente. Dejo mi bolsa en uno de los sillones y trato de bajarme un tirante de mi vestido. No lo logro. Detrás de mí, él ya se ha encargado de bajármelo en un brusco jalón.

Ni tiempo tengo para empezar a sentir miedo por mi seguridad. ¿Quién sabe dónde estoy? ¿Qué podría hacerme este hombre?

Me toma del brazo y me lleva a la cama. Me tira de un empujón y me quita los tacones con una mano, mientras que con la otra me aprieta las nalgas, hundiéndome las uñas. Suena sexi, pero no fue más que dolor. Este hombre nunca ha tenido que quitarle los zapatos a una mujer. Creo que una de las correas me ha cortado el tobillo. Siento ardor. Pero puede ser que lo confunda con el ardor de mis caderas debajo de sus uñas.

Confunde mis gemidos de dolor y miedo con himnos de placer. Aún ahogada en el temor, noto que no se ha quitado los calcetines, pero es lo que menos debería importarme. Abre el condón con los dientes, como si su educación sexual le hubiera sido impartida en una caverna de neandertales, y se lo pone con una sola mano, la otra la tiene en uno de mis pechos.

Me gira boca abajo en la cama y no tarda en dejarme sentir el peso de su cuerpo completo. Me huele el cabello, me muerde la espalda y me sujeta las manos a un lado de mi cadera.

No puedo respirar. Mi cara hundida en la sábana de la cama lucha por liberarse de la fuerza de una de sus manos, que pasa de mi muñeca a mi nuca. ¿Está tratando de asfixiarme?

Cierra su mano sobre mi cabello grasoso por los químicos de no sé qué tratamiento anticuado que me puse para mezclar más olores, y de un jalón me lleva hacia atrás sobre mis rodillas. Me acomodo en cuatro y bruscamente me hace bajar los brazos. El peso de mi torso lo sostiene mi cuello y una pequeña proporción de mandíbula. Me ha dicho que quiere que vea lo que me hace.

Tiene una de mis muñecas sujeta con una de sus manos y me ha puesto la otra en sus testículos. No lo alcanzo, pero él insiste en que lo acaricie. Me esfuerzo, pero mi cuello siente más peso.

Sin aviso me penetra con brusquedad y suelto un gemido original de dolor. Sé que estoy mojada, despreciando el miedo, me di el lujo de lubricarme tan

naturalmente como la excitación sexual y el temor lo permiten.

No sé si este hombre guardaba en sus pantalones un monstruoso miembro, o si la incomodidad de mi posición me haga sentir molestias, pero con cada embestida siento que se pierde algo de mi elasticidad.

La diferencia entre el sexo violento y una violación la pongo yo con mis falsos gritos de placer. Llevará unos diez minutos arremetiendo contra mi cuerpo adolorido y no muestra signos de cansancio ni de estar cerca del orgasmo. Al menos ha liberado una de mis manos y puedo encargarle algo de mi peso.

Teniendo en cuenta los conocimientos que toda mujer descubre a lo largo de diferentes relaciones, me dispongo a dirigirme a la calle del orgasmo falso, esquina con insaciabilidad. Un lugar que ningún hombre puede resistir. Llego primero a ser insaciable. Comienzo a moverme bruscamente, quiero que cada movimiento y cada gemido le hagan saber que no es hombre suficiente para mis deseos. Me duele como el carajo, pero el cambio de posición depende de mi buena actuación.

Pronto recibo un par de nalgadas que me arden y me distraen del otro dolor. Esos manotazos los interpreto como una manera de redefinir su superioridad, sabiendo que con mis ganas inventadas de furia sexual le estoy ganando el control.

Mientras mis gemidos se van convirtiendo en exagerados gritos de angustioso placer, todavía fingidos, comienzo a escucharlo aullando bajito.

Libero mi otra mano y recargo mi peso en los dos brazos para arquear la espalda. Comienza el coro instrumental del orgasmo falso para cuatro cuerdas.

Voy a la mitad de mis chillidos cuando bruscamente lo siento salirse de mí. Con una mano se quita el condón y termina masturbándose en mi espalda.

Su peso vence mis fuerzas y quedo debajo de su cuerpo. Siento el semen caliente resbalándome cerca de la espalda baja. Sus piernas aprietan con fuerza mis piernas, dejándome sentir sus temblores. Habrá sido uno de los mejores orgasmos de su vida, al menos quiero creerlo, así todo esto tiene sentido.

Se tira completamente arriba de mi cuerpo y su respiración apurada mueve mi cabello.

Hace movimientos que no logro interpretar, todavía arriba de mi cuerpo.

Se ha puesto otro condón.

Me gira sobre mi espalda y me jala de los tobillos hasta la orilla de la cama. Inmediatamente me abre las piernas y me las sostiene mientras encuentra

su entrada a mi cuerpo. No comienza lentamente. Siguiendo los ejercicios de respiración que habrá aprendido en alguna escuela de buceo, mantiene el ritmo original y se dedica a ello por completo.

Al menos ahora no me duele.

Lo he visto y debo decir que la bestia que yo imaginaba no es más que un animalito promedio. Lo que incomoda no es el tamaño sino la brusquedad. Pronto comienzo a sentir el ardor.

Sin tener más herramientas a la mano, vuelvo a mis facultades histriónicas. Ahora tengo una ventaja, puedo leer sus expresiones, pues, para mi sorpresa, no me pone una mano encima de la cara, me deja mirarlo de frente y parece gustarle.

Con mi mano en el lugar correcto, alcanzo a sentirlo yendo y viniendo, el condón en su lugar, alcanzo a oler el aroma del caucho caliente por la fricción. Ha sentido mis dedos porque veo que me mira con más determinación. Comienza a moverse con más fuerza. Temo que vaya a dolerme otra vez, pero no tardó mucho en retirarse, quitarse el condón y terminar en mi ombligo. El semen cálido que se resbala hacia un lado por mi vientre contrasta con el semen frío que tengo en la espalda.

Mi mano quedó atorada entre mi vagina y su cuerpo que descansa otra vez arriba de mí.

Alcanzo a mover un poco un par de mis dedos y compruebo lo que ya sentía. Ni rastro de mi lubricante.

Se pone de pie frente a mí, con el pene semierecto entre sus manos. Alcanza una toalla de papel y se limpia con especial cuidado. Yo me siento en el colchón y le sonrío. No sé porque lo hice. Supongo que era una simple cordialidad, o un reflejo de lo feliz que estaba por no haber sangrado.

Sale de la habitación y vuelve con dos botellas de agua. Se bebe una hasta el fondo. Yo apenas le doy un sorbo. No puedo estar sentada. Me arde cualquier roce con las sábanas.

¡Toma el tercer condón! Me lo pasa y me pide que se lo ponga. Lo abro delicadamente y se impacienta. Con una mano le tomo el pene y me la quita con una manotada.

—Con la boca —me dice.

No le respondo, sólo lo miro. Para este momento, resignada a que esto dure lo que tenga que durar, comienzo a mirarme como su juguete, como un desahogo especial, como un instrumento de placer, no como una persona, no como una acompañante. Pobres mujeres que viven de esto todos los días,

ganando una pequeña fracción de lo que otras ganamos en situaciones ventajosas.

Con dificultad le pongo el condón con la boca. No me ha quedado perfecto, pero es más de lo que puedo aguantar sin dar arcadas por el sabor y olor del látex y el semen.

Me toma una inconsciencia, que por extraño que parezca, me hace consciente de la naturaleza de los humanos en estas representaciones malsanas del deseo por la vida.

Es que no somos nada. Lo hacemos todo, y así no dejamos de ser nada. Obligados por un impulso de poder, nos hacemos creer que existimos, que tenemos aliados, que tenemos lo que necesitamos para vivir dignamente, que tenemos, en última instancia, vida, al menos. Creemos que somos alguien, pero no es así, seguimos siendo nada. Una nada dispuesta a olvidarse de sí misma a cambio de químicos que enciendan nuestro cerebro. Como un orgasmo. Como la posibilidad de volver a vivir un recuerdo especial.

Me penetra contra la pared. ¿De dónde saca energías este hombre? Me duele otra vez. Es la falta de lubricación. Obviamente a él no le importa. Ni se lo digo. No va a hacer diferencia.

Ya no me molesto en fingir placer. Si de pronto se me sale un gemido no es placer ni dolor, sino el escape de una de mis respiraciones apretadas entre mi pecho y la helada pared de este motel.

Cuando está por terminar me sujeta del cabello y me lo jala con fuerza desmedida. Me ha lastimado el cuello como castigo por no haber logrado un tercer orgasmo tan espectacular como los anteriores. Es que no hay manera que un tercer orgasmo masculino sea tan impresionante como los primeros dos, ni en contracciones musculares ni en sustancia. Puede ser que también se haya visto disminuido terminando dentro de mí. Tal vez este es un hombre que disfruta de los orgasmos que da el *coitus interruptus*.

Se sienta en la cama y resopla un par de veces. Yo me quedo recargada en la pared. Para estos momentos ya no le hablo. Ni lo miro. Ni considero que existe.

Comienza a quitarse el condón y se detiene a media tarea.

—Quítamelo con la boca —me extiende una mano y me pone de rodillas en el suelo.

Lo hago porque de alguna manera no estoy ahí del todo, y porque, también, seis mil pesos que yo pedí están en mi bolsa. No es de dinero de lo que estoy hablando sino de un contrato pactado.

Comienzo a quitárselo con los dientes y preveo que al final del camino el semen va a terminar escurriéndose en mi mentón. Siento asco, pero no puedo detenerme ahora.

Fue peor que eso.

Me empuja por la frente y se quita él mismo el condón con una mano.

—Límpiame con la boca —me manda.

Mientras lo hago me obligo a retraer la garganta. Quiero vomitarle encima, pero no creo que pueda. Después de un rato de sabores y olores desagradables, ya no me doy cuenta de cuáles arcadas son fingidas y cuáles verdaderas. Cuáles lágrimas son reflejo de esos impulsos de vómito, y cuáles lágrimas son el reflejo de la vergüenza.

Dobla una de sus rodillas y queda más cerca de mí. Me toma de la cabeza y me maneja a su antojo. No quiero que termine en mi boca, pero no sé cómo impedirlo.

No puedo respirar. Creo que me voy a desmayar. Lo empujo con mis dos manos lejos de mi cara, caigo de nalgas en el piso y de inmediato me sobrevienen unas ganas incontrolables de vomitar. Se contrae violentamente mi abdomen y expulso un hilo de líquido asqueroso. No sé si terminó dentro mi garganta sin sentirlo, no sé si es el agua que tomé hace rato, no sé si es lo que me quedaba de dignidad.

Entre todos mis males lo noto insatisfecho, lo que, para mi tranquilidad, o dándome un poquito de felicidad en medio de este chiquero sexual, me hace pensar que no tuvo tiempo de eyacular.

Corro al baño y me enjuago. Detrás de mi aparece el maniaco despreciable.

¿Es esto lo que gano por no besar hombres egocéntricos a los que les gusto?

—Ya casi terminamos —me dice con una sonrisa repugnante.

Me toma de la cintura y me besa el cuello dulcemente. Loco.

Me guía de nuevo a la cama y me acuesta de nuevo sobre mi espalda. Me besa las palmas de las manos y se pone el cuarto condón.

Quiero llorar, quiero llorar lo que no lloré hace rato y lo que pudiera llorar en lo que me resta de vida. Quiero suplicarle que me deje ir, a pesar de que estoy segura de que no soy una prisionera, pero aprieto la mandíbula y lo siento deslizándose dentro de mí.

Mis pechos van y vienen; siento la molestia. Pero no se compara con el ardor que siento cada vez que él entra en mí. Es mucho peor ahora que lo hace con un ritmo más de humano. Cada arremetida me rosa un poco más. Puedo

jurar que tengo una llaga abierta en algún lugar entre mi labia y el clítoris, pero bien podría ser toda la vagina.

Le cuesta mucho esfuerzo llegar a su cuarto orgasmo. Entre resoplos y palabras altisonantes, sudor que caía en mi pecho y quejidos de dolor, vuelve a terminar dentro de mí.

Se separa de inmediato. Se le sale el corazón por el pecho. Me mira y me sonrío.

—Te dije que te iba a destrozar —me dice arrastrando aire a sus pulmones—. No pensé que iba a ser tan difícil.

Me levanto sin responderle, sin mirarle. Voy al baño a tratar de medir la herida.

Tengo el área al rojo vivo. No hay llaga visible, pero se siente como si tuviera mil. Tomo agua con mi mano y la empalmo contra mi entrepierna. ¡Qué ardor! No lo puedo creer. ¿Será conveniente ir al hospital?

Me quedo un rato sentada en el baño. No quiero salir. No quiero que me vea así. Me siento ridícula anteponiendo mi vanidad a mi salud, pero me niego a mostrarme lastimada.

Pasa un tiempo desconocido cuando lo escucho hablarme desde la habitación.

—Es hora de irnos. ¿Quieres que te lleve?

No le respondo. Me pongo de pie. Mis piernas no pueden mi peso. Me siento terriblemente dañada.

Tengo que llegar hasta el sofá y recoger mi vestido. Tengo que hacerlo de manera decorosa, no importa que pierda la vagina en el intento.

Me pongo el vestido y los zapatos. No tienes ni idea de cuánto me arde. No encuentro mi ropa interior, aunque no es que me urja ponerme calzones. Los trae él en la mano cuando sale de la habitación. Me los avienta y los guardo en mi bolsa.

—Si quieres que te lleve vas a tener que ponértelos. No quiero que toques mi asiento desnuda.

—No necesito que me lleves —le digo tranquila, sin rastro de emoción en la voz.

Se estira la cara con las manos y termina con un bostezo que le envidio.

—¿Por qué no contratas a otro tipo de mujeres? —le pregunto sin mirarlo.

—Son mujeres sucias. No valen la pena. Lo hacen por necesidad y se les nota. Ustedes, en cambio, son muy bonitas y pueden llegar a disfrutarlo.

—No lo disfruté.

—Dale tiempo. Quizá te sorprendas.

Lo miro un par de segundos y me doy vuelta a la puerta. No cometo el error que cometió Sebastián, no repito el error que yo le copié hace unas horas. Salgo de ahí sin decir nada.

Me doy cuenta hasta que salgo; todavía hay luz de sol. La gente que va pasando me mira salir de un motel lujoso con un vestido minúsculo, con zapatos de mal gusto, con el maquillaje descompuesto, sin rastro de algún peinado en el cabello.

Dos calles abajo detengo un taxi y le pido que me aleje de ahí.

Me bajo en el centro de la ciudad. Para ese momento comienzan a encenderse las lámparas de todas las calles.

Es un lugar muy lindo. Hay mucha gente caminando a esas horas. Todas las tiendas siguen abiertas y nadie se da a la porquería de tirar su basura por donde van caminando. Lo más sucio que hay en ese lugar soy yo y mi consciencia.

Entro en una tienda de ropa y salgo de ahí con una falda larga, una blusa con pliegues y unos zapatos de piso. Las muchachas encargadas me miraron feo cuando les pregunté si podía tirar ahí mismo la caja de los zapatos y dejar mis viejos tacones de leopardo y mi vestido de ramera ordinaria. No me contestaron, se los dejé de todas maneras.

Cerca hay una plaza comercial. Entro al baño y me arreglo el cabello. Me lavo la cara y me deshago de mi ropa interior. Vuelvo a revisar mi cuerpo. En verdad creo que estoy sangrando, pero sólo estoy muy hinchada. De seguro tengo algunas fisuras, pero aparte de la inflamación molesta, puedo considerar que es normal. En una farmacia compro desinflamatorios y me tomo un litro de agua con sorbos pequeños.

Termino sentada enfrente de una lencería. No sé muy bien cuáles son los pensamientos que estoy tratando en mi cabeza. No sé qué contaminación traigo ni desde cuándo.

En mi bolsa se mueve mi teléfono. Lo tomo y sin verlo contesto.

—Hola —digo con una voz que me sorprende, entera y tranquila.

—Quiero hablar con Clementina.

Es una voz elegante de hombre mayor.

Titubeo. La verdad es que no sé qué decirle. Inmediatamente viene a mí la idea de que es uno de los encargados de personal de las oficinas administrativas de procesos y permisos. Donde trabajo. En ese mismo momento pienso en una excusa para mi ausencia de hoy. Pero son más de las

siete y ya nadie queda en ese lugar. Lo sabré yo. Todos salimos en estampida apenas el reloj marca las seis.

—¡Hola! —me reclama después de un rato de silencio.

—Disculpe. ¿Quién es?

—Toni me dio su número. Me dijo que sabría de qué se trata.

—No conozco a ningún Toni.

—En todo caso no sería un Toni, sino una Toni. Pero discúlpeme, señorita. Tal vez marqué mal el número.

—Puede ser. No conozco a ninguna Toni.

—Lamento la molestia.

—No se preocupe.

Relego de nuevo el aparato a la soledad de mi bolsa oscura.

¿Cuál es la principal razón por la que una mujer se compra lencería bonita? Depende de qué mujer, me respondo a mí misma.

Como quien se cae del caballo y después de probar la tierra en la herida se levanta y se vuelve a subir, entro en la tienda, pero no completamente; una parte de mí se quedó en el camino hasta aquí. Ojalá encuentre el camino de regreso.

Estoy estirando el encaje de unos calzones que no parecen haber sido concebidos para acelerar el pulso de nadie, sino para facilitarlos a la hora de ir a dormir, cuando mi teléfono vuelve a retorcerse en mi bolsa.

—Hola, quisiera hablar con Clementina, por favor.

—Hola. Sí, soy yo otra vez. Hablamos hace un momento.

—He confirmado el número. ¿No eres tú Clementina?

Yo soy Clementina, pero no se lo voy a decir. No tengo la fuerza para descifrar sus intenciones y mucho menos aguantarlas.

—Ya le dije que no conozco a ninguna Toni.

—Pero si tú eres Clementina es muy posible que Toni te conozca a ti.

—¿Es Toni alguna mujer de una agencia?

—Sí. Toni es esa mujer.

Yo pensando que el caballo era una indefensa tienda de ropa interior y resulta que me he subido a una bestia mucho más grande.

—Disculpe, no la recordaba, no sé en qué estoy pensando —le digo sin iluminar mi voz.

—No se preocupe. Yo entiendo.

Me quedo callada. Quiero que cuelgue. No quiero nada con más hombres por un tiempo. Iba a decir que no quiero nada con más hombres nunca más,

pero ya no soy tan ingenua. Mucho menos falsa y aún menos insufrible.

—¿Está ahí, señorita?

—Disculpe, me llama en medio de algo.

—No quiero molestar. Quiero presentarme y pedir, con respeto, una cita para verla. Toni me dijo que es usted una dama especial. No quiero adelantarme ni parecer un presuntuoso rufián, pero si es usted como Toni me dijo que era, debo admitir que deseo mucho conocerla.

¿Acaba de decir rufián? Yo debo admitir que ha estirado en mis labios una sonrisa sanadora. No sé si deba aceptar la cita por ahora. “Toni” debió contactarme primero.

—No sé qué decirle ahora mismo. Tengo una especie de control sobre mi itinerario, si sabe a qué me refiero.

—Lo sé. Ya estoy acostumbrado a estas desconfianzas y temores prematuros. No ha de ser fácil estar en su lugar.

No lo es, señor rufián. Diga las palabras mágicas, cualesquiera que sean y sáqueme de esta caja oscura en la que otro me ha dejado.

—Bueno —le digo—, si para mañana sigue interesado vuelva a llamarme y podremos conversar un poco acerca de un tema que me es importante.

—Déjeme adivinar: quiere conocerme antes de aceptar salir conmigo.

—Sí. Es verdad. ¿Se lo piden con frecuencia?

—No sólo eso, lo exijo con rigor. De hecho, si usted no me lo hubiera propuesto no le habría vuelto a llamar.

—¿Quiere que hagamos eso? Podríamos hablar por más tiempo si me llama mañana. No me hable de usted. Mi nombre es Clementina.

—Te aseguro, Clementina, que estoy muy interesado en ti. Te llamaré mañana. ¿Está bien a las diez?

—Es muy temprano...

—Encontraré un buen momento para llamarte. Por favor, responde.

—Lo haré. Estaré esperando su llamada.

¿Será posible que por esta vez me haya caído del caballo y en lugar de levantarme y volverme a subir, haya venido un caballero a ayudarme a llegar a mi destino?

Me ha gustado el tono de este hombre. ¡Olvidé pedirle su nombre! Pensaré que soy una grosera. Lo mismo de siempre.

Con el estómago revuelto, en medio de ropa para lucirse, me zumba la cabeza con las ideas que me vuelan de mi lugar.

Hasta ahora seguía creyendo que esto era una casualidad, incluso un juego

que me estaba atreviendo a jugar.

Hago pactos con hombres que ni me conocen y les acepto sus invitaciones y halagos con una sonrisa y la suficiente educación para que crean que están pagando por algo que seguro les complacerá. ¿De dónde sale todo esto? Lo que más me preocupa: ¿cómo le digo a este hombre que no podré salir con él hasta la próxima semana por inconvenientes físicos? A ellos no les importa si estoy en mi periodo o si tengo una hinchazón dolorosa causada por un mal encuentro sexual. Ellos pagan por su tiempo. Quieren que todo sea perfecto y yo hago un contrato de palabras. Mi deber es darles ese tiempo. En estas condiciones mi tiempo no es valioso.

Mi teléfono vuelve a sonar. Miro la pantalla y contesto.

—¿Te ha llamado el cliente? —es una voz de mujer. Es Toni.

—No recuerdo que tu nombre fuera Toni.

—Yo recuerdo que el tuyo es Clementina y que tienes un cuerpo muy bonito y unos buenos modales. Con eso fue suficiente para encausarte.

—Debiste llamarme primero.

—¡Lo hice! ¡Esta mañana! No contestaste.

—Es verdad. Pero no sabía que eras tú.

—Ya no importa. ¿Te interesó el cliente?

—Creo que sí. Pero no le digas cliente. Suena muy mal.

—Su nombre es Mario Vallerte. Es dueño de una multinacional de bienes raíces. Es un hombre educado y muy importante para nosotros. Es nuestro cliente desde hace varios años. Además, las muchachas que lo visitan siempre hablan bien de él. ¿Necesitas saber algo más?

—No sé si pueda salir con él. Tengo algunos problemas.

—Eso no me lo dices a mí. Lo arreglas con él. A fin de cuentas, es él quien decide si quiere estar contigo o no.

Eso ya no me suena a un buen trato. Esto de la agencia no me convence pero quiero probar. A pesar de que vengo de encontrarme con mi suerte y no me ha ido para nada bien. Aunque todavía pueda ponerse peor, quiero intentarlo.

—¿Cómo funciona la agencia para mí?

—Muy fácil. Yo te consigo clientes y tú haces lo tuyo. Nosotros no te decimos cómo hacer nada de lo que haces y en ese aspecto tú te aseguras cada vez más clientes. Por el manejo de imagen y los servicios de protección que les damos a las chicas de nuestra agencia, nos quedamos con el treinta por ciento de la bonificación. Sólo los primeros cuatro clientes que te consigamos te van a generar un cargo extra del diez por ciento.

—¿Se quedan con el cuarenta por ciento de mis primeras cuatro citas?

—Sólo las primeras cuatro, sí. Después solo con el treinta. Es poco si nos comparas con otras agencias. Te damos los beneficios completos desde el principio, como protección de guardaespaldas, asesoría legal, tratamiento médico, si llegas a necesitarlo, y nosotros nos encargamos de agendar tus citas.

—¿Sería este mi primer cliente?

—Si quiere salir contigo.

—¿Y si uno no quiere salir conmigo me genera algún cargo con ustedes?

—Qué buena pregunta. No te creí que fueras principiante. Dime la verdad, ¿estás en una agencia?

—No. Pero trabajo para el gobierno, estoy al tanto de malas prácticas y corrupciones.

—Mmh. Pues no, si no sales con tu cliente no hay cargo alguno. A menos que llegues a la cita y a la hora del espectáculo te echas para atrás. Entonces pagas el gasto del transporte, que también es tu guardaespaldas, y una penalización menor por el manejo de la logística. Pero nada si no quedas con tu cliente.

—En verdad no sé si pueda ahora. No estoy segura. Suena comprometedor.

—Puede parecer difícil de asimilar. Pero si sigues haciendo lo que haces, tendrías al menos la certeza de que lo estás haciendo bien.

—Ya lo estoy haciendo bien. O algo así.

—Piénsalo, al menos. O te diré algo. Prueba con este cliente. Si algo no se siente bien con cómo se maneja la agencia, simplemente te olvidas de nosotros. Es más, te cobraremos el veinte por ciento por este cliente.

—¿Quieres decir que hay contrato si me quedo?

—Es un contrato sencillo. Nosotros manejamos tus ingresos y tu agenda.

—¿O sea que no me dan dinero hasta que se les da la gana?

—No. O sea que el cliente no te da el dinero. Nos lo da a nosotros y nosotros te lo damos a ti. Tú nos das una cuenta y en menos de veinticuatro horas después del pago del cliente tienes tu pago.

—No lo sé. Pero te voy a hacer caso y lo voy a pensar. Depende de cómo sea la conversación de mañana con este hombre.

—¡Entonces vas a decir que sí! Te lo aseguro.

—Ya veremos.

—Confía en mí. Tenemos miles de este tipo de clientes. Te va a gustar estar con nosotros.

—Te llamaré mañana cuando termine de hablar con el señor Vallerte.

—No te molestes. Yo te llamaré. Pero contesta.

—Lo haré. Adiós.

Salgo de la tienda con un pijama y un conjunto de encaje blanco.

Mi mala cita no termina de cobrarme los dolores en mi cuerpo y los pensamientos en mi cabeza. Ahora para empeorarlo todo, debo reconocer la posibilidad de unirme a una agencia, donde al menos me prometen que no va a pasar lo que pasó hoy.

Quiero irme a casa y dormir. Tengo mucha hambre. Tengo mucho sueño. Siento mucho dolor.

En la entrada del edificio de departamentos encuentro el fantasma de un recuerdo que ahora consigo entender ingenuo, pueril, casi como un tiempo desperdiciado.

¿Estará Dubái en su departamento dándole vueltas a la situación de esta mañana? ¡Pff! ¡Cómo no! Lo habrá olvidado apenas salió de mi departamento.

La mancha de salsa y grasa sale sin problema de mi cocina. Persiste el recuerdo de un mal menor. Llega a mi mente de forma pasajera, ajeno a mi vida, en otro tiempo que no es el mío.

Siento una máscara en mi rostro, una venda que me haría invisible, anónima, pero no esta vez, pues el antifaz está dentro de mi piel, dejándome expuesta.

Mi cocina reluce. No puede estar más limpia. Yo, al contrario, no podría estar más infectada.

Rendida, tirada al azar en el sillón, a oscuras en mi sala a medianoche, me pongo a llorar.

Disfraz de mujer.

Como lo pensé. Nadie en la oficina me recrimina mi falta de ayer. Algunos hasta me recuerdan situaciones que yo no viví. Me dicen “no hagas como Eduardo ayer”. Pero yo no sé qué hizo Eduardo ayer.

En mi escritorio hay un edificio de carpetas. Quien las trae ni se enteró que no estaba. No es poco común ir al lugar de alguien y no encontrarlo. Andará en el baño, piensas y te vas. Pero lo encuentras en la sala del café, lleva ahí dos horas y no hay manera de que se vaya a trabajar. Ni falta que hace, porque alguien más terminará haciendo su trabajo. Pero no el mío.

Frente a mí, apenas lo he sacado de mi escritorio, pues lo guardo con llave, acomodo uno de los iconos de estatus en esta oficina, estatus que no da prestigio sino lástima. Soy la esclava de este sello engomado al que tengo que moverle las perillas para cambiarle la fecha todos los días. Es mi condecoración a un trabajo perfecto, o no, sino la carga de la rutina en el mismo trabajo de diario.

Me lo dieron en mi segundo día. Yo llegué aquí hace casi tres años, buscando un lugar para hacer servicio social, como si titularme en una ingeniería no fuera suficiente promesa de servicio social... ¡Y qué ironía! ¡Qué tal los servicios sociales que doy ahora! Mi trabajo consistía en archivar documentos muertos. Me decían “la enterradora”, qué originales (no).

Mi primer día fue el típico. Unos me coquetean y se burlan de mí al mismo tiempo, otros me ignoran, algunas me critican la falda, desayuno sola, como con alguien con quien medianamente siento afinidad, me siento incómoda agachándome para esconder en el fondo de una gaveta gigantesca papeles que no sé dónde van. Lo típico.

Al segundo día me habló la señorita Lourdes, o como todos la conocían: Miss Nalguitas, tiene unas caderas monumentales, no me preguntes más, y me habla de un ascenso. Creo que me sonrojé, me puse feliz, le sonreí y casi le chillé, hasta el final me di cuenta de que podría ser un error y me estuviera confundiendo con alguien más.

—No creo que sea conmigo con quien quiere hablar. Yo soy nueva. Estoy de servicio social.

—Claro, claro —me dijo aquel día mirando a través de mí—. Clementina Sorrento, ¿No?

A pesar de que mi padre, el hombre con quien veo películas el primer domingo de cada mes, se apellida Ruíz, conservo el apellido del otro, el que

me abandonó para buscar otra vida en otro país. O eso es lo que sigo creyendo. Me preguntan si mi padre es italiano, me mienten diciendo que tengo perfil europeo, yo siempre niego con una sonrisa. No sé cómo sea mi padre biológico, tal vez se ve italiano, quizás hasta lo sea, o tal vez le robó el apellido a un señor distraído que lo traía en la mano.

Escucho a Miss Nalguitas decir mi nombre y espero lo que viene.

—¿Tus padres son italianos?

—No lo sé. Soy adoptada y conservo los apellidos de mis padres biológicos. Por lo que sé mi padre pudo haber sido abogado experto en cambio de nombres, o un funcionario corrupto de alguna dependencia gubernamental de registro civil. No tengo ni idea de dónde venga mi apellido.

—Ajá —me dice, ni me ha puesto atención—. Hemos visto que haces un buen trabajo y queremos ofrecerte una plaza.

Recuerdo que hice cara de *What!* Tenía trabajando ahí menos de una jornada (el día anterior había llegado dos horas tarde).

Me quedé callada y la escuché. Una mujer se había retirado por maternidad y parecía que no iba a volver. Querían que yo la supliera mientras se arreglaba el asunto.

—Entonces ¿no es un trabajo estable? —pregunté.

—No tanto. Lo que buscamos es que el puesto no se quede vacío por tanto tiempo.

—¿Me van a despedir cuándo regrese la dueña del escritorio? —¿lo dije así? No lo recuerdo, pero puede ser que sí, porque apenas hace tres años estaba obsesionada con decir las cosas con un pequeño giro de palabras. No decía: tengo hambre. Decía: Necesito ingerir calorías, o algo por el estilo.

—No precisamente, porque me dijiste que estás en servicio social. Volverías a lo que haces ahora.

—¿Qué beneficios tengo si acepto cubrir el puesto?

—Como sabes no hay remuneración para los chicos de servicio social. Al menos no estamos obligados a pagarles —habla como si hubiera muchos en ese lugar. ¡Yo era la única!—. Te daríamos la mitad del sueldo propio del puesto, capacitación y el horario regular.

¿Acaso iba a hacer la mitad del trabajo? Quise pelear por el sueldo, pero nunca había tenido un empleo. En ese momento estaba dispuesta a todo por hacerme un lugar en una oficina así. Por supuesto acepté.

Para mediodía ya sabía todo lo que tenía que saber acerca de todo. Pensé que era lo mejor que me había pasado. ¡Ingenua Clementina! Tanto

aburrimento. Horas infinitas. Amigas que se esfuerzan por medirse en poder todos los días. Y tan pocos hombres guapos dentro del edificio. El más guapo es el del transporte de paquetes, al que afortunadamente tengo que ver todos los días.

En dos meses me dieron el sueldo completo de la mujer que ya no iba a volver. Tenía pleno dominio de todas las actividades correspondientes a mi nueva profesión. Alguien me traía un registro ya revisado, preautorizado, sellado con un número de folio, el mismo que yo tengo que revisar en mis archivos, comprobar los datos, volver a registrarlos, esperar un nuevo número de autorización, rellenar un formulario con esos datos, y por fin, pasarle el sello distintivo de autorizado. El sello que yo quería presumir, y por el que todos sentían lástima por mí.

Resulta que, si el documento tiene un problema, cualquiera que sea, desde una minúscula, o una letra I confundida con el número 1, yo tenía que arreglarlo. No podía simplemente regresar el documento a la estación anterior y que ellos se hicieran cargo. Yo lo rehacía desde el principio. ¡Un documento más aquel día y hubiera matado a todos en esta oficina!

Ahora ya no se equivocan tanto. Todas las manos por las que pasa el folio antes de mí son manos de hombre, y saben, bien que lo saben, que me molesta mucho tener que rehacer un documento mal hecho. Una vez que supieron que la anterior esclava del sello de autorizado ya se había ido, al parecer era una perra insoportable, y vieron que una chica de apellido de delegación italiana, modestamente elegante, con ciertas mañas, ojos expresivos y tendencia a llevar falda corta había tomado su lugar, mágicamente los errores se minimizaron. Como si con cada enmienda ganaran un punto en la carrera que llevaban por invitarme a salir.

En ese tiempo estaba saliendo con Segundo. Todos lo sabían. En especial, TODAS lo sabían.

Venía Segundo por mí al menos dos veces por semana. A las seis en punto se escuchaba el motor de su Mustang descansando en la sombra del árbol atrás del edificio. El auto era lo de menos, que para muchas ya era suficiente, Segundo era un hombre muy guapo. También tenía sus modos, y esa manera en la que veía, coqueto pero indiferente. Y qué si no la indiferencia mata de interés a más mujeres por metro cuadrado. El carro, tal vez. Pero Segundo tenía su Mustang y su indiferencia. ¡Chúpense esa, zorras!

Apenas sabía que había venido por mí y me apuraba para dejar todo arreglado, que no era otra cosa más que dejar bajo llave mi sello de

autorizado, y salía contoneándome como si en mi cartera trajera la lotería que me acababa de ganar, sabiendo que no era dinero, sino la envidia de todas las que habían tenido menos suerte en el amor. Además, las miradas de los hombres que no sabían si mirar el carro o mis piernas debajo de esa falda, que a pesar de haber estado sentada sobre ella todo el día, salía de ahí siempre con los pliegues intactos.

Al final ni amor era, ni gran cosa andar en un carro como ése en una ciudad como ésta. Hay semáforos cada cien metros. No necesitamos un auto deportivo, necesitamos paciencia. Pero con el carro se conforman muchos.

Cuando Segundo me propuso matrimonio hice una fiesta en la oficina. O casi. Traía la mano todo el día arriba de la cabeza, presumiendo el anillo. Iba yo misma por los archivos preautorizados para que todos me vieran agarrando carpetas con una mano que ahora valía lo de varios meses de sueldo. Logré enemistades que hasta ahora siguen vigentes, aun en mi propio círculo.

La vergüenza de la derrota fue ilimitada cuando se enteraron de que Segundo me había cancelado, y no sólo había cancelado nuestro compromiso, me había terminado por completo.

Desde entonces soy una especie de fantasma en este lugar. Trato de no llamar la atención. Quiero que la menor cantidad de orejas escuche de mis labios que cometí muchos errores en mi vida. Estuve muy triste el último año, y todos sintieron lástima por mí. Mucha más de la que sintieron cuando supieron que yo iba a ser la dueña del sello de autorizado. Que, creo, es la razón por la que estoy contando todo esto.

Como no hay nadie que tenga un sello como el que yo tengo, y no habrá nadie más que lo tenga para ayudarme, nadie puede hacer mi trabajo. Tampoco lo harían si pudieran.

Veo el enorme sello de la nación impreso sobre la primera carpeta, repetido en cada una de las miles que debe haber en mi escritorio, si no, millones, y suspiro sabiendo que nadie me escucha.

Llegan otro par de cientos de miles de archivos de la mano de Leobardo, el único hombre en la oficina que todavía me coquetea abiertamente. Los demás dejaron de hacerlo cuando Segundo me terminó y comencé a llegar a la oficina con pantalones de mezclilla y suéteres para dormir. Cuando recuperé las ganas de mi belleza, antes había recuperado mi seguridad personal, comencé de nuevo con las faldas y los vestidos, pero supongo que todos se dieron cuenta de que mi mirada había cambiado.

Todavía escucho que los hombres hablan de mí, pero que se atrevan a

siquiera entablar una conversación conmigo es otra clase de valentía. Los hombres temen a las mujeres bonitas, y si son inteligentes, más, y si además han sufrido, si están lastimadas y no son causa de psicólogo por la fuerza que reflejan... ¡Uy! ¿Dónde se paran los hombres?

Leobardo llegó hace poco a la oficina. Yo ya traía faldas, tacones y una mirada de perra en la cara. No es mal hombre, ni siquiera molesto, a lo mucho lo ignoras por falso.

—Hermosa dama —me dice—, le traigo cinco archivos que se me quedaron en el escritorio ayer.

—Déjalos —le digo sin mirarlo, es de los que creen que les estás coqueteando cuando los miras—. No es que vaya a hacer otra cosa hoy.

—Si quieres te ayudo —me dice y se recarga en mi escritorio.

—No —le digo otra vez con la mirada apartada, sacudiendo el sello por encima de los documentos—. Este sello es mío.

—Hoy es cumple de Lala. No completamos para su pastel. Ya ves que no le cae bien a nadie.

Siento pena por ella. Se llama Clara y es una versión de mí hace dos años, pero más vieja y superficial. Cumple veintiocho hoy, al parecer, y lleva semanas anunciando que se va de viaje con su prometido a Europa, donde él le va a dar la sorpresa de una boda en una capilla en alguna ciudad pequeña y elegante al sur de Francia.

Piensa que no sabemos quién es su prometido, pero no hay nadie que no lo sepa. Es Valentino, un gerente de operaciones presumido y arrogante. Viene dos veces por semana y sólo saluda cuando se va. ¡A trabajar, muchachos!, grita con ánimo de equipo, pero siempre le queda falso.

Esas dos veces que viene a la semana, se lleva a Clara, todos coincidimos que a un motel. Ella llega al día siguiente a contarnos ridiculeces del tipo: “Mi novio tenía ayer la cama llena de pétalos de rosa cuando llegué a mi casa”, o, “Me costó mucho separarme de mi novio en la mañana. Amanecimos abrazados y nos sentíamos muy enamorados”.

Qué asco. Ahora que soy una de las viejas, a pesar de que soy dos años menor que Clara, me doy cuenta cuando la critican de lo mucho que se burlaban de mí cuando me paseaba por la oficina con mi anillo y salía corriendo de puntitas a besar a Segundo parado a un lado de su carro.

Siempre pensé que eran unas envidiosas. Creía que me odiaban porque yo llevaba una vida que ellas querían. La verdad es que no lo sé. Lo único que puedo asegurar es que era yo la que tenía una vida equivocada.

Y también equivocada está Clara. No sé si no lo sabe, o no sé si no sabe que nosotros sabemos, primero, que Valentino no le ha propuesto matrimonio, y que lo que trae en el dedo es sólo un bonito anillo que debió comprarle como un detalle, si se lo compró él, y segundo, que casi todos en esta oficina fueron a la boda de Valentino y Daniela, ¡que se escuchen las fanfarrias!, hace más de tres años. Yo todavía no estaba aquí, pero por mucho tiempo se comentó por lo ostentosa y espectacular que fue. Muchas malas lenguas querían minimizar mi inminente boda con Segundo hablando de arreglos florales que habían sido traídos de nosédonde y comida exótica que sabía a las mil maravillas. No era para menos. Daniela es la hija del secretario de gobernación. O eso me han dicho. Yo ni conozco a ninguno de los dos. Pero sí conozco a Valentino. Cuántos mensajes y notificaciones de llamadas perdidas tuve que borrar de mi celular.

“Hola, hermosa. ¿Salimos a comer?”. “Te vi esta mañana. Te ves muy linda”. Cosas por el estilo me llegaban a diario. Paró, como las miradas de todos los demás, cuando ya no me veía linda en las mañanas.

Tomo mi bolsa y encuentro en ella los seis mil pesos que ayer gané vendiendo la buena forma de mi vagina, que por cierto hoy me arde menos, pero me duele más. Tomo uno de los billetes y se lo doy a Leobardo.

—Tú sabes dónde compran los pasteles que traen a los que cumplen años. Me harías un favor si pudieras salir a comprarle uno a Clara.

Me mira directo a los ojos y lo veo como antes veía a todos los hombres: estresado, luchando por dentro la batalla entre mantenerme la mirada y decir lo correcto, o sonreír como idiota y decir un chiste. ¿Cuántos años menos viven los hombres cuando una mujer bonita les mueve el reloj biológico? No trato de ser vanidosa. Hay estudios científicos. Si es que valen para algo. Tampoco presumo belleza, si es que existe tal cosa. Pero sé, al menos, que le gusto a Leobardo. Le estoy pidiendo un favor legítimo. ¡No lo estoy utilizando! ¡No sé porque te doy explicaciones!

—¿Cómo crees que le guste? —me dice correctamente.

—No la conozco —le agradezco con una sonrisa que podría desbaratarlo, a él y a cualquiera.

Que levante la mano la mujer que no tenga uno de estos disparos cargados siempre en la pistola de la feminidad.

—Voy a preguntarle.

Lo detengo antes de que salga y le pido que no lo haga. Debe ser una sorpresa, le digo.

—Trae el de chocolate con vainilla. El que está relleno de piña.

—¿El que le trajeron a Fer el mes pasado?

—Creo que sí. Tampoco lo conozco a él.

Ya va saliendo cuando lo vuelvo a detener.

—Oye. ¿Qué hacen cuando alguien cumple años y no alcanzan para su pastel?

—A veces le compramos un detalle más chico, como una tarjeta, o simplemente le adornamos su lugar.

Recuerdo que los tres cumpleaños que he pasado aquí he encontrado mi lugar arreglado, encima de mi escritorio una tarjeta general firmada por la mayoría, un par de cartas personales y hasta algunos regalos pequeños, sin olvidar mi pastel favorito: Crema de avellanas y vainilla, congelado. Sé que la mayor parte de esos detalles vienen de los hombres que no se atreven a hablarme.

—¿Le compraron algo a ella? —le pregunto y suena como si quisiera salvar a todo el mundo.

—No. Les regresaron el dinero a todos.

Eso pasa a veces. El que tiene cumpleaños no reclama nada porque se siente que una mafia organiza esos eventos aquí. Si te deben un favor te dan pastel. Si tú no les has hecho ninguno, te dan una patada. La verdad es que es mejor que no te deban nada.

Ahora que reflexiono sobre los detalles que me han dado en mis cumpleaños me siento mal por no estar ni siquiera presente en los suyos.

—Está bien —le digo—. No dejes que nadie sepa que yo compré el pastel de Clara. No le digas a nadie, por favor. ¡Lo digo en serio!

—No le diré a nadie. Es más, ni siquiera me van a ver cuándo lo traiga.

—Lo dejas en el refrigerador, donde siempre los dejan. Después vas a ir con Clara y le dices que su pastel ya llegó. Que ella haga lo que quiera con él.

—Entendido, mi capitana.

Se va y ya no regresa ni a darme el cambio.

Cuando salgo a comer, resignada a recordar aquel primer día, sola y sin nadie a quién contarle lo incómoda que estoy, paso por el comedor que compartimos todos dentro del piso. Al menos diez personas están con Clara, cantándole las mañanitas y esperando que parta el pastel.

Sonrío para mí. Lo más cercano que hay en la oficina en este momento a Superman, soy yo. Acaso una WonderWoman que salvó el día con un pastel.

Cuando salgo del edificio, en el mismo lugar donde solía comer con las demás, ¿suena feo que les diga “las demás”?, las encuentro como pensé que lo haría.

En el mismo orden sentadas unas junto a otras. Sólo faltó yo, en medio de Fernanda y Grecia, frente a Rocío.

Fernanda me encuentra entre dos hombres que venían entrando. Me mira y me sonrío. Le saludo con la mano y le sonrío igual.

Cruzo la calle y entro en el estacionamiento exclusivo de los trabajadores del edificio. Enciendo el carro y salgo a ningún lugar.

Como si estuviera tratando de encontrar mi historia donde la había perdido, o como si tuviera intención de contarla al revés, me siento en la misma mesa del mismo restaurante donde hace apenas dos días comí con Sebastián, y ordeno exactamente lo mismo que comimos juntos.

En la mesa de enfrente un niño me mira con su sonrisa burlona y tímida. Le guiño un ojo y le sonrío. Seguro me buscará cuando crezca. Puede que sea muy viejo cuando recuerde mis ojos en los ojos de la mujer que lo acompañó toda su vida. Nunca podrá estar seguro de si realmente alguna vez me vio.

Su hermano más grande está cumpliendo años. Le obligan a morder el pastel y lo empujan al chantillí. Recuerdo por un momento el pastel de Clara. Espero que al menos le haya gustado.

¡Qué sufrida! ¡Qué mártir soy! Deja al mundo en paz, Clementina. Nadie te necesita. No has hecho ningún bien que pueda ser recordado. Al menos trata de no recordarlos tú. Los superhéroes no reconocen lo que dan ni lo que quitan, simplemente viven como saben hacerlo, y hacen lo que saben hacer. El reconocimiento viene de los demás. Aunque al final no sirve para nada.

El niño, de unos dos años, toma su parte del pastel con la mano. El cumpleañosero, de unos once, termina de limpiarse la crema de las cejas y fugazmente me encuentra mirando la acción en su mesa. A él no le sonrío ni le cierro el ojo, él ya tiene edad para imaginar otras cosas.

A mi mente vienen varios pensamientos, pero uno sobre los demás. Es demasiado tarde para cambiar mi “nombre artístico”. Los hombres con los que he salido saben que mi nombre es Clementina, y ahora que Toni tiene mi número, y si decido entrar en su agencia, cerrará mis citas con mi nombre. Puedo decirle que Clementina ya no será mi etiqueta. Pero sabiendo cómo podría aferrarme a la idea del nombre de la acompañante perfecta, prefiero dejarlo así. ¡Qué más da! No es que vaya a encontrarme con Sebastián o el licenciado Torrénz en la fiesta de cumpleaños de mi papá, o en alguna reunión

de cosméticos de mi mamá.

Pienso ahora también en ella, en mi mamá, pero en la verdadera. La mujer que me trajo al mundo. Sé muy poco de mi padre biológico, sólo lo que me han contado. Que fue él el que pidió que me cuidaran mientras ellos volvían de la tierra de las oportunidades. Así lo cuentan. Luego me miran y me dicen que nunca iban a saber que la verdadera oportunidad la tenían aquí, conmigo.

El niño de la mesa de enfrente ya no me mira. No ha de ser divertido ver a una mujer que casi llora por nada. Pero en algunos años él también sabrá lo que son los recuerdos, e irónicamente no va a recordar que una vez me vio en un restaurante llorando mientras recordaba a mis padres.

De mi madre sé que era una mujer guapa, como yo, dice mi otra mamá, lo único que puede decir de mí sin tanto empacho. Se dedica a las cremas y maquillajes, es natural que note ciertos rasgos en mí.

Antes le ayudaba a demostrar colores atrevidos en mis labios o en mis ojos. Claro que todo se me veía bien. Sus amigas terminaban comprándole las tendencias porque no se daban cuenta de que en sus hijas no se iba a ver igual. ¿Es mi mamá una estafadora? Una buena vendedora.

En realidad nunca le caí bien. Sé que es horrible decir eso de las madres. Pero ella no es la mía, para empezar, y, para terminar, parece que ni siquiera le gusta estar con mi papá. Ni hueso de madre protectora, ni piel de amante seductora. Tal vez lo fue en otra época. Pero en mi época, que es la misma desde que estoy con ellos, nunca dejó de recordarme que yo no era su hija. Yo nunca pregunté dónde estaban entonces sus hijos. Mi mirada de niña sufrida no alcanzaba a ver la idea más allá de la falta de otros como yo en la casa. Visitábamos a la familia de los dos, y en cada casa había al menos dos niños, que mi papá decía que eran mis primos, y mi mamá negaba con la cabeza detrás de él.

Lo recuerdo y me río. Yo aquí pensando que nunca ha querido a mi papá, y puede ser que lo quería tanto que me odiaba por haber llegado a quitárselo.

A los ocho perdí las esperanzas de que mis verdaderos padres regresaran por mí. También mis otros padres se resignaron a cuidarme por siempre. A partir de mi noveno cumpleaños me decidí a olvidar a los otros.

A medio año de mi décimo sexto cumpleaños escuché a mi padre hablando con mi madre. Ella lloraba. Me escondí detrás de las escaleras y me asomaba en momentos. Ya antes la había escuchado llorar, pero nunca la había visto con los ojos húmedos. Era, y siempre lo creí, indigno de ella. El mundo se acabaría antes de que alguien la viera llorar.

Su hermana había muerto en un accidente de tráfico. Su cuerpo: irrecuperable. No había nadie que pudiera hacer nada por ella. Mi verdadera madre.

Lo supe y no sentí nada. Estaba más impresionada por ver a Laura llorando. Cuando mis emociones se fueron calmando, después de la adolescencia, me di cuenta de la dimensión del problema. Laura había perdido a su hermana, con la que debió tener muchos problemas si su hija le caía tan mal, y yo había perdido la única conexión que tenía con alguna historia real sobre mi existencia.

Cuando te presenté a mi madre en esa cena, no fui decente. Déjame hablarte un poco más de ella. Tiene cincuenta y tres. Es una mujer muy dura, con exigencias superficiales. El único orgullo que le he dado es haber sido bonita. “Te ves bien”, me decía cuando le preguntaba cómo me veía. Es lo mejor que me ha dicho.

La extraño. A ella y a Rodolfo, los que serán para siempre mis padres. El otro, el que nunca conocí, se perdió en el otro país. Abandonó a mi madre apenas habían llegado. Nunca más supieron de él. Ni siquiera fue a despedirse de su esposa cuando la confinaron en un rincón de la fosa común.

¿Cómo habría sido mi cumpleaños número seis con ellos? ¿Por qué el seis? Me gusta el seis. Está debajo del siete, que es de buena suerte y hay que guardarlo para cuando sea necesario, y está arriba del cinco, que siempre me ha parecido un número aburrido.

Me arrepiento de algunas cosas, no sé por qué viene a mí esa sensación. ¿Sabes? La sensación de pérdida. Ni siquiera me gusta pensar en los nombres de mis padres. Rodolfo y Laura siempre han respondido a mis preguntas, han sido sinceros al respecto, yo nunca he preguntado. Sé que mi nombre es Clementina, tal vez por mero capricho de alguno de los que insistieron en olvidarse de mí, y sé que mis apellidos vienen de ellos. Sorrento, el famoso apellido por el que todos me preguntan, y Nájera, como Laura.

De cualquier manera, cuando me tocaba llenar el espacio con mi nombre en los exámenes y notas de la escuela, hasta la universidad, los llené como Clementina Ruíz Nájera. El primero que me hizo cambiar de parecer fue mi primer novio serio, en la universidad. Un hombre risueño y con buenas intenciones para el mundo, un jipi existencialista que nos daba clases de filosofía. Nunca entendí sus clases, nunca entendí su cometido final. Me dejó cuando se iba a otros caminos a sembrar las semillas que cambiarían al mundo, me dijo, pero lo habían despedido por vender marihuana en los baños

de los hombres. No lo amaba profundamente, ni lo admiraba un poco más, pero encontré mucho consuelo en él.

El primer documento en mi vida que firmé como Clementina Sorrento Nájera fue mi credencial de acceso a la biblioteca. El de acceso a la universidad decía Ruíz. El original decía Sorrento, desde luego, como en mi acta de nacimiento, y también mi credencial de la preparatoria, pero a ese le quité el apellido con corrector y le puse Ruíz con pluma. Al de la universidad fui una semana después a la administración, le guiñé un ojo al encargado de las redacciones, me reí de un par de sus chistes y me dio una nueva identificación con mi apellido cambiado. ¿Habré aprendido esos trucos de las modelos que veía en los catálogos de Laura? Dejé de decirle mamá, lo hago a veces. No te fijas.

Desde que en mis documentos dice Sorrento me siento más unida a Rodolfo. Rodolfo Ruíz. Dos erres. Me doy cuenta de que me gusta mucho la letra R. Descansen psicólogos, al menos por ahora, yo puedo llegar solita a la conclusión.

Va a comenzar a llover. Oportuna escena. Excepto que no me siento triste.

Cuando llego a la oficina ya no encuentro a ninguna de mis amigas en la banca donde comen, pero en la entrada del edificio me espera la mejor de todas, mi más querida amiga: Rocío. Se me acelera un poco el pulso. Recuerdo haberle dicho que le quitaría el marido y me siento tan estúpida. Como si le hubiera dicho a una niña que mi papá es mejor que el suyo. ¿Qué diferencia hace ese tipo de riñas tontas?

—Hola —me dice y me sonrío.

—Hola —le respondo y la miro.

Su sonrisa no fue de las buenas sonrisas, sino un recuerdo, como una amenaza, como una molestia que se curó sola cuando no fui a comer con ellas. Habiendo sido ese saludo la marca de mi salida de su selecto grupo, me causa indiferencia pensar en mensajes ocultos tras esa mirada y esa sonrisa. Me basta con que no me haya abofeteado.

Paso por el comedor y ya no encuentro a nadie celebrando. ¿Tanto tardé comiendo? Entro y me aseguro de que nadie me mire. Abro el refrigerador y encuentro el pastel partido en su caja original. Quiero tomar un pedazo, pero no veo platos. De cualquier manera no sería buena idea. Ni invitada fui. ¡Pero lo compré yo! Y sí se me antoja.

Encuentro en mi escritorio una servilleta y la huelo. Sentada frente a mis

carpetas infinitas de documentos por revisar, me debato entre ir a robar pastel o resignarme a no probarlo.

Huelo una vez más la servilleta y salgo al comedor. Cuando llego, encuentro a Clara sentada en una mesa. Revisa su celular y sonrío bobamente. Yo hago como que voy a tomar agua.

—¡Clementina!

Volteo y la miro levantándose de la mesa.

—¡Gracias! —me dice.

—¿Por qué?

—Leo me dijo que fuiste tú quien puso la mayor parte para mi pastel.

—No debió decirte. No es nada.

—Me dijo que lo compraste tú sola.

—Es un metiche. No le hagas caso.

—Estaba por llevarte una rebanada. Te vi llegar y pensé que tal vez querías probarlo. Cuando fui por ti para que estuvieras cuando lo partí ya no te encontré.

Mentirosa. Cuando salí ya se lo estaban comiendo. Trae un plato en la mano y me mira pidiéndome permiso.

—Ha de estar rico —le digo complaciendo su necesidad de aprobación.

—Siéntate un rato conmigo. Me comeré otro pedazo también.

Me siento y la veo malabareando con un cuchillo de untar, tratando de llevar el pastel al plato. Cuando ya tuve suficiente de verla sufriendo le digo que yo le ayudo. Con la mano balanceo el pastel y lo llevo al plato.

—Yo me como éste, porque ya lo toqué.

Se ríe falsamente.

Cuando se sirve su porción se sienta junto a mí y siento que sus pretensiones descienden al nivel del suelo. Casi está llorando. Lo único que le queda de su falsa personalidad es el olor de su horrible perfume.

—Yo sé que no le caigo bien a nadie. Me hizo sentir bien el detalle del pastel —aprieto la mandíbula cuando la escucho. Quiero llorar. Así soy de sentimental—. Sé que no soy la más fácil de tratar, y a veces me siento mal por no poder congeniar con muchas de ustedes, pero no es tan fácil cuando no me dan la oportunidad.

—No eres tú —no sé qué más decirle. Mis lágrimas se evaporaron. Las de ella van cayendo.

—Es por Valentino. Ya lo sé.

—Tal vez eso sea.

—Estoy segura.

Llevo el pastel a mi boca. Ella no toca su porción. Ni siquiera me mira. Sentada junto a mí le clava la mirada a la pared insulsa que está frente a nosotras.

—Yo sé cómo te sientes. Me sucedió algo similar a lo que tú estás pasando ahora. Estaba comprometida y algunas hablaban mal de mí.

—No es igual. Yo no estoy comprometida —escuchándola suelto el tenedor en mi plato y acaricio mi mejilla con mi hombro izquierdo. Qué incómodo momento. No quiero ser yo la que tenga esta conversación con ella—. Ustedes lo saben, ¿verdad?

Me mojo los labios preparando la respuesta, pero no me atrevo a pronunciar palabra. Afirmo con la cabeza.

—Valentino está casado con...

—Ya lo sé —me interrumpe y suelta el llanto. Siento pena por ella. Le pongo la mano en el hombro y la escucho llorar—. Pero lo amo.

Le retiro la mano al instante. Ahora siento lástima por mí. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Pero está casado, Clara —le digo como para que me escuche bien.

—Tú también te has enamorado, Cleme.

Además de odiar que me digan Cleme, Clara me hace sentir repudio por mí misma cuando repaso mi historia.

—La verdad es que no lo sé. No puedo estar segura.

Detiene el llanto y me mira. No puede creer lo que escucha. Yo misma dudo de haberlo dicho.

—Estuviste comprometida dos veces. Me contaron tu historia —quise preguntarle quiénes, pero la respuesta es todos.

—Eso no quiere decir que estuviera enamorada. No sé si lo estuve. Al menos no lo recuerdo.

Creo que empezamos a tener una conexión, pero me equivoco. Ella lo echa a perder al tacto.

—Pero eres una mujer tan bonita. Es imposible que no te hayas enamorado.

Le sonrío, pero vuelvo a sentir asco por ella. ¿Bonita es, acaso, sinónimo de amor?

—William, el de captura, está enamorado de ti —me dice, queriendo curar mi enfermedad.

¡De verdad! ¡Un hombre está enamorado de mí! ¡Y yo aquí comiendo pastel! ¿Crees tú, Clara, mi amiga, que debo ir ahora mismo y darle mi

corazón? Seguramente sonreiría y me llevaría ella misma. William, ella es Clementina, no tiene quien la ame y no está segura de haberse enamorado. Clementina, este es William, él va a curar tu corazón herido.

Borro la sonrisa y la miro. Quiero lastimarla por su estupidez, pero mi nombre no es vida.

Me contengo y escucho el silencio.

—Traigo un anillo que él me dio. Pero no es de compromiso.

Me lo enseña y yo hago como que me gusta. Pero no. Ni siquiera lo vi bien. En mi cabeza repasaba mis expresiones, mirándome desde fuera, controlando la escena.

—Me dice que se va a separar de su esposa, pero no lo hace.

—¿Cuánto tiempo hace que lo ves? —le pregunto.

—Casi cuatro meses.

—¿Todavía le crees? —le digo vengando la pérdida de mi tiempo—. Lo mismo me dijo a mí un poco antes de que tú llegaras a esta oficina.

—Sé que tú también le gustabas —me dice—. A veces me pregunta por ti.

¡Qué clase de mujer es ésta! Le compraría el vestido de novia ahora mismo si me diera la oportunidad de irme de aquí y no volver a hablarle nunca más.

No es verdad. Estoy siendo mezquina. Está claro que hay mujeres así en todos lados. Con qué cara puedo asegurar que yo no me veía como ella hace apenas un año. Bueno, no exactamente, pero al menos también sentía el odio de los demás, la culpa de ser como era y el rencor hacia el hombre que me había elevado y luego me había dejado caer.

—Al menos vas a ir a Europa —le digo sin saber cómo va a tomar el comentario.

—¡El próximo mes! —se le ha iluminado la mirada. Yo le sonrío para afianzarla—. Pero no para casarme, seguramente.

—Haz que te compre un vestido de esos caros que hay en Italia.

—O un perfume en París —no borra la sonrisa.

Me conformo con saber que, a pesar del carro y la apariencia de Segundo, yo nunca fui tan plástica. ¿Estaba realmente enamorada de él? ¿O estaba ilusionada con la idea del matrimonio?

Hablamos un rato más sobre banalidades. Vestidos. Los zapatos que llevaba hoy. Los zapatos que me había visto la semana pasada. “Amor verdadero”. Amor al maquillaje. Cabello. Y que dios se apiade de mí, hasta la escuché hablar de cómo hace el amor Valentino.

Me voy de ahí sin llevarme nada. Sabiendo que a la pobre mujer le hacía

falta un hombro donde recargarse un ratito. Comprobando que hay mujeres en el mundo que todavía ponen su pequeño pie en la huella que ha dejado un hombre que camina delante de ellas. Me voy también sintiendo vergüenza por la que era, o la que tal vez sigo siendo. Me voy determinada a cambiar eso por completo, siendo mujer, sea lo que sea que eso signifique, siendo humana, eso seguro, sobre todo siendo quien soy. ¿Suena ridículo? No tanto si nos ponemos a pensar que mucha gente vivirá y morirá sin saber lo que una persona es. Por ahora soy una esclava del gobierno, ¿quién no lo es? Mi turno termina en dos horas. Lo justo para avanzar al menos la mitad de la torre de los quince billones de folios que tengo en mi escritorio.

¡Ah! Por cierto. El pastel sí estaba rico. Y cuando llegué a mi lugar, mi cambio estaba en mi asiento con una nota coqueta: “Misión cumplida, bella mujer”. Sé que te gustaría saberlo.

Me importa un bledo la eternidad.

Dicen que la risa asusta a los fantasmas.

Ha de ser por eso que a mí no me abandonan los recuerdos. ¿De qué puedo reírme en este departamento? Sola. Pensativa. Aferrada a las mil y una noches sabiendo que no se me ha quedado ninguna idea.

Si el dicho se refiere a los fantasmas “reales”, los que abundan en casas intestadas, ríos de pueblos y cementerios, pues... .. qué mal. Soy escéptica.

Ha comenzado a llover. Otro maravilloso ciclo de la tierra. Como la soledad, la muerte, la existencia y los hombres que llegan a mi vida. ¿Por qué la soledad antes que la muerte? Obvio: es más grande.

Ya no distingo entre el sarcasmo y la honestidad. Pero no ha de ser mucha la diferencia.

“La honestidad deforma a las personas...”, leí en el libro que terminé hace unos días, “...tanto si se es honesto como si no. Me pregunto en qué monstruo me habré convertido”. ¿Y qué monstruo seré yo? Primero siendo una muñequita de anillo en el dedo y sentimientos fabricados, convertida después en mujer rentable, en espera de una aclaración que no vendrá de ningún lugar.

No son estos pensamientos de arrepentimiento. No estoy cantando la famosa canción de los años ochenta que decía:

*No soy la prostituta que dices,
y no llevo la vida que quieres que lleve.
Si quieres aclarar las cosas conmigo,
resuelve primero mi mente,
yo ya estoy cansada.*

¿No te acuerdas de ella? Estuvo en el *top ten* por seis semanas. ¡Claro que no! La acabo de inventar, y ni creas que la canto entonada, ni de ninguna manera. Si llegas a componerle música no te olvides de ponerme en los créditos.

No estoy arrepentida de haber obtenido esta vida. Estoy, si tan solo pudiera decirlo mejor, vacía.

Recuerdo aquel domingo cuando quería comerme el sol. Lo recuerdo como el acto de coronación de mi nueva insignia, el momento exacto en el que me dieron mi cetro dorado, que era un látigo hecho con un pedazo de palo de escoba y estambre rasgado, cuando dije que ya no quería ser la mujer que era.

Era una mujer muy sola, aburrida, triste y decepcionada. Y ahora, habiendo comparado mis fuerzas con otras mujeres que fingen semblante robusto, que pueden pararse a la mitad del edificio y gritar que se van de vacaciones a Europa con un hombre que le es infiel a su esposa, viéndome a todas luces bendecida por mi condición libre y, quiero seguir imaginándolo así, a pesar de las contradicciones, justa, puedo concluir que no me va tan mal.

Hay un par de hombres allá afuera, tal vez atascados en el tráfico, o como yo, viendo la lluvia desde su ventana, pensando en mí, o en lo que hicieron conmigo y no de mí, y me siento particularmente serena.

En mi mente existe un canto de sirena. No soy yo quien la entona.

Después de todo, más allá de toda suposición y tranquilidad, y especialmente sobre la tranquilidad, la soledad consigue hacerme escuchar el golpe de su martillo dentro de mi pecho.

Un pájaro se detiene en una de las ramas de un árbol de afuera. No alcanza a cubrirse de la lluvia y se reduce a tratar de secarse. Tiembla la cola un par de veces, vibra todo el cuerpo y de sus alas se desprende una capa fina de agua tejida que vuela como brisa ligera.

Estará preocupado por llegar a casa. Alguien lo estará esperando, preocupada, si nuestra imaginación alcanza para verlo como un pájaro casado, si tu imaginación es suficiente para evitar pensar que lo que digo se refiere a mí. Tal vez esa pajarita está en su casa ahora mismo, mirando la lluvia desde un agujero en su árbol, o sobre la última rama tejida en su nido. Se estará preguntando dónde está su pájaro esposo. Quizá tenga su vestido de novia guardado en su ropero. Se casó con este pajarito en una boda modesta cerca del mar, cuando el sol estaba por desaparecer, dando una pequeña cena de semillitas variadas y pedazos de grillos. Emigraron después hacia el sur. Ya estando aquí, obligados a una vida que no querían llevar, pero dándose cuenta de que no hay ninguna otra, acostumbrados a los mismos vuelos de siempre, se les habrá olvidado que es verano, que llueve mucho y que muy bien les hubiera sido construir una casa más grande, donde cupieran todos sus asuntos.

Fueron dos pajaritos distraídos. Ahora uno de ellos está atorado bajo la lluvia en este árbol.

*No soy la pajarita que tú piensas,
no me gusta cantarle a cualquiera.
En mis vuelos encuentro libertad,
dentro de mí la jaula está.
Abrir la puerta muchos han querido,*

*no saben que la llave nunca se hizo.
Si algún día encuentras un cincel y un martillo,
búscame. Termina mi martirio.*

Primero... Cuando compré mi vestido de novia le llamé por teléfono y lo invité a una cita. Después me invitó a su casa, y sabiendo que me invitaría, yo llevaba el vestido en el carro. Me lo puse y rompiendo con la tradición dejé que me viera con él.

Ví que sus ojos se iluminaron. Supongo que no era a mí a quien veía.

Él se puso un traje de los muchos que tenía y salió a acompañarme. Estuvimos sonriéndonos un rato y terminamos haciendo el amor; yo con el vestido puesto, él con la camisa y la corbata.

Creí que esa sería nuestra tradición. Me aseguré un futuro feliz haciendo esas marimañas. Hasta que no fui feliz.

Te dije que habíamos vivido juntos dos meses antes de terminar. Fueron casi tres. Pero las últimas semanas fueron un horror.

A pesar de la felicidad que supuestamente Laura sentía por mí, y que en Rodolfo era más bien precaución, nunca terminé de sentirme tranquila.

Pensé que serían los nervios, pero no tenía miedo. Pensé que sería una motivación por el cambio de vida, pero mi vida no era diferente. Pensé que sería un castigo por dudar, pero al final fue una solución indispensable.

Vivíamos en una de las tantas casas que su padre tenía olvidadas en la ciudad. Desde el primer día que llegamos Primero intentó embarazarme. Como yo no terminaba de imaginarme con un hijo a los veinte, siempre encontré la manera de evitarlo.

Pasamos los primeros cuatro días durmiendo, haciendo el amor entre sueños, comiendo cuando estábamos despiertos, si no, estábamos en alguna posición súper erótica, o bañándonos, inventando otras posiciones súper eróticas. No puedo creer la suerte que tuve. Suerte si no soy estéril.

Cuando pasó nuestra anticipada luna de miel, comencé a recobrar las clases en la universidad. Recuperé el semestre por coqueta, no por dedicada.

Cada vez veía menos a Primero y las voces de las ballenas comenzaron a escucharse. ¿Nunca has escuchado cómo cantan las ballenas? Qué triste. Qué triste que nunca las hayas escuchado y qué triste es su voz. Pero hay algo conciliador también. Es una tristeza feliz. Podrían estar recitando el fin del mundo y tú te calcinarías con una lágrima en los ojos y una sonrisa en los labios. La melancolía es la palabra favorita de las ballenas, una de las grandes sensaciones a las que le damos tan poca importancia, por ser palabras que

encierran sentimientos que no entendemos.

Un día peleamos cuando me preguntó con quién había perdido la virginidad. Estúpidamente esperaba que le dijera que con él. Estúpidamente le dije la verdad.

Se fue y no volvió hasta el día siguiente. Era el sonido de un piano y la voz de una ballena a la distancia, tal vez una ballena bebé. No dormí, escuché su llanto. Se parecía tanto al mío.

Unos días después, incómodamente mal unidos después de la última pelea, mis instintos me empujaron a escupirle en el orgullo como él lo había hecho conmigo. No fue un escupitajo limpio. Fue agua de mar en una herida abierta. Sus padres nunca supieron que él consumía drogas y corría los carros que tomaba prestados del negocio de su padre. Una noche me llamaron de la procuraduría judicial. Lo habían detenido por posesión de drogas. Lo habían detenido es mucho decir, apenas una figurativa expresión que usa la policía. Detenido estaba cuando lo encontraron. Se había estrellado en un árbol de un parque cercano. Cuando llegué lo vi con un ojo sangrado; había sido la ceja abierta la que dio toda la sangre, un brazo roto y una sonrisa de satisfacción en la cara.

Cuando quise vengarme de él recordádoselo, ni siquiera me dijo nada. Se fue y tardó dos días en volver.

Yo había llamado a sus padres y les había contado todo lo sucedido. Supongo que encontró esa puerta cerrada cuando huyó de mí.

Tardamos casi una semana en hablarnos. Dormíamos juntos, comíamos juntos, veíamos televisión juntos, pero estábamos muy separados.

El llanto de las ballenas desacomodó mi corazón cuando lo vi llegando con su prima. En las manos traía unas maletas, su prima traía una cara impresionante de dueña de casa. Estaba embarazada de unos seis meses.

—Ella es Lizbeth. Ya te había hablado de ella —nunca lo había hecho. De su familia sólo había conocido a su mamá y había saludado un par de veces a su papá—. Se va a quedar con nosotros un tiempo.

Yo sonreí como si todo estuviera bien. No sé si fue porque no me di cuenta de inmediato, o si fue porque lo vi llegar con ese ánimo que tanto me gustaba verle.

La prima se acomodó en la recámara que estaba más lejos de la nuestra. Pasamos unos cuatro días viviendo como tres personas conocidas que compartían una casa. Después, cuando Primero comenzó a abrazarme otra vez, se sentía que éramos un trío no acordado, incómodo, hundido en porquería

hasta el cuello. Para el décimo día, Primero ya dormía con ella.

Cuando intentó decirme lo que estaba pasando lo evité.

—Prefiero que te vayas de la casa —le dije sin escuchar antes lo que quería decirme. No sé porque pensé que mi palabra valía en ese lugar, donde yo había pasado a ser la que se estaba quedando ahí por unos días.

Algo se sintió correcto. No sé si primero lo entendió, no sé si yo me despojé de la realidad, pero el teatro que siguió fue delirante.

Primero salió de la casa. Yo me encerré en la habitación. Media hora después escuché la puerta abriéndose y cerrándose. Imaginé que sería él, que había vuelto y quería disculparse conmigo. Una sombra se deslizó de lado a lado por la rendija de la puerta, pero no se detuvo. Abrió la puerta de Lizbeth y entró, dejando una estela de incomodidad. Una lágrima se escapó de mis ojos endurecidos. Tenía el corazón tranquilo, pero estaba volviéndome loca.

Quise pensar que la sombra había sido de Lizbeth. Dentro de mí no hubo más discusión. A pesar de que Lizbeth no había salido de su habitación después de la cena de ese día.

No dormí en toda la noche. Estaba decidida; si escuchaba cualquier suspiro, cualquier gemido, cualquier susurro, entraría ahí y la tiraría a ella por el balcón. A él le hundiría los ojos en las cuencas, le apuñalaría el corazón y después me lanzaría yo también por la ventana, compartiendo el mismo destino que su amante.

Ni un ruido, ni un murmullo, ni una señal de que Primero estuviera con ella. El reloj marcó las siete de la mañana y yo estaba totalmente perdida.

Salí a caminar y algún veneno misterioso, esparcido por cuerpos que corrían en el parque, me infectó de una vitalidad inesperada. Como si fuera la primera vez que veía el sol me convencí de que sería posible que Primero no hubiera pasado la noche en casa.

Cuando regresé, mis energías se diluyeron de golpe. Estaban Primero y su prima desayunando cómodamente en el comedor principal. Él nunca quería desayunar ahí. Estaban riendo y se contaban secretos.

—¡Clementina! Pensé que estabas durmiendo. Toqué a la puerta y no respondiste —me dijo él, sonriendo, como si yo fuera parte de su diversión. Qué humillada me sentía.

—Soy tu prometida —le dije fingiendo control y fuerza, amargamente salieron las palabras de mí—. No necesitas tocar la puerta.

La sonrisa en la prima se desvaneció como mi control.

Me senté a la mesa y le pegué un buen beso a Primero. Lizbeth desvió la

vista. Me serví del plato de él y comí tranquila, furiosa por dentro, por fuera era una señorita educada, como Lizbeth.

Había una ballena agonizando en el comedor. Aliviaba su dolor con alaridos entre luces inquietas y paredes transparentes.

Terminamos el desayuno y nadie movió un músculo. Era el juego de los engarrotados. Pierde el que se mueva.

Me acerqué a la oreja de Primero, y como si fuera una gatita en celo, le mordí el lóbulo y le susurré que estaba de humor para intentarlo una vez más.

Lizbeth se levantó, perdió el juego cuando dijo:

—No me siento del todo bien. Voy a acostarme.

Jugué con la culpa de Primero. Lo arrastré hasta la habitación y tuvimos sexo. Grité como desquiciada, en los oídos de la prima debió resonar por mucho tiempo el inmenso orgasmo (fingido, por supuesto) que mi prometido me regalaba.

Pensé que había mitigado el lamento de la ballena moribunda del comedor. Pero ya se había ido. Ahora estaba cantando una de sus más jóvenes hijas. Era un piano, o un ligamento defectuoso cerca del tímpano en mi oreja que transmitía mal las vibraciones del viento.

Vi en los ojos de Primero la indiferencia, que no era la indiferencia que después le conocería a Segundo.

No terminó hasta que cerró los ojos y se concentró. Pensé que se había imaginado a Lizbeth en mi lugar. Está vez la iniciativa de encontrar un lugar dónde eyacular fue de él. En el suelo. En ningún lugar de mi cuerpo.

Nos bañamos. Salimos al cine. De regreso ya veníamos peleando.

—¡No me importa nada! ¡Quiero que se vaya! —le grité enojada cuando me dijo que no tenía adónde ir.

—Está embarazada. ¿Qué va a hacer?

—Eso debió pensar antes de meterse con cualquier estúpido.

Pero se había metido con el estúpido más grande.

De cualquier manera, y sin saber exactamente cómo, gané la discusión. Acordamos que esa sería la última noche de esa intrusa en mi casa. Me pidió que lo dejara a él decirle la noticia. Yo acepté complacida. Pensé que lo haría frente a mí en el desayuno de la mañana siguiente. Quería ver su expresión de odio contra mí. Quería verla perder un juego que yo pensé que podía ganar haciendo lo que yo también hacía en todos los juegos en los que ganaba; mostrar mi belleza y amenazar con quitarla de la vista si no se hacía lo que pedía. Pero no fue así. Esa noche, a pesar de todo, perdí.

Llegamos al estacionamiento y Primero no se bajó del carro. Me dijo que tenía que pensar y se fue. Llegó después de medianoche. La sombra, esta vez más tenue, pasó de lado a lado debajo de mi puerta y se materializó en la puerta de Lizbeth.

Dos horas aguantando la respiración. Cualquier cosa hubiera sido suficiente, incluso la insinuación, hasta la imaginación de dos respiraciones juntas en esa habitación me hubiera bastado, pero no podía ni imaginarlo.

Ningún sonido.

Comprendí que ese secreto, esa infantil comodidad, la que les permitía verse a los ojos y conversar en total silencio, o abrazarse en la cama y hacer el amor sin quitarse la ropa, era el rastro de una complicidad ya medida. Era algo mucho más grande que yo y que todo el supuesto amor que sentía por Primero, convertido ahora en una competencia para ver quién llegaba más rápido al centro del océano, para después, una vez elegida la ganadora, darnos cuenta de que las dos íbamos a ahogarnos.

Cuando desperté a la mañana siguiente, las voces de las ballenas se habían acallado. Fueron sustituidas por los estertores de los pájaros, cada vez más cerca del invierno.

Desapareció el piano, desapareció mi oído mal afinado, desapareció el canto de la sirena que había olvidado porque no se distinguía debajo de las ondas vocales de las ballenas, desapareció Primero y desapareció Lizbeth.

Frente a mí tenía el gigante ropero que compartíamos en igual proporción Primero y yo. La puerta medio abierta, insinuando una oscuridad que sonreía con ganas de mostrarme el vacío.

Las sábanas me acariciaban la piel, sentía una inusitada excitación sexual, una manera de festejo lúdico por mis caprichos cumplidos. No podía ver que exigir que se fuera la amante de mi prometido no era un capricho, sino un estándar de respeto. Aquí las mujeres somos educadas para creer que lo que no vemos con nuestros ojos no existe, excepto los fantasmas y la felicidad, unos se asustan con la risa, la otra es atraída como abeja a las flores. Creyendo que yo no era una fulana del montón de cinco pesos, quise creer que mi moderna visión de la vida podría abarcar las aventuras que mi próximo esposo quisiera cumplirse. Mi *avant garde self-esteem* no pudo prevenirme de una cosa muy importante: la falsedad que representaba.

Pasé dos horas escuchando la soledad de la casa y el cansado canto de los pájaros que se habían quedado aquí a sufrir el invierno. Lo primero que tendría que hacer sería revisar el ropero y comprobar que la oscuridad era tan

falsa como mi atrevida idea del amor de pareja.

Descalza, pretendiendo comprobar la buena calidad de la alfombra con cada dedo de mis pies, me acerqué lentamente al ropero. La ropa de Primero colgaba en su lugar. Del otro lado la mía.

Suspiré con alivio. Más segura que nunca abrí los cajones uno por uno. En su lugar estaba su ropa interior, sus documentos, sus recuerdos mal organizados, sus perfumes y sus peines, sus toallas y sus pares de lentes. Debajo todos sus zapatos y sus sandalias. Sentía que me quedaba sorda bajo bocinazos de camiones que incrementaban el tono, conforme a mi satisfacción.

Caminé con una sonrisa inmensa en los labios hacia la habitación de Lizbeth.

Nada. Vacío. Viento herido con el recuerdo de un perfume que no escapaba por la ventana abierta.

Yo era, otra vez, la dueña de la casa, la dueña de Primero.

En los días que siguieron me porté particularmente cariñosa y conciliadora. Cocinaba en lencería, hablaba sólo de las cosas que a primero le gustaban, hacía sólo las actividades que Primero disfrutaba, dejé de lado mis orgasmos en el sexo para asegurarle a él la mejor experiencia. Era su dama de compañía exclusiva. Una mujer sin intenciones de perder lo que era suyo. Lo peor es que no me arrepiento.

Sé que estaba equivocada, pero en ese momento no me daba cuenta. No tenía nada más. Debía luchar. Aunque la lucha debió ser contra mí misma. Tal vez lo supe cuando le pedí que se largara de mi lado, aquel día después de bañarnos, cuando lo encontré mensajeándose con ella por el celular. Yo estaba en la casa de Primero, la que iba a ser mi casa, yo le cocinaba, yo le sonreía, yo le complacía, pero la otra lo tenía haciendo mucho menos. Yo solamente era la promesa de una esposa, un aditamento a su vida, una seguridad.

Cuando se fue, cuando supe que nunca más podría recuperarlo y que todo se había acabado para siempre, sentí que ser la acompañante de Primero siempre fue mi trabajo. Lloré como nunca he llorado, no por la rabia y la frustración, sino porque sentía que pude haber sido un buen accesorio. Lloraba por despecho, lloraba por haber perdido contra una mujer que yo siempre consideré inferior cuando estuvo frente a mí. Lloré por sentir que no valía más. Lloré por no saber dónde buscar una revelación verdadera, o un indicio de una seguridad personal que por primera vez no me fuera dada por un extraño. Lloré porque en ese momento, abandonada, prefería ser esa decoración en lugar de tener que dar explicaciones a mis conocidos.

Arreglé mis maletas sabiendo que no había otra solución y antes de salir miré el mundo a través de la ventana de la cocina. Una vez que me había situado en algún lugar de este inmenso terreno, me visualicé dentro de esta casa, casada con Primero, incalculablemente infeliz, matando el tiempo con un montón de señoras falsas con vestidos caros, en reuniones aburridas, tratando de educar a un hijo desobediente, teniendo que aguantar la idea de que Primero y su prima se veían con regularidad, durmiendo sola varias noches a la semana, fastidiando a Primero por las mañanas, en el desayuno, diciéndole que mi anillo se había ido por el desagüe del fregadero.

Quise sentir que había vivido todo eso. Me quité el anillo de compromiso y lo tiré por la coladera del fregadero antes de irme.

Me pregunto si lo habrán encontrado. Me pregunto si Primero ha pensado en mí.

*Es que ya no quiero recordar
la última tarde que te vi.
He tratado de cantar, he tratado de gritar,
he tratado de llorar, y lo único que parece funcionar,
es volver a recordar,
sabiendo que la próxima vez
ya no será igual.
Quiero asustar a los recuerdos con mi risa,
quiero asustar los malos hábitos con mi llanto.
Es que ya no quiero ni pensarte,
pero a ti se parecen tantos.*

El silencio venía.

¿Qué es esta felicidad que se deja sentir dentro de la tristeza?

Rumiando recuerdos he perdido el tiempo. No hay nada que me haga sentir así de expuesta, tan desnuda que podría asimilar la vergüenza que trae la memoria, pero se siente tan bien... no la vergüenza, sino los recuerdos. Los mismos de siempre, y sin embargo, tan diferentes cada vez que se vuelven a ver. Tan ensordecedores, pero tan melódicos cuando los escuchas de nuevo.

Dubái ha venido a tocar a la puerta. Me hizo dar un salto y preguntarme si no estaría hablando en voz alta, o si se escuchaban mis lágrimas cuando caían al piso.

Lo miré hasta que se fue, sin abrirle la puerta, sintiendo la seda y el calor de una mente y un cuerpo tranquilos.

Seguramente venía a disculparse. No le iba a dar ese lujo.

Disculparse significa borrarse de la historia, iniciar una nueva. Perdonar significa olvidar... No. Nunca se puede olvidar. Perdonar es dejar de recordar. Y recordar es lo único que me gusta hacer.

Además, al disculparse no pierde nada. En cambio, si yo no lo disculpo, pierdo un poco de humanidad. Es tan injusto. Él trata de besarme, aprovechándose de mi confianza y vulnerabilidad, lo detesto por ello, lo echo de mi departamento y un par de noches después toca a mi puerta para decir “Lo siento. Lo hice sin pensar”, y yo, que no puedo olvidar lo que tan amargamente me hizo sentir su puñalada a mi tranquilidad, quedaría como una bruja estúpida por decirle que no, no te perdono. Te necesitaba esa mañana, te necesitaba conmigo ese día. Sin importar quien fueras, sin importar qué querías.

No puedo perdonar a los que me dejan sola. Ya te imaginarás a cuántas personas puedo odiar. ¿No son el odio y el amor las fuerzas más poderosas en los sentimientos? ¿No llegan incluso a mezclarse algunas veces? ¿Acaso no amo y odio a Primero? Segundo queda fuera de la discusión. No me gusta admitirlo, pero llegué a la conclusión de que Segundo siempre fue ése: el segundo. Una repetición, una redención, una oportunidad de arreglar lo que había salido mal, sabiendo que podía ser peor. No lo fue. No fue terrible mi relación con él, pero tampoco lo amé, de eso estoy segura. Mi preocupación recae en el pensamiento que acabo de confiarte. ¿Acaso no amé y ahora odio a Primero? La primera pregunta la hice en presente, ya lo sé. Lo odié en aquel tiempo, y lo odio ahora, de igual manera, si lo amé antes, entonces lo amo

ahora.

No quiero decir que lo extraño. No quiero decir que busco sus maneras en las de otros hombres. Aunque he de estar buscando algo, no hace falta recalcarlo. Por ahora me conformo con sentir que me busco a mí misma. Eso sí ya estoy hecha, y me habré perdido en algún lugar, de lo contrario, entonces no me busco; me hago.

Mis palabras hicieron un hueco desconocido en mi pecho. No puedo creer que nunca lo hubiera pensado. ¿Alguna vez estuve enamorada? ¿De quién? ¿Cómo me sentía?

Es fácil pensar que, si odio a un hombre, es porque alguna vez lo amé. Pero no puede ser tan sencillo. Es como decir que uno siente placer porque también sentimos el dolor. Agrio y dulce. Blanco y negro. Con qué cara andamos diciendo que sin uno no existiría el otro. A lo mucho todo sería más aburrido, y eso que ya es difícil entretenerse con lo que hay.

Odio a Primero. Puedo decir que tal vez alguna vez lo amé. No recuerdo haber estado enamorada de él.

Confieso que la razón por la que traigo a Primero en la mente es porque el hombre que me lastimó ayer se parecía enormemente a él.

Cuando lo vi en su carro la cabeza me dio un vuelco y el corazón se me quiso salir. En un segundo que pareció un minuto, pude arrepentirme de haber sido la mujer que soy ahora, o no tanto, sentí pavor de que todos supieran lo que hago. Sentí miedo de que mi padre se enterara. ¿Qué le diría si el domingo que vaya a verlo me dice con una cara enojada que soy una prostituta? Aguantaría su rabia, dejaría que me partiera la cara en dos con una cachetada, pero en cuanto lo viera verter una lágrima por mi culpa se acabaría mi vida. Este es mi corazón, papá. Tómalo, quítamelo. No lo quiero. Y me iría para nunca más volver a verlo. Desaparecería en el mundo de los que tienen el pecho vacío, esa enfermedad que se conoce medicamente como ser un *cynical asshole*, vagando, buscando sentimientos en botes de basura, mendigando imaginaciones y robando pequeñas pasiones, las necesarias para no perder también la cordura.

Cuando se me calmó la imaginación, me puse a pensar si no sería ese hombre un familiar de Primero. Pero ni siquiera le pregunté su nombre. Ni él preguntó el mío.

Al final, fue un hombre cualquiera, uno de los que son como el aceite: Fríos sólo son babosos, pero calientes pueden dejarte graves heridas.

Abandoné la dieta hace unos días. Ahora sigo un régimen que se basa en consumir calorías en proporción a lo que creas que pesaba la luna de la noche anterior.

Tengo mucha hambre. Tengo hambre todo el tiempo y no sé si sea normal. Investigando un poco me tranquilizó una de las teorías que encontré. Las otras me horrorizaron. ¡Yo, embarazada! No. ¡Yo, llena de lombrices! No hay razón para que no sea eso, pero, no. ¡Yo con cambios hormonales! Pues, sí. Las pastillas anticonceptivas se las han estado agarrando contra mi temperamento hacia la comida moderada.

No siento recelo. No siento culpa. No siento vergüenza. No siento que le hago mal al mundo. Al final un desorden hormonal no dura toda la vida, ¿o sí?

El silencio, otra vez.

Me despoja de todo pensamiento. Me hunde en un hueco del tiempo donde nada existe si no lo nombro a viva voz. El tiempo corre dispar en el silencio. Tan profundo es el vacío que deja que me despierte cuando escucho que alguien dice mi nombre. Como si lo acabaran de decir justo atrás de mi oreja. Abro los ojos y siento todavía cómo vibra el viento que se lleva las letras que acabo de escuchar. Las habré dicho en un susurro mientras dormía, pero ¿quién se nombra a sí mismo en un sueño? Las habrá dicho un fantasma, pero no creo que ninguno me conozca. El viento se habrá deformado lo suficiente para adornar el espacio de mi cuarto con un detalle de personas, pero ¿qué viento sabe de lenguas?

No me siento asustada. Nunca lo he escuchado cuando estoy despierta. Clementina, diría yo misma. ¡Clementiiiiinaaa!, diría un fantasma. Clina, diría secamente un ventarrón que entra por mi ventana medio abierta. Por alguna razón lo que he escuchado al despertar no es ninguna de esas inflexiones de mi nombre. Sin embargo, estoy segura, por intuición y memoria, tal vez imaginativa, eso sí, que es mi nombre lo que me despierta.

Si me sucediera ahora mismo, siendo casi las ocho de la noche, podría saciar mi curiosidad. Cómo no querer saber qué hace que un sonido se convierta en un nombre. Pero ahora hay silencio.

El celular vibra en la mesa. Me ha asustado como nunca.

No conozco el número, pero no puedo darme a la indiferencia o el miedo de los que no contestan más que a los que conocen, no mientras comparto esta línea telefónica con Clementina, la que me despierta por las mañanas diciendo mi nombre, idéntico al suyo. De seguro le llaman a ella.

—Buenas noches. Quiero hablar con Clementina.

—Soy yo. ¿Quién es? —ya sé quién es. Es el hombre que me llamó ayer.

—Mi nombre es Mario Vallerte, me parece que no te lo dije ayer, cuando hablamos.

—Me parece que tiene razón. No me lo dijo. Y en cambio usted ya sabía el mío. Me lleva una ventaja injusta.

—No tanta. No recuerdo si también te pedí que no me hablaras de usted.

—Yo tampoco lo recuerdo, pero no hay nada que se lo impida ahora —me gusta hablar con este hombre. Se siente tan natural, tan familiar, tan protector y conciliador, educado y placentero.

—Clementina, no me hables de usted.

—¿Quieres que te diga Mario, o Vallerte? —lo digo y me incomoda darme cuenta de que se sintió a expresión sexual.

—Mario está bien. También acepto miradas y silencios exclusivos.

Sobra decir lo mucho que me gusta lo que me dice. He notado que ha dicho silencio. No puedo evitar sentir que sabe cómo me siento. Es imposible que lo sepa, no hay razón para que piense que soy una mujer infeliz. La razón por la que me llama no es motivo de duda. Puedo ser una mujer acompañante que disfruta de su soledad. Lo que me perturba es pensar que él piense que todas nosotras somos oscuras y solitarias, frías y calculadoras.

—Exactamente como este silencio —me dice y se ríe.

—¿Me he quedado tanto tiempo callada?

—Lo suficiente para hacerme sentir mejor.

—No digas eso. Lo que menos has de querer es aburrirte —le digo compensando la incomodidad que me trae el imaginar las cosas feas que ha de pensar de mí.

—Si piensas que el silencio es aburrido, entonces me equivoqué de número. No, me equivoqué de persona.

—¿Te gusta el silencio? —mientras se lo pregunto pienso que ya me ha colgado.

—No se trata de gustos. No me gusta y no me disgusta. Se trata de acontecimientos. El silencio es el sonido de los pensamientos. Cuando uno calla es cuando uno piensa, cuando uno habla es cuando uno vive.

—¿Te gusta mucho pensar? —le pregunto casi disuelta por dentro. Su voz me hace sentir como realmente soy.

—No tanto como a ti. Eres muy callada —me dice y siento su sonrisa del otro lado de la línea.

—No es verdad. Guardé silencio hace rato porque pensé en qué iba a

decirte.

—Puedes decir todo lo que quieras, pero hablas con un hombre viejo, con costumbres arraigadas. Una de esas costumbres es conocer a la gente interesante. Algo me dice, aunque no te he visto, que tú eres de esas personas.

—No lo puedes saber por mi voz. ¿Debo entender que sólo es un cumplido?

—No te he hecho ninguno.

—¿Qué te hace pensar que soy interesante? En verdad no me has visto. Ni siquiera me has hecho una pregunta de la que puedas sacar una conclusión, e incluso eso sería anticiparse a una verdad que podría ser fingida.

—“Una verdad que podría ser fingida”. Me haces pensar que ahora dices cosas interesantes para corroborar mi pensamiento o para satisfacer tu vanidad. Pero la verdad, una que no es fingida, es que aunque pudiera verte no podría saber si eres interesante. Sólo hasta que escuche tu voz. Y lo he hecho ya dos veces desde ayer. ¿No es así?

—Pero dijiste que las personas interesantes son las personas silenciosas. Y no hemos dejado de hablar, excepto yo, hace un momento, y estoy segura de que fue un par de segundos. Bien pude haberme cambiado el celular de oreja en ese tiempo.

—Pero también dije que podrías decir todo lo que quisieras y seguirías siendo interesante, no por lo que dices, sino porque no puedes dejar de serlo. Escucho el silencio entre tus palabras, dónde lo cortas, dónde lo extiendes, cómo dejas que acaricie ciertas letras, ciertas expresiones, el sonido de la respiración también es silencio. Eres una persona interesante o una mujer extremadamente manipuladora —sonríe mordiéndome el labio—. A pesar de que este silencio tardó más de un par de segundos, estoy seguro de que todavía estás ahí, y que no te cambiaste el celular de oreja. Hablas con tus silencios —me dice con una sonrisa que siento muy cerca de mí.

—¿Qué te dijo mi silencio de ahora?

—Ese silencio no me dijo nada en particular. Fue sólo un silencio. Quiero verte esta semana —me dice y me emociono.

—Puedo verte esta semana —le digo volviendo lentamente a mi papel de mujer seductora.

—Mañana vuelvo a llamarte. Te confirmo el día y la hora y nos vemos ahí.

No parece que yo esté a cargo de la situación esta vez. Aunque ayer parecía que yo tenía el control y sigo adolorida por lo que permití que me hiciera aquel hombre.

Siento el impulso molesto que me quiere obligar a decir que soy yo quien dice cuándo y a qué hora, pero al pertenecer a una agencia, como ahora pertenezco, al menos para este hombre, esto ha de significar el compromiso y la seguridad.

—Está bien —le digo—. Espero que sea verdad. Voy a estar esperando tu llamada.

—No digas eso —me dice en un tono que alcancé a distinguir molesto—. No hagas nada que no creas correcto. Muchas muchachas quieren ser amables. Lo detesto. No digo que quiero que seas desagradable. Quiero que no trates de gustarme con falsedades.

Lo entiendo. Mi tono no ha sido el adecuado. Me sintió falsa y pedigüena, como una mesera que sonríe a la fuerza porque busca una propina. Pero en verdad quiero salir con él. No habrá forma de hacérselo saber, al menos no ahora que me ha orillado. Todo lo que diga sonará como una disculpa. No quiero que piense que soy así de conciliadora. Tampoco quiero que piense que no me puede perder.

—Creo que hablé demasiado rápido —le digo con un aire tranquilo, casi sensual—, no alcanzaste a escuchar el silencio entre mis palabras.

Ahí está. Lo siento sonreír otra vez.

Termino la llamada. Quiero que me desee. Quiero que esta noche vaya a dormir pensando en qué significó ese silencio, el que se prolongará hasta que me llame mañana.

¿Qué es esta felicidad que se deja sentir dentro de la tristeza? ¿No será la misma felicidad de siempre? Lo es, pero nadie se atreve a decir lo que vale realmente (*Spoiler* : vale muy poco).

Qué mala fama tienes, tristeza. Estás tan lejos de la comprensión y tan cerca de los corazones de todos.

Si todo fuera verdad, si alguien más pudiera comprenderlo, ¿cómo podría decírselo?

Silencio de mí parte. Silencio de tu parte.

Todo ha sido dicho. Todo ha sido escuchado.

Un alma colectiva.

En cuanto miro la primera camioneta me doy cuenta de que estoy en la agencia equivocada.

Me iría caminando tranquilamente si no fuera porque un maniquí vendedor ya me ha tendido la mano y una sonrisa.

—Bienvenida —me dice en el tono reglamentario de todos los vendedores—. Permítame ayudarla.

—Gracias. Me interesan las camionetas de este tipo, pero creo que no son lo que realmente estoy buscando.

—¿Qué está buscando?

—Necesito una que sea útil para un hombre que trabaja por su cuenta. Que sea cómoda y eficiente, que sea accesible para que ese hombre no tenga que esforzarse por subir y bajar botes de pintura y una escalera.

—En ese caso, no entiendo porque le ha parecido que nuestras camionetas no podrían con ese trabajo.

—No digo que no puedan con el trabajo. Es que se ven muy bonitas, como para rancheros que en ellas transportan borregos con corbatas —el hombre trata de evitar la risa, pero falla—. Es, además, muy grande.

—Por lo que escuché quiere utilizarla para transportar material de restauración de fachadas. ¿Es su esposo pintor?

—Mi padre. Ha estado hablando de comenzar su negocio en ese ramo y quiero ayudarlo con la camioneta.

—Me alegra. Y tiene razón, este tipo de vehículo es demasiado grande para esos fines, pero tenemos otros modelos. Por desgracia no en exhibición, pero podría mostrarle un catálogo.

Pasé media hora viendo camionetas en una pantalla, todas iguales, sólo de diferente color. Ésta tiene llantas más gruesas, ésta tiene llantas más grandes, ésta es cinco pulgadas más angosta, pero tres más alta, ésta tiene aire acondicionado automático y ésta lo tiene manual. Qué fácil sería si pudiera mostrarme una cuyo eslogan fuera: Para el pintor que quiere trabajar.

—Ésta parece adecuada —le digo deteniéndome en la que sería la más pequeña de todo el catálogo.

De nuevo las especificaciones vanidosas. Rines de aluminio, o de aleación, cristales eléctricos o manuales, aire acondicionado sí o no.

Fue un error entrar a este lugar sola. Todo el tiempo sentí que trataban de estafarme. Como si por ser mujer no pudiera diferenciar lo que se necesita en

una camioneta y lo que es un aditamento lujoso. Cuando llegó el momento de discutir el precio y el financiamiento, dos hombres más se unieron al vendedor.

Tanto por ciento de interés y la comisión por apertura de cuenta, tantos pagos adicionales al año, el seguro, y lo más importante, casi poniendo el contrato frente a mí, el enganche.

Lo que tengo hasta ahora es la tercera parte de lo que piden como pago inicial para llevarme la camioneta. No dudo que pueda juntar el dinero en menos de dos meses si sigo teniendo una cita a la semana. Comprarla de contado en un poco más si decido esperar. Pero me doy cuenta de que esta no es mi decisión. Sería egoísta presentarme en la casa de mis padres, tocar el timbre y gritar ¡SORPRESA! Mi padre debe tener una idea de cuál sería su transporte ideal. Seguramente ni yo ni estos vendedores estarán conscientes de las necesidades de un pintor modesto, que quiere seguir trabajando para no sentirse un estorbo en una sociedad que lo va relegando conforme va envejeciendo.

Salí de ahí con el vendedor que todavía seguía hablándome de la calidad de sus automóviles, que no iba a arrepentirme de adquirir un motor con ellos, sonando a que iba a cometer el peor de mis errores si me iba con la competencia, y rogándome por mi teléfono y correo electrónico.

Me negué educadamente, pero el entrenamiento de estos vendedores no conoce la educación. En este siglo un NO ya no significa nada.

Demasiados medios de comunicación, demasiadas formas de expresarnos, tanta facilidad para encontrar las opiniones de cualquiera, tanta ligereza en la prensa. Antes, si querías que alguien escuchara tu opinión, debías ganar tiempo en los medios escritos de comunicación. ¡Qué solemne era aparecer en un periódico! Ahora los periódicos se hacen publicidad en las redes sociales. ¡Todavía existo! ¡Todavía soy sexi! Ya no lo eres, periódico, ni tú ni las mujeres en bikini que imprimes en tus hojas para llamar la atención. Bueno, ellas tal vez son sexis para algunos, pero de seguro no la idea de atraer lectores de esa manera. La norma era la elegancia. Hoy nada importa si se cumplen las metas.

Hay una revolución en el lenguaje, es lo que quiero decir, y lo notas cuando un vendedor prefiere orinar sobre su marca, hartándote de los beneficios y las ventajas de comprar lo que te vende. Si terminas comprando el producto, qué importa si a la marca le cuelgan escupitajos. No soy para nada vieja y ya extraño “aquellas épocas” en las que un No significaba No.

Nunca entro sola a los cafés. Son las casas de citas informales de los que no pueden ligar en bares y discotecas. Pseudointelectuales, como yo, que entre sus pretensiones disfrutan ser observados con un libro entre las manos y una taza de café miniatura enfrente. Somos los que nos vemos ahora en este lugar, mañana en uno más moderno. Nunca somos los mismos, ni nos conocemos, pero todos traemos lo mismo en la cabeza: un cansancio y un pesar inexplicable, la agonía de la vida y el coraje y el orgullo de sabernos incomprendidos.

Cómo querer ser parte de ese club. Pero me gusta el café, o algo así. Soy de esas personas que lo toman y lo odian, lo extrañan cuando hace frío y lo olvidan cuando hace calor. Tomo una taza en algún desayuno, cuando quiero sentirme limpia y educada, pero nunca lo tengo en mi alacena, y en mi lista de compras siempre va arriba el té. Para cuando llego a la conclusión de que debería comprar un frasco de café, ya voy de camino a mi casa pensando: si se me antoja compro uno en una cafetería. Estando en una cafetería pienso, ¿Qué estoy haciendo aquí?

El café es digestivo de las conversaciones. Ir solo a tomar un café es presumirte. No digo que yo no lo hago, tomar café y presumirme, pero no las dos cosas al mismo tiempo. Además, siempre hay algún lector que se interesa por la portada de mi libro. Siempre un hombre, qué casualidad.

Me hice lectora cuando Segundo me dejó. Comencé leyendo un libro cada dos semanas, hasta un mes si el lomo sujetaba más de cuatrocientas páginas, me olvidé de las paginas cuando leía a mi ritmo de placer antes de dormir, ya no importaba si lo leía en un mes o en un año, significaba para mí la alegría que me daba.

La felicidad está en los libros. Todas las ideas, todas las palabras, todas las intenciones, todas las alucinaciones, todas las historias, todas las conexiones. Una infinidad de libros, y la idea mágica de que aunque existiera sólo uno, si lo leyera cada habitante de esta tierra, ese libro se convertiría en seis mil millones de libros.

Lo que menos quiero cuando leo un libro es que algún curioso me moleste y me pregunte por la portada, el diseño, mis frases favoritas y mi historia predilecta. ¿Por qué leer un libro para encontrar frases? Un libro es todo un universo. En sus palabras está escondida toda la humanidad. Todo lo que somos está en los libros, y en todos los libros está la historia de cómo llegamos a serlo.

Traigo Las mil y una noches en mi bolsa. Tengo ganas de *cheese cake*, podría dejar de lado el café, pero es tradición.

Entro por fin. Lo mismo de siempre. Alguien leyendo el periódico, derrumbando lo que antes dije de él. Unas parejas hablando entre ellos, bajita la voz, como si estuviéramos en una biblioteca, besándose intranquilamente. Los demás con un libro debajo de la nariz.

Me siento cerca del ventanal que da a la calle. No tarda mi orden. Un café sencillo, en leche, y una rebanada de pastel de queso.

Si viniera acompañada sería este el momento en el que hablo de mi día en el trabajo. Un fastidio como siempre, un chisme tras otro, ninguna observación lastimera, ninguna intención de cambiar al mundo. Lo digo con formalidad, para cambiar el tema al que más me gusta ahora. Mario Vallerte dijo que me llamaría hoy, y lo hizo, aunque no completamente.

Cuando vi el número desconocido, contesté alegre, quería saber más de las personas silenciosas, pero la voz que escuché no fue la que esperaba. Era su secretaria o su asistente. Cumpliendo con su trabajo, me dio fecha y hora para encontrarme con el “Señor Vallerte” en el restaurante del hotel Gobernador. Nunca me pregunté si todavía existía ese lugar. Alguna vez escuché de él, pero las historias sonaban tan viejas, que pensé que el hotel también sería historia olvidada. La mujer cumplió con su trabajo, acomodando a una persona más en la agenda de su jefe. Ni siquiera se despidió de mí. Me pidió que por favor fuera puntual y me cortó.

Desde ayer traigo en la cabeza la obsesión de escuchar el silencio. Cae el agua en la fuente y me pregunto si los silencios entre sus chorros son muestra de su inteligencia, en todo caso de la inteligencia de quien los haya programado. Caen las monedas en la caja registradora y dudo de la inteligencia del dinero, o como en el caso anterior, de quien nos haya programado para darle este valor. Trato de escuchar las palabras que dicen quienes están cerca de mí, y con una leve sonrisa de satisfacción egocéntrica me digo, No, esa mujer no podría salir con Mario Vallerte.

Las mujeres ganamos nuestra libertad de expresión hace décadas. Todavía ahora peleamos por causas que creemos conservan algo de polvo sobre las aclaraciones, pero sobre todo me resulta gracioso cómo antes nuestras palabras no tenían valor, nos quedábamos calladas y no sumábamos nada. Ahora me domina la fascinación que me causa el saber que de mis silencios hay un hombre que mide mi inteligencia. Justo como las mujeres venimos haciéndolo desde siempre.

Está dicho que los serios son los más cabrones, pero deberían decir: los serios nos la ponen más cabrón.

Los hombres no ponen pretextos ni les empacha admitir que no les gustan los problemas de mujeres. Mientras más sencilla sea su mujer, y no me duele decirlo así, “su mujer”, para ellos la vida se vuelve más dulce. También lo es para muchas mujeres cuando se encuentran con alguien que las “trata bien”, aquí no decimos “su hombre”, algunas lo dicen, pero siempre me ha sonado vulgar. Pero a qué mujer, siendo complicadas como somos, no le gusta complicarse más eligiendo a un hombre con quien compartir un rato su vida. Mientras más complicado sea él, más incómodas vivimos nosotras, más retos encontramos, más nos pica la cresta, más nos enamoramos cuando en el descanso de ideas y reclamos nos encontramos a un lado de un hombre único, más grande que muchos otros que por diferentes razones no habrán adquirido lo necesario para complicar más el mundo, y a todos los que aquí vivimos.

¡Qué mundo femenino es éste en el que vivo! El mundo real es de los hombres, hecho por ellos, para ellos. Suena machista, suena complicado, suena a diferencia de género, pero no hay discusión en ello. Pudieron haberlo hecho diferente, sí, pudieron haberlo hecho peor. Mucho, mucho peor. Pero todos tuvieron una mujer detrás de ellos para aconsejarles.

¿Ese fue nuestro papel en la historia? Mi esposo es un creador, inventa medicinas, va a la guerra, mata hombres, construye puentes, levanta ciudades, diseña máquinas; yo soy su consejera, una visionaria encerrada en su casa. Yo le doy ideas, él las lleva por el lado correcto, las transforma en todo lo que vemos y a lo que aspiramos. Él, a cambio, me da un beso en la frente. ¿Es la historia de las mujeres? De la mayoría al menos. Algunas otras tuvieron que morir para ser reconocidas.

No se puede negar que, contra los hombres, las mujeres de genio han sido contadas. Si nos hubieran dado valor desde el principio, al menos el que nos dan ahora, que no siendo suficiente alcanza para demostrar lo mucho que el mundo se había perdido con nuestra ausencia, ¿en qué mundo estaríamos? ¿Cómo se vería? ¿Qué cosas se habrían inventado? ¿Qué libros se habrían escrito? ¿Qué pinturas se habrían pintado? ¿Qué edificios se habrían levantado?

El peso de las manos masculinas fue suficiente para hacernos más pequeñas, pero la modernidad nos alcanzó.

Hay hombres que quieren enamorarse de mí porque quieren escucharme. Hay hombres que quieren saber qué pienso. Uno en particular sabe que no soy una simple prostituta, y lo dedujo a través de mis silencios.

Es esta nuestra oportunidad de crecer. ¿Cuánto habremos aprendido de ellos en todo este tiempo?

La mujer delante de mí me demuestra que muy poco. Está en una llamada. Solloza cada dos palabras. De seguro habla con un hombre. Las mujeres nos lastimamos entre nosotras, pero sólo nos duele lo que los hombres nos hacen. No la culpo. Tuve que pasar por dos compromisos que se convirtieron en dos rupturas para comenzar a conocerme.

“Las mujeres son la suma de los hombres que han pasado por su vida”. Entonces los hombres serán lo que las mujeres no hemos podido quitarles. Hay tantas cosas que les sobran.

Ha de tener unos treinta. Toma té. Está leyendo un libro que tiene en la portada una foto de una playa. Sus labios delgados no le ayudan a retener el aire que suena con cada sollozo. Tiene unos ojos muy bonitos: húmedos, brillosos, no por el llanto, sino porque ha de ser una mujer llena de recuerdos.

El hombre con el que habla debe estar enojado. Hay dos razones por las que un hombre habla tanto: Está enojado o le descubrieron una mentira. Los silencios de ella no me dicen nada. Soy una amateur en la lectura de las respiraciones. Pero su cara me lo dice todo. Está terminando con ese hombre, o ese hombre termina con ella.

Bajo la mirada y tomo de mi café. El pay se terminó hace rato. Guardo las mil y una noches en mi bolsa, hoy tampoco trataré de leerlo.

La mujer entrega lo último que tiene cuando dice: Si me cuelgas no volverás a saber de mí.

Le ha colgado. Las últimas lágrimas de la tarde, que bien pueden ser las primeras de la noche, ensucian la mesa sin mantel.

Cuando levanta la cabeza después de un rato de llanto me descubre mirándola. Sorbe los mocos un par de veces y se pasa una servilleta por los ojos.

—Discúlpame —me dice, pero quiere decírselo a todos en el café—. Es mi marido.

—No te preocupes —le digo. Por alguna razón en mi interior comenzó una danza demoniaca, un furor estrepitoso que nació de la mirada lastimada de esta compañera.

—No sé qué le pasa —no termina de decirme cuando vuelve el llanto.

Mis ganas de venganza se disuelven entre las ganas de llorar que me burbujan en el pecho cuando veo que alguien llora sinceramente.

—Ven a sentarte conmigo —le pido recostada en la mesa para poder sonar

confidencial.

Se levanta de inmediato y se sienta junto a mí. Su taza de té, su periódico, su libro y sus llaves han sido olvidadas en la madera fría de la otra mesa. Quiero decirle que las traiga, pero no hay espacio entre sus lamentos. Los demás la miran un tanto preocupados, mucho más molestos.

Los problemas del corazón son de cuidado entre los cardiólogos, los problemas de amor deberían ser cuidados por la sociedad en general. Se trata de educación, se trata de comprensión. No aplica la norma de lavar los trapos sucios en casa; el amor es la casa de todos.

Debo admitir que fue incómodo estar al lado de ella, viéndola llorar, sin saber si debería tocarle un hombro o insultar a su esposo, darle un abrazo o pedirle otro té.

—¿Estás casada? —me pregunta al fin. Su voz sale sucia de fluidos espesos que le incomodan la garganta.

—Lo estoy, al menos espiritualmente.

—¿Cómo es eso?

— Mi primer compromiso me dejó para irse con otra. Estuve a punto de casarme con él sabiendo que nunca sería solamente para mí. Como era lo único que me importaba, casarme, lo volví a intentar. Hace más de un año mi segundo compromiso terminó conmigo a unos días de casarnos. Llevábamos saliendo más de tres años. Me prometió muchos sentimientos, muchas ideas y planes que ya se sentían como recuerdos. No hay razón por la que una mujer no deba luchar por sus sueños —le digo tratando de valorar sus ideas sobre el matrimonio.

—¿De verdad tu sueño es casarte?

—Ya no. Lo recuerdo como algo infantil, como un error que no debió ser tan grande como lo fue. Sufro lo mismo que si estuviera casada con alguien que no me valora. Tengo mi vestido en el armario, recuerdos de buenos momentos que nunca pasaron y recuerdos de malas situaciones que seguramente fueron peores.

—Como el embarazo psicológico. Todos los síntomas, todas las molestias, sin el placer de ver a tu bebé.

—Algo así —le digo, pero no lo sé.

La mesera se nos acerca y nos ofrece otra vez la carta. No sé si se le olvidó que ya estábamos aquí. Tal vez quiere sacarnos del lugar sin sonar grosera. Yo niego con la cabeza, pero la otra toma la carta, casi por descuido, como un acto de educación, para no dejar a la mujer con el brazo extendido. Me quedo

callada pensando que va a ordenar algo, pero inmediatamente le da la espalda a la mesera y recarga su codo sobre la mesa y su cabeza sobre su mano, mirándome directamente, distraída, vacía, pensativa. La mesera se queda parada frente a nosotras.

—¿Podría traerme otro café, por favor? —no tengo ganas de otro café, pero fue más fácil decir eso que decirle que no queríamos otra cosa.

—¿Por qué son así los hombres? —me pregunta.

—No lo sé. Es fácil para ellos.

—¿Pero por qué?

—Porque las consecuencias pasan a ser recuerdos más rápido en su mente. Ven las situaciones de manera práctica, no parece que las vivan a consciencia, sino como una forma de sus planes.

—¿Y cuáles son sus planes? ¿Jodernos la vida a los demás?

—No te lo tomes personal.

—¡Es mi esposo! ¿Cómo podría no tomármelo personal?

—Sus planes no incluyen otra cosa más que tener lo que quieren. Y lo que quieren por encima de todo es estar tranquilos. Como un vegetal.

Entre un suspiro que bien pudo haber iniciado otra vez su llanto encuentra una risa, pero no entiendo si fue por mi comentario o si fue sarcástica.

—Como un vegetal —repite y examina la servilleta en su mano, pensando.

—¿Qué pasó? —le pregunto.

—Estamos casados hace seis años. Y desde hace poco más de ocho meses está saliendo con una mujer que conoció en su trabajo. Ahora dice que quiere tomarse un tiempo de nuestro matrimonio y pasarlo con ella.

—¿Él te lo dijo?

—No de esa manera, pero quiere que vivamos en casas separadas. Dice que le quito su espacio, que necesita sentirse libre, que necesita pensar algunas cosas.

—¿Cómo sabes que no es verdad?

—¡No me salgas con eso! Acabas de decir que los hombres son verduras. ¿En qué necesita pensar?

—No dije que no necesiten pensar. Lo que trataba de decir es que tal vez no tenga otra mujer. Es común que las personas se agoten en una relación.

—No. Es otra mujer. Él me hablaba de ella. Yo los he visto.

—¿Sabías que tenía otra relación y tú lo permitiste? —no quiero parecer jueza, sería una hipócrita, pero me ha dado un golpe en el corazón saber que ella podría compartir una historia similar a la mía.

—No se lo permití como tal. Pero pensé que, si ya estaba obsesionado con ella, bien podría verla una vez, haciendo como si yo no lo supiera, y darse cuenta de que no valía la pena tirar nuestro matrimonio por ella. Pensé que nuestro matrimonio sería más fuerte que cualquier otra mujer que tratara de separarnos.

Sus lágrimas se han evaporado. Más tranquila muestra su imagen como realmente es. La miro y encuentro belleza en sus rasgos irritados por el continuo lloriqueo. Tal vez es una mujer como yo, que le apostó todo a lo que tenía. Me veo en su lugar, o la veo a ella en el mío, pensando que nadie podría dejarla por alguien más sabiendo que todo lo que era, lo era para él.

—Te entiendo —le digo sabiendo que realmente lo hago.

—Me dice que quiere vivir apartado de mí. Me lo dijo así. Cuando le armé escándalo me dijo que sólo por un tiempo. Pero quiere llevarse a nuestro hijo. Por supuesto que no dejaré que se lo lleve.

—¿Dejarás que se vaya?

—No tengo opción. No me pertenece.

—No, no te pertenece, pero bien podría hacer de cuenta que no es un animal egoísta.

—Como yo. Debo sonar como una estúpida peleando por teléfono en un lugar público.

—No me diste esa impresión.

—¿Qué impresión recibiste?

—Creí que eras una mujer pasando por un mal momento. Supe que era por un hombre y me puse a pensar en mí misma y en todas las demás. En cómo éste es un momento de transición para todas las mujeres.

—¿A dónde crees que estamos moviéndonos?

—A la libertad. No sé desde cuando somos libres, pero hay pruebas de que lo somos. Mírate, estabas llorando en un café, sola, y nadie llamó a la policía para que te llevaran a un manicomio. Fue como si durante la noche, mientras dormíamos, alguien hubiera abierto la jaula donde estábamos metidas. Poco a poco nos vamos dando cuenta de que realmente estamos fuera.

—¿Pero vale la pena? Mira qué mundo es.

—Preferiría verlo como es, aunque siga siendo injusto, aunque siga siendo un desorden y una colección de malentendidos. La idea de tener que ver las cosas desde una prisión, imaginando todo porque no puedo ver más que una pequeña parte de la realidad, ya no es suficiente. Tal vez lo fue para mi abuela. Y seguramente mi madre no se dio cuenta de que la jaula estaba

abierta. Nunca supo que me parió en un mundo libre.

—No lo había visto así. Pero, ¿de qué nos sirve esta libertad?

—En tu caso, puedes llorar en una cafetería sin que te insulten, no de forma aceptada. Y puedes hablar con las personas sobre lo que te pasa sin sentir vergüenza, tomando un café con alguien a quien le importas.

—Eso es lo que hacemos, ¿no? Disculpa. No quise decir que yo te importo. No quiero que esto sea más incómodo de lo que es.

—¿Crees que es incómodo? Tal vez lo fue al principio. Pero ya no. Y sí me importas. Me importo a mí misma y me importan las que comparten mis ideas.

—No sabes si comparto tus ideas. Podría ser solamente alguien que llora como loca en un café.

—Te diré por qué creo que también eres una mujer libre: porque lloras como loca en un café.

—¿Y lo de la libertad? ¿No crees que es contradictorio decir que somos libres y discutirlo mientras hablamos sobre cómo dependo de mi relación con un hombre?

—Cierta aspecto de tu vida depende de un hombre. No es cualquier cosa. Es amor. Es unión. Algo que no tienen todos. Decir que dependes por completo de eso no es válido. No es justo. Ni para ti ni para las que hacen algo por adelantarnos a esta época. No hay nada que se compare con amar, pero es mentira que es todo a lo que aspiramos. No dependemos de los hombres, sólo nos gustan mucho. Y ellos no dependen de nosotras, sólo les gustamos mucho.

—Pero los necesitamos para tener hijos. Dependemos los unos de los otros.

—Eso es otra cosa. Es biología, es vida, una urgencia por crear algo duradero. No creo que tener hijos sea algo social, ni siquiera es algo amoroso, será más fuerte procrear en el amor, no lo dudo, pero un hijo es una muestra de vida, no de libertad ni de dependencia. No creo que tu hijo sea lo único que te queda de tu matrimonio. Tu hijo es algo que hiciste con tu vida.

Hubo un largo silencio. El suficiente para que yo terminara la mitad de mi café. Me voy olvidando de dormir hoy.

—Disculpa, ni siquiera me presente. Me llamo Selene.

—Me llamo Clementina.

—Clementina, no quise quitarte tu tiempo. Has de pensar que soy una encimosa, como mi esposo lo cree.

—¡Claro que no! Hace mucho que no tenía una conversación así.

—Yo tampoco. Pero no quiero arruinar tu noche.

—No lo haces. Estoy muy bien aquí. Sólo debo ir al baño; tomé mucho café. A menos que debas irte.

—La verdad no quiero irme. Pero tampoco quiero molestarte.

—Ya te dije que me gusta estar contigo.

Nos levantamos las dos y entramos al baño juntas. Por suerte en este café hay más de un sanitario. Me hubiera sentido incomoda compartiendo el calor del retrete con ella. Hubiera sido demasiado íntimo. Aunque no había tenido una compañera de baño desde la preparatoria. No es historia que no sepas. Hay algo que se siente bien. Ni un poco más ni un poco menos. Simplemente bien. Me lavo las manos esperando que ella salga de su cubículo. Frente al espejo se limpia los rastros invisibles de la sal que las lágrimas han dejado en sus párpados.

—Estoy hecha un desastre. En verdad me hubieran encerrado en un manicomio en otros tiempos.

—No te ves mal. ¿Has notado que llorar hace que la piel se vea mejor?

—¡No me digas eso! Voy a perder diez años mientras me divorcio.

No se distinguen las bromas entre la tensión que se crea mientras volvemos a nuestra mesa. Cuando nos sentamos sus cosas ya han pasado de su mesa a la mía. Las habrá cambiado la mesera.

—Ni cuenta me di de que había perdido mis llaves.

—No quise molestarte con algo así. Traías otras cosas en la cabeza.

—Aunque esto no es tan poca cosa. Son las llaves de la oficina.

—¿A qué te dedicas?

—Diseño gráfico. Hago, sobre todo, diseños para espectaculares.

—¿Tú decides los colores, las imágenes, el mensaje y todo eso?

—¡Ya quisiera! Yo me encargo de acomodar el material que nos envía la agencia de publicidad para que quepa todo en el tamaño del espectacular y no se quede fuera ninguna parte del mensaje. ¿Y tú?

—Yo me encargo de que el espectacular que diseñaste tenga su permiso en orden.

—¿Trabajas en el gobierno?

—Trabajo para el gobierno. No es igual. Yo capturo y archivo muchos tipos de permisos en la última fase. Suena a mucho, pero sólo son tres fases. Recibo, trámite y autorización. Yo estoy en autorización.

—Suena a un trabajo muy importante.

—No lo es. Lo importante lo hacen los de trámite. Yo capturo la información, la comparo con la del sistema, y si está todo bien, pongo mi sello

y archivo todo.

—¿Qué dependencia hace eso?

—Secretaría de gobernación. Al menos una parte de ella.

—Suena interesante.

—¡No mientas! Tú estás involucrada en un ambiente creativo, yo soy una empujapapeles del gobierno. Hay gente que nos odia. Hay gente que quisiera matarnos.

—Mi trabajo no tiene mucho de creativo. O será que me acostumbré. Pensé que serías reportera o activista.

—¿Por qué?

—Por tus ideas.

—Pues no. Soy una ingeniera que pone sellos de ocho a seis, de lunes a viernes.

—¿Ingeniera? ¿Necesitas ingeniería para trabajar en secretaría de gobernación?

—¡No! Necesitas sobre todo olvidarte de que vales algo.

—¡No digas eso! ¿Qué clase de ingeniera eres?

—¿Quieres adivinar?

—De alimentos. Si no, informática.

—No. Soy mecánica.

—¡Qué! No pareces mecánica. Al menos no el tipo de mecánico que se me viene a la mente.

—Quería hacer mi propio negocio de muñecos de peluche, y quería hacer todos los diseños, tanto de animales como de sus ropas. Dentro de mis ambiciones estaba hacer una máquina que elaborara los peluches en unos minutos, sobre pedido de la gente que los comprara, ahí mismo, delante de ellos.

—¿Cómo es que estás archivando papeles en una oficina?

—El título es una ilusión. No creo que pueda diseñar una maquina con lo que aprendí en la universidad. A lo mucho conseguiría trabajo apretando las tuercas a una máquina que un alemán o un japonés hubo inventado hace una década y que por conveniencia tenemos aquí como lo mejor de “la última tecnología”.

—¿Pero en el gobierno? No te lo tomes a mal, pero me preocupa que una ingeniera mecánica esté a cargo de procesos burocráticos.

—Lo que menos debería preocuparte del gobierno es una mecánica aprobando permisos.

Las dos sonreímos como si fuéramos conocidas de toda la vida, como si no hiciera falta decir más para saber lo que la otra piensa.

—¿Y tú? ¿Eres una bióloga marina acomodando fotos en las alturas?

—No. Mi historia es muy triste. Yo soy diseñadora gráfica, trabajando en su campo. Soy una aburrida, lo sé.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Cinco. Es un monstruo con energía ilimitada. ¿Tú tienes hijos?

—No. Sólo soy una esposa fantasma, como te dije antes.

—Ahora también lo seré.

—¿En verdad te vas a divorciar?

—No soy de las que amenazan y no cumplen sus palabras. Le dije a mi esposo que si me colgaba no iba a saber más de mí.

—Te escuché cuando lo dijiste.

—Si no lo cumplo va a creer que puede hacer lo que quiera.

—Ya lo hace —le digo sin la intención de herirla.

—Que lo haga sin mí. Después de todo, ¿no está abierta la jaula?

—Sí, lo está.

—No creas que es una decisión repentina. Tenemos meses peleando, cada vez peor. Hoy no comenzamos por teléfono. Habíamos peleado en casa, todo el día. Ni siquiera fuimos a trabajar. La verdad es que ya le había pedido el divorcio desde la última vez que peleamos, pero ya sabes cómo somos las parejas; decimos cosas y luego hacemos como si nunca las hubiéramos dicho. No creo que él esté esperando que cumpla lo que le dije. Pero se va a llevar una sorpresa.

—No sé qué decirte. Creo que me alegro por ti.

—Deberías. Es la libertad, ¿no?

—Sí.

—¿Qué más puedo hacer siendo libre?

—Ahora mismo podríamos ir a golpear al maldito.

—¡Jajaja! No estaría mal. ¿Pero no perdería mi libertad por eso?

—Posiblemente un tiempo. Pero piénsalo.

—¡Jaja! ¿Golpeaste a tu novio cuando te dejó?

—No. Es una lástima. Me encerré a llorar, desarrollando un trastorno psicológico que parece permanente llamado respeto.

—¿Hay cura para esa enfermedad? Porque creo que yo también la tengo.

—Hay una píldora, pero no es estable. Causa efectos secundarios muy graves.

—¿Qué píldora es?

—Se llama indiferencia.

—No suena mal.

—Pero sí lo es, causa mucho mal. Pierdes gran parte de tu libertad.

—Si lo pones de esa manera, entonces es mejor dejarla de lado. Y hablando de eso...

Saca de la bolsa de su chamarra un frasco de medicamentos. Siento vergüenza por haber jugado con los padecimientos psicológicos. No tengo razón para pensar que toma antidepresivos, pero es lo único que me imagino.

—¿Qué es? —le pregunto tratando de minimizar la incomodidad.

—Suplemento vitamínico. Tengo deficiencia de vitamina B desde que nació mi hijo. Nada grave, sólo me causa unos dolores de cabeza en algunas ocasiones.

Respiro sabiendo que no he hecho ningún rasguño en alguna herida.

Pasamos un rato hablando más de nuestras vidas. Le conté la historia de mis compromisos, le conté la historia de mis padres, y yo escuché unas versiones similares de su parte.

Estuve a punto de hablarle de lo que hago en mis ratos libres, lo que verdaderamente hago, y estaba dispuesta a contárselo porque creí que sería una conversación de un solo día, con una extraña que se iría para nunca más volvernos a ver. Ella con sus problemas y yo con los míos. Pero por alguna razón me di cuenta de que nosotras significábamos algo más en este espacio que se definiría como la tarde del café, dejando que otras ocasiones nos llenaran de a poco en más reuniones inusitadas, tal vez esperadas. ¿Era Selene, después de mucho tiempo sola, mi nueva compañera de baño, o lo que comúnmente se conoce como amiga? Ya veremos.

No hace falta mucho para que nos conozcamos los unos a los otros. Una conversación de dos horas me ha unido a una mujer que yo no contemplaba en el mundo.

Me ha dado su número de teléfono y le he dado el mío. En este tiempo, ése es un compromiso enorme. Así como así, lo tomamos las dos.

¿Es muy pronto para hablar de amistad? No lo sé. Qué importa. Esta tarde fui a ver camionetas y terminé encontrándome con alguien a quien ya conocía, pero que nunca había visto. ¿Era yo misma? Tal vez las dos éramos otra cosa. ¿Qué somos ahora que sobra el entendimiento? Todo cabe en la razón. En la mía, en la de ella, en la de los demás, en la del mundo completo.

¿Dónde habré encontrado esta senda por la que camino tan

apresuradamente? Todo parece recobrar su sentido. Todo parece caer en el lugar donde corresponde. Tan ágilmente se acomoda mi vida, o eso me da la impresión, que me da vértigo el movimiento del suelo debajo de mis pies. ¿Hay razón por la que deba parar?

Selene me encontró en su angustia. Yo la encontré en la cuesta que no estoy segura si estoy subiendo o bajando. Quise escuchar su silencio, pero se me olvidó. No sé si ella supo escuchar el mío. Acaso no estábamos las dos hundidas en él.

Capítulo 2

El amor
(O donde se rompe la historia)

El sol no se ha apagado.

El licenciado Torrénz fue mi despertador de hoy. Llamó exactamente cinco minutos antes de que sonara mi alarma.

Lo hizo dos veces más. Cuando me estaba bañando y cuando estaba por terminar la manzana que como antes de salir.

No he contestado. No estoy segura si querrá una segunda cita. Me parece demasiado pronto. No es que quiera negarme, pero siento que eso me haría descender al nivel de su obsesión. Ahí es donde más me conviene estar. De lo contrario no sería un placer, no sería una droga, sería un vulgar alivio de presiones sexuales. No soy eso.

Si vuelve a llamarme le contestaré. No pierdo nada escuchando sus intenciones. No hay nada que me impida ayudarlo a entender que no sería bueno para ninguno de los dos que apresuráramos tanto las cosas. Me va a perder y yo a él. Aunque es verdad que en esta situación lo que crece es su obsesión, no lo que ha de sentir por mí.

No creas que no me escuché decir eso, pero no me refiero al amor. Algo ha de sentir. Un impulso que le causa la necesidad de llamarme y proponerme algo que lo haga sentir continuo.

Tomo mi bolsa de una de las sillas del comedor. Pesa mucho más de lo que consideraría cómodo llevando las mil y una noches. El libro termina olvidado en uno de mis sillones. Pero no en el librero. De ahí no lo recuperaría nunca.

Cuando salgo de mi departamento un carro con vidrios tintados viene estacionando por fuera del edificio. No sé cómo ni por qué, pero supe de inmediato que tenía que ver conmigo.

Me subo a mi automóvil y suena el claxon del auto que estaba fuera. Se abre la reja para dejarme salir y del automóvil se baja, tan galante como lo recuerdo, el licenciado Torrénz.

Trae un pantalón de vestir oscuro, a juego con un chaleco azul marino con costuras y cuello rojo, una camisa casual tipo polo, ¿verde?, y los zapatos que tanto les envidio a los hombres, los que son sencillos y elegantes, ligeros, cómodos y parecen siempre limpios. Ni los zapatos más holgados son cómodos si son para mujeres. Miro mis tacones en el asiento del conductor. Siempre manejo descalza. Me los pongo antes de salir del edificio y de inmediato noto cómo pisar el acelerador se vuelve la tarea más demandante de mi atención.

Bajo la ventanilla y me detengo sin salir por completo. Él me hace una seña

desde el otro lado de la acera y termino por estacionar afuera del edificio. Cruza la calle con su sonrisa bien puesta. Si está enojado porque no le contesto las llamadas lo disimula muy bien.

—Lorena —me dice y siento un espasmo en el estómago.

Me bajo del carro y salgo sabiendo, ahora sí, que para él mi nombre es Lorena. No sólo eso, recordé que antes de Lorena le dije que mi nombre era Verónica. ¡Qué tiempos aquellos!

—Me llamo Verónica —le digo mientras lo recibo completa, con todas las luces de la mujer de compañía que conoció aquella noche en su departamento.

—No quiero decirte por tu nombre hasta que me escuches.

De inmediato la situación se vuelve personal. Aunque crea que mi verdadero nombre es otro, lo que fue gracioso por dos segundos, ahora se vuelve sombrío.

¿Será que su esposa se enteró de lo nuestro?

Por un momento pienso que tendré que ir con cuidado por las calles, esperando recordar en el cuerpo de cualquiera la cara que no termino de ubicar en las fotografías que vi en su casa. Estará esa mujer en algún rincón de la ciudad, buscando a Lorena, una muchacha que le dio orgasmos a su esposo en la cama matrimonial, en el cuarto donde los domingos se despiertan tarde, encima de la colcha que alguna vez se habrá manchado con sus propios orgasmos. Ahora buscando venganza contra la otra, la que no sabe cómo es, pero se la imagina. Me andará buscando en el cuerpo de cualquiera que encaje con la descripción que seguramente le habrá sacado a su esposo por medio de la culpa y la intimidación.

—No he dejado de pensar en ti desde aquella noche —me dice y comprendo que es algo mucho peor de lo que me estaba imaginando.

—Me alegro —le digo sonando como una prostituta barata, como si le estuviera diciendo “Qué bueno, cariñito. Pero si no traes dinero mejor será que regreses con tu esposa”.

—No es tan sencillo —me dice sin coherencia, pero comprendo que entiende mi tono y lo he noqueado con mi superficialidad.

—No tienes que decirme más —no quiero que me diga nada más, en serio. Pero sé que no voy a poder evitarlo.

—Te estuve llamando, pero no contestabas. Déjame llevarte a tu trabajo —de pronto siento que su tono se ha tornado malvado.

—No hace falta.

—Pero te acabo de decir que quiero hablar contigo.

—¿No puedes esperar hasta que nos veamos otra vez?

—Es que quiero verte ahora mismo —me dice y su sonrisa vuelve a sus labios escondidos parcialmente bajo su bigote bien peinado.

—Voy a mi trabajo, licenciado Torrénz —su sonrisa se extiende más, se ríe en silencio.

—Anoche soñé contigo, y no me lo vas a creer, pero te escuché diciendo mi nombre como lo acabas de decir.

Se abalanza contra mí y yo retengo lo mejor que puedo un grito en la garganta. Siento genuino miedo por mi situación. Sin parecerlo, el licenciado Torrénz me hace pensar que se ha vuelto loco. ¿Cómo pude permitir que supiera mi dirección?

—Yo sé que no creerás que fue una señal, pero a mí me basta.

—Lo que tuvimos el día que nos vimos fue una cita informal. Lamento si le di a entender otra cosa —le digo.

—¿Pero es que crees que no he estado con otras prostitutas? —lo dijo elevando la voz, pero sin borrar la sonrisa. El grito en mi garganta se amontona detrás de mi lengua, quiere salir. Me conformo con voltear la mirada al edificio y comprobar que nadie nos mira.

En la esquina viene Dubái con Vruno. Ventrán de correr en el parque, ventrán de comprar su desayuno de todos los días.

Ni por un instante se me ocurre pedirle ayuda cuando entra al edificio, apenas a un lado de mí. Temo que el licenciado Torrénz pierda la cabeza frente a él y se comporte como nunca he visto a un hombre comportarse, pero que de forma casi instintiva creo conocer esas mañas. Esas intimidaciones.

—Licenciado Torrénz —le tomo la mano con dulzura y de inmediato lo veo emocionado, es casi un juego para él—, ahora debo ir a trabajar. Pero discutiremos después lo que quiera decirme.

—¡Cómo si no lo supieras! ¡No quiero hacer otra cosa más que estar contigo! Te lo estoy diciendo de frente, Lorena —en ese momento pasa Dubái en medio de nosotros, le da dos silbidos a Vruno, como si el perro no supiera guiarse solo a través de la puerta—. No quiero que haya secretos entre nosotros.

Lo veo con una furia inusitada en mi cuerpo. Paso del miedo al rencor en un pestañeo. Si al menos viniera borracho podría mantener mi coraje, pero saber que lo que dice es producto de su obsesión natural me obliga a devolverle terreno al miedo.

No es que me cause molestia que haya dicho lo que dijo justo cuando Dubái

pasaba frente a nosotros, es que no le importa mi confidencialidad. ¿Cómo me trataría él si yo fuera a su casa a gritarle enfrente de su esposa? Claro que aquí no vive mi esposo ni su genérico, pero vivo yo, tranquila, sin ningún problema con nadie, incluso sin saber de la vida de nadie más. Ése era un pacto del que podía exigir su cumplimiento. Yo no sé nada de ti, Dubái o señora de los cuatro niños en el departamento debajo del mío, o pareja de locos que se gritan insultos arriba de mi lugar, así que no tienen razones para preguntar acerca de mí.

—Licenciado Torrénz —le digo fingiendo educación en la voz, recuperando una sonrisa cortés, incluso sigo sosteniendo sus manos—, debe irse. Está siendo inoportuno. Debo ir a trabajar. Además, está en mi casa. ¿No se ha dado cuenta?

—Los sentimientos nunca son inoportunos.

¡Que no lo diga! Que no diga nada más, nunca. Que no exista siquiera. No quiero estas consecuencias.

—Usted no siente nada de lo que cree. Es una ilusión.

—No es ninguna ilusión. Te dije que he pensado en ti. Todo el tiempo. ¡Podríamos estar juntos!

—¡Usted no me conoce! ¿Cómo puede decir algo así? —le suelto las manos y trato de subir a mi carro, pero me detiene tomándome con fuerza por el brazo. ¿Cómo un hombre puede perder el control en tan poco tiempo?

—Lo digo porque es verdad. Pasamos un momento único estando juntos. Vi algo en ti, y sé que tú también lo viste en mí.

—No es verdad —le digo tranquila, sintiendo verdadera lástima por él—. Está confundiendo lo que pasó.

—El amor no se puede confundir —me respondió con una cara ensombrecida.

¡Por qué mejor no me muero! ¡Amor! ¡Acaba de decir amor! ¿Cómo le explico lo que pasa? ¿Cómo se tiene esta conversación con un hombre así? Me ha dicho que quiere estar conmigo, me ha dicho que ha pensado en mí, me ha dicho que siente amor por mí. ¡Solo tuvimos sexo una noche! ¡Es una locura! ¡Está completamente loco!

—No diga eso. Sabe que no es verdad.

—¿Qué es lo que no es verdad?

—Que siente amor por mí.

—No puedes saberlo. No puedes medir todo lo que causaste en mí aquella vez que estuvimos juntos.

—No estuvimos juntos, licenciado Torrénz. Me pagó para que fuera a visitarlo.

—Es verdad, es verdad —me dice más calmado, me ha soltado el brazo—. Pero de ahí pasó a ser otra cosa. Los sentimientos crecen.

—No hay sentimientos aquí. Tuvimos sexo. Usted me invitó a comer, pasamos un buen rato conversando y terminamos teniendo relaciones sexuales.

—No hay nada de malo en eso —me dice como si no entendiera lo que quiero decir.

—No hay nada de malo en ello, no. Pero tampoco hay sentimientos.

—Estoy obsesionado contigo, Lorena —cada vez que dice ese nombre me siento humillada.

—No me llamo Lorena. Puedo comprender su obsesión, pero debe entender que no puedo hacer nada.

—Sal conmigo otra vez.

—No funciona así, licenciado Torrénz. Debe ir a su casa a hacer su vida.

—No quiero que sientas pena por mí. No me mires así. ¡Cómo puedes ser tan desagradecida!

—No lo soy. Debe comprender que lo que pasamos aquella noche fue una ilusión, un juego, un sueño. Yo tengo una vida, y usted también.

De pronto se apaga su ímpetu, se apagan sus ojos. Se recarga en el tronco de un árbol y me mira con ojos incrédulos. Miro en ellos toda la historia que debió inventarse para justificar esta fiesta que de otra forma no se hubiera atrevido a montar.

Hace unos días pensé que Sebastián podría enamorarse de mí. Dije que cualquiera podría hacerlo, pero lo estaba pensando, basándome en la emoción de la cita que estaba por tener, casi como un desahogo, como una precaución a un problema lejano. De pronto tengo a un hombre diciéndome de frente, y a la vez con muchos rodeos, que cree que se enamoró de mí.

—Lo siento —me dice y me vuelve a tomar la mano—. Vas a creer que soy un loco. Ni siquiera iba a decirte todo esto. Pero te vi y no pude contener mis sentimientos.

—No creo que podamos volver a vernos —le digo y miro cómo se descomponen sus facciones.

—Tienes que disculparme. Estaba fuera de mí. No sabes cómo se siente.

Quisiera decirle que sí, pero mucho he pensado en ello, y cada vez creo más en que nunca me he enamorado. Entonces no puedo decirle nada, y no solo porque no creo haberme enamorado, sino también porque creo que él no lo

está de mí. Pero no puedo aclararle los motivos que me hacen dudar.

—¿Estás enamorada de alguien más? —me pregunta recalcando una herida que yo no veo, y que probablemente no sea real.

Me quedo callada más tiempo del que debería. No quiero mentirle. Después de todo, él ha venido hasta acá y me ha expuesto su corazón, pero decirle que no estoy enamorada de nadie, le daría una falsa sensación de oportunidad.

Desvío la mirada extendiendo todavía más el tiempo. Quiero que entienda las circunstancias fingidas y se vaya con algo de integridad. Pero su pregunta ha sido intencionada y espera respuesta.

Detrás de mí, escucho que se abre la ventana de la pareja que se insulta cada dos días, o si me falla la ubicación espacio-temporal, entonces será la ventana de Dubái.

En ese momento, en medio de esta incomodidad, me imagino contándole la historia al licenciado Torrénz en la que el chico que acaba de entrar es mi novio, o algo así, que estamos saliendo, que estamos conociéndonos, que creemos estar enamorados, pero que nos lo estamos tomando con calma.

Romperle el corazón sería fácil y terminaría con el problema. Eso si no lograra sólo enfermarlo de rencor y ganas de venganza contra mí, o contra Dubái. Y él que ni siquiera sabe mi nombre. ¡Ni éste! ¡En qué lío estoy metida!

Bajo la cabeza y el grito que había ahogado hace un momento se transforma en llanto de alivio ahora que siento que el peligro ya no es tan próximo. Una pequeña gota me resulta alentadora, sanadora, lo suficientemente indiscreta para revelar un secreto.

Afirmo con la cabeza y hundo más el mentón en el pecho. No quiero que me vea llorando. Es decir... Quiero que crea que no quiero que me vea llorar.

Me toma de la nuca y me apoya contra su hombro. Siento su corazón, creo escucharlo, aunque bien podría ser el motor de mi carro, que ni siquiera pude apagar antes de esta escena.

No sabe qué decirme y lo demuestra con un par de movimientos equivocados de su mano. Después la lleva a mi mejilla y me toma la cara con ambas manos. Me mira directo a los ojos y yo lo evito. Siento una vergüenza real.

Me dije que nunca le haría daño a un hombre con estos juegos estúpidos que las mujeres hemos perfeccionado, y ahora estaba ahí, frente a un hombre que dice amarme, fingiendo todos los sentimientos, haciendo todo lo que otras hacen para ganarse el afecto de quien no quiere dárselo, o consolidando un

poder que no deberían tener de esta manera.

—No quería hacerte daño. Te he dicho que no tenía intención de decirte todas estas tonterías. Pero no pude evitarlo. Ahora no sé cómo podemos hacer para olvidarlo.

Es evidente que sus palabras son reales. Después de todo, a pesar de lo que acaba de pasar, no dudo que siga siendo un hombre completo por dentro, uno que ha aprendido a controlar las emociones una vez que han sido limadas las puntas con la decepción.

Le creo cuando dice que no quería decírmelo de esta manera. Le creo cuando dice que no tenía pensado sorprenderme así. Le creo que no pudo evitarlo. Pero me niego a creer que me ama. Eso me resulta imposible. Aunque fuera real, no podría hacer ningún cambio.

¿Para qué estoy haciendo todo esto? No lo hago por dinero. No lo hago por venganza. No lo hago por penitencia, aunque así lo parezca. No lo hago por placer.

Lo hago porque puedo, porque tengo la oportunidad de hacerlo, porque en ello se reúne todo lo que soy, o todo lo que puedo ser, o todo lo que hay para mí.

No son hombres. No es sexo. No son sentimientos. No es amor. Es el disfraz donde algunas realidades se esconden.

Para los hombres que han estado conmigo seré un juguete sexual, una fantasía, una oportunidad, o hasta la posibilidad de sentir amor otra vez, ¿por qué no? Pero para mi vida, la que me vigila y me prueba, sigo siendo Clementina, la persona que no ha muerto, la mujer que quiere verse como lo que es, y no es una dama de compañía, es una persona con la curiosidad de encontrarse, o encontrar los pedazos que le hagan falta, sin importar dónde estén escondidos.

¿Hay un pedazo de mí en el recuerdo de un cumpleaños muy triste? Ya lo tengo, vida, lo recuerdo todos los días. ¿Hay un pedazo de mí en la melodía que me cautiva desde que despierto hasta que vuelvo a dormir? No te preocupes, vida, me gusta mucho la música. ¿Hay un pedazo de mí en las incontables horas que paso en la oficina poniendo sellos en documentos que no me importan? ¿Gotea de a poco por un hoyo en el techo arriba de mi escritorio? Bien pensado, vida, ahí estaré por mucho tiempo. ¿Hay un pedazo de mí escondido en el cuerpo de algún hombre? ¿Está acaso todavía más oculto? ¿Está en sus pensamientos? ¿Está en sus sentimientos? Muy lista, vida, pero ni dos rupturas dolorosas me van a impedir que te busque en esa piel, en

esas ideas, en esos amores, en esos rencores, en esos odios y en esas obsesiones. No sabes en lo que me has metido. No sé en lo que me he metido, pero ya estando aquí, no me queda más que seguir buscando.

—No quería que sufriera —le digo lastimada al ahora tranquilo licenciado Torrénz.

—No sufro. Al contrario, me he alegrado. Me pone feliz pensar en ti.

Es un mentiroso, a medias. Sentir un amor no retribuido es lo peor. Yo no lo recuerdo. Pero algún sabor de boca me quedó de situaciones similares, aunque más infantiles; en la prepa o en la universidad, donde todavía se entrenan los sentimientos con pruebas que bien pueden ser muy reales y dejan una huella profunda, o apenas lo suficientemente sustanciales para ser recordadas.

—No sé qué hice mal. Sólo quería que pasáramos un buen rato —me siento como una estafadora cuando recalco así su culpabilidad.

—¡Lo hicimos! Soy yo, con mi estúpida interpretación de mis sentimientos. Tú no tienes la culpa de nada.

—Pensé que iba a hacerme daño —le digo en el momento exacto en el que una gota oportuna, muy fría, cae por mi mejilla— cuando supiera que no puedo corresponderle.

—La verdad es que no pensé que ibas a corresponderme. Te juro que solamente venía a invitarte a cenar. Verte un momento. Me gusta verte. Eso es todo. En el fondo sé que es un espejismo. Comprendo que tienes una vida donde no hay lugar para mí.

Lo escucho y lo miro. Es tan verdadero lo que me dice. La postura de su cuerpo, la tibieza de sus manos, sus piernas protegiendo las mías, sus ojos preocupados. Todas sus intenciones puestas en la búsqueda de mi tranquilidad.

Me siento un monstruo deforme. ¡Ah, la honestidad! ¡O la falta de ella! Mira, vida, dónde me tienes. Ha de ser gracioso para ti. No entiendes lo que son estos sentimientos de los que todos hablamos, no entiendes lo que son las mentiras, no entiendes lo que es quedar desfigurada, permanentemente marcada por las mentiras que digo, y así no pasas desapercibida de todos estos detalles, los mismos que miras y conservas como piezas de tus juegos, apenas unos borrones de luz que electrifican y despiertan las mentes de todos a los que has poseído.

—Me siento mal por herirlo —le digo todavía más frívola, casi en un tono de niña que se disculpa con su papi por haber roto su colección de estampitas. Me siento tan enferma de vida. Una sensación de emoción y vergüenza juntas. Estoy mirando a la cara a un hombre que reconoce verdaderos sentimientos

por mí, o por la idea de lo que puedo ser para él, y le miento descaradamente, sintiéndome basura, al mismo tiempo que fascinada veo cómo funciona el veneno que cura cualquier emoción: la apariencia.

—No es tu culpa. Yo no quería reconocer la posibilidad de que hubiera alguien más en tu vida.

No lo hay, licenciado Torrénz, y al mismo tiempo ya van cuatro de ustedes. Todos el mismo, todos tan diferentes uno de otro. Y yo igual. La misma para cada uno, y tan diferente en sus recuerdos.

—Debo ir a trabajar —le digo quitándome sus manos de mi cara. Limpiando de mis mejillas las lágrimas de silicón.

—Perdóname, por favor. Déjame recompensarte por el mal momento.

—No hay nada que perdonar, licenciado Torrénz —ahí está otra vez la hija de papi—. Me tomó por sorpresa, pero sé que no lo hizo con mala intención.

—Gracias, Lorena. Me reconforta que sepas que no voy a hacerte daño.

—Me llamo Clementina, no hay porqué esconderlo más.

Ojillos maliciosos.

Llegué a la oficina veinte minutos tarde. Al final permití que el licenciado Torrénz me trajera. En el camino hablamos poco. Creo que lo hice sentir muy mal. Me invitó a cenar y dije que sí. Lo hice sin pensar, para que se fuera tranquilo. La verdad es que no sé si vaya a poder ir. Tal vez las cosas se pongan intensas entre Mario Vallerte y yo después de nuestra cita.

Cuando llegamos, Grecia me vio bajándome del carro y se quedó cerca hasta que estudió a mi acompañante. Seguramente esta tarde hablarán de mi nuevo novio, un señor de más de cuarenta, elegante, posiblemente casado, jugando con una muchachita que no puede ni conseguir que su novio se case con ella.

Me despedí del licenciado Torrénz con un beso casual, aunque en los labios, me tomó de la cintura y no me soltó hasta que le correspondí la sonrisa. Me sentí falsa, sabiendo que le había mentido para salir del problema, pero no pude evitar sentirme un poco feliz por él. Se le notaba lo mucho que había pensado en mí, lo mucho que le gustaba tenerme entre sus manos, recibiendo un beso confidencial, íntimo, un beso que por más pequeño que fuera, representaba algo para su salud emocional.

Entré a la oficina y me di cuenta de que algo estaba pasando en la sala central. No hice caso y pasé hasta el fondo, donde está mi escritorio. Abrí la ventana y dejé pasar el soplo frío que todavía se pasea a esas horas de la mañana. Con él entró la luz, primero ella, y de inmediato puso el ambiente que siempre ha reinado en las paredes que me han recibido por tres años como una más de ellas.

En mi escritorio hay notas y carpetas, folios sueltos y mis lápices desperdigados por todo el escritorio y por el piso. No es poco común que alguien los tire en un descuido y no los levante después.

Organizo el alboroto y me siento en mi lugar. Entre las persianas se filtra la luz de sol. Mirándolos me pierdo en mis pensamientos. Hay una mezcla malsana de seguridad y orgullo en mí.

Siempre se sentirá bien que un hombre te diga que le gustas, siempre será sorprendente que te diga que ha pensado en ti, que te quiere, que te desea, que ha planeado una vida junto a ti. Por otro lado, siendo yo, al menos en este momento, una autodidacta de la vida emocional, evitando dejarme llevar por la corriente, me analizo y no puedo encontrar más que las fallas. Son esos pequeños errores que si no son reconocidos vuelven para picarte la piel

convertidos en enfermedades mucho más grandes de lo que comenzó siendo una sencilla comezón.

No quiero que el licenciado Torrénz se enamore de mí porque yo no lo estoy de él. No quiero que nadie se enamore de mí en este momento, porque yo no quiero estarlo de ninguno.

No me hace falta la emoción, ni siquiera el deseo o la necesidad, y no cabe en mis ambiciones actuales. Las cuales en conjunción forman una visión avanzada de mis propias metas antiguas, mientras empujo intereses actuales.

No quiero ser la mejor prostituta del mundo, ni la mejor amante de nadie. No quiero ser la mujer más hermosa en la agencia de edecanes a la que ahora estoy suscrita por compromiso, ni quiero ser la mujer más inteligente de la oficina, ni la más ambiciosa de mi profesión.

No puedo verme resignada a abandonar el ideal que me lleva a conocerme, sabiendo que mientras más partes de mí encuentro, más reconozco las partes de todos los demás.

Estoy tan cansada y me siento tan inútil. ¿De qué sirve lo que estoy haciendo? Me proclamo a favor del descubrimiento personal como forma de sanación emocional, y mientras me hundo en esas aventuras, me encuentro con huecos no revelados dentro de mí. Habré perdido esos pedazos en el transcurso de mi vida, o los habré perdido en el inicio de estas exaltadas vicisitudes. No puedo ganar una parte sin perder otra en el esfuerzo que me cobra la aventura.

Acabo de despedir al licenciado Torrénz con un beso. Fuimos amantes una vez más en una sola mañana. Peleamos y nos reconciamos. Me trajo hasta la oficina y acepté cenar con él, dejé que me tomara por la cintura y aparentara que así podría ser siempre. Pero sobre todo el beso. Fue el peor error.

Le he enviado la señal equivocada. ¡Tanto que tuve que fingir para que quedara en un equilibrio formal! Lo eché a perder con el beso. No pensará en otra cosa en todo el día.

Acomodo la fecha en mi sello de autorizado y lo pruebo en una hoja blanca de mi cuaderno de notas. Tomo el primer folio y mecánicamente estoy finalizándolo en menos de quince minutos. Debería tardar menos de la mitad en hacerlo, pero nunca hay tantos folios que no pueda pasarlos todos por el sistema en una jornada ordinaria.

—¡Clementina! Tenemos que estar en la sala. Valentino vino a darnos una plática sobre la eficiencia. Pidió que estuviéramos todos presentes.

—Gracias, Fernanda. Ya voy.

¡Valentino hablando de eficiencia! Por supuesto que no voy a ir.

Se siente tan bien el ambiente de este lugar cuando no se escuchan esos cientos de dedos tecleando cientos de letras por minuto en esos cientos de teclados sobre esos cientos de escritorios. No somos tantos, pero el ambiente se ensucia con mucha rapidez cuando los que somos nos amontonamos sobre el trabajo insistente con nuestras ganas mediocres.

Se escucha la voz de Valentino, pero no sus palabras, se escucha cuando el dispensador de agua toma un trago para calentar o enfriar, se escucha cuando el refrigerador de la cocina se apaga, se escucha cuando uno y otro ventilador de las computadoras se aceleran para enfriar la carga de energía que acumulan, se escuchan mis uñas sobre el teclado y mis pestañas cuando se despegan después de cada parpadeo, se escucha el torrente de té que me baja por la garganta, y si escuchamos bien, se escucha la emoción que me ha causado que un hombre me declare su amor con tan poca formalidad, compensado en sinceridad. Trato de ahogar el sonido aclarándome la garganta, pero no se reduce porque no viene de fuera sino de adentro.

Las voces cotidianas van cobrando fuerza. La reunión se ha terminado y todos vuelven a sus lugares. Yo ya estoy en el mío, pero como no puede haber este desorden en el universo, el camino que yo debí recorrer desde la sala hasta mi lugar lo hace Valentino.

—Clementina, estábamos en una reunión, no te vi ahí. Pensé que no habías venido.

—Hola, Valentino. Tengo trabajo atrasado. Ya sabes cómo se pone mi jefe si paso permisos con atraso. Perdón por no haber ido a tu reunión.

—Está bien. Aunque no era para tanto si te hubieras ausentado media hora de tu lugar. Escucha, Clementina, ¿cómo estás?

—¿A qué te refieres?

—No sé. Te pregunto cómo estás, por saber. Por lo de tu novio y todo eso.

—Eso pasó hace un año, Valentino.

—Pero hay quienes dicen que superar una ruptura te lleva hasta la mitad de lo que la relación duró. ¿Cuánto tiempo estuviste casada?

—No estuve casada. Oye, de verdad tengo que seguir con esto, tengo una cita a la hora del almuerzo y no quiero...

—Te entiendo, por otro lado, me preocupa el bienestar de la gente que trabaja aquí. Somos la cara del país, ¿sabes?

—No creo, pero si te ayuda haré de cuenta que sí.

—No seas tan amargada, Clementina —rodea mi silla y se pone detrás de

mí, dándome un masaje en los hombros.

—No hace falta que hagas eso.

—¿Sigues viendo a tu novio?

—No.

—Me voy a quedar por aquí un rato. Tengo que ver algunas cosas sobre el funcionamiento de la oficina y todo eso, tú sabes.

—Me imagino —le digo ya sin mirarlo.

—Vamos a desayunar juntos —lo escucho más como una orden que como una invitación—. Así podemos ponernos al tanto de todo.

—No tengo nada que reportarte. Mi trabajo va al día y no ha habido incidentes desde que combiné los expedientes aquella vez.

—¿Te acuerdas? —me pregunta doblándose de la risa—. Tuviste que quedarte hasta las nueve arreglando el problema.

Fue un error estúpido. Registré doce permisos con un número desfasado de la lista. Al primero le asigné el segundo, al segundo el tercero y así hasta que me di cuenta de que había cometido el error. Una vez que lo he registrado en el sistema no hay vuelta atrás. Tuve que hacer todos los archivos otra vez y esperar a que el foliado fuera restaurado para volver a asignarlos. Valentino se quedó conmigo esa tarde, la peor de todas mis tardes desde que estoy aquí. Trató de besarme al menos cuatro veces. Me tocó la pierna “accidentalmente” un par de veces. Hablaba de mi cuello y de mis ojos. ¡Hasta trató de peinarme! Tenía unos días de haber terminado con Segundo y me sentía fatal. Lo recuerdo como una experiencia similar a tener la peor gripe de la vida, haciendo ejercicio al aire libre debajo de un sol intenso, vestida con ropa de invierno, teniendo en la cabeza una ecuación cuadrática para deducir qué cable cortar para desactivar una bomba.

—No ha pasado otra vez, ni volverá a suceder —le digo mientras recupero mi trabajo.

Se sienta en mi escritorio y suspira con un aire confidencial, como si fuéramos un par de viejos conocidos que acaban de pasar media tarde repasando sus memorias.

—Bueno, yo vengo a buscarte a la hora del almuerzo.

Se levanta y trata de salir para que yo no lo niegue.

—¡Valentino! Ya te dije que no puedo. Voy a salir a ver a alguien...

Se fue. Es este tipo de hombre que cree que negándose a escuchar un no aceptas el sí.

Apenas se ha ido y entra la que fue la sucesora de Miss Nalguitas, una

mujer corrupta que acepta regalos como forma de agradecimiento a sus muestras de aprecio. ¿Quieres unas vacaciones de tres meses, pagadas, o que alguien más haga tu trabajo, o cargue con la responsabilidad de tus errores? Debes ser una íntima de “La Furcia”. Comenzó siendo La Führer, después se fue deformando.

Se llama Ximena, pasó de ser la sucesora de Miss nalguitas, que sólo era una coordinadora sin poder, a ser coordinadora general. O sea que ella sólo le da explicaciones a Valentino. Me pregunto si se habrán acostado. ¡Ugh! Imagínate la personalidad de los hijos que pudieran procrear. Nadie en el mundo ha hecho algo tan malo como para merecerse conocer a esos engendros.

En fin, Ximena, como Valentino, viene ocasionalmente. Llega con un montón de carpetas vacías y se la pasa gimiendo de angustia en su oficina, para que la escuchemos “aprisionada entre las obligaciones que la asfixian”. No ha de pasar de los treinta y cinco y ya lleva tres matrimonios fallidos, o como ella dice: “Tres matrimonios de los que me salvé”. Ahora sale con un abogado que nos frecuenta y nos cuenta historias súper falsas que le ocurren en la corte. Para empezar, él ni siquiera va a la corte. Es abogado que se dedica a darnos asesoría legal. Se encarga de las actualizaciones de los términos y condiciones que el gobierno pone como estándar de exigencia a sus trámites y todo eso. Además, es algo así como un consejero para los que trabajamos aquí. No sé por cuál de esas actividades le pagan. Yo lo he escuchado hablando con otros acerca de terrenos con escrituras ambiguas y qué podría pasar si mato a un ratero que entra en mi casa.

Además de corrupta y mala esposa, Ximena también es autodidacta del inglés. Se lo pidieron como requisito para la compensación de su sueldo, y hasta le pagaron el curso, pero se ha de haber gastado el dinero en otra cosa, porque siempre se le oye cacareando cuando quiere lucirse en su lengua inglesa. Ni siquiera puede decir *my darling* sin que hagas una cara de “¿Qué acaba de decir?”, y eso que es una frase que ya a su edad se debe ir perfeccionando. Sabe que muchos se burlan de ella y ha dejado de hablar inglés frente a nosotros, pero nada la detiene para convertir su dialecto en un pochismo bruto e incómodo.

—Clementina, buenos días, linda. No te vi en el encuentro que acabamos de tener.

—Buenos días, Ximena —le digo y me detengo. Ella me mira como esperando una excusa, pero no le voy a decir que me da mucha flojera Valentino y por eso no fui a escucharlo hablar de cosas que no sabe.

—Cariño, debes hacerte el tiempo para escuchar alguna lección de tiempo en tiempo.

—Lo hago, pero hoy me fue imposible. Lo siento.

—Todo está bien. Vengo a introducirte a Xianya —quiso decir: a presentarte a Xianya—, nuestra nueva asistente de control.

Le llaman asistente de control, pero no es otra cosa más que una mandadera. Sobre sus obligaciones se encuentran las tareas de organización y recordatorio de eventos sociales no obligatorios, como cumpleaños y convivios elaborados temáticamente para la celebración de fechas festivas nacionales. También firma de recibido los paquetes que nos llegan por correo y controla la papelería, que es mucho decir, pues se la pasa llenando vasitos de plástico con clips y comprobando que nadie haga mal uso de los *postits*. Llena la bandeja de la impresora con papel cuando se termina, y va a traer botana y hacer recargas de saldo de celular a mediodía.

—Mucho gusto —le digo y le tiendo la mano.

—Hola —dice en un tono de niña consentida, obnubilada por mi espacio no logra, o no quiere, aparentar que mi lugar le ha parecido una prisión—. ¿Aquí trabajas?

—Sí —le contesto—, o algo así.

Ximena se ríe con ganas, pero falsamente. Siempre se ríe cuando alguien hace una “broma” sobre lo poco que trabajamos en esta oficina.

—¡Ah! Está muy chiquito —termina diciendo, recorriendo todo mi espacio con dos pasos, revisando las esquinas con una mirada perdida, acariciando un dije de oro que lleva en una gargantilla.

Se ve muy joven. No diría que tiene más de veinte. Pero seguro tiene más. Me parece una muchacha muy bonita, demasiado remilgada y débil de carácter para hacer el trabajo que le han dado, pero seguramente ni hará falta que haga nada. Trae una falda de diseño, casi parece la parte de abajo de un vestido de noche, una blusa formal, lisa, verde, de tela gruesa con mangas tres cuartos que no parece haber sido descolgada de un palo en un tianguis. Se sujeta el cabello con un prendedor con pedrería y los aretes son los que escondes cuando pasas por una calle que está sola. Trae zapatos de piso con talón elevado apenas un par de centímetros, un moño hace la decoración al frente, recargado a un costado de cada zapato, y como cinturón trae un listón negro que se le ajusta a su cintura con un enorme moño por delante. Parece un listón cualquiera, pero seguramente si le da la vuelta trae la firma de un francés grabada en letras de oro.

—No es necesario más espacio —le digo tratando de no sonar grosera, aunque a primera vista ya la odio—. Aquí manejamos documentos, no reciclamos latas de aluminio.

Ximena vuelve a reírse exageradamente.

—Lo que sí vamos a reciclar —me dice Ximena en tono conciliador— son los viejos formatos. Estrenamos nuevos documentos a partir del próximo mes. No te haría mal revisar los archivos que tú manejas, Clementina, para que vayas familiarizándote con ellos. Hay copias de todos en el comedor, en la tabla de siempre —quiso decir: en la mesa de siempre.

Salen de ahí llevándose mi tiempo y mis pensamientos.

Tengo una cita con Mario Vallerte a las once. Me han pedido que lo busque en el restaurante del hotel Gobernador. Pero no me dijeron que él me invitaba a desayunar. No fueron tan claros como Valentino.

Tuve un sueño en el que llegaba hambrienta a la cita, pero Mario Vallerte ya había tomado sus alimentos. Yo me negaba a comer cuando él me invitaba de una taza de alcohol, ésa era la manera de alimentarnos en mí sueño, y decía que ya había comido antes de llegar. Él me hablaba de sus ideas, me hacía sonreír, me hacía sentir que no había nadie más en el mundo, y de repente, siendo traicionada por las necesidades de mi cuerpo, mi estómago me gritaba que lo alimentara. Mario Vallerte había escuchado y se había indignado, no por mi mentira, sino porque era yo una mujer con hambre. Me dijo que él no podía salir con alguien así y salió del lugar sin volver a mirarme.

Si mi sueño fue profético puedo ahora remediarlo antes de que suceda.

Voy al comedor y busco las galletas que me gustan en la maquina vendedora. La mujer que hace el aseo de la oficina también prepara el café. Cuando llego lo está preparando en una cafetera gigante.

En una mesa está la nueva platicando con algunas mujeres. Ya no la acompaña Ximena. Estará llorando en su oficina por su trabajo tan estresante.

Reviso la maquina una vez y después me pierdo en la conversación que tienen las chicas detrás de mí. Le preguntan a la nueva por su ropa, por la marca, le miran la etiqueta, huelen el frasco de su perfume, leen de la botella palabras que no pueden pronunciar, sacan de su bolsa el maquillaje y se lo aplican en las manos.

La mujer del aseo pasa frente a mí y me saca de la ensoñación en la que había caído sin darme cuenta de que me veía muy mal, parada ahí, viendo directamente cómo manoseaban a la nueva.

Para compensar mi incomodidad, aunque fue leve, tomo un vaso desechable

y me sirvo de la cafetera. Me acomodo el cabello detrás de las orejas y me dedico a encajar la mirada en las cosas que son tan similares a las mías, pero que no siendo las mías, me parecen tan diferentes.

—Cleme, ven a ver este labial —me dice Clara.

Arqueo las cejas en tono de desentendimiento y sorpresa, como si me hubieran sacado de mis ideas, tan profundas ideas, y camino despacio hacia ellas con una manía comprensiva, como si estuviera a punto de dar con la fórmula para acabar con el sufrimiento humano, pero prefiriera dejarlo para otro día, sólo para no ser grosera con ellas que me llaman para que vea un labial.

—Ése tengo que encargarlo de catálogo —dice la nueva. La forma en la que dice catálogo te hace pensar que no es uno impreso en cualquier papel, de los que mi madre tiene por montones y que huelen a cartón, tinta, perfume y plástico. Dice catálogo como enunciando en cada silaba la idea de que ninguna de nosotras puede aspirar a tener algo así.

Es un labial morado intenso, sin brillo, un violeta muerto, un color que sólo podría vérselo bien a Morticia en una fotografía en blanco y negro.

—Pruébatelo —me dice una que no conozco—, de seguro se te ve bien.

Le sonrío, sin negar ni aprobar. Bien que se dan cuenta de que, a pesar de que últimamente parece que no uso, traigo un maquillaje puesto a conciencia como parte de mi ritual, como el de todas ellas, como el de cualquier otra.

Me pasan un polvo y tengo que dejar mi café en la mesa para no derramarlo. De pronto se convierte aquello en una tómbola de preguntas y respuestas. Le preguntan a la nueva qué color se les vería bien en los ojos, qué labial es mejor, qué perfume va de acuerdo con sus personalidades, y la otra contesta con una superioridad tan vistosa, que quien viera de lejos podría decir que le están preguntando por la razón de la vida y nuestros propósitos en ella.

Pronto soy yo la que tiene más productos en las manos. Las otras se están retirando de una por una. Al final quedamos la nueva, Clara y yo. Clara se levanta y se disculpa, dice que va al tocador. ¡Por dios! ¡Al tocador! Inevitablemente se levanta una pared de incomodidad entre Sandia y yo. Le devuelvo su maquillaje y la miro mientras guarda todo en una bolsa que a primera vista parece más cara que todo lo demás.

—¿Cómo se escribe tu nombre? —le pregunto para no dejarla sola. La verdad es que no lo recuerdo y no quiero ser grosera.

—Ci-a-nia —me responde y me sonrío. Me lo ha dicho fonéticamente, y no

se da cuenta de que le he preguntado por las letras.

—¿Con ese?

—Con equis al principio y con ye antes de la última a.

—¿Qué significa? —le pregunto porque quiero que me diga que no sabe, así puedo decir que no es perfecta como todas creen.

—Es maya, significa Siempre.

—¿Sabes mucho de los mayas?

No me ha hecho ningún mal y la detesto. Le hago este tipo de preguntas porque quiero que no pueda responderme, que se dé cuenta de lo tonta que es. La odio y aquí estoy, admirando su aura, tratando de rebajarla cuando acepto que no puedo dejar de mirarla.

—No. ¿Por qué sabría algo de ellos?

—Se me ocurrió —le digo—. Nunca había escuchado tu nombre.

Se crea un silencio incómodo.

—¡Ah! Gracias —me responde.

No dije que fuera bonito. Pero nadie le ha enseñado a quedarse callada.

Me dice que tiene que ir a buscar a la licenciada Jime, así lo dijo, que sólo le había dado quince minutos de descanso, y ya tenía que seguir con su entrenamiento. Le sonrío y le digo que espero que se sienta bien aquí. Supongo que yo tampoco he aprendido a quedarme callada. Además, aquí no jugamos fútbol Ci-a-nia, nadie va a entrenarte.

Vine a buscar algo de comer, pensando en calmar mi hambre para poder ir tranquila a mi cita con Mario Vallerte. Ahora tengo un café que sabe horrible, alguien se ha llevado mis galletas y Xianya cree que no valgo su compañía.

Murmullo de groserías.

Bajé del taxi cuando faltaban cinco minutos para las once.

Me cambié en el baño de la oficina. Bien pude llegar vestida así a mi trabajo, pero no quería generar preguntas prematuras.

Llevo un traje sastre que nunca uso por la incomodidad de la falda apretada y la mala calidad del saco: mal cortado y la tela pica. Pero no pienso usarlo hoy. Sólo la falda, gris, justo debajo de la rodilla, ceñida, me obliga a dar pasos cortos, uno delante del otro, tacones modestos, pero bonitos, negros, con un listón más claro, aretes que combinan con los zapatos, no me tocan el cuello, pero tampoco están pegados a mis lóbulos, en la cara traigo el maquillaje suficiente para que se note que pasé un rato arreglándome, pelo suelto, partido en dos, liso y libre sobre una blusa tinta de manga corta, que me costó lo que un traje completo, un collar de bisutería fina, si tal cosa existe y no es sólo consolación por no tener joyas reales, de las que nunca he sido fanática, y alrededor de uno de mis dedos, el único pedazo de oro que realmente uso en ocasiones especiales, un anillo que me quité justo al salir del taxi porque noté que no iba al caso. Saco de mi bolsa la pulserita que venía a juego con el collar y me conformo con no dejar mi mano totalmente desnuda.

Son cinco pasos a la puerta del restaurante del hotel Gobernador y me alcanzan para alzarme sobre la media de los sentimientos de satisfacción personal.

Mi vida se siente bien, lo confieso, al menos hoy, al menos por ahora. De todas las que hacen lo que hago, seguramente soy de las sobresalientes. Ellos, los hombres que me buscan lo tienen todo o no tienen nada; lo saben hasta que estoy con ellos, hasta que no pueden diferenciar si soy lo que necesitan, o si soy todo lo que les queda. Me toman, me consumen, me ponen de rodillas y me acuestan en sus camas. Es que no se les ocurre nada más. Después se dan cuenta de que no es suficiente.

O hacen lo mismo por el resto de sus vidas, o se condenan a sufrir imaginaciones que sólo caben en los martirios de otros demonios.

Hagamos de cuenta que le pertenezco, señor Fulano, pero en el fondo sabe que no lo quiero, acaso lo estimo y me veo conmovida a ayudarlo. Soy su chica favorita. No soy su esposa ni su hija, no soy el resentimiento escondido hacia su madre ni el recuerdo de sus hermanas, sin embargo, soy así de real. Aunque existo en otra dimensión, aunque no pueda traerme al lugar donde usted está, su sufrimiento no se divide entre la realidad y la fantasía, sino que

se duplica, y yo vivo en los dos, porque soy la reina de su cabeza. De usted y de cualquiera que intente considerarme como una simple fuga de placer. Puedo dejar el rastro de mi juventud, el aroma de mi actitud.

Si soy yo la otra mujer, entonces mi deber es ser perfecta. Una reina solitaria, un encanto de ocasión que permanece por el resto de la memoria. No cometo errores, las consecuencias no responden a mis actos, sino a la sed de amor de la humanidad. Soy una fantasía, no soy verdadera, y vivo. El sufrimiento que dejo en los corazones de quienes se obsesionan conmigo es por la imposibilidad de retener ese amor que les doy, que debe ser perfecto, como las imaginaciones lo son.

Me gusta mirar mi lunar favorito en mi brazo izquierdo, el que Sebastián acariciaba después de habernos unido, después de dejarme que lo amara. ¿Te gusta?, le pregunté, Es muy bonito, me dijo, es una galaxia en el vasto universo que es tu piel.

¿Cómo no querer ser esa mujer? Aunque sea la otra. Aunque ese amor no sea real. Aunque después llene el vacío con lágrimas y deba aceptar la soledad como el castigo por defraudar las emociones. ¿Qué más puedo hacer? Lo contrario no tiene sentido.

Pregunto por el Ingeniero Mario Vallerte, que me está esperando.

El hombre de la puerta sonrío y educadamente pregunta mi nombre. Clementina Sorrento, le dije. Encuentra Clementina, a secas. Seguro es usted.

Me guía entre mesas vacías y un par de miradas perdidas en un escondido rincón. Vamos a una mesa grande, donde están conversando cuatro hombres elegantes. Tres se ríen y el otro no interrumpe su relato.

—Ingeniero Vallerte, esta joven tiene cita con usted.

—Sea más respetuoso, caballero —dice uno de ellos y se levanta de la silla para acomodarme en un asiento—. ¿No ve que está tratando con una dama?

—Gracias —le digo al hombre que me invita al asiento y le dedico una sonrisa que alcanzaría para todos.

El silencio se prolonga mientras el camarero pone una servilleta a mi disposición y una copa de agua frente a mí.

Mis movimientos son como los de la miel. Cualquier palabra de estos caballeros es consumida por la viscosidad de mis pestaños.

¿Sabrán todos que lo que tienen a un lado es una dama de compañía? Seguro. Nada más hay que verlos.

Tomo mi cabello de la parte derecha y lo muevo como si fuera una cortina espesa de agua y azúcar, lo acomodo detrás de mi oreja y el almíbar recorre toda la orilla de la piel hasta convertirse en una gota frágil que cuelga de mi lóbulo. Me toco con calma dejando que el dedo medio tome la gota dulce y la evapore en mi cuello. ¿Cuántos de los cuatro lamerían de mi piel el rastro de ese jarabe? No parecen ser la clase de hombres que lo harían, pero ¡vaya que les gusta mirar!

Me atrevo a dirigir mi atención al que creo que es el Ingeniero Vallerte. No será el que me recibió. No será el que parece más serio. De los otros dos, uno es notoriamente más joven que los demás. Entonces dirijo mi mirada de miel al único que queda. Le sonrío y me responde con coquetería.

Sin pudor alguno me veo en una de las tantas camas que ha de tener este hotel, con los cuatro cerca de mí, todos saboreando la melaza de mi cuerpo, intoxicándose, sabiendo que la única cura para su placer es seguir bebiendo. Una vez extasiados sin saber lo que es el empalago, recibirlos a todos, uno a la vez, dentro de mí, mientras los otros tres buscan su galaxia favorita en mi piel.

Me excito de golpe y al menos el que está a mi lado más cerca, lo ha notado. Pero no sabrá si se lo imaginó, o si fue su propio impulso.

—¿Nadie va a saludar a la señorita? —dice él mismo cuando nota que me ha sonreído por mucho tiempo.

—Él es el Ingeniero Fernández.

—Mucho gusto —me toma la mano el hombre que me recibió y me da un beso respetuoso, no puedo evitar pensar que se llevará mi fragancia con él. Estará pensando en mí todo el día.

—Él es el Ingeniero Coriba.

—Buenos días —dice él y de inmediato compruebo que es el más serio.

—Él es el Ingeniero Montiel.

—No hace falta que lo recuerdes —me dice acercándose a mí—. Ya llegaremos a conocernos.

—Espero que sí, Ingeniero Montiel — le digo en un tono que pasó rozando el desafío.

—A mí ya me conoces, al menos mi nombre —me dice quien había presentado a los otros.

—Ingeniero Vallerte —le digo y le sonrío más.

—¡Apenas! ¡Este no hubiera salido la ingeniería si no fuera por la cubanita! —dice el hombre más despierto. Los otros se ríen. Yo sonrío con educación,

pero me he sentido expuesta, expulsada de golpe por el chiste privado.

Me recupera el Ingeniero Coriba.

—No nos has dicho quién es la joven, Mario.

—Ella es la señorita Clementina. Discúlpame — me dice directamente—, todavía no conozco tu apellido.

Creo que se siente incómodo de repente sabiendo que Clementina podría no ser mi verdadero nombre y que no podría responder con serenidad acerca de mi apellido.

—Sorrento —les digo a todos en un tono musical casi imperceptible.

—No dudaría que es italiana si me lo hubieran dicho —dice el Ingeniero Montiel mostrando cierto desinterés.

—Sólo es una curiosidad de la familia, el apellido.

El camarero se acerca. El ingeniero Fernández pide otro café, pero el Ingeniero Coriba lo detiene.

—Tenemos que ir a la oficina. Ya vamos muy atrasados. ¿Qué le vamos a decir al jefe?

—El jefe no va a revisar su negocio. Bien podríamos haber pasado toda la mañana fuera y no se hubiera dado cuenta —responde el Ingeniero Fernández con malicia cómica.

—Si no fuera porque aquí está no se hubiera dado cuenta. Fernández, cuando llegues quiero que le dejes tu renuncia a mi secretaria —dice seriamente el Ingeniero Vallerte, todos los demás siguen sonriendo.

—¿Después quién te va a conseguir los fideicomisos tan rápido?

—Entonces consíguelos y luego me presentas tu renuncia —responde el Ingeniero Vallerte ahora sonriendo.

—Aquí está mi renuncia —le dice el Ingeniero Fernández escribiendo en la servilleta de tela del hotel.

“Dame un aumento de sueldo”, lee el Ingeniero Montiel en voz alta para que los otros no tengamos que molestarnos en leer.

—Te lo di desde la primera vez que lo pediste, Ferrito, pero no te das cuenta porque todo lo que te comes en las reuniones lo descuento de tu pago.

Todos se levantan de la mesa, dando esa risa como la última. Me voy a levantar también pero el Ingeniero Montiel me detiene tomándome suavemente el hombro.

—No te molestes por estos pelafustanes —me dice en una sonrisa que comienza a gustarme. No será el más educado, pero es el más guapo de los cuatro.

—Señorita Clementina, quisiera saber de usted pronto —me dice el Ingeniero Fernández con tan poco tacto que me hace descender de las prostitutas esquineras.

Me extiende una sonrisa y su tarjeta. De inmediato se la arrebató el Ingeniero Montiel y le clava una mirada que lo daña. Ya veremos, le dijo. El Ingeniero Fernández sólo le chistó. Contrariado queda el Ingeniero Coriba, pero ya ha de estar adivinando de qué se trata esta reunión que tiene Mario Vallerte con esta señorita Clementina Sorrento.

—Coribio, haz lo posible por tener lo que te encargué —dice el Ingeniero Vallerte.

—Considera que ya está hecho —le responde.

Sólo él y el Ingeniero Fernández salen del restaurante del hotel. Serenamente toman sus asientos los Ingenieros Vallerte y Montiel.

—Perdona que no te hayamos ofrecido algo antes, pero queríamos que se fueran esos dos —dice el Ingeniero Montiel.

—¿Deseas comer algo, Clementina? —me pregunta el Ingeniero Vallerte.

—No, gracias. Desayuné antes de venir.

Por un momento se miran ellos con algo de picardía. Me incomodo pensando que su comentario fue algo sexual. Tomo un sorbo de agua de mi copa y espero lo que sigue.

—¿Sabes por qué estás aquí, Clementina?

—Lo sé, Ingeniero Montiel.

—Dime Alex.

—Estoy aquí porque el Ingeniero Vallerte quería verme.

—Así es —responde él—. Pero lo que Alejandro quiere escucharte decir es la razón por la que quiero verte.

Me siento acorralada, la miel se ha secado y me ha quedado tierra pegada que habrá traído el viento de las palabras de los dos.

—No entiendo —les digo fingiendo una fuerza que no tengo en ese momento.

—¿Y si yo también quisiera verte, Clementina?

Un calor nace en mi pecho al instante. ¿Es esto la proposición para un trío? Lo pienso de inmediato. Miro al ingeniero Vallerte y no me lo puedo imaginar cómplice de esta propuesta.

—Me siento halagada, Ingeniero Montiel. Pero mi cita es con el Ingeniero Vallerte.

Los dos se miran y sonrían.

—No es plata —dice el Ingeniero Vallerte satisfecho con mi respuesta.

—¿Cuántos años tienes, Clementina? —me pregunta el Ingeniero Montiel mirando su reloj.

—Veintiséis —le contesto a secas fingiendo que estoy recuperando mi seguridad, demostrándole que no me siento menos ante él.

—¿Hace cuánto que te dedicas a esto?

Miro directamente a Mario Vallerte, pero no me recibe, en su lugar contesta su versión de ingeniero:

—Él sabe de qué está hablando. Buscamos que nos muestres a Clementina.

—No te pongas nerviosa —lo secunda el Ingeniero Montiel.

—No lo estoy —no puedo controlar el temblor en una de mis piernas, pero mi mirada demuestra determinación.

—¿Qué crees que quiero que hagas por mí? —me pregunta el Ingeniero Vallerte.

—Quieres que te ame —le digo cuando siento que mis ideas vuelven a mi cuerpo. No puedo creer que las había olvidado.

—Amor es una palabra muy fuerte.

—No lo es más que yo —le miento y le gusta. También sonrío el Ingeniero Montiel.

—¿Eso haces con tus clientes, amarlos?

—Si eso es lo que necesitan, eso hago.

—¿Entonces crees que Mario necesita que lo ames?

Quise contestar que tal vez necesitaba que él me amara a mí, y de ahí podría entregarle lo que realmente quisiera. Pero supuse que sería infantil para ellos escucharlo.

—Eso creo —dije, abarcando más terreno en la seguridad—. Pero siempre se puede reconsiderar sobre la marcha.

—Me agrada ver que estás dispuesta. Pero me intriga la forma en la que te presentas a ti misma. Muchos podrían asustarse al verte —me dice a los ojos el Ingeniero Montiel, mostrándome que él no está asustado.

—No soy la cita ideal para muchos. Lo acepto. De cualquier manera, ¿qué podría hacer un hombre con una mujer que le ofrece su libertad si le tiene miedo?

—¿Ofreces libertad?

—En muchas formas.

—Para los hombres que solicitan citas con mujeres como tú —hace una pausa y me muestra las palmas de sus manos, limpias y generosas—; no lo

digo como ofensa...

—No lo tomé como tal.

—... Algunos hombres que tienen citas con mujeres como tú no buscan hacer sexo como algo primordial.

Detesto que digan “hacer sexo”. Me quedo callada, no porque no sepa qué decir sino porque no me ha preguntado nada. Él también se queda callado y espera pacientemente, como si lo que dijo hubiera sido suficiente para dar a entender que había acabado de usar la palabra.

Comenzamos a ahogarnos los tres en el silencio. Ha durado demasiado, pero me niego a ser yo la débil que regale el sonido. Frente a mí está el hombre que me dijo que el silencio vale mucho más que las palabras. Claro que en un momento así, las palabras adecuadas valen más que el silencio, pero ahora hay que preguntarnos si las palabras valen más que el orgullo.

—¿Qué le darías a esos hombres, Clementina? —se rinde él.

—Lo que necesiten de una mujer como yo. Después de todo, me habrían elegido de entre un montón de otras similares, ¿no es verdad?

—Sí. Pero dices “de otras similares” como si no fueras tú también una de ellas.

—No lo soy —respondo con toda mi seguridad en su lugar.

Ellos se miran nuevamente. Ya no sonrían ni entiendo las palabras en su mirada. Estoy por sacar una lágrima por el coraje. Estoy en una pelea con un hombre que cree que puede juzgarme por lo que hago, por las razones de otros para tener una cita conmigo.

—¿Por qué piensas que son otras las que deberían parecerse a ti?

—No dije que deberían parecerse a mí. Dije que yo no soy duplicado de ellas.

—Quiero que me digas qué eres, entonces.

—No soy placer genérico. No tengo una obligación con esos hombres. No soy una mujer mecánica. Soy una mujer que mide y actúa en consecuencia de las necesidades de otras personas.

—Como una enfermera.

—Una enfermera sólo sabe hacer lo que aprendió. Es vigilada por un reglamento y sus actos son castigados si comete una equivocación —le digo mirándolo directamente a los ojos.

—¿A ti nadie te castiga por lo que haces?

—No hay castigo por tener sentimientos.

—Suenan a que no tienes respeto por los clientes.

—No me gusta decirles “los clientes”. Y no entiendo qué tiene que ver el respeto en esto, o por qué le da ese peso. Yo lo doy por hecho.

—No digo que seas maleducada. Quiero decir que los hombres que salen con mujeres como tú, en estas condiciones, son hombres que no quieren verse menospreciados.

—No los menosprecio. Dije que no consideraba la posibilidad de una obligación con ellos, pero sí tengo una responsabilidad.

—¿Cuál?

—Darles un momento perfecto.

—¿A cambio de qué?

—Es personal.

—Clementina, no hay nada personal en este trabajo, que, por cierto, ha de ser el más personal de todos.

—Entonces lo hago por placer. Por orgullo. Por interés emocional e intelectual. Por encontrar la humanidad que nos queda en algún rincón incómodo en la escena que nadie considera completamente humana.

—No creo que haya mucho de intelecto en el sexo.

—No todos los hombres que salen con mujeres como yo buscan “hacer sexo”, Ingeniero Montiel.

—¿Y por dinero? —me dice y noto que lo he herido.

—Es incidental. Si no hubiera ese intercambio podría considerarse nuestra relación como un problema sin salida, como la repetición de preguntas que no tienen respuesta. Sería tan íntimo que terminaría volcándose todo en una cuestión muy personal. Y, sin embargo, no deja de ser personal, ¿verdad?

—¿Qué podrías hacer por un hombre como yo? Si tienes la visión que dices tener, ya habrás visto en mí alguna necesidad.

—No lo he hecho —acomodo los hombros y afilo la mirada—. Caminar por la calle tomado de mi mano, sonriendo y sintiendo que cada vez falta menos para perderse entre mi cuerpo, no es algo que un hombre como usted haría. Busca algo más. Y yo terminaría sabiéndolo, tarde o temprano.

—Lo haces sonar peligroso.

—¿Por qué no lo sería?

—Esos hombres —apunta hacia la calle como si todos los hombres que quisieran salir conmigo estuvieran asomándose a la ventana— no buscan algo peligroso. Quizás quieran que lo parezca, pero no que lo sea.

—Quieren que lo sea. Todos quieren que lo sea. Pero quieren tener el control.

—¿Tú los haces sentir eso?

—Es lo único que hago. Y es lo único que no hago.

—No entiendo —se ríe burlándose de mí—. Parece que quieres ser mucha mujer para algunos.

—¿Lo soy para usted?

Se le borra la sonrisa. Mario Vallerte se acomoda en la silla. Quizás se ha incomodado en este punto. El Ingeniero Montiel y yo nos hemos convertido en rivales. ¿Será eso lo que busca en una mujer?

—No lo sé —me responde cuando no encuentra apoyo en su amigo—. ¿Por qué no me dices lo que podrías ser? Para mí y para cualquiera.

—Soy como un lobo.

—¿Como un lobo?

—Pero uno que engaña a la vista. Uno que parece domado, pero que está ardiendo en la furia. Tengo cadena y puedo entregársela, a usted y a cualquiera que necesite sostenerse de algo que no comprende. Ese será su momento. Usted decide si quiere jalar esa cadena y sentir que es el dueño del mundo, pues ha domado a un lobo; le permito olvidar que yo misma le di el control, o puede soltarme y sentir cómo lo consumo. Si no sabe qué es lo que quiere, yo decido por usted. Así de grande soy. De cualquier manera, cuando terminemos, sabrá que no tiene nada, que lo quiere todo y que yo lo tuve desde el principio. Me verá alejarme, libre, sin ninguna conmiseración, sin ningún rencor, sin ninguna culpa. Habrá sido sólo un niño más que quería tomarse una foto con algo que es más grande que él.

Silencio. El Ingeniero Montiel me mira con desagrado, quizás indiferencia. A su lado el Ingeniero Vallerte me sonrío levemente. Yo vengo despertando de un sueño que me deja fría.

—Diamante —dice el Ingeniero Vallerte cuando lo mira su amigo.

—Voy a disfrutar mucho mis encuentros con usted, señorita Sorrento —me dice el Ingeniero Montiel sin darme la victoria. Se levanta de la mesa y sale del hotel.

Frente a mí queda Mario Vallerte, lo conozco por la sonrisa que le escuchaba a través del teléfono. Mis manos tiemblan y me doy cuenta de lo seca que tengo la garganta. Mario Vallerte parece notarlo.

—Voy a pedir que traigan más agua.

Quiero levantarme y correr a abrazarlo. Tengo unas ganas irremediables, nacidas de no sé dónde, de ser su chica favorita. Encuentro consuelo en él, y ni siquiera me lo ha ofrecido, ni siquiera me ha dejado sentirlo como un refugio.

Sigue siendo un rayo de luz que bien puede hacerme más joven y bella, o consumirme como yo acabo de decir que lo hago con quienes me liberan.

El brazo de Mario Vallerte atraviesa toda la mesa y me acomoda el cuello de la camisa. Contengo el impulso de tomarle la mano y ponerla en mi mejilla. Necesito tanto su consuelo, y al mismo tiempo lo detesto con la misma intensidad. Estoy aquí y quiero abrazarlo, pero si dice mi nombre voy a salir corriendo. No quiero volver a verlo.

—Perdónalo —me dice—. Confunde su crueldad con la pasión.

Suelto el llanto, delante de él, como si siendo una niña acabara de pelear a arañazos y jalones de cabello con mi enemiga. Me toma de la mano y detengo el llanto de golpe. Me tiembla la quijada, pero no quiero que me vea llorar más.

—Es por el coraje —le digo.

—Yo sé. También a mí me ha hecho llorar —me dice, ahora sí conozco a Mario Vallerte, sabiendo que su versión fría se ha ido con su bruto amigo.

Lo veo sonreír de una manera tan tierna, que alivio la insoportable presión de mi llanto con una sonrisa que me saca un par de lágrimas más.

—No quise ser grosera. Me excedí —le digo como disculpa.

—No te preocupes. No considero que hayas sido grosera. Te portaste como debiste. La verdad es que no esperaba menos.

—Ya no querrás salir conmigo.

—¡Ahora más que nunca!

—Dije cosas muy tontas.

—Nada de lo que dijiste pareció tonto.

—¿Tu amigo estará bien? No creo que quiera volver a verlo. Le dije cosas horribles.

—No te preocupes por él. Aunque te aseguro que volverás a verlo. Ahora trabajas en su agencia.

La maldad no le teme al diablo.

El Ingeniero Montiel es socio de una cadena pequeña de casas de apuestas en la ciudad. Tiene una de las más rentables en el hotel donde estamos, que por cierto pertenece a Mario Vallerte.

Hace más de diez años que, junto a un amigo que Mario Vallerte no conoce, el Ingeniero Montiel inició este negocio de edecanes. En ningún momento Mario Vallerte nombró a las damas de compañía, ni a las prostitutas, ni a las mujeres de la noche. Es que no lo somos. Siempre dijo edecanes.

Así empezó. Tenían un grupo reducido de modelos que posaban para fotografías temáticas. Vendían los derechos de las imágenes.

Después comenzaron a prestar los servicios de edecanes. Las mujeres que se acercan a ti en el supermercado y te ofrecen el nuevo desodorante, o el jabón o el champú. O las que están paraditas a un lado de un empresario o político en algún evento público, con o sin publicidad en el vestido. Terminaron envolviéndose en el mundo en el que están ahora, en una historia que Mario Vallerte dijo desconocer.

Su agencia tiene presencia en doce estados y le ofrecen a las más de trecientas mujeres que tienen en su firma las seguridades y comodidades que ya me ofrecieron a mí.

Mario Vallerte conoció a Alejandro Montiel cuando compró el hotel hace más de veinte años. Tenía un poco más de treinta, y su compañía, de la que era socio a partes iguales con otros tres, había despegado del suelo de la mediocridad. El gobierno les había autorizado el suelo para la planeación de más de treinta consorcios de vivienda para los próximos diez años. Todos, así como así, o eso me hizo pensar Mario Vallerte, se habían hecho ricos.

Por malas prácticas y deslealtades, la compañía se partió en dos, y del grupo de cuatro, los otros tres prefirieron andar por el camino torcido de los negocios. Mario Vallerte compró el hotel Gobernador con todo el dinero que tenía, convencido de que el negocio lento de la hotelería le daría la calma que siendo todavía joven ya necesitaba.

En la compra del hotel no estaba incluido el casino de Alejandro Montiel. Éste pedía cantidades obscenas por mantenerse dentro de ese “decrepito hotel”. Nadie que venga a esta ciudad quiere quedarse en un hotel tan caro y tan poco moderno como éste. Si había sobrevivido como lo había hecho hasta ese momento, había sido gracias a las generosas contribuciones que le hacía el casino, traducidas en clientes borrachos que ya no querían regresar a su casa

en la madrugada y terminaban pagando la noche en uno de los cuartos vacíos. El casino, ése sí, moderno y ágil, se quedaba con sus ganancias, y en un giro de las negociaciones tramposas de aquella época, también se quedaba con una parte de las ganancias del hotel.

Cuando Mario Vallerte lo compró, fue invitado a una suite de su propio hotel, donde estaba en la bañera Alejandro Montiel con un par de hermosas mujeres que subcontractaba para sus deleites mundanos, todo esto de la boca de Mario Vallerte, y en una táctica de intimidación, o por pura desfachatez, cuando Mario Vallerte entró y saludó a Alejandro Montiel, éste se levantó del jacuzzi, completamente desnudo y con una erección que Pelé hubiera denominado de cinco en la escala de firmeza. Mario Vallerte lo miró con una sonrisa incrédula, miró a las mujeres que se reían en secreto detrás de Alejandro Montiel, y dándose media vuelta salió de la suite sin escuchar palabra que pudiera convencerlo de quedarse.

Recibió infinidad de propuestas en los próximos días. Alejandro Montiel tenía que arreglar el problema de las ganancias. Pero Mario Vallerte no accedió a ninguna de sus proposiciones.

Un día, en la oficina administrativa del hotel, Mario Vallerte recibió la visita de uno de los mensajeros de Alejandro Montiel. Serenamente le hizo pasar a la oficina donde se encargaba de los números del hotel y ahí se dejó explicar el porqué de las recurrentes citas que proponía el dueño del casino.

Cuando ya estaba clara la intención del Ingeniero Montiel, Mario Vallerte le mandó llamar, lo esperaba sentado en la mesa de Black Jack que era exclusiva para los clientes más estimados del local. Cuando Alejandro Montiel llegó, Mario Vallerte le dijo que así, sin quitarse los calzones, le iba a decir que sus demandas parecían ser justas a simple vista, pero que la de él no era una simple vista. Alejandro Montiel hizo que sus empleados se fueran de la mesa donde iba a sentarse con su amigo de negocios. Hablaron por un rato, Alejandro Montiel expresando su costumbre a recibir dinero, y Mario Vallerte tratando de ocultar que aparte del hotel ya no le quedaba nada de riqueza en el mundo. “Lo que quieres hacerle a mi hotel es convertirlo en una casa de apuestas con camas para dormir entre pérdida y pérdida”, “Son negocios, Vallerte, que no le dé miedo”, “No es miedo el que me da, sino lástima por la gente que embaucas en mi establecimiento”, “Esa gente sabe bien a qué viene a un casino”, “Ninguno ha de venir a perder su dinero, sino a ganar el que no es de ellos”, “Usted lo ve así, pero ni yo ni ellos estamos de acuerdo”.

Discutieron un rato más. El alcohol no dejaba de venir. Ya entrada la noche,

Mario Vallerte se levantó de golpe y dijo, casi gritando: “¡No le voy a dar ni un centavo del dinero que la gente invierte en la seguridad que le da un hotel de categoría como éste! Su establecimiento no debería estar aquí”. Alejandro Montiel se levantó y con tono tranquilo siguió la conversación: “¿Qué va a hacer? Mi casino es, realmente, la base de su hotel”, “Yo no voy a hacer nada. Usted mismo verá cómo la mala gente que atrae su jueguito va a ir perdiendo el interés cuando se den cuenta de que este hotel da preferencia a los buenos ciudadanos, y no a los barbajanes que se juegan el dinero que no tienen en una ruleta chueca. Va a ser usted, Montiel, el que tenga que arrancar su negocio desde los cimientos, y después va a pagarme por los daños que le haga a mi edificio”, “Ninguno de mis juegos está chueco, no crea que no sé qué quiso decir”, “Entonces apostemos todo en una mano de cartas”, “¿Qué es todo?”, “Las ganancias que usted quiere contra mi idea del negocio. Ni siquiera le voy a pedir que se vaya de mi edificio, sólo que nos separe una pared. Si gana le doy su dinero cada mes, como ha venido recibéndolo, pero si pierde hace una puerta por fuera para que entre su gente a su negocio, y pierde el apoyo del hotel”.

Alejandro aceptó la apuesta. Se repartieron las cartas y se jugó como se juega con ellas. En menos de cinco minutos Alejandro Montiel había perdido las ganancias que le daba el hotel.

Cumplió su palabra y mandó poner una pared entre el hotel y la entrada a su casino, e hizo una puerta por fuera, a la vuelta de la esquina de la entrada principal.

Cuando se enteró de que Mario Vallerte había arreglado el juego, dándole una cantidad ridículamente grande al crupier para que le diera las mejores cartas, Alejandro fue hasta la oficina de Mario Vallerte y le dio la mano con una sonrisa. Mario Vallerte pudo no haber dicho nada, pero soltó la frase que debió estar quemándole la garganta desde el día que ganó la apuesta: “Bien sabías, como toda la gente, a qué ibas al casino cuando te mandé llamar”. Desde entonces son amigos. El hotel se levantó como cualquier buen hotel, y la puerta del casino volvió a su lugar unos años después, cuando ya no se veía como una estafa sino como la posibilidad de pasar un buen rato, sabiendo que toda la diversión cuesta.

Salimos del hotel por la puerta de atrás del casino. Mientras me contaba la historia, Mario Vallerte me daba un recorrido por las mesas vacías del local de su amigo, nos sentamos un momento en el lugar donde le ganó la apuesta justo en el momento en que me lo estaba contando, y para cuando salimos un

carro nos estaba esperando.

Nos dirigíamos a un parque cercano. Me dijo que le gustaba caminar a esa hora porque le ayudaba a llevar oxígeno al cerebro.

—Perdona que no te lleve al cine, pero a nuestra edad esas cosas de la primera cita no son ideales, no aportan al desenvolvimiento del ritual de apreciación.

—¿Cuál es ese ritual? —le pregunto cautivada.

—Las palabras. Las personas disfrutamos el conocernos más que una buena película.

—¿Tu cita perfecta es un parque y no en un cine?

—No tengo quince años, Clementina. Ni tú tampoco.

El silencio se impone como si las llantas del automóvil le dieran cuerda conforme avanza por la carretera. A mi mente viene la voz de Mario Vallerte repitiendo las mismas palabras una y otra vez. “No es plata”, primero, “Diamante”, después. Giro la cabeza y lo encuentro en una ensoñación que me produce comodidad, como si al verlo relajado yo me relajara. No quiero molestarlo con mis preguntas, no quiero que piense que soy tonta, pero si no pregunto quedaré como tal.

—¿Cómo conociste al Ingeniero Fernández y al Ingeniero Coriba? —le pregunto, esperando que mi duda no se haga obvia cuando la manifieste.

—En la universidad. Esa no es una historia que me guste recordar. Ya los viste. Como el agua y el aceite.

—Me ha dado la impresión de que se llevan bien después de todo.

—Son los años resolviendo las diferencias, y si no las ha resuelto, al menos las aplaca con el peso de la comprensión.

—El Ingeniero Fernández parece ser todo lo que el Ingeniero Coriba no es.

—¡Exacto! Y viceversa. Entre los tres hacemos un equipo envidiable.

—¿Trabajan contigo?

—Ya quisieran. Trabajan para mí. Disculpa, sonó pedante y sobrado.

—Está bien. Parece que funciona de esa manera.

—Funciona muy bien.

—¿Entonces trabajan en el hotel?

—No. Unos años después del hotel volví al negocio de las constructoras. De eso vivo ahora, de eso he vivido siempre. Me los encontré trabajando juntos en un despacho jurídico. Distráidos y deprimidos. Les propuse iniciar un negocio entre los tres. Después de que aceptaron y que nos quebramos la cabeza pensando en qué negocio poner, propuse el que ya conocía. Aceptaron,

nos hicimos de algunos socios y nos levantamos en unos años. Al final lo hice todo yo.

—¿Y Alejandro Montiel cómo encaja?

—No lo sé. Pero encaja. Es más joven, como pudiste darte cuenta, a pesar de ello es un pilar en el cuarteto que hacemos. Cada uno tiene su lugar, y todos los demás lo respetamos.

—¿Es común que haga las entrevistas enfrente de ti?

—No. Me siento mal por no advertirte. No estaba planeado. Él no hace ninguna entrevista como tú piensas. Él no maneja tan directamente su negocio. Hace que otros lo muevan y él sólo da direcciones. Fue... en todo caso, por mí. Te pido disculpas si crees que las merezco. Me llamó hace un par de días. Le dije que había hablado contigo y me dijo que no te conocía. No tendría por qué decir algo más, por supuesto que no conoce a las mujeres a las que cuida —dice “las mujeres a las que cuida” y me da un escalofrío de incomodidad—, pero le dije que tú debías ser una de las principales edecanes de su agencia.

—Te lo agradezco. No sabía nada de él. No me lo hubiera imaginado.

—Lo sé. Terminamos de hablar y el tema no se tocó. Debió investigar con su gente y me llamó de nuevo al día siguiente, me dijo que quería estar presente cuando te viera por primera vez, y no pude negarme. Sabía que trataría de hacerte pasar un mal rato, pero no pude imaginar cuánto.

—No te culpo —le digo con una sonrisa que siento falsa, no porque mienta, sino porque me imagino la situación y me he distraído de la conexión que tenemos—. ¿Contratas a sus edecanes muy seguido?

—En verdad no. No quiero meterme mucho en el tema, pero si te interesa, te puedo decir con franqueza que lo hago una vez al año. Contacto a Alejandro y le explico la situación, que él ya conoce, pero tampoco quiero serle infiel a la historia y se la repito todos los años. Él mismo me contacta con uno de sus agentes y hago mi cita.

Dice que no quiere ser infiel a la historia. No quiero pensar que en realidad se refiere a su esposa. Evito preguntarle cosas más íntimas. No es el momento.

—¿Cómo sabe con cual edecán contactarte?

—Alejandro no hace eso. Me contacta con alguien de sus encargados, me preguntan algunas cosas y me arreglan una cita —termina diciéndolo muy forzosamente, estoy segura de que no quiere sentir el remordimiento de saber que fui elegida de un muestrario, que fui ensamblada según sus disposiciones y caprichos, pero no quiero darle la salida.

—¿Las pides parecidas a mí? O, mejor dicho: ¿me parezco a la chica

Vallerte promedio?

No sé de dónde salió lo amargo, pero lo he lastimado. Guarda silencio. Contestó con una sonrisa desgana que me derribó del lugar donde me tenía. Me arrepiento al instante. Llegan esos calambres en los músculos del estómago, los que se comportan como pensamientos que gritan que debes hacer algo para redimirte. Son tan ruidosos que sientes que harías cualquier cosa para acallarlos. Qué fácil me resultaría entregarme a esa necesidad de silencio. Pero no lo quiero si estoy con Mario Vallerte.

—Ya casi llegamos —me dice.

Me recorro a su lado, le doy una mirada que al mismo tiempo puede ser coqueta y avisar de un golpe que viene subiendo por mi garganta.

—Cuando comenzamos a hablar, en la mesa del restaurante, le dijiste al Ingeniero Montiel, refiriéndote a mí, o eso me dio la impresión, que no era plata. Al final le dijiste “Diamante”. ¿Es mucha indiscreción si quiero saber a qué se referían?

—No es algo que yo debería decirte. Son malas referencias a su agencia. Pero te lo diré como muestra de que me arrepiento de haberte llevado frente a Montiel —me acomodo como una niña soñadora que está a punto de viajar en su imaginación en los brazos de quien le va a contar una historia maravillosa, él gira un poco el cuerpo hacia mí y me mira directo a los ojos—. Me dijo que eras una edecán de plata.

—¿Qué es eso? —le pregunto para interrumpirlo, a pesar de que sé que me lo va a decir.

—Las edecanes en su agencia van de plata hasta el diamante. Pasan por el oro y el platino. Me molestó que fueras de plata y le reclamé, esto en la segunda llamada que me hizo, le dije que la mujer con la que yo había hablado era al menos de platino.

—¿En qué se basan para poner esos distintivos?

—En tu caso, me dijo que era por tu historial, que no es otra cosa que la falta de él. No tienes referencias. Por lo tanto, ante sus ojos, no tienes experiencia.

—Pero él no puede medir lo que valgo con estadísticas. Aunque las tuviera.

—Tampoco las edecanes hacen el mismo trabajo. No sólo es lo que ganan, sino el trabajo que hacen.

Baja la voz para que su chofer no nos escuche, pero claro que lo hace, está a medio metro de nosotros.

—Las edecanes de plata son como mujeres de la calle —le digo sin tono de

pregunta, más como una afirmación.

—Las edecanes de plata son damas de compañía que invariablemente son requeridas para hacer servicios sexuales casuales, sí, pero de cierta categoría —le escucho por primera vez hablando con recelo, como si se avergonzara de lo que dice.

—¿Qué hacen las de oro?

—Lo mismo que las de plata, pero cuestan más —se aclara la garganta y se acomoda en el asiento cuando se escucha a sí mismo decir “cuestan más”, como si habláramos de bolsas de arroz.

—¿Y las de platino? —pregunto olvidándome de mi supuesto resentimiento cuando recuerdo qué es lo que hago. Tan hundida estaba en este mundo de fantasía que yo misma me hago alrededor de toda esta actuación, que se me olvida que al final de todo sigo siendo una simple y muy costosa prostituta. Pero es que sonaría tan mal si Mario Vallerte lo dijera, que me hice a la idea de no serlo.

—Ellas son de más prestigio. Pueden, o no, prestar servicios sexuales, y son más una dama de compañía que sólo hace eso... compañía.

—Le dijiste que crees que yo soy de diamante.

—Lo creo de verdad. Las edecanes de diamante son muy diferentes a todas las demás. Son bonitas y elegantes, educadas y profundas. Son la mejor compañía para un hombre que disfruta de eso.

—¿Cuestan más que las edecanes de platino? —le pregunto para lastimarme, no a él.

—Mucho más. Pero no es eso lo que importa —me dice para corregir mis intenciones no mencionadas—, sino el prestigio.

—¿De verdad crees que yo soy una compañera de diamante? Hay mucha distancia entre la plata y el diamante.

—Lo creo de verdad. Pero tu categoría no depende de mí.

—¿Te hicieron el cargo por una edecán de plata o de diamante?

—No lo sé todavía. La cuenta llega después de la cita —me dice mostrando que he roto su caparazón.

—¿Me dirás? Quiero saber qué clase de compañía soy.

—No hace falta que yo te lo diga. Alguien se encargará de hacerlo.

Llegamos al parque y nos bajamos cada uno por su puerta, incómodos, lastimados, vulnerables y cansados.

Caminamos un rato en silencio. De pronto me toma de la mano y la guía hasta su brazo doblado, esperando el peso del mío. Me mira y me sonrío. Me

hace pensar que todas las nubes habían estado en mi mente, que me hice de una idea que le enfada y pensarlo lo hace lucir preocupado, pero sólo en mis imaginaciones.

Su mirada y su sonrisa aclaran mis emociones, que venían ahogándose en la arena movediza en el centro de mi cuerpo. Retomo el sosiego y la buena actitud, a pesar de que no me abandona la molestia de saber que soy medida injustamente, que me han colocado en una categoría que no sabía que existía, y que hará que los hombres más interesantes no se fijen en mi perfil cuando revisen las fotos de la galería de las altas edecanes en la agencia.

Le doy un pequeño pellizco en el brazo como agradeciéndole por haberme sacado del mal sueño. Una pareja joven sentada en una de las bancas del parque nos mira con cautela. Apenas los pasamos y escuchamos que con sorpresa nos admiran por ser una pareja moderna de hombre viejo y mujer joven. ¡Pero qué ingenuos! Esas parejas son prehistóricas. Existen antes de que existieran las parejas más “normales” de hombre y mujer con brecha de edad cerrada. Es biología, es conveniencia, es una forma de rejuvenecer y hasta de hacerse pasar por alguien que no sé es. Mario Vallerte y yo nos sonreímos, desmintiendo las suposiciones, sintiendo un poco de placer vanidoso por la fantasía, cada uno la suya.

Nos sentamos en una banca y respiramos el aire fresco que viene del suelo recién despertado. Comienza a evaporarse el agua de la lluvia de ayer, el sol no nos toca, pero ya exorciza el vapor del concreto de toda la ciudad. Por momentos se siente que no hay nada más fresco en el mundo que la sombra que nos da el árbol detrás de nosotros, después no atinamos de dónde está saliendo tanto vapor, que no se ve, pero no deja respirar.

—Hábleme de usted, señorita Sorrento.

—No me preguntes por mi apellido, no sé nada de él.

—No quiero saber de tu apellido. Quiero conocer las cosas oscuras que le dan la luz a tu mirada.

—Soy una mujer muy solitaria, ¿eso cuenta como algo oscuro?

—Cuenta, pero no te creo. O, mejor dicho, creo que lo crees, pero es porque no sabes el secreto.

—¿Cuál secreto?

—Hay una historia acerca de un niño perteneciente a una tribu que un día despertó en una ciudad.

—¿Qué tribu? —le pregunto como si conociera todas las tribus del mundo.

—Una que todavía no encuentran.

—¿Qué pasa con el niño? ¿Cuál es su nombre?

—Le llamaban Mogwai. Para las costumbres de la ciudad era un niño muy mal portado. Era activo, curioso y furioso. Era un espíritu malvado.

—¿Por qué estaba en la ciudad?

—Cuando lo encontraron parado en una esquina se lo preguntaron. Pero él no sabía hablar nuestra lengua. Lo llevaron a un internado, lo bañaron, lo vistieron y le enseñaron el español. Le dijeron que era la lengua más bonita del mundo, porque en esa lengua habló el Quijote. Le enseñaron a sumar, le enseñaron a restar, le enseñaron las leyes de la física, las de la química y las de la sociedad. A pesar de que había aprendido a hablar español era un niño muy callado. Se consiguió enemistades por la envidia que, sin saber el motivo, les causaba a los otros niños. Mogwai disfrutaba masticando hojas de los árboles, moliendo vallas para marcarse la cara, desvelándose por las noches para ver las estrellas y, sobre todo, disfrutaba hablando solo, en su lengua madre. Es inimaginable lo que debió sentir encerrado en ese lugar, sin saber dónde estaba, sin saber cómo llegó ni cómo salir. Además de las golpizas que le ponían sus compañeros, Mogwai debió curtirse la piel todavía más cuando la educación de la biblia llegó a su internado. No tuvo problema con las matemáticas, tampoco tenía problemas comiendo con cuchara y bebiendo de un vaso, pero sí que tuvo problemas tratando de asimilar quién fue el hombre que murió para que fueran perdonados nuestros pecados. Cada tarde de todos los días cuando había catequesis en el internado, Mogwai debía pasar dos horas de penitencia memorizando pasajes completos de la biblia usada que se compartían entre todos en la clase. Mientras más leía, más se convencía de que estábamos locos por enseñar un conocimiento tan incierto y peligroso. Mientras más se rehusaba a recitar lo que aprendía de la biblia, más duros eran sus castigos. Diez reglazos en cada una de las palmas de las manos, justo donde nuestro salvador fue martillado a la cruz, por decir que la tribu de Jesucristo debió protegerlo de los malos espíritus que querían hacerle daño. Resistió los diez reglazos en la mano izquierda sin llorar, pero en el tercer reglazo en la mano derecha soltó las lágrimas, lágrimas solitarias, mudas, no sé si lo hizo por haber escuchado que Jesús no era acosado por malos espíritus sino por personas como nosotros, y nos tuvo lástima, o si lloraba por no comprender por qué lo estaban castigando si él no le había hecho nada a Jesucristo. ¿Quién castigó a las personas que desconocían a Jesucristo?, preguntó, ¡Dios!, le contestó la clase respondiendo a la orden del profesor, ¿Entonces por qué me castigan ustedes? Esa tarde se quedó cuatro horas

después de la clase aprendiendo el génesis. En la noche lloraba, sentado en el techo del internado, con los golpes amoratados en las mejillas, con las manos ardidadas por los reglazos, con el estómago vacío. Miraba las estrellas hasta entrada la madrugada, hasta que la osa menor había caminado medio cielo, preguntándose cual de todas esas estrellas sería Jesucristo, y por qué su tribu nunca le había enseñado a encontrarlo en el firmamento. El profesor preguntó qué forma tiene la tierra, y Mogwai, emocionadísimo porque sabía la respuesta, dijo que era redonda, le preguntó entonces el profesor que cómo lo sabía, y Mogwai contestó: la luz del universo son sus estrellas y la tierra da vueltas porque las estrellas van de un lado a otro y siempre vuelven, el universo envuelve a la tierra, y como conocemos el movimiento de las estrellas, siempre podemos saber dónde estamos. El maestro, con poder de vanidad, se burló de él frente a los otros niños y le dijo que lo sabíamos porque Dios así la había hecho y que el universo no envolvía a la tierra, sino que le daba un espacio. Harto de las golpizas y de no entender el conocimiento del hombre educado que aprende teorías opuestas, resuelto a ir contra el sistema, Mogwai se presentó al día siguiente a la catequesis con su taparrabos y con el cuerpo pintado. La furia del catequista se hizo evidente en cuanto lo vio, y antes de que pudiera sentarse en su butaca lo mandó a la esquina, con la nariz entre el rincón de las paredes, de pie, sosteniendo una cruz sobre la cabeza, tenía prohibido bajar los brazos. El hombre preguntaba a la clase, Quién creó el mundo, y todos contestaban ¡Dios!, Quién nos cuida y vela por nosotros, ¡Dios!, Quién nos da sustento y fuerza, ¡Dios!, Mogwai susurraba en su lengua una canción. Cuando el profesor lo escuchó le dio un reglazo en la espalda, ¡A Jesucristo le dieron treinta! Quién nos juzga y nos perdona, ¡Dios!, Mogwai seguía cantando, dos reglazos en la espalda, ¡Quién castiga a los impuros!, ¡Dios!, El universo es el ojo de la serpiente, dijo Mogwai oculto, la oscuridad en el interior de sus ojos se tradujo en el silencio del aula del internado. El profesor se acercó a él y lo retó a que lo repitiera, ¡El universo es el ojo de la serpiente!, el profesor le dio un reglazo en la espalda, ¡El universo es la casa que Dios nos construyó a sus hijos!, le elevó más los brazos con la cruz de madera, ¡Quién es nuestro padre!, sobre las voces de los niños se escuchó la voz de Mogwai, Mi padre es el universo, ¡Tu padre será el diablo!, el de nosotros es Dios, Mi padre es el universo, El universo es nuestra casa, espíritu maligno, El universo es el ojo de la serpiente, Las serpientes representan al mal, niño diablo, Dios es la serpiente, dijo Mogwai. Aprovechando que no traía zapatos, el profesor le dio con un bastón en las

plantas de los pies, donde habían atravesado los clavos que plantaron a Cristo en la cruz. Los días que siguieron ya no dejaron entrar a Mogwai a ninguna clase, no lo dejaban dormir en su cama, no le daban de comer más que las sobras y ya no le permitían asearse. El internado pasó a ser un orfanato religioso, y tenían a Mogwai en su patio como recordatorio de que el diablo caminaba entre ellos. Mogwai pasaba todo el día imaginando dónde estaban las estrellas que no podía ver, y se quedaba dormido en el techo cuando faltaba poco para que saliera el sol, contando cuántos aciertos había tenido al dibujarlas sobre el brillo del cielo la tarde anterior. El universo era lo único que le quedaba.

Hace una pausa que no puedo soportar y que no quiero que se acabe.

—¿Qué le pasó a Mogwai?

—Te lo contaré después.

—Cuéntamelo ahora, por favor.

—No tendría sentido si te lo cuento ahora.

—Al menos dime qué significa.

—Lo que tú quieras.

—¿Tiene algo que ver con el secreto?

—Si tú quieres.

—Te dije que soy una persona muy solitaria, y soy como Mogwai, ¿no?, apartándome de todo, sabiendo que mientras más me aparto menos sola estoy, porque así puedo tenerlo todo.

—Mogwai tenía todo el universo.

—¿Crees que el conocimiento valga tanta soledad?

—Todo lo que necesitas está en tus pensamientos. Tenemos una idea mal concebida de lo que es la soledad. Mira a esas mujeres de allá —mira en dirección de un grupo de mujeres de mediana edad, haciendo comentarios tontos, gritando vulgaridades, riéndose a carcajadas de las ocurrencias de una y de otra—. ¿Qué ves en ellas?

—Confianza. Amistad.

—Tal vez sean amigas, eso es verdad, y eso no lo borra nada. Pero ¿confiadas?, ¿consideras que están acompañadas? Es la mala idea de lo que es la soledad. ¿Hay alguien esperándote cuando llegas a tu casa?

—No. Vivo sola.

—Otra vez esa idea. Estoy dispuesto a darte la razón en algo, ahora mismo esas mujeres están acompañadas, pero también puedo asegurar que están solas. Lo demuestran sus poses, sus expresiones, la forma en la que se miran.

Están aquí mismo, frente a nosotros, un simple hombre y una simple mujer, y no escatiman en las muestras de amistad que tienen. Pero están muy, muy solas. Llegan cada una a su casa y su vida se convierte en una penitencia, el vacío del silencio, apenas vibra el motor del refrigerador, en sus oídos no se escucha más que estática cuando encienden el televisor, y no volverán a existir hasta que alguien más las escuche. ¿Crees que les guste mirar las estrellas?

—No quiero ser grosera, pero no creo que les importe.

—Apuesto a que a ti te gustan las estrellas.

—Me gustan mucho —le digo imaginando el lunar de mi brazo izquierdo debajo mi blusa.

—Las estrellas son recuerdos —me dice adivinando por mis gestos que en este momento estoy recordando.

—Hay muchos recuerdos.

—Y hay muchas estrellas. ¿Quién está realmente solo en las noches?

—Los que no disfrutan viendo el cielo.

—Eres, pues, Clementina, una amiga de la noche.

—¿Y qué pasa durante el día?

—Es fácil decir que, durante el día, en una ciudad como esta, es imposible encontrarse solo, pero no se trata de eso. Mejor dime, ¿no te sigue la noche durante el día?

Mi mirada se vuelve sombría. Este hombre es un brujo, un adivino, un chamán. ¿Será real la historia que me acaba de contar? ¿Será él el espíritu maligno?

—¿Eres también un amigo de la noche?

—Desde hace muchos años. Desde que murió mi esposa.

—Lo siento —le digo inmediatamente sabiendo que eso es lo que decimos, y me doy cuenta de que no debería decirlo.

—Cuando uno pierde algo tan grande no se puede hacer otra cosa más que volverse esa persona nocturna, un animal que venera la vida de forma casi primitiva, adorando a dioses que sí tienen poderes, y esperando que en la noche resurjan las estrellas, que son los recuerdos que durante el día se olvidan.

—¿Quieres hablar de eso? —lo invito cuando creo distinguir cierta incomodidad escondida entre el movimiento de sus manos.

—No hay mucho que decir. Las personas nos despedimos todo el tiempo. Así no sabemos diferenciar todavía entre un adiós y el Adiós. Como muchas personas, acaso soy un cliché, o una estadística más, me olvidé de lo que era

estar vivo, porque cuando se te olvida lo que es estar vivo puedes fingir que no sabes lo que es la muerte. Entraba a mi casa todos los días, pretendiendo que ahí no vivía la muerte con nosotros, que en su lugar estaba mi esposa. Todo estaba bien mientras ella estuviera ahí. Yo no estaba solo mientras ella estuviera conmigo. Un día, uno como cualquier otro, recordé que estaba vivo, porque ella ya no lo estaba —hace una pausa para dejar que se sequen las lágrimas que no caen de sus párpados—. No estoy solo, aunque no me quedó nada después de ella. Tengo hijos, no me refiero a eso. Ellos son otras vidas, otras intenciones, otras experiencias y otras emociones. Yo me convertí en el día y ella en la noche. Estando en ella puedo recordar.

—Mi madre murió hace muchos años. No la conocía. Me siento terrible ahora que comprendo que debió dolerme. No sentí nada —le digo mirándolo a los ojos.

No me responde. Desvía la mirada, la hunde en el piso, más allá de sus zapatos. El viento nos trae el silencio y de paso desacomoda las canas en su pelo. Con la mano izquierda se acomoda los lentes y cierra los ojos mientras el cristal se acerca más a sus pestañas. Vuelvo a pasar mi brazo por el interior del suyo. Él toma mi mano, recuperando su mirada. Suspira como si fuera la primera vez que lleva aire a sus pulmones desde que callamos. Sé que no sería correcto hacerlo después de haber hablado sobre estos temas, pero siento unas ganas irrefrenables de darle mis labios.

—¿Y tu padre?

—Tampoco lo conocí. Me dejaron cuando era muy pequeña bajo el cuidado de mi tía, que desde siempre ha sido mi madre. Acabo de sentirme muy rara diciendo “mi tía”, en verdad nunca lo había visto así. Cuando supe que mi madre era la hermana de la mujer que siempre me ha cuidado, fue la hermana de mi madre, no mi tía. Pero mayormente es Laura y no mi mamá.

—Supongo que no hay diferencia. Una madre y un padre son figuras de autoridad. Tendemos a estilizarlos demasiado, nos gusta romantizar esas relaciones. No voy a negar que son relaciones extraordinarias, pero un padre no es mucho más que un cuidador. ¿Tus padres te cuidaron bien?

—Muy bien. Me dieron todo lo que tengo, me hicieron todo lo que soy. ¿Estoy siendo romántica?

—No. Ilustras mi punto afirmativo sobre el rol de los padres. Al mismo tiempo que ilustras mi punto negativo al aceptar que no quieres ver a tu verdadero padre, por tus razones, pero que al final se pueden traducir en la poca necesidad que tienes de él.

—¿Porque tengo al otro?

—O porque no importa que el hombre que te dio la vida no esté en ella. Te dio la vida, yo lo sé, todos nacemos de una pareja, pero no hay razón para agradecerlo con tanta devoción. ¿Crees que estoy siendo malvado?

—Estás siendo muy pragmático. Pero te entiendo. ¿Frecuentas a tus hijos?

—¡Es eso! ¡Pensarás que traigo un pleito con ellos por cómo hablo de los padres! Pero no. Te equivocas si piensas que tengo enfrentamiento con ellos. Viven su vida como les enseñamos, han aprendido sus propios trucos, toman decisiones por sí solos. Están tan vivos como pueden estarlo.

Nos levantamos y damos la vuelta otra vez al parque en total silencio, viendo los arbustos que crecen salvajes en esta época, algunos gusanos tratando de encontrar el camino de regreso al fango de donde habrán salido a buscar alguna baya. Flores diminutas, amarillas, delgadas y olvidables tapizan el pasto crecido en ciertas áreas. Hay una familia de ardillas viviendo en los árboles, van y vienen de uno a otro, saltando las distancias entre sus ramas, visitan los patios de las casas cercanas, ayudándose con el cableado de la línea telefónica, robándose las galletas de la hija que las tiró al suelo y ha corrido llorando con su mamá. Las buenas intenciones de algún vecino que en algún momento quiso ayudar a la naturaleza plantando un rosal, se han visto recompensadas, pero se ha olvidado de su aporte al parque. Las rosas crecen agigantadas, su arbusto denota desatención y parece representar la suciedad de un matorral cualquiera. Los más saludables en el parque son los árboles, gigantes todos, de cuerpo grueso, con ramas altas y raíces dentro de la tierra.

—¿Hay algo que quieras saber de mí?

—Sí, hay algo, pero prefiero dejarlo para después. No quería decir nada porque me siento muy bien a tu lado, pero ahora siento culpa. ¿No deberías estar trabajando?

Miro el reloj en su muñeca y antes de que pueda leer las manecillas me dicta:

—Son las dos y media. Si no llevas prisa, déjame llevarte a comer.

—¡Debería estar trabajando! —le digo con una sonrisa nerviosa y coqueta, me había olvidado de la coquetería.

—Entonces déjame llevarte.

Subimos de nuevo al carro que nos trajo y en lo que yo sentí como dos vueltas a la manzana, llegamos al edificio de gobernación.

—Lo había decidido desde que hablamos por primera vez por teléfono, pero debía invitarte a una cita para mirarte y comprobar que eras esa

Clementina del teléfono. Me pondré en contacto con Toni en estos días para agendar mi cita contigo. No una como la que acabamos de tener, sino la verdadera.

—Me parece muy bien, Ingeniero Vallerte. Estaré esperando el final de la historia del niño amigo de la noche.

—Debí decirte esto desde el primer día, pero lo olvidé... No lo olvidé. La verdad es que quería verte antes de recibir una negación.

—¿De mi parte?

—Quiero que vayas conmigo a unas pequeñas vacaciones. Tengo una casa apartada de la ciudad a unas cuatro horas del centro. Es ahí donde quiero que estemos —el coche se detiene, miro por la ventanilla tratando de entender lo que me dice Mario Vallerte mientras reconozco la fachada del edificio.

—¿Qué quiere decir con pequeñas vacaciones?

—Nos vamos el miércoles temprano, regresamos el domingo muy noche.

Le sonrío y le digo que no tengo problemas con eso. Pero en su mirada noto que descubre que estoy mintiendo, y no lo había pensado como seguramente él lo había hecho. Mira el edificio y se acaricia el mentón.

—Trabajar para el gobierno no se toma a la ligera —me dice con cierta gracia.

—Podré pedir permiso —le digo descifrando su preocupación.

Nunca me imaginé que podría salir en unas pequeñas vacaciones con un hombre que me tiene cautivada. Me siento diminuta cuando pienso que mi idea de una mujer de compañía se vería ridiculizada a las repeticiones de conocer a un hombre, hablar e irnos a un hotel o a su casa a satisfacer las urgencias que lo hicieron hablarme desde el principio. ¡Pero para él soy una compañía de Diamante! ¿Qué vamos a hacer en cinco días juntos?

Entro al edificio y me encuentro al grupo de mis antiguas amigas que vienen a comer a su lugar habitual. Le sonrío a Fernanda y mi saludo alcanza a salpicar a todas las demás.

—Ven a comer con nosotras, Clementina.

—No puedo. Voy atrasada con mi trabajo.

Quiero presumirle que un hombre me ha hecho humedecer de emoción, quiero sentirme comprendida y envidada por otra mujer que sepa de qué estoy hablando. Pero Fernanda está secuestrada por las otras, y por su novio, que frecuenta bares de edecanes, y no quiero que mi tarde se convierta en una interminable letanía de culpas que no pueden expiarse en su alma.

Lo siento Fernanda, pero hoy, todavía a estas horas, sigo siendo un lobo, y ni toda mi furia puede canibalizar el enorme ego que tus amiguitas me miran en las pupilas. Platicaremos otro día.

Estoy condenada a pasar el resto del día sentada en mi escritorio, tratando de ponerme al corriente con los permisos. Es viernes y no puedo dejar ninguno sin hacer.

Son las tres. No he comido nada. La cabeza me da vueltas. He sido prometida a unas vacaciones que ya me imagino de ensueño. Y tengo tanto trabajo por hacer.

¿De dónde han salido tantos archivos? No creo que hoy pueda irme temprano.

Las estrellas se escondieron.

A las siete y media llegó el licenciado Torrénz.

Estacionó justo afuera del edificio. Yo ya lo estaba esperando. Me llamó hace cuarenta y cinco minutos, cuando estaba terminando los últimos folios.

La licenciada Ximena me dio permiso para ausentarme tres de los cinco días que me propuso Mario Vallerte. Al principio, embriagada por el poder que le acababa de dar con mi petición, se negó diciéndome que el mío era un trabajo crucial. Se me ocurrió proponerle a Xianya para que tomara mi lugar esos días. Le pareció tan buena idea, que la mandó llamar y la hizo quedarse después de las seis. No le hablé ni me habló durante un rato. Seguramente supo que yo la había entregado. Y pensar que yo me emocioné muchísimo cuando me ofrecieron este trabajo.

Cuando quise explicarle, me dijo que ya había visto cómo lo hacía y que no necesitaba más. Tomó su bolsa, sacó su maquillaje y se retocó la cara.

Lo peor sucedió cuando llegó Valentino a reclamarme por haberlo dejado solo en el almuerzo. Conoció ahí a Xianya, ¡y comenzaron a coquetear! Valentino la invitó a cenar, y después añadió, como por respeto, como si lo tuviera: Vamos, Clementina. O nos alcanzas después. ¿Dónde, Valentino? ¿En qué motel, para hacer cuál trío?

Me da vergüenza admitir que me puse celosa. En otras circunstancias hubiera sido una bendición que alguien me lo quitara de encima, pero no así. Sobraba en ese lugar, ¡en mi lugar! Poco les faltó para comenzar a besarse encima de mi escritorio. Me sentí invisible.

El licenciado Torrénz me encuentra a medio camino entre su carro y la banca donde estaba sentada, esperándolo. Me toma de la cintura y me da un beso, uno idéntico al que le di cuando nos despedimos en la mañana.

—Te tenía una sorpresa en mi casa, pero mi esposa no ha salido. Tiene que ir a visitar a su madre. Su avión sale en unas horas.

—Podemos ir a otro lugar, no tiene que ser en tu casa.

Pasó su brazo alrededor de mis hombros y dimos un par de pasos. Me detuvo y se puso de nuevo frente a mí. Comenzó a besarme profundamente. Su lengua se enredaba en la mía y tuve que sorber su saliva. Seguramente él bebió mucha de la mía.

—Te deseo —me dijo. Yo le sonreí. Estoy confundida. No sé exactamente qué es esto. ¿Estamos en una cita hombre-dama de compañía, o estamos en una cita hombre-mujer, naturales, como los números?

—Vamos a mi departamento —le digo, sabiendo el terrible error que estoy cometiendo.

Me incomodo al instante y dejo de hablar. Él lo nota, pero no dice nada. Me pregunta si estoy cansada, me pregunta por mi estrés en la oficina. Le cuento los celos estúpidos que me acaban de dar por el idiota de Valentino, que una muchachita apenas unos años menor que yo me hace sentir fea con todos sus productos y su descaro. Me dice que él mismo pasará mañana a comprarme alguna caja de maquillaje, me pide que lo acompañe.

—No es el maquillaje, es la posición en la que me deja.

—¿Qué posición es esa?

—Una que no se puede explicar. Es cosa de mujeres.

—Siempre surgen las cosas de mujeres. ¿No te parece estereotipo?

—No sé. ¿Es estereotipo que los hombres sólo sepan gruñir?

Se queda callado cuando entiende que estoy molesta. Lo estoy, y mientras más pienso en la razón de mi enojo, más furia me ensancha el corazón. Desde esta mañana me he equivocado más de lo que habitualmente me equivoco.

Ahora llevo a un hombre que piensa que puede ser mi novio a mi departamento, a tener sexo con él. ¡Ni siquiera tengo ganas! Quiero llegar a ponerme un pijama holgado y terminarme un litro de helado mirando algún anestésico mental en la televisión, quedarme dormida en mi sofá, despertar sabiendo que sólo Netflix se preocupa por mi condición cuando me pregunta si todavía estoy ahí, levantarme a apagar el televisor con la cara marcada por dormir boca abajo, tomar leche agria sin darme cuenta, comer alguna fruta, despacito, mientras miro por la ventana la fila de automóviles que avanzan a veinte por hora en la carretera, sentir culpa por codiciar un pedazo de panqué en mi boca, pensando si debo comerlo cuando ya voy por la segunda rebanada, son cosas que me gusta hacer sola.

No quiero que el licenciado Torrénz, o como me ha pedido que le diga: Francisco, me resuelva la vida. Por ahora no tengo vida qué resolver. Apenas me la estoy haciendo y no me hace gracia que un hombre obsesionado trate de hacerse un espacio forzándome a mirarlo a los ojos y, como si fuera natural, esperar que le actúe un poco a la niña mala, a la mujer ingenua, a la muchacha débil. Francisco, lo que me pides sin pedirlo es todo lo que estoy tratando de evitar.

Es cierto que vengo de una cita con cuatro hombres a los que, de manera sutil, les dejé plantada en la cabeza la idea de que cualquiera de ellos podría tenerme en su repisa de trofeos. Bien saben que Mario Vallerte llegó primero,

pero esos detalles suelen pasarse por alto cuando el premio es deseado.

Hasta me imaginé con los cuatro en una habitación del hotel, cada uno tomando de mi cuerpo un pedacito de piel, haciendo fila para penetrarme, sufriendo el dolor de estómago que les provocaría la incertidumbre y el deseo de saber cómo se siente mi cuerpo por dentro.

Hubo un momento en la tarde que llegué a desear estar en mi departamento, sola, tirada en un sillón o en mi cama y masturbarme pensando en los ingenieros y yo en ese cuarto de hotel, pensando en el movimiento de la miel, pensando en los colores de la pintura, en su olor, en la humedad, en su olor, en fierros oxidados, en su olor, agua corriendo, el sabor de las almendras, tres hombres dentro de mí, otro buscando galaxias en mi piel, un hombre dentro de mí, otros tres perdidos en un orgasmo que no los libera.

Me siento furiosa porque esta noche estoy atada a un hombre que, si bien no tiene la culpa, también podría darse cuenta de que no es un buen momento para mí, dejarme un espacio, inventar una excusa cualquiera y decirme que no va a poder quedarse conmigo. O mejor aún, debió negarse a ir a mi departamento en cuanto supo que me había arrepentido de la idea. Pero tal vez no se dio cuenta. Tal vez lo mismo que yo siento por los ingenieros él lo está sintiendo por mí.

Ahora me excita la idea de que un hombre que me desea al punto de hacer añicos su matrimonio me lleva a mi departamento, donde quiere quitarme la ropa y hacerme pasar un buen rato.

Quiero ser mala con él. Quiero que me dé placer y se olvide del suyo. En su mirada puedo ver que esas son sus intenciones.

Pasa su mano de la palanca de velocidades a mi pierna y le perdono, a medias, el no haber descubierto en mi silencio la razón de mi enfado. Que se gane la absolución completa en mi cama.

Subiendo las escaleras del edificio me dice que no podrá quedarse toda la noche. Tiene que ir a su casa a comprobar la situación de su esposa. Volteo, un escalón es suficiente para dejarnos a la misma estatura, le tapo la boca con la palma de mi mano y le hago la señal de que guarde silencio.

—Lo último que quiero saber es de tu esposa.

Tengo problemas abriendo la puerta. Detrás de nosotros sale Dubái con Vruño. Es muy noche para que vayan a correr.

—Buenas noches, Lorena —me dice en un tono sarcástico.

Lo miro con una cara de bruja amargada. Aunque ahora que lo pienso...

Pobre hombre. Debió pasar todo el día pensando en las cosas que le escuchó al licenciado Torrénz. Hasta cree que mi nombre es Lorena.

—Buenas noches, joven —contesta con educación el licenciado Torrénz. ¡Dios! ¿Es tan viejo? No tanto como Mario Vallerte, es verdad, y me gusta menos. Pero esta noche no vengo a encontrarle positivos ni negativos. Esta noche quiero tener sexo con él, pensando en todos los demás. Hoy no soy Clementina, la muchacha que da confianza y placer. Soy Clementina, la muchacha que quería dormirse temprano después de haberse masturbado un par de veces, sólo que ahora tendré que hacerlo en compañía.

Entramos y de inmediato toma asiento. No siente curiosidad por husmear entre mis recuerdos, entre mi vida personal. Va al sofá y se sienta como si ya lo hubiera hecho un millón de veces, como si mi departamento fuera su segundo hogar, como si todo lo que hubiera en él, él lo hubiera elegido.

Voy a la habitación a acomodar mi bolsa. Arreglo las sábanas y preparo una cobija más grande. Guardo en los cajones el alboroto de papeles y mis pastillas anticonceptivas que dejo al descuido debajo de la lámpara que a veces (más bien siempre) se queda encendida toda la noche porque me quedo dormida con un libro sobre el pecho. En el baño dejo correr el agua del retrete y acomodo una toalla limpia a un lado de la mía, para que la use cuando se meta a bañar. Salgo a la cocina y lo encuentro frente a mi mesa, descompuesto en comparación con la galanura con la que se había sentado. Saco del refrigerador una botella de jugo y me siento como una niña.

—No tengo alcohol en mi casa. No suelo tomar mucho.

—¿Necesitas alcohol para pasar un rato conmigo?

—No. No es eso. Pensé que sería bueno invitarte una copa.

—Mejor ven a sentarte a mi lado. Tengo que decirte algo.

Me sirvo un vaso completo de jugo y me acerco a él, ya juguetona, ya dejando que las piernas se muevan con más libertad, bebiendo jugo, sabiendo que mis ojos se ven bien por encima del semicírculo del vaso, como si fueran un par de estrellas que se asoman por arriba de un eclipse en proceso. Francisco adivina que traigo una sonrisa y me la devuelve.

—Eres tan hermosa —me dice en un respiro que le presagio desalentador, acaso adolorido de deseo.

—¿Qué quieres decirme? —le pregunto sentándome junto a él, con mis piernas recogidas encima de las suyas.

—Lo estuve pensando todo el día, y aunque no hay nada que me haga más feliz que este momento, y la idea de poder repetirlo, debo confesar que me

siento inseguro de mis actos.

Vuelvo a beber del vaso, esta vez seria, mirándolo a los ojos. Alguien golpea la puerta de Dubái, seguramente él mismo, y el ruido nos saca del momento que teníamos. Mi celular suena encima de la mesa de centro; me arrepiento de haberlo dejado ahí.

Francisco me mira, suplicándome que no conteste. En su imaginación debe ser un contendiente, un rival masculino que ha de hacerlo sufrir porque lo ve más joven y apuesto que él, y se torturara pensando que quizás él no me merece, o que soy una estúpida que no lo valora y no se da cuenta de que él es mejor que cualquier otro. Miro la pantalla de mi teléfono para asegurarme que no es Mario Vallerte, el que por ahora sí es mejor que el licenciado Torrénz (el cansancio me hace mezquina, lo siento), y finjo que lo silencio para que no vuelva a molestarnos.

—No voy a contestar —le digo y me entrego a la tela de emociones que calienta mi sala.

—Para empezar, imaginé que el joven que acabamos de encontrarnos, y que lo vimos también esta mañana, sería el hombre del que pudieras estar enamorada.

¿Dije eso? ¿En la mentira que me hice esta mañana estaba metido un amor fantasma que desilusionaría y alejaría para siempre al licenciado Torrénz?

—Él es mi vecino. Llegó hace poco. Ni siquiera me conoce.

—Te dijo Lorena. Por un momento pensé que me habías mentido y que tu nombre no era Clementina, sino otro.

—Sé que le gusto y me coquetea, pero no le correspondo, ni siquiera le he dicho mi nombre. Debí escuchar que me dijiste así.

—Eso no importa. Lo que me preocupa es algo más delicado y no sé muy bien cómo tratarlo. No quiero ofenderte. Debes estar segura de que mi intención no es herirte.

—Creo que sé qué vas a decir.

—¿Lo sabes?

—Eso creo. Quieres preguntarme si estoy enamorada de alguien.

—Quiero preguntarte eso también. Pero mi duda es otra.

—Te dije que estaba conociendo a alguien más, pero no estoy enamorada. Esa es la verdad.

—Me alegra escucharlo. Te diré exactamente cuál es mi incomodidad más grande con las palabras con las que lo he estado pensando. Espero que no te molestes.

—Dímelo con las palabras más simples.

—Estoy enamorado de ti. Eso ya lo sabes. Sé que tú no estás enamorada de mí. No quiero verte como una mujer interesada. No es secreto que te dedicas a tener citas con hombres que necesitan que les des... algo que los haga felices, o los haga sentir satisfechos. Todos estos días me he estado lastimando, pensando en cuántos hombres te han tenido. Me enojé con todos ellos. No quiero preguntártelo, pero si crees que me haría bien saberlo, y quieres decírmelo, no me voy a negar a escuchar.

—No te voy a hablar de mi vida personal —le digo frustrada, pensé que esto sería sexi, no una sesión de espiritismo—. No debes interesarte en mi vida personal. Pero si de verdad te hace sentir bien que te reafirme mi situación “profesional”, entonces basta con que recuerdes que no soy una prostituta, soy una acompañante. Mi deber no es dar “ese servicio”, sino confianza e imagen.

—Yo lo sé. Me ayuda a tranquilizarme recordar que no eres ese tipo de mujer. Pero esto es sólo el inicio de mis dudas. Lo que sigue es más delicado —se lleva los dedos a la frente, piensa largo rato y después me mira fijamente—. No quiero contratar tus servicios nunca más. Quiero que salgas conmigo sabiendo que me gustas, que quiero estar contigo, que existe una posibilidad de que tú y yo estemos juntos.

—Ya lo sabía. Lo supe desde esta mañana, cuando dejaste de lado la relación de negocios que teníamos. No te invité a mi departamento para robarte tu dinero...

—¡No pensé eso!

—...Te invité para que pudiéramos hablar. Lo estamos haciendo.

—¿Te arrepientes de haberme invitado?

—Un poco. Pero es porque nunca he traído a nadie aquí. Este es mi refugio. Nadie sabe dónde vivo, y los que lo saben no saben a qué me dedico.

—Fui un intruso esta mañana, ¿verdad?

—Lo fuiste.

—Perdóname.

—Estoy consciente de que no podemos vernos en una cita como la que tuvimos la primera vez. Me duele que pienses que soy esa mujer interesada. ¿Esa impresión te di aquella noche?

—Todo lo contrario. ¿Crees que me hubiera enamorado de ti si supiera que estabas buscando dinero? Sé diferenciarlas.

Dijo “Sé diferenciarlas” diciéndome no sólo que soy una prostituta, sino

que ha salido con millones de ellas. Guardamos silencio. Sabe que se ha equivocado, tal vez ya descubrió cuál fue su error, pero no quiere decir lo siento otra vez, es demasiado orgulloso, o al menos lo suficiente para no disculparse cada vez que arruina la situación con sus malas elecciones de palabras. O eso quiero pensar.

—No te traje a mi departamento para que me pagaras. No acepté tu invitación porque eres una cita para mí. No sé si yo pueda enamorarme de ti —decirlo es difícil, hacerlo debe ser imposible.

—¡Tienes razón! ¡Discúlpame! —ugh—. Quería que quedara claro que quiero que salgas conmigo como lo que somos, una pareja que quiere conocerse, o que se da la oportunidad de conocerse. ¿Podríamos hacer eso?

—Creo que sí —estoy muy cansada para seguir teniendo esta conversación, pero no dejo de pensar en el lío en el que me estoy metiendo—. Somos dos personas que se dan la oportunidad de conocerse. Eso quiere decir que aceptas que no estoy enamorada de ti. Que no tenemos ningún compromiso, de ningún tipo.

—¡Lo que tú quieras! Me hace inmensamente feliz escuchar que aceptas.

—Francisco... ¿Acepto qué?

—Aceptas salir conmigo libremente.

—No hay que olvidarlo. No quiero meterme en un problema contigo.

—No habrá ningún problema, linda Clementina.

—Ése es un problema. No me digas esas cosas. No estamos casados.

Me siento muy arrepentida. En una hora de conversación que se acercó y se alejó del silencio ya estoy en una relación, o algo así, con un hombre que, si bien no es el peor de todos, no tiene lo que se necesita para agrandar mis ideas.

Pasadas las diez, después de haber pasado un rato besándonos incómodamente en mi sillón, me dice que ahora podemos ir a su casa. Que su esposa debió irse ya y que somos libres para pasear por toda la ciudad si nos place.

Creo que sintió mi inaccesibilidad. Sabe que si no hace algo va a escucharme decir que me arrepiento. He estado a dos milímetros de decírselo. No es buena idea, Francisco. Mejor dejémoslo hasta aquí.

Está claro para mí que no se trata de dinero. No me indigna la idea de que no vaya a pagar por las citas que vamos a tener, que yo sigo viendo como una situación ventajosa para mí, y que él las mira como la oportunidad de enamorarme. Tampoco es que sea demasiado trabajo salir con él. Incluso

podría ser agradable salir de vez en cuando a cenar, a comer, a caminar. Voy a escuchar sus problemas, y como vamos a estar en una “relación”, también va a escuchar mis problemas, va a tratar de ayudarme y yo a él. Vamos a terminar, siempre, haciendo el amor. De ahí vienen los celos. Las escenas de amarguras, de reproches, de insatisfacciones. Yo pensé que ibas a ser mía, Clementina, Cómo iba a ser tuya si ni siquiera existo, Existes para mí, no hay nadie más en mi vida. Y como hace siglos que nadie me dice algo que yo haya provocado en su corazón, me tendría nuevamente por otras dos semanas.

¡Qué indignación! ¡Qué mal contrato acabo de hacer! Es que no creo poder enamorarme de él. ¡No quiero! ¡Por qué no puedo permitirme esa libertad?

Voy a mi habitación y arreglo algo de ropa para ir a su casa. Los remordimientos me revuelven el estómago. ¿Cuáles serían las consecuencias por salir de ahí y decirle que ya lo pensé mejor y quiero que se olvide de mí?

Entramos en su casa y se adelanta a comprobar que ya no está su esposa. Me hace pasar cuando se ha asegurado. Toma mi pequeña maleta y la acomoda en la habitación.

—Vamos a cenar, pero antes quiero que me dejes hacer algo.

En quince minutos preparó la bañera y me invitó a entrar. Pensé que nos bañaríamos juntos, pero cuando estuve dentro del cuarto de baño con él se acercó un banquito, y arremangándose la camisa tomó la botella de champú y una esponja que tuvo que sacar de su empaque cerrado, vertió más jabón de burbujas en la bañera (olía delicioso) y me dijo con una sonrisa cautivadora, casi deseable:

—Déjame bañarte.

Una por una me quitó muy despacio cada una de mis prendas. Le dio más placer quitarme la blusa. Por cada botón que sacaba se detenía a besarme. Me hizo entrar en la bañera y con mucho cuidado me ayudó a mojarme el cuello. Le pedí un poco de papel y crema para desmaquillarme. Lo trajo de inmediato. Ni me importo que me mirara haciendo ese teatro.

Me lavó el pelo y me besó el cuello; me lavó los pechos y me besó la boca; me lavó las piernas y me besó la barbilla. Lentamente pasó su mano de mi estómago a mi sexo. Tomó toda mi vagina con su mano, completa, en un movimiento tan brusco como tierno. Debajo del jabón podía sentir mi lubricación. Le miré los labios y no dudo en dármelos. Con experiencia llevó dos de sus dedos a mi clítoris y comenzó a estimularme. Tuve dos orgasmos en su bañera. El primero como una formalidad. Señor orgasmo, pasé, lo estaba

esperando. Para el segundo me hundí completa en la espuma, tuve unos temblores increíbles; pensé que estaba abriendo un portal subacuático al mundo de los orgasmos mudos, increíblemente intensos. Cuando ya no pude más le detuve la mano y salí a respirar. Estaba sonriendo, él y yo. Ya no me dio más besos, y yo los deseaba más que nunca. Pero me comporté.

Por un momento, mientras pasaba gentilmente la esponja entre los dedos de mis pies, pensé en lo fácil que es confundir este placer con el amor, o con el deseo de él. Un orgasmo que parezca que no es un orgasmo sino una continuidad de la intimidad, y eso que la intimidad tampoco es síntoma de amor, puede degenerar en la perspectiva que nos marca el ritmo del corazón.

Recordé lo que habíamos vivido en nuestra primera cita y tuve que reconocer que, al menos para mí, y sin que me falte la modestia, fue cercano a la perfección. Ahora le pido que no me vea como esa mujer. Para él lo soy. No hay alternativa para su delirio. O soy la mujer de aquella noche o nada tiene sentido en su mundo, nada vuelve a ser real. Pero sigue siendo una ilusión.

¿Entonces qué es el amor? ¿Cómo se siente? ¿A qué huele? ¿Dónde duele? ¿Dónde alivia? El amor tensa lo que el orgasmo relaja, pero ni el uno conoce al otro, ni al otro le interesa el uno. Como dije, es muy fácil confundirlos cuando una mujer te hace sentir que eres el hombre que estaba esperando en su vida, y cuando ese hombre te tiene en una tina que huele a lo que ha de oler el paraíso, bañándote como si estuvieras hecha de alas de mariposa, las diferencias se borran por completo.

Buen intento, señor Torrénz. Debo admitir que me ha cautivado con su cita de hoy. No he caído del todo en la trampa. Aún distingo lo que es la intimidad que no es impulsada por el amor. Pero ha logrado que me bajen las dudas. Me ha hecho pensar que no es un problema que no tiene solución, sino que es una solución que puede volverse problema. Es peor, si nos ponemos a pensar en ello, pero mientras la bomba no explote es puro derrame de emociones.

¿Apuntamos al amor, licenciado Torrénz? Estamos viendo el lado equivocado del arma. Esta intimidad que me regala es la intimidad que viene después del amor, la que encuentra su lugar arriba de él. No lo impulsa; el amor debe hacerlo. No lo crea; el amor le invita.

No dudo que algunas lleguen a confundir estas atenciones con situaciones del corazón, pero el mío está blindado.

No sabe cómo enamorar a una mujer, licenciado Torrénz. No me apunta al pecho. De hecho, no se da cuenta de que el arma no la tiene en sus manos. La tengo yo. En un intento por demostrar su compromiso me la ha pasado. ¿Espera

que yo dispare? Quizás no se da cuenta que una mujer con una pistola de sentimientos es más peligrosa que un pirómano trabajando en un taller de fuegos artificiales.

Hacer explotar todo sería muy fácil. Después el fuego se apaga. De alguna manera uno logra extinguirlo. Pero no hay cura para la expectativa del golpe, el deseo de ver que todo salga volando por el cielo y que nunca suceda. Podría simplemente irme con la pistola cargada. ¿No se ha puesto a pensar en eso? Todo su “amor” en ella terminaría en un basurero, o hundido en un río que nadie frecuenta. El vacío que deja el amor no correspondido es más grande que el hueco que hace en el corazón el disparo de un amor fallido. ¿No se da cuenta, licenciado Torrénz? Estamos yendo a una trampa.

Le devuelvo su arma, tiene el seguro puesto —No tenía que hacer esto, licenciado Torrénz—. Le digo y lo veo sonreír —Ya te dije que me digas Francisco—. Me la devuelve cuando le quita el seguro.

Siempre se pone delante de la mirilla. Podría dispararle ahora mismo. Podría dejarlo sangrando en la tina donde me está bañando. Podría salir de aquí y olvidarme de él para siempre, pero no es el juego que está jugando. Lo veo en sus ojos. Él no lo sabe todavía. Me da el arma, como si yo la hubiera traído, le quita el seguro y se pone enfrente. “Dispárame”, me dice con sus intenciones ocultas. “Yo te cubro”, me dice con sus acciones, haciéndome creer que la pistola la tiene alguien más y que cuando me disparen él va a recibir el balazo, o peor todavía, quiere que crea que ya lo hizo. Pero en el fondo, muy dentro de él, en un lugar que por ahora no quiere aceptar que existe, sabe que la pistola la tengo yo, cargada y sin seguro, caminando sobre piedras en la oscuridad, y que no falta mucho para que cualquier traspié me haga dispararla.

Me está obligando a apuntarme a la cabeza. Lo demás es cuestión de tiempo.

Al terminar insiste en secarme. Le doy gusto y se desborda en felicidad. Me pasa la toalla por la cara, tomándola con tres dedos. Me la pasa por las axilas, me da un beso y me vuelve a secar. Me la pasa por la espalda y no sé si sea la toalla o sea su ropa la que me toca, me estará abrazando sin que yo me dé cuenta. Me pasa la toalla por las piernas y pone especial atención en mis pies. Me pasa la mano cubierta por un pedacito de la misma toalla entre los muslos y siento que cuando salga, esa tela va a estar manchada con el grosor de mi inagotable lubricante. Así fue.

Me acompaña a la habitación y trata de convencerme de que use una de las

batas de baño de su esposa. Me niego como nunca me he negado a otra cosa. Traje mi pijama y si no le molesta que la use, es lo que quiero usar. Nada de lencería, nada de encaje, nada de ropa interior. Al final acepta que no quiero usar la ropa de su esposa ausente y se alegra con la idea de que me ponga cómoda en su casa. Sigue confundiendo la intimidad con el amor.

Sale para ir a bañarse. Vuelve en menos de diez minutos, totalmente desnudo. Se pasea por la habitación como si fuera lo más natural del mundo, y lo es, pero no tiene que recalcarlo con esa severidad.

Me encontré oliendo los frascos de su esposa. Perfumes, lociones, cremas, aceites para el cabello, aceites para el cuerpo y otras mescolanzas que decían “*Deodorant*” y que no me atreví a oler.

—Usa la que más te haya gustado. Caty no las tiene medidas. No es ese tipo de mujer.

Me pregunto qué tipo de mujer será “Caty”. Quería ponerme un poco de una crema que promete ayudar a relajar los músculos alrededor de los ojos, y huele a manzana, pero mejor tomo mi bolsa y me aplico las que traje de mi propia habitación.

Me siento a verlo terminar de arreglarse. Se pasa el cepillo por el pelo, pequeñas gotas de agua salen volando, mueren al instante al estrellarse contra el piso de madera. En toda su casa el único lugar donde el piso es de madera es su habitación, apuesto que por capricho de Caty. Se unta su propia crema, que esconde en el cajón del buró del lado izquierdo de la cama, donde seguramente duerme todos los días. De una bolsita de tela saca una pócima pequeña, un aceite que se distribuye por el bigote con un cepillo especialmente hecho para ese pelo.

Me descubre mirando sus acicalamientos y me sonrío.

—A esta edad si no tienes algunos miramientos con tu apariencia, se te puede ir todo muy rápido al caño.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunto.

—No me hagas sentir viejo tan rápido.

—Pensé que sólo eres viejo si te sientes viejo.

—Tengo cuarenta y nueve. ¿Y tú?

—Veintiséis.

—Pensé que no me lo dirías, o que me harías adivinar. Qué bueno que no seas así.

—¿Cómo?

—Insípida.

—¿Crees que las que no dicen su edad son insípidas?

—Al menos inseguras. Ya no estamos en los veinte, cuando a los hombres les gustaba ver los tobillos de las mujeres que escondían la cara detrás de un velo o en media ala caída de un sombrero con plumas gigantes. Es una época que todos recordamos elegante y romántica, pero debió ser muy aburrida.

—Pensé que lo sabías. ¿No habías nacido ya?

—¡Jaja! Casi. Fallaste por poco. ¿Te molesta que sea viejo?

—No eres viejo, y no me molesta. Estoy jugando contigo.

—Ya lo sé. Tenía que preguntarte.

Fuimos a la mesa y hablamos sobre nada por unos veinte minutos, con una copa de vino, mientras se calentaba el guisado.

Se levantó y volvió con su plato y con el mío. Parecía un conejo recién muerto, con pelo y quemado en el horno. Hasta lo había servido con el pedazo de tierra y pasto de donde lo recogió.

—¿Qué vamos a cenar?

—Es cordero y espárragos. Hervido en especias, y los espárragos al vapor con vinagre de manzana y canela.

—¿Es normal que el cordero esté sangrando todavía?

—Si eres vegetariana puedo servirte más espárragos.

—No soy vegetariana, pero tampoco soy una piraña.

—A muchas personas nos gusta la carne *rare term.*

—Si tengo que explicarte todos mis chistes no vamos a tener tiempo de hablar de otras cosas.

Al final pude haberme comido hasta el plato. No había comido nada en todo el día.

Nos besamos un rato antes de dormir. Me dijo que no me presionaría a hacer el amor. Que podríamos tomar nuestro tiempo. Le quité la camisa y dejé que él se quitara lo demás. Yo me dejé puesta la parte de arriba de mi pijama.

Tuvimos sexo muy despacito. Con cariño. Sin palabras. Sin pedidos. Sentí todo el tiempo una leve molestia, un dolor fantasma que me recordaba el sufrimiento que pasé hace unos días, pero no fue molestia suficiente como para no poder ronronear con las caricias que me daba Francisco. Fue como despertar de un sueño muy profundo, sanador, y estirarme hasta que me sonarán los huesos de la espalda.

Eyaculó en mi ombligo.

—Déjame limpiarte.

—Todavía no. Acuéstate a mi lado.

No podía besarme con su respiración pesada. Lo tomé por las mejillas y le di un beso pequeño y una sonrisa. Se quedó dormido diciéndome cuánto le gustaba tenerme a su lado. Lo mucho que había pensado en ello todos estos días.

Me levanté tratando de no manchar nada, con la mano conteniendo el semen en mi piel. En el baño me limpié y me lavé la cara. Me sentía pegajosa. Me miré al espejo y no pude ver a la Clementina que creía haber encontrado. Estaba en la casa de alguien que dice amarme, dándole una oportunidad que no va a ningún lugar, sintiendo lo que generalmente siento y pensando lo que generalmente pienso cuando estoy sola, portándome como si fuera la dama de compañía que le debe a su cita un rato de placer y entretenimiento. Él me pidió que no me comportara así, sino como era en realidad, pero ni siquiera notó la diferencia cuando estábamos teniendo sexo. ¿Existe esa diferencia? ¿Acaso no he sido la misma Clementina desde el principio?

Vuelvo a la cama y logro meterme debajo de las sábanas. Me pasa el brazo por encima de la cintura, paso mis dedos entre los suyos y me dedico a perder el sueño.

Estoy acostada junto a un hombre que quiere convencerme de hacer mi vida con él, o cerca de él (nunca dijo que quería divorciarse para estar conmigo), sabiendo que no quiero hacerlo, y le hago sentir que lo estimo, cuando no estoy segura de sentir algo, ni siquiera lo mínimo, por él, como si me estuviera pagando, como si me estuviera ofreciendo un pedazo de lo que soy. ¿Me lo ofrece?

No logro sentir nada, salvo que estoy perdiendo el tiempo.

Olor a rincones polvorientos.

A las seis de la mañana estacionó un coche blanco con los cristales tintados fuera del edificio de departamentos.

Toni me llamó el sábado pasado. Me dijo que Mario Vallerte había confirmado su deseo de una cita conmigo. Que había pagado por adelantado el monto de cinco días y que necesitaba el número de mi cuenta bancaria para hacer el pago de mi servicio. Esperó en la línea hasta que encontré el papel entre el desorden de mis documentos. Cuando le pregunté cuánto había pagado Mario Vallerte, para darme una idea de cuánto valía una acompañante de plata, Toni, sabiendo que lo había discutido con el ingeniero Vallerte, se me adelantó y me dijo que era verdad que una acompañante de plata no daba este tipo de servicios. Una acompañante de plata no sale a unas vacaciones con un cliente, sólo se reúne con él y le da sexo y compañía por un par de horas, quizás, y sólo si yo aceptaba, sin generar cargos extra, toda la noche. Le dije que si yo era una acompañante de plata, por qué tenía que hacer el trabajo de una de platino, y me contestó que cuando Mario Vallerte había aceptado conocerme ella todavía no sabía qué categoría tendría yo, que esa información la recibió después, pero que al final, cuando le ofrecieron al ingeniero Vallerte la posibilidad de elegir a otra edecán, él insistió en que quería que yo fuera a acompañarlo. Le hicieron el cargo correspondiente y lo demás se discutiría en su momento. Le dije que había conocido a Alejandro Montiel, y ella me contestó que ya lo sabía, como si no importara, como si fuera de lo más común que el dueño saliera a minimizar a sus empleadas. Le pregunté si él mismo le había dicho que me pusiera en la clasificación de plata, y me contestó que había un sistema automático que valoraba a las edecanes. No le creí.

Todavía no pertenecía a su agencia y ya tenía problemas con la administración. Estábamos realmente furiosas la una con la otra. Yo, porque no quería ser una acompañante de plata. Ella, porque seguramente le estaba haciendo perder su tiempo.

Terminó diciéndome que haría lo posible por valorar mi situación como una excepción y trataría de acomodarme en otra clasificación. Le dije, casi como una orden, aunque en forma de pregunta: “¿Diamante?”. Se burló de mí sin contemplaciones. Me dijo que no podría ser diamante ni aunque el mismo Alejandro Montiel lo ordenara. Al parecer las edecanes de diamante son muchachas de no más de veintidós, hechas ángeles, como si en algún lugar hubiera una máquina de damas de compañía perfectamente calibrada,

operando para dar una de esas maravillas cada dos o tres años. Mujeres muy escasas, pedazos de cielo caminando en la tierra y demás cosas que me imaginé y me hicieron sentir menos. Lo que más me dolió fue su risa.

Me negué a darle mi dirección cuando me la pidió. Ya no quería nada de su agencia, no quería volver a verla, ni a ella ni a ningún otro dueño de agencia arrogante y orgulloso. Pero cedí. Le di todos mis números, todas las letras de mi dirección, todas las señas de mi contacto electrónico y todo lo que pudiera vincularme con la presencia legal y social que establezco en este país.

No tuve contacto ni con ella ni con nadie de ese mundo desde el sábado que le colgué molesta, hasta hoy, cuando el chofer que han enviado me despierta tocando bruscamente en mi puerta.

—Buenos días, señorita —me dice un hombre presentable, guardando su aspecto casual, pero ordenado y educado, sin parecer para nada un chofer.

—¿Quién te envía? —le pregunto con la boca torcida, mirándolo con el único ojo que fui capaz de abrir en el camino de mi cama a la puerta, cegada por la luz que encendí en la sala y en el corredor fuera de mi puerta.

—Hoy cumplo los traslados de Toni.

—No me avisaron que vendrían por mí.

—Es un servicio que asegura su tranquilidad. Estoy aquí para cuidarla —me dice en un tono y con una sonrisa que subraya su conocimiento acerca de mi situación. Sí, señor conductor y guardaespaldas, soy nueva en este negocio.

—No estaba lista —le digo, como si no fuera obvio—. No he recibido la llamada de Mario Vallerte.

—No es común que el cliente se comunique con usted. Siempre nos encargamos nosotros en las oficinas.

Dice las oficinas como si estuviera hablando de un corporativo en el centro de la ciudad, con una placa de oro a un lado de la puerta que dice “Casa de citas Montiel, el mejor putero de todo el estado”.

Le pido que me espere. Necesito arreglarme. Me dice que estará en la entrada del edificio, que lo llame si necesito algo. Me da su tarjeta, “Daniel”, a secas, debajo de su nombre un número de teléfono.

En mi habitación termino de acomodar mi maleta. Entro al baño dispuesta a bañarme, pero escuchó que golpean la puerta otra vez.

—¡Señorita! Si no se da prisa vamos a llegar tarde.

—¡Shhht! ¿Se te olvidó la confidencialidad?

—Lo siento, pero debemos irnos. El suyo no es un cliente cualquiera. Necesito asegurarme de que llegue en el momento exacto.

—Está bien. Vámonos.

Toma todas mis maletas (tres; dos grandes y una pequeña), y se las lleva. Yo vuelvo a la habitación y me visto.

Tenía pensado llevar vestido, el pelo suelto y tacones altos. Imaginé que Mario Vallerte me llamaría en el transcurso de la mañana para indicarme el lugar donde nos veríamos. Pero ahora, ¿quién sale de su casa con vestido a las seis de la mañana?

Tomo un pantalón de mezclilla y lo acompaño con una camiseta estampada. Suena horrible, pero te juro que me veo linda. Hace un frío más que difícil, así me decido a ponerme zapatos de piso, sin calcetines. Me rocío el pelo con fijador, lo sacudo para que se oxigene y lo pongo en su lugar con una banda sobre mi cabeza. Cuando escucho que Daniel viene subiendo las escaleras tomo mi bolso y asegurándome que mi maquillaje viene adentro, tomo mis llaves de la mesa y salgo con enfado. Cierro la puerta y me detengo en el filo de la escalera tratando de recordar si todo lo que tenía preparado ya iba en las maletas.

En menos de una hora estacionamos fuera de una residencia a media calle de un barrio elegante. Lentamente se detiene el carro y apaga las luces. Daniel me mira por el espejo retrovisor. ¿Debería bajar? Ni siquiera sé dónde estamos.

—¿Es aquí? —le pregunto.

—Debemos esperar. El manual dice que es preciso crear la atmosfera por dos o tres minutos.

Dejo que mi espalda vuelva a caer en el asiento y termino de retocarme los ojos.

Daniel se baja del carro y me abre la puerta. A la vez que voy saliendo lo miro con más detenimiento. Es guapo. Seguramente más joven que yo. Se porta educado, pero no deja de ser indiscreto cuando me busca los ojos.

Insegura le pregunto qué más dice el manual, porque a mí no me dieron el mío.

—Lo que sigue ya no depende de mí. Este es básicamente mi trabajo. Me dijeron que sale de la ciudad, entonces yo me aseguro de que el cliente la reciba y me voy. Pero en otras circunstancias me quedaría a cuidarla. Es lo que hago.

Se va a la parte de atrás del auto y comienza a sacar mis maletas. Doy la media vuelta y abro el cancel de la casa. Recorro un camino de piedras lisas incrustadas en el suelo, rodeada de flores de todos los colores. Del fondo del

jardín se levanta una cabeza del suelo. Ha de ser el jardinero. Buenos días, me desea, y le respondo con una sonrisa. Presiono el timbre y casi al instante me abre la puerta Mario Vallerte, de perfil, sonriéndole a alguien con quien seguramente tenía una conversación.

—Ya atendí, Nina. No te preocupes.

—Buenos días —le digo.

—Pasa, pasa. No te quedes afuera. Todavía hace frío.

Por un momento me sentí incómoda presentándome ante Mario Vallerte, el cliente de diamante, con pantalón de mezclilla y una camiseta estampada, pero me ha visto y me ha dicho que me veo muy bien. Ahora más que nunca estoy segura de que me ha traído especialmente a mí para seguir buscando mis ideas entre mis silencios, no entre mi ropa. Me siento avergonzada cuando detrás de mí entra Daniel con una maleta y mi vestido más caro y bonito en la otra.

Mario lo mira y le sonrío. Parece que ya se conocen, pero es demasiado temprano para sentir celos.

—Clementina, no quiero ser grosero —me dice mientras me conduce a su cocina—, pero vamos a pasar unos días en el campo, en una excursión. No creo que necesites ese vestido. Es más, lo que traes puesto es más que suficiente. Sólo te faltan un par de botas.

—Quería venir lista para cualquier situación.

Me sonrío invitándome a sentarme en una de las sillas del pequeño comedor dentro de su cocina.

Desayunamos *hot-cakes*, fruta con miel, avena con leche, jugo de naranja y gelatina. Hablamos de nuestro primer recuerdo de un viaje. A pesar de que las personas que le ayudan en su casa estaban presentes, Mario Vallerte nunca trató de ocultarme, al contrario, siempre tenía la delicadeza de presentarme a todo el que nos encontraba.

Daniel desapareció sin dejar rastro. Lo busqué cautelosamente por los alrededores cuando Mario Vallerte fue a su habitación a preparar su maleta de mano. Quería preguntarle qué diría cuando llegara a la agencia. O algo, lo que fuera, sólo para aminorar la pesada emoción de este acontecimiento extraño. Me sentía tan fuera de mí.

—Todo está listo, señor —le dijo un hombre a Mario Vallerte cuando éste venía bajando las escaleras. Le tomó unas llaves de la mano y me llamó mirando en mi dirección.

—Clementina, es hora de irnos.

Sin despedirse de nadie, como si fuéramos invisibles, pasamos entre la

cocinera, el jardinero, el chofer y la que debió ser una asistente de su oficina. Nos subimos a una camioneta que ya estaba encendida y con las puertas abiertas y salimos de ahí de inmediato. Íbamos doblando la esquina cuando una preocupación me hizo dar un salto.

—¡No sé dónde están mis maletas!

—Hice que Daniel las subiera a la cajuela antes de irse. No te preocupes.

Había tráfico en la ciudad. Tardamos dos horas, al menos, en ver por fin los últimos edificios. Después vinieron los conjuntos habitacionales en los límites citadinos.

Estaba tan cómoda y sentía tanta libertad, tanta confianza en compañía de Mario Vallerte, que no nos hacía falta decir mucho para enmascarar el silencio. Me perdí en la ventanilla, mirando a ratos casas escondidas detrás de una fachada elegante, o montes increíblemente redondos y verdes.

Una hora más adelante ya no había más que árboles y montes alrededor de la carretera. Bajé la ventanilla y me dediqué a oler el viento puro y frío de la naturaleza, o lo más cercano que teníamos a ella en esta situación.

El bosque a nuestro alrededor se hizo tan espeso, que la luz del sol ya no alcanzaba a tocar el suelo. De vez en cuando se le veía plasmado en un tronco, pero no en la tierra.

De los árboles salía el murmullo de lo que debieron ser millones de insectos que le cantaban al dios de la lluvia. Habían renacido de los troncos de los árboles para emular el sonido de las turbinas de un avión con sus advertencias de lluvia. No pude evitar sentirme una de ellos, una chicharra que cantaba en medio del bosque. O un animal salvaje que de vez en cuando se acerca a la carretera para ver objetos raros o maravillarse del mundo más allá de sus dominios. Como el alce que pasamos de largo.

Mario Vallerte bajó la velocidad y me señaló el camino hacia adelante. Al principio no veía nada, pero cuando logré diferenciar el cuerpo del animal de los troncos de los árboles, el corazón me dio un salto. Un alce enorme, con su cornamenta como su corona, se había detenido en el filo de la carretera, seguramente trataría de cruzar. Cuando pasamos a su lado pude verlo directamente a los ojos, y él me vio también. Sentí el duro golpe de la realidad, de la naturaleza. Me di cuenta de que lo que vivimos en la ciudad es una ilusión, un engaño que llamamos vida, sabiendo que la vida no es ésta. No sé cómo explicarlo. Sentí muchas ganas de bajar de la camioneta y abrazarlo, de sentir su pelaje, de tocar esas varas endurecidas sobre su cabeza, de seguirlo a su refugio y conocer a su familia. Quise vivir tan naturalmente como

él. Pero las ilusiones sólo me alcanzaron para soltar una lágrima inexplicable.

Eso me pasa a veces. Una emoción inesperada me toma tiernamente el corazón, y como mi mente no puede explicarlo con palabras, sólo con ideas abstractas, me arrojo a llorar, como si con eso alcanzara a pagar la genialidad de lo que me hizo sentir así. Puede ser una escena en una película, puede ser un rincón de una fotografía, un color en una pintura, un compás de una melodía, o un alce gigante a la orilla de una carretera sola y fría en medio de un bosque. Esta presencia de realidad me sube del pecho a la cabeza como si fuera efervescente, como si esa chispa hiciera que mi sangre espumara. Me urge el llanto, me hace sentir tan insignificante y al mismo tiempo tan grande.

—¿Cómo te ha tratado la agencia?

—No tan bien. Toni es demasiado directa.

—La conozco. Cree que la verdad es justificante de su insolencia. Pero en el fondo puedes ver que tiene miedo de abrir sus sentimientos. Se refugia en la indiferencia porque es más fácil que lidiar con ideas ajenas.

Me quedo callada un momento. Él también. Sé que quiere hablar de mis servicios, sé que quiere preguntarme hasta dónde sería capaz de llegar con él. Mi respiración se vuelve de plomo cuando me emociona ver la orilla de esa conversación. Me mojo sabiendo que falta poco para que descubra qué cosas le gustan a un hombre como Mario Vallerte, y qué tanto estará dispuesto a pedirme, como si no supiera que puedo dárselo todo.

—¿Cómo pasaste de la burocracia del gobierno a ser una edecán?

—Por error. Por curiosidad. Entré a un bar sin saber que era algo así como un prostíbulo.

—El bar naranja.

—¿Lo conoces?

—Me han hablado de él. ¿Quieres adivinar quién es el dueño?

—El ingeniero Montiel.

—Así es. Es como su muestrario abierto y mercado de edecanes. Según tengo entendido. ¿Quién te invitó?

—Nadie. Algunas amigas de la oficina hablaron de él y un sábado fui a ver cómo era, sin saber nada más.

—¿Te dejaron entrar sin que te conocieran? Pensé que necesitabas invitación. Quiero decir, las mujeres. Los hombres entran solos.

—Lo sé. Estuve ahí tres veces. El hombre que cuida la puerta me dejó entrar sin hacerme ninguna pregunta.

—Qué raro. Mi información debe estar mal. ¿Tuviste suerte esos días?

—Sí. Cada vez —la conversación comienza a ponerse sexual, pero con Mario Vallerte no entiendo muy bien el juego de la libido. Al mismo tiempo estimula mi sexo como mi mente.

—Hombres afortunados. ¿Ahí te encontró Toni?

—Sí. Se me acercó el último día que estuve ahí. Me habló de la agencia y me convenció de probar.

—Soy yo con quien estás probando lo que ofrece la agencia, ¿no?

—Sí. Pero debo confesar que hubiera preferido conocerte fuera de este trato. Me refiero a la agencia.

—¿Por qué?

—Por Montiel, principalmente. Porque me sentiría menos atada, más libre.

—Tal vez. Pero si no fuera por la agencia no te hubiera conocido.

—Hubiera sido una pena.

—¿Por qué elegirías dividir tu tiempo entre una oficina gubernamental y una agencia de edecanes? Supongo que no tienes novio.

—No. No tengo novio. ¿Por qué no me haces la pregunta de forma más directa?

—Porque no quiero sonar ofensivo.

—No sabes lo que puede ofenderme. ¿Qué tal si me estas hiriendo con tus vueltas innecesarias?

—¿Lo haces por el sexo?

—El sexo no es una razón, sino un medio.

—¿Para obtener qué?

—Todavía no lo sé. Hombres que tienen sexo sólo por el sexo, sobran. Lo hacen por el título, lo hacen para mostrarse. No hay mujer que lo haga para pasar el tiempo. Lo hacemos, primordialmente, por placer, y lo hacemos por dinero. La que lo haga por otras razones está muy confundida.

—¿Te arrepientes de algo que hayas hecho en este ambiente?

—Sí. Me arrepiento de hacerles creer a los hombres que pueden enamorarse de mí sin que haya consecuencias.

—¿Cuáles son las consecuencias?

—La soledad. Se están enamorando de alguien que no existe. Sin embargo, no puedo ser más real para ellos. Estoy ahí, soy todo lo que necesitan, lo único que les queda. Llegan a mí desorientados, pensando que su vida no está mal, y de pronto entienden que, si no es conmigo, no tienen nada. Soy una destructora.

—¿Planeas echar a perder mi vida también?

—No es mi intención, Pero si me lo permites lo haré.

—Porque eres un lobo...

—¿Recuerdas eso?

—¡Cómo no recordarlo! Asustaste a Montiel. Eso no es menor.

—¿Crees que exagero?

—No. Realmente creo que todos los hombres con los que has estado han aceptado la cadena que les diste, y te han liberado sin saber que eso significaría su destrucción. Me sorprende que seas consciente de ello. Hacer lo que haces estando consciente de que tal vez exista una razón para hacerlo, aunque no la puedas definir, significa que tienes un objetivo personal, como se lo dijiste a Montiel.

—Se lo dije y es verdad.

—Yo te creo. Hay una posibilidad de encontrarte en los demás. Aunque no seas lo que ellos son, aunque no quieras lo que ellos te ofrecen. Ahí estás. De ahí partes. Ahí te pierdes y ahí te encuentras.

—Es exactamente lo que pienso. Me da pena que lo hayas descubierto. Pensé que era profundo.

—¿Acaso no lo es? El que yo lo haya descubierto no te quita mérito. Te gusta ser quien eres cuando puedes hacer que tu vida se desvíe de las cotidianidades. Deformas el placer de los hombres para convertirlo en obsesión, y dentro de toda esa culpa tienes el control suficiente para buscarte en los restos de un placer ajeno.

—No quiero hacerle mal a nadie. Sólo quiero encontrar un pedazo de mí, dentro de ellos.

—Sin embargo, no puedes dejar de hacerles daño. ¿Cómo encontrarías ese pedazo de ti si no logras romper primero el cuerpo de quien te tiene cautiva dentro de él?

—Después de mis compromisos fallidos, mucho antes de que comenzara a hacer esto, sentí que mi vida estaba terminada, que había perdido mi oportunidad, o que alguien me la había quitado. Pensé que mi responsabilidad ahora consistía en hacer que las cosas estuvieran bien para los demás. Convertirme en una madrina general, en busca del bien ajeno. Al principio me horroricé al saber que me había convertido en una prostituta —me mira con recriminación, no quiere que me trate a mí misma de esa manera, pero lo hago a un lado—. Pronto me sentí cómoda sabiendo que sin importar lo que hiciera, o cómo lo hiciera, ése era el lugar que estaba buscando. Terminé encontrándome en esas sensaciones. Me dejé ir. Me fui, en verdad me fui. Desde entonces he tratado de olvidarme de ello. He tratado de convencerme

de que no existo. Pero no puedo. Cada día encuentro un pedazo de mí que no conocía. Me miro al espejo y comparo esa verdad con la que había aceptado como real, la que estaba en mi cuerpo usurpando un lugar que no le correspondía. Encuentro pedazos desconocidos de mí y no soy lo suficientemente valiente para calzármelos. Pensamientos, emociones y sentimientos que no veo en mis conocidos, y prefiero guardarlos para no diferenciarme de ellos. Al final no me queda más que aceptarme real, más que cualquiera. Me da miedo. Me da terror. Pero he avanzado tanto en tan poco tiempo, que hasta encuentro placer en ese miedo. Quiero olvidarlo. Quiero ser invisible. Quiero dejar de ser este pedazo de carne descompuesta. Quiero dejar de estar sola. Acompañada estoy sola. Merezco esa soledad. Lo único que me queda es evitar que los demás me tanguen lástima.

—No creo que nadie pueda sentir lástima por ti. Lo menos que podrían sentir es miedo.

—¿También tú me tienes miedo?

—No. Ni compasión. ¿Cuántos hombres de los que te han liberado se han dejado consumir?

—Todos —le respondo sin pensar, intoxicada por una seguridad que se siente criminal.

—Yo no seré de esos. Yo voy a jalarte la cadena. Voy a dejarte ver cómo es la vida de las personas que, siendo reales, no lo son. Yo incluido. No puedo asegurarte que dentro de mí hay un pedazo de ti, pero si lo hay, no te dejaré sacarlo.

Una integridad se eleva en mi interior, tomando el lugar de mi seguridad. Se sienten tan similares y son tan diferentes. ¿Fui como una araña que inyectó veneno a sus víctimas? Las dejé en un estado amnésico, inculcándoles sueños que parecían realidades, sentimientos cercanos al amor y a la comprensión, luces que los deslumbraban, desorientándolos, mientras yo tomaba las partes que creía eran mías, mientras en su lugar les implantaba recuerdos y emociones que creyeron tener desde siempre. ¡Y digo que el licenciado Torrénz no está enamorado de mí! Soy una ladina. Una sinvergüenza. Todo el tiempo supe que les daba falsas ilusiones, a todos ellos, aunque supieran que yo era una prostituta, ¿acaso las prostitutas no tenemos sentimientos? ¿Cuánto falta para que Sebastián me llame y me declare su amor? ¿No fui todo para él también? Quise pensar que la situación era así, que yo no la había manipulado. Yo enamoré al licenciado Torrénz, y ahora que lo tengo entre los brazos me siento una víctima de su pasión descontrolada.

—¿Es mi culpa que los hombres quieran dejarse consumir?

—Sólo si puedes compararte con la Naturaleza y tus poderes sean los mismos y no una simple demostración de los suyos.

—Un hombre se enamoró de mí. Preferí pensar que no era mi culpa y me metí en un problema que se hace más grande ahora que reconozco mi culpabilidad.

—Si antes dormías con tranquilidad pensando que no era tu culpa, estabas en lo correcto. Cuando Montiel y yo quisimos saber qué es lo que ibas a darme, tú respondiste “amor”. ¿No es lo que todos necesitamos?

—Pero yo les hago creer que sólo yo puedo dárselos.

—¿Y si es verdad?

—Tú sabes que no es así.

—¿Si lo fuera sentirías que es tu obligación enamorarte de todos ellos?

—No.

—Porque no lo es. Alguien se enamora de ti y crees que le debes algo, pero ya se lo diste todo. Me gustaste desde el principio porque supe que eras engreída, pero no está bien que exageres, Clementina. Deja que los otros tengan sus sentimientos. Nadie te prohíbe tener los tuyos.

—Pero no puedo dejar de sentir que es por mi culpa.

—¡Lo es! Eres la culpable de que otros se enamoren de ti. Pero al mismo tiempo tú no hiciste sus sentimientos, ni te pertenecen. ¿Quieres corresponderles? ¡Correspóndeles! Tú eres de las que no tienen miedo. No quieres corresponderles, entonces que te agradezcan y que se vayan. ¿Quieres que alguien tenga tus sentimientos en su bolsa?

—No. No es eso.

—No trates de echarle otros a la tuya.

Guardamos silencio por el resto del camino.

Dimos vuelta en un camino de terracería y seguimos hasta que alcancé a ver la valla que delimitaba el terreno de su casa de vacaciones, como él le llamaba.

Era una casa hermosa, no por su excentricidad, sino por su sencillez, pero una sencillez cuidada, hecha para ser hermosa a diseño. Rodeada de bosque; hacia donde miraras siempre se veían los troncos de los incontables árboles y su verde en tonalidades variadas, un camuflaje real que nos exponía, al bosque y a nosotros. La casa parecía haber sido construida sobre un pedazo del jardín del edén. El pasto más perfecto que había visto con las flores más arregladas sin dejar de ser naturales. A un costado, un poco alejado, pero a la vista, un

pozo de agua, una réplica exacta de los pozos de los deseos que aparecen en cualquier película o ilustración de cuento o dibujo animado.

—Es ornamental —me dice Mario Vallerte cuando me descubre imaginándome lanzando una moneda al fondo del pozo.

—Me muero de ganas de ir a caminar por el bosque.

—Aquí eres tan libre como quieras serlo, pero ten cuidado si quieres ir a caminar por ahí, podría haber cazadores y muy rara vez se encuentran a un lobo como tú; de los que parecen ser presa y después se transforman en el verdadero cazador.

Le sonrío escuchándolo hablar así por primera vez.

Abre la puerta de un empujón, sin llave, sin girar ninguna perilla.

—¡Señor Mario, lo estábamos esperando hace rato! —le dice una señora mayor, se nos acerca secándose las manos en el delantal. Andaba con ese caminar delicado de las personas mayores, pero al mismo tiempo, pesados sus pasos, como si fueran los huesos de los pies los que estuvieran tocando el suelo. Ya no había rastro de color en su cabello, o ahora era el de la mezcla de todos ellos. Tenía la cara pequeñita; ella en sí era una mujer bajita, remarcada su estatura en la curva de su espalda. Tenía unas ojeras monumentales, se vertían sobre sus pómulos como olas que se abren paso sobre las arrugas. Tenía unos ojos diminutos, casi perdidos entre la piel amoratada de sus párpados. Por un momento pensé que estaba ciega, pero tenía los ojos de un azul tan claro, que bien podría decirse que eran tan blancos como su pelo.

—El tráfico de siempre, madrecita.

Negué en mi mente que fuera su mamá.

Me incomodé pensando que me había traído a la casa donde viven sus padres. ¿Qué haría con una dama de compañía en la casa de sus padres?

—¿Quién es esta bonita mujer?

—Su nombre es Clementina. Viene a pasar las vacaciones conmigo.

—Mucho gusto, señora.

—No me digas señora, hija, me llamo Dolores, pero me dicen lolita.

Me suelta la mano y da media vuelta lentamente, indicándonos que la sigamos a la cocina.

Tomo del brazo a Mario Vallerte y lo miro fijamente, en parte para comprobar que puedo ser esa mujer con él en ese lugar, y en parte porque no estaba segura de dónde estaba ni por qué. Él me contestó la mirada y me dio una sonrisa.

—¿Cómo ha estado? —Mario Vallerte la invita a formar la conversación.

—Igual que siempre, señor Mario.

Recuerdo en este momento que cuando llegamos también le dijo “Señor Mario”, y me reanima saber que una madre no le habla así a un hijo.

—¿Y la casa?

—Muy bien cuidada, como siempre. Nada más un lobo se estaba comiendo la puerta de la bodega. Lo vimos varias noches mordiendo la madera.

—Si les dio lastima le hubieran aventado una pierna de pollo en lugar de dejarlo comer madera.

—¡Ay, Don Mario! Si no se la estaba comiendo, nada más venía a afilarse los dientes.

Entramos a la cocina y lolita nos enseñó el menú de hoy y mañana. Nos deja, o mejor dicho, nos obliga a probar el mole negro con ajonjolí y el pollo cocido en caldo de flores.

—En la olla están las verduras que me encargó y ya no tuve tiempo de hacerles agua de guayaba. Es mejor hacerla ahorita para que les alcance hasta la noche, antes de que se pudran las guayabas del árbol. Las corté todas de aquí —con una mano nos muestra un montón de guayabas sobre la mesa, y con la otra nos señala un árbol que ella ubica en el patio—. Yo no me animo a ir más para allá. A la salida el suelo esta disparejo. Mis pies ya no dan para suelos chuecos.

Se da media vuelta y acomoda las ollas sobre la estufa y comienza a preparar el agua que ya nos había prometido.

—Ella y sus hijos cuidan de la propiedad —me dice Mario Vallerte como si ella no estuviera frente a nosotros—. La casa, parte del bosque y los plantíos de árboles frutales del otro lado —hace ademanes mostrándome un mapa dibujado sobre el viento.

Un rato después se despide lolita de nosotros. Le promete a Mario que vuelve pasado mañana a limpiar y a hacer la comida. En una camioneta estacionada a unos metros de la casa, sobre el último vestigio de un camino borrado de tierra, la espera el que ha de ser uno de sus hijos. Mario Vallerte y él se saludan elevando la mano y mostrando la sonrisa.

En cuanto lolita se ha ido quedamos completamente solos.

Después de comer, ya por la tarde, me negué a salir a caminar. Supongo que se tomó en serio mi tentativa temprana.

Estaba envuelta en la emocionante ilusión de la perspectiva de una nueva vida con Mario Vallerte, como si nunca hubiera estado viva, como si acabara

de despertar de un sueño de cien años, envuelta en la naturaleza de este bosque y las comodidades que en brazos de otro hombre habrían sido fantasías.

Llegada la hora de tomar alcohol, pactando saltarnos la cena, Mario Vallerte todavía no da muestras de querer quitarme la ropa. Es verdad que no vengo vestida como a mí me hubiera gustado, incluso acepto que en este lugar un vestido de noche resulta ridículo, pero si mi sonrisa y mis modales, mis coquetas pestañas abanicando el viento y mis pies descalzos recorriendo todo el piso de su casa, contoneándome, llevando la coleta de cabello de un lado a otro con cada paso que doy, no son suficientes para encender siquiera la curiosidad de este hombre, no sé qué me espera una vez estemos metidos en la cama.

Nos sentamos en un sofá gigante que adorna una antesala acojinada y bien provista de luz natural. Los tragaluces en el techo traducen perfectamente los estertores de los rayos del sol que hubieron recorrido todo el bosque para encontrarnos.

Me molesta mirar el decorado de una cabañita del oeste. La antesala es parodia de las fotografías que recuerdo o imagino que alguna vez logré apreciar de una postal de Canadá, con un par de cabezas de alce colgando en la pared, sobre la chimenea unos marcos con fotografías y un trofeo con una versión antropomorfa de un jugador de tenis, una pipa gigante adorna la otra orilla del remate de la chimenea, la boquilla tallada en madera oscura, demasiado grande para ser de utilidad, estará ahí con propósitos estéticos. Toda la habitación huele a tabaco, pero no he visto a Mario Vallerte fumando ni siquiera un cigarrillo, y del boquete de la chimenea se desprende el aroma a madera perfumada que hace posible imaginar que las revestaduras de las paredes y el suelo son de madera real. Hay pocas fotografías en la pared, pero son enormes, y todas enmarcadas en plástico de colores vibrantes. Qué mal gusto, Mario Vallerte.

—No son alces de verdad —me dice cuando me encuentra mirando las cabezas por segunda vez.

—No lo hubiera adivinado. Me quedé con la idea de la naturaleza viva desde que nos encontramos al alce gigantesco en la carretera.

—Has de pensar que me hubiera gustado detenerme y cazarlo.

—Ahora que me dices que los de ahí no son reales ya no sé si te gusta o no.

—¿Qué cosa?

—Cazar.

—Nunca me ha gustado. O, mejor dicho: nunca lo he intentado.

—¿Qué haces como alternativa a tu trabajo? Todos necesitamos la alternativa.

—¿Tú crees? Me gusta lo que hago lo suficiente como para no buscar otra actividad. ¿O la apatía cuenta como actividad?

—No, Mario, es el opuesto.

—¿Qué haces tú para olvidar el estrés de tus obligaciones?

—Depende de cuáles obligaciones. Tengo tantas actividades como peldaños una escalera.

—¿Te gusta subir esa escalera o bajarla?

—Subirla es más emocionante.

—Entonces tu trabajo en secretaría de gobernación sería tu peldaño número uno.

—Sería mi peldaño número dos.

—¿Me vas a decir que salir con viejitos a vacaciones inventadas y hablar con ellos sobre sus vidas es tu actividad primordial?

—No todos son viejitos. No sé qué paso sea. Es posible que sea toda la escalera.

—¿Tienes otro trabajo?

—El más difícil de todos: lamentarme y buscar pretextos para no soltarme del sueño de mi vida. Mi oficio y mis fantasías en un mismo lugar.

—¿Cuál es ese trabajo de ensueño?

—No estoy segura si lo considero un trabajo de ensueño, pero puedo decir con honestidad que al menos soñaba con llevarlo a cabo. Fue el combustible que me hizo terminar la carrera horrible por la que me dieron un título.

—¿Psicología?

—¿Te parece horrible la psicología?

—No horrible, no tan horrible como nutrición. Ambos buscando información que ya no le sirve a nadie, porque todos vivimos como se nos da la gana. A lo mucho está muy desfasada. Lo que aprenden ya no es lo que cambia al mundo. Ni siquiera les alcanza para cambiar ellos mismos. Aunque si me dices que eres psicóloga cambiaré mi opinión y aceptaré que haces un buen trabajo con tus clientes.

—Quería diseñar motores. Quería moldear el metal. Quería estar rodeada de acero y fuego. Quería ser la cuidadora de máquinas y me veía como la reina de esas bestias sin consciencia.

—¡Ama de casa! Es una profesión muy solicitada.

—¡No! Bueno, por algún tiempo fue mi único sueño. Pero dos hombres se encargaron de aniquilar esa visión, uno después del otro.

Nos perdemos en nuestras propias conclusiones por un tiempo. Terminamos nuestra bebida con sorbos insistentes. Mario Vallerte se levantó del sofá y volvió con otro vaso para mí y otro para él. Cuando se sentó de nuevo, lo hizo más cerca de mí. Me sentí halagada. Olvidé todos los pequeños pensamientos a los que les daba vuelta. Pequeños hombres, pequeñas promesas, pequeñas visiones, pequeñas ilusiones, pequeñas grandezas.

Lo único en lo que pensaba era en Mario Vallerte y yo sentados en un sofá, en una casa perdida en un bosque que yo quería imaginar infinito, un lugar tan apartado de todas aquellas nimiedades que nunca nadie nos encontraría aquí. Yo valgo la compañía de un hombre como Mario Vallerte. No hablo del dinero que hasta ayer no me habían transferido a mi cuenta, y que debo aceptar no me dejó dormir con tranquilidad desde que hablé con Toni. Quiero saber cuánto vale la compañía de plata en la agencia del ingeniero Montiel. Quiero saber cuánto tuvo que pagar Mario Vallerte por su capricho. Para nada se lo voy a preguntar a él directamente. Valgo la compañía de Mario Vallerte en la medida de sus miradas hacia mí. Valgo tanto como sus ideas expuestas ante mis oídos. Valgo tanto para él como la posibilidad de estar juntos en su imitación de sala *western*, a las ocho de la noche a media semana, completamente solos, esperando el movimiento que nos dé clave a los dos para seguir lo que naturalmente estoy dispuesta a conceder.

—No me hubiera imaginado que tuvieras algo que ver con la mecánica — me dice cuando hubo vuelto con las bebidas y se había sentado pegado a mi cuerpo.

—Ingeniera mecánica es mi título. Uno que no voy a poder usar nunca.

—¿Por qué?

—Porque el sueño que me llevó a terminar esa carrera ya no es motivo de ninguna alegría en mi cabeza.

—¿Me vas a decir cuál era el sueño?

—Armar mi propia máquina diseñadora de osos de peluche.

—Es una buena industria, la de los peluches. Son el regalo predilecto cuando no sabes nada de la persona a la que quieres hacer el regalo. Además, los peluches representan la decoración primaria, junto a las fotografías, en todas las casas del mundo... bueno, no sé si en todo el mundo.

—¡Exactamente por eso ya no quiero ese sueño! Qué desagradable sería contribuir a agrandar los basureros que ya nos están rebasando.

—No pensé que tuvieras ideas políticas tan firmes como para abandonar tu sueño por el bienestar de la gente que, aunque se muere por comprar un peluche diseñado por una máquina, no se da cuenta del mal que le hace a todo el planeta.

El alcohol se me está subiendo a la cabeza muy rápido y ya no puedo distinguir si estamos bromeando o no, pero no puedo quedarme callada, aunque siento, no sé si bobamente, que se está burlando de mí.

—Cuéntame un secreto —le pido.

—No tengo ninguno. Sólo obviedades que nadie distingue debajo de mi carácter cotidiano. No soy de los que exponen su vida para que otros se entretengan con ella. Pero tampoco soy un forastero de las emociones. Si alguien sabe hacerme una pregunta, yo siempre busco la respuesta.

—No quise parecer frívola. Tal vez no es un secreto el que quiero saber de ti.

Se termina nuestro segundo trago y lo convengo para que me deje ir a preparar los que siguen.

Entro a la cocina, donde en un rincón está una barrita improvisada con una variedad de botellas que ni me molesto en mirar. Al fin que no conozco ninguna marca de alcohol. Lo único que sé es que el tiempo de añejamiento es un impulso de prestigio y un estimulante del dinero que cuesta.

Vuelvo con los vasos y tomo mi lugar a su lado, cada vez más pegado a él. Recupero mi cabeza entre su pecho y su hombro, y ahora le encargo el peso de una de mis rodillas.

Sé que si sigo bebiendo voy a perder la consciencia. No me conozco ebria, y preferiría no tener el gusto delante de Mario Vallerte. Se siente tan bien estar a su lado, acomodados en un sofá, bebiendo con la tranquilidad que me imaginé que sólo llegaría en mi vejez, con su mano en mi cabello, con sus labios cerca de mis sienes, con su pecho debajo de mi cuerpo.

Borrados del tiempo nos dedicamos a olvidar otra vez, recordándolo todo.

Me visto como el fantasma del pasado y trato de darle un paseo por sus memorias, pero se resiste a ir por ese camino.

—¿Extrañas a tu esposa?

—Todos los días.

—¿Cómo se siente extrañar a alguien?

—¿Nunca has extrañado a nadie?

—No lo sé. No sé cómo se siente. O quizás no lo recuerdo.

—Valorar los sentimientos en base a las experiencias de otras personas es

como tratar de averiguar a qué sabe la comida de tu perro preguntándole a él. No sabrá decirte, no sólo porque no puede comunicarse en tu lengua, sino porque en su vida el sabor no es tan importante como la sustancia. Si pudiera contestarte, seguramente te diría que lo come para seguir viviendo.

—¿Sientes que estás vivo extrañando a tu esposa? —siento que fui demasiado lejos pero no retiro la pregunta.

—Sí. Mi tiempo libre se mide en los recuerdos que logro traer del lodazal de mi mente. Siento que todo tiene sentido cuando sé que ella ya no está conmigo y que está bien que la extrañe. Se siente, por más extraño que parezca, un alivio. La recuerdo y la extraño, me pongo triste sabiendo que ese sentimiento no tiene solución, me altero con la ansiedad que toma la forma de una desesperación menor, y me amenaza con volverse insoportable si no logro manejarla con suavidad. Recuerdo su mirada y sus labios apretados cuando me asentía una de mis ideas básicas, entonces la ansiedad muta a despecho. Está atrapada en mis recuerdos. Así puedo estar con ella otra vez. Es una pérdida que no puedo calcular porque sigue estando conmigo.

Quise ponerme celosa pero los demonios de la baja autoestima controlada no respondieron a mi llamada. No me di cuenta de lo mucho que había crecido, o si soy una mujer mayor estando con Mario Vallerte. La Mujer Clementina.

—Nunca he extrañado a alguien como tú la extrañas.

—¿Hay algo que te moleste de esto que haces?

—Hay algo. Quisiera despertar, aunque fuera una vez, en mi cama, acompañada de alguien que quiere abrazarme. Que me ponga una mano encima para que no me vaya, sabiendo que debo hacerlo de cualquier manera.

—Es la traducción de una pequeña soledad. La que me dijiste que te acusa.

—¿Una pequeña soledad?

—Sé que acordamos erradicar la soledad cuando entendimos que solitario es el que no entiende lo que la soledad realmente es. Pero en esa ocasión hablábamos de un mal desproporcionado. Casi una enfermedad filosófica. No hay necesidad de negar la existencia de la no compañía, que es muy diferente a necesitarla. Nadie está solo hasta que necesita compañía. Pero ¿cómo se le llama a despertar sobre un colchón vacío?

—No lo sé.

—Al menos es negación. Te enseñé a negar tu predispuesta soledad. Pero ¿acaso no sigues despertando sin compañía?

Negación. Un fantasma. Una idea. Un haz de luz. Un falso recuerdo. Una

mentira. Una fotografía. Tiempo no transcurrido. Un elemento químico. Todos ellos. Todos ellos. Todo. Nada. Un poco menos. Un poco más. Una eliminación. Una satisfacción. Una gota, o toda la lluvia. Un rastro de calor, o el sol completo. Una sombra, o toda la oscuridad. Una piedra, o todo el universo. Una mirada. Una sonrisa. Un sexo. Unos labios. Una sensación. Una concesión. Un regalo. Un deseo.

Nos quedamos dormidos en el sofá sin darnos cuenta. Al menos yo no supe cuándo pasé de escuchar sus palabras cerca de mi oído a escucharlas cerca de mi subconsciente.

Cuando despierto encuentro la habitación en la oscuridad. Regreso con una cobija y me la enredo en todo el cuerpo. Me tomo un momento para bajar las luces y estudiar sin ganas cada rincón de la sala poseída por la oscuridad del bosque que se mete por las ventanas. Me pongo a su lado y lo muevo lentamente por el hombro.

—Mario —le susurro en un hilo de voz. No estoy segura de estar despierta—. Son más de las tres. Vamos a la habitación.

Despierta lentamente. Puedo ver el brillo de sus ojos exactamente como los había imaginado que se verían cuando con ese propósito bajé la intensidad de las luces en toda la casa.

Me toma la cabeza por un costado y me sonrío como si fuera la visita en el hospital donde se encuentra convaleciente. Asiente y se levanta con desgana. Me toma del brazo y no me suelta hasta que toma los vasos de la mesa de centro y se encamina a dejarlos a la cocina.

Lo encuentro a medio camino y abro los brazos con la cobija, recibéndolo en mis alas felpudas y tibias. Le doy un pequeño beso debajo del mentón y nos quedamos abrazados en medio de la sala principal por un largo rato.

Después nos abandonamos en la oscuridad del pasillo hacia la habitación.

Inmediatamente queda él del lado izquierdo del colchón y me invita a su derecha. Me tiro sobre su pecho y nos volvemos a perder en la única soledad que no se puede negar, puesto que tiene el poder de negarnos a todos. Soñamos, entonces soñamos.

Despierto por la mañana cuando escucho su voz a través de la ventana desde el jardín.

Estoy sola en su cama.

Habitantes de un espacio desocupado.

Las mujeres estamos hechas de silencio.

Por fuera podemos expresarnos con ideas tan bárbaras como las de cualquiera. Pero por dentro, debajo de todos los pensamientos que nos abultan el descontrol, reina el silencio.

Que se cuide quien tenga la oportunidad de escuchar el interior de una mujer.

No sólo estamos hechas de silencio, también lo creamos, y hasta lo articulamos en frases calculadas que denoten que más importante que toda esa palabrería que estamos escupiendo sin aparente control, está una base de silencio que puede medir y recabar la información que necesitamos para dar golpes cada vez más certeros; por desgracia, esos golpes nos los damos a nosotras mismas.

“Si la guerra la hubieran hecho las mujeres, no habría ningún muerto, sólo muchas personas resentidas”. Como sea, no hay forma de saber si de estas aguas estamos hechas nosotras, o qué proporción de salinidad nos distingue de ellos.

Desde esta mañana trato de calcular esos porcentajes mirando de vez en cuando, y sin que lo note, a Mario Vallerte. No le he dicho palabra nacida de mí desde que volvió de su jardín y me encontró alisando el edredón de la cama. Voy a bañarme, le dije, y él, con tanta experiencia no iba a creer algo diferente, sabiendo que algo me pasaba por la cabeza, o siendo el aprendiz del silencio que me demostró que era, no dijo nada.

Entré enfurruñada al baño, pero con la primera espuma del champú se fue lavando mi mal humor.

Cuando salgo del baño lo escucho llamarme desde la habitación.

—Vamos a desayunar.

—Voy a vestirme.

—Ya tendrás tiempo para eso después.

—Al menos me secaré el cabello.

—Me gustas así. Pásate una toalla y deja que el viento haga lo demás.

Le sonreí por pedido, pero por dentro volvía a molestarme con él por no interpretar mis silencios. Si estuviéramos casados seguramente se lo habría echado en cara en todas nuestras peleas póstumas a nuestro décimo aniversario de bodas. ¡Tú me dijiste que podías leer mi mente! ¡Ahora ya ni siquiera me lees los encabezados del periódico!

Entiendo que estoy siendo mala sangre con él. Después de todo ha pagado por mi compañía. Dudo que haya pagado por tener a una mujer al borde de una pelea con él en medio de la nada.

Lo complazco y vuelo de la habitación con unos shorts de mezclilla cortados casi hasta las nalgas. Una blusa ligera, sin mangas, casi transparente, con un estampado de flores que ya casi se desvanece, cero maquillaje y cero productos para el cabello. Una liberal naturalista ecológica tomando asiento a su lado, oliendo los huevos revueltos y los *hotcakes* precocinados y recalentados, envueltos en el aroma de una taza de café con leche. Y por supuesto mi sonrisa y el brillo en mis ojos.

Pasamos un rato sin decir nada. En la guerra, la que existe porque las mujeres no la comandan, soy yo la que toma el rifle que sabemos está defectuoso, para que nadie más sufra con él, porque prefiero ser yo la que ponga en peligro su vida, y no conforme con eso le quito el seguro a la granada “por si hay necesidad de aventarla rápido”, pero se me cansa la mano y termino soltándola cerca de la base.

—Desperté cuando te escuché peleando con el jardinero.

—Sí. Te sorprendería lo gruñón que se ha vuelto —me responde sonriendo.

—Quiero decir que esperé que al menos me despertaras para levantarnos juntos.

—Estabas durmiendo muy tranquilamente, no quería molestarte.

Sé que sabe a qué me refiero, y podría pasar toda la mañana dándole indicios de mi molestia, esperando una disculpa que no me debe, pero igual él se las ingeniaría para responder educadamente a lo que le digo.

Después del desayuno no perdonamos la caminata por el bosque. Pero no fuimos muy profundo.

Llegamos a una cabañita diminuta donde guarda sus cosas personales.

Quita un par de candados y abre la puerta inmediatamente. De adentro sale el espíritu de la humedad.

Es un cuarto oscuro con cajas apiladas en todas partes. En las paredes no hay decoración y un foco solitario es el encargado de iluminar los recuerdos.

Mario Vallerte saca un par de cajas y me dice que puedo mirar si quiero. Vuelve a entrar y revuelve más cajas al fondo.

Me pongo de cuclillas y comienzo a mirar los discos que guarda en la primera caja. Discos compactos. Ahora entiendo que han pasado de moda. Todos tienen la portada de un clásico de jazz. Un cantante con lentes oscuros, un trompetista con exceso de aire en los cachetes, un trío de amigos sonrientes

mirando a mi derecha.

—¿Te gusta mucho el jazz?

—¡Ni de lejos! Para que te guste el jazz debes estar acostumbrado a poner atención. El jazz es una conversación en la que no participas, entre personas que no conoces, hablando de cosas que no te interesan, para después ser interrogado sobre las intenciones de lo que se ha expuesto. ¡Cómo deforman el tiempo!

—Tienes muchos discos.

—Le gustaba a Gaia. O eso me decía y nunca me di cuenta de que lo hacía por molestarme.

—¿Gaia?

—Gabriela, mi esposa.

—¿Los escuchaban seguido, los discos?

—Todos los días —me dice ya sin interés cuando sale con la caja que veníamos a buscar.

Me la pone en los brazos mientras él acomoda todo en su lugar. Nos vamos sin asegurar la puerta con sus candados.

De camino de regreso me muestra algunas fotografías. Todas de su familia. Sus hijos pequeños, sus hijos crecidos, otra vez pequeños, él y su esposa vestidos de momias para una fiesta de disfraces en octubre, él con el pelo rojo y un corte juvenil y ella... ella... Gabriela, Gaia, la mujer cuya ausencia me incómoda, hermosa, radiante, natural como la belleza de este bosque; que sin que haga falta mostrársela a nadie sabes que está ahí, esperándote, aunque no sea para ti. Se me acelera el pulso, no porque me haya enamorado de ella, sino porque de un golpe me fulmina un rayo que me hizo entender la vida de Mario con su esposa. Todo caía en su lugar. No haría falta que me hablara más de su matrimonio para que lo supiera. Estaba todo ahí, en dos fotografías de ella mirando directamente a la cámara, a través de ella, hacia mí, hacia cualquiera que la viera, desnudando todos los designios con sus enormes ojos ahogados en la oscuridad de aguas que por la noche reflejaban el brillo de la luna, con su sonrisa íntima de labios pequeños y apretados de un rojo que no distingo si es natural o impreso del labial, cejas pobladas, mandíbula pequeña, pómulos pronunciados y cabello claro escondiendo las orejas que todas las noches escuchaban los lamentos de las trompetas, tambores, pianos y contrabajos.

—Te dije que Gabriela era alguien a quien se extraña. ¿Verdad que basta con verla para querer estar con ella?

Lo miré a los ojos sin complacerlo con una respuesta. A cada paso que

dábamos la luz del sol nos encontraba la cara entre las ramas de los árboles. Daba un paso y veía mi pulso dentro de la claridad de mi ojo derecho. Daba el siguiente y sabía que la sangre se me arremolinaba en la frente. Miraba a Mario Vallerte hurgando en su caja de fotografías y más me negaba a responderle. Sabía que aceptar la presencia de Gabriela ante él significaría suprimir la mía por completo.

Había algo en la mirada de esa mujer que me helaba la sangre.

Comprendí que mi papel en este lugar no era competir con el recuerdo de su esposa, ni tratar de llenarlo, ni siquiera dar una alternativa. Era una espectadora de un amor que no había terminado a pesar de las imposibilidades físicas que la muerte les había traído.

Hubo un momento durante el desayuno en el que pensé que Mario Vallerte no era libre.

Me había lanzado a la vida sin otra vara con que medir las emociones más que con la libertad. De la nada me sorprende que las emociones son capaces de tomar el lugar de la libertad, y de medirla también.

—¿Cómo puedes medir la libertad?

—¿Cuál de ellas? —me pregunta y me deja desarmada.

—¿Cuántas hay?

—Un puñado. Todas necesarias para alcanzar ciertas satisfacciones. Debes olvidarte de unas para encontrar otras.

—Pensé que la libertad era absoluta, como la verdad o las matemáticas.

—Pero la verdad y las matemáticas son capaces de anular la libertad. ¿Cómo algo absoluto podría ser cortado por una simpleza moral y numérica?

—La libertad también es cuestión de moral.

—¿Tu crees? Yo pienso que es un medio para asegurarnos una sonrisa.

—¿Te sentías libre en tu matrimonio?

—Nunca lo pensé. Nunca me importó. Me bastaba con ser feliz.

—Pero la felicidad es también libertad.

—El mero acto de elegir hace imposible la libertad. Si eres feliz ya no puedes buscar a la tristeza. ¿Es eso libertad o conveniencia?

—Pero la libertad te da la oportunidad de elegir.

—Entonces el fin de la libertad es suprimirse a ella misma.

—Según tú, la libertad entonces sería la nada. Flotar sin ninguna intención y sin ningún propósito —le digo en un tono que nunca me hubiera permitido con él, pero me molesta que ponga en juicio las ideas que me convierten en lo que soy.

—Eso es exactamente la libertad.

—¿La libertad es la muerte?

—Tal vez no, porque si mueres ya no eres libre para vivir.

—Pero nosotros estamos vivos.

—Y eres libre para elegir morir.

—Pero una vez muerto ya no eres libre.

—La verdad es que no lo sé. La libertad busca suprimirse con cada elección. La única libertad es la nada.

—No estoy segura de comprenderlo.

—No es tan fácil. Es como la idea del infinito. Es todo el espacio y todo el tiempo, y siempre se puede ir más allá. Son todos los números que existen más uno. Siempre más uno. Los humanos tenemos problemas tratando de entender estas ideas. Es fácil idealizar el infinito, pero explicarlo, comprenderlo, medirlo, se vuelve imposible.

—Entonces la idea de la libertad representa los ideales de cada uno.

—Es una idea menos bonita, ¿no?

—La libertad es conveniencia personal.

—La libertad es sobre todo una tentación. Nadie que se dé el gusto vive sin consecuencias. Tomar tu libertad representa una lucha para quitarle la libertad a alguien más. Cuando comenzamos ya no podemos parar.

Salimos de la casa después de dejar la caja con fotografías para sentarnos en el pozo de agua.

—¿Estás diciendo que es preferible no ser libre?

—Estoy diciendo que no sabemos lo que es la libertad.

—¿Y qué es esto que hacemos? ¿Qué hemos hecho durante todos estos años?

—Tomar decisiones. Es lo único que sabemos hacer. De ahí construimos todo lo demás. Somos la raza ingeniera, somos la especie animal que tiene la habilidad de mirar al futuro. No podemos estar equivocados respecto a nuestra suerte, porque nosotros mismos la hacemos. La pregunta siempre ha sido “Cómo”, y siempre hay alguien dispuesto a responder. Ya muchos preguntaron cómo podemos ser libres. Cada vez surgen respuestas, pero los problemas crecen, y la necesidad de una libertad más grande nos obliga a volver a preguntar. ¿Cómo podemos ser libres, Clementina?

—No lo sé.

—Nadie lo sabe. Pero no es de mucha preocupación. Por suerte, los temas filosóficos no afectan en medida catastrófica la estabilidad de un edificio.

Quien se pregunta cómo ser feliz también puede construir un estadio que soporte el peso de doscientas mil personas sin colapsar. Quien se pregunte qué es la muerte también es capaz de viajar a la luna y traer piedras como recuerdo en una nave que construyó alguien que se preguntó cuál es el propósito de la vida. La respuesta la tenemos todos. Es una sola, al menos por ahora: Tú decides. Un montón de libertades que hemos hecho exclusivamente para acercarnos a la más grande de ellas, y mientras más nos acercamos más lejos estamos. La libertad como la perfección requieren de miradas microscópicas, y cada vistazo te revela una porción del infinito.

Le ayudé a decorar la casa con las fotografías y algunos artículos que, sin preguntar, aseguro que representan un recuerdo de su matrimonio. Para cuando terminamos de arreglar ya era hora de comer. Estoy que me muero de hambre. Sobre todo, estoy que me muero por sentarme a su lado y mirarlo otra vez a los ojos sin decir nada. Sabiendo que así se lo digo todo.

Me tiene a su disposición y lo sabe, no porque soy su dama de compañía, sino a un nivel más personal (el trabajo más personal del mundo, ¿no?). Me refiero a que tiene mi mente. Por ahora solamente él sabe cómo voltearla, girarla, doblarla, inflarla o matarla de hambre.

Me siento como una mosca atrapada en el cristal de una ventana, luchando por entrar sin saber que ya está adentro, o luchando por salir cuando ya está afuera. Tal vez sabe exactamente lo que está haciendo, pero, ¿cuál es la diferencia para ella?

Una lumbre derretida.

Miro el vestido sobre la maleta y no me queda más que imaginarme el momento que yo pensé, tontamente, que iba a suceder, sabiendo que no sería posible.

Pantalón de mezclilla otra vez. La blusa ya se presenta menos casual y más sugestiva, con hombros abiertos. En los pies, tacones, pero ligeros. Fui la primera en bañarme y eso me da tiempo de secarme el cabello y presentarme a la mesa con un peinado más o menos digno.

En la habitación espero a que Mario (por ahora me siento tan cómoda que quiero quitarle el Vallerte) entre con la toalla enredada en la cintura. Compartimos el clóset y sé que su ropa no lo acompañó a la bañera.

Quiero verlo desnudo. No estoy segura de cuál sea mi motivación. No sé qué espero que pase cuando le vea la piel, cuando insista en ponerle mis dedos sobre los huesos de su espalda, o las rodillas que seguramente ignoraré por tener variedad para elegir.

Es que no tuvimos sexo anoche. Y lo deseaba. Por eso me levanté molesta, por eso no le dirijo del todo la palabra, por eso insisto en la memoria de Gaia sobre mi existencia, por eso dejé abierta la puerta del baño y no corrí el cristal frente a la regadera; por la posibilidad de verlo entrar sin mi permiso y asaltar mi cuerpo. Por eso ahora miro con tristeza el lindo vestido que no podré utilizar como muestra de mis encantos.

Pero un vestido no es mi arma secreta. Ni unos tacones. Ni unos pechos expuestos en la regadera. Mario quiere verme como soy. Me espera desnuda de la mente (¿se siente tan dramático como se escucha?). Mi arma secreta es mi actitud, aunque ha estado fallando en los últimos días.

Lo único que podemos hacer para mostrarnos es denotar la actitud. La belleza se rezaga contra los pensamientos que se expresan en la piel.

Me esfuerzo por dejar mis impulsos detrás de mí. Ayer estaba tan excitada después del primer vaso de alcohol que hasta tenía revuelto el estómago. Mi cuerpo prefirió dormir. También el de él. ¿O será que no quiso tener sexo conmigo? Me lo he preguntado desde esta mañana. Aun cuando traté de interponer la distracción, aun cuando despertando sola ya sabía que lo único que me iba a molestar el resto del día sería no haber tenido sexo con el hombre que me trajo hasta aquí.

Me duele no haber planeado una estrategia. ¿Acaso no podía fingir que bebía de mi vaso cuando en realidad solo me mojaba los labios como ya lo he

hecho? ¿Y si Mario estaba tan excitado como yo y se apagó su deseo cuando me miró desparramada en su sofá, totalmente perdida en los mareos del alcohol? Lo imagino sintiendo lástima por mí y me avergüenzo al punto que me pongo incómoda. Pobre niña, le ha dado dos tragos al vaso y ya está desmayada. Y pobre de mí que pagué nosécuánto por tenerla alrededor de mi cuerpo y termino mirándola dormir.

¡Qué vergüenza! ¿Cómo hago para recuperarlo?

—Vamos a comer —me dice sin levantar la voz cuando pasa frente a la puerta, totalmente vestido y perfumado.

—¿Dónde te has vestido?

—Mi ropa está en mi habitación.

Le sonrío, pero estoy muy dolida y decepcionada.

Lo único que me faltaba, ¡me tiene durmiendo en una habitación de invitados!

En la mesa no terminamos de entendernos acerca de nuestro papel para ayudar a traer la comida a la mesa. Nos sentamos y bebimos un vaso de agua sin decirnos mucho. En la cocina se escuchan ruidos, comprendo que ha venido alguien a hacer por nosotros lo que podríamos haber hecho solos.

Sale una mujer con los platos. Evidentemente nos hemos adelantado a la hora de la comida. Apenas van a poner la mesa.

Le sonrío a la mujer que me mira cuando coloca el plato frente a mí. El rastro de mis labios arqueados salpica la mirada de Mario Vallerte.

—No pensé que fuera tan temprano —me dice mirando su reloj.

—Sin importar la hora, debo confesar que tengo hambre.

De la cocina sale el rumor del mole recalentado del día de ayer. Lolita prometió venir a preparar más comida hasta mañana.

El silencio nos toma por un momento, se abre camino hasta nuestra presencia entre las vibraciones de las cucharas en la porcelana o sonando en la fricción contra la olla. Cada segundo que pasa mi pulso se hace crecer hasta llenarme el pecho. Lo siento en mis orejas y da golpecitos en mi sexo. Miro a Mario y no puedo negar que lo deseo. Lo he deseado desde que lo escuché la primera vez en aquella llamada telefónica, cuando me dijo que era una mujer interesante. Lo miré tal y como es en el restaurante de su hotel e inmediatamente lo imaginé dentro de mí. He pasado casi dos días con él y ni siquiera he tenido la oportunidad de olerle el cuello, de cubrírselo. No lo he visto excitado, no lo he escuchado hablar de sus preferencias románticas ni

sexuales.

Lo miro ahora y me lo imagino tomando posesión de mi cuerpo. Me gustaría que lo hiciera suavemente. Pero me sospecho vuelta loca recibiendo sus investidas como las de un toro viejo pero activo, que toma lo que quiere y sabe cómo demostrar que sigue siendo el dueño de sus convicciones y placeres.

Le doy una de mis miradas lujuriosas, la mirada tímida que se aparta, pero vuelve para confirmar que le gusta mirar y ser mirada mientras mira.

De golpe estoy tan excitada que no puedo fingir la respiración. Estoy segura de que puede ver mi sangre fluyendo en las venas de mi cuello. Ya se imagina lo mucho que me acabo de mojar, que supone, o recuerda, cómo se siente esa lubricación en la punta de sus dedos, y ha de ser tan real como yo puedo sentirla en el relente que se va enfriando en mi ropa interior mientras toca mis piernas, haciéndolas susceptibles, anticipándoles un temblor del que se han vuelto adictas.

Lo vuelvo a mirar y no encuentro un resquicio por el cual puedo entrar. Lo miro y él no me devuelve la mirada. Lo miro y mi motor va desacelerando la marcha, aunque siga pisando el acelerador.

Aparta la mirada de un viejo periódico que tenía en las manos y me sonrío con paciencia. Me toma la mano y de inmediato enfría todo lo que se estaba calentando. No hay posibilidad de hacerle entender que quiero tener sexo con él sin aventármelo desnuda con las piernas abiertas. ¡No voy a hacer eso! Le devuelvo la mirada cuando ya no me mira, me mojo los labios y paso saliva.

—Discúlpame —le digo y me levanto de la mesa—. Ahora vuelvo.

Entro al baño y cierro con seguro. No quiero que entre. Ahora ya no es parte de este momento.

Aprovechando que estoy en medio del bosque me imagino que soy una rama de un árbol, una extremidad rebelde que tiene la intención de crecer más que el árbol del que es parte. Me desabotono el pantalón y el torrente de sangre me pide un suspiro, se lo doy cuando, sobre la blusa, me paso las manos por los pechos. Imagino el rocío de la mañana luchando por no evaporarse con el calor de mediodía, y siento esa humedad sobre mi ropa interior. Que no se evapore, que no me deje. La rama se rompe, mi ropa interior ya no me estorba y en el centro de la débil madera encuentro la fuente de la humedad. El solo toque de mis dedos índice y medio, empapándose de esta pulpa, alcanzarían para darle de beber al árbol más viejo de este bosque. De pronto yo quiero ser ese árbol. Yo soy ese árbol. El interior de mi vagina se reviste con la madera.

Sale de mi interior para dejar la corteza por fuera y la pulpa por dentro, endureciéndose. Las ramas crecen dentro de mí, se abren paso en mi espalda, rasgándome la piel, después la acarician sus flores, sus tiernas hojas, el olor de la madera, el olor de la madera, el olor de la madera, como se desgaja su interior, cuántas hebras lo conforman, agua, agua y miel, el color verde, mi lengua cubierta de aserrín, un rayo de sol que me atraviesa el cuerpo entero en el primer minuto de la mañana, el orgasmo. Fue tan intenso que resoplé sin control, o eso creo. No estoy segura de que mis pensamientos fueran palabras o silencio.

Las raíces que habían llegado hasta el centro de la tierra se retraen poco a poco, convirtiéndose de nuevo en mis piernas, que comienzan a temblar.

Quiero ir por el segundo orgasmo, pero se desvía mi atención cuando escucho voces en el comedor. Primero me convengo de que es la mujer que calienta la comida en la cocina, y me niego a dejar de mover mis dedos entre mis piernas. Pero todo rastro de placer se desvanece y me enfrió de inmediato cuando escucho risas de otros hombres; al menos la de Mario y otro desconocido.

Me acomodo el pantalón. Siento la humedad de mi ropa interior como una bofetada.

Me lavo las manos y salto a la habitación para cambiarme. Otro pantalón y ropa interior seca. Se escuchan más voces en el comedor. Hay una mujer y niños. Al menos dos niños, una mujer, un hombre y Mario Vallerte.

Me retoco el maquillaje, pero mis manos no responden muy bien. Están temblorosas por fuera y quietas por dentro. No me transmiten mucho de lo que tocan.

Salgo de la habitación y me deslizo suavemente entre las paredes del pasillo que da a la sala, después directo al comedor. Acorto los pasos cuando voy cruzando la sala y escucho un poco de la conversación, o trato de hacerlo, pero no entiendo nada.

Una niña entra corriendo por la puerta principal directo al comedor y me da un susto de muerte. Detrás de ella me sorprende un hombre con un bebé en los brazos.

Lo miro y me sonrío. No avanza y yo detengo mis palabras. Detrás de él entra un niño idéntico a la niña que me asustó y desvía su atención por un momento en el que debí aprovechar para desaparecer del planeta, pero sólo me alcanzó el tiempo para examinarlo.

Delgado, demasiado delgado, aunque adivino músculos en su cuerpo, una

sonrisa que le manifiesto permanente, ojos claros, oscurecidos por las ojeras a su alrededor, nariz pequeña, ceja poblada, grandes orejas, cabello basto y bien peinado, cubre su cuerpo escuálido con un suéter holgado, un pantalón de mezclilla negro hace lo propio con las piernas y lo que yo creo que son sus zapatos favoritos, los que no se quita ni para dormir, le acomodan los pies al suelo.

—Hola —me dice con la sonrisa tatuada mientras me alcanza y se me adelanta al comedor.

Le respondí con la misma palabra, pero debilitada, consumida por la presunción del cuidado excesivo de mi tono de voz.

Cuando entro a la cocina me encuentro con Mario hablando con un hombre joven en una esquina, el niño y la niña que entraron corriendo, el hombre que me descubrió vigilante en la sala y una mujer. En la mesa ya estaban todos los platos y la comida.

Mario Vallerte me mira y desvía sus ojos nuevamente al joven con el que hablaba para terminar su conversación con una frase hecha, como casi siempre lo hace.

—Ven, Clementina —me dice y me recibe con los brazos abiertos—. Quiero que conozcas a mi familia.

—Mucho gusto —les digo a todos y a ninguno mientras trato de buscar el camino más corto desde donde estoy (perdida en algún punto de un hoyo negro) hasta Mario.

Me pone a su lado y trae de nuevo el silencio. Como si les estuviera diciendo a sus mudos invitados todo lo que debían saber sin saber nada.

—Ella es Clementina, mi invitada. Nos acompañará este fin de semana y ocupará el asiento de Gabriela.

—¡No otra vez, papá! —dice la mujer levantándose de su asiento—. Me alegré cuando entré por la puerta y te vi sentado solo. No me malinterpretes; tú sabes lo que quise decir. Luego nos presentas a esta niña —me mira furiosa—. ¡Papá, por dios, ha de tener la misma edad que Andrei!

—Samanta, no seas irrespetuosa.

—No es falta de respeto —me mira y guarda el silencio de un segundo, el que para las mujeres representa la aguja con la que pinchamos las vanidades de las otras—. No quiero decir que no seas bienvenida, pero deberías saber que esto pasa todos los años. Mi padre cree que es gracioso compartir sus vacaciones, las que casi nos obliga a tomar al mismo tiempo que él, haciéndonos acompañar a una desconocida.

—Samanta, basta —responde Mario Vallerte completamente calmado.

El hombre con el bebé en brazos se sienta al lado de la mujer y le dice algunas cosas que ninguno alcanzamos a escuchar. Le pasa el brazo por los hombros y ella esconde el llanto en el hombro de él.

—Discúlpanos, Clementina —dice él con la mirada afligida, por primera vez sin sonrisa, modesto y sincero, como si hablara por los dos—. La otra noche dejamos la puerta abierta y se nos escapó Keny. No lo hemos encontrado y estamos irritables y lastimados. Keny era nuestro perro.

—¡Es nuestro perro, Fil! Lo dices como si estuviera muerto —Samanta se le escapa de entre los brazos.

Mario me mira y me tiende la manta de la confianza, pero vengo acalorada del baño y no quiero cubrirme. La incomodidad ahora funciona como ventilador. Que me enfríe hasta la muerte.

—Ella es Samanta, mi hija mayor. Él es Felipe su esposo. Ellos sus gemelos, Karina y Saúl. Su bebé, al que conocemos como pequeño Mario, pero todavía no tiene nombre oficial. Y mi hijo, Andrei. Pasaremos el fin de semana con ellos.

—Qué bueno conocerlos a todos —les digo como si Mario ya me hubiera hablado de ellos—. Yo me llamo Clementina.

—No quise ser grosera, Clementina. Quería mucho a ese perro. Ha estado en la familia por más de doce años, y ahora, ya estando cerca del final de su vida se escapa.

—No te preocupes. Yo entiendo.

Mario me toma del hombro y me indica la silla de la mesa donde me voy a sentar, a su lado derecho, junto a Felipe.

—Les regalé ese perro cuando se casaron —me cuenta Mario en un tono que indica que está haciendo la confesión sólo para mí, a pesar de que los demás guardan silencio—. Gabriela estaba muy enferma y lo había comprado para ella, pero en esos días empeoró su situación y cuidar al perro se convertiría en una molestia. Se lo regalé a Samanta y ellos lo cuidan desde entonces.

—¿Tienes que hablar de mamá tan pronto? —le recrimina su hija con el único tono que le conozco hasta ahora.

—Cuando era pequeña mis padres tenían un perro —les cuento—. Pensaron que sería bueno para que le hiciera compañía a su hija adoptada, pero no resultó muy bien y tuvieron que deshacerse de él. Le pidieron a un hermano de mi padre que lo cuidara mientras yo me acostumbraba a la casa.

Cuando mi padre quiso recuperar a su perro, su hermano se negó a dárselo porque su hijo se había acostumbrado a tenerlo. Mi padre se asustó por la pérdida y dejó de hablarle a su hermano por dieciséis años. Se reconciliaron cuando murió el perro. Su muerte fue tan significativa, al menos en el sentido de la pérdida total, que de sus conversaciones desapareció para siempre. La muerte de Rocky lo hizo desvanecerse de la historia de mi familia. Rocky era el perro.

Me miran en total silencio, como si acabara de ocupar un siglo en contar mi historia. El único que muestra un gesto es Felipe, y eso sólo porque la sonrisa es parte de su cuerpo.

Así como Rocky desapareció de la historia de los Ruiz, yo desaparecí de la historia de los Vallerte durante la comida.

Hablaron de sus recuerdos, se rieron de sus chistes, reconocieron solamente sus miradas, se pusieron al corriente con las travesuras de los gemelos, discutieron sobre si es buena o mala experiencia tener un bebé que se niega a dormir por las noches, y yo sentada bebiendo vino sin parar por dos horas y media de conversaciones en las que no tenía lugar ni como espectadora casual.

Gaia me eliminó con una mirada desde su fotografía. Pero me atreví a luchar. Ahora llegan sus hijos a enterrarme viva, a devorarme completa y a hacer polvo de mis huesos para que no quede rastro de mi paso por esta casa.

De a poco se fueron retirando todos de la mesa, cuando ya teníamos la noche sobre nosotros. Primero su hijo, que fue el que menos habló. Después Samanta con los gemelos, que estaban muy cansados por el viaje. Al último Felipe, que todavía tuvo fuerzas para quedarse media hora discutiendo los acontecimientos de la temporada de basquetbol con Mario.

Cuando quedamos Mario y yo, envueltos en el silencio incómodo de la noche calurosa, dejé que mis ojos se llenaran de lágrimas. Me había lastimado. A pesar de que no le debía nada, y sabiendo que mi presencia ahí era una decoración, como las cabezas artificiales de los alces en su pared, no pude encontrar alivio en la afirmación que me declara dicha pieza ornamental, un cuerpo que cobra por pasar esta humillación, peor que ser ultrajada por un hijo de papi en un motel de lujo por seis mil pesos.

—Me has lastimado, Mario Vallerte. Me duele comprender que no eres quien me hiciste creer que eras.

Una lágrima cae de mi ojo derecho sin tocar mi mejilla y me levanto sin darle el placer de mirar el resto de mi llanto. Salgo de la casa y sin saber

adónde ir termino en el pozo. Detrás de mí lo escucho caminando, lentamente, como si no quisiera ir más rápido porque todavía no tiene nada que decir.

Anoche brincaba de felicidad, suprimiendo en mi pecho los sentimientos que dan miedo, alborotando las emociones que se buscan por la misma causa. Me mostré humana utilitaria, esclava de mi piel, un títere de mi mente. Hice que la verdad fuera evidente y no comprendí que de esa manera la mentira se hacía absoluta. No tuve tiempo de medir el silencio, y sintiendo el miedo me abalancé a sus brazos. Di pasos agigantados para que hiciera ejemplos conmigo, y ahora no hay nada que pueda decir para apagar el fuego que calcina todo el bosque.

No quiero que me mire, no quiero que me hable. No hay nada que pueda pensar para pagarme el dolor de la humillación. Me doy cuenta de que finalmente es la hora de mostrarme inmortal, secreta y blindada, volver mil años atrás en mi historia, que es idéntica a la de cualquier mujer, la que empieza en la línea y termina corriendo en círculos.

Acércate, Mario Vallerte. Sigue creyendo que los pasos que das no son movimientos mecánicos. Sigo en tu cerebro, y que me sigas el paso es muestra de tu ineptitud. Estás por mirar cien caras en mí, sin saber cuáles ojos son los que te miran. Todas estas expresiones. Tanto placer, tanta emoción. Quise dártelo todo, pero lo que quieres es que te lo quite.

Este bosque es otro bosque ahora. Y esta mujer es un demonio.

—El peor error que ha cometido la humanidad —me dice cuando todavía le faltan unos pasos para llegar hasta mí— es haber despertado a la contemplación de sí misma. Esta falsa concepción de nosotros nos hace actuar en favor de espejismos que nos hacen daño. Vemos al mundo, y todo lo que hay en él, como una especie de sustento que fue creado para nosotros, y no como la base del equilibrio de la naturaleza. Nos vemos como seres extraordinarios. Ese poder nos permite crear naturalezas sintéticas, oxígeno, alimento más nutritivo, alimento menos nutritivo, pero más gustoso, trasladamos lluvias, hacemos crecer bosques donde no los había y adornamos nuestras casas con flores sobre una mesa, donde naturalmente no podrían crecer. ¡Podríamos crear un agujero negro en el interior de una máquina! No nos basta con contemplar a los animales que comparten el mundo con nosotros, queremos que nos entretengan, y ahora que nos vamos aburriendo de lo que hay, nos damos cuenta de que las personas también somos entretenimiento. No viniste a entretener a mi familia, pero tampoco fui claro, lo admito.

—El bosque se ve diferente de noche —le digo con la voz temblorosa por

el frío que de repente se desplomó del cielo.

¿Quieres contarme otra historia, Mario Vallerte? ¿Qué tienes que demostrar? Quisiste jalarle la cadena al lobo.

El odio es fácil de atraer, y cuando se deja sentir como fuego en el pecho, nada más tiene sentido. Enciende la mecha, Mario Vallerte, deja que todo se salga de control.

—Me contrataste para jugar un estúpido juego con tus hijos. Dime cómo salgo de aquí. No quiero volver a verte.

—No te dije toda la verdad. Pero tampoco quería hacerte daño. Iré por las llaves. Déjame acompañarte si quieres irte.

Me quedo pasmada en el pozo. No sé si es su tono, no sé si es su presencia, sus ojos o su manera tranquila que llama a toda serenidad.

Me asusta el movimiento de una sombra que se retuerce en el tronco de un árbol a unos metros de mí.

—Mario es un hombre sincero —me dice Felipe cuando la luz de la casa le ilumina la figura. Lanza el cigarrillo hacia el bosque y sigo la colilla con la mirada. Los dos vimos cómo la vida color naranja del tabaco se iba desvaneciendo en la tierra mojada.

—No es que crea que no es sincero, es que me ha traicionado.

—¿Conoces la historia de su matrimonio?

—Me ha hablado de Gabriela.

—Gabriela... la recuerdo muy bien. Ella era esta casa, ella era toda la familia. Samanta la adoraba, por eso sus arranques de celos. Todos los años es lo mismo.

—Tal vez eso me duele, saber que soy el centro de mesa de este año.

—No me conoces y no tienes razón para creerme, pero cuando Gabriela murió esta familia se desvaneció. Lo que ves ahora son cenizas de aquel fuego.

—No es mi culpa, Felipe.

—Fil, puedes decirme Fil.

Miramos a la profundidad del bosque durante un rato antes de que él siguiera.

—Gabriela fue el amor de su vida —me dice apuntando hacia la puerta por la que esperábamos que apareciera Mario—. Cuando ella murió, Mario le prometió buscar la felicidad. Estas vacaciones en las que nos reunimos no son acontecimientos recientes. Ellos llevan haciéndolo toda su vida, recientemente me añadieron a mí cuando me casé con su hija, y este año estás tú también.

—Pero no es correcto.

—Para él lo es. Desde que murió Gabriela, Mario no ha dejado vacía la silla de su esposa en estas cenas.

—¿Pone a cualquier mujer donde antes se sentaba su esposa?

—Todos sabemos que las mujeres que lo acompañan no son cualquier mujer. Basta con conocerlas un poco. No te ofendas, siempre trae a alguien que tiene un poco de Gabriela. No es humillante el que tengas que ocupar el asiento de su esposa muerta. Entiendo que tampoco es un honor, pero no es poca cosa. De seguro se la han pasado bien mientras han estado juntos. ¿Cómo sabes que eso no es lo que quería ella? Al menos nosotros sabemos que él está bien.

—¿Realmente lo hace por eso?

—No te voy a decir que no veo alegría en sus ojos cuando mira que su hija siente celos, pero la razón por la que tú estás con nosotros este año es más grande que yo, tal vez más grande que él mismo. Ninguno de nosotros sabe bien cómo es la mente de ese hombre. Nos limitamos a acompañarnos.

Se va cuando Mario sale por la puerta con las llaves en una mano y una chamarra en la otra.

Cuando Mario se sienta junto a mí me pone la chamarra por encima de los hombros. En el silencio miramos el cielo. En el ruido que esa agitación causa dentro de nosotros no encontramos las palabras.

Mi furia se ha sosegado, se ha conformado con devorar un trozo de mí. Se ha calmado el lobo mordiendo su propia cola.

—Pensé que podría conocer tu mente mientras estuviéramos juntos, pero ni siquiera he podido ver cuál es tu vida —le digo conciliadora, tomándole la mano.

—No es fácil cuando nuestra mirada está acostumbrada a lo cotidiano.

—Parece tan sencillo mostrarnos cuando estamos dispuestos...

—Siempre terminamos encerrados dentro de nosotros mismos.

—Pensé que yo era diferente, que sería fácil mostrarme. Pero ahora veo que no es así. Pensé que tú podrías hacerme diferente, pero es imposible si ni siquiera me conoces.

—Para ver los pensamientos hace falta un microscopio y para ver la vida se necesita mirar desde el espacio.

Me toma del hombro y me acomoda en su pecho. Miramos la luna. Nos imaginamos sentados en el filo del universo contemplando la vida, toda ella, en medio del frío, en medio de un bosque, en el centro de nosotros mismos.

Comprendo que lo que sentía por Mario Vallerte ya no está. Se ha ido. Se ha evaporado y se ha quedado sólo el respeto. Ahora ni siquiera lo deseo. No sé si eso es bueno o malo. Pero sé que de cualquier manera no me trajo hasta aquí para tener sexo conmigo.

Me siento aliviada, un tanto vacía; como cuando tengo ganas de llorar y lo hago escuchando una canción, liberada del demonio que invoqué esta noche, hasta ridícula de haber iniciado esa llamarada dentro de mí con tan corto pretexto.

Aunque no quiero entrar en la casa y encontrarme con sus hijos, sé que no podré evitarlo.

No voy a irme. Algo comienza a moverse en mi mente, pero no sé bien qué es.

Por ahora no diré adiós a nadie. Eso siempre es razón de alegría. Me quedo con un sustituto de la despedida que no lo es: Ya el tiempo lo dirá.

El canto de la manada.

Por la noche tuve sueños pesados. No recuerdo ninguno, pero desperté con el cuello tenso y una sensación de vacío como la que sólo dejan los malos sueños.

Mario Vallerte despertó conmigo, aunque no se levantó. Dijo que le gustaba que sus hijos creyeran que era un viejito dormilón, y se quedó acostado.

Bajé con cuidado de no mover mucho la casa para que no se despertaran los demás. Se siente tan tranquilo el lugar, a pesar de que toda la familia está aquí.

En la cocina tomo un vaso de agua, como siempre lo hago cuando despierto, y salgo con otro en la mano en dirección al pozo.

No entiendo bien la motivación, se siente como si quisiera huir de aquí, como si no quisiera estar dentro de la casa cuando el movimiento de la vida familiar comience. Me siento en control si doy la ilusión de estar preparada.

El sol se asoma por encima de unos árboles gigantescos, pero distantes, y me llena la cara de luz y calor.

Hay una emoción especial dentro de mí. Como la anticipación a la navidad, cuando está por comenzar noviembre y ya se siente la nostalgia única que nos da el frío y la seguridad de que en un salto ya será diciembre, y podremos llorar sin motivos, y podremos pensar en los muertos más de lo que lo hacemos en noviembre, y podremos sentir pena por otro año en el que no hicimos nada, y dejaremos crecer la ansiedad de la promesa que nos hacemos: el próximo año será mejor. Sabemos que estamos mintiendo, pero es navidad, y esa promesa, esa ilusión, con el paso de los años, se va convirtiendo en nuestro único regalo.

Doy un sorbo de agua, siento la frialdad en mi estómago vacío. Miro directo al sol y cierro los ojos. Me gusta ver las chispas de luz que se mueven dentro de mis párpados, la cortinilla rojiza que se sacude sin parar, como si mil manos trataran de alisarla al mismo tiempo.

Escucho una voz detrás de mí y salgo del trance con serenidad.

No tarda en evaporarse la tranquilidad zen que sin querer había logrado para dejarme en un estado de defensa. La incomodidad llega y se asienta sobre mi pecho, me expone la cara sin maquillaje, hace que mis pechos sin sostén se sientan flácidos debajo de mi camisa con el estampado del enanito gruñón de Blancanieves, me exige que cuide mis palabras, me retrae las uñas y me esconde los ojos.

—¿También te gusta el pozo? —me dice el hijo de Mario.

—Buenos días —le respondo y me encojo para que no note mi descuidada imagen.

No me repite la pregunta, aunque no le he contestado ni pienso hacerlo. Quiero que se vaya. Quiero que me deje sola.

—¿Clementina es tu nombre? —me pregunta y desvía su mirada hacia mi pelo.

—Sí —le contesto a secas y sin que me importen las apariencias de la discreción, me arranco la liga del pelo para comenzar a romper la trenza con los dedos.

—Entonces —se saca la mano de la bolsa de su chamarra y se frota la nariz —, ¿eres la asistente de mi papá? ¿Su secretaria? ¿Administradora? ¿Consultora? ¿De relaciones públicas?

—¿Disculpa?

—No quería ofenderte, discúlpame.

Frunzo el ceño. No he entendido nada, y al parecer él está más nervioso que yo.

—No te entiendo —le digo y por primera vez me mira.

Lo miré directamente a los ojos y pude ver a través de él. Sus ojos claros punzando mi mente, calcinando mis retinas, acogíendome en la claridad de su color, me dieron entrada a una sensación que nunca había experimentado. El pase directo a su mente. Me ha obligado a desviar la mirada.

Hay una barrera sólida detrás de la mirada de los extraños. Mientras más conocemos a esa persona vamos minando la integridad de la pared que cubre su mirada, y para cuando la derribamos del todo nos topamos con otra barrera, ésta de metal, imposible de atravesar. Son los secretos. Pero la mirada de este hombre es tan transparente como el agua del arroyo que a estas horas de la mañana se alcanza a escuchar como si estuviéramos a su lado.

Me he asustado, me ha ganado la vergüenza, me ha derrotado lo desconocido, y eso mismo me obliga a mirar otra vez.

—Te pregunto qué haces en la empresa de mi papá.

Lo miro mientras me habla, pero él no lo hace. Pierde su mirada en el bosque, la clava en la madera de los árboles que, aunque pudieran sentirse tan expuestos como yo, no pueden salir corriendo. ¿Yo puedo?

—No trabajo con él.

—No hace falta que me ocultes la verdad. El año pasado trajo a cenar con

nosotros a alguien de planeación. Sé que no estás saliendo con él. Se ha vuelto tradición que traiga a una mujer joven a pasar las vacaciones con nosotros. Molesta a mi hermana, que no se da cuenta de la farsa, y al parecer eso lo hace feliz.

Se hace un silencio y me mira otra vez, directo a los ojos, o no a ellos, a algo más profundo, a una parte que aloja la irrealidad de mi presencia. Mira directamente mi espíritu, o mis huesos. Descubre mis pensamientos y encuentra mis propósitos. Hago consciencia del sol que también me mira y siento vergüenza de que me vea, el sol y el hijo de Mario Vallerte, tan desarreglada.

—Tus ojos brillan mucho con la luz del sol —me dice y desvía la mirada.

¡No lo hagas! ¡No dejes de mirarme! Es verdad que la luz del sol me desnuda, es verdad que a pesar de que considero que el maquillaje muestra mi mejor cara, y que por las mañanas me siento poco atractiva, tu mirada me hace sentir protegida, y me hace sentir más expuesta también. ¡Márchate ya!

—Olvidé tu nombre —le digo en un tono en el que no me considero natural.

—Andrei —me dice y se va.

El corazón se me salió de orbita. Estaba tan emocionada, tan indignada. Me dijo que mis ojos brillan mucho con el sol y después se va. Como si con estas pocas palabras se hubiera dado cuenta de que no valgo su compañía. Como si no la quisiera. ¡Pero fue él el que vino a hablarme! Esto no debe quedarse así. ¡Cómo puede quedarse así! Esos ojos, ¿qué son esos ojos? ¿Y si no son sus ojos, sino la forma en que me miraron? Nunca nadie me había mirado así. Ni siquiera sé cómo me ha mirado. Ni siquiera puedo describir cómo me ha mirado. ¿Por qué me miró así? ¿Por qué me dejó así?

Fui la última en sentarme para desayunar.

Apenas se estabilizó la indignación que me dejó el encuentro con el hijo de Mario Vallerte, entré a la casa directo a la regadera. Me puse doble champú, me enjaboné hasta que mi cuerpo estuviera hecho de espuma, me sequé con descuido, sólo para hacerme creer que el aroma se quedaría por más tiempo si me dejaba húmeda la piel. Desnuda frente a Mario Vallerte me pasé la secadora por el pelo. Él me miró todo el tiempo con una sonrisa. Cada vez que lo descubría mirándome a través del pelo me decía que era una mujer muy bonita, y yo le sonreía. Cuando terminé, me acerqué y me recibió. Lo tomé por los hombros y dejé que me mirara más de cerca.

—Me gusta que me mires —le dije, pero en realidad se lo estaba diciendo

a su hijo.

Me puse un vestido que no tenía pensado ponerme. Es demasiado casual, no más que una camiseta con *grumpy* estampado, y tampoco es mi favorito. Cuello cerrado, lazo en la espalda, cintura ajustada y suelto abajo, con pliegues, color durazno. El pelo liso agarrado en una cola de caballo alta. Poco maquillaje, ojos y labios naturales. Aretes con la figura de un pájaro volando no muy abajo de mis lóbulos.

—Háblanos de ti, Clementina —dice Samanta con amabilidad, pero todavía aplanada en los celos.

—No hay mucho qué contar.

—No la molestes —le dice su padre con un tono conciliador.

—¿Te gusta estar aquí? —me pregunta Felipe.

—Es un lugar muy bonito. Te hace olvidar que la ciudad existe.

Me aparta la sonrisa de golpe. Samanta debió patearlo por debajo de la mesa.

—Clementina trabaja para el gobierno —dice Mario robándome las palabras.

—¿Ahí la conociste? —le pregunta su hija.

—No —responde él a secas.

Se hace el silencio.

—¿Tienes familia? —vuelve a la batalla Samanta.

—Por supuesto. Tengo dos.

—¿Cómo es eso? —pregunta Felipe.

—Soy adoptada. Mis padres se fueron y me dejaron con mi tía.

—Pero entonces es la misma familia —me desaprueba Samanta.

—Yo no supe que era mi tía hasta que cumplí dieciséis. Para mí siempre fueron mis otros padres. Mis únicos padres.

—¿Nunca te buscaron tus padres biológicos? —me pregunta Felipe sin mirarme, uno de los gemelos había tirado la miel al piso.

—No, nunca. Mi madre murió en un accidente cuando ya se había divorciado de mi padre. Supongo que él me habrá olvidado.

—No digas eso —no estoy segura si le moví una fibra de corazón a Samanta, pero su figura cambió hacia mí.

—¿Qué haces en el gobierno? —me pregunta Felipe desde el piso. Limpiar miel no ha de ser fácil, lleva ahí un buen rato.

—Formalizo permisos para sorteos, eventos y publicidad.

—Es muy interesante —asegura Mario bebiendo de su vaso y sonriendo.

—No mientas, Mario —le digo como si fuéramos los amantes más compenetrados del universo—. Sufro horrores para poder terminar la semana.

—Ha de ser gratificante tener un trabajo así de estable —me dice Samanta llena de mis ojos.

—Samanta es enfermera, insiste en que su trabajo no es sólido —me dice su padre.

—Ha de ser, sobre todo, agotador —le digo directamente a ella.

—¡Lo es! Las vacaciones de maternidad me han caído de maravilla, ¿sabes? —comienzo a sentir una conexión entre las dos.

—Fil vende casas —dice otra vez Mario.

—Las casas que usted construye —responde Felipe, ya puesto en su lugar.

—Siempre he creído que no hace falta más que construir viviendas para que la gente las compre.

—Me tiene envidia —me dice Felipe fingiendo estar susurrando— porque puedo vender las casas más rápido de lo que él las construye.

Sonrío, pero ya no estoy tan conectada a ellos. Me preparo para un golpe certero. Se me vacía el cuerpo y apunto directo al lugar del que falta por hablar, el que no lo hace abiertamente desde ayer que llegaron todos.

Mario ha cambiado algunas palabras con su hijo, pero no me basta escucharlo para hacerme una idea de lo que es. Lo que busco más que nada es recuperar el control, el mismo que él me arrebató esta mañana.

He evitado dirigirle la mirada a toda costa. No sé si él me ha estado mirando.

Una liga toma el lugar de mis entrañas, conecta mi corazón con mi sexo, y con cada pulso se estira o se afloja la tensión que me cosquillea en el vientre.

Un par de pestañeos calculados, una ceja arqueada, labios mojados, sonrisa coqueta y ojos que esta vez no se van a apartar.

—¿A qué te dedicas tú, Andrei? —es la primera vez que digo su nombre y siento las burbujas en mi lengua. La saliva ha hecho reacción con mis cuerdas vocales, efervescente a la emoción.

Andrei pasa bocado y crea el misterio un momento. Todos aguardamos su respuesta, aunque sea yo la nica que no sepa lo que va a decir.

—Es pintor —se le adelanta Samanta, que le queda corto el secreto.

—Gracias, Samanta —le responde Andrei mirándome a mí.

Mario Vallerte se da cuenta de nuestras miradas y se interpone para evitar una incomodidad que ya venía cubriendo la mesa.

—Por más nefasto que me crean, yo siempre he dicho que la mejor vida no

es la más adecuada. La persona que nace rica o hermosa no tiene más obstáculos en su vida. Puede morir sin haber sentido ninguna desolación. La vida perfecta no está hecha para las personas. Quien carezca de dinero, o de belleza, puede prepararse para una vida de verdad, llena de obstáculos, llena de carencias. Es ese vacío lo que al final nos llena de humanidad.

—Bueno, gracias también a ti, papá —le dice y vuelve la mirada que se engancha con la mía, no puedo creer que pueda retener el peso de sus ojos con tanta naturalidad ahora—. Como mi hermana ha dicho, soy pintor, y por el certero comentario de mi padre, ya sabes que soy pobre.

—No traté de decir eso, quiero decir que me siento orgulloso de tener un hijo que sepa lo que es la frustración y el desconsuelo.

—Papá, yo he tenido que lavar los cuerpos de personas muertas.

—Lo sé, hija, no me refiero a eso tampoco... Me gusta la vida de los dos.

—Siempre has preferido a Andrei, no tienes que mentir —dice Samanta y se levanta de la mesa con el pretexto de retirar los platos—. Siempre te ha gustado la vida de los artistas.

—Déjame ayudarte —le digo.

—¡No! ¡No hace falta!

—¿Eres un buen pintor? —pregunto al aire mientras me vuelvo a acomodar en mi silla.

—No tanto. No es fácil perseguir a la inspiración.

—¿Ni las drogas te ayudan? —vuelve Samanta en el momento justo para clavar su comentario.

—Los pintores no se drogan —sale Felipe a la defensiva con lo que parece ser un chiste privado de la familia—. Esos son los arquitectos.

—O los escritores —sigue el juego Andrei.

—No. Esos son alcohólicos.

—Y todos huelen a pipí.

Les sonrío sabiendo que conozco la referencia.

Andrei afirma con la cabeza y una sonrisa. Yo le contesto con la mejor de mis miradas. A mi lado, Mario nos mira con recelo.

Salgo a caminar por el bosque con Mario Vallerte. Me ha invitado enfrente de sus hijos como si hiciera falta marcar su territorio, como si de verdad se creyera su historia en la que me conoció casualmente y me trajo a conocer a su familia, siendo yo su amante en turno.

Llevamos un buen rato caminando y hemos encontrado cosas que en otra

ocasión me hubieran volado la cabeza, pero hoy, en este momento, sólo pienso en regresar y estar cerca de su familia, cerca de Andrei. Ser parte de sus conversaciones. Escucharlo y mirarlo mientras habla, y luego hablar y saber que me escucha mientras me mira.

¿Qué está pasando? Venía navegando con la imaginación. Dijo que no era fácil inspirarse, y de inmediato me vi junto a él, hablando de cosas importantes, acallando la mediocridad, creando un mundo diferente, aunque sólo fuera en lo artístico, aunque no representara una realidad para nosotros, sino una oportunidad de unir algo que estaba suelto dentro de nuestros cuerpos. Pero se ha agriado la fantasía cuando me he descubierto teniendo estas ideas.

¿Siento atracción por él? El que me guste, o la posibilidad de que me guste, hace un agujero en mis planes. ¿Cuáles planes! ¡No tengo ninguno! Pero el temor de que alguien pueda entrar en mi vida así de fácil me abre la mente al temor. ¡Ni siquiera me vi cayendo en este juego! ¡Y eso que me decidí a crearlo desde esta mañana!

Mario me habla de las ardillas que en primavera rondan el bosque como infestación. Me habla de Keny, el perro, de lo feliz que era cuando lo traían y se perdía en el bosque todo el fin de semana, y siempre volvía el domingo, cuando ya era hora de irse. Me habla del paso de las mariposas en otoño, cuando su vida está por terminar y sin saberlo emigran para tener la oportunidad de vivir un poco más. Pero yo no lo escucho. En mi mente sólo cabe la idea del intruso que se ha colado hasta mi razonamiento en una mañana.

¿De dónde vienen estos pensamientos? ¿De dónde salen estos sentimientos? Esta impresión y esta atracción, el deseo de estar en compañía. ¡Esa compañía! Como si todo junto fuera una sola cosa, un globo que flota en la mente. Va de un lugar a otro y con una sola mirada revienta, esparciendo los químicos por todo el cerebro.

Bitácora de una tripulante:

Día uno.

Estoy infectada y lo sé. El virus de la atracción ha comenzado a tomar posesión de mis neuronas. Sin clara muestra de la enfermedad no me atrevo a salir huyendo todavía. El miedo me ha ido provocando lentamente. Es que no estoy segura de qué está pasando. Para cuando lo sepa será muy tarde.

Preocúpense por mí. Preocúpense por mi corazón. No tengo fuerzas para luchar contra ello (me sobran fuerzas, pero no quiero pelear). Ahí viene el sustituto del corazón, ahí viene la sangre hecha gasolina, ahí viene el fuego en el cerebro, la urgencia de explotar. ¡Inteligencia, no te pongas en su camino! ¡Que nadie le obstruya el paso a ese generador de dolor! El mío ya no funciona bien.

Volvemos a la casa a la hora de cenar. Se habla poco, me incluyo menos en la conversación. Cenamos ligero, lo que importa es vernos directamente.

Es bueno para Mario mirar a sus hijos y... la unión familiar... el... el vínculo... No me ha despegado los ojos. ¡Andrei! ¡Andrei! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué intentas?

Cae la noche y se acaba el juego de monopolio que jugamos tirados en el piso. Ganó Felipe y contamos muchos chistes sobre su rivalidad con Mario el constructor.

Cada uno parte a su habitación. Mario y yo nos ofrecemos para juntar las piezas del juego. Andrei se levanta y me mira con la intención de hablarme, pero no lo hace y un pedazo de mi deseo se descalabra con la amargura. Le sonrío desde lejos, como una niña boba en medio de la calle, y él atora su cuerpo para no regresar a terminar su sentencia. Detrás de mí, sentado en el sillón, Mario me sonrío con desgana, con resignación.

—He visto cómo te mira Andrei.

—No sé de qué hablas, Mario.

—Yo tampoco, Clementina. Ya lo he olvidado.

Yo también lo he olvidado. El corazón me muerde el pecho y me doy cuenta de que por más que me esfuerce, a pesar de que hace treinta segundos lo vi por última vez, no puedo recordarlo, no puedo recordar su mirada. Lo peor es que no hace falta. El recuerdo de su figura me basta para querer acercarme a él.

Quiero que me note, ¡y ya me ha notado! Quiero gustarle, ¡y ya le gusto! Quiero que sienta la necesidad de estar cerca de mí, ¡y sé que también está infectado! Pero al mismo tiempo quiero protegerme. Quiero que sea él quien da el paso. ¿Qué me pasa? ¿Cuál paso? ¿Y si lo da? ¿Está dispuesto a perderse en una sentencia? ¿Por qué va todo tan deprisa? ¿Por qué deseo que acelere todavía más?

Mario tarda en acostarse. Mira por la ventana. Yo finjo que ya me estoy quedando dormida. Lo último que pretendo hacer esta noche es dormir.

Un rato después se acuesta y yo me levanto. La luz de la luna que entra por la ventana abierta es suficiente para encontrar mis zapatos. Abro la puerta y sobre el rechinado de los goznes se escucha la voz de Mario.

—Clementina, conozco bien a mis hijos —no se levanta de la cama ni levanta el tono de su voz, me obliga a volver.

Me acuesto a su lado y encuentro sus ojos en la claridad difusa que rompe la oscuridad por momentos, acaso no sea mi imaginación. Guardamos silencio un momento como respeto a los sentimientos que ya no podemos ocultar, pero que tampoco deseamos aclarar.

—Andrei es... Yo no puedo controlar lo que pasa en su cabeza. Perdón, no fue eso lo que quise decir. No sé lo que quiero decir. Clementina, no puedo evitar que la vida suceda.

—¿Lo harías si pudieras?

—No. Me gusta la vida. Alcanzo la edad en la que todos los impulsos se vuelven meras contemplaciones. Mi orgullo se vuelve comparación. Mi amor se hace fraterno. El mismo corazón con el amé a Gaia, con el que la celé, con el que la forcé a amarme, esa fuerza incalculable, esa fuerza bruta y pura, ahora se convierte en anhelos de felicidad ajena. Ya he vivido mi vida, sin embargo, me queda mucho más por delante: el pasado. Todo se siente tan retorcido.

—No quiero mentirte, Mario. Pero tampoco quiero que me pidas la verdad.

—No hay mentiras ni verdades en este tema. Tú menos que yo podrías encontrarlas en el estado en el que estás entrando. Pero encima de todo existe una razón. La que no se puede negar, la que consiste en todas las verdades y en todas las mentiras: la vida. La tuya igual que la mía. ¿El automóvil de un mago necesita gasolina?

—El mago quiere que creamos que su motor necesita magia.

—Pero él sabe que necesita gasolina.

—Es mágico cuando quieres creer que el automóvil del mago puede volar.

—Puede volar, pero al final siempre es un automóvil más, ensuciando el aire que todos necesitamos para respirar.

—¿Soy yo el mago y Andrei el carro?

—El carro y el mago existen independientemente de ustedes dos. Ustedes son la magia. Pero inevitablemente uno terminara negándose, poniéndole gasolina al motor que hasta entonces no la necesitaba.

—Pero la magia no existe.

—Entonces entiendes mi preocupación.

Comparto un par de respiraciones con él. Le pongo la mano en su pecho desnudo y le doy un beso en los labios. Le acaricio el cabello arriba de la oreja y le propongo una mirada enterrada en la oscuridad mientras me siento en la orilla del colchón.

—Si la vida es tan real que no puede evitarse, ¿qué es la magia? —le digo en forma de reto, encerrada en sus palabras, las que había olvidado que me gustan, las que había olvidado que me poseen.

—¿Qué es la mente? —me responde.

—Un espacio

—¿Como esta habitación?

—Más grande.

—¿Como este mundo, como este universo?

—Más grande. ¿Es la mente parte de la vida?

—Está dentro y fuera. Se contienen entre ellas, pero sólo una puede existir sin que exista la otra. Entonces una de ellas no es real, al menos es transitoria. ¿Cabe la magia en la mente?

—Sobra mucho espacio.

—Un espacio más grande que el universo.

—¿Adónde va la mente cuando termina la vida?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Quizás ella y la magia sean una sola cosa después de la vida.

—Todavía no me has contado cómo termina la historia de Mogwai.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer. Yo te buscaré después.

Me levanto y salgo de la habitación. Ahora no estoy tan segura de querer ir más allá del pasillo.

¿En verdad es el amor parte de una fantasía? ¿Por qué estoy hablando de amor cuando ni siquiera he hablado con Andrei ni de lo más distante? ¿Y si en verdad sólo existe el amor como la magia en nuestra mente? ¿Entonces qué es el veneno que reconoce nuestro cuerpo? ¿Qué es ese tranquilizante idiota, esa mezcla de deseo y control, cielo de fuego y suelo de agua, mente de aluminio y cuerpo de algodón?

Mario no quiere que me enamore de su hijo o no quiere que su hijo se enamore de mí. ¿Puede suceder uno sin que suceda lo otro? Estoy segura de que puede suceder con otras personas, pero no con nosotros.

Una mirada bastó para despertar algo que había dormido en mí por mucho tiempo, posiblemente sea la primera vez que despierto a este tipo de emoción.

Es que no importa nada más cuando me siento así. Lo peor es que debo fingir control.

En el filo de dos orillas .

Bitácora de una tripulante:

Día dos.

Han pasado apenas unos minutos de la medianoche, y no debería estar diciendo esto hasta pasada la tarde, pero me muero de miedo. La infección hace marea en mi cuerpo. A veces llega muy alto, estrellándose contra mi mente (¿qué es la mente?), destroza los castillos de piedra que con el tiempo edificué contra los sentimientos verdaderos. A veces las olas son tan pequeñas que las aguas de lo que seguramente (estoy esperanzada a ello) es obsesión, apenas alcanzan a mojar las ideas más pequeñas, las que por su cercanía al infinito del océano del pensamiento se llaman inseguridades. ¿Es real lo que siento? El temor existe. Nunca he tenido más miedo en mi vida, excepto aquella vez que pensé que nunca más volvería a sentir miedo. No tiene sentido el placer de esta emoción sin la sospecha de su mutación más próxima. Empieza la atracción, sigue el amor, continua el odio y termina todo en el dolor. ¿Cómo pude olvidarlo?

¿Me gusta Andrei? Sí, me gusta. ¿Quiero acostarme con él? No lo sé, y es eso lo que me da miedo. La atracción es sexual, pero no termina en el sexo. ¿Él siente lo mismo? Voy a averiguarlo.

Abro la puerta y salgo hasta el frente de la casa, me detengo y miro al cielo. Si Andrei ha estado poniendo atención a mis pasos sabrá que estoy aquí.

Mis pensamientos naufragan en la oscuridad de la noche. Hoy se me ocurre recrear un crimen. Todavía traigo el arma que me dio el licenciado Torrénz (¡uf!, el licenciado Torrénz, ¡que recuerdo tan lejano!), no hace falta que esté cargada. No puedo ponerle mis sentimientos. No sé cómo. Basta con jalar el gatillo y ver si Andrei se asusta. Si lo hace, entonces no es verdad, nada lo es, y nunca lo será.

Se abre la puerta detrás de mí y sonrío con emoción. Estoy segura de que me ha visto salir, y más que eso, que esperaba que saliera. Entonces él lo sabe y yo lo sé. Nos lo hemos dicho todo. Esto es pura formalidad.

—¿Es verdad la historia de tus padres? —me dice todavía en mi espalda.

—Sí —le contesto y me doy media vuelta para quedar de frente a él.

Le sorprende que a mí no me sorprenda, o que no finja que me sorprende que haya salido a buscarme. ¡Me asustaste, Andrei! Quise salir a ver las estrellas. Qué tonta me vería. Él sabe que he salido para verlo a él.

—Es una historia que ha de pasar todos los días, y no deja de ser trágica. Una madre que abandona a su hija, y luego muere, impidiéndole encontrarse en el futuro.

—¿Qué es el futuro? —le digo todavía sentada en la habitación de la mente de Mario Vallerte—. ¿Acaso no pensó mi madre en ese futuro? Quizás lo vio todo en el último instante de su vida, quizás lo esté viviendo ahora mismo en un ciclo interminable.

—Eso sería perfecto.

—Tal vez la perfección existe en la muerte.

—¿La extrañas?

—No. Nunca la conocí. Era un bebé cuando me dejaron.

—Mi madre también murió.

—Lo sé. Gaia.

—Solamente mi padre se atrevía a decirle así. A ella le molestaba.

—Sé que tienen buenos recuerdos de ella.

—Todos los tenemos. No me imagino lo que ha de ser no conocer a tu madre.

—Pero tengo una madre. A ella sí la conozco.

—¿Cómo se llama?

—Laura. Es consultora de belleza. O eso dice ella. La verdad es que sólo la he visto vendiendo maquillaje.

—¿Es ésa la razón por la que siempre te ves tan bien?

—Dímelo tú —le apunto y hago chasquear el percutor.

—No. Hay algo dentro de ti que brilla más que tus ojos con el sol —ni pestañeó.

Nos quedamos callados un largo rato. Entre el viento helado que me acaricia las orejas me llega un poco de realidad. No puedo creer que me lo haya dicho en ese tono. No fue un cumplido, no fue la aceptación de algo sin valor, pero inherente a mi cuerpo. Fue un dolor, un impulso que lo hizo decírmelo. No me dijo “Hay algo dentro de ti que brilla más que tus ojos con el sol”, me dijo, “tu presencia tiene sentido en mi vida”.

—¿En verdad eres pintor?

—Sí. Y en verdad no soy bueno.

—No te creo —alcanzo a mirarle los dedos pintados—. ¿Es difícil sacarse la pintura?

—Al principio no, pero después ya no se quiere ir.

—Tal vez se ha convertido en tu sangre. Estás sangrando, Andrei.

Puedo ver que un espasmo le ha recorrido la espalda cuando escuchó su nombre en mi voz. Más que nada en el mundo desea que lo repita. Pero es su turno de impulsar mi respiración. Lo hace.

—Poco me falta —me dice mirándome a los ojos. Otra vez su frase encerrada en una distracción, en un doble sentido. Pero es mucho mejor que me haga entender el doble sentido a que saque la cursilería. Creo que me reiría si me dijera que le hice un hoyo a su corazón.

—¿Estás pintando algo?

—Lo dejé sin terminar. Voy a comenzar de nuevo.

—¿Qué estabas haciendo?

—No tiene importancia —una mujer, puedo asegurarlo.

—Si no tienes inspiración es lo mejor, volver a comenzar.

—La tengo ahora.

Lo miro directo a los ojos. Es demasiado pronto para que vaya tan directo. No tengo ni idea de cuál es su juego. Tal vez no tiene ninguno. Lo que hace que se sienta peligroso.

Mi mente desgastada y mi corazón tallado en una semana.

—No estoy de acuerdo con quien dice que el arte es cuestión de disciplina. Quien es un hombre disciplinado es un hombre mecánico.

—¿Crees que quien no tenga inspiración no debería hacer nada? —me pregunta lastimado y emocionado.

—Creo que al menos no debería decir que es arte. Quien se sienta así debería abrir una nueva galería que se llame: El arte de la falta de inspiración.

—¿Sólo el talento debería ser expuesto?

—Tener talento es rebasar las capacidades. Quien tiene talento no tiene asegurada su expresión. El arte es de quien tenga algo que decir, y de quien entendiéndolo lo escucha.

Un rato de silencio. ¿Cuántos grillos estarán tocando la misma canción al mismo tiempo? ¿En verdad habrá un lobo cerca? ¿Un verdadero lobo?

—¿Estás enamorada de alguien? —no se anda en las ramas.

—No —quisiera bajarme del árbol también y decirle directamente que ahora me gustaría hacerlo, pero mi juego es bastante aburrido, estándar, práctico, patético. Me gusta cómo es él. Me gusta su emoción. Me gusta que vaya directamente a lo que quiere, sin pedir permiso, sin tantear antes la temperatura del agua. Me gusta que considere aburrida la etapa de atracción. No hay tiempo que debemos perder, ¿cierto?

Me mira y me sonrío. Me está jalando a su terreno. Quiere que no sólo le

contesté las miradas y las sonrisas, que ya no son suficiente emoción para él, quiere que le corresponda, quiere que alcance su nivel, sea cual sea, y le diga algo como: “Me estoy enamorando de ti”, y quiero decirlo, créeme que me muero por tener ese valor.

Me siento tan rebajada a su lado sabiendo que no tengo su capacidad de locura, honestidad, autodestrucción y poco aprecio del tiempo con el que suceden naturalmente las cosas.

¡Te odio, Andrei! Te odio porque no me das otra opción más que amarte. Te odio porque en ninguna circunstancia, nunca, hubiera aceptado que quiero amarte, ni a ti ni a nadie.

Se sube el diablo a su caballo y galopa con el cabello suelto, recorre en instantes mi mente, más grande que el universo, más profunda que la oscuridad y la soledad.

—Quiero dibujar el corazón de un extraño —le digo y se me calcinan las venas.

La liga en mi interior se estira al máximo y revienta, azotando al mismo tiempo mi corazón y mi sexo. Una sentencia tan estúpida ha hecho que se rompan mis límites. Todo el viento del mundo cabe en mi cuerpo vacío. Todo lo que soy y todo lo que tengo ha pasado a mi mente, y todavía le cabe mucho más.

—Dibuja el mío —me dice demostrándome que él no tiene miedo de ir junto al diablo.

Andrei tiene la fuerza que yo no tengo, la locura que no me atrevo a sentir, la enfermedad del delirio que no conoce límites. Pero también, por más metida en el chiquero de emociones que estamos haciendo ahora mismo, me doy cuenta de que su pasión, aunque excitante y al mismo tiempo desconocida y deseada por mí, no puede durar para siempre. Es como encender mil cerillos al mismo tiempo; la luz sería impresionante, pero todo se acaba cuando se apagan. Vuelve la oscuridad, vuelve la soledad. Veinte segundos de luz intensa en contraste con la modestia del brillo que hace un cerillo a la vez, pero por mil veces más tiempo. ¿Cuál es el verdadero amor? ¿Intensidad o constancia? ¿Qué es lo que necesito en mi vida ahora?

—No sé dibujar —le digo totalmente entregada.

—¿Cuál es tu talento?

—Puedo silbar. ¿Eso cuenta?

—Sí cuenta. Puedo enseñarte a dibujar, pero para cuando acabes de dibujar mi corazón, ya no seré un extraño.

—¿Son las emociones una maldición? —pasa el diablo en su caballo muy cerca de mí. ¿Por qué no puedo decir lo que quiero?

—“Las emociones son todo lo que tenemos”.

Le sonreí, quise decirle que también había visto esa película. Pero sé que lo sabe.

—Es un lirismo, estás lleno de ellos.

—Los lirismos sobran en el mundo. Deberíamos olvidarnos de ellos. Lo último que quiero es ser una molestia para ti.

—No eres ninguna molestia. Todo lo contrario.

—Por ahora, tal vez, pero ni te imaginas.

—No me molestas. Es que no estoy lista para salir con nadie todavía — ¡qué! ¿De dónde salió eso?—. Me han roto el corazón lo suficiente.

—Sólo quiero saber cómo miras el mundo.

—Podemos ser amigos —¡Clementina! ¡Por Dios, Clementina! ¿Qué estás haciendo?

—Claro. ¿Quién no necesita un amigo?

Lo he lastimado, lo noto en su mirada, y al mismo tiempo, tratando de empujarlo a sus límites, esperando otra respuesta, una negativa, una bofetada a mi recato falso, del que me arrepiento con todo mi corazón, me he lastimado como nunca.

La mayor muestra de un fracaso es este tipo de silencio, el que pudo haber estado lleno de sentimientos. La vergüenza que siento por mí misma es tanta que no me permito mirarlo más. Quiero que se vaya. Quiero que nunca más vuelva a dirigirme la palabra. Quiero que me perdone por las cosas que dije. Quiero que volvamos a lo que éramos hace un momento. Imposible ya.

—Que descanses —me dice y se va.

No le contesto nada. Dejo que sienta mi mirada en su espalda. Sé que sabes que me equivoqué, Andrei. Recupera lo que tenemos. Encuentra el modo de recuperarnos. Yo no soy así de valiente.

A lo lejos escucho el galope del caballo del diablo alejándose de mí.

El diablo se convierte en el mago. Su caballo se convierte en mil de ellos encerrados en un motor. El mago golpea la carrocería de su automóvil y acelera haciendo rechinar las llantas, dejándome hundida en la pestilencia del caucho quemado y la combustión que se transforma en humo saliendo del tubo de escape.

Le acabo de poner gasolina al automóvil del mago.

El cielo desnudo.

Una noche, el pequeño Mogwai despertó encima de la rama de un árbol que caminaba por el universo.

En una de las raíces del árbol se encontraba la tierra atorada. Mogwai no supo si el árbol había crecido desde la tierra o si la tierra era parte del árbol.

Arriba de su cabeza, más allá de la copa más alta, se veían luces de colores que él no conocía. Era un carnaval de resplandores y explosiones. Había una infinidad de galaxias en forma de ojos que lo miraban y se dejaban mirar.

¿Adónde vamos?, dijo Mogwai escalando por las ramas, A donde nunca hemos ido, sin irnos de nuestro lugar, le respondió el árbol con una voz que parecía salir de todo su tronco.

En un giro habitual, el árbol creció unos millares de metros más, creció tanto que una de sus ramas arañó una estrella y la hizo estallar. La explosión fue tan grande que las hojas de la rama se incendiaron al instante. Mogwai lo vio todo y se apresuró a subir.

¿Qué pasa?, preguntó el árbol, ¡Te estás quemando!, respondió Mogwai, No te preocupes, sucede con frecuencia, Pero si no apago las llamas vas a terminar sin hojas, Mira esto, le dijo el árbol y se elevó todavía más sobre el cielo sin límites. La cima del árbol debió romper una barrera, el primer cielo, y de donde antes sólo había oscuridad brotó un torrente de agua en forma de lluvia. Las ramas del árbol se sumergieron en el océano de aguas suspendidas en la cima del universo. No sabía que el universo estaba hecho de agua, dijo el pequeño Mogwai empapado, El universo está hecho de todo lo que existe, le contestó el árbol, ¿Cómo te llamas?, quiso saber Mogwai, No tengo nombre, más bien soy yo quien se encarga de nombrar las cosas, ¿Entonces por qué me nombraste Mogwai?, Porque es un nombre que te va perfecto, o ¿tú crees que los ángeles vienen a ver cómo mis hojas cambian de color?, en ese momento el árbol sacudió la rama donde antes se había colapsado una estrella y dejó ver que sus hojas se habían transformado en la estación de otoño, ¡Pfff!, ni les importa, sólo a los espíritus malignos, como tú, Pero yo no quiero ser un espíritu maligno, Eso no lo podemos cambiar, eso viene de lo que somos realmente, Pero no quiero ser malo, Todos los hombres son malos, Mogwai, es lo que deben ser, ¿Por qué?, Porque si no lo fueran existirían para siempre, Tampoco quiero existir para siempre, Eso tampoco lo decidimos nosotros. En ese momento la luz de una estrella les dio de frente, era intensa y diminuta en comparación con el tamaño del árbol, pero su calor alcanzaba para secarlos

de las aguas del universo. No quiero volver a donde estaba, dice Mogwai, ¿Por qué no?, Me piden que les diga dónde están las estrellas que no conozco, Si no las conoces no deben existir, Pero ellos dicen que existen, Ellos, como cualquier otro, no saben lo que es real y lo que es fantasía, viven en un pequeño pedazo de tierra atorado en mis pies, he tratado de hablarles pero no me escuchan, No nos hablas lo suficientemente alto.

En ese momento otra estrella se enreda en las ramas del árbol y explota. Una melodía sale de ella, la más dulce, la más triste que nadie ha escuchado. ¿Oíste eso?, es el sonido de las estrellas, y ustedes sólo escuchan estática. El árbol se vuelve a hundir en el océano oscuro y transforma sus hojas. ¿Puedes regresarme con mi tribu?, No sé dónde está tu tribu, Mogwai, pero puedo dejarte en cualquier planeta que quieras, No conozco ningún otro planeta, Veamos, en mi viven algunos, Mercurio está en algún lugar entre las raíces más pequeñas de mis pies, pero está muy cerca de mi corazón, donde también está el sol, marte es muy bonito. En ese momento lo mira en su tobillo, rojizo y seco, un grano de tierra anaranjado, completamente marchito. Olvidémonos de marte, podrías habitar júpiter, ¡es inmenso!, lo guardo en aquella rama de allá. Mogwai bajó la mirada para ver el brillo de la hermosa joya que es júpiter, pero no le emocionó. ¿Puedo vivir en una estrella?, No, nadie puede, pero si pudieras te dejaría sobre una, Quiero hacer ese sonido. Mogwai apuntó a lo alto del árbol, hacia una estrella que estaba por colisionar contra otra rama. Dulce sonido, eterna tristeza. Las hojas se encendieron y esta vez el árbol no se sumergió. ¿Qué pasa si no apagas el fuego?, preguntó Mogwai, Ardería para siempre porque en mi está toda la vida, y no puede dejar de crearse, y el fuego no puede dejar de destruirla. Mogwai miró un rato cómo ardía, tratando de imaginar cuántas vidas se evaporaban en ese instante. El árbol volvió a sumergirse. ¿Entonces puedo quedarme contigo?, preguntó Mogwai, ¡Claro que puedes!, pero pronto estaremos en el lado oscuro del universo, debes tratar de llegar a las ramas que están al otro lado de mi tronco, ahí siempre hay calor, pues un par de estrellas se enredaron en mis ramas y no estallaron, han creado su propia galaxia en uno de mis hombros, ¿has visto la puesta de dos estrellas al mismo tiempo, Mogwai?, No, nunca, Pues la verás en cuanto llegues, estoy seguro de que encontrarás un planeta como la tierra por ahí cerca, pero debes darte prisa o morirás congelado, Me pondré en marcha ya mismo, dijo Mogwai escalando las inmensas ramas, Está bien, le dijo el árbol, estarás a salvo siempre y cuando deje que las estrellas sigan estallando en las ramas cercanas a ti, pero las estrellas no son infinitas, ¿Cuánto tiempo tengo?,

preguntó Mogwai, No te preocupes, llegarás alguna vez, tenemos toda la vida.

No sé si Mogwai despertó en el tejado del orfanato, no sé si despertó en la tierra donde dormía su tribu. Tal vez pudo ver la puesta de dos estrellas, tal vez ahora vive con ellas, tal vez todavía no llega. Tal vez ahora está solo.

Entre el humo sofocante.

“Hoy experimenté algo que espero entender algún día”, recuerdo al hombre que se rasura el cuello mirándome directamente, como si yo fuera el espejo, como si yo no estuviera mirándolo. Sin ningún pensamiento me habla, sin ningún engaño me secuestra. “En medio de mi corazón había un pequeño punto blanco”. Me mira y no me mira. “No sé qué significa”.

Andrei no estuvo en el desayuno. Andrei no salió con nosotros a caminar. Andrei no compartió nuestra alegría cuando los gemelos vieron por primera vez una mariposa emergiendo de su capullo entre las flores. Andrei no estuvo para votar la hora de ir a bañarnos al arroyo. Andrei no estuvo cuando mis pensamientos orbitaban alrededor de él, y exclusivamente sobre él. Hay un pequeño punto blanco en mi corazón, y quería decírselo. No sé qué significa.

Hoy salí de la casa como salí de mis sueños: ausente, olvidada, recordando, olvidando. Sabía que no estaría más con nosotros. No sé cómo, no sé por qué, pero desde anoche, cuando dio la media vuelta y me dejó en la oscuridad, supe que huiría. Supe que nunca más volvería a verlo. Supe que mi deber a partir del momento en el que no me atreví a detenerlo sería recordar ese instante.

Dejé que alguien conociera mis sentimientos, en esta época del año, en estas circunstancias. Desperté sintiendo lo mismo. La noche no borra los pensamientos.

Busco asilo en la nación del amor, pero cuando abrí la bolsa de mis sentimientos estalló una pequeña bomba de miedo. No me dejan entrar porque estoy manchada con el temor. Mi padre estaría decepcionado.

Hoy es un día malo en general. La maldad no desaparece.

Por cierto: perdí la bitácora de la tripulante. O es un truco para pensar que si deja de escribir sus penas deja de sentir las.

Llegamos al arroyo después de las cuatro de la tarde. El sol todavía estaba muy alto, su calor era más grande que su luz. Entramos todos juntos al agua fría, la diversión llegó sola. Por suerte había empacado un traje de baño, pero no me sentía muy bien usándolo. Temía que mi menstruación se hubiera adelantado un par de días y estuviera expuesta a una humillación más. Me puse el bikini y encima, a modo de faldón, me amarré de la cintura una mascada enorme que Mario sacó de uno de los cajones de su esposa. Me prestó también un sombrero de ala ancha con un listón verde que combinaba con mi conjunto.

Entré un rato al arroyo. ¡Qué helada estaba el agua! A pesar de la intensidad del sol no podía dejar de temblar cuando el agua me cubría los pechos. Los demás jugaban como si nada. Felipe y los gemelos habían traído una pelota de playa y la dejaban correr en el camino del agua, después, histéricos, trataban de alcanzarla gritándole al arroyo: “¡Eh, no te lleves la pelota!”. Siempre era Felipe quien la alcanzaba. Samanta también estaba dentro del agua, en la orilla, cubierta hasta la cintura, recargado en uno de sus hombros traía al bebé. Mario fue el único que trajo una silla, en cuanto llegamos la acomodó debajo de un árbol cerca de nosotros y no se nos ha acercado. Dice que la última vez los gemelos lo engañaron para que entrara y lo habían mojado, causándole una gripa de viejito, así dijo, y esta vez no correría ningún riesgo y no le creería a nadie ninguna palabra. “Así que cuídense de no ahogarse, porque no voy a ir a rescatarlos”.

Temblando, alejándome unos centímetros cada minuto, estando ya tan retirada, sumergiéndome cada vez más, mis pies ya no tocaban del todo las piedras del fondo, sentí que mi mal humor se iba con la corriente, perezosamente, tan lentamente que creí que podía ver cómo el agua se teñía de rojo. ¡Menstruación!, pensé. Les di la espalda y disimuladamente comprobé que no estaba sangrando.

Mario se dio cuenta y se me acercó haciendo a un lado los gritos de los gemelos que decían: “No que no te ibas a acercar”.

—¿Estás bien?

—Sí. Me levanté nerviosa. Creo que se acerca mi periodo.

—¿Quieres que nos vayamos a la casa?

Miré el último rastro tinto de mi mal humor alejarse todavía más, sintiéndome peor todavía ahora que se había ido y había descubierto que debajo de él quedaba la tristeza. ¿Soy una muchacha triste? Pasé saliva y temblé un poco más. ¿Puede el arroyo lavar mi tristeza también? ¿Qué habrá debajo de ella? Tal vez sea mejor no averiguarlo.

Forcé una sonrisa y la cara de Mario se iluminó. Me las arreglé para dedicarle una mueca completa, de las que roban la mirada de los hombres y los deja aturdidos preguntándose si esos gestos son naturales y están escritos en los genes de las mujeres, o si son pantomimas ensayadas en un espejo.

Los gemelos venían acechando como tiburones olfateando una presa fácil. Los vi y les sonreí, haciéndome cómplice. Felipe salió del arroyo y se situó detrás de Mario. Lo habíamos emboscado.

—¿Qué tan resbalosas están las rocas donde estás? —me preguntó cuándo

se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

—No te resbalarás —le dije.

Los gemelos se detuvieron cuando estuvieron cerca de nosotros. Los miré y les sonreí. Ellos entendieron inmediatamente.

—Mario, dame la mano —le dije con voz teatral, como si fuera una dama en peligro—. Ayúdame a salir.

Los gemelos se emocionaron sabiendo por mi voz que tramaba algo.

—¡Ayúdala, abuelo! —gritaban los dos— ¡Dale la mano!

—La voy a ayudar porque soy un caballero —respondió Mario haciéndose parte del espectáculo.

—¡Te están engañando esos diablos, papá! —gritó Samanta tomando su lugar en el recuerdo que todos les fabricábamos a los gemelos.

—Clementina es una niña muy buena. Ella no me haría eso, ¿verdad?

—Claro que no. Sólo quiero que me ayudes a salir.

Felipe no actuaba en esta escena, estaba parado detrás, sabiendo que estábamos en la parte donde el arroyo comienza a ponerse hondo, sólo por si Mario resbalaba y necesitaba ayuda.

Por fin se extendió el brazo del caballero y lo tomé con malicia.

—¡Clementina, dale un buen jalón! —gritó el gemelo.

—¡No lo dejes ir! —gritó la gemela.

Les sonreí a todos con una sonrisa de bruja. Has caído en la trampa Mario Vallerte.

Le di un pequeño jalón y el resto de la escena fue completamente de él. Metió un pie, con todo y zapato, no pensó que fuera a ser tan profunda la caída y de inmediato el peso de medio cuerpo perdido en un derrumbe sin fin atrajo a la otra mitad. Cayó completo, de boca, con todo y ropa. Salió al instante a flote y se puso a jugar con los gemelos.

—Tramposos. Confabularon con Clementina —y trató de alcanzarlos contra la pequeña corriente del arroyo.

—¡Fue idea de ella, abuelo! —dijo el niño.

—¡Atrápala a ella, fue su idea! —dijo la niña.

Se alejaron hasta llegar con Samanta, que los atrapó por su padre.

—Déjanos ir, mamá. ¿No ves que el abuelo viene a hacernos cosquillas?

—No los dejes ir, Samanta. Yo soy tu padre.

—Él tiene razón, debo hacerle caso.

—¡Nooooo! —gritaron los niños extasiados en las cosquillas que Mario y Samanta les hacían.

—Tienes una familia muy linda, Felipe —le dije cuando se metió al arroyo junto a mí.

—Dime Fil, como todos.

—¿Es Fil por *Philip* ?

—Mario solía decirme así cuando era novio de Samanta. Con el tiempo sólo quedó Fil.

Me sentí incomoda por un momento. Felipe daba la impresión de querer decirme algo. Pero no sabía cómo. Del otro lado nos miraba Samanta. Pensé que si seguíamos así de cerca nos haría una escena de celos. Quise pensar en algo gracioso para aligerar la carga, pero no se me ocurrió nada.

—¿Hace mucho que vienen de vacaciones con Mario?

—Desde antes de que nacieran los gemelos. Dos años después de que Gabriela muriera. Nos conocemos bastante bien.

Dijo lo último como si hubiera comenzado a declarar el secreto. ¿Cuál secreto? ¿Era su secreto o era el mío?

—Se ve que son muy unidos —le dije a secas para que se alejara.

—Andrei va a volver en un rato —me dijo haciéndome explotar por dentro.

En su rostro no había malicia, sino una mirada de comprensión, una sonrisa de lástima, pero no ese tipo de lástima; de la que marca de incapaz, sino del tipo que te dice que si pudiera ayudarte lo haría.

—No me había dado cuenta de que faltaba —le dije torpemente. ¿Era tan obvia?

—Sé que no sales con Mario. Sé que de alguna forma tiene un acuerdo contigo para formar parte de esta familia por un fin de semana. Sucede cada año, pero este ha sido diferente. Algo se ha salido de control. Lo sabemos. Incluso Samanta.

—Pero ella cree que salgo con tu padre. Que vine aquí para quitarle el lugar a Gabriela.

—Es celosa de su padre. En el fondo bien sabe que esto es un juego. Una representación como la que acaban de hacer. Como una extensión de Gabriela en las mentes de los que cada año venimos a recordarla a este lugar.

—¿Y Andrei qué tiene que ver?

—No estoy seguro, ni ellos —apuntó hacia Mario y Samanta—. Y no te vamos a preguntar.

Se alejó nadando como si estuviera en una piscina. Sus pataleos avivaron la corriente y de mi costado izquierdo se desmoronó un pedazo de mi integridad. Una capa menos para llegar a mí corazón.

Entonces lo saben. Lo saben todo. O al menos lo que quieren saber. Siento que saben más de lo que yo sé y de pronto todo se vuelve un poco siniestro.

Me detengo, no puede ser posible si Mario muestra tanta resistencia a la idea de que su hijo y yo nos hayamos encontrado en un camino de dudosos sentimientos. Lo dejó muy claro anoche. En todo caso, ¿el final de la historia del pequeño Mogwai no se trataba de dejar ir lo que no podemos tener? ¿Soy yo la que no puede tener a Andrei, o es Andrei el que no debe tenerme?

Llegamos a tomar una siesta. Habíamos cocinado unos filetes en una parrilla que Felipe armó encima de unas piedras. Volvimos pasadas las siete. Pero acordamos salir más tarde para tomar algo y jugar otro juego de mesa.

Acostada al lado de Mario me dediqué a pensar. Me di cuenta de que notaba la ausencia de Andrei. De que a pesar de que había dormido en la habitación de al lado, no podía estar más lejos de él. Me di cuenta de que siempre que recordara este fin de semana en la casa perdida en el bosque, la memoria sería suya.

Estaba presente cuando hablaba con Mario, estaba presente cuando hablé con Felipe, está presente cuando callo, está presente cuando duermo. Lo veo en ese sofá, lo veo arreglando las sábanas de la cama donde estoy fingiendo que duermo. Escucho el teléfono e imagino que es él, que llama y pregunta si yo estoy bien, si no me ahogué en el arroyo, si no tuve mi periodo enfrente de todos. Habiendo sido yo quien le contestó le digo que no, avergonzada de verdad, pero fingiendo en mi cuerpo una pena que quiero que escuché como una muestra de mi ternura. Quisiera que fuera real. Quisiera que llamara y me diera la oportunidad de decirle que lo extraño, que guarde silencio porque ha sentido lo mismo, pero no sabe cómo decirlo porque no es cariño, sino algo más, acaso el inicio de todo, o el final, o una decisión, o una declaración, al menos el desengaño.

Dijiste que querías ser mi amiga, Clementina, ¿cómo que ahora piensas en mí?, Lo dije porque soy una bruta, porque pensé que la llama se avivaría si le ponía un freno, ¿Pensaste que la llama se avivaría cuando trataste de apagarla?, Lo sé, Andrei, lo sé, nadie me enseñó a mostrar mis sentimientos, Debiste seguir mis palabras, lo estábamos haciendo muy bien, Me arrepiento de decirte que podíamos ser amigos, Es tan poca cosa, Es menos que poca cosa, es insignificante sabiendo lo que podemos hacer juntos. El primer abismo en mi fantasía. ¿Qué podemos hacer juntos? ¿Qué hacen las personas cuando se gustan, pero no se conocen todavía? Mejor eso no. Otra vez. Es

menos que poca cosa, le diría yo, es insignificante sabiendo que puedo ser libre para sentir todo lo que quiero sentir, ¿Por mí?, Por ti, para ti, para mí, para nosotros, ¿Crees que hay un nosotros? ¿Tan pronto?, Sé que lo hay. Segundo abismo. ¿Por qué se comportaría tan amargo? ¿No es posible que una mujer pueda decir Nosotros sin que de inmediato se piense en la boda? “Nosotros” significa mucho más que una celebración nupcial. Nosotros es una combinación, una mezcla, agua con agua, moléculas idénticas compuestas por hidrogeno y oxígeno, cada elemento defendiendo su territorio de otros elementos que también buscan su independencia, sin saber que juntos forman algo más grande, inmensamente más valioso de lo que son como elementos separados. ¿Desde cuándo la química se explica a través de las tradiciones sociales? ¡Otra vez! ...todo lo que quiero sentir, ¿Por mí?, me preguntaría él, Quiero saber qué es esto, ¿No lo habías sentido antes?, No de esta manera.

Mario despierta y me acomoda el pelo detrás de la oreja. Me acaricia una mejilla y entiendo que quiere despertarme. Abro lentamente los ojos; siento que nunca los había tenido más cerrados. Le miro un rato, tratando de hacer lo mismo que hizo Andrei conmigo. Sabiendo que no hace falta que lo imite, sino que saque a relucir mi propio sistema, podría convencerlo de lo que sea. Pero no quiero que Mario se enamore de mí, no sé si podría lograrlo, y por ahora es lo que menos me importa. Lo miro e imito la mirada de Andrei para sentir lo que él sintió, para comprobar que esa mirada fue algo más y no sólo un golpe fortuito a mi estabilidad nunca aterrizada.

Quería seguir pensando en él. Quería que viviera dentro de mí por siempre, y con por siempre me refiero a lo que dure este momento.

—¿Estás enamorada de mi hijo? —me pregunta fríamente Mario en el silencio cerrado de la oscuridad.

—Todavía no —le respondo con la misma frialdad.

—¿Quieres hacerlo? ¿Deseas enamorarte de él?

—Honestamente... lo último que deseo es enamorarme. ¿Pero quién, alguna vez, ha podido impedirlo?

—¿Te hizo sentir lo mismo tu primer intento de esposo? —da un golpe certero. La mirada de Andrei no sólo desaparece de mis ojos, desaparece también de mi memoria.

—No lo recuerdo.

—¿Qué te hizo sentir tu segundo intento de esposo?

—Dolor.

—¿Quieres sentir lo mismo por Andrei?

—¿Que si quiero sentir dolor por Andrei? No. Pero supongo que no podría evitarlo.

—¿Crees que sufrirás lo mismo si se aman como si se separan?

—¿No es así siempre?

—Andrei es un hombre muy intenso. No hay intermedios para él.

—No hace falta que me lo digas, Mario.

—Te equivocas, sí hace falta.

—¿Me estás protegiendo de tu hijo?

—Puede sonar ridículo, pero creo que eso hago. Para Andrei no existe el amor. Se ha hecho una idea de él mismo como la de un guerrero real, un guerrero de la verdad, de la honestidad, de la libertad. En el escudo de su bandera lleva bordada la insignia del amor, pero no sabe amar. No sabe lo que es el amor.

—Me parece que no lo conoces.

—Yo estoy seguro de que tú no lo conoces.

—No lo amo, ni me ama. No hemos ido tan lejos.

—Todos comenzamos de la misma manera. Todos sentimos lo mismo cuando llega la hora de lanzarnos a ese pozo. Pero por más hondo que parezca, siempre tiene un final. Siempre terminamos estrellándonos contra una piedra.

—¿Tienes miedo de que le pase a Andrei conmigo?

—Andrei nunca toca el fondo. Él no lo conoce. Su idea de amor es un pozo sin fin, una caída inversa, desde la tierra al infinito del universo. En su mente no cabe la posibilidad de no amar. Te amaría como nadie. Pero sin importar cuánto te esfuerces por corresponderle, o al menos entenderlo, no podrás hacerlo. No podrás porque tú sabes lo que es el amor. Él no tiene la opción al miedo de perder sus sentimientos. Todo lo tiene asegurado, todo lo tiene calculado. El amor no es un plan. Él cree lo contrario.

—Ayer me preguntaba cuál era el verdadero amor. Miles de cerillos encendidos a la vez, intensa la luz, aunque fugaz, o uno por uno, por más tiempo.

—Pueden ser los dos si tú quieres. Pero al final te das cuenta de que el amor no está hecho de cerillos. El amor es un encendedor. Con él puedes encender mil árboles a la vez, o sólo una rama después de extinguirse el fuego de la anterior.

—Nunca me había sentido así estando con otra persona. Es demasiado personal y real como para que me convenzas de lo contrario.

—No trato de convencerte de nada.

—Si quiero salir ahora a buscarlo, ¿me detendrías?

—No podría. Ni lo intentaría. Pero estoy seguro de que algo evitaría que lo encontraras, incluso si está frente a ti. Se sabe que la vida sucede. ¿No existe ya un hombre enamorado de ti?

—Es diferente.

—¿Cómo es diferente?

—Él no sabe la diferencia entre estar enamorado y estar obsesionado.

—¿Y tú sí?

—No puedes defenderlo, Mario. Él no sabe lo que está haciendo. Tiene familia.

—En el campo del rey la tierra es perfecta. Porque sólo la tierra perfecta pertenece al rey.

Me quedé callada. Él respetó el silencio.

Salimos cuando la gemela vino a tocar la puerta. Dijo que el juego estaba listo y que sus papás querían que nosotros jugáramos también.

Me arreglé el pelo, me retoqué el maquillaje, me puse un pantalón cómodo, aunque de vestir, y elegí la blusa que Mario señaló. Me senté junto a él mientras se ponía los zapatos y me recosté en su hombro. Sabía que no quería hacerme daño, y le creo cuando dice que no quiere que nadie más me haga sufrir.

Se levanta frente a mí y espera que le diga que se ve muy guapo. Le acomodo el cuello de la camisa y le arranco un par de pelusas del suéter. Le digo que no se ponga de esa colonia, sino de aquella otra. Tomo el frasco y yo misma le perfumeo el cuello. Del clóset saca un nuevo par de lentes; los otros los perdió en el arroyo. Me pide un abrazo y se lo doy, además le regalo un beso en la comisura izquierda de los labios.

—Debes ganar esta vez si jugamos *monopoly* —le digo en confesión—, sino van a pensar que eres mal empresario.

—Soy peor de lo que crees —me dice cuando apaga la luz tras nuestra salida.

Felipe cree que Andrei y yo hacemos buena pareja. Samanta está cegada por los celos. Mario dice que su hijo no tiene sentimientos, al menos que no sabe amar. Yo sigo sufriendo la ausencia de Andrei en la casa, el fantasma que me mueve el cabello.

En medio del juego, esta vez *Life*, se abre la puerta trasera de la casa y se vuelve a cerrar. Mario me mira directamente cuando descubro que Andrei ha

vuelto.

Samanta se levanta y lleva a los gemelos a dormir. Felipe guarda las piezas del juego en la caja. Ni siquiera terminamos de jugar. Fue como si la llegada de Andrei fuera la pauta para algo más. Mario y yo guardamos silencio. Cuando Felipe se levanta Andrei entra a la habitación. Se para detrás de mí, sé que lo ha hecho a propósito.

—Volví justo a tiempo, ¿verdad? —lo dice muy serio.

—Te estábamos esperando hace rato —le contesta Mario.

Vuelve Felipe cargado de almohadas que riega por el piso. Hasta Mario se sienta sobre una, recargado en el sofá. Andrei se sienta junto a él, exactamente frente a mí. Después de un momento sale Samanta con un par de botellas de alcohol.

—Fil, cariño, ayúdame con los vasos.

Se fueron los esposos tomados de la mano. Volvió Fil con los vasos y detrás de él Samanta con varios álbumes de fotografías.

El primero en recordar es Fil. Sin siquiera abrir el primer álbum.

—Recuerdo cuando Gabriela era la que buscaba las fotografías. Nunca dejaba que nadie más las tocara.

—Mira quién es ahora la dueña de los álbumes —Mario causa la sonrisa de todos, menos la de Samanta, que lo mira incrédula de su comentario.

Fuimos tomando tragos más grandes de alcohol. Construíamos el silencio conforme avanzaba la noche, después alguien terminaba de mirar las fotos de un álbum y destruía el castillo que habíamos construido con un recuerdo, para después guardar silencio otra vez, construyendo la fortaleza desde cero.

—Recuerdo cuando mamá se olvidó de depositarnos el dinero para los víveres del campamento de la escuela y nos dejaron sin uniforme en la competencia de remo —dice Samanta después de dejarnos mirarla llorar.

—Recuerdo cuando se le cayó el primer diente a Karina, Saúl quiso pegárselo con cinta aislante. Cuando Samanta se la despegó le arrancó un pedazo de labio —dijo Fil avanzada la noche, cuando el alcohol los empujó a contar las historias graciosas.

Llegó el turno de Mario, que dejó que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—Gaia —balbuceó y no pudo decir más.

Yo miraba uno a uno los álbumes que no dejaban de venir. Miles de fotografías, todas iguales, todas muy diferentes.

—Cuéntanos un recuerdo, Clementina. Queremos conocerte —dijo Samanta sirviéndome más alcohol.

—Mi mejor amiga en la secundaria se llamaba Ana Rosa —comencé de inmediato, sin rastro de vergüenza—. Éramos inseparables. Nos gustaba y odiábamos lo mismo. Recuerdo cuando a Mary, otra niña de nuestra clase, le crecieron los pechos y los exhibía como si acabara de ganárselos en una rifa. Una vez, Ana Rosa y yo la encontramos escondida detrás del cuarto del conserje, rodeada por cinco muchachos que se turnaban para apretarle las tetas. Recuerdo su mirada cuando nos descubrió, tan llena de orgullo, pero tan triste también, creyendo que era mejor que nosotras, y que para seguir siéndolo tendría que convertirse en todo lo que no éramos. Ana Rosa y yo la odiábamos por puta, y porque nos moríamos de curiosidad, queríamos saber qué se sentía tener a cinco muchachos manoseándonos.

—¿Qué pasó después? —preguntó Mario por todos cuando el silencio se prolongó.

—Después perdí a Ana Rosa. Se hizo novia de un muchacho mucho mayor que nosotras. Él trabajaba armando bicicletas en el negocio del padre de mi amiga. Se conocieron y salían en citas y todas esas cosas. Dejó de hablarme cuando le dije que ya no era la misma, y ella me contestó que en efecto, había crecido. Los demás niños de la clase se enteraron de su novio y la atosigaban todos los días pidiéndole que los enseñara a besar. Ella se regocijaba entre toda esa atención, comenzó a verse más bonita y segura. No necesitó que unos muchachos la toquetearan para ganarse su admiración. Bastaba con besar a su novio a la salida, cerca de donde estábamos nosotros, para que al día siguiente todos fueran a suplicarle. “Por favor, Ana Rosa, bésame como besas a tu novio”.

—¿También la odiaste? —me preguntó Felipe.

—Al principio. Después la olvidé. La soledad me hizo crecer más rápido que todos los demás. Cuando supe lo que era todo aquello sentí lástima, no por Mary y sus pechos, ni por Ana Rosa y su novio, sino por mí, porque comprendí que me había perdido de esas niñerías.

Andrei me mira directamente y le mantengo la mirada, desafiando a Mario Vallerte. Sintiendo lo que siento ahora, ¿será posible que tenga razón?

Andrei está frente a mí, nos miramos sin discreción, me emociona su presencia y sé que a él le emociona la mía, pero, aunque tenerlo frente a mí sea en exceso emocionante, con toda su atención a mi servicio, no puedo fingir que no siento nada más allá. Está frente a mí, pero en ningún lugar dentro de mí, ¿o está en todos lados? No lo sé. El alcohol no ayuda. ¿Puede amar alguien que sólo sabe amar?

Nos despedimos cerca de las cuatro de la mañana. Fil y Samanta entran directo a su habitación. Andrei se levanta y entra al baño de la casa. Mario me pide ayuda para levantarse. Nos quedamos sentados en el sillón de la sala, completamente a oscuras. Escuchando nuestra respiración. Después de un momento Mario se queda dormido y en el baño Andrei comienza a bañarse.

Mis ojos se acostumbran a la oscuridad y de inmediato me siento como un demonio al acecho, como un vigilante alado que busca almas solitarias en la noche para devorarlas. Sonrío con malicia, cobijada en la oscuridad y arqueo una de mis cejas. Me siento poderosa. Estoy borracha, pero la traducción en mi mente se resume en poder. Me quito los zapatos y siento la piel de mis pies contra el pobre frío del suelo. El poder se va cuando me sobreviene una dosis de ternura y melancolía. Recojo mis piernas sobre el regazo de Mario, pongo mis dos manos sobre su pecho y acomodo mi cabeza entre su hombro y su cuello. Me imagino que mis ojos brillan, aniquilando la oscuridad alrededor de mi mirada.

La puerta se abre y sale Andrei con pantalón de dormir, camisa sin magas, descalzo, todavía mojado. Siento, mirándolo sin que sepa que lo miro, que compartimos una intimidad inexplicable, una confianza secreta. Lo miro y me emociona que sea una persona más, metido en su pijama, secándose el pelo con la toalla.

Me gusta más mirarlo así, como ahora, no como antes, cuando llegó con su ropa modesta, bien peinado y perfumado, con sus gafas oscuras y su actitud de suficiencia sobre los aires de misterio que quiere darse.

Una cena me bastó para catalogarlo como un ególatra idiota. Una conversación después le restituyo el título de apenas un ególatra presuntuoso, ya no más idiota, de lo contrario yo también lo sería.

Lo veo vulnerable, con su piel pálida, delgado, expuesto, sincero con su humanidad. Creo que lo conozco de toda la vida. Me hace sentir que mirarlo en este momento equivale a haberlo mirado por cincuenta años, cuando ya hubiéramos pasado toda una vida juntos. Esa idea me aterroriza.

De buenas a primeras me veo junto a él, habiendo compartido toda la vida.

Por primera vez sentí el miedo que la palabra Siempre permeaba sobre la tranquilidad que supone no tener ningún compromiso.

¿Era un sentimiento deseable? ¿Por qué?

En medio de la oscuridad encontró mis ojos. No se los negué. Mil árboles ardiendo al mismo tiempo. Todo este bosque reducido a cenizas con una

mirada que ni siquiera puedo asegurar haya sido recíproca. Pero quién sabe. Tal vez mis ojos sí brillan en la oscuridad. Lo hace también mi sonrisa, de lo contrario a qué le responde su sonrisa.

Se hace un hueco en mi pecho. No quiero estar sentada, no quiero levantarme. No era posible que buscara la excusa para echar a perder la noche que tuve. Gané algo de poder. ¿Lo gané?

Comenzaba a sentir que lo nuestro era imposible. No por las causas ilegibles, sino por nuestra naturaleza.

Que piense lo que quiera. Ya no me importa. Cree que no me doy cuenta de sus intenciones. Me abre la puerta de su cuerpo entero. Quiere que crea que sus secretos son auténticos, cree que sólo eso le basta para tenerme. Me da la opción de enamorarme de él, me quiere cerca para después olvidarme. ¿Acaso siento tanto odio? ¿En verdad siento ganas de vengarme de él? Planeo desde ahora mi venganza. Ni siquiera me ha hecho nada. ¿Es que no quiero ser feliz? ¿O es tristeza lo que me ofrece? Mirándolo como lo miro ahora podría reírme de él. Burlarme de su intento por conquistarme. ¿Todos los hombres se vuelven patéticos cuando quieren gustarle a una mujer?

Soy yo la que se siente patética. Algo me dice que le abra las puertas también. Pero no creo que pueda hacerlo sin sentirme inútil. Escucho la voz de dos fuerzas a la vez.

Me siento sucia, me siento deshonesto, me siento cansada, sobre todo me siento expuesta y humillada, y no sé por qué. ¿Cuál es el más grande error? No lo entiendo. Hay un pequeño punto blanco en mi corazón. No sé qué significa.

Me convierto de nuevo en el demonio de la noche. Se encienden otra vez los mil árboles, o serán otros. El amor no es un encendedor. El amor es un dragón, y en este momento lucha a muerte contra mí. Estoy en desventaja; yo soy un lobo con cadena, él es libre. Es una batalla que nadie quiere ganar. No quiero ser yo la primera en hacerlo.

“Hoy experimenté algo que espero entender algún día”.

Donde los pensamientos duelen mucho.

Pasamos todo el domingo desperdigados según nuestros intereses.

Samanta y Fil hicieron un picnic privado detrás de la casa con sus gemelos y su bebé. Construyeron los cimientos de lo que sería una casa en el árbol, que, según los cálculos de Fil, terminarían el próximo año. Andrei no salió de la casa. No lo vi en todo el día. Hasta llegada la tarde, cerca de la despedida. Mario y yo fuimos a buscar un árbol que le gusta mucho y que siempre lo visita antes de irse. Nos quedamos sentados un rato en él, recargados en su tronco, apreciando la vida de ese lugar, sintiéndonos minúsculos sabiendo que el bosque es más que suficiente para sí mismo. Aplicando la comparación con nuestras vidas, resulta que nosotros no valemos tanto.

Mario no volvió a preguntarme sobre mis sentimientos iniciados hacia su hijo. Estoy segura de que miraba debajo de mi blusa el calor que no podía apaciguar. Pensaba en Andrei, es verdad. Pero también pensaba que pudiera no volver a verlo y no me pasaría nada.

Es raro. ¿Será que me dejé envenenar por las ideas que tiene Mario de su propio hijo? ¿O un par de días me bastaron para sentir todo lo que podía sentir por otro ser humano? Qué sentimiento tan fugaz. Como sea, decidí no forzar la situación y me sentí ridícula, nunca he sido yo la que imprime fuerza en las conclusiones emocionales, siempre me he dejado llevar, y no saco las garras hasta que es mi turno de pelear, no por alcanzar el clímax, sino por no perderlo.

Decidí que no dejaría que Andrei me forzara a él. Debo confesar que es difícil. Desde esta mañana lo único en lo que pienso es en la postura que mi cuerpo tomará cuando lo vea; un ángulo de mi cadera que lo incite a tocarme sin mirar muy bien el resto de mí, mi cara escondida en uno de mis hombros elevados, la mirada puesta en detalles inconsistentes, pero no tan difusa como para no poder verlo de reojo.

Cuando Mario y yo nos levantamos del suelo nos miramos a los ojos conviniendo en la misma conclusión. Como si un rayo nos hubiera atravesado la mirada nos apagamos mutuamente las ideas. Por un momento fue tan real y certero que no hizo falta ni confirmarlo. Las palabras se habían acabado. Éramos dos cuerpos hechos de cáscaras de ideas. Debajo de la piel un nuevo ser se estaría formando en ese momento, para salir renovado apenas haya cicatrizado la nueva piel.

Guardamos silencio mientras caminamos debajo del tramo donde ya no hay

camino, debajo de los árboles más grandes, apretujados unos contra otros, peleando todos como guerreros por la divina luz del sol, indiferentes a la negrura en la que nos dejaban a los que ni en sueños alcanzábamos su magnitud, y presas de nuestra baja estatura teníamos que abrirnos camino entre sus raíces fuera de la tierra.

En medio de la andrógina oscuridad, Mario me miró con un hilo de intensión. Si no fuera por el tono de su comentario, hubiera creído que por primera vez desde que lo conozco lo había mirado con esa mirada que sólo los hombres vacíos tienen en la cara.

—Qué corredor tan hondo —dijo refiriéndose al reducido espacio que nos daban los troncos de los árboles—. No se puede expresar. Apenas cabe un búho como tú.

—Pensé que habíamos acordado que era un lobo.

—Sí. Pero en el fondo eres un hermoso búho al que le gusta hablar de la soledad.

—Uno que disfruta despertar en la oscuridad.

—Uno que no tiene miedo de presumir su elegante plumaje.

—Pero que por dentro su sangre se vuelve alquitrán.

Mario guarda silencio después de mi última idea. Sé que no le gusta que me degrade frente a él. Sé que siente que su compañía vale poco si yo me siento poco estando junto a él, pero es que a pesar de que su esposa ha muerto, y de que la extraña mucho, todavía no alcanza a comprender lo que es la soledad. ¿Fui demasiado lejos? Entonces digamos que nunca entenderá la soledad a la que yo doy a luz. Soy la madre del aislamiento, y ese encierro no ha dejado de parirme.

Desperté sintiéndome malvada.

En la casa, en medio del desorden que causa el final de unas vacaciones, la preparación de las maletas, que es lo mismo que preparar la despedida, en las idas y venidas de una habitación a otra para asegurarnos que nada se queda atrás, la gemela me detiene en el pasillo y con movimientos torpes me toma la mano y me indica que quiere que me hincque para quedar a su nivel.

—Clementina... ¿Sabes que quiero hacer cuando sea como mi mamá?

—¿Qué quieres ser cuando seas grande? —le corrijo para que no se vaya con la idea de que ser grande es ser como su mamá.

—Quiero cortar el pelo.

—¿Quieres ser estilista? —ella asiente y me toca el cabello.

Andrei se pone detrás de mí y llama mi atención.

—Hola —me dice.

—Hola —le respondo con indiferencia, pero por dentro me burbujan todos los órganos.

—¿Podemos hablar?

—Sí. Espera un momento —le digo sin dejar de mirar a Karina.

—No tengo mucho tiempo —me dice impaciente. Se siente su energía, se siente su desesperación.

—Ya voy —le digo enfadada. Me contagia el arrastre de su desconcierto y se me hiela el estómago. Me da placer saber que está esperándome, que quiere decirme algo, y aunque me imagino qué es, no deja de exaltarme.

—¡Clementina!

—¡Ya voy!

—Voy a estar en la sala —me dice apurado y se marcha cuando volteo a verlo con una mirada molesta. De pronto hablar con la gemela se ha convertido en lo más importante del mundo.

—¿Me cortarías el pelo? —le digo a ella dejando que meta sus deditos hasta el fondo de mi cabello.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tú lo tienes muy largo y solamente se le corta el pelo a las mujeres que lo tienen feo.

—Karina, creo que vas a ser una de las mejores estilistas que hay —le digo.

Pasa sus manos de mi pelo a mis aretes, y de mis aretes a mis uñas. Nota que no llevo esmalte y me sonrío. Quiere decirme algo, pero no se atreve. En el fondo lo que quiere es seguir tocándome, saciar su curiosidad por la extraña de la casa. En el fondo lo que yo quiero es saciar mi curiosidad por el extraño de la casa. Me espera en la sala y yo estoy que me muero de la emoción. Cuando la niña sale corriendo sin decir nada más, me levanto y siento un temblor en las piernas. Toda la energía se drena de mi cuerpo a torrentes insostenibles, sale a raudales por mis tobillos. Siento la falta de sangre en mis muñecas, y un estallido de chispas en mis ojos baja la escala de colores para dibujar con una paleta de grises.

—Clementina, te tengo una mala noticia —me ataja Felipe cuando ya daba el primer paso hacia la sala.

—¿Qué pasa?

—Rompí una de tus maletas —me dice y se va confiado de que lo sigo.

Mario le pidió que cerrara la maleta que ya tenía lista y Felipe al forzarla rompió el cierre.

—No importa, todavía se puede cerrar —le digo. Lo que quiero es ir a la maldita sala.

—Es que no sólo rompí el cierre. Lo descosí.

Me doy cuenta de que la maleta está totalmente rota.

—No te preocupes, en la camioneta de Mario no se desparramará nada.

Mario entra a la habitación con una de sus maletas. Me dice que la use. Cuando me niego comienzan los dos a persuadirme.

—Úsala —me dice Mario como una orden.

—No hace falta —les digo a los dos mientras tomo la maleta para comprobar que la ropa no puede salirse, sabiendo que seguramente se saldrá.

—Si no la aceptas voy a tener que ir ahora mismo a comprarte otra —me dice Felipe poniendo fin a la discusión.

Al final la tomé sabiendo que no me quedaba más que ordenar de nuevo toda la ropa. Ninguno de los se ofreció a ayudarme, no porque no sean unos caballeros, sino porque no quieren arriesgarse a que en ella esté mi ropa interior, o eso me imagino, o eso me hicieron sentir. Como si fuera a explotar en sus manos.

Cuando pude ir a la sala ya era demasiado tarde. No sé si Andrei todavía estaba ahí, pero decidí no ir a comprobarlo. Haberlo hecho hubiera significado que me importaba. Si ya no estaba tendría la culpa por haber roto ese canal. Peor todavía; si a pesar de la tardanza me esperaba sentado en el sillón, tendría que disculparme por haberlo hecho esperar. Quedaría como una irrespetuosa, como una muchacha malcriada que no valora el esfuerzo de los demás. Preferí que se quedara como un descuido, como si su petición no fuera la gran cosa porque no lo consideraba importante, sino un encuentro casual, banal, un intercambio insípido de palabras que no podían cambiar mi vida ni darle a él esperanzas de conseguir mi corazón. Porque nunca lo has tenido, Andrei. Porque no debes tenerlo.

Los primeros en irse fueron Felipe y Samanta. Los gemelos gritaban como nunca detrás del cristal trasero de su automóvil, movían las manos compitiendo para ver cuál de los dos hacía con más ímpetu el gesto del adiós. El bebé comenzó a llorar en los brazos de Samanta cuando terminó de darme un abrazo formal. Ya se había despedido de Mario, y de inmediato se subió al

carro. Felipe se me acercó y con la sonrisa con la que siempre lo recordaré me dio un abrazo lleno de calor, una franqueza que sólo comparten los que se conocen. No pude evitar sentir las lágrimas que me inundaron los ojos cuando, por culpa de ese abrazo, me sentí parte de la familia.

El carro se perdió en la vereda que va directo a la carretera y Mario dio media vuelta para recibir en los brazos a Andrei. Me sequé los ojos de espaldas a ellos. Dejándolos que tuvieran su momento.

Andrei pasó a mi lado sin notarme, directo a su modesto automóvil. Abrió la puerta trasera y aventó la única valija que había traído. Se dio la vuelta y le agradeció una vez más a su papá por haberlos reunido. Mario sonrió, dando dos pasos hacia atrás, e hizo gesto de entrar en la casa para no volver a salir. En cuanto lo comprendí traté de alcanzarle el paso, pero su mirada me detuvo, fue tan breve y efectiva que me quedé congelada en mi lugar. Volví la cabeza para ver a Andrei. Él se subió a su carro y bajó la ventanilla del asiento de al lado. Se extendió cuan largo era para alcanzar el borde del cristal y me alcanzó una hoja doblada. Di dos pasos hacia la puerta y rosando el cristal, no sus dedos, tomé la hoja y bajé la mano de inmediato. Como si aquella nota pesara lo que una piedra mi brazo no volvió a levantarse de su costado, meciéndose como si fuera un péndulo.

Su sonrisa atravesó el cristal. Ni una sola palabra.

Giró para tomar la misma vereda por la que su hermana había desaparecido hace un momento.

Yo sólo lo miré. Tratando de quemar esa mirada en mi mente. Como si con esa mirada quedaran zanjados todos los encuentros que nos debíamos. Como si con el viento que entraba y salía por mis labios medio abiertos quedaran expuestas las palabras que no nos habíamos dicho.

Mientras todavía pude ver su carro me sentí miserable. Estaba siendo testigo de cómo se perdían los sentimientos que hace mucho no tenía. Mis piernas luchaban por mover mi cuerpo, mi mente traducía el desgaste de energía como la posibilidad de alcanzarlo y decirle cualquier cosa. Que no se fuera. Que me esperara, pero ¿dónde? ¿Para qué? O que no me esperara a mí, sino que simplemente se detuviera. Que se detuviera todo. Es tan fácil perder algo que no tienes. ¿Por qué se siente lo contrario? ¡Qué difícil es asimilarlo!

Al final se desvaneció en el sendero. Igual que la energía de mi mirada.

Abrí mecánicamente la nota que me había dado y traté de leer, pero no pude. No sabía cómo. No entendía aquellas líneas. No me acordaba que las palabras existían, y no hubiera podido inventarlas en ese momento.

Eran dos hojas escritas a mano, por los dos lados. Desistí la mirada, mi mente se ocupaba de controlar mi corazón, no había posibilidad de que prestara atención. Las volví a doblar y las guardé en la bolsa de mi pantalón.

Mario salió de la casa con las maletas y miró un momento mi pálida figura. No me dijo nada. No pude deducir si su mirada era de furia o de comprensión. Tal vez un poco de las dos.

Me tomó del brazo y se lo agradecí; un momento más de ese silencio me hubiera hecho evaporarme de la realidad en medio de la atronadora estática. Me abrazó y permitió que la conmoción de mi impotencia le mojara la camisa con las tranquilas lágrimas que no alcanzaron a envenenar la piel de mis mejillas.

Lloraba por mí, lloraba por él, lloraba por su hijo, lloraba por Felipe y la ternura de su amistad, lloraba por Samanta y sus terribles celos, que no permitieron que nos conociéramos, lloraba por la inocencia de la gemela y por la endiablada mirada del gemelo, lloraba por el llanto del pequeño Mario, lloraba por Gaia y su espíritu que no podía salir de mi cuerpo, lloraba por la sombra del bosque sobre la tierra, y lloraba porque un par de hojas dobladas en la bolsa de mi pantalón no terminaban de quemarme la piel.

En el camino no nos dijimos mucho. Todo el trayecto sostuve las hojas en mi mano. Pensé que mientras más tiempo me tocaran, menos graves podrían ser las palabras en ellas, que envenenarían mi cuerpo, pero dejarían tranquila mi mente.

Me quedé dormida un rato. Cuando abrí los ojos íbamos pasando por el edificio que anuncia el comienzo de la ciudad conocida. Pensé en que Daniel estaría esperándome en casa de Mario para llevarme a mi departamento. Pensé que llegando ahí me encontraría con Dubái y con Vruno. Sentí ganas de abrazarlos a los dos. Pensé que mañana iría a trabajar y me enteraría de que Valentino y Xianya son amantes, y miraría montones y montones de folios en mi escritorio. Haraganes en celo. ¡Me prometieron que harían el trabajo en mi ausencia!

Al final pensé, como si fuera un fantasma que se presenta ante mí, que pasaría mucho tiempo sintiendo a Andrei en otros cuerpos, que lo miraría en la mirada de extraños, que me encontraría sus dobles en cada esquina. Se habría convertido, todo él, en una máscara que está de moda. Me resigné a verme doblegada por mis sentimientos. Lo peor es que ni siquiera aproveché la oportunidad para disfrutarlo, para disfrutarme disfrutándolo.

Vuelve la consciencia de la nota en mi mano. La tomo con fuerza por el resto del camino. Le doy una mirada a Mario Vallerte y ahí comienza la maldición. Veo a Andrei en sus ojos. Después me veo en el espejo lateral y lo veo también en los míos.

Tonterías de poetas.

Esta es la transcripción de la nota de Andrei. Sobra aclarar cuántas veces y en qué circunstancias la leí. No quiero decir más.

«Ya no puedes decir que no soy una molestia. Te lo advertí. Lo siento, no sé cómo parar.

» He sacrificado muchas cosas para ser y pensar lo que pienso y lo que soy. Las cosas que he entregado se han vuelto tan pequeñas que son casi inexistentes, como mi sentido de control. A cambio he obtenido otras formas que crecen tan alto que se desbordan. La pasión me consume.

» Entendí muchas cosas desde la noche en que hablamos. Lo último que supe es que no quieres hablar conmigo. Me imagino por qué. Sé por lo que estás pasando, tú misma me lo dijiste, pero eso no cambia lo que siento.

» He pensado que la forma en la que me acerqué a ti no fue la correcta. Tal vez te asusté, pero sabiendo que algo importante podría pasarme no pude manejarlo. Fui yo quien se asustó y lo eché a perder.

» Quería que lo supieras. Quería que me escucharas decírtelo. Pero pasé todo el fin de semana sin saber de ti. Fue sanguinario de tu parte.

» Dudé en hablarte la última vez que te vi. Accedí y accediste, pero no se concretó. Así que escribo esta nota, para evitar el tiempo, que no nos ha hecho ningún favor.

» Es difícil para mí encontrar a personas con las que quiera tener algún tipo de conexión. No puedo explicar por qué quería conocerte a ti, sólo sé que debía hacerlo.

» Todo cambió cuando hablamos. Dijiste no estar lista para salir con alguien. Yo sólo quería comprobar que eras la persona que yo creí ver en ti. Lo eres. Estoy seguro. Hay pistas por todas partes: la forma en la que miras cuando no dices lo que estás pensando, la forma en la que caminas y cómo sonrías cuando no quieres hacerlo.

» No estaba mintiendo en ese momento. Quería saber cómo mirabas el mundo. Ya no me basta. Lo supe con esa conversación. Apenas nos desconectamos y entré en pánico. Quería encontrarte otra vez, preguntarte mil cosas para poder escuchar mil respuestas.

» Estoy consciente de que no ves el mundo de la misma manera en la que yo lo veo. Tomo la culpa por eso. Pasión... ¿Tengo razón?

» Estoy en el lugar equivocado en el momento correcto. Tú vienes de

regreso; en el lugar adecuado, en el momento incorrecto. ¿Eso suena bien? Mi perspectiva está confundida.

» No puedo detenerme. Si lo hago tendré que lidiar con la idea de que no soy un hombre que vive honestamente. Ni siquiera libremente. Así que diré lo que iba a decirte. No puedo ignorar el hecho de que estés herida. No quiero hacerte daño tampoco.

» Dijiste que podríamos ser amigos. No quiero ser tu amigo. Quiero enamorarme de ti. Y como sé que no soy correspondido, lo mejor será que me aleje antes de que pueda comenzar.

» Notaste los lirismos. Te dije que los olvidáramos, pero no puedo hacerlo. Déjame terminar esta nota con uno:

» Disculpa si parezco frío, si me veo enfermo. De encontrarme en ajeno cuerpo encontraría las expresiones que te dejaran tranquila, pero no conozco tal magia. Y mi compañía no resultaría en consecuencias favorecedoras, sino en complicaciones que podrían deformar las demás intenciones.

» Sintiendo lo que siento, sin ser correspondido, habiendo pasado mucho para reconocerte, he decidido que no puedo abandonarte, así que abandonado, no me queda más que alejarme.

» Me despido con una frase que acude a mi cabeza cuando queriendo decir adiós se me entorpece la lengua. Me gusta, a pesar de haber olvidado su origen:

» Nos vemos en otra vida, cuando los dos seamos gatos».

Capítulo 3

La vida

(O lo que vemos cuando
nos sentamos en la luna)

Bailamos oscuros.

Llegué a casa de mis padres el primer domingo del mes, como siempre lo he hecho, pasadas las tres de la tarde.

En mi bolsa traía un catálogo de una nueva distribuidora de maquillaje; cosa que siempre le fascina ver a mi mamá, y más de treinta mil pesos para mi papá.

Haciendo cuentas, unas muy sencillas, resultó que el costo de mi compañía por cinco días le había costado a Mario Vallerte alrededor de cuarenta mil pesos.

En toda esta semana, una vez que se convinieron todos los contratos con la agencia, me contactaron sólo con una cita. Un tal Ricardo Nueva, que me canceló a último minuto porque tenía que salir con urgencia a arreglar asuntos de trabajo a otra ciudad.

Le cobraron algunos cargos, que según me dijeron los pagó con gusto, ya que quería tener la oportunidad de quedar conmigo en otra ocasión. Me dieron dos mil del total de su penalización. Nunca había ganado dinero hablando con alguien por teléfono quince minutos.

Toqué el timbre con una incomodidad que no definí por la ansiedad que me causa el encuentro con mi padre. Más ahora que siento que puede ver mis faltas en mi mirada. Ya antes era difícil mirarlo cuando había dejado a un lado sus palabras y me había desviado un poco de la senda de la buena educación que me había inculcado, cosas pequeñas como una falta en el trabajo, o la reincidencia de la mala alimentación en más de una ocasión en una semana, dormirme con la ropa del trabajo porque llegaba exhausta de la oficina y no podía despegarme del colchón una vez había caído sobre él. ¡Qué ñoña era!

Vuelvo a tocar el timbre. No me habrán escuchado. En la cabeza me sobrevuelan los recuerdos de una infancia que en estos momentos me llegan difusos, con una estela de irrealidad detrás de cada uno, como si nunca hubieran ocurrido, como si no pertenecieran a esta casa, o como si la casa fuera la equivocada. ¿Acaso me equivoqué de dirección?

Se me cierra la garganta, oprimiendo en su interior un agradable pero enfadoso sabor a plástico. ¿Es que preferiría estar en otro lugar? ¿Dónde podría estar que fuera mejor que la presencia de mi padre?

Por primera vez en cinco años, desde que vengo en estas visitas, me abre la

puerta Laura. Le sonrío con ganas. Será una bruja malvada, pero la quiero y me emociona compartir un rato con ella. No atiné en que su cara detrás de la puerta era un mal presagio.

—¿Y papá?

—En la sala. Estaba leyendo el periódico. Ya sabes que lee la tirada del domingo.

Paso y dejo en el florero de la entrada un ramo de flores que siempre llevo para adornar la mesa. Con más soltura la tomo de los hombros a modo de abrazo y le doy un beso en cada mejilla, como a ella le gusta.

—¿Cómo están? —le digo, ahora sí desubicada porque todavía no escucho nada de mi papá.

—Yo normal. Rodolfo no se ha estado sintiendo bien.

La odio desde ya. Ese tono con el que pronuncia el nombre de su esposo, como si fuera su mascota, como si hablara de un mueble de la casa o del vecino molesto que les roba la señal de cable.

No le digo más. Entro en la sala y veo a mi papá, a mi “Rodolfo”, sentado en un sillón con una cobija sobre las piernas. Junto a él está desparramado el periódico del domingo. Algunas hojas rasgadas por la mitad, otras hechas tiras.

—¿Estás pensando en forrar una piñata, papá? —le digo cuando aparto su alboroto del sillón.

—¡Es culpa del mundo! Nunca está bien.

—¿Por eso rompes el periódico?

—Me estaba hartando de la voz del locutor de la radio. Me enfadé como un niño encerrado.

Me doy cuenta de que en el fondo sale el chillido de la radio mal sintonizada. Una canción que recuerdo pero que no podría reconocer en este momento. ¿Quién escucha radio ahora?

—¿Cómo estás, papá?

—Dice que se siente mal —contesta Laura. Le acaricia un hombro mientras se desliza detrás de él para apagar el molesto sonido de la estática mezclada con melodía.

—No es nada. Un resfriado, a lo mucho —se apura a contestarme él. Pero noto que hay algo que no me quiere decir.

—Tuvieron que inyectarlo para que pudiera orinar.

—¡Laura!

—Papá, eso no es un simple resfriado.

—No te fijas, hija. Estoy bien. Pasé una mala noche la semana pasada y me puse nervioso. Eso es todo.

Fue como si hubiera entrado cegada por la luz del brillante sol de afuera, pero una vez que mis ojos se hubieron acostumbrado a la templada claridad de la casa, podía ver la tristeza en los ojos de mi papá.

—No quiero que te pongas mal —le dije como una niña.

—No fue nada.

—Trajo un tubo metido “ahí” por tres días —dice mi mamá empecinada a entregarlo. No sólo cree que debe decirme la verdad si su esposo no quiere hacerlo, sino que se regocija en el chismorreo que no habrá tenido la oportunidad de contarle a nadie más.

—Papá, vamos con un buen médico. No quiero quedarme así, no puedo saber que estás enfermo y hacer como si nada.

—No quiero pasar más vergüenza. Además, ya te dije que no fue nada. Estaba nervioso. Fue cosa de un rato. He estado normal desde que me retiraron la sonda.

—Le hicieron examen de la próstata —me dice Laura arqueando las cejas. Le causa placer ser la primera en decírmelo.

—Papá, eso es normal. Lo sabes.

—Es normal, pero nada digno.

—La enfermedad no es digna, papá. La enfermedad es lo contrario a la dignidad. Pero los médicos pueden hacerte sanar.

—O terminar de matarme.

—La muerte es lo menos digno en una persona —le digo y lo miro con tristeza. No quiero que esté así. Le avergüenza estar enfermo.

—Sólo estoy triste. Me estoy haciendo viejo y siento que perdí tanto tiempo.

—Pero yo estoy contigo. Voy a venir ahora dos veces al mes. Así podremos ver el doble de películas. O podríamos ir a comer fuera de vez en cuando.

—Ummm —dice Laura retorciendo la boca y volteando los ojos—. Si no les gusta lo que hago de comer, por mí pueden vivir en la calle, los dos.

—Mamá, por favor —volteo la mirada hacia ella y le ruego con los ojos. Se espanta un insecto invisible con la mano derecha y vuelve los ojos atrás.

—No, hija. Lo que menos quiero es quitarte tu tiempo. Ya verás que pronto estoy bien. ¿Un hombre no puede ponerse triste de vez en cuando?

—Sí, papá. Pero un hombre también puede enfermarse muy rápido.

—Ningún hombre con una hija como tú puede enfermarse así de rápido.

—Papá, los hombres que tienen hijas como yo son los primeros en enfermar.

Lo dije intentando ser graciosa, pero me molestó que sólo Laura se riera.

De la nada el tema quedó terminado. Pasamos al comedor y hablamos de todo y nada. Durante el postre saqué el nuevo catálogo y entre mis cosas pude ver el rollito de billetes que más tarde le daría a mi papá. Me pregunté rápidamente si sería conveniente. Por un lado, podría animarlo la idea de independizarse más rápido y comenzar a trabajar por su cuenta. Pero también podría preocuparse más, pensando de dónde saca su hija treinta mil pesos para regalar.

Laura le hunde la nariz a las hojas del catálogo competidor de la marca para la que trabaja. Estos labiales los vendí hace meses, dice para sí misma, ya no se están usando, es increíble que esta marca apenas los esté lanzando. Yo le hago una mueca que hace sonreír a mi papá. “Siempre lo mismo con sus labiales”.

—¿Qué tono estás usando tú, Clementina, hija? —siempre se enternece cuando la conversación gira en torno a sus temas.

—Ahorita no traigo labial, pero para diario estoy usando un tono rosa, muy discreto.

—No deberías usar el mismo labial todos los días. Escoge unos tonos de mis catálogos. Te llegan en una semana.

—Sobre todo me gusta usar brillo, sólo eso es suficiente cuando tienes labios bonitos.

—Ninguna mujer tiene labios bonitos. No digas eso.

—No digas eso —la apoya mi papá, pero en broma—. Si las mujeres se enteran de que son bonitas sin tantos colores, dejas en la ruina a tu mamá.

—Te voy a encargar unos, de cualquier manera —dice ella sin prestarnos atención.

Pasamos a la sala. No puedo dejar de mirar de reojo a mi papá. Lo miro caminar y pongo atención al ritmo de sus pasos. Lo miro sentarse y escucho su respiración agitada. Lo miro cuando voltea la cabeza y trato de escuchar rechinidos en su cuello. No quiero irme de aquí sabiendo que realmente está enfermo. Hasta ahora parece no estarlo.

—¿Qué película veremos esta vez?

—Hay una cosa que me hace feliz. Una sola cosa que me hace sentir bien de inmediato. ¿Sabes qué?

—Un musical —le digo con una sonrisa que por poco se transforma en lágrimas. Lo conozco y sé cuánto le gustan los malditos musicales. Sé perfectamente bien cuánto le gustan. Le doy un beso en la mejilla y me levanto contagiada de su repentino ánimo—. ¿Dónde está?

Comienzo por buscar entre las cajas en su librero; el único lugar al que todavía puede llamar su lugar. Sus libros, sus películas, sus recuerdos, todo lo que es Rodolfo está en ese librero.

—Debajo de la caja de metal. La de los cigarros —me dice.

No fuma. Al menos ya no. Dicen que antes fumaba, y fumaba en serio. Pero yo nunca lo he visto, ni en una fotografía. Conserva una caja de cigarros, una cigarrera edición especial de una marca de tabaco americana que le regalaron hace muchos años. En ella guarda pedazos de boletos de cine y entradas de obras de teatro a las que nunca fue. Guarda boletos de camión de viajes que fueron significativos para él y una carta que le dio Laura. La única que le ha escrito en toda su vida. Ya la he leído. Creo que se la copio de un libro de amor asqueroso, de los que hacen los hombres que están aburridos y se los venden a las mujeres que están desesperadas.

Tomo la película y la miro un rato sin prestar atención. Leo el título y lo vuelvo a leer. Salgo de mis pensamientos y encuentro la mirada de mi papá sobre mi cabello.

—Papá, esta película no es lo que crees.

—Me dijeron que es un musical. Creo que no lo hemos visto. Lo compré casi desde que te fuiste el mes pasado. Quiero que lo veamos juntos.

—Pero, papá, esta película es muy cruel.

—Me dijeron que es un musical.

—Tal vez lo sea. Pero la protagonista le canta a la soledad, a la desesperación, a la tristeza, a la muerte, no a la alegría.

—¿Ya la viste?

—Sí.

—¿Es buena? —se pone de pie y me alcanza el brazo con su mano.

—Sí, pero eso no es lo que quiero decir —me quita la caja de las manos y la mira un rato.

—¿Te da miedo? —me pregunta burlón y me deja mirarlo directo a los ojos.

—Póngala de una vez, pero yo lo advertí.

Es *Dancer in the dark*. Se me hace un nudo en la garganta apenas comienza y

la veo como la recuerdo: cruda, violenta, oscura y absorbente.

Con la primera canción se le encienden los ojos a mi papá. No tiene idea de lo que viene. Lloré primero cuando el hombre enamorado de Selma se ofrece a llevarla a su casa. Creo que las lágrimas no se me secaron a partir de ahí. La parte donde me dio vergüenza con mis padres por llorar como si fuera una niña desamparada, llegó cuando Selma lanza sus lentes, cuando camina por la vía del tren. No hay nada más que mirar. ¡Por qué! Creo que mi papá también lloró. Laura nos miraba con sus ojos de resignación. “Pero que ridículos son”. Se nos partió el corazón, a los tres, aunque Laura pudiera negarlo, cuando Selma va a la casa de Bill y le reclama su dinero. La culminación de la escena. Tanta realidad en la ficción. Todo ese silencio. ¡Tanto silencio! ¡Es un musical! Para el final estábamos desolados. Nos quedaba un cachito de corazón, lo suficiente para presumir vida, pero nos lo arrebató Selma, con los lentes de su hijo en la mano, cantando sin música, colgando después en el vacío, muda. Silencio. Otra vez silencio.

Comienzan los créditos y Laura se levanta de su lugar. Nos mira y vuelve a voltear los ojos. Se pierde en la puerta de la cocina. Mi papá y yo respetamos el silencio que nos deja un musical. Tenemos encogido el pecho, no nos queda corazón, pero nos quedan lágrimas todavía.

Me enrolló en su brazo y lloro en silencio un rato más. Lo siento temblar, sé que también está llorando.

—Ya sabía —le hago saber después de un rato.

—Fue maravillosa película —me dice sin arrepentimiento.

—¿No te pareció triste?

—Nunca había visto algo más triste.

—Ahora vas a estar peor.

—Nada de eso. Quisiera verla otra vez. Y luego otra vez.

—Creo que mejor me la llevo.

—¿Está mal que me haga feliz esa tristeza?

—No, papá. Está dentro de nosotros. Se llama melancolía, añoranza, absurdo trágico, es la complicación de lo abstracto de la mente en choque con la individualidad de todos nosotros.

—¿Dónde aprendiste a pensar así?

—En los libros, en las películas, en la música, en la pintura — inmediatamente viene el recuerdo doloroso. Un pulso que me abre la herida del vientre y vuelca mi interior al exterior.

—Fue una película muy emocionante —me dice cuando nota el cambio en

mi mirada.

Nos quedamos callados un momento más. Veo la oscuridad de la noche paseándose fuera de la ventana. Me levanto y me estiro. Laura entra a la sala con un vaso de agua y las pastillas de mi papá. Él las toma sin decir nada, no quiere que me vaya preocupada, pero no lo va a lograr.

Tomo mi bolsa y me retoco el rubor frente a mi mamá, para que vea que no se me ha olvidado hacerlo como ella me enseñó. Sonríe con placer, pero no me dice nada.

Revuelvo entre las cosas de mi bolsa, como si fuera cualquier situación, como si traer treinta mil pesos enrollados fuera común en mi situación, y lo es, o podría serlo, pero ellos no lo saben.

Fingiendo no encontrar lo que busco causo más expectación y me arrepiento de haber comenzado el numerito. Saco los billetes de golpe y se los doy a mi papá. Los toma porque no se dio cuenta de qué era. Le dije que había pedido un préstamo y que podría dar un enganche pequeño para la camioneta que quisiera. Después de mucha discusión, que si no los iba a aceptar por nada del mundo, hasta que comprar una camioneta en una agencia era innecesario y que prefería comprarla usada, Laura recibió el dinero de su esposo y lo guardo “endondeellayasabía”. Cuando desapareció por el pasillo abracé a mi papá y le dije que esto no se iba a quedar así. Que la próxima quincena vendría por él y me lo llevaría a un hospital, aunque tuviera que amarrarlo y llevarlo en la cajuela del carro. Me dijo que todo había sido una exageración del médico, que estaba bien, y que se ponía mejor cada día. Los dos sabíamos que lo que decíamos eran palabras para calmarnos el uno al otro.

Como si no hiciera falta nada más, salgo de la casa sin despedirme de Laura. La verdad es que nunca me lo ha recriminado, creo que, en su pequeño mundo, con sus visiones ególatras, hasta me agradece que la deje en paz. Su cariño es inversamente proporcional al cuidado que le pones. ¡Qué mujer tan cliché!

Tardo en encender el coche, me pregunto si yo también soy esa mujer, pero estoy cansada y ya tuve mi dosis de recriminación diaria.

La joyería en el infierno.

Tengo tres o cuatro citas a la quincena. Los miércoles salgo con los godínez frustrados, los que por su condición de indeseados se conforman con unas caricias y algunos gemidos falsos, algo que puedan contar a sus compañeros por el resto de la semana.

Los llamo los *good days*, porque son hombres muy simples y con gustos sencillos. Nos vemos en un bar, llegan con su camisa de vestir remangada, su saco colgando en un brazo, y que dios se apiade de ellos, hasta cargan con su maletín. Quieren que el mundo los vea como hombres de éxito y se aseguran la comprensión y lástima de sus similares cargando con sus portafolios adondequiera que vayan. Hablan de su trabajo como el peor de todos los males que ha esparcido el diablo sobre la tierra, y arrugan la frente cuando hablan del incalculable estrés que les envenena el cuerpo todos los días. Pobres esclavos, <sarcasmo> ni me imagino lo que ha de ser trabajar en una oficina llena de compañeros incompetentes </sarcasmo>, todos pensando que se merecen una parte del mundo por su colaboración a cualquier industria para la que trabajen.

Los *good days* son citas fáciles. Te presentas, los escuchas, los “comprendes”, les das tu mano para que la aprieten como si fuera una de esas pelotas antiestrés para ejecutivos a un paso de una aneurisma, los emborrachas un poco más, les acaricias el cabello, les sonríes, y de pronto ya te están metiendo la mano al vestido debajo de la mesa del *Chilli's*.

Salen de ahí convencidos de que van a pasar la mejor de las noches, y así es, pero estando en su casa, o en una habitación de hotel, o motel, no les dura el gusto más de diez minutos.

No saben esperar, no saben crear su propio ambiente. Quieren lo que pagan y se los doy a todos de la misma manera. Me desnudo lentamente, los acaricio con mi ropa, dejo que me toquen todo el cuerpo y antes de que pueda siquiera concentrarme en el placer, terminan, ensordecidos por los gritos que me piden que dé. Me agradecen entre respiraciones profundas, secas sus lenguas, sudorosas sus caras. Salgo de ahí cuando se quedan dormidos y paso el resto de mi noche viendo estupideces y datos falsos en internet.

Los lunes veo a los “rezagados”. Hombres que sin tener necesidad de buscar trabajo se mueren en las fiestas de los fines de semana y en la cruda del lunes buscan un poco de control en medio de su vertiginosa y decadente vida. Son hombres menores de treinta y cinco, con el futuro resuelto gracias a sus

papis. Son los que después de pasar el domingo con sus novias, yendo a misa, supongo, los lunes se olvidan de todo lo que son y se consiguen una dama de compañía que les haga creer que están viviendo la vida que por costumbre ya no difieren de una realidad privilegiada. Son hombres sencillos pero volátiles. Dices una sola cosa que no esté dentro de su guion y ya los pierdes. Son pseudodioses a los que hay que agradecerles todo lo que hacen por ti en la cama, y no es mucho.

Es bastante estándar el juego con ellos. Los calientas alabándoles sus capacidades, les dices que te gusta su cabello, que te gusta su ropa, que te gustan sus lentes, que manejan muy bien sus automóviles lujosos, y ellos arrancan y tú haces como que la emoción te asustó, y te has humedecido las bragas, y quieres que ellos lo noten.

Les encanta el sexo “sucio” y espontáneo, pero te respetan si les dices que no quieres hacerlo, porque ninguno de ellos se ofrece a bañarse antes de que lleguemos al punto del placer. Ya estuve con uno que no podría asegurar cuándo fue la última vez que se bañó. Pero ellos andan como si nada, creyendo que son ingenieros del *new age* y una pieza importante en el rompecabezas de la innovación y el desarrollo de nuevos loquesea. Seguramente se han leído la biografía de Steve Jobs y se han creído su reencarnación.

Todos quieren terminar en mis pechos o en mi boca. Creen que su semen es una bendición orgánica y desean transmitirla a la mayoría de los cuerpos que puedan recibirla. No tengo problemas con que terminen en mis pechos, en mi vientre, en mis piernas o en mi espalda, pero cómo los odio cuando me hablan de los beneficios de consumir su elixir mágico, como si no existiera un suplemento en capsulas con los mismos nutrientes. ¿No han oído hablar de algo natural llamado alimentos?

Hasta aquí los compromisos a los que me obliga la agencia al menos dos veces por quincena. En esas semanas prefiero salir con godínez. Pero la agencia siempre me refiere a un jipi del milenio y no me puedo negar.

Nos piden que cumplamos con estas citas para mantener la imagen de la agencia, como un bien a la compañía, como publicidad, como muestra de lo bien que puede hacerlo una agencia de edecanes. Lo que buscan en realidad es que una de nosotras se le meta en la cabeza a uno de ellos y la próxima vez que nos solicite pague el precio de oro.

Al final mi estatus quedó en eso, en oro. Salgo a citas con hombres un poco más exigentes de la media, ya hablaré de ellos, pero todos me requieren con la intención de obtener no sólo compañía sino también favores sexuales. Doy el

servicio de la experiencia de la novia. Y por ello, por cada cita, la agencia me deposita a mi cuenta entre cinco mil y seis mil, más mis propinas, las cuales dicen respetar íntegramente. Pero los clientes de oro no dan propina, es de mal gusto.

Cuando veo las aportaciones a mi cuenta ya me han retirado el treinta por ciento del que me advirtieron, y la verdad es que no tengo quejas de “la seguridad” que me dan.

Cuando más necesito a Daniel, mi guardaespaldas profesional, es cuando salgo con los *good days* y con los rezagados. Casi siempre están borrachos, y cuando no lo están se atreven a sacar sus ideas más extravagantes. Adonde sea que vaya con mi cita, Daniel va detrás de mí. Es verdad que ese es un servicio que dan las chicas de plata, y a ellas no las proveen con guardaespaldas, pero como yo soy de oro, dando publicidad a la agencia, no me retiran la compañía de Daniel. Por los godínez y los rezagados me dan dos mil, o menos. Es un alivio que sólo tenga que hacerlo dos veces cada quincena.

Es en los fines de semana cuando me contactan con clientes de oro. Hombres educados, íntimos, algunos tímidos y callados, todos saben encontrar lo que buscan, todos saben sacar lo mejor de mí. La mayoría son muy interesantes, pero siempre terminan viéndose igual a los demás cuando están desnudos. Parece que el cerebro sólo funciona con la ropa puesta. Eso sí, no es que haga falta ser inteligente a la hora del sexo.

He visto ya tres veces a un hombre que se volvió adicto a mí. Es maestro en una de las universidades más prestigiosas y caras del país. Creo que desvía fondos del departamento de música para poder pagar por mi compañía. Me lo explicó una vez, pero no quise poner atención.

Siempre que terminamos de comer, o salimos del teatro, o estamos por terminar cualquier visita a uno de los muchos museos de la ciudad, me invita cortésmente a su casa, en donde le gustaría tener “coito” conmigo. Al principio me parecía ridículo, pero ahora siempre me imagino dónde será el lugar donde esa palabra entrará en mi oído. En un restaurante, en un parque, frente a una pintura de un artista desconocido, en la segunda llamada antes de la obra de teatro un día que ya no pueda esperar.

El sexo es igual para los inteligentes y para los tontos. Puede llegar a tener diferente significado, connotaciones sentimentales, o simples contemplaciones sensoriales, pero yo disfruto mucho más la compañía de mis clientes de oro.

Ah sí, comencé a decirles clientes. No sé, ya no me molesta, por alguna razón.

Con los clientes de oro puedo tener dos citas por quincena; una cada semana. O hasta tres en casos extraordinarios. Un caso extraordinario es cuando sales con un nuevo cliente, pero uno antiguo te solicita, y no quiere a otra, y debes cumplir con él también lo antes posible, casi siempre al día siguiente. No me ha pasado todavía.

Toni me dijo que lo de cuatro citas de plata al mes es sólo los primeros seis meses. Después puedo elegir entre dos citas al mes, u otro tipo de publicidad.

Se refiere a ir a calentar hombres al bar naranja. Para después darles el teléfono de la agencia y que se hagan clientes. Ahí no pagan nada por la noche, pero te invitan todo lo que consumas de la barra, si no lo hacen los hombres con los que hables, y tienes la ventaja de no salir a esas otras citas que no valen lo que te pagan por ellas.

Hoy me llamó Toni. Es sábado y ningún cliente me ha requerido. Me dice que si quiero puedo ir al bar naranja con ella y ver cómo funciona ahí la promoción de la agencia. A cambio me dejará tener sólo dos citas de plata este mes.

Me ofreció venir por mí hasta mi casa, pero preferí llegar por mi cuenta. Dice que estarán otras chicas con ella.

Vuelvo a los vestidos bonitos. Los de gala. Los de princesa de algún país exótico que puede no sólo ser vista sino también rescatada. Vuelven los tacones, vuelve el maquillaje cargado, vuelven los aretes grandes y la ropa interior insinuante. ¿Para qué si no me voy a ir con nadie? Para sentirme mejor de lo que me veo.

Llego después de tanto tiempo de no visitar el lugar. Como siempre, y qué bueno que así sea, me recibe el mismo portero guapo.

Son esos pequeños detalles de felicidad los que me hacen suspirar de alegría al hacer mi segundo trabajo. No, no he renunciado a mi sello de aprobado.

Entro y me encuentro de inmediato con la mirada de Toni. Me llama con la mano y me le acerco. Me lleva al baño de mujeres y me reúne con todo el grupo. Somos seis en total. Por su postura y mirada puedo decir cuáles son de plata, oro, platino y diamante. ¿Habrá una de diamante aquí, en este baño de este bar?

—Es muy sencillo lo que vamos a hacer aquí. Si te aborda un hombre lo tratas como se merece, y cuando te diga que quiere irse contigo le das una tarjeta de la agencia. Debes escribirle tu nombre atrás —me muestra, como si no supiera darle la vuelta a una tarjeta—. Le dices que puede buscarte ahí y

que su cita será agendada y cuidada con rigurosa confidencialidad. Hay que hacer énfasis en la confidencialidad.

—Una de las otras agencias tuvo problemas con la esposa de uno de sus clientes —me dice una mujer absolutamente hermosa a mi lado.

El bar estaba casi vacío. Pero estuvimos tanto tiempo encerradas en el baño que ya escuchamos las voces más vivas de hombres y mujeres por encima de la música.

Las primeras en salir son tres mujeres que puedo apostar lo que sea a que son de plata.

—Clementina, tú espera un poco más —me dice Toni cuando me vio alejarme del espejo. Yo sólo quería verme el vestido por atrás.

La siguiente en partir es una mujer muy elegante, casi podría jurar que ella es edecán de diamante, pero dudo que lo sea; no ha de tener menos de veinticinco.

Toni hace señas con las manos como si estuviera frente a un jet del ejército dándole órdenes de partir o detenerse.

—Ella es una de las favoritas de Toni. Ya pasa de los treinta y todavía sigue siendo platino. Aunque cada vez sale en menos citas —me dice la muchacha bonita, a un lado de mí.

Me lo dice como si fuera lo más natural del mundo, yo me sonrojo y me hago chiquita cuando veo que la de platino todavía no salía del baño y nos había escuchado.

—¿Tú también eres platino? —le pregunto para digerir mi vergüenza.

—Soy *diamond* —me dice con una sonrisa traviesa—. *Demon diamond*.

Me doy cuenta de que es verdad. Es una muchacha preciosa, frágil, de piel perfecta, cuerpo pequeño, esculpido, fuerte, ágil, con ojos despiertos, risa fácil, con una gracia que invita a tocarla para darte una idea de lo que es y cómo se siente el cielo. Ni siquiera viene bien peinada, ni con buena ropa. Pero podría venir en pijama, con una gorra de béisbol y seguiría siendo la más bonita del bar.

—¿Y qué haces aquí? —le digo en confidencia para que no me escuche Toni, como si nos tuviera secuestradas.

—Publicidad, ¿tú que crees?

—Pero tú no necesitas publicidad.

—Gracias —me regala otra sonrisa—. Pero la agencia la necesita. Además, me pagan los tragos y puedo descansar una semana.

—¿Descansar de la buena vida?

—Lo sé, pero no es tan fácil como crees. Salir con esos viejos es bastante aburrido. Todos los días tienes un vuelo que tomar. Pasas un par de días con alguien que ni recuerdas después de quince minutos, sales de nuevo al aeropuerto con la esperanza de que no te vibre el celular y sea alguien de la agencia diciéndote que tu vuelo cambió, y que vas a otra ciudad con otro viejo aburrido.

—¡Por dios! ¡Suena como una tortura!

—¿Y qué me dices? Para ti ha de ser igual. ¿Eres platino?

—No. Soy oro —me siento diminuta.

—¿Por qué? Eres una mujer muy bonita. Si fueras más joven hubiera dicho que eras diamante, como yo —lo recalca, conoce su poder.

—Le dije al ingeniero Montiel que lo iba a destruir. Debió enojarse.

—¿En serio le dijiste eso?

—Más o menos. Creo que le dije que no era un hombre suficiente para mí.

—¡Uau! Ya te adoro. No sé cómo no se casó contigo. Le gusta que le digan ese tipo de cosas, ¿sabes? ¿Cómo te llamas?

—Clementina.

—A mí me conocen como Naomi. ¿Y tu verdadero nombre?

—Ese es mi verdadero nombre.

—Claro. Te entiendo. Hay que meterse en el personaje. Aunque yo no tengo problemas. Me llamo Zoé.

Me pasa su labial una vez ha terminado de usarlo. Miro el reflejo de su mano a través del espejo.

—Creo que se te vería muy bien —me dice.

Es un tono grosella, muy oscuro.

—No me gusta ese color.

—¡Pero es un tono de temporada, Clementina! ¡Todas lo usan!

—Pero no a todas se les ve bien.

—Eso no importa.

—Seguir la moda es una señal de baja autoestima. No querrás que mis clientes piensen que soy una mujer insegura.

—¿Crees que yo soy una mujer insegura por usar este labial?

—Digo que la moda debería ser el último recurso de una mujer.

—Clementina, sal —me ordena Toni—. Ve directo a la barra, pide algo, no hagas contacto visual tan pronto. Tú eres la misteriosa esta noche.

—Siempre lo soy —les digo a las dos.

Toni guarda unas tarjetas con el número de la agencia en mi bolsa. Volteo a

mirar el reflejo de Zoé y me despido con la mano. Ella me manda un beso.

Un suceso banal.

Estaba por llamar a mi padre, no pude ir a visitarlo como lo prometí, y estaba preocupada por él. Me sentía culpable porque no podría ir a comer con ellos (no puedo admitir que hice a un lado el compromiso por otro menos importante). Estaba buscando su número en mi celular cuando entró la llamada de Toni.

Cuando un nuevo cliente llama a la agencia y pregunta específicamente por ti, anotan tu nombre en una lista de bonificación. Si el cliente al que atrajiste vuelve a por una segunda cita, te regresan el treinta por ciento de comisión que cobran por la cita con ese cliente.

—Clementina, felicidades. Atrajiste a un nuevo cliente a la agencia. Dijo que te conoció ayer en el bar naranja. Un tal Juan Manuel.

—Lo recuerdo. Era muy atractivo. No era muy joven.

—Sí, sí. Te entiendo —me corta de tajo. Es obvio que no le interesa.

Me quedo callada. Creo que se ha dado cuenta de su falta. No ha contenido la emoción por la comisión que seguramente ella gana también con cada cliente que entra a la agencia, y ha hecho a un lado mis comentarios.

—En fin. Tienes suerte porque ha llamado y quiere verte lo antes posible.

Me recuerda a esos viejos tiempos, en los que un hombre me deseaba y lo veía en unos días para hacernos compañía. Sonríe con el teléfono pegado en la boca. Sigo sin decir nada.

Siento un peso de plomo en el pecho cuando recuerdo que hoy tengo una cita con el licenciado Torrénz. La razón por la que no iré con mis padres.

Se enojó muchísimo conmigo por haber desaparecido tantos días, aquella vez, hace tanto tiempo. No le iba a decir que estaba de vacaciones con el ingeniero Mario Vallerte. Me limité a recordarle que no me posee y que no tenemos una relación como tal. Él se encargó de hacerme sentir miserable con la discusión del hombre perdido. Pero es que te quiero tanto, perdóname, me puse celoso, no sé qué estaba diciendo, me vuelvo loco cuando pienso que alguien más te puede tener entre sus brazos, no volverá a pasar. Pero dicen lo último no como una falta en ellos, sino como la aseveración de que no quieren que lo vuelvas a hacer.

Me ha llamado un par de veces cada semana. Mejor dicho, le contesto sólo dos veces a la semana.

Acepté una cita con él porque no tengo nada que hacer hoy. Bien pude ir con mi papá y llevarlo al médico que le prometí. Pero la vida sucede, y me

siento más sucia conforme van pasando las horas.

Estoy segura de que la esposa del licenciado Torrénz ya sabe que le está siendo infiel. Lo veo cada vez más efusivo en las citas que hemos tenido después de aquel día en que me bañó en su casa.

Su enajenación es tan absorbente que no puedo más que salir de mi cuerpo y mirarlo con ojos de un tercero. Tiene miedo de perderme, tiene miedo de ser descubierto, o habiendo sido descubierto teme que pronto nuestras citas terminen de golpe. No he tenido sexo con él desde aquella misma cita en su bañera.

La última vez que lo vi fuimos a caminar a un parque cercano a su casa. Es un idiota. ¿Cómo quiere no ser descubierto? No habló de tener sexo conmigo, pero lo leí como un libro en las posturas de su cuerpo. Me sentí traicionada cuando al final de la cita insistió en que tomara cinco mil pesos por todo lo que yo le he dado. Me negué, aunque él no cedió. Al final cuando ya estaba tan molesta y enfadada de él, abrió mi bolsa y metió el dinero. Me besaba desde el hombro hasta la palma de la mano. “Por las molestias que te causo, mi amor”. Comenzó a decirme “mi amor” por teléfono y yo sólo sentía un escalofrío mala onda. Pero ahora me lo dice todo el tiempo cuando nos vemos y ya te imaginarás cómo me siento.

—¿Cuándo? —le pregunto a Toni.

—Mañana. A mediodía.

—Bien sabes que trabajo. No puedo hacerlo antes de las seis.

—Mira, si cumples la cita, te perdono la promoción todo el mes. Ya ayer en el bar te zafaste de dos citas, si vas con —hace una pausa, de seguro tuvo que buscar el nombre en un papel—... Juan Manuel, te perdono las otras dos citas del mes.

—¿Te dijo algo más sobre mí?

—Sólo que quería verte. No sé qué intenciones tenga.

—Está bien. Pero si tengo problemas en mi trabajo vas a tener que conseguirme un justificante médico.

—¡Lo que quieras!

Entro en la ducha. Debo comenzar a arreglarme para verme con el licenciado Torrénz. Qué pesado, él y mi pensamiento.

Recuerdo a Juan Manuel vagamente. Ayer conocí a cuatro hombres. Dos de ellos no me aceptaron la tarjeta de la agencia, porque buscaban mujeres más libres. ¡Están buscando prostitutas, no es difícil decidirse!

Juan Manuel casi no me acepta la tarjeta, me miró como si hubiera sido un error todo aquello, como si hubiera deseado dar marcha atrás.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco, con un bigote grueso, ojos ahogados en aceite; le brillaban mucho, pelo oscuro bien peinado, con entradas pronunciadas que se le veían bien, sin canas; y no es que me importe, tenía una voz profunda, era delgado, con rasgos muy masculinos, piel curtida por el sol, y se le notaba su decisión para cualquier cosa, menos para hacerse a la idea de tener que contratar a una chica de agencia.

Recuerdo que me habló de un criadero de perros. De su ciudad de origen. De su bebida favorita... No la recuerdo. Y de su paso por esta ciudad rumbo a la ciudad que lo había visto nacer. No me quedó claro si vivía aquí.

Suena el timbre cuando estoy terminando de arreglarme el pelo. Abro la puerta, ya sé que es el licenciado Torrénz. Nunca se aparece sin antes confirmar su llegada por teléfono. Le hago esperar en la sala mientras yo termino de peinarme. Pasea como de costumbre por mi departamento. Mira las fotografías que lo enamoraron, lee mi diploma en mecánica básica, y me dice a voz alzada que está orgulloso de mí, otra vez y como si no fuera cualquier cosa. Pero él no sabe que ese diploma nos lo dieron a todos los de la clase por haber asistido a ocho reuniones aburridísimas en las que no aprendimos nada, y por las que tuvimos que pagar como si hubieran sido impartidas por altas autoridades del tema.

Abre el refrigerador cuando ya estoy saliendo de la habitación. Me mira y deja la cerveza que había tomado, y que él había traído la última vez que estuvo aquí. Supongo que ésa es la versión de un hombre de mudarse con su amante, llenarle el refrigerador con cervezas. Se me abalanza, me rodea la cintura con sus brazos, por atrás, y me besa la nuca descubierta. Debo aceptar que me molesta en la misma medida en la que me excita. Mucho.

—¿Y si mejor no salimos y nos quedamos encerrados en tu habitación?

—Tengo hambre —le digo y le aparto de mi cuerpo.

No lo trato bien. Pero a él no le importa. Me siento enojada todo el tiempo que paso a su lado, y él no parece notarlo.

Traté de decirle que no podía verlo más cuando me peleó por haber salido con Mario Vallerte todos esos días, pero no me dejó. Fui tan específica que me convertí en puro odio e inventivas, terminando en la honestidad cruda y maloliente de los despreciables descorazonados. Le dije que salía con él por lástima, que me daba asco besarlo con su bigote siempre oloroso de cerveza,

que no sentía nada cuando teníamos sexo, y que esperaba que su esposa lo dejará en la ruina cuando se enterara de que la engañaba.

Después de que le dije estas cosas, me dijo que no estaba pensando claro, me aprisionó entre sus brazos y me obligó a besarlo. Le calé un par de cachetadas, él no dejó de decirme: “Mi amor, sé que no estás diciendo lo que en verdad sientes”, como si él creyera, como si realmente creyera, que en el fondo lo quiero tanto como él dice quererme.

Me abrió la puerta para salir a comer al lugar adonde me había invitado. En el camino sólo me habló de cosas de abogados. Increíblemente aburrido. Estuve a punto de dormirme. Lo juro.

Llegamos al lugar. Mariscos. Los odio. Pero él no tenía forma de saberlo. Nunca me había preguntado. Eso no detuvo mi enfado.

Pasé la comida enfurruñada. Él no lo notaba. Me golpeaba la cabeza con esas palabras de abogado, tan pesadas que cada vez que las escuchaba ir y venir me movían la pereza, insostenible peso para el cuello.

Cuando volvíamos a mi casa hablamos poco, intenté hablar de mis cosas en un par de ocasiones, pero él se encargó de hacerme enojar encimando a mis relatos los ejemplos de su situación.

Llegamos a mi puerta y cuando la abrí metió su mano a mi entrepierna, por detrás, con tanta maña y experiencia que me excité de inmediato. Lo hice pasar y le quité la ropa al instante. Quería verlo humillado, caminando desnudo desde mi entrada hasta mi recámara, pero él no entendió y todo el camino se irguió orgulloso. Me prometí que al menos no lo iba a disfrutar mucho, pero lo disfrutó demasiado, y lo peor es que yo también.

Nos quedamos dormidos al instante. La tristeza que me desinfla la mente me hace dormir a todas horas, con toda facilidad. No sé qué problemas le falten a él para caer en el sueño con la misma levedad con la que yo lo hago.

Despierto pasadas las dos de la madrugada y me enojo hasta sentirme mareada, todavía entre sueños sentí el peso de su brazo rodeando mi cintura debajo de las sábanas, y muy a mi pesar tuve que despertar completamente.

—Tienes que irte —le digo apartándolo de mi cuerpo.

—No —me responde en un soplido engañoso. No sé si está despierto o dormido.

—Quiero dormir. Tengo que ir a trabajar mañana. Vete para que pueda descansar.

Se levanta a buscar sus zapatos debajo de la cama. Se me acerca por mi lado, y mientras me escondo en las cobijas, me encuentra y me da un beso en

la cabeza.

—Nos vemos, mi amor —me dice y tenso el cuerpo, cierro los ojos y prometo no mover un músculo hasta que lo escuche cerrar la puerta.

Se volvió un alacrán.

Vi a Juan Manuel en un restaurante del centro de la ciudad. Habían pasado quince minutos de las dos de la tarde cuando llegué.

Daniel pasó por mí más de media hora después de lo acordado. Convenimos en que era mejor para los dos comunicarnos para pactar los traslados. Él me llama por teléfono cuando le pasan la ruta de mi destino, yo le digo a qué hora me gustaría que pasara por mí, así me da espacio para arreglarme.

Tuve que venir elegante a la oficina. No soy de las que disfrutan cambiándose de ropa en los baños públicos. Cuando llegó la hora sólo me retoqué el maquillaje y me subí el cabello en una cola alta.

Afuera hace mucho calor. Qué alegría que elegí falda y camisa de manga larga, de tela ligera, eso sí. En la mañana estaba que me moría de frío, pero el sofoco del asfalto evaporándose me da la razón ahora.

—Te había pedido un vaso de agua— me dice Juan Manuel con indignación, pero en su boca hay una sonrisa—. Como no llegabas tuve que beberlo yo.

No dije nada, pensando en qué más me había perdido en quince minutos de retraso.

—¿Podrías pedirme otro?

Levantó la mano e hizo venir al camarero.

—Pídelo tú misma.

Vi en su postura un reflejo de molestia. Sabía, recordaba del sábado pasado, que no es un hombre al que le sea fácil guardar las apariencias.

En el bar naranja me dijo que le había atraído mi belleza, pero que de salir conmigo esperaba mucho más. En ese momento no entendí. Supuse, como bien podría hacerlo por mi experiencia con este tipo de hombres, que se refería a que no sólo quería que me viera bien, sugerencia comprensible en este caso, sino que quería un buen desenvolvimiento de mi cuerpo, sobre su cuerpo.

Lo di por hecho.

Ahora frente a él, veo que ese “mucho más” no se refería a lo sexual, sino a mi personalidad, la cual puedo imaginar aplastada bajo el peso de la suya.

—Tráigame una copa de vino. Blanco, por favor —le pido al mesero mirándolo brevemente.

Mi atención debía ir a Juan Manuel que me miraba con sus ojos en aceite,

con su sonrisa, la que el diablo debió heredarle cuando dio por terminada esta ciudad.

Lo odio, pero de ese odio nace mi curiosidad.

Es un reto, es una competencia para ver quién puede cargar más peso.

Inflo el orgullo y mientras exhalo caigo en la cuenta de que no debería descargar mi resentimiento contra él. Ha pagado por esta cita, precio de oro, y delante de él tiene lo que pidió, al menos el cuerpo. De mí depende que también tenga el momento.

Me llevó a un motel después del restaurante. Algunos clientes de oro no se toman muchas molestias para disimular la urgencia por llegar al momento deseado. Sé de edecanes de plata que las tratan como si fueran de diamante, excepto por el dinero, cuentan que tienen clientes frecuentes que las tratan como si fueran princesas. Dicen que los hombres modestos son los más educados, pero en esta profesión, creando nosotras las situaciones, yo lo dudo todo el tiempo.

En el sexo no hay educación ni la falta de ella, no hay modales ni generosidades, al menos no en el buen sexo. Un amante que lo da todo por complacerte es un mal amante, a lo menos un amante aburrido. Queda una sensación de desánimo y de fastidio cuando un cliente quiere darte todo por tu placer. Seguro lo disfrutas, pero cuando piensas en ello lo recuerdas como una mala sesión. El sexo que se merece la pena recordar es el que se obtiene de la lucha por tu propio placer; una batalla interminable entre ceder y recuperar, preocupada por tus propias comezones, que te rascas apoyada en el cuerpo del otro.

Cuando estábamos sentados en el restaurante, vi en las manos de Juan Manuel su llavero. Puedo jurar que traía las llaves de su carro. Pero llegamos al motel en taxi.

Pensé que era un hombre desconfiado, pero una vez que estuvimos encerrados en nuestra habitación, mirando cómo apagaba su celular y vigilaba a través de las gruesas cortinas, lo vi como un paranoico.

Le clavé la mirada cuando revisó dos veces la misma esquina de la ventana. Me sorprendió mirándolo y sonrió.

—¿Tienes problemas de los que deba saber? —le pregunté como advertencia.

—Tengo problemas de los que no debes saber.

—Eso no me da confianza —le digo y tomo mi celular para que vea que

puedo pedir ayuda de inmediato.

—Es mi hijo. Se le ha metido en la cabeza que engaño a su madre y me sigue a todas partes.

—¿De dónde habrá sacado la idea?

—Pensarás que soy un imbécil, pero no confío en nadie. Fui a ese bar obligado por un amigo, te vi y... no sé cómo decirlo... me gustaste. No hay nada de malo en que a un hombre le guste una mujer.

—Sí, si eres casado.

—Ustedes son invisibles. Ustedes no existen.

—¿Quiénes?

—Las prostitutas.

Quise levantarme e irme. Estaba harta de su mala actitud. No entendía que no estábamos más en el siglo diecinueve, que no me había conseguido en un burdel, y que yo tenía más opciones además de complacerlo en todo lo que me pidiera. Pero no me fui. No moví ni un brazo, ni siquiera contesté.

No me siento bien desde que pasó lo de la casa del bosque. Fue como si todo lo que era, todo lo que había hecho, habiéndome costado tanto para tenerlo, todas las pequeñas piezas que reuní y armé para que tuvieran sentido dentro de mí, se las hubiera llevado el viento, o fueron desvanecidas en un fuego inmortal que todavía arde en algún rincón de mi mente. A pesar de que no quiero pensar en él, Andrei (sólo decir su nombre hace que el fuego pase a mi pecho), no hago otra cosa. Todo lo que era hasta el momento de conocerlo, hasta que me entregó la nota, además de lo que él mismo me ayudó a ser, se lo llevó cuando no se despidió de mí.

Sé que sueño como la actriz de la telenovela, la muchacha pobre y confundida que se oculta detrás de unas trenzas y un vestido mugroso, pero todos sabemos que es la mujer más hermosa que ha visto el muchacho más rico que está a punto de casarse con la mujer más mala, y que al final el destino se muestra y el guapo muchacho se casa con la hermosa mujer, y la otra, que no tuvo suficiente con perder a su novio, porque no entendemos ese tipo de sufrimiento, o es poca cosa en la ficción, o porque en realidad ella no lo amaba sino que sólo quería su dinero, planea su venganza, la peor de todas, pero como dios está de parte de los buenos, la pareja perfecta termina a salvo, y la mala termina muerta.

En estas cosas pienso para no pensar en las otras. Es ridículo, sé que hay un montón de cosas más interesantes en las que podría pensar, pero es que estos últimos días, y con eso me refiero a semanas, no soy dueña de mi mente, ni de

mis acciones. Vago por las calles como una sombra que no ha sentido el bajo contraste, como una hoja caída que no puede volver a su rama, pero que tampoco termina de secarse para desvanecerse bajo la suela de algún zapato.

Soy consciente de que me siento como basura. Sé cómo arreglarlo, pero no quiero. Sentir esta desazón, este desconcierto conmigo misma, me hace sentir medio útil. Me digo que no puede ser tan malo si todavía puedo sentir, aunque sea remordimiento y culpa. Hay esperanzas cuando sabes que puedes mejorar. Al menos no es aburrido.

Así que me siento en el filo de la cama a ver al hombre paranoico buscando la figura de su hijo protector de su madre, y no me queda más que esperar que suceda lo que tenga que suceder.

Hay un hueco en mi estómago, hay un abismo más grande en mi mente. Cualquiera que mirara de cerca encontraría el problema que un médico no puede diagnosticar, pero me rodeo de los hombres menos propicios para ayudarme. No es ayuda lo que busco en realidad, sino una segunda oportunidad. ¿Para qué? Para comprobarme a mí misma que puedo joderlo todo dos veces de la misma manera.

Cuando ya no teme por su vida, Juan Manuel me ordena que me quite la ropa. Su tono me dice que vamos a tener una sesión brusca. Pero no me asusta. Mientras más fuerte sea, cualquier cosa, más posibilidades tengo de sentir algo. ¡Qué mosca muerta soy! Aunque esté consciente de mi caso, no quiero componerlo. Es, hasta cierto punto, divertido y alentador sentirme así de pequeña, sabiendo que no lo soy.

Me detiene las manos cuando estoy por bajarme el calzoncillo y me sonrío como él sabe hacerlo. Me da miedo cuando me mira así.

En dos movimientos tiene su pene fuera de los pantalones, todavía puestos. Ni siquiera se ha desabotonado y ya ha sacado su miembro por la bragueta.

¿Así va a ser? ¿Acabas de pagar, guapo y varonil Juan Manuel, por pasar conmigo el día, y vas a desperdiciarlo penetrándome apresuradamente, sin siquiera bajarte los pantalones? Me pregunto quién es su hijo, o qué le ha dicho para tenerlo así de precavido.

Me pone boca abajo. Me arrastra al borde, hasta que mi ombligo se divide en la orilla del colchón, con mis rodillas en el piso. Tarda en acomodarse detrás de mí. No quiero voltear a mirarlo, muchos hombres acuden a esta posición para no tener que lidiar con la mirada incómoda de una mujer que exige. Pasa un rato más y sigue sin caer en la cuenta de que le será muy difícil agacharse con los *levi's* puestos. Le ayudo incitándolo con un par de

gemiditos, algo así como decirle “Entra ya, que te estoy esperando”, y lo escucho responder a mis “suplicas”, pero el laberinto hacia mí es imposible en su estado actual.

Con muchos inconvenientes encuentra la entrada a mi cuerpo. Estoy bien lubricada y lo recibo agradablemente. En segundos lo escucho cansado. Cada vez que arremete contra mí, es una sentadilla que sus piernas deben entregar. Pensé que había terminado y volteo a verlo. Está sudoroso y despeinado.

Recuerdo cómo me trató en el restaurante. Debió pasar todo el tiempo pensando en lo que se estaba perdiendo hablando conmigo. Ese valioso tiempo que debió pasar dentro de mí. O escondiéndose de su hijo. O buscando un buen abogado de divorcios. A cada insolencia de su parte, aprendí a responderle con una insolencia de mi parte, igual o mayor que la suya. Y pareció gustarle.

Disculpe usted, señor Juan Manuel. Estoy un poco desconcentrada. Pero ya entendí.

Lo tomo del brazo y le doy pequeños pero firmes jalones, quiero que entienda que le pido más. Lo intenta un par de veces, pero las piernas ya no le dan. Me pongo de pie y siento un pequeño ardor en las rodillas. Las veo enrojecidas. Llevo a Juan Manuel de espaldas a la cama y lo hago recostarse. Me pongo a horcajadas sobre él y con mi mano lo guío dentro de mí. Comienzo bruscamente y termino más brusca todavía. He tenido un pequeño orgasmo, un espasmo desganado, presente sólo porque la fricción de mi cuerpo contra la tela de sus pantalones me hizo sentir diferente.

Le pregunté si había terminado. Muy exaltado negó con la cabeza. Sé que está por terminar.

Me levanto y quedo de frente a él. Lo miro a los ojos y le desabotono el pantalón. Él se queja. Me detiene con sus manos. Lucho por deshacerme de sus limitantes y sigo bajándole el pantalón. Trae ropa interior larga, esas cosas aberrantes de tela suelta que alguien hizo llamar *boxers*. Me detuve cuando el cinturón estaba debajo de sus rodillas. Entre las dos telas, la de sus *jeans* y la de su ropa interior, noté que tenía marcada la piel.

—Se encendió un barril de petróleo y el aceite se pegó en mi piel. Para cuando me ayudaron a sofocar el fuego, mi pierna había desaparecido.

—Todavía puedo verla —le digo casi susurrando, sin saber cómo dejar de mirarlo.

—Me pusieron en una lista de espera para un trasplante de piel. Fueron meses de mucho dolor. Mientras esperaba por la piel de un muerto, mi pierna

estaba forrada en plástico, como si fuera un regalo, o un libro de primaria. Te hubiera gustado verla entonces.

—Me gusta verla ahora —le digo sabiendo que es verdad.

Mis problemas se hicieron diminutos. Este hombre ha sufrido dolor y le ha marcado los sentimientos y el cuerpo. Ha pasado toda su vida sorteando problemas y se ha hecho de un carácter que lo protege de las equivocaciones. Yo sólo tengo el corazón roto. Él se hace de su propio destino luchando contra el que se oponga. A mí, la juventud todavía me regala la vida.

—No tienes que mentir. Ni siquiera a mí me gusta verme.

—Tienes razón —le digo seria, lo miro a los ojos y le sonrío coqueta—. No quiero seguir viendo tu pierna. Quiero mordértela.

Le encajé los dientes por encima de los *boxers*. Él soltó un suspiro de dolor que yo no le creí. Ya había perdido la erección, pero yo sentía que estábamos conectados. Suspiré, sabiendo que también mi motor había bajado las revoluciones.

—¿Qué quieres hacer? —le pregunté sinceramente.

—¿Eres de ese tipo de acompañante que como regla tiene no besar a sus clientes?

—No.

—¿Podrías hacerlo? ¿Puedes besarme como si me amaras?

—No soy buena fingiendo que amo a cualquier hombre. Pero puedo dejar de fingir. Puedo simplemente amarte.

Me acosté a su lado y comencé a besarlo. Al principio se resistió a pesar de haber sido su petición, pero después, poco a poco, comenzó a caer en la ensoñación que dan los labios ajenos en los propios. Mi mano derecha pasó a su pene y lo manejé con ternura. Recuperó su tensión. Con mi mano izquierda le protegía la cabeza. ¿De qué? De lo que él quisiera. De fantasmas, de pensamientos, de temores, de otro fuego. Me tomó por la cintura y me detuvo. Se puso de pie y se desnudó por completo. La marca en su pierna abarcaba casi todo su costado, desde la rodilla hasta las costillas. Me sentí sexi sabiendo que un hombre me apreciaba en tal manera que podría exponerse tal cual es frente a mí, sin sentir temor. Lo recibí sobre mí cuerpo y terminamos el resto muy lentamente. Tan despacio que, apenas terminó, se quedó dormido a mi lado.

Yo no pude dormir. Me quedé pensando en todas las posibles configuraciones en el pasado de este hombre frustrado. ¿Qué cúmulo de pequeños acontecimientos deben acoplarse uno arriba de otro para hacer de un

hombre lo que es Juan Manuel? Nunca llegaré a saberlo. Yo misma enrolada en una pregunta similar, pero sobrada de comodidades y privilegios. ¿De dónde me viene esta capacidad de sanar a otros? ¿Es mi cuerpo? ¿Mis ideas? ¿Mis posturas? ¿Es mi propio bienestar, dado a ellos en dosis imperceptibles, pero eficaces, y que terminarán por destruirme algún día? ¿Hubo alguna mujer que llegó al final de todo? ¿Cuál es ese final? ¿Podré llegar completa?

Una idea se roba mi mente. La traduce casi de inmediato en sensación. Lo único que logro entender se repite una y otra vez en forma de pregunta. Se me atora en la garganta, me destruye las cuerdas vocales. ¿Qué estoy haciendo aquí? Luego: ¿Por qué estoy haciendo esto?

De la tumba a los recuerdos.

Proust dice que podemos encontrar la muerte esta misma tarde. Pero ¿qué pasa si lo que encontramos es vida y no muerte?

Todo el tiempo nos preparamos para morir, anidamos en la desesperación, nos acostamos sobre la tela de la ilusión que nos dice que lo que tenemos es lo que necesitamos, que lo que queremos lo buscamos, y a esto llamamos vida. Después de una sucesión interminable de eventos y vacíos, de carencias y abundancias, una vez que el poder que obtuvimos lo perdimos, llega la muerte y es certera. ¿Pero qué es la vida, la que se nos presenta reflejada en su propio espejo?

Llegué a la puerta de mis padres un día inusual. En la bolsa traía otros veinte mil pesos para la camioneta de mi papá. Es verdad que he ganado más en este tiempo que no vine a visitarlos, pero he tenido que actualizar mi ropero. Ahora compro joyas. A mi mamá le daría un infarto si echara una mirada a mi alhajero.

A pesar de que los clientes de oro no piden demasiados lujos en las damas de compañía a las que contratan, a todos sin excepción les gusta sentir que están al lado de una mujer que supera a las otras en todos los sentidos.

No me hacían falta joyas para deslumbrar a un hombre, pero tampoco es que no me ayuden. La mayoría de los hombres las miran como bellos adornos en mi piel, pero otros las aprecian como una extensión de mi belleza, como si el brillo del oro saliera de mi interior y no del metal. Claro que sólo uso la joyería más cara cuando salgo con mis clientes, no uso ni anillos cuando salgo a las promociones de la agencia. No porque tenga miedo a que me roben, sino porque cuando hago promoción lo que menos le importa a quien me contrata es mi vestimenta, sino conseguir una compañía como la mía a precio regular.

Hablaba de la belleza de la vida, que opaca siempre que puede la luz de la muerte que no podemos dejar de mirar.

Toqué el timbre esperando que mi padre abriera la puerta esta vez. No necesitaría más pruebas de su salud.

Esperé un rato y nadie abrió. Me hundí en el sentimiento de culpa al recordar que tan solo la semana pasada gasté miles de pesos en productos para baño y perfumería. ¿Estaba pasando el límite? ¿Por qué no me di cuenta? ¿Cuál es en realidad ese límite? Miré la madera de la puerta de la humilde casa de mis padres y me di cuenta de que ése era el límite: la manera en la que había sido educada. Traté de justificarme amparada en mi profesión secreta.

Seguramente todos entenderían que una mujer que vende su compañía necesita un joyero extenso. ¡El mío ni siquiera es tan grande! Pero no estando acostumbrada a las excentricidades, la culpa no me abandona.

Pongo el dedo sobre el timbre una vez más y oprimo por inercia. La puerta ya se estaba abriendo.

Un hombre joven, seguro más joven que yo, me recibe con una sonrisa. Me busca en la cara mis intenciones y yo le sacudo el cuerpo con la mirada. Llevo mi curiosidad al interior, acaso puedo ver a mi papá cerca, pero no veo a nadie. De inmediato pienso lo peor. Pero la risa de Laura sofoca mi imaginación cuando la escucho hasta afuera.

—¿Quién eres? —le pregunto al muchacho haciéndolo a un lado para poder entrar.

—¿Quién eres tú? —me responde y me obstruye el camino.

—¿Dónde está Rodolfo?

—¡Clementina, hija! —me grita Laura cuando sale de la sala para ver por qué no ha pasado nada desde que este niño abrió la puerta.

—Mamá, ¿quién es él?

—Tenemos maravillosas noticias, hija.

Me lleva abrazada por la cintura hasta la sala. En ella está mi papá sentado en su sillón favorito. Me mira y sonrío de verdad, como si hubiera estado fingiendo todo el tiempo y mi presencia le abriera una ventana de realidad necesaria. Frente a él se sienta el joven que me abrió la puerta. Yo me siento junto a mi padre y Laura se sienta junto al desconocido.

—¿Cómo estás, papá? —le pregunto en confidencia.

Él me toma de la cabeza y me besa el cabello. Asiente dándome a entender que su respuesta es “Bien”, pero que ahora hay algo más importante.

Siento el temor de lo desconocido en el aire y quiero negarme a respirarlo.

Se hace un silencio incómodo que nos soporta a todos.

—Vine a llevarte al médico, como te dije que lo haría. No sabía que tendrían visita. Si quieren puedo volver más tarde.

—No es simple visita, hija —me responde y en su voz puedo distinguir la educación que debajo esconde la molestia.

—Él es Kevin —me dice Laura sonriendo—. Es tu hermano.

—¿Mi hermano?

Al instante se detiene mi sangre. Es que yo nunca he tenido un hermano. Ni nada parecido. ¿Qué se supone que haga ahora? ¿Me levanto y lo abrazo? ¿Le sonrío? ¿Me alegro?

—Soy hijo de Samuel y Liliana, como tú —me dice Kevin, en español justo, con reminiscencias de una lengua entorpecida por acostumbrarse al inglés.

—¿Kevin? —contesto yo exagerando el acento. No me dice nada su rostro, no me dicen nada mis emociones.

— *It's a pleasure to meet you. I've heard a lot about you.*

—¿Quién es? —le pregunto a mi padre.

—Es tu hermano, su nombre es Kevin —mi padre lo pronuncia en seco español.

—A pesar de que es bueno que haya venido a vernos, lamentablemente Kevin trae una mala noticia.

—Nuestro padre ha muerto.

—Mi padre es él —le digo molesta. No me ha hecho gracia que me hayan emboscado de esta manera. Llegué sin invitación, es cierto, y no sabía que Kevin estaría aquí, pero ¿qué es todo esto de cualquier manera?

—Estaba construyendo un vivero, y cuando estaba armando el techo, soldando las barras que sostienen las lonas, se enredó un cable en el pie y perdió el equilibrio. Pegó en el suelo con la cabeza y murió al instante.

—¿Viniste hasta aquí sólo para decírmelo?

—Clementina, hija —me recrimina Laura indignada—. Tu hermano está teniendo problemas. Necesita la ayuda de su familia.

—¿Y esos somos nosotros?

—¿Quién si no?

— *I don't mean any harm.*

—¿No hablas español? —le pregunto a Kevin sabiendo que sí.

—Sí. Crecí hablando los dos idiomas.

—¿Con quién te quedabas allá? ¿No tienes a nadie más?

—La familia con la que nos quedábamos papá y yo está pasando por un mal momento.

—¿Sabes que mi papá está enfermo? Él no puede cuidarte.

—Estoy bien, hija.

—No necesito que me cuiden. Sólo quiero pasar aquí un tiempo, esperar a que todo se calme y después volver a buscar la casa en donde nací.

—No quiero ser grosera. Es que me tomas por sorpresa.

— *I understand.*

Abre una de sus maletas, en total trae tres, las conté en cuanto entré, y saca una fotografía enmarcada con la foto de una mujer que reconozco de

inmediato, no porque ya la hubiera visto, sino porque el parentesco con Laura es indudable. Debe ser Liliana.

—Mamá era una mujer hermosa —me dice extendiéndome la fotografía.

Me niego a tomarla, pero no resisto la curiosidad más profunda y clavo la mirada en la mujer que nunca conocí, ni se dio la oportunidad de conocerme.

—¿Cuántos años tienes, Kevin?

—Veintidós. Era muy pequeño cuando murió mamá.

Miré con detenimiento la foto. Nadie dijo nada mientras yo guardaba en mi mente los ojos, la línea de los labios, cada arruga en la expresión de mi verdadera madre.

—¿Samuel hablaba de mí? —le pregunto mucho después, no quiero sonar fría, pero sus palabras no atraviesan mi caparazón.

—Todo el tiempo. Fue como si hubiera crecido contigo. Me decía que tenía una hermana mayor y que faltaba poco para que viniéramos a buscarte.

—Pero nunca lo hicieron. Pudieron haber llamado, al menos tú, cuando creciste.

—*I know*. No quería meterme en tu vida. Papá se olvidó de meterte en sus últimas conversaciones. Comenzaba a ponerse viejo y estaba todo el tiempo enfadado.

—¿Tomaba alcohol?

—Sí. Pero no era...

—No tienes por qué explicármelo todo.

Le devolví la fotografía y me levanté del sillón. Entré al baño y cerré con seguro. Me senté en el retrete y me perdí en mis pensamientos. Lo que menos necesitaba era volver a ver a los fantasmas de mis padres, y ahora no sólo los veía, sino que juntos reflejaban un cuerpo sobre la tierra, mi hermano, mi hermano Kevin.

Cuando me calmé comprendí que había sido grosera. Él no tiene la culpa de haber pasado lo que ha pasado. Yo tampoco. No hay razón por la que no podamos ayudarlo. Es sólo que se siente tan raro tener, de la nada, un compromiso así de grande. ¿Cómo empiezas a llamarle hermano a un desconocido? ¿Cómo comienzas a tratarlo como familia?

—No me puedo quedar —les digo a todos cuando salgo del baño directo a la puerta de salida—. He estado trabajando mucho y no he descansado. Perdón, creo que la sorpresa no me ha caído bien.

—No te preocupes —dice Kevin con la mirada enternecida. Lo desconozco, yo misma no tengo esa mirada, y si la tenía mi papá no puedo

saberlo, tampoco si la tenía mamá, porque Laura nunca se entenece de esa manera.

—Si mis padres te han abierto las puertas de su casa, yo estoy de acuerdo. Volveré uno de estos días, para que podamos hablar con calma.

Rodolfo sale tras de mí y me toma del hombro alentando mis pasos. Mi necesidad de huir se adelanta a mi cuerpo y yo me quedo rezagada en los brazos de mi papá.

—Debe ser raro para ti, después de tantos años de estar sola.

—No estaba sola, los tenía a ustedes.

—Pero no es suficiente. Nunca lo es. Yo tengo siete hermanos. Laura tenía a Liliana. No debes preocuparte. Las cosas se irán dando.

—¿De verdad estás bien, papá?

—No he tenido ninguna recaída.

—Vamos al médico para que pueda estar más tranquila.

—Los dos sabemos que lo que quieres es irte de aquí. Lo del médico está de más. Nadie va al médico por un problema que no tiene.

—Te traje algo.

Saco de la bolsa los veintitantos mil pesos que le llevaba justo cuando Laura sale con Kevin por la puerta de enfrente.

—¡Eso no! ¡Absolutamente no, hija!

—Es lo que he ahorrado. No tengo problemas pagando el crédito y con esto estaríamos más cerca de comprar tu camioneta.

—Hija, no puedo aceptar este dinero. Ya no. No sé cómo pude quedarme con los treinta mil que trajiste la otra vez. De hecho, he estado pensando en devolvértelos.

—Ni se te ocurra —le extiende la mano a Laura y le doy el dinero—. Es para la camioneta de papá.

—Con esto ya le alcanza. Consiguió que uno de sus compañeros le vendiera su camioneta usada. Dice que es ideal para el trabajo.

—¿Es verdad?

—Sí. Me dijo que quería sesenta y cinco por ella pero que podía hacerme un descuento.

—Entonces te faltan como diez mil. Puedo traértelos en una semana —lo miro y me corrijo—. O en dos.

—Ni que fuera tan fácil. Además, no te preocupes. Tu mamá y yo tenemos algo guardado. La próxima vez que vengas a visitarnos ya seré un pintor de fachadas.

Laura se había ido a guardar el dinero. Kevin se queda en la puerta, midiéndome de la cabeza a los pies, comprendiendo qué negocios me traigo con su nuevo benefactor.

Entré en mi carro y me alejé lo más tranquilamente posible.

¡Un hermano! ¡Es una locura! En mi pecho se hace un nuevo hueco, uno capaz de soportar mucha más desolación, o apenas el sentimiento familiar de la sangre que siendo igual, nos diferencia de todos los demás.

En la tranquilidad de mi departamento no pude llorar la muerte de Samuel. No supe cómo. No quise averiguarlo.

La boca más roja.

Eran las ocho cuarenta y cinco cuando estaba parada frente a la cafetera. Las demás secretarias me miraban con recelo. Es verdad que una secretaria no se viste con el descaro ni con las telas que yo traigo sobre el cuerpo.

Este trajecito me costó doce mil pesos. Seguramente estar a un lado de la mesa de la cocina, con una taza vacía en las manos y levantando la mirada contra quien se atreva a dirigirme los ojos, no sea la mejor manera de lucirlo, pero debo aceptar que me encanta.

La cafetera hace ruido cuando absorbe las últimas gotas de agua, como si las bebiera con popote. De la azucarera pongo tres cucharadas. Con una servilleta limpio los granos de azúcar que se me hayan caído. Tomo la jarra del café y lo vierto sobre la taza. De inmediato sale el humo y mis ojos se esconden tras él. Ellas todavía me miran. No logran entender, o podrían, sabiendo que sus jefes, como el mío, son todos unos extravagantes cretinos. ¿Pero cuándo habían visto que una mujer tan bonita llevara café y limpiara la silla y el escritorio de la oficina?

Dejo todo como lo encontré y salgo de la cocina con la taza a la altura de mi cintura. Como si mi falda incluyera un giroscopio, meneo la cadera de un lado a otro, la coleta de mi cabello se pasea detrás de mis hombros con cada paso que doy, una pierna delante de la otra, primero el tacón, luego la punta, el brazo que va libre se mueve discretamente y una de mis cejas se arquea con suficiencia. Ninguna gota fuera de la taza, y todavía puedo menearme más. ¡Cómo siento sus miradas! Las de todos.

—Ingeniero Fernández, su café —le digo cuando abro la puerta después de tocar dos veces, tal cual lo ha pedido.

—Gracias, Clementina. ¿Tres cucharas de azúcar?

—Como a usted le gusta.

—Excelente. Por favor ordena mi agenda. Hay números de teléfono en pedazos de papel que necesito que estén registrados en su lugar.

—Claro que sí, ingeniero.

Me acerco y me agacho, despacito, hasta su escritorio para tomar la agenda. Me levanto y llevo el cabello a un lado chicoteándolo con la cabeza. El ingeniero Fernández se muerde un labio. Puedo verle en los ojos las ganas de tenerme alrededor de su cuerpo. Está que se muere por verme desnuda. Pero apenas comenzó la jornada, y ninguno de nosotros nos vamos hasta pasadas las seis.

Ayer me llamó Toni y me dijo que un cliente de diamante me solicitaba por dos días. Es decir, hoy y mañana. Cuando pregunté quién, no hubo necesidad de decir más que “un amigo del ingeniero Montiel”. El ingeniero Fernández había dejado sólo una indicación: que me presente a mis actividades como asistente.

Hoy en la mañana llegó Daniel por mí a las siete de la mañana. Yo ya estaba lista. Me levanté a las cinco para poder plancharme el pelo. Me maquillé como supuse le gustaría a mi nuevo jefe (y creo que le encanté, aunque dudo que haya notado mi esfuerzo por elegir los colores ideales para mi cara, al menos las otras asistentes lo notan), me puse el traje que había comprado para llevar a mi primera cita de diamante, la cual me advirtieron podría ser con Alejandro Montiel. Traje sastre, casi hecho a la medida, o tuve mucha suerte de que el diseñador haya soñado con la forma de mi cuerpo para que me quedara a la perfección. Falda negra de una tela deliciosa, arriba de la cintura, abierta por atrás, debajo unas medias negras, delgadas, que dejan ver el color de mi piel, tacones altísimos; qué bueno que los domino, y debajo de la falda: conjunto de bragas sensuales con ligero discreto para que no se marque por encima de la tela. Le va a dar un infarto al ingeniero cuando me suba la falda y se encuentre mis medias aseguradas a mi vientre con los ganchitos sugestivos. Debajo de la blusa un brasier de media copa. En mi garganta una cadena de oro con un dije de una gaviota con incrustaciones de jazmín. En las manos sólo un anillo, liso, brillante. Aunque después me lo hizo quitar, al parecer no le gusta que lleve nada en las manos. Tuve que quitarme el saco. No ha llovido en días y en este lugar no son aficionados del aire acondicionado, así que lo mantienen a baja potencia, y aunque el sol apenas esté saliendo ya me siento acalorada.

Salgo de la oficina del ingeniero Fernández y me dedico a su agenda. Transcribo los números que tenía en los papeles sueltos a su lugar en la letra del alfabeto. Había uno de una mujer llamada “Crystal” escrito sobre un pedazo de tela. De inmediato me imaginé que sería mi rival, pero se me pasó rápido el sentimiento de desafío. En este lugar, en este preciso momento, ¿quién puede competir conmigo?

Las demás asistentes están que se vuelven locas capturando datos en su computadora, moviendo citas a otros horarios, tratando de localizar a otros ingenieros que han desaparecido de la faz de la tierra justo cuando está por comenzar la reunión mensual de información y retroalimentación, a la cual ya

fui convocada por el ingeniero Fernández, para tomar notas.

Me puse nerviosa cuando me dijo que lo acompañaría a la sala ejecutiva, no porque no esté acostumbrada a que me vean un montón de hombres al mismo tiempo, sino porque creo que estará Mario Vallerte.

Mi teléfono suena y contesto de inmediato, que todos vean lo eficiente que soy.

—Ahora mismo —le digo cuando me ha dicho que entre.

—Cierra la puerta, por favor. Toma asiento. Voy a dictarte una nota.

Lo vi como el inicio de una película pornográfica; “La secretaria cachonda”, o alguna nacada de éstas. Iría a sentarme en sus piernas y le acariciaría el pelo mientras él trata de concentrarse, tratando de parecer profesional, pero yo estaría tan caliente, que en menos de dos minutos ya estaría haciéndole sexo oral. Me detuve de inmediato en la fantasía. Eso se lo dejo a las chicas de plata que salen todos los días con hombres ordinarios, y no es que el ingeniero Fernández no sea ordinario, pero por lo que ha pagado por tenerme dos días, en realidad veinte horas, no creo que se conforme con escenitas vulgares.

Me siento en el sofá frente a él y lo miro directamente, con una sonrisa apenas perceptible. Lo derrito y no quiere aparentar.

—Tome nota. Querida señorita Sorrento, dos puntos.

—Ingeniero, disculpe que lo interrumpa, pero si la nota está dirigida para Clementina Sorrento, debería comenzar con algo más informal.

—Tiene razón, señorita. Entonces escriba esto: Hermosa Clementina, dos puntos y aparte. Te ves arrebatadora esta mañana, punto y aparte. Desde que te vi no he dejado de fantasear con tu cuerpo. Me muero por tenerte desnuda arriba de mi escritorio. Ya siento en mi lengua la punta de tus pezones, punto y aparte. Cuando todos se hayan ido no estaré en mi oficina, quiero que entres y me esperes acostada en el escritorio, lista para que te penetre.

—¿Es todo, ingeniero? —le pregunto con la voz cortada, es increíble que me haya excitado tanto con sus vulgaridades.

—Es todo. Por favor asegúrese de que la reciba.

—Lo haré, ingeniero. Con permiso.

No pude aguantar. Fui al baño para secarme, pero terminé tocándome un poquito, no faltó que hiciera mucho para tener un orgasmo.

Salí del baño con las mejillas encendidas. Fui directo a la oficina donde estaría comenzando la reunión de ejecutivos.

En la sala de reuniones no estaba Mario Vallerte, pronto acepté que no

llegaría. Todas las sillas se ocuparon.

El último en llegar fue el ingeniero Fernández. Me levanté para recibirlo y a él le encantó el detalle. Me sonrió contentísimo y me sostuvo la silla para que me sentara junto a él.

No sé de qué se trató la junta. Me la pasé todo el tiempo coqueteando con los otros ingenieros. Fernández lo notó y se sonreía. Era como si frente a ellos hubiera puesto una bandera en mi cuerpo, algo así como “ya ves que viene conmigo, qué le vas a hacer”, “te está sonriendo, pero quien va a terminar con ella soy yo”.

Al principio me dio miedo asistir a esta cita con el ingeniero Fernández. Pensé que quedaría demasiado expuesta. Estaría rodeada de gente ordinaria, haciendo un papel de persona ordinaria, siendo menos ordinaria, algo así como un día rutinario en mi trabajo, pero sin la máscara que tiene que cubrir mi identidad secreta, de hecho, aquí, tenía que hacer lo contrario, tenía que ser tan descarada que los demás se preguntaran quién es esta mujer que trajo el ingeniero Fernández y por qué les coquetea a todos de esta manera. Después comencé a sentir el peligro de mi libertad, y fue esa ansiedad la que me empujó a dar lo mejor de mi coquetería. Esa sensación de estar expuesta al peligro del reconocimiento, porque yo de sus mentes no saldré nunca, fue lo que me ató a esta representación. Eso y los muchos miles de pesos que ya me depositó la agencia a mi cuenta.

Salimos de la reunión directamente a comer. El ingeniero Fernández me ha invitado a su restaurante favorito y para mi desilusión se ha sabido comportar.

Lo vi tan excitado esta mañana, que pensé que no soportaría su deseo por mí y me llevaría al baño del restaurante para un desahogo rápido, pero no sucedió. Comprendo que es porque alguien podría vernos y lo denunciaría con sus conocidos, o sea su esposa. Pero no importa. De aquí a las seis sólo faltan tres horas y ya tengo un plan para volarle la cabeza.

Cuando se ha ido la última asistente entro a la oficina del ingeniero Fernández.

Acomodé todo para que nada se interpusiera en el camino y me senté en su silla a esperarlo. Me retoqué el maquillaje, me solté el cabello y me desabotoné los botones superiores de mi blusa. Estiré los brazos y como vi que el saco limitaba mis movimientos me lo quité y lo colgué del perchero.

Llegó a las seis cuarenta. Abrió las puertas, desilusionado cuando no me

vio desnuda sobre el escritorio, no sabía que quería entretenerlo de otra manera. Dio dos pasos y volteó a cerrar la puerta. Quiso decir algo, pero lo callé con mi presencia. Me puse de pie y lo seguí con la mirada mientras se acercaba a mí. Abrí la boca ahogando un gemido de placer que todavía no sentía, pero combinando el gesto con una sonrisa hice que diera pasos más largos. Fui doblándome lentamente sobre su escritorio, tendiendo mis pechos sobre la madera brillante. Se sentó delante de mí y me miró por un rato moviéndome provocadoramente. Me sujeté con las manos a las orillas del escritorio y solté un gemido intenso.

Cuando se levantó le miré la erección sobre el pantalón. Se puso detrás de mí y me subió la falda. Cuando vio el ligero sentí su respiración en la espalda. Yo no volteaba a mirarlo. Como si estuviera atada lo esperaba. Me bajó la falda hasta los tobillos y yo la lancé lejos con un pie. Me acarició todo el largo de mis piernas, sintiendo la suave tela de mis medias. Arbitrariamente pasaba uno de sus dedos sobre mi vagina y yo sentía que me iba a derretir en su piso. No podía estar más mojada. Me tomó por los pechos y me hizo erguirme. Me desabotonó la blusa y la arrojó cerca de mi falda. Me giró y lamió largo rato mis pezones, sin quitarme el brasier. Cuando ya no pudo más, me volvió a girar y me pidió que pusiera las manos donde las tenía antes. Lo hice para sentir cómo me ajustaba las medias entre las piernas. Me hizo los calzones a un lado y sujetándose de los ligeros me penetró con brusquedad.

Arremetía contra mí. Aguanté su peso hasta que tuve un orgasmo. No fue tan placentero debajo de su cuerpo expectante. Sabía que yo estaba teniendo un orgasmo y quiso detenerse a besarme la espalda.

Me puso las manos sobre el escritorio, quedando mi torso despejado, y volvió a lo suyo mientras me masajeaba los pechos. Después una de sus manos fue directo a manipularme el clítoris y no tardé en tener otro orgasmo. Pero su insistente movimiento resultó contraproducente. Me quedé seca. Comencé a sentir la incomodidad de la sensibilidad de la carne que se ha frotado mucho y estuve por decírselo, pero cuando lo alcancé con la mano para que fuera su instinto detenerse, lo acaricié un par de segundos y luego llevé la misma mano a mis nalgas y le imprimí más fuerza a mis movimientos. Terminó en seguida. Gruñó, se retorció, todo el aire del mundo salió de sus pulmones, después se rio, y comenzó a gemir otra vez, como si estuviera delirando. Todavía estaba dentro de mí. Sentí el calor de su semen detrás de la barrera de látex. Como no se salía de mi cuerpo me incorporé lentamente para tocar su pecho con mi espalda, para que oliera mi cabello una vez más y nunca se le olvidara aquel

perfume.

Llevé mi mano a la base de su pene y lo saqué de mi cuerpo. Lo apretujé un momento y después le ayudé a sacarse el condón.

Se desplomó sobre su silla y sentí que se fundía con la tierra.

—Ya sabía que valías cada centavo que pagué. Ese bastardo de Vallerte quería tenerte para él solo, ¿no?

—No lo sé. Sólo me importa que usted disfrute de mi compañía.

—¡Que si no lo he disfrutado! ¡Clementina! ¡Estás como para ponerte un altar! Y todavía vas a estar conmigo un día más.

—Pero ahora debo irme a mi casa. Mi horario ha terminado.

—Te pagaré horas extra. Ven a cenar conmigo.

—No lo sé. La agencia me prohíbe hacer tratos extraoficiales.

—¡Que se jodan! ¡Montiel no es tu dueño!

—¿Quiere serlo usted, ingeniero Fernández? —le pregunto bañada en la fuente inagotable de la coquetería femenina.

—¡Qué más quisiera! ¡Todo te lo daría! Pero me conformo con que vayas a cenar conmigo.

—No sé si pueda.

—Mira. Sólo vamos a cenar. Como amigos. Te prometo que no será nada sexual. Soy un hombre perezoso, ¿sabes? Ahora estaría dormido sino fuera porque tengo hambre. ¿Qué dices? Vamos a cenar y te doy otros dos mil, sin que lo sepa la agencia.

—También tengo hambre. No tiene que gastar su dinero en una cena entre amigos.

—¡No me conoces, Clementina! Te daré el dinero ahora.

—No. En verdad. No es necesario.

—No es necesario, pero voy a considerar una ofensa que no lo tomes.

—Si lo tomo, yo pago la cena.

—¡Hasta crees! Seré un hombre corriente, pero sigo siendo un caballero.

La cena fue agradable, su compañía adecuada y la comida suficiente.

Me dijo que Mario Vallerte casi nunca va a las oficinas, que todo lo manejan sus empleados, entre ellos, él, que no dejaba de mostrarse orgulloso del placer banal de tener a su lado a una mujer como yo. Me hizo reír como cualquier hombre puede hacerlo. En general la pasé bien. Cuando nos despedimos hizo énfasis en que mañana también tenía que ir a trabajar para él como su asistente.

Por primera vez desde que lo conozco lo vi dudoso de hablar.

—¿Está todo bien, ingeniero Fernández?

—Ya te dije que me digas Eduardo. Lo que pasa es que me la he pasado muy bien contigo. Estaba pensando en cuánto me durarían mis ahorros si te contratara de planta en la oficina con tu sueldo actual.

—¿Y no le alcanza? —le pregunto con una sonrisa, sé que quiere bromear.

—¡Deja eso! Es peor. ¡Recordé que no tengo ahorros!

Le doy un abrazo al despedirnos frente al automóvil donde me esperaba Daniel para llevarme a mi casa. Le doy un beso en la mejilla, nunca mostró interés por besarme la boca.

Espera en la acera hasta que el carro de Daniel se aleja por la calle. Vólteo a corresponder su mirada una calle adelante, pero ya no lo veo.

Cuando miro a Daniel me dice que un regalo me fue enviado a la agencia. No es el primero. Por lo general recibo uno o dos por semana, todos de algún cliente con el que estuve el fin de semana anterior. Los hacen llegar a la agencia y me los dan cuando los liberan. Dice Daniel que los revisan para asegurarse de que mi salud e integridad no corran peligro. Le pregunté aquel día si los abrían todos, y me dijo que sí, que estaba en el contrato. No me sorprendería que tuvieran cámaras de seguridad en este mismo carro y hasta en los baños de la agencia.

No he abierto ninguno de los paquetes que me envían. Todos llegan con una nota melosa, agradecimientos y declaraciones de amor. Unas que se sienten muy honestas. Todas las notas vienen firmadas, y las que no, la agencia no me da el paquete, lo devuelve al dueño y le pide que si desea que yo lo reciba salga del anonimato. No los abro porque no me interesa saber lo que traen, y porque ninguno de los que me han mandado esos regalos me ha vuelto a contratar, o sea que son de parte de algún cliente con quien hice promoción.

Veo la nota y le sonrío a mi propio corazón.

Para Clementina. De Juan Manuel Ávila. Clementina, gracias por el momento del otro día. Nunca pensé que volvería a tener intimidad como la que tuvimos la otra tarde. No tuve tiempo para disculparme por mi mal humor. Me arrepiento de haber perdido tanto tiempo tratando de alejarte con mi indiferencia. Espero verte pronto.

Abrí la pequeña caja y me encontré con una cadenita de platino a un lado de un dije de jade con la forma de un cuarto de luna. Evidentemente formado por casualidad y caprichos del mineral.

—¿Crees que sea de verdad? —me pregunta Daniel mirándome por el retrovisor.

—Viene de un hombre que es muy real, así que esto también debe serlo.

Doblamos en la esquina y nos atoramos en el tráfico de siempre en esta avenida, a estas horas de la noche.

Privado y exclusivo.

Iba en camino a la oficina, la del ingeniero Fernández, no la mía, cuando mi teléfono vibró sobre el asiento del pasajero. Me hice a un lado y estacioné. Estudié el número que me solicitaba y dejé que terminara de vibrar.

Por alguna razón sabía que eran malas noticias.

Me había levantado de mal humor.

Volvió el timbre que encendió mi celular y ahora sí lo tomé, segura de que ya sabía quién era. Me equivocaba.

— *Clementine, Clementine, i need your help.*

Escuché la voz y me deshice del celular. Eché el pie al acelerador y me integré en el tráfico.

Todavía alcanzaba a escuchar la voz de Kevin tronando el auricular. *Clementine, are you there?*

Sí, aquí estoy. Pero no sé por cuánto tiempo, ni en qué disposición.

Me detuvo el rojo del semáforo y me sentí miserable por negarme a ayudar al que desde la semana pasada estoy supuesta a hacerlo. Pero es que no me siento cómoda estando con él. Kevin. Kevin de visita, o buscando asilo. Es evidente que mi problema no es con él, sino con mis padres. Abrirle mi persona a mi hermano recién aparecido es abrirles la puerta del perdón a ellos, y hasta ese momento no tenía ganas de hacerlo.

Después pensé que podría ser algo no relacionado con él. Se está quedando en casa de Rodolfo. Podría haberle pasado algo a él o a Laura.

Volví a estacionar a un lado de la calle y marqué el número. De inmediato me contestaron.

—¿Clementina? ¿Clementina eres tú?

—¿Qué está pasando, Kevin?

—Tengo problemas con unos hombres. No me dejan salir de aquí. Dicen que les debo dinero. Me tienen amenazado.

—¿Qué hiciste?

—Ven a ayudarme, Clementina. Por favor. Estoy en la calle Fuentes, número 416. En la colonia Libertad.

—Sé dónde es. Espérame ahí —le digo estúpidamente, como si me hubiera dicho que tiene opción.

Llamé al teléfono de la oficina para ver si había llegado ya el ingeniero Fernández. Nadie contestó. Me atreví a usar mi contacto de diamante, lo llamé directo a su celular. Me contestó de inmediato.

—Hola, ingeniero Fernández, buenos días.

—Clementina, buenos días.

—Ingeniero, debo solucionar un problema que me ha tomado por sorpresa.

No llegaré temprano a la oficina.

—Lo dices como si realmente trabajaras ahí.

—Tengo un compromiso con usted.

—Sí, pero de otra índole. No tienes que pedirme permiso.

—Si le parece bien, lo veré más tarde.

—¡Claro! Vuelve cuando hayas solucionado todo.

De inmediato di vuelta y me dirigí adonde estaba Kevin.

¿Sería posible que lo estuvieran asaltando, a estas horas de la mañana?
¿Secuestro?

Mientras conducía me crecía la necesidad de vomitar, o no tanto, sólo de respirar aire fresco. De verdad sentí temor por su seguridad.

Bajé la ventanilla y dejé que la humedad fría de la mañana me transportara a otros pensamientos. Bastó el frío para hacerme recordar la época en la que me iba a la preparatoria caminando todas las mañanas. Lo hacía por gusto. Cuatro kilómetros y medio, o un poco más. Siempre me sentía inmensamente feliz respirando ese frío, imaginando que mis mejillas se veían llenas de vida cuando se enrojecían a causa de la humedad congelada. Sentía que hacia un esfuerzo poco común, innecesario, es verdad, pues bien podía tomar el bus que me acercaría lo suficiente para sólo tener que caminar una cuadra, pero yo no quería eso, yo quería el esfuerzo.

De inmediato acoplé las emociones del pasado con las del presente. ¿Qué sacrificio tendría que hacer hoy para lograr que las cosas se equilibraran? ¿Qué se equilibraba cuando me iba caminando a la prepa? No lo sé, o no estoy segura. Sólo recuerdo que me sentía mejor cuando lo hacía. Algo debía ajustarse. Debió ser así.

Llegué al lugar y estacioné frente a la puerta de entrada. Me detuve un momento a comprobar la dirección. No me dio mucho tiempo antes de que un hombre corpulento y bien vestido se acercara al auto por mi lado y se sujetara del espejo.

—Buenos días, creo que mi hermano está aquí. Ha de ser un malentendido porque...

—Baje del vehículo, señora.

Me dio miedo, pero no pasé por alto el que me haya dicho señora.

Me abrió la puerta y llamó a un muchacho para que se llevara el carro. Me bajé y esperé hasta ver que el muchacho llevaba mi automóvil al estacionamiento de la esquina.

El hombre me tomó del brazo y me llevó hasta la puerta. Tocó tres veces con los nudillos y se abrió una pequeña ventana. ¡Justo como en las películas! No le pidieron la contraseña para entrar, sólo las razones por las cuales quería que abrieran.

—Viene a arreglar el problema —le dijo el hombre al de la ventanilla tratando de alzarme del brazo para que el otro pudiera verme.

Se abrió la puerta y ni siquiera entramos cuando ya sabía lo que era. Un *table dance*. ¡Un maldito antro de desnudistas!

De inmediato vi a Kevin sentado en una mesa frente a la pista principal. Se levantó en cuanto me vio, pero un gorila con traje lo tomó del hombro y lo volvió a sentar.

El local estaba vacío, pero la música seguía moviendo las paredes.

—¡Kevin, qué carajos! —el remix de *Music* de Madonna me obligaba a gritar.

—No sé —me gritó de vuelta Kevin.

Un hombre se acercó a mí y me dijo al oído que debía esperar al contador.

Después de un rato tomé asiento con cierta precaución. Lo más cercano a un cine porno en mi mente es un club de desnudistas. Me imagino los asientos llenos de “fluidos”, y yo con mi pantalón de diseñador.

Después de unos quince minutos la música bajó de volumen, y después de otros diez, paró por completo.

De un cuarto bien iluminado salió un hombre común. Se nos acercó y se quedó de pie frente a nosotros. Me imaginé que hacía cálculos con la mente.

—Este hombre nos debe doce mil pesos y se niega a pagar —dice el contador al aire, como si le dijera a Kevin, como si les dijera a sus matones, pero no como si me lo dijera a mí. Seguro sentía la misma vergüenza que yo sentía por Kevin—. Esta es la cuenta.

Me la tendió en las manos. La revisé superficialmente. Entendí el cargo por varias botellas costosas de alcohol. El hombre debió interpretar mi confusión. Se sentó junto a mí y me explicó cada uno de los cargos.

Kevin había solicitado numerosos bailes privados, y se había hecho de la compañía de dos chicas que se sentaron en su mesa toda la noche. Además de las botellas, también había pedido bebidas de la barra.

Levanté la cabeza y miré a Kevin. En mis ojos no había furia ni descontrol.

Ni siquiera lástima. Simplemente lo miré y él bajo la mirada.

—No tengo esta cantidad conmigo.

—Hay un cajero en aquella esquina, a un lado de la barra.

—No guardo mi dinero en ningún banco —le digo al hombre en tono bajo. Por alguna razón me da vergüenza aceptar que tengo el dinero para pagar y que necesito ir por él.

—No hay problema. Aquí la esperamos —le puso la mano en el hombro a Kevin.

—¿Puedo hablar con él?

—Por supuesto.

Les indicó a sus hombres que nos dejaran solos y se apartaron unos metros hacia la puerta. Me levanté y caminé hasta donde estaba Kevin. Tardó un rato en levantar la mirada. Por fin me miró y me senté a su lado.

—Sólo había venido a ver.

—Kevin, esta no es la cuenta de un hombre que sólo viene a ver. ¿Al menos traías algo de dinero?

—Algunos *singles* para las *strippers* y cambio para unas cervezas.

—Aquí no te alcanza con unos “*singles*” para tomar alcohol. Aunque es evidente que no es lo único que querías.

—Se me fue de las manos. Lo sé.

—¿No te diste cuenta de que no ibas a poder pagar?

—Me emborracharon muy rápido; unas mujeres me traían trago tras trago. Después las botellas. Creo que ni siquiera las bebí yo. Ya no supe qué estaba pasando.

Me sentía fatal de tener que ser yo la que lo reprendiera. No era agradable saber que cualquiera podría señalarme y culparme por pecados no menos graves. ¿Dije pecados? Dejémoslo así.

Levanté la cabeza y suspiré. De pronto me sentía en control. Pensé un momento en la estafa en la que habían hecho caer a mi hermano, y me emocioné al pensar que sí, era mi hermano.

Pude imaginar la comisión que se llevarían las mujeres que le encasquetaron esta cuenta, cómo están entrenadas para embaucar a los hombres y bajarles el alcohol por la garganta a cualquier precio. Derrochar más alcohol, no importa que termine en el piso, quien lo paga es el cliente. Yo sé mucho de clientes. Me dio un escalofrío pensar en los retorcidos tratos que hay en el negocio del entretenimiento para adultos. Pensé en cómo yo nunca he tratado de estafar a nadie. Recordé que traía en la bolsa los dos mil pesos que

ayer el ingeniero Fernández me dio por acompañarlo a cenar. Me sentí una piruja asquerosa como las que aquí han de infectar el lugar en las noches con sus malos tratos y su maquillaje barato, haciendo que los hombres gasten lo que no tienen. A la mañana siguiente podrán algunos llamar a su hermana para que los saquen del problema.

No había solución. Tenía que ayudarlo.

Busqué en mi bolsa el dinero y cuando lo encontré me dirigí hacia el contador. ¿Será realmente un contador?

—Son dos mil pesos, pero puedo traer lo demás en un momento. Déjeme llevármelo a casa.

—Imposible. Su esposo debe quedarse aquí hasta que la cuenta sea liquidada.

—No pretendemos robarle. Lo llevaré a casa y volveré inmediatamente con el resto del dinero.

—No es que no confíe en usted. Las reglas son las reglas.

—Pero no confía en mí.

Me di la media vuelta y miré directamente a Kevin sentado, con los codos en las rodillas, la mirada desaparecida en el suelo. Me dio ternura y me odié por ello.

Me acerqué lentamente y me agaché para pasarle la mano por los hombros. Levantó la mirada y me sonrió con desgana. Sabía que se moría de la vergüenza.

—¿Te golpearon, Kevin? —le pregunté como si fuera lo primero que le hubiera dicho desde que llegué.

—No. Pero...

—¿Qué?

—No me dejaron ir al baño. Me oriné en los pantalones.

—No pasa nada.

—Dos veces.

Mejor me quedé callada un momento. Me senté junto a él y le recargué mi cabeza en su hombro.

—No te van a dejar salir hasta que traiga el dinero.

—No se lo digas a Laura, ni a Rodolfo, por favor, Clementina.

—No te preocupes, no lo sabrán. Yo puedo pagar la deuda. Pero tendré que ir hasta mi casa por el dinero. Y debo pasar a casa de mis padres para traerte algo de ropa.

—No. No lo hagas. Van a preguntar.

—Ahora vuelvo.

Me levanté y salí del lugar. ¡Nunca había necesitado así del aire fresco!

Fuera estaba el contador, fumando un cigarro.

Pasé a su lado y sin dejar de caminar volteé la cabeza y le dije:

—¿Al menos pueden darle agua?

Mi carro ya estaba esperándome.

Llegué a mi departamento y me encontré con Dubái y Vruno en las escaleras. Me dio los buenos días y yo quise golpearlo en la cara. No estaba de ánimos para nadie.

Por un momento tuve miedo de no tener el dinero. ¿A quién iba a recurrir si no lo tenía completo? Pero para mi sorpresa ni todo el maquillaje, ni toda la ropa, ni todos los perfumes, ni todas las joyas, habían drenado mis “ahorros”.

Tomé lo suficiente y volví a guardar la caja en mi ropero. Ya no quedaba mucho más en ella.

Volví al bar de mala etiqueta y entré sin pedir permiso a nadie. Kevin estaba en una mesa diferente, al fondo, en la oscuridad. Las sillas estaban arriba de las mesas y un hombre pasaba el trapeador por el piso. Ya no había luces encendidas, toda la claridad la aportaba el sol que entraba por las altas ventanas, si a eso se le podía llamar ventanas.

Fui con Kevin y me senté frente a él. Había pensado en el camino que ya había sido demasiado para él tener que llamar a su desconocida hermana para pedir ayuda, sería todavía más humillante que yo pagaré su deuda.

Estaba bebiendo su segunda botella de agua. Me miró un poco más suelto de su humillación. Le pasé la mano por el cabello y le quité unas pelusas de su camisa. Creo que eran hebras de pelucas. ¡Qué horror!

Le di el dinero sin decir nada. Sorbió del final de la botella mientras bajaba los ojos para ver el dinero en mis manos. Suspiró al pasar el último trago de agua y me miró directo a los ojos.

—Vámonos. Quiero salir de aquí —le dije.

Tomó el dinero y fue hasta el cuartito del contador. Golpeó la puerta y salió el hombre a recibirlo. Cuando Kevin dio un paso para entrar, el contador lo detuvo y le recibió el dinero ahí mismo. Le dio su ticket y se despidió como si todo fuera normal. Supongo que este tipo de cosas es cualquier situación en un lugar como éste.

Volvió Kevin a mi lado, con la mirada derrotada y el cuerpo cansado. Sin necesitarla, le pedí su mano para ponerme de pie. Me la dio al instante. Cuando íbamos caminando hacia la salida me colgué de su brazo, tratando de

contagiarlo de la seguridad que no había flaqueado en mi cuerpo. Él alcanzó a tomar un poco de ella.

Subimos al carro y, sólo por precaución, o porque puedo ser un poco paranoica, me perdí a propósito en las calles de la colonia antes de salir a la avenida principal. Quería asegurarme que nadie nos seguía.

Por alguna razón creía en ese momento que pagar miles de pesos por perfumes y sales de baño era completamente normal, pero por gastarlos en un bar de desnudistas nos iban a seguir hasta nuestra casa.

Pasamos por algunas tiendas de ropa barata. El olor a orina en los pantalones de Kevin se hizo evidente de golpe. A pesar de que no me molestaba pude ver que se avergonzaba hasta hacerlo bajar la mirada.

—¿Te sobró algo de dinero?

Exagerando la velocidad de sus movimientos, como si se excusara por no haberme entregado el dinero antes, me dio algunos billetes y monedas. Estacioné en una calle solitaria y salí del carro. Volví con unos pantalones de mezclilla y unos pants, calcetines nuevos y unas sandalias.

—Tuve que adivinar tu talla. No es difícil medirte la cintura, estás hecho un palo. Pero la verdad es que nunca puse atención a tus pies.

—No tenías por qué hacerlo. No te preocupes más por mí. No lo merezco.

—Cometiste un error. ¿A quién ibas a pedirle ayuda?

— *Thanks* —me dijo a secas, amargado por los golpes en su orgullo.

Bajó del carro y se quitó los pantalones, ahí mismo, en medio de la calle. Tiró también su ropa interior y se subió de prisa los nuevos *jeans*. Se descalzó y se puso las enormes sandalias. Subió al carro y miró al frente.

—¿Piensas dejar ahí tu ropa?

Respiró con fuerza y meneó la cabeza, como si eso fuera respuesta suficiente. Volvió a bajar del carro y enrolló todo en sus viejos pantalones. Caminó media cuadra hasta un bote de basura y hundió todo el bulto con el brazo, hasta el fondo del tacho, enterrando su vergüenza.

Llegamos a casa de mis padres pasado el mediodía. El tráfico había sido tan lento, a causa de un accidente, que Kevin alcanzó a dormir una buena siesta. Cuando despertó se alarmó cuando vio que estábamos fuera de la casa de Rodolfo.

—No quiero entrar ahí. No quiero que me vean así.

—¿Cómo?

— *Like this* —se llevó las manos a todo el cuerpo.

Metí primera y arranqué de nuevo. Un rato después estábamos subiendo las

escaleras de mi departamento.

—Puedes bañarte, si quieres —le dije cerrando la puerta detrás de nosotros. Pero hazlo rápido, vamos a desayunar.

Dio una vuelta a la sala. Miró mis fotografías, leyó mis diplomas, acomodó mis figuritas encima de la mesa de centro y me miró al final.

—Tienes una buena vida, Clementina —me dijo sosteniendo una fotografía donde estoy con Rodolfo en la orilla del mar.

—No tan buena como la que tú te diste anoche.

—*I'm sorry about that.*

—No te disculpes. Apúrate a bañarte y vamos a desayunar.

Lo esperé sentada en la sala. Miraba las mismas fotografías a las que él les había puesto atención, preguntándome si sólo esos recuerdos impresos bastaban para asegurar que había tenido la vida que él se imagina.

De inmediato me puse a imaginar la vida que a él le había tocado vivir.

Renacer en un pato.

Nos sentamos en una mesa de una fonda, cerca del centro comercial. Había más personas haciendo fila para ordenar.

Le dije a Kevin que esperara y me ordenara lo mismo que él.

Salí a llamar al ingeniero Fernández, pero no contestó. Subí al carro y lo llevé a que lo lavaran. El asiento del pasajero había quedado impregnado con el olor de la orina y no quise que Kevin supiera que lo llevaría a lavar para que no abonara a su vergüenza.

Sufrió detener un taxi. El conductor me hizo mal gesto cuando le dije que quería volver a la plaza, en una calle cercana. Me dejó a un lado de la fonda y le pagué con un billete cerrado. Le pedí que se quedara con el cambio.

Cuando encontré a Kevin en una de las mesas ya estaban poniendo nuestros platos en su lugar.

Huevos con jamón, frijoles fritos, chilaquiles y tostadas, con una inmensa taza de café.

—Sabes muy diferente a los huevos que preparan allá —me dijo.

—¿Diferentes bien o diferentes mal?

—Muy ricos. En cualquier lugar donde los comas aquí siempre saben a hechos en casa.

No dijimos más mientras comíamos.

La mañana había quedado atrás, el sol se había colgado de la mitad del cielo, despejando las nubes que por la mañana todavía le estorbaban el paso. De la distancia nos llegaban los murmullos de las llantas de los carros que recorrían la avenida.

—Mamá se hubiera enojado conmigo. También contigo.

Quise decirle que no me dijera esas cosas. Que saberlas no me haría ningún bien, y que no me sentía lista para incurrir en una vida que no me había pertenecido.

—¿Conmigo también? —dije sin ganas.

—Sobre todo contigo.

Le hice un gesto de incredulidad. Dijo que él era un niño cuando murió mamá. ¿Cómo sabría lo que ella pensaría de todo esto?

—Creo que estás pensando en Samuel —le dije para que no siguiera arruinando su historia.

—¿No te sientes cómoda diciéndole papá?

—No. En realidad nunca lo fue.

— *I see. I'm not talkin' about Lili, anyway.*

—¿De quién hablas entonces?

— *Alice* . Después de que Liliana murió, *Alice* fue quien me cuidó y me educó.

—¿Samuel se volvió a casar?

—No. No estaban casados. *They were together just for the good of love.*

— *Is that so?* —le contesté con el idioma universal de la ironía. Supongo que lo notó porque se acomodó en su silla y me miró fijamente sin borrar del todo la sonrisa.

—Sé que ha de ser difícil para ti aceptar la verdad así, pero yo creo...

—Háblame más de Samuel —le interrumpí.

—Era un buen hombre. Era un buen padre.

—Cuéntame uno de sus secretos —no sé si buscaba hacerle daño con mi postura mal habida, o si de verdad quería empujarme a mí misma a ese sumidero desconocido.

—No recuerdo ninguno en este momento. Recuerdo cuando fui a la escuela, el primer día de clases. *Alice* decía que los niños en la escuela me molestarían por mi *latin look* , y papá decía que tendría que arreglármelas solo. *Alice* quería que papá me diera consejos sobre cómo pelear. Creo que papá no sabía nada acerca de peleas. *That's a secret, i guess.*

Me lo imaginé a esa edad, la misma que yo tuve alguna vez. Me vi a su lado, tomándole la mano en su primer día de escuela, tratando de darle la seguridad que le di hace un momento cuando lo saqué del bar de desnudistas. Me vi tan claramente peinándole el cabello, sonriéndole, dándole algunos nortes sobre dónde estaban los baños, o dónde estaba mi salón de clases, hasta cómo hacer amigos para que no estuviera solo. No pude más que enternecerme. Mis ojos se murieron en la tristeza de saber que siempre había tenido un hermano, y nunca lo tuve en realidad.

Pensé por un momento que este había sido el mejor de los comienzos para nosotros. Quizás no el más decoroso, ni el que le contaríamos a nuestros hijos algún día durante su niñez, pero era el equivalente a una gran memoria que por causas del distanciamiento no habíamos podido culminar.

—Me dijiste que Samuel era un alcohólico.

—Ocasional, era un borracho ocasional.

—¿Con ocasional te refieres a todos los días?

—En verdad no bebía todos los días. Debes creerme. Cuando bebía no era un hombre violento. Te miraba con sus ojos borrachos y sabías que no debías

moverlo de su lugar, pero eso era todo. Su mirada nunca dejaba de ser la de un padre que se preocupa por sus hijos.

—No creo que se haya preocupado mucho por mí.

—Se preocupaba. Me hablaba de ti y me mostraba la única foto que teníamos.

Abre su mochila y saca el retrato de Liliana, lo pone en la mesa como si fuera cualquier cosa, pero yo sabía que quería que lo tomara por mi cuenta. Lo hice. Tomé la fotografía y la miré hasta que mis ojos oscurecieron y ya no pude ver más que detalles insignificantes del conjunto total del retrato.

Me hundí en la molestia, desaparecí en la envidia que de pronto le tenía a Kevin. En mi mente no cabía la posibilidad de que él tampoco la hubiera conocido. Pensé, me obligaba a pensar, que me estaba mintiendo. Que la tal *Alice* era en realidad Liliana. Me convencía de que cada vez que decía mamá, no se refería al recuerdo volátil de una desconocida, sino a la sólida presencia de nuestra madre, que había salido con vida del accidente y que nunca me lo dijeron.

Me mostró una fotografía y juró que era yo, a unos días de haber nacido. Por su puesto yo no tenía ninguna certeza de que fuera real.

—No tengo ninguna foto de cuando era bebé. Rodolfo tiene en sus cosas la primera foto que me tomaron, pero es de mi cumpleaños número cuatro. No tengo pasado antes de eso.

— *Now you have it.*

Tomé la foto y la estudié con detenimiento. Detrás de mi cuna estaba un hombre y una mujer. Ella era Liliana. Ahora podría reconocerla en todos lados. Supongo que él era Samuel. Tardé un momento en reaccionar, a pesar de que la duda me consumía por dentro, no quería mostrarme desesperada.

—Estás con nuestros padres —me dijo, confirmándolo todo.

—Nunca había visto a Samuel.

Era verdad. Nunca pregunté por él, y no estoy segura de que Rodolfo y Laura tuvieran alguna fotografía para mostrarme.

Era un hombre de apariencia común. En su cara los ya mencionados ojos borrachos, barba de tres días, musculoso pero subido de peso, pelo al ras, sonrisa forzada. No sentí afinidad con él.

Le devolví la foto después de mirarme frágil, acostada en mi cuna. No tuve la sensación de memoria recuperada cuando te ves en una fotografía. Fue como mirar a través de una ventana con vidrios empañados.

Quise mirar otra vez el rostro de mamá... Es la primera vez que pienso en

ella de esa manera. Lo sentí y me dolió. Había desperdiciado mi tiempo pensando cosas malas de ellos. Había sido cortada de la foto familiar por mí misma, sabiendo que no habría más copias.

—¿Cómo era mamá? —le pregunté a Kevin sabiendo que no podría contestarme.

—¿Quieres ver la foto otra vez?

—No. Me refiero a ella, a lo que era, cómo era.

Kevin vio mi fragilidad, entendió las limitantes y se encogió de hombros. Por un momento pensé que se atrevería a inventar una historia sólo para complacer mi tristeza, pero sus ojos terminaron acompañando a los míos. Volvió a encoger los hombros y dijo:

—Debió ser una mujer increíble.

—Eso creo también —le contesté.

Después de aquel día, cada noche, sin saltarme ninguna, había pensado en Liliana. Trataba de recordar la fotografía, pero no podía.

En mi mente no se enmarcaba una imagen estática, en blanco y negro, con el perfil del rostro de mamá. La veía siempre de pie, en tono sepia, con uno de mis vestidos, descalza, meciendo el viento con las manos, y a cada movimiento de sus dedos se dibujaba un color diferente en el espacio que iba haciendo su mano en una habitación cualquiera. Los brazos volvían y se cristalizaba el viento. La veía con sus manos de plata, bailando lentamente al ritmo de ninguna canción, iluminada por los colores moldeados por sus dedos.

—Una vez papá se cayó del tejado de la casa. Estaba limpiando el barro de las canaletas y el gato del vecino lo asustó cuando apareció a su espalda. Se rompió un brazo y estuvo acostado en el sillón mirando lucha libre hasta que se recuperó.

Apenas lo dijo guardamos un silencio profundo. Fue tan intenso que no tardó nada en encontrar el fondo de sí mismo y cuando llegó de vuelta a nosotros lo transformamos en risas. Nos reímos tan fuerte que la gente volteaba a mirarnos. No sé de qué nos reíamos. Tal vez de la ironía, ahora que había muerto por una caída.

Del fondo de mi pecho venía andando la tristeza, y mientras menos fuerte era nuestra risa, más se escuchaba el eco de la desolación. Convertí mi risa en llanto. Instantáneamente cayeron de mis ojos un par de lágrimas.

—Está muerto —dije.

Los ojos de Kevin también estaban inundados. Me tomó de la mano y asintió con la cabeza.

Supe que, a pesar de haber hecho crecer una indiferencia dolorosa contra Liliana y Samuel, nunca me había permitido inventarme recuerdos sobre ellos.

Liliana murió y yo supe que era la hermana de Laura. No había más. Mi madre biológica no era más que una persona muerta.

Después mi padre. Sólo sabía que nunca trató de buscarme. Que se había separado de mamá. Cuando recordé esto sentí un chispazo en la cabeza. Pero todo pasó tan rápido que no pude concentrarme en lo que me había cortado los sentimientos.

El mundo comenzó a cantar su caos otra vez sobre mi cabeza, hacia entrar los sonidos por mis oídos, se había llevado mi pensamiento entre las cerdas de su escoba incómoda.

Le pedí a Kevin que se quedara conmigo toda la tarde. Nos movimos de un lado a otro en la ciudad. Él me hablaba de Samuel cuando íbamos por la carretera. Me hablaba de él mismo cuando encontrábamos un parque donde sentarnos a tomar agua. Me hablaba de los recuerdos que Samuel le contaba acerca de Liliana cuando caminábamos por las calles de una colonia tranquila.

Todo el tiempo me sentí dentro de él. Cada palabra, cada recuerdo, cada imagen que metía en mi cabeza era como una herida en su cuerpo que sangraba dentro del mío.

Para cuando se quedó callado, supimos que ya no éramos los mismos. Algo había cambiado. Tal vez no en él, pero seguramente en mí.

Me sentía tan mareada, tan amplia, tan hueca y sólida al mismo tiempo, que pude haber jurado en ese momento que todo lo que había contado Kevin yo lo había vivido con él. Sentía que tenía dos pasados. Los dos igualmente válidos.

Sentí miedo de declárame culpable de actos atroces en mi vida. Me sentí sucia, como cuando estaba con Juan Manuel. Sentí que no debería ser esa Clementina. No habría razón para ser ésa ahora que puedo ser otra.

El arrepentimiento me disfrutó como ningún hombre me ha disfrutado nunca. No pude saber de qué me estaba arrepintiendo. ¿De no haber sido nunca esa Clementina, la hija de Liliana y Samuel, hermana de Kevin? ¿O de siquiera contemplar la posibilidad de dejar de ser esta Clementina, hija de Rodolfo y Laura, dama de compañía y sanadora de sentimientos superficiales?

Entristecí.

Me desconecté de Kevin y él lo sintió. Me habló de conseguir trabajo para poder pagarme la deuda que ahora tenía conmigo. Le dije que no quería hablar de eso.

Subimos al carro y sin decir nada nos dejamos llevar al lugar donde por un

tiempo terminaría lo que tan bien había comenzado.

Entré con él a casa de mis padres.

No puedo explicar la mirada de emoción y resentimiento que Laura y Rodolfo nos dieron cuando nos vieron llegar juntos. Supongo que notaron que yo venía triste. No quise darles importancia a sus palabras. Porque eran palabras de aprobación. No estaba segura de haber hecho bien escuchando los recuerdos de Kevin.

Me senté un rato a ver televisión. Recostada en el pecho de Rodolfo trataba de hacerle espacio entre las cajas de memorias recién mudadas a mi mente. Me encontré cómoda en aquel desastre y me limité a no dejar de abrazarlo. Escuchaba el latido de su corazón, cómo la sangre iba y venía de todos los rincones de su cuerpo, y con cada palpitar se recobraba en mí la fuerza que había perdido en el transcurso del día, con cada estremecimiento de su corazón me desvanecía cada vez más de esos falsos recuerdos en los que me metí.

Suspiré y me levanté de golpe. Le di un enorme beso a mi padre y uno más pequeño a mi madre. Le mandé uno diminuto a Kevin por el viento y salí sin despedirme de nadie.

Con ganas de soñar.

Estaba por llegar a la oficina del ingeniero Fernández cuando sonó mi celular.

—Clementina, por fin me contestas.

—¿Qué pasa, Daniel? Estoy ocupada.

—¿Que qué pasa? No mucho. Sólo un detalle. Si la agencia se entera que sales a citas sin mí nos van a sancionar a los dos.

—No he salido a ninguna cita sin autorizar.

—Dijiste que podía confiar en ti. Ahora no sé dónde estás.

—Estoy en la oficina del ingeniero Fernández. No debes preocuparte.

—Está bien. Paso por ti en media hora.

—No. No aquí. Voy a salir hasta tarde con él. Yo te aviso dónde y a qué hora puedes pasar por mí.

—Voy a creerte una vez más, pero debo reportar esto a la agencia. Así ellos están conscientes de tus peticiones.

—Lo sé, Daniel. No me pidas permiso para hacer tu trabajo.

Entré en la oficina del ingeniero Fernández sin avisar. Estaba sentado detrás de su escritorio, muy serio. Mi llegada le tomó por sorpresa.

—¿Está listo para irse a su casa, ingeniero?

—Clementina. Pensé que ya no ibas a volver.

—No diga eso. Según sé, usted y yo todavía tenemos una cita pendiente.

—Tengo en mente un buen lugar.

Salimos inmediatamente a buscar ese lugar. En el camino me habló de la carga de trabajo, de presiones, de medio mundo redactado en papeles que ya no sabe dónde están. Yo le pasaba la mano por la pierna que más próxima tenía, como diciéndole: “Ahora te saco todo eso de la cabeza”.

Llegamos a un hotel pequeño, muy bonito, en medio de la nada en la orilla de la ciudad.

Un hombre salió de inmediato a tomar el carro del ingeniero Fernández y otro me sostuvo la puerta. Cuando entramos nos saludó un joven con mucha confianza. Supe que no era la primera vez que el ingeniero Fernández visitaba este lugar.

Esperé sentada frente a un ventanal que reflejaba el baile del agua de una fuente detrás de mí.

Cuando tuvimos nuestra habitación subimos al elevador. Le pasé una mano

por delante del pantalón, y noté que ya traía media erección.

En cuanto entramos al cuarto se abalanzó contra mi cuerpo y respiró de mi nuca. Elevé las manos y le tomé la cabeza.

—Extrañé verte en la oficina.

Solté un gemidito.

Me paré frente a la cama y lo llamé para que se me uniera. Lo senté en el colchón y le quité la camisa y los zapatos. Mientras se deshacía del cinto y se desabrochaba los pantalones, yo me quité mi ropa sin cuidado. Traía un conjunto de ropa interior bonito, pero no desquiciadamente sexi. Se puso de pie y en dos movimientos quedó desnudo.

Lo tomé de la mano y lo llevé conmigo a la regadera. Sin soltarle la mano abrí la llave del agua y esperé a que se templara. Lo hice rodearme la cintura con sus brazos y caminamos juntos a la cascada hirviendo.

No podía respirar. Él no dejaba de besarme la nuca.

Como un choque eléctrico me vino la idea de que mi maquillaje se habría corrido en mis ojos, tomé el jabón y me lavé apresuradamente. Tomé una esponja y me quité el resto de maquillaje. Cuando terminé con mi cara pasé la esponja por el pecho de él. Le gustó tanto que me sonrió todo el tiempo mientras “lo bañaba”, pero no creo haberlo hecho muy bien. Estaba temblorosa y excitada. Él también estaba excitado.

Torpemente le di la espalda una vez más y vacié media botella de champú sobre mi pelo. Se hizo la espuma de una carga de lavadora, pero al menos el olor era agradable.

En ese momento ya no aguantó más, o verme envuelta en espuma le contagió algo. Me tomó de la cintura con una mano, y con la otra me atrajo por el vientre hacia él. Me penetró muy despacio. Sentí la fricción característica que eso provoca cuando se hace en el agua.

Estando dentro de mí se detuvo. Su respiración era pesada, se sentía pensativo. Ya no había espuma, ya no había nada que nos estorbara. Comenzó a moverse lentamente. Yo ya no aguantaba y quise acelerar, pero él me detuvo. No quería que yo me moviera, así que no me moví.

Se alejó de mi cuerpo y entró en el chorro de agua. Yo me puse de cuclillas y le hice sexo oral por un rato.

Salimos del baño, desnudos y mojados. No me dejó tomar una toalla. Me llevó hasta la cama y acomodó mi cadera en el filo de las sábanas. Se hincó en el piso y comenzó a lamerme. Primero en la parte interna de las piernas, pero

casi de inmediato pasó a mi pubis. Estuvo largo rato peinando mi vello corto con su lengua. Lo sentía muy calmado. Pasó a mi clítoris y no subió ni bajó el ritmo. Me lamió por unos quince minutos, tranquilamente, como si estuviera tomando sus alimentos, como si estuviera bebiendo agua sagrada de un vaso costoso.

Tuve un orgasmo a la mitad del acto, y tuve que aguantar la intensidad de los nervios vivos, puesto que él no se detuvo cuando me escuchó gemir como posesa. Me las arreglé para calmar la sensibilidad, que yo sentía me había dejado la carne al rojo vivo, y lo dejé estar un rato más adorándome la vagina, rezándole directamente en la puerta del altar.

Cuando fue suficiente para él, se retiró haciendo un camino con sus labios húmedos desde mi ingle hasta mi rodilla. Me estremecí.

Se puso de pie y le dio una vuelta al cuarto. Supongo que para poner a funcionar las rodillas otra vez. Yo lo miraba directamente a los ojos mientras iba y venía.

Se acercó por fin y me tomó de las mejillas. Me acomodó de modo que mi cabeza quedará fuera del colchón y tuvo que bajar una rodilla para quedar a la altura de mi boca. Estaba por llevarlo hasta mi lengua cuando me detuvo. Me acarició el mentón y acercó mi cabeza a mi pecho.

Me lo hizo en el cuello. Me imaginaba cómo se vería todo aquello, pero más grande que la imagen que trataba de hacerme era la intensidad emocional con la que lo hacía.

Ponía fuerza, pero se sentía como una caricia. Como si mi quijada y mi oreja le rodearan el pene en un flujo de luz envuelta en seda.

Comencé a gemir cuando me sentí yo esa luz. Era todo real, mi interior estaba hecho de luz, mi piel era seda y el ingeniero Fernández estaba que se moría del placer haciéndomelo en el cuello.

Le gustó tanto el tono de mis gemiditos que pronto comenzó él mismo a quejarse. Pensé que eso era el verdadero sexo: un montón de sentimientos que se juntaban en un punto de la piel, y una vez ubicados, frotarlos contra la piel del otro.

Sentía tanta serenidad, ¡y sin dejar el cachondeo! Pero todo se acabó de golpe cuando el ingeniero Fernández eyaculó. Pensé que su semen llegaría hasta mi pecho, pero se escurrió por mi cuello hasta mi pelo. De inmediato pensé: ¿Por qué siempre tienen que arruinarlo? Pero volví a subir el escalón, pasé saliva y le sonreí mientras era cómplice de su rico orgasmo.

Sin esperar a nada fue al cuarto de baño y volvió con unos pañuelos. Me

los puso cerca de la mano y se sentó junto a mí a terminar de gemir mientras yo trataba de sacarme el semen del cabello.

¡Dios, hubiera preferido que me escupiera un chicle!

Se recostó, dejando los pies colgando a un lado de mí.

Las tensiones se relajaron y la sensación de lo divino se evaporó. Fue como si la habitación hubiera exhalado. Hasta comencé a sentir frío.

Me puse de pie y busqué en mi bolsa un *spray* que utilizo para evitar la humedad en el cabello. Quería que al menos, si lo íbamos a volver a hacer, no respirara el olor a cloro y huevo crudo estrellado en el fregadero directo de mi cabello.

Me dijo que no me fuera. Le dije que sólo iba a limpiarme. Me contestó que no le molestaba si lo hacía frente a él. No pude decirle que a mí sí me molestaría.

Volví a sentarme a su lado. Le acaricié las piernas y sentí cómo le temblaban.

Comenzó a hablar cuando me pasaba una toallita húmeda por el cuello.

—Cuando era niño tenía un pequeño árbol. Tú sabes, uno de esos que caben en un florero. Que son más pequeños incluso que una rosa —asentí con la cabeza—. Lo cuidaba como nunca en mi vida he cuidado otra cosa o ser vivo. Le daba agua todas las tardes y le acariciaba sus pequeñas hojas. Hablaba con él y hasta escuchábamos música juntos. Estaba convencido de que el maldito tenía sentimientos. ¿Sabes por qué? Porque un día lo dejé en el sol, se quedó toda la tarde debajo del intenso calor de un día cualquiera de mayo, y se quemó. Cuando lo vi, parcialmente marchito, o eso creía yo, lo inspeccioné desde la distancia. Lo vi por un largo rato pensando en lo mal que lo había hecho cuidándolo, y de repente lo vi moverse. Te lo juro. Dobló una de sus ramas como nosotros nos llevamos las manos a la cara para cubrirnos del sol. Me dio un temblor y me pasó un escalofrío por toda la espalda. Pero no me asusté. Corrí hacia él después del impacto que me dio y lo levanté del pasto. Lo había dejado en el jardín. Siempre lo había tenido en mi habitación. Cuando lo vi no tenía ni una sola rama doblada. Pensé que había sido mi imaginación. ¡Pero lo había visto! Cómo no creerles a mis ojos. Lo llevé a la manguera y lo inundé de agua, pidiéndole perdón. Nunca se lo conté a nadie. Fue la primera vez, y ha sido la única, que le pido perdón a algo que no estoy seguro si puede escucharme.

Me acosté a su lado y le besé el hombro. No hizo falta que le dijera nada.

Había entrado en el limbo de los recuerdos melancólicos, lo que seguía era

la interminable discusión de ideas metafísicas. Los conozco muy bien. Entristecen, y llegar al llanto o a la iluminación espiritual, guiados por lo intelectual, se vuelve un millón de veces más importante que llegar al orgasmo.

Me sentía incómoda sobre las sábanas mojadas. Nosotros ya estábamos secos. Me levanté y comencé a quitar las telas de mi lado de la cama. Él se levantó y me ayudó con su parte.

Rodeó el cuarto completo y se acercó a mí. Me abrazó con mucha delicadeza y me dijo al oído: “No fue mi intención venirme en tu cabello”.

Le acaricié la espalda y le sonreí al pecho.

—¿Quieres que lo intentemos otra vez? —me atreví a decirle cuando supe que no seguiría hablando.

—¡Desde luego! ¿Dónde está tu ropa?

—¿Quieres que me la ponga?

—Solamente la ropa interior.

—Ahora vengo.

Me llevé mi bolsa al baño y me sequé el cabello lo mejor que pude. Me puse un conjunto que había traído especialmente provocador para el ingeniero Fernández.

Le modelé un rato. Cada vez que me daba la vuelta se me veía la rayita del comienzo de las nalgas a través de un corazón abierto en el encaje de mis calzones. Era una nacada, pero si a alguien le iba a gustar, sería al ingeniero Fernández.

Me puse mis tacones y me le acerqué provocativamente, haciendo eco en el suelo cada vez que lo taladraba con mis pasos.

Le pasé la mano desde el pie hasta el pene, y ahí me detuve. Sintiendo cómo cobraba vida mientras bebía de su sangre.

Me acaricié los pechos y sentí que el corazón se le iba a salir por la entrepierna.

—¿Te gusta? —le pregunté con la voz frágil por la excitación, todavía con las manos en los pechos.

No me contestó. Acostado me tomó por la cintura y me dio media vuelta. Dibujó con los dedos el contorno del corazón de mis calzones, y terminó hurgando dentro del corte con el dedo más largo.

Lo puse de pie y lo llevé detrás de mí hasta la ventana. Estaba medio abierta, pero ésa era la intención. Me colgué de las cortinas y me pegué a su cuerpo.

Buscaba la manera de entrar en mí, pero yo lo esquivaba.

Lo empujé hasta el filo de la desesperación, y cuando ya no podía, cuando un sólo roce de mi cuerpo hubiera sido suficiente para traerle un orgasmo, lo llevé de vuelta a la cama y con agilidad le puse el condón.

Me subí sobre su cuerpo, le rodeé el torso con mis piernas y lo dejé tocarme todo el cuerpo. Siempre terminaba jaloneándome la tela de los calzones.

Me acosté sobre su pecho, eché mi pelo sobre su cara y le encendí el oído con mi mejor voz, llevándole las manos hasta mis nalgas, con los pulgares dentro de la suave tela de mi ropa interior.

—Quítamelos tan lento como te guste verme así y tan rápido como quieras estar dentro de mí.

Enloqueció. Me hizo a un lado los calzones y entró con intensidad. Yo me arremolinaba contra él y gemía conteniendo los gritos. Terminó casi al instante, pero yo, vengándome por lo que me había hecho sentir con su lengua, no dejé de moverme, ni siquiera cuando me encajó las uñas en las nalgas.

Comenzó a reírse entre respiros cuando yo conjuraba el espíritu de mi segundo orgasmo. Aprovechó los espasmos de mi espalda para salir de mi cuerpo y me acarició el ombligo mientras seguía en trance por el placer.

Nos recostamos sin decir nada, escuchando la respiración del otro. Él apagó las luces con el control remoto y nos sumergimos en la oscuridad que aumentó las reminiscencias de nuestros orgasmos.

Me quedé dormida acariciándole los dedos de la mano con la que me abrazaba por detrás. Desperté cuando un pinchazo en el vientre me recordó que me había ido a dormir sin orinar. Miré la hora en mi celular y no pasaba de la medianoche. Me hice camino con la luz de la pantalla, pero no fue suficiente para despejarme del sueño. Me golpeé el codo con la puerta del baño y me quejé en silencio para no despertar al ingeniero Fernández.

Oriné tratando de evitar los gemidos. Sentía que estaba teniendo un orgasmo líquido.

Volví a la cama y el ingeniero Fernández despertó. Se puso de pie como si hubiera despertado de una pesadilla.

—¿Tienes que irte? Déjame llevarte.

Lo tomé de las muñecas y lo senté en la orilla de la cama. Me senté sobre sus piernas, de frente a él. Le acaricié el cabello con las manos un rato.

—Me iré si tú quieres que me vaya —le dije coqueta.

Me pasó las manos por la cintura y suspiró con alivio. Me besó tiernamente los pezones y me llevó debajo de las sábanas con él.

Despertamos juntos a las cinco de la mañana. Nos quedamos acostados un rato mirando el techo de la habitación.

Recordé la mirada de mi papá cuando ayer entré con Kevin. Sé que esta es una situación extraña para ponerme a pensar en Rodolfo, pero no pude evitarlo. Sus ojos me habían dicho tanto ayer, y yo no supe interpretarlo.

Sé que se lamenta, de alguna manera, que Kevin haya llegado a mover mi vida de donde estaba. Si hubiera estado en sus manos hubiera hecho todo lo posible por alejarme de ese tipo de compromiso. No entendí por qué. Ahora mismo, con la cabeza nublada, tirada en la cama con un desconocido, me cuesta trabajo justificarlo.

Las razones comunes me obligan a descartarlo. Mi papá es un amante de la vida. Sabe, como todo buen vivo, que la vida es mucho más que simples problemitas que uno podría dejar de lado si no fuéramos tan quisquillosos. Entonces debe ser un problema grave. No puedo imaginármelo. Lo más básico que se me ocurre es que cree que es una mala influencia para mí, eso si no está pensando en algo más básico todavía, que es que Kevin esté tratando de sacar ventaja de nuestra relación. ¡Y eso que no sabe que tuve que dejar dinero para que no le rompieran las piernas en un bar de desnudistas! Pero Rodolfo no es tan simple. Incluso hubiera comprendido lo del dinero.

Entonces pienso que si mis sospechas son ciertas y no solamente un rumor que mi recuerdo ha creado de una impresión exagerada, el problema tiene que ser más serio. Conociendo a Rodolfo, sé que no podré saber lo que piensa hasta que él mismo me lo diga.

Después de haber despertado por completo, nos levantamos de la cama al mismo tiempo. El ingeniero Fernández abrió de par en par la ventana, a pesar de que hacía frío. Nos bañamos y tuvimos sexo después. Tranquilamente. Enredados en las cobijas. Dejando que nuestros cuerpos se dijeran adiós.

Le llamé a Daniel para que viniera por mí. En media hora ya estaba fuera del hotel.

El ingeniero Fernández estaba al teléfono y no quise molestarlo. Me despedí desde la puerta, diciéndole adiós con la mano. Él cubrió el auricular con la palma de la mano y me dijo:

—Adiós, Clementina. Gracias por todo. Espero que aceptes verme pronto.

—Será un placer —le dije y salí de la habitación.

Algunos elijen ver la monstruosidad de este mundo.

*Con acento norteo

Me despertó el aullido de Vruno, no los golpes en mi puerta.

Abrí los ojos lentamente, tomando consciencia de mi cuerpo completo. Parpadeé dos veces antes de que volvieran a golpear. En mi séptima exhalación tomé el celular de mi buró y me quemé las retinas con la luz. Las cuatro treinta de la madrugada.

Me siento bastante entera y lúcida, a pesar de que acabo de llegar hace unas tres horas a mi departamento.

Estaba haciendo promoción, pero ya no más haciendo de amante de hombres que me valoran por la calidad de mi piel y los ruidos que hago con mi garganta, sino en reuniones donde me colocan para socializar y mostrar un vestido de diseñador, que ni conozco ni me conoce, pero sabe que trabajo para Alejandro Montiel y me pone un vestido que espera venderle a gente que puede pagar por él lo que yo no pagaría.

Me cuelgan collares y aretes que valen lo que mi departamento, me llenan las manos con anillos y me hacen hablar de ellos cuando alguien me pregunta.

Soy un estante de joyería ambulante, un maniquí que se mueve y bebe a traguitos de una copa de champaña en reuniones en las que nadie me conoce y nadie me presenta. Soy un comercial que vende tres o cuatro productos a la vez, siendo el centro del universo entre las señoras que tienen maridos millonarios y quisieran ser ellas mismas como yo, o quisieran traer lo que yo traigo, o quisieran que al menos yo no lo trajera.

En mi primera “fiesta”, una mujer me dijo que mis aretes eran para morir por ellos, yo le sonreí como la educada esposa de algún funcionario desconocido, la cual supuestamente era yo, y cuando me preparaba para hablarle de la joyería, dio media vuelta y dijo en voz apenas audible para ella y para mí, “Lástima que se los vendan a cualquiera”. Quise llorar.

Esta fue mi tercera reunión de “vende mi producto porque se te ve bien y tu agencia me debe un favor y de todas maneras te voy a pagar y además te vas a ver como una reina con el vestido y las joyas y el maquillaje y el peinado que no te podrías pagar con tu vida de putita”. Y ya estoy harta.

Preferiría estar lamiéndole la oreja a un hombre que desea tener sexo conmigo, hablándole como si fuera mi amante, tranquilizándolo como si fuera mi esposo, a seguir yendo a estas reuniones donde me hacen sentir un pedazo inútil de algún tumor que le extirparon al peor de los vendedores del mundo.

La diseñadora de las joyas que usé anoche me regaló un anillo precioso que pudo colocar en un círculo donde antes no había podido entrar, y lo hizo “gracias a mis finos dedos sosteniendo una copa de licor debajo de la luz ideal”. Lo veo en mi buró, parece que brilla en la oscuridad, parece que crea su propia luz. No sé cuánto cueste. Representa una pequeña humillación que debo aceptar por ser mujer en periodo, indispuesta para el trabajo para el cual me han contratado.

¿Por qué sigo haciendo esto? ¿Cómo es que terminé aquí, mostrando vestidos, zapatos y aretes a mujeres ricas, para después atender el llamado de la naturaleza de algún hombre angustiado que paga mucho dinero por tenerme desnuda en su cama?

Miro el anillo en el buró y me cuesta trabajo relacionarlo con la mala integridad que me empuja por debajo de la garganta las palabras de la honestidad. Escucho de nuevo el insistente golpeteo a mi puerta.

Me levanto y camino sintiendo el cansancio en el cuerpo, pero ningún rastro de sueño. El ojo de seguridad de la puerta me deja ver al licenciado Torrénz del otro lado.

—Espera —le digo casi susurrando.

Me doy la vuelta y entro al baño para orinar. No me urge, pero quiero hacerlo esperar todavía más.

Ni siquiera pienso en lo mal que me cae su presencia. No pienso en lo poco que deseo estar con alguien en este momento. No pienso en que está tocando a mi puerta a las cuatro y media de la madrugada, sin avisar que vendría, sin entender que no lo quiero aquí.

Abro la puerta y le muestro mis ojos sin expresión, los que siempre trata de animar cuando los mira porque no los entiende. Sé que tengo el maquillaje corrido, sé que tengo el peinado de anoche deformado por la almohada, y de seguro también traería el vestido si no tuviera que regresarlo por la mañana. Llegué directamente a tirarme en mi habitación.

—Hola, mi amor —me dice y me besa los labios sin esperar a que le responda. Ya se acostumbró a mis desprecios.

Le tomo la mano y trato de llevarlo a la habitación. Ya está aquí, no se va a ir, vino a verme a mí (a quién más), al menos espero que me deje dormir un par de horas.

Se suelta de mis dedos y comienza a dar vueltas en la sala.

Entro en la cocina y me sirvo un vaso de agua. Mientras lo bebo se me acerca y me lo quita de la boca. Se lo bebe sin respirar. Lo miro directamente

pero ahora no quiere mirarme. No es que en sus ojos haya algo que ver, algo que me relacione a él, ni me importaría si lo hubiera, pero sé que trae un problema consigo, y quiero que mientras mira mis ojos apagados detrás de una línea corrida de rímel caro, entienda que no me importa lo que tenga que decir.

—Ya no soporto a mi mujer —cuando está enojado soy invisible para él; mis opiniones no le importan nunca, pero no se atreve a ignorarme hasta que está que se lo lleva el coraje.

—Déjala —le digo en un tono de voz transparente.

—Eso voy a hacer. Pero no esta vez. Qué te crees que no sé lo que quiere. Quiere que yo comience el divorcio para echarme toda la culpa. Quiere quedarse con mi dinero, a pesar de que tenemos acuerdo prenupcial. Lo más inteligente que he hecho en mi vida.

Tomo un vaso limpio y me sirvo agua, otra vez. Ni siquiera me gusta tomar del mismo vaso. Ya me he preguntado cómo es que puedo tener sexo con él, y créeme, tampoco tengo respuesta para eso. No es un gran amante; se preocupa mucho por mi placer, no es mi tipo de hombre ideal, ni física ni mentalmente, ni siquiera estoy con él por su dinero, no es interesante, no me ayuda a resolver nada en mi vida y le falta mucho para ser una buena compañía.

Al igual que a la pregunta de por qué estoy vendiendo mi tiempo, a esto puedo responder con lo que no es respuesta: Simplemente sucedió. No supe cómo. No supe por qué. No sé si me está causando problemas de verdad.

Soy una haragana. En verdad pienso, o ni siquiera pienso, sólo puedo confiar en que así será, que un día voy a despertar y mágicamente nada de esto habrá sido real. Lo contaré como un sueño y la gente me creerá, porque es más fácil no hacer preguntas que conlleven a una respuesta larga. Esa es mi vida ahora: el deseo de que todo se resuelva solo.

Cruzo los brazos sobre la barra de mi cocina y miro al licenciado Torrénz caminando de un lado a otro en mi sala. Termino apoyando el mentón en mis manos y sin darme cuenta, y no es que me importe, me quedo dormida.

Entre mis sueños escucho la voz del licenciado Torrénz, sus pasos en mi sala, huelo su perfume de viejito sobre su ropa sucia, y siento caer mi pie del banquito al suelo. Levanto la cabeza y veo en el reloj de la pared que son más de las cinco. Me levanto y le hablo con la mano, pero no lo espero.

Entro en la habitación y me cobijo. Él sigue hablándome de su esposa, lo sé porque lo único que escucho es su nombre cuando él lo escupe y lo pisotea.

Se quita la ropa y entra a la cama conmigo. Debajo de las sábanas trata de acomodar sus manos en mis pechos, pero se las aparto. Lo vuelve a intentar y

gruño cariñosamente para no hacerlo enojar, pero para que también entienda que esta noche, como muchas otras en las que ha venido a refugiarse en mi casa, no le voy a dar gusto a sus deseos.

Mi despertador suena a las seis cuarenta y cinco. Me siento fatal. Estoy cansada, tengo calor, tengo frío, me duele la cabeza, me duele el estómago, siento en la garganta el aceite de la loción de la mujer que ayer manoseó el vestido que traía y había tratado de disimular su aliento de cigarro con perfume. Lo peor de todo es que, aunque me siento así, algo peor me esperaría si me vuelvo a acostar.

El licenciado Torrénz ronca en la otra orilla de la cama. Lo miro un rato y trato de calcular cuántos vellos tiene en total en los hombros. Cuántas canas en la cabeza, en qué relación con las de la barba.

Me meto a bañar y cuando salgo lo encuentro frente a la ventana. Está pensativo, o quiere que crea que está pensativo, pero ya sé lo que me va a decir.

—¿Te molesta que acuda a ti cuando necesito ayuda? —me lo pregunta cada vez que viene después de haber peleado con su esposa.

—No. Pero tampoco es que sienta que eres un premio.

—Pero tú sí lo eres para mí.

Rueda por la cama y sentado en la otra orilla del colchón me toma de la cintura mientras yo me pongo crema en las piernas.

—Tengo que ir a trabajar.

—¿Con quién? —hace varios días comenzó con esta bromita, preguntándome con quién, cada vez que le digo que voy a trabajar o cuando me llama y le digo que estoy trabajando. Sé que le molesta que sea una dama de compañía, pero no tiene el valor suficiente para decírmelo a la cara. No sé si porque cree que me voy a sentir mal, o porque cree que le voy a responder arañándole los ojos.

—Con alguien más joven que tú —supe en cuanto lo dije que me había pasado de la raya.

Estoy harta de esta relación. De hecho, estoy harta de todas mis relaciones. Pero entiendo que eso no justifica mi mal humor, ni cómo he tratado al licenciado Torrénz. Después de todo, no es diferente a ningún otro hombre con el que haya estado. No es diferente a lo que todos buscan de mí.

Es verdad que no me paga (el dinero que me da como apoyo, que es como él le dice, siempre termina, de una manera o de otra, en su cartera), pero

habiendo aceptado una vez que lo que hago lo haría por mi bienestar personal, o por el simple acto del placer, me siento mal cuando llevo al límite mi frustración con el licenciado Torrénz. La diferencia entre la Clementina que a él, y a todos los demás les gusta, y la Clementina privada, enfurruñada, triste, sola, decepcionada, está en mi disposición, la que yo misma me creo y la que sólo yo controlo.

Quiero decir que sería la novia, o lo que sea que soy, perfecta para el licenciado Torrénz si me dejara elegir qué días vernos, y en qué circunstancias. Parece que quiero hacerlo sentir mal a propósito, pero él sufre lo que yo sufro por dentro, hacia mí, todos los días, porque quiere estar conmigo casi a diario.

Sé que al responder a su tonta pregunta implantándole una imagen que seguramente le carcome las ideas, he ido demasiado lejos.

—Hagamos esto: —le digo conciliadora, peinándole las canas con mis dedos perfumados—, ve por mí hoy a la oficina, a la hora de siempre. Déjame invitarte a cenar. Después podemos ir a ver una película y me traes a mi departamento mientras hablamos de ella.

—¿Me puedo quedar a dormir?

—Si tú quieres.

—¿Podemos hacer el amor?

—No. Eso no. Estoy en mis días —le digo tocándome el vientre, sintiéndome un comercial de Kotex.

Cada vez se siente más la sensación de la melancolía navideña, la que solamente infecta las cabezas de los adultos (como si yo lo fuera), y me siento sola. Esa es la verdad. De eso se trata todo esto. De no poder acostumbrarme a la soledad, aunque siga estando acompañada. A eso y que anoche soñé con Andrei. No quiero pensar en ello. He estado pasando el mal trago de forma aceptable. Pero... Todavía me arrepiento de haber dicho lo que dije.

Quisiera decirle que yo también quería enamorarme de él ¿ok? De eso se trata todo. De mis fantasías reprimidas con Andrei. De lo que pudo ser y no permití que fuera. De las ganas que tengo de acostarme una noche cualquiera y pensar cómo hubiera sido nuestra primera cita. No forzarme a cerrar los párpados y ahogar las palabras con las que me hubiera gustado contestar a su nota.

Al final, se trata de la ansiedad que me deja el no saber si me siento así porque no dejé que sucediera lo que debía suceder (¿quién puede saber qué

debía suceder?), o porque me causa conflicto la experiencia que me dejaron dos malas relaciones, y quisiera tenerlo frente a mí para arruinarlo una vez más.

Sé que no tiene sentido, pero debes comprender que trato de no pensar en eso. Ese es mi desgaste principal.

Exige mucha más energía enterrar ideas que siguen vivas, que hacer el esfuerzo por crear las que todavía no nacen.

Como cada vez estoy más cerca de ser la persona que era antes de todo esto, me mutilo los pensamientos creyendo que es lo mejor para mí, haciendo como si no me diera cuenta de que en realidad es lo que me está terminando. Pero cubro también esas ideas con otras más destructivas. Como hacer feliz a un hombre que no me interesa, a costa de un compromiso que finjo tener con él, y peor todavía, a costa de mi cuerpo, con un compromiso que sí tengo con muchos otros, que no me interesan más, pero a los que les doy la oportunidad de recuperarme del limbo en el que todos los días entro, mientras yo los saco de su propio infierno.

Sí. Todo se trata de mí. Te pondría un guiño con un emoticono, pero no tengo veintitantos años. ¡Sí los tengo! ¡Es que no parece! ¿Por qué es malo que piense que me hubiera gustado enamorarme de Andrei? Tan solo pensar en esos sentimientos me hace sentir bien. No Andrei, no el licenciado Torrénz, no ninguno de los otros con los que he salido y con los que saldré algún día de estos, sino mis propios sentimientos, los que trato de ocultar, los que trato de meter en el paquete del cuerpo de Clementina, dama de compañía de oro.

¿Acaso está mal que quiera sentirme así? ¿A quién le he hecho daño? Ah, claro. A los hombres con los que he estado. ¿Pero no fueron ellos los que se metieron en eso como yo, pensando, o no pensando en las consecuencias, pero seguros que nada malo podría resultar de un descuido como ése?

Juan Manuel dice, como muchos otros, que las prostitutas somos invisibles, y sí, me cuento entre ellas, porque no hay diferencia, porque al final se trata de un hombre que paga por tener la compañía de una mujer que le gusta y que quiere conocer. ¿No es la prostitución el intercambio de pensamientos y emociones, cariño y confianza, mientras un cuerpo da y recibe placer a cambio de un bien económico? No. ¿Intercambio de placeres sexuales por dinero? Nunca lo fue para mí. Así no. ¿Entonces no me cuento entre las prostitutas? ¿Entonces no soy invisible?

No lo soy. Quería dejarlo claro. Por si no entiendes el sarcasmo, por si no entiendes que me gusta ser como soy. Incluso cuando no lo recuerdo.

No soy invisible. Lo primero que tengo que hacer para demostrarlo, es renunciar a la maldita agencia del ingeniero Montiel. No me sentía una prostituta hasta que entré a esa agencia.

Lo segundo que tengo que hacer es hablar con el licenciado Torrénz. Que es un eufemismo de correrlo de mi departamento.

Lo tercero que tengo que hacer es volver al bar naranja y retomar mi vida desde donde la dejé... ¡Uf! Me dio un bajón. ¿Será necesario ir al bar naranja para liberarme de todo esto?

En fin. Lo que debo hacer después es aceptar que simplemente lo jodí todo. Que soy una mujer como cualquier otra, que me he equivocado, que no puedo reparar mis errores pero que puedo volver a comenzar.

Ya tendré tiempo de afinar mis planes de venganza. ¿Venganza contra quién? Contra la Clementina que se olvidó que había una Clementina más libre antes que ella.

Voy por ti. Aunque no sé cuánto tardaré en llegar. Pero cuando llegue, olvídate de todo. Nos vamos a desenfrenar otra vez. Porque podemos. Porque tengo toda una vida para buscarte. Tal vez no te estoy hablando a ti, ni a mí, tal vez estoy hablándole a alguien más. Tú sabes quién eres.

Los elegidos y los condenados.

Estaba por salir a comer cuando tuve que regresar corriendo a mi lugar porque mi celular no dejaba de vibrar.

Pensé que sería Toni que me tenía una cita para esta semana, y sentí el bochorno de tener que recordarle que por mis días rojos no puedo salir de mi casa para ese tipo de encuentros.

Era Kevin. Decidí no contestarle.

No pasaron ni diez segundos cuando mi celular se encendió otra vez.

—Clementina, estoy en el hospital.

—¿Qué te pasó? —automáticamente sentí un desinterés crudo por él. Me imaginé que me inventaría una historia increíble. No sé por qué siento que no puedo confiar en él, a pesar de que el día que pasamos juntos conectamos profundamente.

—No soy yo. Rodolfo es quien está aquí. Bueno todos estamos aquí, pero sólo Rodolfo necesita ayuda médica.

Se me sobresaltó el corazón. Temí por la vida de mi papá, pero antes tuve que sentir coraje por las malas expresiones de Kevin.

—¿Dónde están?

—En el hospital. No sé cómo...

—¿En qué hospital, Kevin?!

—No lo sé. Laura me pidió que te llamara. Llegamos en taxi. Yo no conozco...

—¿Dónde está Laura? ¿Cómo voy a llegar si no sabes dónde están?

Termino la llamada, furiosa. Marco el número de Laura y de inmediato me conecta al buzón de voz. Lo intento una vez más y obtengo el mismo resultado.

Salgo corriendo a la oficina de Ximena para avisarle de mi emergencia, pero no está. Seguramente no vino hoy a la oficina, y tampoco vendrá mañana.

Corro a la oficina de Valentino, que, aunque tampoco era común verle rondando por aquí, viene todos los días desde que sale con Xianya. Estuvo a punto de perder su empleo, y su esposa casi se entera porque Clara hizo un escándalo enorme cuando la terminó para salir con la nueva. Clara fue despedida y Valentino “investigado”, mientras que a Xianya le dieron un cubículo y un cargo definido. Nos quedamos sin muchacha de los mandados, y peor todavía, se convirtió en la mujer más insufrible de la oficina. No sé qué responsabilidades tenga, pero se pasea entre cubículos como si fuera la inspectora de seguridad, o la gerente de procesos. Por supuesto Valentino la

anima, y ya todos están hartos. Yo no me cuento. Hace mucho no me importa lo que pasa en esta oficina.

Toco a la puerta y me abre Xianya. La miro cuando me pregunta que qué se me ofrece, la ignoro y entro hasta quedar de frente en el escritorio, donde Valentino hace como que está ocupado redactando lo que se supone son documentos muy importantes.

Desde que los empleados de esta oficina comenzamos a tomarnos demasiados permisos, exceso de tiempo en las comidas y horarios recortados de trabajo, Ximena tuvo la maravillosa idea de hacer un registro para salidas con permiso. Las tiene Valentino, y esté o no esté en el edificio, debemos ir a su oficina y llenar un formulario donde se nos pregunta desde cuánto tiempo tenemos trabajando aquí, hasta la hora exacta en la que vamos a volver. Nadie se toma en serio las amenazas y el formulario se ha convertido en una burla interna.

Tomo una hoja y la lleno frente a él.

—¿Tienes algún problema, Clementina? —me pregunta Xianya detrás de mí.

Una de las ventajas del formulario es que no te cuestionan tus peticiones. Sólo debes entregarla y esperar a que te digan sí o no. Así que no contesto a la pregunta, que no fue hecha en consideración de mi ansiedad, sino en la autoridad inflada de una mujer que nada tiene que ver conmigo.

Termino de llenarla y se la pongo enfrente a Valentino, que no me ha mirado ni una sola vez.

Ni siquiera espero a que la firme. Salgo de inmediato a pedir un taxi.

A estas horas las calles cercanas al edificio están vacías. Camino hasta la avenida principal, con el celular en la oreja, tratando de contactar con Laura.

Se detiene un taxi y me doy cuenta de que no puedo irme hasta saber en qué hospital están. Pero ya estaba arriba del vehículo y mientras trataba de comunicarme con Kevin le digo al conductor que siga derecho.

—Kevin, ¿dónde está Laura? No puedo comunicarme con ella.

—Está aquí, conmigo.

—Déjame hablar con ella.

—Clementina, hija, no te alteres.

—¿Cómo no me voy a alterar? Me llama Kevin para decirme que mi papá está en el hospital, no me dice dónde están, tú no contestas el teléfono y ya estoy arriba de un taxi sin saber adónde ir.

—Estamos en el hospital general. En Hacienda Vieja, cerca del centro.

—Ya voy. ¿Necesitas que lleve algo?

Me deja hablando sola. Sé que se ha molestado conmigo. No soporta a las personas nerviosas; le provocan temor, y como no quiere que su fachada despreocupada se le caiga de la cara, evita cruzar palabras con quien la mire de frente con emociones reales que la puedan confrontar.

El taxi me deja, irresponsablemente, en la rampa de las ambulancias, justo afuera de la entrada a emergencias. No he dado ni tres pasos dentro de la sala cuando ya un enfermero me pide que salga de ahí. Claramente veo que hay recepción, pero entiendo que no sea la recepción correcta.

Salgo por una puerta que da a la sala de espera, a un lado de dos enfermeras que también son secretarias, y hago fila para poder preguntar dónde está mi papá.

Kevin ya no contesta el teléfono. No sé si debo enojarme o preocuparme más.

Cuando es mi turno para hablar, me dicen que no sabrían decirme si mi papá está en emergencias, me preguntaron datos que no compararon con ninguna tabla, y terminaron dejándome hurgar en los tarjetones y credenciales de los que esperaban a ser atendidos, como si no pudiera verlos sentados detrás de mí.

Revisé de todos modos.

Salí corriendo por los pasillos que conectan a los consultorios generales, buscando entre las personas que esperaban sentadas, o de pie.

No me gusta el olor de los hospitales, y no sólo no me gusta, me hace sentir enferma.

En mi segunda vuelta por los consultorios, comienzo a sentirme mareada, asqueada. Encuentro un baño y entro para refrescarme. Es mucho peor dentro. ¡Qué le pasa a la gente! ¡Parece que no saben lo que es un bote basura!

No había agua.

Sintiéndome al borde de la fatiga, a punto de un desmayo vergonzoso, encuentro la salida y me siento en una enorme jardinera, a un lado de unos escandalosos estudiantes de medicina.

Uno de ellos se me acerca y me pregunta por mi estado.

—Me siento mareada. Mi papá está en algún lugar ahí dentro y no puedo encontrarlo —le digo sin mirarlo, concentrada en mi respiración.

Después de un rato vuelve con una botella de agua y me la ofrece. La tomo con las manos débiles, y el frío de la botella eleva, aunque poco, la estabilidad en mi estómago.

—¿No sabes dónde está?

—No. Me llamó mi hermano y me dijo que lo habían traído aquí, pero no me dijo en que sala, ni en que piso, ni la razón por la que lo habían traído.

Me quita la botella de las manos cuando ve que no me puedo mover. La abre y me la pasa de nuevo. Le doy dos tragos, siento que me ahogo. Toso y le devuelvo la botella, como si estuviéramos compartiendo un cigarro.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta. Yo insisto en que tome la botella. No quiero tenerla en mis manos.

A lo lejos veo venir a Kevin. Viene de la calle, sin prisa, comiendo papitas, despreocupado y fresco, caminando lentamente hacia la entrada.

Me pongo de pie y obligo al hombre que me dio la botella a que la reciba. Se la pongo en el pecho y salgo corriendo hacia mi hermano.

—¡Kevin! ¡Kevin! —le grito a lo lejos, aunque ya me vio—. Maldito simplón —susurro molesta, más como un ejercicio de relajación y muestra de nerviosismo que como una ofensa.

—Tina. ¿Acabas de llegar?

—No me digas Tina. Y no, no acabo de llegar. Los he estado buscando como loca. Creí que me iba a desmayar. ¿Por qué no contestas tu teléfono?

—Se lo dejé a Laura.

—¿Dónde está mi papá?

—En el piso cuatro.

—¿Qué hay en el piso cuatro?

—Su cama. Ahí está desde ayer.

—¿Desde ayer? ¡Kevin! ¡Cómo que está ahí desde ayer!

—Lo trajimos anoche. Estaba deshidratado y no podía moverse.

—¿¿Por qué no me llamaron entonces?!

—Laura dijo que no sería bueno preocuparte. *No big deal*.

—¿*No big deal*, Kevin? ¡*NO BIG DEAL*! Mi papá está ahí dentro, sin poder moverse, según me dices, ¿y crees que no es para tanto?

Le doy la espalda y entro corriendo al edificio. Me alcanza en el acceso a los elevadores, donde un guardia de seguridad me detiene.

—Necesito saber adónde va —me dice.

—¡Piso cuatro, cama 398! — me grita Kevin del otro lado.

No hizo falta que buscara. Apenas salí del elevador y vi a Laura sentada en una banca al otro lado de las escaleras, arreglándose el pelo, mirándose el labial en su espejo “portátil” nada discreto.

—Mamá, ¿por qué no me avisaron antes? —me siento junto a ella,

mirándola de frente.

—¿Para qué? —me dice sin mirarme, arreglándose el labial—. Rodolfo está bien. Dicen que solamente sufrió una descompensación. Le administraron suero y le han dado bien de comer. No hacía falta que estuvieras aquí.

—Pero es mi papá —le digo como si eso fuera una excusa de algo, sabiendo que estoy sensible por la muerte de Samuel, la que no me explico muy bien, y que tanto he pasado en picos y valles tratando de darle un sentido o un lugar en mi vida, como para que ahora me diga que Rodolfo está hospitalizado y que no es la gran cosa. Pero ¿y mis emociones? ¿Y mi miedo a perderlo y no saber cómo reaccionar, o con qué llenar el hueco? Peor todavía, ¿y si no me deja un hueco, justo como Samuel?

Nunca he tenido miedo a morir. No soy de las personas que piensan en ello profundamente. Pero ahora, sentada en una fría butaca al lado de Laura, escuchando el molesto rechinado del plástico cada vez que movemos las piernas, sabiendo que mi papá está en alguna de esas habitaciones, indefenso, recostado en una cama que no es la suya, con una jeringa dentro de un brazo, en el peligro en el que todos estamos, me doy cuenta de que si bien no he pensado en mi propia muerte, me aterra pensar en la muerte de él.

—¿Dónde está? —le pregunto molesta. Mi furia me ayuda a esconder la frustración y difumina mi miedo.

—Ahí —me dice sin gesticular nada—. Le están sacando sangre.

Me recargo en el asiento. No hay razón por la que me mienta sobre eso. Después de un rato sale una enfermera de la habitación frente a nosotras y trato de levantarme. Mira mi intento y me detiene negando con la cabeza.

—Todavía no termino —me dice y se pone a platicar con otra enfermera en un escritorio al lado de la puerta tercera de donde estamos sentadas.

Me acomodo el pelo detrás de las orejas con las dos manos y suspiro. Ya estoy más calmada. Me recargo en el hombro de Laura y ella me recibe como siempre lo hace: dándome unas palmaditas en las piernas.

—No se podía mover —me dice cuando quiere que me quite de su hombro, pero no sabe cómo hacérmelo saber.

—Me lo dijo Kevin afuera. ¿Te dijeron por qué?

—Lo único que me dijeron es que tenía una descompensación de vitaminas, y que su próstata está hinchada. Por eso no puede orinar.

—¿Por qué no me dijeron? —sigo diciendo como si eso hiciera un cambio.

—Se cayó de la cama cuando trató de ir al baño y ya no se pudo levantar. Le llamé a Kevin y él lo levantó con mucho esfuerzo.

Se me salen las lágrimas imaginándome a mi papá, tan fuerte como había sido en toda su vida, así de desamparado.

—¿Pero es que se le habían dormido las piernas? —le pregunto para encontrarle una nueva dignidad.

—Él dice que simplemente no podía. Que no tenía fuerzas, que todo el cuerpo le pesaba como si fuera de plomo. Cuando Kevin lo levantó, no podía ni cargar su peso. Tuvimos que acostarlo en la cama. Ahí se quedó, sin poder moverse hasta que llegó la ambulancia.

—Debieron llamarme.

La enfermera sale de la habitación y ni nos mira. Me levanto y camino hacia la puerta lentamente, mientras me limpio la cara para que no vea que he estado llorando.

Estaba envuelto en una delgada sábana blanca, con el brazo inmóvil, conectado al suero, y del interior de la sábana salía el tubo del catéter, directo a una bolsa que se iba llenando de pipí.

En cuanto me vio entrecerró los ojos y aguantó lo mejor que pudo las lágrimas. Yo no lo hice bien. Me le abalancé llorando y lo abracé y le acaricié el cabello.

—Mi hija —dijo él para que sus ganas de llorar se fueran con el viento de sus palabras, pero las pronunció entrecortadas. Supe que estaba llorando también y no me levanté del costado de su cabeza hasta que los dos dejamos que se secase nuestro llanto.

Me esquivaba la mirada. Sé que está incómodo. Solo, desamparado, mendigando la ayuda de enfermeras que dividen su tiempo entre decenas de enfermos molestos y sucios.

Me agaché otra vez para darle un beso, él apartó la cara.

—No me he bañado —me dijo—. Huelo a medicina.

Hice a un lado su renuencia y lo besé en la frente y en la sien izquierda.

—Vamos a cuidarte mucho a partir de ahora —me odié por decir lo mismo que han de decir todos en estas circunstancias, me odié porque tuve la oportunidad de prevenir esto convenciéndolo de que fuéramos con un mejor médico, me odié porque a pesar de todo, yo no podía hacer nada para ayudarlo.

Me quedé alrededor de dos horas sentada en su cama. Trató de hacerme reír, y yo traté de convencerlo de que me reía. De vez en cuando alzaba la mano que no tenía conectada al suero y hacia fuerza mostrándome el músculo.

Siempre había sido un hombre fuerte, de cuerpo marcado por el esfuerzo

del trabajo físico. Supe que le daba vergüenza verse en esa situación. Un desconocido viviendo en su casa tuvo que levantarlo como si fuera un muñeco de tela, para dejarlo en su cama, esperando la ambulancia mientras el vientre estaba por estallarle.

Lo dejaron salir pasadas las seis. Kevin salió al frente y consiguió un taxi. Laura y yo íbamos al lado de Rodolfo, cada una quitándole peso a su cuerpo sujetándolo de los brazos.

Tuvimos problemas para subir al taxi. Estaba débil y nos dijo que no podría subirse, porque no podía doblar las rodillas sin desplomarse. Él sabía que no era verdad, pero le había quedado el miedo de la noche anterior.

Entre todos lo sostuvimos y entró por fin.

En el camino no dijimos nada, ni siquiera el taxista. Entendimos que mientras menos le abonáramos al bochorno que debía estar pasando, sería mejor para él y para su recuperación. Llevaba la bolsa de orina en la mano derecha y la escondía en su pierna, a pesar de que todos podíamos ver la sonda que salía de su pantalón.

Salir del taxi fue más fácil para él. Quizás lo empujó la necesidad de refugiarse en su casa.

Le pasé el dinero a Kevin para que pagara el taxi y le pedí que fuera a comprar algo de comer.

Acompañé a mi papá hasta su habitación, caminando él con sus propios pasos, y cuando entramos fue como si pudiera ver lo que había pasado la noche anterior. La cama estaba revuelta, las sandalias de él estaban en dos lugares separados, una volteada al suelo. Había ropa tirada en el piso; supuse que hicieron el intento de vestirlo antes de que llegara la ambulancia, porque seguramente no quería ir en pijama, la lámpara se había quedado encendida y de la cobija se desprendía un intenso olor a orina, pero no a orina normal, sino a esa orina que se impregna en la ropa sucia de un enfermo.

Le pedí que se acostara del otro lado de la cama para que yo pudiera quitar las sábanas y la cobija. Estaban secas, pero el olor provenía de ahí, indiscutiblemente.

Le pedí a Laura ropa limpia y me dijo de donde sacarla. Metí las nuevas colchas por un lado de la cama, y luego por el otro. Me dio esperanzas ver que Rodolfo se movía bien para no estorbar mientras arreglaba su habitación.

Kevin llegó con la cena y me dio mucho más gusto ver que mi papá salía al comedor para sentarse en su mesa.

En medio de un bocado mi celular revivió y recordé que tenía una cita con el licenciado Torrénz. Me levanté de la mesa y corrí fuera de la casa para contestar.

—Estoy fuera del edificio. ¿Vas a tardar?

—No estoy ahí. Mi papá estaba en el hospital y tuve que salir temprano para ir con él.

—¿Estás con él ahora?

—Sí. Estamos cenando.

—¿Está mejor?

—Eso creo.

—Me alegra. ¿Hay algo que pueda hacer?

Quise decirle que no se metiera con mi familia, pero estaba cansada, y no quería hacer una pelea por algo que pretendía ser sólo buena educación y consideración.

—Si quieres, puedes traerme algunas botellas de agua, sueros. Cosas así.

—Por supuesto. Dime dónde nos vemos y estaré ahí en cuanto haga las compras.

—Ven aquí —le dije, midiendo el riesgo. Pero al segundo cálculo ya no me importó. El licenciado Torrénz es un hombre precavido. No iba a llegar anunciándose como mi novio, ni diría que dormimos juntos y que a veces se queda en mi departamento toda la noche, y que hasta ya tiene un par de corbatas en mi ropero.

Me di la media vuelta para entrar y me topé con lo que había pasado de largo cuando llegamos. En la entrada, en el pequeño lugar de estacionamiento donde dejo mi coche cuando vengo de visita, estaba aparcada una camioneta. Me sonreí siendo feliz, sintiéndome bien por la decisión de mi papá. Sabía la ilusión que tenía de comprarse una camioneta. Ahora la tenía. Vi en la caja y encontré unos botes de pintura y una pequeña escalera plegable. Busqué en la cabina a través de la ventanilla y encontré una de las posesiones más valiosas que guardaba desde hace años: una figura *bubble head* de un perro que él jura es idéntico a Rocky. Lo tenía sobre el tablero.

Lo vi un rato y luego entrístece, o fue algo menos drástico, quizás sólo me hundí en pensamientos.

Conocía muy bien los sueños de mi papá. Fui parte de ellos toda mi vida. Uno era comprarse su propio vehículo. No supe cuando ese sueño había degenerado en su propio vehículo para independizarse de su trabajo. Pero ahora lo había cumplido. El otro, el que en verdad compartía conmigo, del que

yo era dueña tanto como él, era encontrar un perro para reemplazar al que le había quitado su hermano, del que me sentí culpable por la pérdida, y hacerlo de la familia.

Me contaba tantas historias, que yo llegué a sentir que ese perro había estado con nosotros desde siempre. Con su cara larga, con su cuerpo ágil, con sus ojos vivos y curiosos.

Se puso muy feliz cuando le regalé la figurita. De inmediato lo bautizó como los dos habíamos decidido nombrarlo cuando tuviéramos el permiso de traer al verdadero a casa: Breco. Cero originales porque soñábamos con tener un Braco de Weimar.

Laura fue parte importante del pleito cuando trataron de recuperar a su perro. Fue testigo de cómo su esposo perdió un pedacito de su vida cuando no pudieron traerlo, y ya no quiso pasar por eso otra vez. Se negó completamente a que otro perro entrara en la casa. Fueron tan cortos sus escrúpulos, que una navidad, cuando papá llegó con uno, ella lo hizo devolverlo esa misma noche. Tuvimos el perro de nuestros sueños por dos horas en Nochebuena, después, exactamente como le pasó a Rocky, cambió de manada.

Entré para terminar la cena. Pasamos a la sala y vimos *The nightmare before christmas*, porque es un musical, porque a mi papá le hace feliz la figura y la sonrisa de *Jack Skellington*, y porque en esta casa es tradición empezar a sentir la navidad desde octubre, y siempre esa película es la puerta de entrada, porque es de navidad y es de noche de brujas.

Faltan unos días para que comience octubre, pero a quién le importan las tradiciones cuando tienes un papá enfermo al que quieres ver sonreír.

El licenciado Torrénz me avisó de su llegada cuando *Oogie Boogie* cantaba su canción.

Salí a recibirlo. No iba a dejar que entrara en la casa de mis padres. Tal vez lo hice venir hasta aquí para que viera buena disposición de mi parte. Hacerle creer que no me importa que sepa donde viven ellos para que sintiera menos recelo contra mí por haber arruinado nuestra cita.

Nos abrazamos un rato recargados en su camioneta. Me sentí incómoda cuando nos besamos. Sentía que al menos Laura estaría observando por la ventana.

No pude más y me di la media vuelta. Era Kevin quien nos vigilaba. Cerró de prisa la cortina cuando lo miré, pero la luz de la cocina dibujaba su silueta sobre la ventana.

Hablé un rato con el licenciado Torrénz. Me disculpé. Le dije que lo compensaría, que fuera a mi departamento en un rato. Pero él se negó. No le gusta que le haga favores sexuales, porque lo que a él le gusta es estar conmigo. Dijo que me esperaría, para irnos juntos.

No quiere el favor sexual, pero aprovecha todas las oportunidades que tiene para quedarse en mi cama. Siento que tiene una especie de celos en los que no me reclama nada, y estando cerca de mí siento que estoy menos expuesta a otros hombres. Pero ya me ha visto contestar llamadas, y una vez descubrió en mi clóset los regalos que me mandan los clientes. No me dijo nada. Fue entonces cuando pensé que no me reclama no porque no quiera herirme, sino porque se protege a él mismo. Haría lo que fuera por no perderme.

Sabe que no lo voy a invitar a pasar, pero quiere quedarse a esperar a que me vaya.

Tomo las bolsas que traje del supermercado y entro sin decirle que me espere o insistirle en que se vaya.

Dejo todo en la cocina y encuentro a Kevin buscando en el refrigerador.

No le hablo, pero le contesto la mirada cuando siento que va a confrontarme.

No sé por qué, pero siento que Kevin trata de darme algún sermón desde la vez que hablamos de nuestros padres. No se lo voy a permitir.

Regresé al lado de mi papá y terminamos de ver la película.

Le pregunto si quiere que me quede. Me insiste en que no. Yo sé que le hago mejor si me voy. No digo mucho.

Le dejo un abrazo de infinitos segundos, y un par de besos enormes en la frente.

Cuando me despido de Laura, la encuentro sonriente. Me mira indiscreta y me arquea las cejas.

—Ya hablaremos —me dice. Es evidente que ha visto al licenciado Torrénz.

Encuentro a Kevin en el pasillo y desde la entrada me despido de él con los dedos de una mano.

El licenciado Torrénz me abre la puerta de la camioneta y espera a que suba. Miro por la ventanilla, y ahora sí, es Laura la que mira desde la ventana de la cocina, abierta de par en par, recargada en el marco, con su sonrisa satisfecha, con su mirada burlesca.

Me imagino lo que estará pensando y me siento bien por ella. Sé que se

alegra de verme en una relación. Qué lástima que se equivoque.

Para ella verme acompañada de un hombre equivale a encontrar la cura del cáncer. En su mente no hay equivocación. Mi cáncer es la soledad. La que ni ella ni Rodolfo supieron inculcarme correctamente durante mi crecimiento.

Sí, Laura, el licenciado Torrénz es la inyección que me administro contra la nada. Pero, ¿sabes?, no es divertido el sacrificio. La soledad es la nada, y el medicamento me trae “algo” de problemas.

Transporte de cerdos.

“Que me digan qué hacer. Lo mío es eso. El porqué se los dejo a ellos, que les gusta pensar” .

Una mujer que se hace menos a sí misma nos hace menos a todas.

La subvaloración de la especie humana no es novedad, mucho menos lo es en el género femenino. Pero los matices nos han salvado de la extinción. La mala fama que las mujeres les hacemos a otras mujeres es subjetiva. La imagen que tenemos, cada una, de nosotras mismas, es intangible. Me gusta imaginar que Einstein pensaba en mujeres cuando se refería a la relatividad.

Una mujer desvalorada es todas las mujeres viniéndose abajo en la fémica bolsa de valores, la que cambia día a día, variando los bienes y servicios y sus costes, basándose en una sencilla, pero muy compleja mirada en el espejo de cada una.

La imagen bursátil de todas nosotras se mueve como la marea frente a la desestabilización de nuestra moneda corriente: actitud. Algunos podrán decir que nuestro más alto activo es nuestra imagen. Que lo que nos diferencia de los hombres, si existe tal diferencia, es la manera en la que nos presentamos al mundo todos los días. Si bien no es buen argumento que las mujeres somos maquillaje, vestidos, zapatos y productos para el cabello, sí lo es la forma intrínseca en que esas marimañas de la belleza nos permiten diferenciarnos, no sólo de los hombres, sino también de nosotras mismas.

Dice un gran escritor, al que no quiero nombrar sin estar segura de que sus palabras estén en mi memoria, que una mujer que no hace cosas de mujeres se convierte en un hombre.

Entiendo lo que quiso decir, pero no sé hasta qué punto. ¿Cuáles son precisamente esas cosas de mujeres que hacemos? ¿Qué le pasa a un hombre que deja de hacer cosas de hombres? ¿Qué tan fuerte es un comentario como ése en la actual escala de la misoginia? La que no es real, la que actúa como entretenimiento, la que les saca el tiempo y las energías a unas cuantas ingenuas que no saben cuál es su lugar.

Guau. Qué fácil es ser misógina en este clima de liberación de pensamiento.

Qué fácil es ser racista.

Qué fácil es ser clasista.

Qué fácil es ser homofóbico.

Qué fácil es derrumbar a la sociedad. Pero no es para menos cuando la

educación no nos da para elucubraciones más grandes.

La opinión es un castillo de papel sobre una piedra deformada, descansando en la punta de una montaña congelada. Lo mismo la postura social.

Ahora bien, es verdad que las mujeres jalamos al mismo lugar, y nuestra imagen se desvalora con la mala imagen de una u otra, pero al mismo tiempo cada una conserva su valor personal, y para asegurarlo, siendo colectivas, nos aseguramos de que la uva mala se desprenda del racimo antes de que otra crea que estar podrida está de moda. ¿En serio estoy usando fruta para esto?

María Casares nos dice que es más fácil hacer que pensar. Me hace imaginar a la mujer como un medio, como una herramienta.

Por ello, y porque soy lo bastante perezosa y no quiero buscar contexto en su revelación, decido ofenderme y decir que ella no me representa.

Viendo alrededor, una tras otra, todas convirtiéndose lentamente en pasas, expuestas al sol de la ostentación del exhibicionismo, me pregunto si no será la búsqueda de nuestro lugar una moda pasajera. ¿Son los hombres realmente misóginos cuando nosotras no les damos pie para otras opiniones? ¿O sólo estamos todos viajando a la velocidad de internet y sus interminables temas de conversación y conflictos insípidos?

Tal vez las mujeres somos otra fruta. Tal vez podemos tener todos los colores. Tal vez ni nos hace falta el respeto de nadie. Lo que hace falta es información, lo que hace falta es otra manera de ver la vida, no sólo la propia, sino también la ajena. Lo que hace falta es entender que una puede ser una uva en un racimo, una fresa en un licuado, o una manzana en un frutero. Qué horror.

Miro desde mi mesa un grupo de hombres capaces de reírse de cualquier letra del alfabeto. Miran su celular y evalúan las fotos de mujeres que encuentran en sus contactos de Facebook, como si esa representación gráfica les dijera todo lo que necesitan saber de ellas; de todas nosotras. Dicen de una que está buena, pero está loca. Dicen de otra que ella sí aguanta. Dicen de otra que para ella sí, sus respetos. Ya no entiendo bien.

De vez en cuando uno voltea a mirarme. Luego otro. Uno por uno se turnan como si estuvieran arriba de un carrusel.

Les aguanto la mirada y me pregunto si eso significará algo en su lenguaje. Qué palabras tendrán para una mujer que no les teme, pero tampoco los complace haciéndose socia de sus ideas instantáneas.

Todos han de tener más o menos la misma edad, que será la misma que la mía. No quiero cotizarme, pero estoy segura de que ninguno de ellos tiene algo

para llamar mi atención. No sólo porque su molesta conversación me ha predispuesto a juzgarlos como tontos superficiales, sino porque sus débiles intentos de hacer contacto visual conmigo me hacen asegurar que lo único para lo que les alcanza el criterio de sus cortas mechas de la libido, es para decir algo acerca de mi figura.

Los entiendo. No pueden decir otra cosa. ¿Qué más dirían si no hablan conmigo? De ser así lo harían como extensión de su deseo ferviente, como una muestra del control que no tienen, pero que tanto les gusta presumirse y medirse entre ellos.

No los considero misóginos.

Aunque sus comentarios tampoco son halagos. Supongo que cuesta mucho expresarse mejor. Menos difícil es quedarse callado, pero eso está prohibido en estos días.

Imaginemos que sí, que nos odian. Que son misóginos por asociación. Que entre sus planes está el quitarnos otra vez el poquito poder que nos hemos ganado. Pero entonces también hay que reconocer que nosotras los odiamos igual. Incluso más. Que, reconociendo su amor por nosotras, no podemos más que perdonarlos y buscar entre todos ellos al menos peor para compartir nuestra vida. Porque serán idiotas a ratos y misóginos y maleducados y malhablados, pero al final preferimos creer que eso es muestra de masculinidad y no de odio, y terminamos todas colgadas de sus brazos.

Entonces pienso: ¿No son estos pensamientos una muestra de que nosotras también tratamos de rebajarlos? ¿No somos también una muestra de odio?

No puedo terminar mis pensamientos.

Primero se sienta él, a quien estaba esperando.

Toni me llamó ayer para hablarme de un hombre con “necesidades especiales”. Me dijo que a las muchachas no les gusta salir con él, y quería preguntarme si yo me atrevería a probar suerte.

Le pregunté si se trataba de uno de éstos a los que les gusta golpear a su presa sexual; me dijo que no.

Le pregunté si es de éstos que les gusta que su depredadora sexual les golpee; me dijo que no.

Le pregunté si es de éstos que usan disfraces de bebés, con pañal y todo, y esperan a que “su mamá” los limpie y les ponga talco en las nalgas; me dijo que no.

Su esposa está embarazada de su segundo hijo, el primero apenas tiene

poco más del año de nacido, y entre esa esclavitud desesperada me imagino que este hombre necesita ayuda urgentemente, pero no de una dama de compañía, sino de un instituto nacional de familia o algo así.

Por lo que me dijo Toni, no creí que fuera un cliente de platino. Pero lo puedo confirmar ahora.

No sé por qué dije que lo haría. Es un hombre apuesto (cosificando al hombre), tiene 32 años, un bebé y otro en camino, y una esposa muy... ¿cómo decirlo? Innovadoramente precavida.

Se sienta después que su esposo, más a mi lado que al suyo.

—Clementina Sorrento, supongo —me dice ella arqueando una ceja, cargándole todo su peso al brazo de la silla cuando lentamente se deja caer en el asiento. ¡Tiene una panza enorme!

—Mucho gusto —le respondo neutra. No le doy la mano porque creo que sería pasarme del límite. ¡Ppff! Cosas de mujeres... creo.

—Pensamos que ése no es tu verdadero nombre —me dice ella otra vez. ¿Acaso no va a dejar que su esposo hable?

—Podrían tener razón, pero no importa en esta situación, ¿o sí?

—Parece que no —me contesta mientras mira a su esposo negando con la cabeza.

El mesero se acerca a nuestra mesa y lo atajan los hombres gritones para pedirle la cuenta. Cuando llega a nosotros, el matrimonio pide dos vasos de limonada y un pedazo de pastel para ella.

—Si tiene, póngale más chantillí encima, por favor —me mira ella fingiendo pena—. Los antojos. Sé que me entiendes.

—Podría, pero no completamente. Nunca he estado embarazada. Aunque si he tenido antojos.

—¿Antojos de comida en general, o sólo de los hombres de otras mujeres?

¡No puedo creer que haya dicho eso! ¡Ellos me contrataron! Van a pagar mucho dinero para que él tenga un desahogo que no consideran infidelidad, o eso fue lo que me explicó Toni, o me equivoco y el sexo es lo que menos les importa. Me da miedo pensar que pagaron para hacerme difícil este pedacito de mi vida.

La miro desatinada. No sé qué contestar a eso.

—Apuesto a qué creíste que ibas a tener un trío, ¿verdad?

—No, realmente no. Sus peticiones fueron muy específicas. Vine aquí sabiendo lo que tenía que saber.

—¿De verdad? ¿Qué es lo que sabes de esto, según tú?

Él recibe los vasos y el pedazo de pastel, sigue sin decir nada. El mesero muestra el chantillí y pide instrucciones para ponerlo sobre la rebanada de pastel.

—No sé cómo responderte —le digo cuando el mesero se ha ido.

—Podrías comenzar hablándome de usted. Lo apreciaría de tu parte. Y lo que te pregunté no es tan complicado. Dijiste saber qué estabas haciendo aquí y yo te pregunté por eso que dices saber.

—Bueno. Soy una dama de compañía —no puedo creer que esta bruja me haga bajar dos escalones de la seguridad que traía desde la mañana—, y me requirieron para... para...

—¿Ajá? —dice ella sin mirarme, llevándose la primera cucharada de pastel a la boca.

—... Me dijeron que él —lo apunto torpemente con la mano—, quería pasar un rato en mi compañía.

—Bueno, sí y no. Mi esposo sí quiere pasar un rato acompañado, pero no quería que tú lo acompañaras, mejor dicho, quería que otra lo hiciera. Aunque no lo creas somos clientes de tu agencia desde hace casi dos años. Hemos contratado a tres chicas, y mi esposo disfrutó mucho con la última, pero nos dijeron que no estaba disponible, que había salido del país. Me imagino que su mundo ha de ser muy interesante; viajando todo el tiempo, conociendo a hombres muy importantes y muy ricos. Nosotros sólo somos una pareja trabajadora que tiene un buen matrimonio gracias a la comunicación —¿dijo comunicación? ¿No se ha dado cuenta de que su esposo no puede ni levantar la cabeza?—. Nos mandaron una sesión de fotos tuyas, te ves muy bien en ellas, por cierto —¡qué perra! Me mira como diciendo: “qué lástima que tu realidad sea diferente a tus fotos”—, y mi esposo ha decidido que le gustaría hacerse con tu compañía por un rato.

Me quedo callada.

Debí pedir que me perdonaran la promoción por el resto del año, o al menos la reunión que tengo programada con el ingeniero Montiel el próximo mes. Donde además de acompañarlo voy a estar haciendo promoción.

—Espero que no te quedes callada cuando estés con él. Le gusta el ruido en el sexo. ¡No lo sabré yo!

Me pide las manos y se las doy. Me revisa cuidadosamente las uñas y las palmas.

—¿Traes en esa bolsa algo con qué desmaquillarte? No quiero que le embarres tus pinturas en la cara. Y ya que estamos en esto; tampoco quiero que

le hagas marcas en el cuello —¿en serio? ¿Con qué otras mujeres ha estado? —. De hecho, no nos gustaría que lo besaras, ni en la boca ni en ningún otro lugar. Excepto en el sexo oral, pero sabemos muy bien que eso no es besar.

—Me dijeron que no les gustaría que me pusiera muy íntima. ¿Es esto a lo que se referían?

—No. No queremos que te pongas a contarle tu vida ni que esperes que él te cuente la suya. Y por supuesto no vas a pedirle que se quede a dormir contigo.

—¿Puedo verlo a los ojos cuando me penetre? —le pregunto con desafío. Estoy harta de esta mujer.

—¿Disculpa? Los detalles de lo que hagan más allá de lo que estamos conviniendo queda entre ustedes. ¿Hay algo que quieras agregar? —le pregunta a su esposo.

Él responde que no con una voz firme, desconocida, como si alguien más hubiera contestado por él.

Los *muppets* misóginos que habían estado gritando en la otra mesa se levantan y se van, todavía van gritando, todavía van comparando los cuerpos de las mujeres que conocen. En nuestra mesa se hace el silencio.

Él se levanta y me pide la mano.

¡Es todo tan raro!

Ella sorbe su limonada y lo mira levantándole una ceja. Me mira después y me sonrío sin apartarse el vaso de los labios.

—Debes decirme adónde vamos —le digo a él sintiendo miedo por lo desconocido—, así puedo avisarle a mi guardaespaldas para que pueda ir a buscarme después.

—No te preocupes por eso, Daniel ya nos conoce. Además, mi esposo no te va a dejar en el hotel. Van a salir de ahí juntos.

Le doy a él la mano y me pongo de pie. Busco al mesero con la mirada para pedirle la cuenta de mi bebida, pero ella se antepone a mis actos y me dice que ella se encarga de pagar cuando se vaya. Le acomoda el cuello de la camisa a su esposo mientras se despide de él.

—Sobre el condón no hay discusión. O lo usas o lo usas. ¿Está claro?

Él asiente y yo me retraigo en algún rincón en mi incomodidad. ¿Está pasando esto?

Él me vuelve a tomar la mano y yo miro a su esposa para comprobar que no hay problema si mis dedos se mezclan con los suyos. Ella toma asiento y se despide con una sonrisa apretada y los ojos entrecerrados, acariciándose la

panza.

—Me llamo Joshua —me dice cuando vamos cruzando el estacionamiento, ya lejos de la vista de su esposa.

—Ya lo sé.

—Has de estar pensando en lo raro de la situación.

Me hubiera gustado decirle que no, que estoy acostumbrada a este tipo de escenas, pero no hay quien pueda decir eso.

—Es raro, pero los entiendo.

—Mi esposa tiene esta manía de complacerme, pero muy a su modo. Bien podríamos tener sexo nosotros, pero no quiere que molestemos al bebé.

De inmediato recuerdo que me dijeron que su otro bebé tenía apenas unos meses, y ella ya está a punto de explotar, otra vez. ¿Será él un adicto al sexo?

—No creo que puedan molestarlo si tienen sexo, al feto —le digo para no quedarme callada. No puedo quedarme callada con él.

—Es lo que yo le dije, pero prefiere no correr ningún riesgo.

Me abre la puerta de su carro, pero no espera para cerrarla cuando me subo. Aborda por su lado y suspira cuando pone reversa y maniobra para salir de su lugar.

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Claro. Olvida lo que te dijo mi esposa. No es tan estricta, pero no puede evitar ponerse nerviosa.

—¿Por qué contratan a una dama de compañía si bien pudieras simplemente masturbarte?

—No es lo mismo. Además, Rebeca no soporta que me masturbe. Dice que no es así como debemos hacerlo. Disfrutamos del placer y la libertad que nos da el ser adultos, ¿entiendes? Creemos que si tenemos ganas de sexo deberíamos ser capaces de tener sexo.

—¿En verdad les parece correcto pensar que soy una prostituta?

—¿No lo eres?

—Me gusta pensar que soy algo diferente. Que quien llega a mí bien puede tener sexo, o no, porque así lo desea como culminación de una buena experiencia. No porque su deseo lo llevó a mí en primer lugar. Me gusta cuando las personas que salen conmigo encuentran algo más que sólo mi cuerpo. Soy mucho más, y tengo mucho más que sólo eso.

—¿Entonces por qué la agencia nos enseña fotos de ustedes y no una lista de las virtudes de sus personalidades?

No pude responder a eso.

Si así va a ser, Joshua, entonces que así sea.

Me quedé callada hasta que llegamos al motel. Cuando entramos en la habitación me pidió que le hablara sobre mí.

—No se supone que no debo intimar contigo.

—Olvídate de eso. Háblame de tu día.

—Fui al restaurante directamente de mi oficina. No soy dama de compañía de tiempo completo. También tengo otras actividades.

Se puso detrás de mí, me bajó la falda y me quitó la blusa. Llevaba un bonito conjunto de ropa interior y no se atrevió a quitármelo tan rápido.

Me pidió que siguiera hablando mientras lo desnudaba.

—Estaba pensando, antes de que llegaran, en los hombres que odian a las mujeres, los que desean que cosas malas les pasen en su vida.

—¿Eso te hace enojar?

—No. Llegué a la conclusión de que como mi vida no es como ellos dicen que es, entonces esa misoginia no debe ser real, al menos no más real que una caricatura o un juego de poder.

—¿Te gustan esos juegos? —me hablaba excitado, como si me estuviera preguntando cosas sucias.

—A veces. Como todos, he tenido peleas sólo por la distracción de la pelea misma, como un ejercicio de relajación.

Me acosté a su lado, quedando de frente uno del otro.

Me llevó la mano a su sexo y me pidió que lo estimulara mientras lo miraba directo a los ojos.

—Me gustó lo que le dijiste a mi esposa.

—¿Qué le dije?

—Le preguntaste si podías verme a los ojos mientras te penetraba.

Le sonreí. Ninguna bruja liberal dicta órdenes sobre cómo debo tener sexo, ni me dice qué debo hacer.

Me pongo más cerca de él y le doy besitos que le dejan húmedo el labio inferior. En segundos está firme en mi mano. Le acaricio el cabello con la mano que me queda libre y le dosifico pequeños gemidos cuando sus dedos pasan por mis pezones.

—Bésame más —me ordena.

Le inundo los labios con mis labios, le dejo que pruebe mi saliva, que muerda mi lengua, lentamente, se le ha olvidado que traigo maquillaje, pero ni le importa. Mi mano derecha va y viene desde la base hasta la punta de su

pene, mi mano izquierda se ha estancado en su pecho, mis labios le recorren la cara, después el cuello, terminan en su oreja haciendo ruiditos en conjunción con el aire que sale de mi nariz y eso es todo.

Termina en mi mano.

Mientras se pierde en su orgasmo le muerdo la oreja y lo sigo estimulando.

Deja de respirar. Ni siquiera se mueve. Abre y cierra los ojos en parpadeos que parecen ralentizados en una edición de video. Cuando recobra la respiración me detiene la mano y se recuesta en su espalda. Resopla una vez. Dos veces. Su respiración se convierte en llanto.

Había escuchado que muchos hombres lloran cuando tienen un orgasmo. Siempre que me cuentan una historia así, pregunto la razón, y todas responden siempre lo mismo: se liberan.

Es un trance hipnótico en el que se encuentran en paz, algo así como tocar las puertas del nirvana y luego ver que hay un chocolate en una mesa en la orilla de un mar azul, puesto ahí para tu propio disfrute. Es el estrés saliendo en conjunción con la tristeza y la aceptación de una sensación más grande que uno mismo. No Dios; el Orgasmo.

Tan repentinamente como empezó se detuvo. Vino la risa. Yo me enternecí. Me reí con él.

—Me gustas mucho —me dijo tomándoselo en serio—. Te encontré en internet, en la página de la agencia. ¿Sabes que no cualquiera puede acceder a ese contenido?

—Sólo los clientes.

—Estaba de vago, viendo fotos de las modelos, tratando de masturbarme a escondidas de mi esposa, y te encontré. Me gustaste entonces y me gustas ahora. Pero mi esposa no debe saberlo. ¿Entiendes?

Hubo en sus palabras esa emoción desconocida que todos hemos sentido, el principio de la honestidad, la que precede a las palabras de amor. La sensación que nos une a alguien, o trata de hacerlo.

Supe que este hombre había pasado mucho tiempo viendo mis fotografías en la página de internet de la agencia. Supe que había llegado hasta a mí engatusando a su esposa, haciéndole creer que me elegía por casualidad, pero ya me había elegido desde hace mucho tiempo atrás. Supe que, de pasar más tiempo con él, incluso este mismo día, sería capaz de decirme que está enamorado de mí. No entendería que no soy la mujer que ha idealizado en las fotografías que se la pasa viendo en su celular.

No se conforma con sólo tener sexo conmigo, desea más que un orgasmo,

desea pasar tiempo conociéndome, y cree que eso es estar enamorado.

Tal vez yo estoy equivocada. ¿Quién puede saber lo que es estar enamorado? ¿Qué tal si ese sentimiento de inferioridad y anhelo es amor? Ese fuego que nos marca, ese gusano cerebral que no nos deja pensar en otra cosa. Obsesión, deseo, desesperación, frustración, no son las palabras con las que quisiéramos describir el estar enamorados, pero son las primeras en aparecer cuando tratamos de hacerlo.

Me acaricia la mano; no le importa sentir su semen en ella. Entrelaza sus dedos con los míos y me besa el cuello. No lo hace para disfrutar él, sino para que yo lo disfrute. Quiere darme un regalo. Quiere que ese regalo sea lo que siente por mí.

No puedo aceptarlo. Es demasiado comprometedor. ¿Qué haría con otro Licenciado Torrénz?

Vienen a mi mente las muchas relaciones que he tenido con hombres que se sentían en el borde de esa locura por mí. Siempre quise pensar que era su deseo por mi sexo, y nunca acepté que ellos pudieran ver la diferencia.

No digo que todos los hombres se hayan enamorado de mí. Es que ni siquiera sé lo que sienten cuando se enamoran, o qué consideran estar enamorados. Pero he sido mala, porque sé muy bien que tengo ese poder, si es un poder, sé que lo tienen todas las mujeres, y sé que todas sabemos que lo tenemos. Entonces creo que es más fácil asegurar que las mujeres no tenemos nada, sino que todos los hombres, o la mayoría, al menos la mayoría de los que yo he conocido, tienen una debilidad y son partidarios de dar el corazón cuando una mujer los trata bien.

Se acerca más a mí. Quiere que le abra el pecho y tome su corazón. Pero no puedo hacerlo. Ni aunque su amor no sea real, como el mío tampoco lo es, pero no puedo explicarle que lo que siente es la emoción de saber que yo existo, igual que él, y que en este mismo momento es incomparable esa revelación. Porque somos dos personas que se alegran de compartirse. Eso es a lo que llamamos amor. No entendemos que el amor no es ir más allá, sino escondernos todavía más en nosotros. ¿Cuánto vive un corazón fuera del pecho?

—Ponte el condón —le digo.

Se levanta y rompe el momento. Entra al baño y moja una toalla. Se la frota en la entrepierna y se pone el condón. Me abre las piernas y se tira arriba de mí. Le rodeo el cuello con los brazos y levanto un poco la pelvis para ayudarlo a entrar.

Todo el tiempo, mientras iba y venía, me repetía lo mismo entre jadeos:
—Te estaba buscando. Me gustas de verdad. ¿Entiendes?

Yo le apretaba la espalda y gemía, como si sus palabras me causaran espasmos, pero en mi mente sabía que me estaba metiendo en un juego que no quería jugar. Si este hombre termina y no entiende que lo que acabamos de tener es sólo sexo, si se convence de que mis movimientos, mis sonidos, mis besos, mis latidos, fueron causados por lo que dice sentir por mí, estaré en un problema muy grande.

Tan sólo pensar en su esposa buscándome por todos lados cuando él le diga que está enamorado de mí me causa escalofríos.

Termina dentro, gritando mi nombre, con los ojos cerrados, recordando mi sonrisa en alguna de las fotos de esa Clementina de la que está enamorado.

Esta vez no hay llanto. Esta vez no me conmuevo.

Se quita el condón y va a tirarlo al retrete. Vuelve a la cama y me pide que lo abrace.

Lo hago. Quiero entenderlo. Quiero desenmarañar todas las dudas de sus sentimientos, pero no puedo hacerlo. Aunque pudiera, lo que haría sería poner mis propias ideas en su mente. Entonces todo lo que él dice sentir y pensar es real. Tan real como yo aseguro tener sentimientos y pensamientos.

—¿Hace cuánto me descubriste? —le digo ingenua, jugando a que me halaga.

—Hace unos meses.

Supongo que recién había entrado en la agencia. Sé que impulsan a las nuevas en su agenda de promoción para darnos a conocer y así obtener sus ganancias y recuperar lo invertido, pero no pensé en la posibilidad de que un hombre se obsesionara conmigo a través de fotografías.

Se quedó dormido un rato. Yo aproveché para bañarme.

Cuando me estaba maquillando despertó y de inmediato se me abalanzó a la cintura. Me besó las caderas y trato de morderme el ombligo.

—¿Qué necesitas para irte a vivir conmigo? Además, claro, de que deje a mi esposa.

No sabía si lo decía jugando, ya muchos me lo han dicho, y sé que si pudieran me llevarían con ellos, pero en algún momento encuentran el límite y se lamentan de despertar del sueño, comprenden que sus comentarios son parte de la ilusión y se conforman con tocarme el cuerpo un momento más.

La mirada de Joshua, sus maneras extrañas, la relación que lleva con su esposa y otras ideas que me imagino le rondan por la cabeza, me hacen temer

por mi seguridad.

—Necesitaría sentir algo por ti —le digo atreviéndome a ir al lado de su molestia, con un tono que lo neutralice.

—No hace falta mucho, entonces.

Se levanta y va al baño a arreglarse. Vuelve vestido y me apura para que nos vayamos. Seguramente tiene horario.

Trato de despedirme antes de salir del motel para que se ofrezca a dejarme por ahí, donde seguro Daniel podría pasar por mí en unos minutos, pero me insiste en invitarme un trago.

Cuando llegamos a su bar favorito, según me dijo, nos encontramos a su esposa sentada en una mesa. Él me tomó de la cintura y me invitó pacíficamente a tomar asiento.

A mis ojos se les dificultaba encontrar sus ojos en la oscuridad, pero estaba segura de que ella me miraba con el rencor con el que nunca me ha mirado nadie.

Esperó hasta que llegaron nuestras bebidas. Dos tarros de cerveza. Ella estaba bebiendo soda.

—¿Cómo estuvo? ¿Le hiciste sexo oral? Le gusta el sexo oral.

Yo miré instintivamente a Joshua. Hasta hace un momento le temía, pero ahora estaba segura de que sólo él podría salvarme de su esposa.

—No. Hicimos otra cosa —le dije apresurada, llevándome la cerveza a los labios.

—Pero no me dejes así. Dime qué te pidió. Dime qué le diste por los miles que pagamos por ti.

—Me pidió que lo masturbara y lo hice. Después tuvimos sexo, normal.

—¿Lo besaste?

Me quedé callada. No me miraba. Le buscaba marcas a su esposo.

Él se las arregló para mirarme sin que ella lo notara.

—No nos besamos.

—¿Te lo cogiste bien? —me preguntó, después volteó con él—. Espero que al menos te la hayas cogido bien —volteó de nuevo conmigo. Yo miraba alrededor; esta mujer no sabe modular su tono, sentía que todos nos miraban—. ¿Te lo hizo de perrito? Le encanta hacerlo de perrito.

—Tuvimos sexo, tú sabes cómo. No la incomodes —le dijo él con el mismo tono que sólo es de él. Me sorprende que no parece temerle, pero tampoco la confronta. Aunque no hay razón para que lo haga. Aquí yo soy el juguete.

—¿Dónde terminó? ¿Dentro de ti? ¿O le complaciste alguna de sus cochinadas? Tienes unas piernas muy bonitas, de seguro trató de hacértelo en las piernas.

Ya no sabía qué decir. La miraba sintiéndome desencajada de la realidad. La escuchaba describirme escenas del sexo que no tuve con su esposo. Me preguntaba por situaciones como si me estuviera hablando de su día a día; sin rastro de apasionamiento, como si lo leyera de una lista impresa de un folleto médico. Que si me había pellizcado el clítoris, que si había tratado de meterme un dedo por el ano, que si había probado el sabor amargo de su semen.

Después de un rato, cuando ya casi terminaba mi cerveza, sólo escuchaba partes del cuerpo y algún verbo que involucraba esas partes.

De la nada, así como llegaron al restaurante, se fueron.

Pasó ella a mi lado y me acarició los labios con su pulgar. Me sonrió y no dijo nada más.

Cuando él se puso detrás de ella, esperando a que terminara de sentirme la boca, puso en mi mano una tarjeta con su número de teléfono, debajo había escrito “Déjame estar contigo otra vez”.

Los vi alejarse tomados de la mano. Ninguno trató de buscarme a través del cristal de la fachada. Me quedé sentada en mi lugar un rato más. Pensando en todo y en nada.

Metí la tarjeta en el tarro de cerveza que él había dejado a la mitad, pagué la cuenta y salí a buscar un taxi.

A veces el ocaso se confunde con el alba.

Acompañamos a Rodolfo al hospital. La cita era de rutina, no había nada que agregar a su condición.

El día que le quitaron la sonda le dijeron que los quistes en su próstata estaban creciendo y que de no retirarlos iba a empeorar muy rápidamente. Le programaron una cirugía para dentro de tres semanas.

Se le veía nervioso pero entero. Como siempre ha sido, como sé que seguirá siendo.

Llegué apresurada. El tráfico congestionado y la carga de trabajo en la oficina me hicieron imposible llegar antes.

Me estaban esperando fuera de la casa. El primero en acercarse fue Kevin. Me dio un abrazo cuando me bajé del carro y me preguntó por alguna situación que yo me había olvidado. Laura vino detrás de él y abrió la puerta para que Rodolfo pudiera subir. Le di un beso a cada uno y antes de que subieran saqué de los asientos traseros una caja sorpresa para mi papá.

Tomé las llaves de mi bolsa y entré en la casa mientras ellos se acomodaban. Abrí la caja a la mitad de la sala, corrí por un tazón de agua, lo puse a un lado de la puerta y salí corriendo. Cerré con llave; Laura me decía cómo desde su asiento.

Llegamos a la clínica quince minutos tarde. Nos advirtieron que la próxima vez no respetarían nuestra cita. Agradecemos y entramos Laura y yo al consultorio con Rodolfo.

Ninguna revisión, ninguna mirada a los ojos. Conversación de robot, movimientos mecánicos, respiraciones precavidas en el silencio. Más medicinas, menos esperanzas.

—Cada vez tengo menos fuerzas, doctor —dijo mi padre, cortando el silencio con una motosierra.

—Es normal.

—¿Cómo va a ser normal? Normal sería que pudiera recobrar me.

El doctor lo mira por primera vez a los ojos.

—Quítese la camisa, por favor, y siéntese de ese lado.

Le escuchó los pulmones, le escuchó el corazón, le pidió que tosiera, le preguntó por sus micciones. Le escuché decir que un poco de sangre en la orina sería normal en su condición. ¿Cómo puede decir eso?

No pude más. No me asusta la sangre, pero estoy atorada en este lugar, el que odio, por cierto, y tengo que sentarme junto a mi papá a ver cómo le

manosean el pecho, cómo lo tratan como si fuera un pedazo de carne sin nervios, o un animal del que no saben qué partes lo componen, y no puedo aceptar que la enfermedad sea parte de la vida, o que sea la vida misma.

¿Realmente la búsqueda primordial de la vida será la muerte? No. Es la reproducción. ¿Pero no hay insectos que mueren mientras se reproducen?

Salgo del consultorio y le hago una señal a Kevin para que no me siga. Salgo del edificio y me siento en la jardinera.

¿Realmente está muriendo? ¿O pueden los médicos devolverle la vida quitándole una parte de su cuerpo? ¿Cuándo fue lógico para nosotros mutilarnos para conservar la vida? ¿Qué le habrán hecho al primer hombre que propuso abrir el cuerpo de otro para extirparle un pedazo y así devolverle la salud? ¿Por qué no funcionan así otras cosas? ¿Por qué no podemos quitar nuestros pensamientos para que haya menos tristezas? ¿Por qué no podemos quitar nuestros actos para que el tiempo dé marcha atrás?

Kevin se sienta a mi lado. Me busca en la cara rastros de lágrimas. No he llorado, pero supongo que para él hubiera sido más fácil consolarme que hablar de cualquier otra cosa. Después de todo, lo único que nos une son sus recuerdos, y sólo los recuerdos de nuestro padre.

—Se va a poner bien, Tina.

—Lo sé. Vamos a comprar agua.

Nos levantamos para ir caminando al *7 eleven* que está cruzando la calle.

—Pronto podré pagarte lo que te debo. Conseguí trabajo.

—No te preocupes por eso. Me alegro de que te sientas bien aquí. No ha de ser fácil adaptarse a una ciudad nueva.

—Tampoco es difícil. *I mean* ... con el apoyo de ustedes.

—¿Qué haces en tu trabajo?

—Acomodo resmas de papel y hago inventarios en el almacén de una imprenta.

—¿Eres bueno con los números?

—No, pero me basta con lo que sé.

En la tienda nos separamos. Yo traigo unas botellas de agua y unas galletas, una lata *rtd* de alcohol y algunos caramelos. Kevin trae una bolsa de frituras, unas cervezas y pide dos cajetillas de cigarros.

—¿Cuántos días sobrevives con eso? —le pregunto apuntando a los cigarros.

—Sobrevivo y ya.

—¿Les cobro todo junto? —nos pregunta el cajero.

—Yo pago —nos dice Kevin.

Lo miro concienzudamente. Trae un corte detrás de una oreja. Lo que le oscurece un pómulo parece un golpe. El tatuaje en la nuca no lo tenía cuando llegó. El del brazo sí, pero no tenía tantos detalles; se lo ha hecho retocar. Huele bien y su ropa no parece sacada de un basurero, pero su actitud refleja suficiencia de pandillero.

—¿Cómo te diviertes, Kevin? —le pregunto cuando salimos del local.

— *Well, i've made some friends, ya' know?*

—Bien por ti —me niego a hablar en inglés con él porque no quiero que se le haga costumbre andar hablando así en casa de mis padres.

—Además he conocido a alguien.

—¿Una muchacha?

Me sonrío y asiente con la cabeza.

—Estamos saliendo desde hace un par de días... bueno, un poco más. Me gusta mucho, Tina. De verdad me ha hecho ver diferente toda mi situación.

—¿Cuál situación?

— *Ya' know! Our father is dead. The fact that i don't have nothing to live for. That kind of stuff.*

Lo dijo sinceramente pero no pude dejar de sentir que estaba exagerando. Aunque, claro, la muerte de Samuel es menos significativa para mí.

Le pasé la mano por la espalda y pude notar el tono de su musculatura.

—Nos tienes a nosotros —le dije mientras íbamos cruzando la calle de regreso al hospital—. ¿Acaso no soy tu hermana?

— *Yesss* —dijo arrastrando la s, mirándome con unos ojos que ocultaban algo más, algo que no quería indagar en ese momento.

—No estás fumando dentro de la casa de Rodolfo, ¿verdad?

—Nunca. A veces en su patio. Pero sólo cuando ya es muy noche.

—No quiero que les causes problemas —le dije como si los dos fuéramos adoptados, como si nos uniera un código de conducta de algún orfanato desaparecido, del que sólo han sobrevivido sus etiquetas—. Preferiría que te quedaras en mi departamento a que molestaras a Rodolfo. No sé muy bien cuál es su situación.

—No te preocupes por él. Yo lo estoy cuidando.

—Me hace sentir mejor saber que tú estás con él para ayudarlo —le digo cuando nos dirigimos a la jardinera donde estábamos sentados. Ya estaban ahí Laura y Rodolfo, esperándonos.

—Tú también estás con él. Tú eres su hija.

—Aunque estuviera viviendo con ellos no sería capaz de levantar a Rodolfo del piso, como tú lo hiciste. Por cierto, gracias.

—No me agradezcas. ¿Piensas que no lo iba ayudar?

Nos sentamos junto a ellos. Le paso una botella de agua a mi papá y la recibe como si no tuviera elección, como si fuera un acto reflejo de la poca opinión que tiene sobre el cuidado de su salud, la que le ha entregado a su familia y a sus doctores.

En mi bolsa traigo una tarjeta de banco, donde está depositado todo el dinero que tengo. Venía decidida a convencerlo para que fuéramos esa misma tarde a otro hospital, donde pudieran hacerle la operación esa misma noche y cuidarlo como se supone deben cuidarlo después de una cirugía. Pero investigué el precio y las instalaciones no son precisamente discretas.

Sabiendo que en los últimos meses les he dado el dinero que les he dado, y Kevin que me ha visto desembolsar más por él, levantaría demasiadas sospechas sobre mi vida si se enteraran de lo que cuesta la operación en un hospital privado.

Kevin y Laura me han visto en los brazos de un hombre que no parece un humilde trabajador. Me han visto bajarme de esa camioneta, que vale mucho más que la pequeña camioneta que se compró papá, y no una vez sino en varias ocasiones cuando he ido a visitarlos en el último mes. Ellos entenderían que mi novio, diagonal, amante, porque es obvio que uno de esos hombres no anda soltero por la ciudad, me da el dinero que le pido, aunque no sea así. Pero Rodolfo se sentiría más humillado si supiera que su hija “le vende su compañía” a un hombre casado, y eso que no se podría imaginar que cuando queriendo decir que soy la amante de un hombre casado está diciendo lo que en verdad soy: alguien que vende su compañía a hombres casados, hombres solteros, hombres con problemas, hombres que buscan tener sexo.

El sólo hecho de pensar que él podría enterarse de lo que realmente hago en mis ratos libres no me deja espacio para respirar. Es tanto el temor, que desde mi última visita, hace casi una semana, me he inventado un bache económico que no me preocupa, pero que me hace actuar lo suficiente como para que ellos me crean. Al menos él. Laura se ha de imaginar que estoy peleada con mi amante.

Quemaría mi departamento si supiera que alguna prueba incriminatoria está escondida ahí y Rodolfo me dijera que va de visita.

Así que no puedo pagar el hospital privado, no puedo darme el lujo de comprarle cosas que le harían más cómoda la vida. Pero pude comprarle algo

que al menos le traerá algo de felicidad.

Llegamos de vuelta a casa pasadas las siete de la noche. La cena estaba lista para recalentarse, según Laura, y como hoy me voy a quedar a dormir aquí, nada impide que mi papá y yo nos quedemos hasta tarde viendo algunas películas. En mi bolsa traigo dos: Los cazafantasmas; que él adora, y La bruja; que acabo de comprar y que la adoro. Quiero que él la vea. No son precisamente películas de terror, pero faltan cuatro días para Halloween y estaría bien ir calentando para las que de verdad nos dan pavor, y que seguramente veremos una tras otra el domingo que viene.

Me adelanto con pasos largos hasta la entrada. Abro la puerta y la mantengo en mi mano mientras se acerca Rodolfo.

—Papá, te traje un regalo.

Miro a Laura porque sé que a pesar de que ya sabe lo que es; se lo dije por teléfono antes de venir para que no pensara que la estaba traicionando, no quiero que haga un mal gesto, y si lo hace quiero que al menos sea mínimo y dirigido hacia mí para que no lo arruine todo para él. Abro la puerta para que lo vea y no hay nada.

Entro y me agacho para buscarlo. Rodolfo y Laura dan un paso al interior. Siguen sin ver nada. La sorpresa no se ha descubierto y ya está arruinada.

—Breco... —le llamo despacito, como si no fueran a escucharme los demás.

Apenas lo dije y sentí que mi papá se movió detrás de mí.

Le volví a llamar y salió corriendo de un pasillo, con sus patitas torpes y su cabeza atraída al suelo por la gravedad, con sus orejas yendo de arriba abajo con cada brinquito que daba.

Mi papá se aclaró la garganta, o se sonrió, o gimió, o algo, de emoción cuando lo vio.

Levanté al perrito del suelo y dejé que me lamiera los dedos. Se lo pasé a mi papá. Él no lo tomaba, pero podía ver que estaba muy emocionado.

—Papá, creo que este perrito te conoce.

Pataleaba en mis manos, meneando todo el cuerpo por la fuerza con la que movía la cola mientras miraba a Rodolfo. Quería saltar a sus manos.

Vi lágrimas en sus ojos, y Laura también las ha de haber visto, porque sonrió con él y se le colgó del brazo. Yo no quise descifrar lo que se me venía a la cabeza.

Muy pocas veces los vi tocándose, o mejor dicho, muy pocas veces vi que

Laura tocara a Rodolfo. Yo sabía que lo quería, a pesar de su frialdad, a pesar de su indiferencia, no podía negar que Rodolfo lo era todo para ella, y cuando tuve la edad para entender eso, también llegué a la conclusión de que se habían separado por mi culpa. Pensé que Laura se había distanciado de su esposo porque tenía celos de mí, o porque quería castigarlo por haber aceptado cuidarme, rompiendo su matrimonio.

Los veo ahora como siempre me ha gustado verlos, cuando tengo la oportunidad de presenciarlos de esta manera, y vuelven a mí la culpa y la impotencia de una suposición que de vez en cuando todavía me hace despertar por las noches.

Mi papá toma al perrito y yo les sonrío a todos. ¿No es verdad que los malos pensamientos se esconden detrás de las sonrisas?

—Ya sabes cómo se llama —le digo a mi papá. Este momento es sólo para nosotros dos... bueno, para nosotros tres.

Laura y Kevin entran en la casa y preparan la mesa para cenar. Rodolfo y yo salimos a la cochera para jugar con Breco.

Queríamos llorar de la emoción. Nuestro sueño compartido estaba jugando con su pelota frente a nosotros. No podíamos creer que hubiera sido así de fácil encontrar esa felicidad que por tanto tiempo nos negamos como si fuera inalcanzable.

En vez de llorar reíamos con las tonterías de Breco. Se tropezaba con su pelota. Se encontraba con un grillo y lo perdía de vista cuando saltaba lejos de él, lo reencontraba y le daba miedo olfatearlo. Después se le pegó a una pata y Breco salió corriendo espantado hacia nosotros. Mi papá lo tomó de nuevo en sus manos y dijo:

—Breco, cuánto tardaste en llegar.

Hablaba de su tristeza, de una sombra. Sabía que estaba pensando en la muerte. No quería decir que le quedaba poco tiempo y que le dolía saber que después ya no había nada para él. Ni Breco, ni Laura, ni el estorboso de Kevin, ni su camioneta, ni sus películas, o la comodidad de su casa. Me miró y me dio las gracias pasándome a Breco. En mi cursi pensamiento quise interpretar que me lo heredaba, que me hacía prometer que yo lo cuidaría si a él le pasaba algo. ¡Por supuesto que lo iba a cuidar! ¡Es nuestro sueño!

Solté un par de lágrimas y él me abrazó. Breco salió a buscar al grillo, pero ya no lo encontró. Cuando mis lágrimas se convirtieron en pensamientos difusos, me permití un poco de la vanidad que nunca me falta, excepto cuando estoy con Rodolfo, y pensé, sentada a su lado, acariciando los vellos de su

brazo, que también le dolía pensar que cuando se le acabara el tiempo yo desaparecería, y teniendo eso en mente me dije que no era justo para nadie. Desaparecería para él pero él no podría desaparecer para mí.

Breco caminó lentamente hasta nosotros y se sentó en los pies de Rodolfo, tranquilo, como si estuviera atado, mirando directamente hacia adelante. Sentí que la muerte nos miraba desde la acera de enfrente.

Terminando de cenar, Kevin se me acerca y me toma del brazo para apartarme del oído de Rodolfo.

—Voy a salir esta noche, Tina —me dice—. Voy a ver a Yesica.

—¿Así se llama? —le digo sin burla.

—No creo que vaya a volver tarde. Pero aprovechando que te vas a quedar esta noche, quisiera regresar un poco después de la medianoche. Ya sabes. Tú estarás al pendiente de Rodolfo.

—No te preocupes —le digo sabiendo que él ha estado aquí para cuidarlo todas esas noches.

—Quisiera pedirte un favor.

—¿Qué es?

— *Can i borrow your car?*

—¡Claro! Déjame ir por mi bolsa.

Entro en la sala y mi papá ya está viendo la calidad de las fotos en la galería de la edición *Blu-ray* de Los cazafantasmas. Saco de mi bolsa las llaves de mi carro y le sonrío para que no se le ocurra si quiera preguntarse algo.

Le pasó las llaves a Kevin y le arreglo la manga de la camisa. No quiero decirle que no beba mucho. No puedo dejar de preocuparme por la vida que me imagino le gusta llevar.

—No llesves a Yesica a esos lugares que te gustan. Y cuídense bien. No sabes qué puede haber en las calles.

— *Ok, mum!* —me dice entre avergonzado y divertido.

—¿Cuándo te hiciste ese tatuaje? —era una expresión en chino, o algo así.

Kevin se lo encuentra con sus dedos debajo de la clavícula, dudo que alcance a verlo.

—Un amigo del trabajo tiene un negocio de tatuajes y me lo hizo casi gratis.

—¿Te dolió?

—No, ya no me duele —me enseña el que tiene en la nuca. Yo le paso los dedos por el que trae debajo del cuello—. Todavía no está terminado. Falta un

poco de sombra del lado izquierdo, ¿ves?

Lo miro un rato más. No me importan sus tatuajes, ni siquiera sé en qué se perdió mi mente. Vuelvo a sus ojos cuando me habla.

—¡Tina! Te digo que si quieres saber lo que significa.

—¿Qué significa?

—Te va a encantar: Sopa instantánea hervida en tequila.

—¿Eso significa?

—Al menos eso me dijeron.

Me aprieta contra su pecho un rato. Es tan extraño sentir esto. Kevin es como cualquier otro hombre, pero hay algo que me limita a entenderlo. No puedo distinguir sus acciones ni sus intenciones como lo hago con los otros, como si se escondiera detrás de una puerta de grueso metal y sobre ella escribiera con pintura “Familia”, significando eso que no sólo está prohibido que indague, sino que sin importar lo que sea que oculte detrás de esa puerta yo debo apoyarlo.

—¿Hervida en tequila? —repito después de un rato y le sonrío.

Me dice adiós con la mano y anuncia a gritos que va a salir. Rodolfo le responde que se cuide y Laura llega hasta nosotros para interrogarlo un poco más. Que adónde va, que con quién, que a qué hora vuelve.

La miro y recolecto más de esta sensación desconocida. No sé si en verdad le importa, o si sólo cumple con un papel, sea el de madre, o el de adulto responsable.

Laura se fue a dormir después de que se dio cuenta de que La bruja no era una película de terror, mi papá y yo la vimos hasta el final. Nos encantó. Estábamos tan emocionados que tuvimos que poner algo más para poder ir a dormir.

Casi nos bastó con la desgana discusión sobre si debíamos ver *Manhattan*, de Woody Allen, o *Abre los ojos*, con Penélope Cruz. No es que sean películas aburridas, pero lo que menos quieres cuando estás emocionado es poner atención, y recordábamos que estas dos requerían de cierta concentración.

Vimos *Manhattan*. Los dos nos quedamos dormidos en alguna conversación que Woody Allen tenía con alguien, siendo él mismo. Cuando desperté, el menú principal del disco DVD ya se había silenciado. Apagué el televisor y desperté a mi papá. Lo acompañé hasta la puerta de su habitación y me fui a recoger los platos de donde habíamos estado comiendo la ensalada que nos

sobró de la cena.

Me fui a dormir inmediatamente después.

Desperté pasadas las cinco de la mañana. Debía ir a mi departamento por ropa limpia y a bañarme.

Toqué despacio a la puerta de la habitación de mis papás. Salió Laura con la cara arrugada, los ojos cerrados, sujetándose la bata con una mano sobre el pecho.

—Debo irme, mamá. Tengo que trabajar. Vuelvo esta tarde. Me despides de papá.

Le doy un beso mientras asiente casi dormida.

Abro la puerta de la entrada cuando ella cierra la de su habitación. Busco mis llaves en la bolsa y no las encuentro. Miro directamente a la calle y veo que mi carro no está. Kevin no vino a dormir.

Sangre de horchata.

¿Alguna vez has sentido que eres un regalo del cielo? ¿Que de alguna manera has llegado hasta donde estás porque eres mejor que todos? ¿Que nadie merece tu compañía, aunque vas tomada de la mano de alguien?

Así me siento ahora. Imbatible. Alta. Idónea. Mercurio como alma. Resistente. Con el universo dentro de mi cabeza, con la luz de todas las estrellas en mis ojos, que juzgan, que buscan y encuentran, que señalan y obtienen.

Llamé al licenciado Torrénz para que viniera a buscarme. ¿Por qué? Porque sólo tuve que enviarle un mensaje diciéndole que no quería regresar sola a mi casa. Estuvo en casa de mis papás de inmediato.

Viene molesto, pero no conmigo, no porque le haya llamado a las seis de la mañana para que fuera mi taxi, sino porque ha tenido que quedarse en casa con su esposa. O eso me imagino.

Me gusta verlo molesto ahora. Lo tomo como un desafío, como una petición. Es la oportunidad que me da el mundo de convertir a un hombre a la religión de la confianza plena y el alarde del sexo por el sexo. Piel que se hace lúdica. Sentidos que se devoran a sí mismos.

Me recargo en la ventanilla cuando salimos a la carretera. Sé lo que viene. Lo conozco demasiado bien. Como no le he dicho nada más que gracias por venir por mí, pondrá su mano en mi pierna, me acariciará un par de veces con el dedo medio y luego se retirará.

Ahí está.

Huele a alcohol. Supongo que no ha dormido en toda la noche.

En verdad está muy molesto. Ni siquiera me mira.

Se está divorciando de su esposa. Ni ella ni él quieren ceder la casa donde viven. Así que de vez en cuando se molestan mutuamente durmiendo en la misma cama, siendo educados, compartiendo las cobijas, frotándose la pomada para el dolor de pies uno al otro. ¿Quieres más, cariño? No te preocupes, no es molestia.

Pero a través de sus abogados se pelean como perros.

Se detiene fuera del edificio de mi departamento.

—Estoy en problemas, bonita —me dice.

—¿Te puedo ayudar?

—No. Nadie puede. Traté de venderle mi alma al diablo a cambio de uno de sus mejores abogados, pero no me contestó la llamada. Creo que porque

estaba hablando con ella.

—¿Tan mal se ven las cosas para ti?

—No te imaginas.

—Tienes una reunión hoy, ¿verdad?

—Sí. Trataremos de llegar a un acuerdo para agilizar el trámite.

—Un acuerdo que no te favorece, supongo.

—Lo quiere todo. Absolutamente todo.

—No debo meterme, pero creo que deberías terminar con esto.

—¿Dices que le dé lo que quiere para quitármela de encima? ¡Es el trabajo de toda mi vida!

—Sé que, a pesar de la ansiedad, a pesar de los problemas que te causa, te estimula pelear con ella. Te convences de que haces lo correcto y te defiendes con todo lo que tienes, porque no hacerlo significa perderlo. Pero cuando todo esto termine no va a quedar nada más. Incluso si te quedas con tu casa y tu dinero vas a pasar por una etapa de soledad, de resentimiento, de adaptación. Sentir lo salvaje dentro de nosotros es una experiencia extraordinaria, porque podemos darle sentido.

—Te tengo a ti, preciosa. Tú eres mi experiencia extraordinaria.

—Tú sabes a qué me refiero. Ganes o pierdas la demanda habrás perdido el tiempo.

—Tú no entiendes, mi amor. Es mi trabajo, es mi vida. Ella no tiene nada con qué refutar mis alegatos. No le soy infiel y nunca la he maltratado —lo miro sin decirle nada—. Al menos no puede demostrar que le he sido infiel.

—Yo entiendo que no es poco lo que puedes perder, te estoy preguntando si vale la pena luchar por ello como tú lo haces.

—Si no fuera por mí, ahora estaría lavando uriniales en la escuela de abogados, que es de donde la saqué. No era más que una sirvienta. ¡Ahora quiere quedarse con lo que yo hice!

—¿Quieres subir a mi departamento? —le pregunto tomándole la mano.

Se baja para abrirme la puerta. Yo lo espero, porque a pesar de que me molesta que lo haga, a él le molesta más que no lo deje hacerlo, y hoy, siendo la diosa que me siento, benevolente pero vigilante, quiero darle algo de paz.

—No puedo, hermosa. Tengo que ir a ver a mis abogados y prepararme para lo que me espera hoy.

Me besa sin ganas. De verdad está preocupado. Me toma de la cintura y me da otro beso pequeño, de despedida.

No espero a que se vaya. Entro al edificio y compruebo que en el

estacionamiento no está mi carro. Ni Kevin.

Subo las escaleras y me encuentro con Dubái saliendo de su puerta.

Otra vez el sexo lúdico. Otra vez las ganas de demostrarme que soy más que humana porque siento apenas un poco más de libertad de la que sentía ayer.

—Buenos días, Lorena —me dice sin mirarme. Sé que me odia porque desde aquel día cuando desayunamos juntos no le he vuelto a dirigir la palabra. Debió darse por vencido hace mucho pero no lo hace. Al menos reconozco que pega muy bien sus ideas en su cabeza.

—No me llamo Lorena. Deja de llamarme así —le digo sin mirarlo tampoco. Mi poder de diosa extravagante se está pudriendo y el perfume que queda me intoxica, me convierte en un limón con aires de grandeza.

—Perdón, es que nunca me has dicho tu nombre.

—¿De qué te sirve?

—De nada. Pero al menos podría estar seguro de que he estado pensando en alguien real todos estos días.

Sexo por el sexo. ¿Podría hacerlo? Podría, claro. ¿Pero qué hay después? ¿Lo vale?

—¿Dices que has estado pensando en mí?

—Sólo quería conocerte. No sé qué clase de hombre crees que soy, o qué clase de mujer eres tú, pero...

—¿Qué clase de mujer crees que soy?

—De las que se creen mucho para salir con cualquiera.

—No te estás ayudando, vecino Dubái.

¿Dónde guardan los hombres sus ideas de amor? ¿En la cabeza, en el corazón, o debajo de la ropa interior? Dice que ha estado pensando en mí, y no lo dudo, pero ¿por qué? ¿Simplemente porque le gusto? ¿Dónde guardamos las mujeres nuestras ideas de amor? ¿Existen realmente o vienen adheridas a otros pensamientos como extensiones de la culpa, el arrepentimiento o alguna consecuencia que nosotras provocamos?

—Como sea. Te vi y decidí decirte lo que estaba pasando. Eso era todo.

—No me dijiste nada —le digo sonriendo. Quiero lastimarlo. Quiero que me lo diga de frente, como lo hizo Andrei.

—El que no signifique nada para ti no quiere decir que no te lo haya dicho. Tengo que irme. Debo ir a recoger a Vruno del veterinario. ¡Ah! Se me olvidaba. Un hombre estuvo hace un rato sentado afuera de tu puerta. Creo que al menos tuve la oportunidad de decirte primero lo que seguramente él también

estará pensando.

Qué ridículo. Pero no lo culpo. Conozco a los hombres cuando hablan dolidos. No me parece prudente ponerme a pensar qué clase de mujer cree Dubái que soy. Es decir, ya lo sé. Lo veo honesto y afligido y me pregunto lo que me pregunto cada vez que conecto con un hombre. ¿Es él, debajo de esa bonita fachada genética, un hombre con sentimientos? Aunque lo fuera. No he decidido si los hombres con sentimientos son hombres genuinos o simples humanos.

¿Se construye sobre los sentimientos o construimos para llegar a ellos?

Giro la manija de la puerta para saber si está abierta, para darme una idea de si Kevin estará adentro revolcándose con Yesica en mi cama. Nada. Meto la llave y abre como siempre. Le llamo por su nombre, nadie me responde. No sé porque pienso que tiene una copia de las llaves de mi puerta.

No me queda tiempo para desayunar. Debo estar en la oficina en veinte minutos.

Peor que aguantar el sermón de buen jefe de Valentino es tener que llenar otro documento donde expliques por qué llegas tarde. Igual que el documento de permiso no vale nada, lo que quiero es evitar tenerlo de frente a mí, con sus ojos comprensivos, con sus palabras ensayadas, mirando de vez en cuando a su amada Xianya, detrás de mí, donde la imagino haciéndome caras a la nuca.

Salgo apresurada. Cierro con llave y encuentro a Kevin sentado en las escaleras.

—Kevin, necesitaba el carro en casa de mis papás, no aquí.

Viene Bruno subiendo las escaleras con un cono en el cuello. Detrás viene Dubái. Ambos hombres se miran instintivamente. Dubái mira lo mismo que yo en los ojos de Kevin y se detiene un momento a mi lado.

—¿Está todo bien? —no sé qué pasó, pero por un momento su preocupación fue real. Casi podía ver su corazón latiendo debajo de su camisa.

—Estamos bien, gracias. Él es mi hermano, Kevin.

Sin levantarse de las escaleras, Kevin le pasa la mano y se la estrechan por un segundo. Dubái me mira y en sus ojos adivino el arrepentimiento que debe sentir.

Sube hasta su puerta y cierra con fuerza, como si hiciera falta anunciar que ya está dentro de su departamento.

—Tina. *I fucked up!* —me dice Kevin sin mirarme

—¿Qué pasó?

— *I need your help, again.*

Regreso a mi puerta y abro para que pase.

—¿Dónde está Yesica?

—Anoche fuimos a un bar y comenzamos una discusión tonta acerca de cómo es posible ganar dinero si apuestas a las cartas.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—Le dije que tengo un sistema para contar las cartas. Seguimos bebiendo.
We were totally wasted.

—Kevin... ¿Dónde está Yesica?

—Lo único que recuerdo es que unos tipos se nos acercaron, debieron estar escuchándonos hablar de apuestas. *Out of the blue* estábamos sentados en una mesa de *black jack* en un basurero que se hacía pasar por casino. Perdimos todo lo que traíamos y todavía les debo cuatro mil pesos. Yesica se quedó allá. También tienen tu carro.

—¡Kevin!

—Lo sé, Tina. Fui irresponsable. *I feel like an asshole.*

— *That's because you are!* —me siento ridícula contestándole en inglés, pero pronto la furia vuelve a tomar control de mí.

—No merezco tu confianza, Tina. No conozco a nadie más. No sé quién más podría ayudarme. Pensé en Laura, pero...

—¡No te atrevas, Kevin! ¡No te atrevas ni siquiera a decirlo!

—No lo entiendes, Tina.

—¿Qué es lo que hay que entender, Kevin? ¡Eres un vago! ¡Eres un apostador! ¡Un juerguista! ¡¿Sabes lo que eso significa, juerguista?!

—Debe haber un error, Tina. Pero para arreglarlo...

—¡Un error! ¡Kevin, el error es que te hayas metido en un lugar así!

—Escúchame por favor. Es un error...

—¡No, Kevin! ¡Eres un idiota!

— *I am! Okey? I'm a fuckin' idiot! I'm a useless piece of shit! What else, Tina? Help me out! Why don't you just spit in my fuckin' mouth? Spit in my fuckin' mouth! Spit your fuckin' words! Do it!*

—Kevin, sal de aquí.

— *Do it!*

—Vete de mi casa.

— *No! Spit on my useless and fucked up brain! Tell me the asshole i am!*

—¡Vete!

— *I'm a piece of shit, Tina! Tell me already! Spit on my face!*

—¡Lárgate de mi casa!

— *You can't understand!...*

—¡Vete!

—... *Because you're too busy on your stupid little princess life!*

—¡Que te vayas!

— *You don't know what is to live a normal life! It is fucked up out there!*

—¡Vete!

— *You can't tell me what it is! You are too goddamn wrong! You put your ass on that chair over your office, on your fuckin' fancy back massaging chair, looking down to the rest of us! You can't tell me what it is! Because you don't know!...*

—¡Kevin, lárgate!

—... *You don't have a fuckin' idea on your stupid boring job! I live in a real world, Tina! You don't have any idea on how it is! You don't understand what it is out there! Because you're dead! Because you don't give a fuck on the real world!*

—¡No hay nada afuera! ¡Me dices que tú vives una vida normal! ¡Estás en un punto muerto! ¡Ni siquiera sabes de lo que estás hablando! ¡Todo se trata de dinero contigo! ¿Quieres dinero? ¡Tómalo, Kevin! ¡Llévate todo lo que tengo! ¿No te basta? ¡Toma mi tarjeta! ¡Mi NIP es cinco, ocho, uno, tres! ¡Llévate todo lo que tengo! ¡No sabes nada de mi vida! ¡No sabes nada de mí!

— *It's not about that!...*

—¡No quieres nada más!

—... *It's more than that! It is more than just numbers! Do you even dream? Are you capable of dreaming? Or are you just a fuckin' doll?*

—¡No quieres más! ¡Eres patético! ¡Lárgate de mi casa!

— *I'm not the stupid! You can't understand! I'm not unconscious! That's bullshit!*

La puerta debió estar medio abierta porque Dubái entró como un rayo y apartó a Kevin de mi cuerpo. Nos gritamos tan intensamente que no me di cuenta de que me tenía agarrada por un brazo.

—Será mejor que te vayas —le dijo Dubái a Kevin.

Salió pacíficamente. Mirándome con sus enormes ojos ahogados en culpa. No sé qué ojos tenía yo, pero en ese momento me debilité por completo y antes de desfallecer quise decirle a Kevin que yo también lo lamentaba. Pero se fue sin darme tiempo de unir las palabras.

Dubái me ayudó a juntar el dinero que estaba tirado en el piso y se sentó a mi lado mientras me reponía.

Cuando tenía seis años, Laura me dijo que no me metiera en problemas. Me dijo que yo era una niña bonita y que eso iba a hacer que otras niñas me

tuvieran envidia. Entré al salón de clases en mi primer día con la mente llena de fantasías. No de las buenas; de las malas. Creía que en cualquier momento alguna niña me jalaría la coleta, o me la cortaría sin que me diera cuenta. Pensaba que me espiaban en el baño y cada vez que alguien se reía, pensaba que se reían de mí. Cuando una bolita de niñas me miraba, imaginaba que iban a venir a darme la golpiza de mi vida. Pero no sucedió. Ni en mi primer día, ni en mi segundo día. Nadie me escupió el pelo, nadie me metió zancadilla, nadie puso una tachuela en mi asiento, nadie me robó el dinero del almuerzo y nadie me sorprendió haciendo pipí en el baño.

Todos mis temores se fueron al tercer día, cuando ya era parte de una bandita de niñas que hablaban de caricaturas, niños asquerosos, muñecas de moda, el maquillaje de sus mamás y las cosas que sus papás les compraban. Todas las ideas que tenía acerca de una pelea se evaporaron.

Nunca en mi vida había sido testigo de una. Mis papás son de los que se dejan de hablar y ya. Por la indiferencia de Laura, por el espíritu conciliador de Rodolfo. Mucho menos había sido yo la que se involucrara en gritos y ofensas.

Una vez acostumbrada a los gritos imparables de los demás en el salón de clases, me costó trabajo entender que los gemelos Rubiarte se estaban peleando de verdad, justo después de la clase de química, esto ya en la secundaria. No sabía qué debía hacer. Nunca había escuchado que alguien se ofendiera en ese tono.

Miré a los demás y los encontré a todos sonriendo. Yo no podía imitarlos. Era demasiada incomodidad para mí.

Pensé que nunca me iba a tratar a mí misma de esa manera. Ana Rosa me dijo que era porque yo no tenía hermanos.

—Gracias, Dubái. Creo que se nos pasó la mano.

—Yo también tengo hermanos. Sé lo difícil que es hacerlos entender.

No quise preguntar más. Por alguna razón sentía que a pesar de todo yo era diferente a los demás. ¿Restos de la diosa que me poseyó esta mañana? Quizás. Por ahora no lo puedo asegurar. Me siento de todo, menos esa diosa.

—Aún debo ir a trabajar.

Me levanto del sillón y acomodo todo en mi bolsa.

Le vuelvo a dar las gracias y lo veo como nunca lo había visto antes: como un hombre normal. No un guapo alzado, ni un tigre al acecho. Ni siquiera como un niño ingenuo o maleducado. Es un hombre como todos los demás. Ha

vivido cosas que los otros viven. Ha aprendido cosas que los otros han tenido que aprender. Ha hecho cosas que otros ya han hecho.

Ya no está el sexo lúdico, desapareció hace un rato. Quedan sus ojos y sus brazos desnudos, su sonrisa honesta y su figura humana.

Bajo las escaleras. Escucho que cierra su puerta y me detengo. La cabeza me da un par de vueltas. Pienso en segundo plano y de esos pensamientos alcanzo a recuperar una pregunta. La misma que me he estado haciendo desde hace mucho tiempo.

¿Qué estoy haciendo?

Al día siguiente hubo algunos muertos.

Lo encuentro recargado en un árbol frente al edificio.

Me mira y no sabe si debe acercarse. No entiende que la sangre que le corre por las venas es suficiente excusa.

Lo espero un poco más. Se siente el frío en el aire. Siento que lo que me separa de Kevin ahora mismo es mucho más grande que el ancho de la calle.

Soy yo la que cruza el pavimento y le encuentro los ojos. Estuvo llorando.

Le tomo los hombros y le obligo a mirarme.

—Sé que está mal lo que hago, pero no puedo parar —me dice esquivando mi mirada.

—¿Entonces no sucedió como me lo dijiste?

—Sí. Todo fue como te lo dije, pero me refiero a mi falta de control. Ahí mismo en el bar, perdiendo el dinero en el casino y después gritándote en tu propia casa.

—Es normal que las personas peleen, Kevin. Es parte de nuestros rituales de desahogo.

—Pero te dije cosas muy feas.

—Es verdad. Yo también te dije cosas que fueron muy hirientes. Por lo general es así como son las peleas. No me digas que no lo sabías.

—No es eso. Es que me duele mucho cuando sé que eres... Me duele mucho cuando recuerdo todo lo que me has ayudado.

—Unos gritos no van a cambiar eso.

De mi bolsa saco cinco mil pesos. No voy a decir que se los entregué con gusto, porque no es verdad. Pero si no se los doy yo, ¿de dónde los va a sacar? Le he dicho que no les pida nada a Rodolfo y Laura, sé que no lo haría y me imagino lo peor después. Podría estar tan desesperado que pienso que sería capaz de robarle a la gente, y eso me causa terror. El costo, no sólo monetario, sino también físico, mental, con reprimendas sociales, sería mucho mayor si tuviera que sacarlo de la cárcel.

Al principio no quiere tomarlos, pero bien sabe que no tiene opción. Ok, sí tiene opción; puede decir que no, pero eso significa solamente que no los toma de mí y debe salir a buscarlos a otro lugar.

Estoy segura de que aunque ya se siente mal por molestarme con este asunto, en su cabeza predomina la imagen de su novia, o lo que sea que Yesica representa para él, en ese casino barato, habiendo pasado toda la noche esperando a que fuera de día para poder salir a buscar ayuda, y ella todavía

esperando allá, rodeada de estafadores, ladrones, adictos al juego y otras especies no más agraciadas, mientras Kevin, que no es más que todos ellos, tiene que tragarse su orgullo, el que nunca antepone a sus impulsos, y tomar de mi mano el dinero, no sin sentir la picazón extraña que nos da cuando sabemos que no está bien lo que hacemos, la vergüenza, el arrepentimiento, y hasta el final, el alivio.

No tomó el dinero de mi mano. Le di un abrazo incómodo y se lo puse en la bolsa de su chamarra.

—Te prometo que te lo pagaré, Tina. Si hubiera sido sólo yo, me hubiera quedado encerrado en esa pocilga. Pero lo hago por Yesica.

Se fue sin decirme nada más.

Si me voy a la oficina en autobús voy a llegar tarde. No puedo hablarle otra vez al licenciado Torrénz para que venga por mí. Además de seguro ya está con sus abogados. Tendré que tomar un taxi.

Se abre la puerta de Dubái al mismo tiempo que yo abro la mía.

—¿Estás bien? Escuché tu puerta y pensé que había vuelto tu hermano.

—Gracias, está todo bien. Ya me arreglé con él, o algo así. No es una mala persona.

—Discúlpame, no quise darte a entender eso. Estoy seguro de que fue un mal momento.

—Vine a buscar el número de un taxi para ir al trabajo. No quiero llegar tarde y mi carro está con mi hermano.

—Te llevaría yo, pero no tengo carro.

—No te preocupes, el servicio de taxis está bien.

—Oye, la verdad es que me siento incómodo por lo del otro día. Sé que salió todo mal y no me has dado la oportunidad para disculparme.

—No tiene importancia. Ya lo había olvidado.

—Yo no.

Silencio cargado de pensamientos enredados.

Hemos tenido la ocasión de conectarnos, o al menos de hablarnos por un momento en el que todo se restablecía y ya está tomando ventaja de su situación. Por alguna razón no lo encuentro molesto. Hasta me dan ganas de darle un beso como muestra de mi gratitud, como una consciencia de su existencia al lado de la mía. Luego pienso que si por una pequeña situación en la que él no tenía parte ya siente confianza para sincerarse conmigo, aprovechando cada oportunidad que tiene para acercarse a mí, sería

insoponible lo que seguiría si le doy un beso. Además, esos impulsos no son entendidos. Lo desdoblaría todo hasta quedar en sus manos lo único que le interesa, habiendo descompuesto mi intensidad.

—Déjalo para otra ocasión. Ahora debo ir a trabajar.

Lo dejo atrás y cierro la puerta de mi departamento. No fue una salida limpia. Le he prometido otra conversación. Sé que la va a tomar en cuanto me vuelva a ver.

Llegué cuarenta minutos tarde. Nadie me dijo nada. No creo que nadie me haya visto si quiera.

Pasé directo a mi escritorio y comencé a colgar números de folio.

Lo mismo de siempre: unas voces aquí, unas voces allá, unos gritos muy lejos, risotadas a un lado de mis oídos, la visita de un par de hombres que me buscan conversación, la mirada de algunos otros que no buscan mi atención sino sólo la imagen de mi cuerpo sin la ropa, la que muy estudiada han de tener si pasan horas cada semana tratando de imaginarme desnuda, Valentino y Xianya caminando por todos lados, discutiendo proyecciones con porcentajes, como si fueran los dueños del edificio, como si su presencia fuera importante e irremplazable.

Para la hora del café ya había visto a Rocío tres veces. O mejor dicho, ya la había visto viéndome. Quién sabe cuántas veces me haya encontrado con su mirada. Me pone nerviosa pensar que quiere hablarme después de lo que le dije en aquella comida. Tantas cosas han pasado. Ya ni siquiera hablo con Fernanda. No me gustaría que me invitara a ser parte de su grupito otra vez. No puedo ser así de falsa. Volver a sentarme junto a ella pretendiendo que ya se nos olvidó lo que dije, sonriéndonos, contándonos historias. No. No puedo.

Cada vez que la descubro mirándome, me está sonriendo, y has de pensar que eso no es raro, pero sí lo es. Ella no sonríe como respuesta a una mirada. No es precisamente una mujer cordial. Se ve en sus ojos que lo que trae en la cabeza es una maldad.

En el fondo me imagino que se enteró de lo que hago y quiere extorsionarme o esperar a que esté en una posición desfavorecedora y exponerme ante todos. Creo que si ella tuviera un chisme como ése no podría esperar para desparramarlo por el suelo, haciendo resbalar a todos los que vayan pasando.

Clementina es una puta. ¿No sabías? Sale con hombres que le pagan. Dicen que ya todo el edificio se ha acostado con ella.

No es eso. No puede serlo. No hay manera en la que se haya podido enterar. Estoy completamente segura de que si lo supiera ya se lo habría dicho a todo mundo. Aquí estarían todas las demás, mirándome como si fuera una especie de animal encerrada en una jaula.

Ya no la vi por el resto del día. O me olvidé de ella, o ella se olvidó de mí. La vi hasta que caminé a los elevadores, a la hora de irnos.

Estaba con un par de hombres que trabajan en otro edificio; no sé qué intereses tengan aquí, pero se les ve por estos pasillos muy seguido.

Los hombres se despiden y se van. Rocío y yo quedamos solas, esperando el elevador.

Silencio.

Unos tacones detrás de nosotras pican el suelo cuando pasan.

Más silencio.

—Me enteré de que tu papi está enfermo —me dice sin voltear a verme.

—Es verdad.

—¿Qué tiene? Espero que no sea algo malo.

—¿Qué enfermedad no es algo malo?

—Es una lástima. Parecía ser un hombre muy fuerte.

Estúpida y... apestosa... persona... o cualquier alimaña que sea esta mujer.

¿Es esto el motivo de su risa? Cree que la enfermedad de mi padre es un motivo para verme débil. ¿O es que piensa que es mejor que yo por el hecho de que mi padre esté sufriendo?

La detesto. La detesto en serio.

Una vez, hace mucho tiempo, invité a un par de amigas de la oficina a la casa de mis padres para comer. Ella era una de las invitadas. Se llevó muy bien con Laura y creí que todo había salido bien. Ahora compruebo que Rocío es esta mujer que toma todo lo que puede para menospreciar a alguien. Bien pude dejar morir una flor y ahora mismo estaría hablándome de botánica para pasar sobre mí.

—Sigue siendo un hombre muy fuerte —le digo con toda la furia vibrando en mi garganta.

—Pues espero que sepa recuperarse pronto.

El elevador llega y Rocío sube primero. Quiero subir con ella, pero no puedo mover las piernas. Si no lo hago significa debilidad. Si lo hago no creo que pueda llegar a la planta baja sin darle una cachetada. La miro directo a los ojos mientras ella me sonríe con sus labios punzantes, venenosos. Sabe que mi

mirada es de odio y eso la alienta a mantener su fingida amabilidad. Detiene la puerta del elevador por segunda vez.

—Clementina, mi amor, si no vas a subirte avísanos, algunos tenemos prisa por ir a ver a nuestra familia.

Me di la media vuelta y me fui. Al principio caminé normal, pasos cortos, bien plantado el tacón. El corazón me dejaba sorda. Después salí corriendo. Había comenzado a llorar y no quería que nadie me viera. Sabía que de alguna manera alguien terminaría diciendo que me vio llorar y ese comentario llegaría inevitablemente a Rocío. Por nada del mundo debe saber que me rompió con su comentario.

Me encerré en el baño.

Al principio pensé que estaba llorando por el coraje y la frustración de no poder mandarla al infierno y ver cómo se le quemaba el cuerpo. Después sentí que estaba llorando porque ella tenía razón; mi papá siempre fue un hombre muy fuerte, y no era justo que alguien como él estuviera pasando por un momento como este mientras otras porquerías humanas andaban por ahí como si nada. Al final tuve que aceptar que estaba llorando porque a pesar de que no me gustara aceptarlo es verdad: mi papá está enfermo, y todavía me niego a aceptar que tengo que pensar en su partida. Cada vez que lo hago, cada vez que pienso que él podría morir y abandonarme, cambio de canal en mi cabeza y lo demás queda suspendido en una tentación de pensamientos no terminados, flotando en una jícara con vinagre, hasta que vuelvo a echar una mirada a la posibilidad de la muerte y lo comparo todo con la vida. ¿Por qué debemos morir? ¿Por qué el que muere no se borra de nuestros pensamientos? ¿Por qué pienso en la muerte cuando puedo ir a verlo ahora mismo, como el que siempre ha sido, como el que por siempre seguirá siendo?

Cuando salí del baño ya no había nadie. Alcancé a escuchar el sonido de una aspiradora cuando esperaba por el elevador. Más allá de los ventanales se escuchaba la vida de las calles. Me imaginé que todo estaría en su lugar cuando saliera y no había razón para que lo contrario fuera verdad.

La vida se había restablecido con mis lágrimas.

Me pregunto si alguien más sabrá que a veces, cuando todo está por venirse abajo, basta el llanto de alguien para arreglarlo todo. Esta vez fue mi turno de salvar al mundo. Pero sé que, en este mismo minuto, alguien, en algún lugar, hace que el elevador me lleve a la planta baja con la energía de su risa, o que otro dispone de la seguridad de un taxi para mí con su concentración, o que alguien más está a punto de llorar, haciendo que este mundo no pierda su

forma, recordándonos que todo está bien, incluso cuando nada lo está.

Dicen que llorar no arregla las cosas, pero quienes lo dicen no saben nada. El llanto crea mundos, y luego los destruye. ¿Soy una creadora y restauradora del mundo, o una llorona simplona?

Los extraordinarios tormentos.

Cuando llegué a casa de mis padres lo primero que noté fue mi carro estacionado en la acera de enfrente. Lo pasé de largo sin detenerme a inspeccionarlo.

En el estacionamiento de la casa estaba la camioneta de mi papá, no había sido movida de su lugar. Miré por la ventanilla del conductor y vi por un rato la figurita del perro en el tablero. La veía, pero no ponía atención. En el cristal también se reflejaba el cielo que a esas horas le gusta teñirse de rosa y naranja pastel. Levanté la vista y me perdí en pensamientos mundanos mientras miraba el lento caminar de las nubes coloreadas entre el cielo hecho de fuego. Me pregunté si sería posible conservar un pedazo de una nube rosa dentro de un frasco revestido de cielo naranja. Yo sabía que no, pero mis pensamientos no me dejaban concertar, como si les hubiera dado cuerda a las ideas bonitas, imprácticas e imposibles, se expandía mi mente con una parsimonia que me hacía sentir plena, recargada en la melancolía.

No hizo falta que tocara el timbre. La puerta estaba abierta y entré sin avisar de mi presencia. Laura estaba en la cocina. Fue la primera que me vio. Me llamó con la mano, en confidencia. En la sala estaba mi papá leyendo la primera parte de la escultura literaria que Marcel Proust dejó para todos nosotros. En busca del tiempo perdido. Por el camino de Swann. Un libro grueso con una portada muy bonita.

Me emocionó verlo entregado a esas páginas. Yo sabía de su deseo de leerlo desde hace años. Hasta prometimos comenzarlo juntos cuando él no se decidía. Nunca lo hicimos.

Levantó la vista para verme sobre sus lentes. Me sonreía, aunque no podía ver su boca. Me acerqué por atrás y le rodeé el cuello con mis brazos.

—Ya era hora de que empezara —me dijo.

Me puse a leer con él. Iba en la página ciento veintitrés. No pude terminar de leerla, él iba adelantado y en cuanto terminó la última línea dio vuelta a la hoja.

Le di un beso en la cabeza y me fui a la cocina. Mientras recorría el corto trayecto, revisaba el pasillo para comprobar que Kevin estaba por ahí. Quería hablar con él. Al menos quería saber que estaba bien, o no bien, pero como yo: arrepentido, incómodo, o algo raro por habernos gritado esta mañana.

—¿Y Kevin? —le pregunto a Laura cuando entro en la cocina.

—Salió hace rato. Dijo que venía a cenar.

—¿Cómo se la llevan con él? ¿Les causa problemas?

—Hija, no es tu responsabilidad preocuparte por él. No es molestia en nuestra casa y procura ayudar con lo que puede. Ya tiene trabajo.

—Me lo dijo. Pero me preocupa la forma en la que se divierte.

—No pasa nada si le gusta salir. A todos les gusta salir por la noche.

Sé que quiso decir “A todos los jóvenes les gusta salir por la noche”, pero no usa la palabra jóvenes sin antes medirla meticulosamente, porque sospecho que cuando la dice se siente vieja.

—Espero que sí venga a cenar.

—¿Por qué no me habías contado de tu novio?

—No es mi novio, mamá.

—Por la forma en la que te abraza yo no diría eso.

—Le gusto. Se siente bien conmigo.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Ay, Clementina. Como si no te conociera. Ya sabía que algo andaba mal.

—No es como piensas. Es difícil de explicar.

—Lo que es difícil es aceptar que andas en esos tratos. ¿Te da dinero?

—¿Él? Bueno, sí. A veces.

—Es mucho más grande que tú. Apuesto que al menos te dobla la edad.

—¿Crees que es importante?

—¿Está casado?

Me mira insistentemente a los ojos. Sé que no le importa nada de lo que me está preguntando, que lo hace por saber, sólo por deleitarse en los detalles de la vida ajena. Me incomoda saber que piensa que soy esa mujer. La que sale con un hombre mayor, casado, con dinero, y que soy yo la que le ha enseñado el buen vivir de la gente joven y lo convengo para que deje a su esposa por mí. Me lo dice Laura con su mirada. Lo peor es que no me desapruera, sino que parece divertida, hasta orgullosa, como si ella me hubiera enseñado todo lo que sé. Tal vez lo hizo sin que me diera cuenta. Tal vez yo acepté aprenderlo todo y ya no lo recuerdo.

—Se está divorciando —le digo, haciendo que su emoción estalle.

—¿Por ti?

—No sé, mamá. No hemos hablado mucho de eso. Sé que la está pasando muy mal con los trámites y la demanda.

—Seguro su esposa quiere dejarlo en la calle.

Me quedo callada. Me puse a imaginar qué haría ella si Rodolfo le pidiera

el divorcio. ¿Trataría de quitarle la nada que posee mi papá? ¿Sus libros, sus películas, su camioneta? Sobre todo la imagino tratando de quitarle su dignidad. Laura es de las que apuntan a lo que más valora un hombre. Sea material, sentimental o de estructura social. Nunca la he visto como una mujer interesada, mucho menos como una mujer sin sentimientos. A pesar de que no los expresa, sé que vive por lo que siente. Lo mezcla todo muy bien con sus propias ideas y la forma que tiene de ver su vida y la de los demás, pero estoy segura de que, a solas, cuando nadie la mira reaccionar, lo único que le preocupa son las implicaciones sentimentales. Me pregunta por el dinero de mi novio. Me pregunta por su divorcio. Sé que se imagina una boda lujosa para mí. Pero siempre, por más terribles que hayan sido sus demostraciones de banalidad, pienso que lo que le preocupa es mi estabilidad.

—No quiero meterme en esas cosas. Le dejo hacer lo que tenga que hacer.

—No ha de ser un hombre estúpido. Mira que haberte encontrado, y una vez que te conquistó se lanza con todo lo que tiene a batallar el divorcio para estar contigo sin culpas ni presiones. Sabe lo que vales.

—No es tan sencillo, mamá. Ni siquiera es mi novio.

—Él no lo ha de ver así.

Nos quedamos calladas.

Terminamos juntas de preparar la cena. Se apoderó de mí una sensación de libertad que hace mucho no sentía. No sólo la posibilidad de hacer lo que quiera, también el conocimiento de las responsabilidades que trae el ser libre. Fue como si en ese momento pudiera decirle a Laura que soy una dama de compañía en una agencia de edecanes, y ella lo comprendería. Mi libertad alcanzaría a cobijar a todo el mundo. O era la libertad y seguridad de Laura la que me recibía bajo sus alas.

A veces no puedo distinguirme de ella. Bien o mal me hice a su imagen, pero siempre me esforcé por superarla; en todo. No supe si lo había logrado. De pronto, y sin ningún aviso, yo fui otra persona. Ya no quería ser mejor que Laura, sino diferente. Pero nunca dejé de competir con ella. Le mostraba mis vestidos, le presumía mi maquillaje, le prestaba mis anillos de compromiso; los dos, le veía un peinado y yo lo usaba la próxima vez que nos veíamos, dejándole ver que se veía mejor en mi cabello. Era una competencia, y era también la búsqueda de su aprobación, convenciéndome de que no me importaba.

Ahora estoy segura de que no me importa. Aquello era un juego que jugaba con ella. Un mundo aparte del mundo real, aparte de la vida que yo quería

tener.

Cuando Rodolfo me invitaba al cine, me encontraba en mi habitación, tocaba a la puerta y me miraba fijamente a la cara, a mi maquillaje; no le gustaba. Yo corría al baño y me lavaba la cara para que me sonriera a mí, a Clementina, su hija, y no a una copia superada de su esposa. Laura me enterraba en un mundo en el que yo podía desenvolverme con naturalidad y encanto, y Rodolfo llegaba a sacarme del hueco, mostrándome que ése era un mundo muy pequeño. Tan pequeño que aprendí que no hay nada de malo en la vanidad. Es una montaña muy bonita y pequeña. Cuando llegas a la cima ya no hay mucho por hacer.

También quería ser como Rodolfo. Pero me daba miedo superarlo. Pasé toda mi adolescencia pensando que no había nadie como él. Me dediqué a adorarlo, aprendiendo a pasos lentos, comprendiendo a saltos apresurados para poder rodear la inevitable verdad. Tan fácil como oprimir un botón, yo podría tener lo mejor de Rodolfo en mi mente, en mi actitud, en mis movimientos. Pero no quería ser como él. Porque quería seguir amándolo. Tampoco supe cuándo lo superé. Fue ineludible.

Todavía vengo a su casa pretendiendo que no sé las cosas que él me dice, haciendo como si todavía pudiera aprender algo de él, como si todo lo bueno que tiene no hubiera sido ya transferido a mi cuerpo. Entonces él es un hombre infinito.

Me acerco a Laura y le doy un par de besos. Le gusta que sea cariñosa con ella, aunque no lo demuestre. Le guardo rencor, pero también la sigo amando. Todo lo que me ha enseñado es de gran valor, es un libro negro, del que se sabe su influencia, pero nadie ha podido fotocopiarlo, transmitido de mujer a mujer, con las bases de todo lo que no debemos hacer, pero que lo hacemos porque nadie nos lo impide, y es de gran ayuda cuando ya no te quedan opciones.

No es que no aprecie la vanidad, mamá, ni que no valore esa figura consagrada de la mujer frágil y dependiente, pero ahora es mucho más fácil vivir una vida de verdad, con todos sus sentimientos y con todas las ventajas. Me gusta vivir esa vida tal cual me la enseñó Rodolfo, con las comodidades y los trucos que tú me enseñaste.

Me gustaría decírselo sin que sienta que la ofendo.

Se abre y se cierra la puerta de la entrada. Volteo la mirada para ver a Kevin acercarse a la cocina. Se desliza entre Laura y yo y pica de una sartén y de otra.

Le tomo el hombro y le sonrío. Trae un golpe debajo del ojo izquierdo, todo el pómulo se le ha coloreado. Laura me mira y entiendo que ya lo habían visto así.

Lo jalo del brazo y lo llevo fuera. Él no pone resistencia y me tira una cuerda de fraternidad y confianza con cada paso que accede a dar lejos de la casa.

—¿Kevin? —quiero preguntarle, pero no sé cómo.

—Conseguí ocho mil, Tina. Es casi la mitad de lo que te debo.

Pone en mi mano un montón de billetes arrugados y viejos. Ahora más que nunca temo preguntarle por el golpe. Ni siquiera le pregunto por el dinero.

—No seas así, Kevin. No voy a aceptar este dinero. Tómallo.

—Es tu dinero, Tina. Comprendí algunas cosas hoy.

—No te hace falta comprender nada. Por favor, toma el dinero.

—Acéptalo. Prometo pagarte el resto en cuanto pueda.

—Kevin, bien sabemos que no te he prestado dinero. Te he ayudado, y eso es diferente. No sé qué hiciste para conseguirlo, y me siento mal. No debí hacerte sentir que me debías algo.

Compruebo que ha hecho algunas cosas indebidas para conseguir ese dinero cuando lo toma resignado de mi mano.

—¿Estás segura? No sé cuándo podría pagarte.

—No me debes nada.

—Al menos recuperaré tu auto tal cual me lo prestaste.

—Ya lo vi.

Le pongo una mano sobre la mejilla. Le acarició el golpe. Él contrae el entrecejo y se queja por el dolor.

—¿Estás en problemas? —le pregunto.

—Puedo arreglarlo. Sólo necesito devolver este dinero.

—No te voy a preguntar más, entonces.

De la casa sale disparado Breco, detrás de él Rodolfo con la correa del collar.

—¿Lo llevamos a caminar, hija?

—Tengo algo que quiero decirte —me dice Kevin—. ¿Te quedarás después de la cena?

Asiento con la cabeza. Kevin entra en la casa. Breco se me abalanza a las piernas y Rodolfo me pasa la correa para que lo asegure con ella.

Le dimos la vuelta a un par de manzanas. Nos encontramos con un gato afuera de una de las casas y Breco aprendió que a pesar de su aparente

pasividad, los gatos no son animales sociables.

Todo el tiempo estuve pensando en Laura y Rodolfo. En si habían sido felices. Siempre parecieron una pareja estable, pero no estaba segura si se ocultaban secretos. Si eran infelices por dentro. Si se sentían miserables en la compañía del otro. Miraba a Rodolfo encantado con la energía de su cachorro. Otra vez me convengo de que ellos se aman y han sido felices juntos, a pesar de mí, o conmigo.

Durante la cena recordé mi infancia. Tuve malos momentos, sobre todo cuando supe que era adoptada. Tengo malos pensamientos respecto a esa época, pero es un punto negro en una hoja blanca. Una macha diminuta en una sábana extensa de felicidad. Fui feliz viviendo con Laura y Rodolfo, y recuerdo que ellos fueron felices viviendo conmigo.

Los recuerdos oscuros parecen tener más peso que los recuerdos claros, pero al final no pueden sostenerse. Vuelven una y otra vez, los veo tan nítidamente que siento que los estoy viviendo, pero son recuerdos débiles. Se van y no dejan rastro en mí. Después de un tiempo regresan y se vuelven a ir.

Las malas manzanas son las primeras en caer del árbol.

Kevin me pasó las llaves de mi carro discretamente mientras veíamos televisión en la sala. Hay algo que a mi papá le gusta tanto como los musicales: los documentales sobre la naturaleza. Estamos viendo la vida de los animales en África. Estoy segura de que ya lo ha visto al menos un par de veces, pero pone tanta atención como si lo viera por primera vez.

Le toco la mano a Kevin y hago que me siga. En la calle la noche se ha estacionado y su oscuridad hace placenteros los destellos de la luz de las farolas. Hay niños jugando y adultos paseando. Los vecinos riegan su jardín y abren sus puertas para que entre viento fresco.

Kevin y yo nos sentamos en el borde de la acera. Breco juega con las hojas secas que truenan debajo de sus patas.

—No me merezco que me ayudes —me dice en tono serio, bajando la cabeza, permitiéndome ver que en sus palabras hay más que una simple racha de malas decisiones.

—Eres mi hermano, cómo no te voy a ayudar.

Hubo un silencio enorme. Breco iba y venía con hojas en el hocico. La noche se fue haciendo densa, el frío fue entumeciéndonos el pecho, la luz de las farolas de la calle no fue suficiente para alumbrar lo que Kevin se resistía a decirme.

—Pero te he mentado, Tina. A ti y a todos.

Me quedé callada. Has de pensar que no sé dónde estoy parada, que soy una doble cara, o que tengo doble moral. Por un lado, me dedico a escuchar los problemas de hombres que no conozco, a algunos no los vuelvo a ver, y por otro lado no me gusta indagar en los pensamientos ajenos.

No me gusta verme como un álbum de secretos. No me gusta hablar de mis sueños y no me gusta que otros me hablen de los suyos, porque es inútil, porque nada se puede sacar de ellos. No puedes conocer a las personas por lo que sueñan. Tratar de darle un sentido a esa conversación es como explicar lo que es un color. El rojo es rojo y en mi sueño bailaba con la luna mientras el sol nos miraba escondido en una alcantarilla.

No tengo pesadillas constantemente, pero cuando las tengo no paran en algunos días. La última vez que hubo maratón de pesadillas en mi mente fue hace unos meses; fue tan extensa la rutina, tan delgada la línea que dividía esos horrores de mi vida, que terminé acostumbándome, desensibilizándome. Ahora una pesadilla para mí es un sueño más. Supongo que por eso no me

sorprendió lo que Kevin me dijo.

—¿Recuerdas que te hablé de *Alice* ?

—La señora que te cuidó cuando murió mamá.

—La señora que me cuidó cuando murió mamá, es mi mamá. Yo no soy hijo de Liliana.

Lo miro sin saber qué decirle. La verdad es que no me sorprende que me haya mentado de esa manera. No quiero decir que no me importa, pero siento tan poco la realidad, o la mezclo tan bien con mis limadas expectativas, que me llegan sus palabras como si estuviera leyéndome el capítulo de un libro que he leído muchas veces. ¿Estoy muerta por dentro? ¿O es que en verdad no hace diferencia? No me gusta escandalizarme por nada. No soy de las que levantan las cejas por cualquier tontería. Kevin no es hijo de Liliana. Yo tampoco lo fui.

—¿Alguien más lo sabe? —le pregunto seria.

—Se lo dije a Laura unos días después de que llegué. Me trata tan bien que me sentí culpable sabiendo que vine a pedirles ayuda.

—¿Qué te dijo ella?

—Que no te lo dijera.

—¿Por qué?

—Dijo que te haría bien conocerme como tu hermano.

—Pero sigues siendo mi hermano. La muerte de Samuel nos unió. ¿O no eres hijo de Samuel?

—Sí, lo soy.

—¿No nos hace eso hermanos?

— *I think so.*

Desviamos nuestra atención a Breco. Estudiamos sus movimientos a detalle, fingiendo que no podíamos seguir hablando para no perdernos algo importante en la conducta canina. Poco a poco me fui sintiendo incómoda, dejando entrar el pensamiento que me decía que, en realidad, aunque Kevin fuese hijo de Liliana, seguiría siendo un extraño para mí. Me enfurecí conmigo misma cuando llegué a la conclusión de que no hubiera sido necesario que me dijera que su madre es *Alice* para sentirlo un extraño. ¿Y si el que hubiera venido a verme, a pedir nuestra ayuda, hubiera sido Samuel? ¿Cómo hubiera reaccionado yo? ¿Cómo hubiera reaccionado Rodolfo y Laura? ¿Qué hizo Kevin para generar empatía en nosotros, en mí?

Entramos a la casa ridículamente tomados de la mano, aunque no hacía falta

reafirmar nuestra relación. ¿Qué relación es ésta? No lo sabemos. Al menos yo no lo sé. Pero no me atreví a soltarlo. No le hace daño una muestra falsa de cariño. O no falsa, pero al menos no intencionada.

Él fue directo a su cuarto. Yo me quedé en la cocina un rato, bebiendo un vaso de agua, calculando las posibilidades de que Kevin fuera un estafador.

En la sala comenzó a sonar un disco que mi papá quería que yo escuchara. Fui a sentarme junto a él. Estaba terminando de leer una revista. Laura estaba del otro lado, haciendo una bufanda.

Por un rato no escuché nada; vivía en mis pensamientos. ¿Debería pedirle la foto de Liliana a Kevin? ¿Qué valor puede tener para él si no es su mamá? ¿Qué valor puede tener para mí?

Un saxofón deprimido se hace con la luz de mi atención. ¿Por qué la música triste es tan hermosa? No hay nada que se haya inventado en este mundo que sirva mejor para expresar emociones. Ni el español puede en un tú a tú contra la música.

—¿Podemos escuchar esa canción otra vez?

Catorce minutos de repeticiones de guitarra y la agonía de un saxofón. De repente se escuchaba el respiro de un chelo.

En un momento que yo no calculé, desvié la mirada del techo a los ojos de Laura. Me había estado mirando fijamente. La miré con la misma intensidad y la derroté en su juego. Pero la que había perdido era yo. La conozco, la conozco demasiado bien como para ignorar esa sensación que sólo sus ojos pueden dejarme. Me estaba escondiendo algo. O sabía que Kevin me había dicho que Liliana no era su mamá y tenía ganas de darme su opinión, pero no se lo voy a permitir.

La revelación del secreto me había dejado un hueco similar al que me dejó la muerte de Samuel. Un vacío que no significa nada, pero que, como si fuera un ente real, manipula mi mente para hacerme creer que el problema está en mi estómago mientras se abre camino al fondo de mi cabeza. Es una de esas trampas para bobos, jueguitos sencillos que se complican para las personas que están acostumbradas al peso de los problemas serios. La solución siempre es la más sencilla, pero no queremos lo sencillo, queremos lo que puede terminar con nuestra vida, porque así somos héroes cuando podemos superar una muerte, o una traición, o podemos decir que lo que no nos mata nos hace más fuertes, cuando lo tuyo es alimentarte de la lástima de los demás. Yo no quiero la condescendencia de Laura. Me moriría si Rodolfo me tuviera lástima.

¿Qué mal puede hacerme su enfermedad si todavía puedo sentarme a su lado y escuchar un disco que me da ganas de llorar? No porque sea triste, sino porque es genial. ¿Qué importa la mirada de Laura tratando de situarme en un lugar que ya no me pertenece, como la hija pequeña a la que le ayudaba a peinarse? Es evidente que sabe más cosas de las que yo sé, cosas importantes respecto a esta familia. Kevin no es su sobrino, al menos no como yo lo soy. ¿Qué diferencia hace? ¿Qué importa que Kevin pueda perder el equivalente a un mes de salario en una noche jugando cartas? ¿Acaso no hay muchos más allá afuera, en este mismo momento, haciendo lo mismo? Todo parte de un problema que se hace con sus soluciones. El mundo no ha perdido su curso, porque su curso es hacernos perder a todos nosotros. Pero, ¿qué hemos perdido en realidad? ¿Hay algo que sea verdaderamente nuestro como para que nos duela perderlo?

El único problema, el más grande, incluso más grande que la muerte, es el miedo a la soledad, que bien podría ser una derivación del miedo a la muerte. He conocido hombres que buscan compañía, que darían todo lo que tienen por no quedarse sin ella, porque les aterra estar con ellos mismos; esa es la soledad. He conocido a hombres que les gusta que los acompañen en su soledad, no porque teman al vacío, sino porque a veces no quieren estar solos, pero tampoco quieren dejar de estarlo. He sido parte de los dos. Ahora me gusta acompañarlos. Que vean que siempre se puede sentir algo más, incluso cuando ya lo habíamos sentido, cómo es diferente cada vez que lo sentimos.

Recordé que Rocío me había hecho llorar hace un par de horas y el problema cambió de color. Me recargué en el hombro de Rodolfo y me convencí de que por él era justificable llorar.

Pensé un rato en cómo he tratado de sacar lo mejor que todos los hombres llevan en su interior.

Me sentí superpoderosa cuando supe que lo único que hacía falta para que un hombre fuera el que quería ser, era conocer a una mujer como yo. Alguien que ya no quiere ser mujer, sino lo que sigue. Que les hace ver que ellos tampoco quieren ser hombres, sino lo que sigue. Que el vacío que todos ellos tienen en el interior no debe llenarse, sino trasladarse del pecho a la cabeza, donde no sean suficientes las ideas para entretenerse, crear la adicción de hacerlo todo. Que vean que nosotras también tenemos ese vacío, que cuando lo ponemos a su lado no lo hacemos más grande, sino que lo vamos conciliando con el nuestro. Dos soledades revestidas una con la otra.

Viendo la mirada de Laura me doy cuenta de que ella me hizo la mujer que

soy. Pero escuchando los sentimientos de Rodolfo en sus discos, puedo asegurar que él me hizo la persona que soy.

Los hombres me han dado regalos, y los he odiado por eso, incluso Rodolfo trató de comprar mi felicidad cuando era niña, cuando podía ser justificable. Los entiendo; no es fácil demostrar lo que sientes cuando nunca te has sentido así. Para colmar nuestra maldad, nos hemos convencido de que los sentimientos y las ideas tienen un valor proporcional en las cosas. En nuestra mente no hay opción así de obvia; podemos expresarnos comprando cosas, podemos celebrar nuestro amor lanzando confeti al aire, podemos dejar una marca en alguien comprándole algo valioso, y mientras más valioso sea el objeto, más valioso es el sentimiento, y por lo tanto, más valiosa es la persona. Rodolfo lo ha entendido bien, me lo ha enseñado. Sé que se disculparía conmigo si pudiera, me pediría perdón por haberme comprado esas muñecas horribles, por haberme dicho que lo más valioso que hay en la tierra es el oro.

Le basta con enseñarme, y no con una aburrida lección, como yo lo hago, sino con el ejemplo.

El valor proporcional del dinero es el dinero.

Mi papá me muestra sus películas, me habla de sus libros, escucha sus discos conmigo y comparte el amor de su perro. ¿Cómo no amarlo? ¿Cómo creer que él no me ama? ¿Cómo negar el vacío que se condensa cuando pienso que algún día ya no estará?

*Coff, coff, complejo de Edipo, coff coff.

No me importa. ¿Habrán sido los padres de Edipo tan geniales como son los míos? ¿Se habrá dado cuenta de cuánto los quería antes de matarlos? Seguro que sí. Aunque no supiera que eran sus padres, aunque después se enterara que su padre lo abandonó... ¿No me abandonó también el mío? Es increíble cómo ayuda tener dos pares de padres cuando las analogías no entran solas.

Por ahora anóteme, señor Freud, entre su lista de invitados a la cena para recolectar fondos para su campaña política. ¡Quién es Carl G. Yung! ¡Mi nombre no es Electra! #TodosSomosEdipo. #TeExtrañamosFreud #YaMeVoyADormir.

Me levanto del sillón. Tomo el periódico de la mesita, me lo llevo siempre que vengo a visitarlos. Por lo general Laura publica algún anuncio y me gusta verlo, me hace sentir que mágicamente le ayudo con sus ventas de catálogo

poniéndole buena vibra a su anuncio clasificado. Y mi papá se queda tranquilo sabiendo que sigo leyendo noticias.

Hoy duermo sola. No puedo esperar a ver qué resultado tienen mis emociones de hoy en mis sueños. Parafraseando: “Los sueños no me hacen sentir lo que siento, es lo que siento lo que hace mis sueños”.

Con maligno regocijo.

Nunca me dicen qué clase de personas estarán en las reuniones a las que asisto. Pero también es cierto que no tienen que darme tanta información.

Como es recurrente en esta situación, me presento con un vestido, unos zapatos, maquillaje y peinado prestados. Estoy ahí para que otras mujeres me vean.

Me dio gusto ver una cara conocida.

—Hola, *goldie* — me saluda Zoé cuando entro por la puerta acompañada por Daniel.

— *Demon diamond* .

Me tomó de la mano y me llevó al otro lado del salón, detrás de la barra.

No hay mucha gente, más bien parece que estamos los que preparamos el lugar para esperar a los invitados.

—Como todavía no comienza la fiesta, podemos prepararnos nuestras propias bebidas.

Me pasa una copa ancha escarchada en la que mezcló tequila con menta y jugo de arándanos.

—¿Es de tu invención? —le pregunto.

—No —me mira incrédula de mi comentario.

Sabía fatal. Estoy segura de que las partes no eran las correctas, pero le sonreí y le dije que sabía muy bien.

Nos quedamos detrás de la barra hablando de hombres y ciertas comodidades a la hora de dormir.

Como si hubieran abierto una reja fueron entrando los invitados. En diez minutos el salón estaba lleno. Bueno, no lleno, pero las conversaciones ya se elevaban como la espuma sobre la tranquilidad de la noche.

Un hombre con cara de preocupación se me acercó y comenzó a manosearme el vestido. Me lo movía de un lado para otro y trataba de bajármelo por los hombros. Yo no dije nada, buscaba a Zoé entre la gente, o a Daniel. El hombre me llevó a un lugar apartado.

—Cariño, no diseñé este vestido para que te cubrieras los hombros con él.

—Lo siento —le dije—. Nadie me dijo cómo ponérmelo.

—Es bastante obvio si pones atención en el corte.

No lo era. Es un vestido muy bonito, pero nada práctico.

Aprovechó para moverme el cabello y desvanecer algo de mi maquillaje.

—Todo el conjunto debe verse natural —me dijo—. ¡Por Dios! ¡Qué estás bebiendo, niña!

Me pasaba un pañuelo insistentemente por debajo de los ojos.

—Es una fiesta de noche, se supone que debo traer maquillaje.

—Cariño —me dice y suspira con enfado—, sé que no estamos en un picnic, pero esto tampoco es una fiesta de Halloween. No sé quién te maquilló, pero necesita volver a revisar sus notas. ¿Traías puesto el vestido cuando te maquillaron?

—No. Se supone que...

—Mi vida, hablas demasiado. Ayúdame con el rubor, ve al tocador y difumínatelo un poco.

Fui a hacer lo que me había pedido sin saber si estaba haciendo bien. Según entendía también estaba mostrando el maquillaje. O eso me dijeron cuando me estaban maquillando.

Cuando salí todavía me estaba esperando.

—¡Perfecta! —me dijo—. O casi. Me gustaría que no trajeras tantos anillos. ¿Qué se supone que dice ese brazalete? Mi vida, te lo digo, arruinan tu imagen.

Estaba segura de que lo que menos le importaba era mi imagen sino la imagen de su vestido puesto en mí.

—No puedo quitármelo. No sé si el diseñador está aquí.

—Lo está. Lo conozco muy bien. Si viene a tratar de moverte el vestido para que luzcan más sus joyas, lo mandas al demonio. Este vestido te da más clase que todas las joyas del mundo... ¿Dónde está tu copa?

—La dejé en el jardín.

—Esta es una reunión de gente con estilo, amor. Ahí hay mandatarios y sus esposas, mujeres con mucho dinero y sus esposos. Vienen artistas, escritores de literatura, periodistas y guionistas de televisión. Se odian entre ellos. ¿Por qué crees que no hay tanto alcohol en el bar? No vayas por ahí dejando tus copas “en el jardín”. ¡Y no aceptes cualquier porquería salida del bar! Esa cosa que estabas tomando parecía robada del catre de un vagabundo.

—Era tequila y menta.

—Cariño, por favor. Si vas a sostener una copa en la mano que sea al menos un Martini. Es clásico y no te da ni te quita. Y ni atrevas a mancharme el vestido.

Me doy la vuelta para que me mire una vez más. Asiente mirándome los pechos; no tiene queja. Doy dos pasos para que me califique el caminar. No

dice nada y me dirijo al centro de la reunión, donde ya habrá un par de hombres que quieran conversar conmigo.

—¡Si puedes quítate esa baratija que traes en el brazo! —me dice sin detenerme.

—Yo creo que el mejor libro es el que se lee perdidamente. Sin hacer pausas para comprobar cuantas hojas le quedan al capítulo —dice un hombre que se hace llamar escritor. Ya ni me acuerdo de su nombre.

Del otro lado se acerca Zoé, que aquí se hace llamar Naomi. Se introduce en la conversación sin saber de qué estamos hablando. Se nota que trae unas gotas de alcohol en la sangre y de inmediato cambia el tema a uno más animado. Aprovecha las risillas que le saca uno de los que había en nuestra bolita para colgarse del brazo de otro hombre que había estado muy serio.

Yo sonreía y la veía con cierta indignación. No lo hacía tan descaradamente, y al hombre parecía gustarle esa muestra “inconsciente” de comodidad. Pero yo sabía que se estaba comportando inapropiadamente para lo que se supone somos aquí: un anuncio.

—Disculpen —les digo a los hombres y atravieso el círculo con una sonrisa, acariciándome un arete con una mano, con la otra sosteniendo mi Martini.

Hay doce mesas distribuidas en todo el salón. Ocho sillas en cada mesa. El mantel cubre la mesa a la perfección, como si debajo de él no hubiera nada, como si fuéramos a cenar sobre un pedazo de tela fina que flota sobre nuestros pies. En el centro del lugar hay una mesa con aperitivos y copas de champaña. Me ha dicho el diseñador de las joyas que traigo que no me atreva a tomar una copa de esa mesa. Que sus joyas no van con el color del champaña.

Cuando es hora de cenar se me acerca nuevamente y me quita el brazalete para que pueda mover la mano con soltura. Dice que es mejor que nadie me lo vea en la cena porque no se ve bien mientras cortas carne con el cuchillo. Me pregunto si de verdad habrá tantas consideraciones a la hora de diseñar joyas o un vestido.

Naomi no trae ni una pieza de joyería sobre el cuerpo. No quiero ser malvada, pero parece que su vestido lo sacó de su armario. Aun así, no le importa lo más mínimo.

Se supone que las dos nos íbamos a sentar al lado del ingeniero Montiel durante la cena. Ella le pidió a uno de los periodistas que le cambiara el

asiento para así quedarse al lado de un hombre con el que había estado hablando toda la noche.

El periodista se sienta a mi izquierda. Después llega el ingeniero Montiel y se sienta a mi derecha. Viene hablando con un hombre que parece menos interesante que él. Pero no da muestras de aburrimiento. Escucha atentamente cada detalle superfluo sobre cómo el desencanto de la gente con el gobierno actual no hará ningún cambio en las elecciones que vienen.

¿Por qué siempre es política?

Del otro lado de la mesa una pareja mayor me mira y llaman mi atención. Creo que han estado mirándome por un buen rato. Los miro y les sonrío.

—Mi esposa dice que te ves muy linda en ese vestido —me dice el hombre con mucha educación en sus modos—. Yo le digo que es porque es usted una mujer muy bonita. No ha de ser el vestido el que la hace lucir.

—Muchas gracias —volteó a la mesa del diseñador. Pienso si sería capaz de venir hasta aquí para defender su creación.

—¿A qué se dedica, señorita? —me pregunta la esposa. De pronto otras cuatro personas nos ponen atención. El ingeniero Montiel me mira directamente, mostrando un interés educado, pero yo sé que esa mirada es de diversión.

—Trabajo en secretaría de gobernación.

—¿Usted es su esposo? —le pregunta la señora al ingeniero Montiel.

Éste se ríe y niega con la cabeza.

—Qué más quisiera. Yo tuve la oportunidad de conocerla hace poco. Debo decir que su esposo es un hombre muy afortunado.

Todos en la mesa asienten con educación.

—¿A qué se dedica usted? —pregunta el ingeniero Montiel al hombre.

—Era funcionario público. Ya estoy jubilado. Dejémoslo ahí.

—Estoy seguro de que sirvió bien a nuestro soberano país.

—Bueno, hice mi trabajo.

—Por eso le agradecemos, señor.

Los platos comienzan a llegar. El volumen de las conversaciones se va apagando. La mesa de los aperitivos ha desaparecido y en su lugar se puede apreciar un hermoso pastel blanco, sin decoraciones más que un moño en la base.

En nuestra mesa nadie hizo conversación durante la cena.

Apenas terminamos algunos comenzaron a dispersarse.

Cuando el periodista se fue, el ingeniero Montiel acercó su silla a mí.

—¿Por qué no dijiste que eras una edecán?

—¿Es lo que debía decir?

—No. Hiciste bien en convertirte en alguien decente.

Se aleja y me deja arder en su comentario hecho a intensión.

Cuando es nuestro turno de levantarnos de la mesa se abotona el saco y me ofrece la mano para que me levante con él.

—No te preocupes. Aquí nadie te conoce. A mí sí, pero ninguno se pregunta si alguna de mis chicas está aquí, porque para ellos es más fácil pensar que todos los que estamos aquí somos decentes. Pero mira alrededor. Gente del gobierno, periodistas, empresarios, damas de compañía. ¿Cuántos de los hombres que están aquí traerán a su amante y no a su esposa? ¿Quieres pastel?

—¿Cuántas estamos aquí?

—Zoé y tú. Si hubiera más la gente comenzaría a sospechar. Y no queremos eso. Queremos que la fiesta siga así: bonita y superficial.

Me pasa un plato con una rebanada de pastel perfectamente cortada. Cuando no veo intensión de su parte para mantenerme a su lado me voy. Me paseo por el jardín buscando un lugar para sentarme. Pronto un caballero me invita a sentarme junto a él.

Es agradable, me dice que es fotógrafo. Trabaja para el gabinete de imagen de un gobernador y también para un periódico de difusión nacional.

Me habla de su matrimonio, de sus hijos, de su trabajo. Yo le hablo un poco de mi vida, de mi trabajo, de mi familia. Hace mucho no tenía una conversación así de fluida y común.

En ningún momento sentí que me estaba coqueteando, aunque sí que miraba demasiado.

Después de un rato, cuando nos estábamos riendo de los recuerdos que teníamos de caricaturas de nuestra infancia (no recuerdo cómo llegamos hasta ahí), pasó frente a nosotros el diseñador de joyas.

—Buenas noches —saludó educadamente y siguió su camino.

Supe que me estaba buscando para ponerme otra vez su estorboso brazalete. Me despedí del fotógrafo y salí al tocador de damas. Lo vi cerca. De seguro su asistente me estaría esperando en el baño.

Me sentía feliz, me sentía plena, confiada, cariñosa. Miré a la barra, lejos de donde estaba, sólo porque me pareció haber escuchado la risa de Zoé, entonces la sonrisa se me borró por completo. Sentí que había palidecido. No pude detenerme por la fuerza de mis pasos, pero no me faltaron ganas de

hacerlo. ¿Será que realmente lo vi?

Frente al espejo la asistente del diseñador me pide que haga ciertos movimientos para facilitarle el ponerme el brazalete. Yo hago lo que me pide maquinalmente.

¿Acaso lo vi?

Me retoco el labial y me pierdo en el reflejo de mis propios ojos. Quiero decir que es imposible, que no lo vi. Pero no estoy segura.

Paso de círculo en círculo, mirando con disimulo a todos los rincones. No es nada fácil encontrar a alguien entre cien personas mezcladas. Contesto algunas preguntas sobre mi vestido, sobre mi joyería. No diga eso, no me molesta que busque a mi diseñador. Debo tener el número de la joyería donde compré estos aretes, podría hacértelo llegar después.

No es poco común que salga de estas reuniones con muchos números de teléfono de mujeres que me hacen prometer que les voy a enviar el número de mis diseñadores, o la dirección de la boutique. Nunca lo hago yo. Después de la fiesta alguien me contacta y les doy los datos que obtuve. De ahí ya no sé más.

Estoy hablando con una mujer muy elegante acerca de los mejores colores para alguien que no quiere ir contra la moda actual, pero que tampoco quiere lanzarse a las tiendas departamentales a comprar telas de un montón donde otras se pelean su talla, cuando se acerca el ingeniero Montiel para hacernos compañía.

Es increíble lo galante que es cuando quiere serlo. No es que sus groserías habituales no puedan encender a una mujer cualquiera, pero no es la mejor manera para presentarte cuando quieres causar una buena impresión.

Estuvimos los tres riendo por un rato, después se nos unió el esposo de la dama y nuestra conversación se enriqueció de buena manera. Se marchó el matrimonio unos minutos después. Ya era tarde y algunos ya se estaban despidiendo.

Pensé que el ingeniero Montiel venía a darme instrucciones sobre cómo debía partir. Me invitó a que lo acompañara al bar. Pidió mi copa sin preguntarme, bebimos sin decir nada, cuando pidió su segundo trago, me pidió que mirara con él.

—¿Ves a Zoé hablando con aquel hombre? Está atrayéndolo a la agencia. ¿Sabes por qué? Porque por cada cliente que consigue le depositamos el doble de su valor a su cuenta de banco, aunque no salga en una cita con él.

—¿Me estás diciendo que lo hace por dinero? No es novedad.

—Es difícil atraer a un cliente que quiera gastar mucho dinero en mujeres tan costosas como Zoé. No les hace falta gastar tanto. Tienen tanto dinero que cualquier mujer que busque vivir a expensas de un hombre como ése, tendría la oportunidad de conquistarlo gratis, sólo para meterse en su vida. No es novedad, tienes razón, pero tampoco lo es el que yo sea el dueño de esta agencia. Algunos saben quién soy. Me hablan y quieren hacer amistad conmigo, porque yo puedo darles lo que ellos buscan. ¿Qué crees que sea?

—Mujeres.

—No. Confidencialidad. Eres parte de una de las mejores agencias de edecanes de este país y me dices que sigues creyendo que lo que vendes es tu cuerpo.

—Al menos mi imagen.

—¡Por supuesto! ¡Tu imagen! Pero no es tan simple como decir que vendes tu belleza. Vendes confianza. Repíttemelo.

—No vendo mi cuerpo. Se hacen de mi compañía porque saben que pueden confiar en mí.

—No. Es diferente. No confían en ti. Confían en la agencia de la que vienes.

—Está bien. Vendo confianza.

—Ese hombre me ha visto conversar contigo durante la cena y me ha preguntado si te conozco. Él me conoce. Esperaba que mi respuesta fuera que sí, porque así sabría que no estás fuera de sus manos. ¿Por qué crees que podría pensar que si no te conozco estarías fuera de su alcance?

—Porque no ha de ser fácil conquistar a una mujer que se ve como yo siendo una dama de sociedad.

—Así es.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que sí.

—¿Por qué?

—Porque es verdad.

—Pero ahora sabe que soy una escort de tu agencia.

—No precisamente. Me lo preguntó a la cara. Lo conozco hace años y nunca lo había visto desconcertado. Me dijo que si tenía tu número de teléfono.

—¿Se lo diste?

—No. Porque no lo tengo. Lo dejé en suspenso. Bien podrías ser la esposa

de un amigo mío. ¿Tú que crees que esté pensando?

—Está pensando que le mentiste. Si conoce a Zoé sabrá que yo también estoy aquí acompañándote.

—No me acompañas a mí, Clementina. Te haces compañía a ti misma. ¿Te la estás pasando bien?

—Hasta hace un momento.

—Ninguna de las otras chicas me habla como tú. Me agradas por eso. No me tienes miedo. Y como nos hablamos tan directamente quiero preguntarte lo siguiente: ¿Quieres salir con ese hombre?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Clementina, por favor, no seas ingenua, o peor todavía, no finjas que te queda algo de inocencia. Los dos sabemos por qué. Te doy la oportunidad de tener a tu primer cliente de altas cimas sociales.

—Ya he salido con el ingeniero Fernández.

Sonríe mirándome a los ojos, se burla de mí.

—Me ha preguntado por tu pareja. Se estará haciendo a la idea de que eres la novia de alguno de los escritores que andan por aquí. Me dijo que desbordabas elegancia. Estuve a nada de decirle que sí venías conmigo. Pero preferí rebajarte un poco. Le dije que tu vestido es prestado y que venías aquí vendiendo maquillaje y joyas más que tu presencia.

—¿Por qué hiciste eso?

—¿Ahora te importa? Me dijo que me estaba fijando en lo superficial. Le dije que sí, que eras muy bonita, pero que no eras para tanto. Me respondió que tampoco era eso. Creo que tienes un enamorado, Clementina. Pero cuídate de su esposa, es muy celosa. Y cuando estés por comprar tu segunda mansión en alguna colina privada, acuérdate de nosotros, tus amigos que te ayudamos a conectar con tu amante multimillonario.

—No te burles. No es gracioso.

—Lo es. Al menos un poco. Me dijo que vio algo más en ti. Dice que tienes algo más. Ahora que veo a Zoé hablando con él, me doy cuenta de lo que quiere decir.

—¿Y qué hace ella hablando con él? —de pronto me veo herida en mi orgullo. ¿No debería ser yo la que tenga la oportunidad de hablar con un hombre que me mira como quiero ser vista?

—Le dije que él quiere irse contigo. Trata de robártelo. ¿Sabes por qué?

—Por el dinero.

—En parte, sí. Pero mayormente por orgullo. No puede aceptar que ya no

es novedad como lo fue el año pasado. Mírala, esforzándose por captar la mirada de un hombre que no la desea. ¿Por qué no haces tú lo mismo? ¿Por qué no vas a quitárselo de encima? Que sepa que es tuyo. O mejor aún, ¿por qué no vas a robarte uno de los suyos?

Este hombre es un maldito demonio. Le contesto que no conozco a los clientes de diamante, y que seguramente, según sé, sus gustos me sobrepasan.

—No digas tonterías. Esos son inventos de mi departamento de relaciones públicas para vender más caro y pagarles menos. No me digas que sigues creyendo que tú eres una escort de oro. Para ese hombre de allá vales lo que cinco Zoes.

—Si es verdad, responde, ¿por qué sigo siendo una acompañante de oro?

—Por esto mismo. Porque no te atreves a salir a tomar lo que es tuyo.

—Pensé que me consideraban muy vieja para atraer clientes de diamante.

—¿Crees que a ese viejo le importa? ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticuatro?, ¿veinticinco? La mayoría de las mujeres que están aquí matarían por tener tu edad. Se bañarían en tu sangre si hubiera una posibilidad de que eso las hiciera verse como tú.

—No exageres.

—Piensa lo que quieras. Pero a ese hombre le gustas en serio. Me dijo que no ha podido dejar de verte. Yo le dije que eras muy bella. Después de un rato de pensarlo me respondió que es verdad, que eres muy bella pero no se había dado cuenta. Le pregunté qué veía en ti. ¿Sabes que me respondió? Que eras una mujer con corazón. Quise reírme. Comprenderás que no soy de los que eso les importa. Habiendo pensado en ello creo que tiene razón, y comprendo por qué le interesa tanto hablar contigo. Quiero decir; mira a Zoé tratando de forzarlo. Mira su postura, cómo mueve los labios, cómo lo mira, cómo lo toca sin que él lo note. Para los demás parece natural, pero para nosotros que conocemos sus intenciones es repugnante. Tú no harías lo que ella hace. Y estoy seguro de que los hombres con los que ella ha salido no harían contigo lo que hacen con ella. Incluido yo.

Sonríe burlonamente y se aleja bebiendo de su copa.

Pasé mucho tiempo pensando en lo que me había dicho. Se había metido en mi cabeza. De la nada ya no pensaba en salir de su agencia, sino en convertirme en la escort más cotizada, en la más elegante, en la del corazón, la que vienen a buscar los mejores hombres de la ciudad porque soy demasiado buena como para que se conformen con una imitación. De pronto odio a Zoé

por ser tan vulgar. ¡Y no lo es!

Estuve paseando un rato, muy seria, escuchando conversaciones, dejando que me tocaran la joyería, vendiendo el vestido, tratando de seguir la conversación de hombres que sacaban sus mejores palabras frente a mí, pero siempre terminaba volteando la vista al ingeniero Montiel.

Cuando era niña, Rodolfo me dijo que no debía mirar directamente al sol, porque se quemarían mis retinas y me quedaría ciega. Después me pregunté por qué no nos quemábamos por dentro si el sol era tan poderoso. Me convencí de que, si pudiera hablarnos, entonces nos quemaría también los oídos. Ahora veo que el ingeniero Montiel es ese sol que con su presencia ciega y con sus palabras ensordece.

Me abrí paso hasta donde Zoé todavía trataba de encimarse al hombre que no la deseaba. Él me deseaba a mí.

Me acerqué y vi cómo se le iluminó la mirada. Se habían unido un par de hombres y tres mujeres desde que el ingeniero Montiel me había dejado en el bar. Hablamos de todo lo que yo propuse. Zoé me miraba con sus ojos bonitos, una mezcla entre “no me jodas el negocio” y “jamás podría aceptar que eres mejor que yo”. La miré con decisión y le dupliqué la apuesta. Hablábamos de maneras idóneas para fomentar la valoración de la navidad como fecha de unión. Muy cursi, pero a todos les encantó cuando comencé a exponer mi punto sobre cómo a la gente ya no le importa esa melancolía que sólo los niños convierten en felicidad. Como casi todos ahí tienen hijos de la edad en la que todavía no saben que Santa Claus es un invento de *The Coca-Cola Company*, se animaron a desarrollar sentimientos y recuerdos que nos hizo cómplices de un tema así. Después vino la perversión de la sociedad y por último la política que se involucra en todo.

Zoé quedó embarrada debajo de mis suelas.

No me sentí mal cuando se disculpó y se alejó de nosotros.

Me sentí mal cuando sólo quedamos el señor Humberto y yo.

Me dijo que quería conversar conmigo en privado. Acepté sintiéndome rara. Algo estaba mal. Me hacía sentir engañada. Era un hombre taimado. Supo qué decir en cada momento. No pude decir que no, a pesar de que sabía muy bien qué estaba pasando.

Subimos a su carro y me llevó a una calle solitaria. Estacionó y se abrió la bragueta. Sacó de sus pantalones un pedazo de cuero flácido y me pidió que lo pusiera en mi boca. Tardó mucho en conseguir la erección. Cuando por fin lo logró, fue sólo para eyacular. Quería forzarme a que recibiera su semen en mi

boca. Por nada del mundo iba a suceder eso. Ya me sentía lo suficientemente violada como para aceptar.

Sé que le evité un gran orgasmo, pero de cualquier manera me lo agradeció.

El regreso fue muy incómodo. Ninguno de los dos dijo nada. Me dejó en el estacionamiento y me pidió que entrara primero. Cuando él subió, inmediatamente fue en busca de su esposa y salieron por la puerta principal.

Yo fui al bar y pedí tequila. Ya había menos de la mitad de los invitados. Me tomé otro *shot*. Quería lavarme el sabor de ese hombre asqueroso.

Cuando vi que el ingeniero Montiel se me acercaba comprendí que aquel sexo forzado había sido una broma, una prueba o algo de su parte.

—Lo que ella esté bebiendo —le dijo al muchacho detrás de la barra—. Otro para ella.

Nos quedamos en silencio un largo rato.

No sé si se arrepentía de lo que me había hecho cuando me vio llegar destruida. No sé si su mente alcance a comprender lo que es una violación como a la que me acaba de guiar.

Bebió de un trago el tequila y volteó el cuerpo para quedar frente a mi cara. Me vio un largo rato, entregándome sus ojos, dejándome imaginar que estaba realmente arrepentido, pero que no sabía cómo disculparse. Yo estaba triste y me sentía fea. Pero estoy segura de que en mis ojos se veía la furia que nunca deja de nacer en mi interior.

—Tu falta de integridad me acaba de costar mucho dinero —me dijo y se fue.

¿Eso era? ¿Una apuesta? ¡Acabo de hacerle sexo oral a un hombre al que en realidad no le importaba! ¡Cómo pude no verlo!

—Por cierto —me dice antes de seguir—, es cliente de diamante.

Corrí al baño y me puse a llorar. Me desmaquillé completa. Estaba segura de que ya no iba a salir de ahí hasta que se fueran todos.

No fue hasta que vi mi rostro limpio que comprendí que me había equivocado, pero que no era el fin del mundo. De mi interior salió con más fuerza el llanto, pero fue el último, me lo prometí.

Me limpié bien la cara, me recogí el cabello y salí renovada.

Zoé iba pasando cerca.

—*Goldie*, ¿todavía estás aquí?

—¿Ya te vas?

—Sí. Esta noche no tuve suerte —me dice mirándome como si yo hubiera sido la vencedora. Ni se imagina. O tal vez sí. Quizás lo único que quería esta

noche era subirse al carro de Humberto y chuparle el cuero, para que mañana le apareciera en su cuenta de banco el pago correspondiente. Me sentí como tonta dándome cuenta de que ése era nuestro negocio. Yo había decidido que no era así como yo lo iba a hacer, y nunca hubo alternativa para mí. Para Zoé esto ha de ser lo que hace todos los días.

—Oye —le digo y me acerco con la intención de hablar sobre lo que pasó. Me recibe un abrazo; parece necesitarlo.

No hizo falta que dijera más, ella sabía lo que estaba pensando.

—No pasa nada, Clementina. Así es esto. No somos nosotras las que decidimos.

¡Pero sí lo hacemos! Quise decírselo, pero no me atreví. Sé que ella tiene su sistema, y no me guarda rencor, porque piensa que mi sistema es el mismo.

—No fue mi intención robártelo como si nada. Discúlpame.

—No pasó así. Además, estuve trabajándolo por mucho tiempo y no respondió. Es obvio que no iba a pasar.

Nos quedamos en silencio un par de segundos. Suficientes para crear incomodidad.

—Te ves muy linda sin maquillaje —me dijo adelantándose a la salida.

—Que descanses, *demon diamond*.

—Gracias, *goldie*. No te desveles mucho.

La despedí con la mano. En la entrada la esperaba Daniel. Me saludó con la cabeza desde la puerta. Yo le sonreí.

Volví a la fiesta y terminé metiéndome en una conversación que no me quitó la cara de tristeza, pero que me evitó la humillación de encontrarme con el ingeniero Montiel. No quería verlo todavía.

Una mujer se acercó a despedirse de algunos hombres que había en el círculo. La conversación se detuvo un momento. Algunos se alejaron con ella y fue cuando lo vi. Estaba tan cerca de mí que me heló la sangre. El corazón se convirtió en mi estómago y mi estómago en mi corazón. Estoy segura de que mi piel parecía la superficie de la luna. Algo se rompió en mi interior. O algo nuevo se estaba construyendo.

Andrei me miraba fijamente. Yo lo miraba fijamente. Me sonrió. No le contesté.

Uno de los hombres en nuestro círculo dijo:

—...Pero no por eso debemos abandonar el periodismo, ¿no?, Clementina.

Embriagada con una nueva seguridad, intoxicada con el veneno de la indiferencia calculada, vertí dos gotitas sobre la atención que Andrei me pedía

y lo dejé flotando en el caldero de las pócimas. Lo miré nuevamente y le arqueé una ceja, dejándolo esperar por una sonrisa que no iba a obtener de mí.

—Claro que no —les dije a los que conversaban conmigo, dando por terminada la conexión que inmediatamente logramos Andrei y yo. Abandonándolo a su suerte en las emociones que seguramente también yo le había provocado con mi mirada.

Sabía que se iba a ir pensando en mí. También sabía que esta era una oportunidad única, en la que podría reestablecer todo lo que salió mal cuando nos conocimos. Preferí dejar que pensara que no me interesaba (es una idiotez, lo sé), o que no me acordaba de él.

Dije que quería una segunda oportunidad sólo para comprobar que podía echarlo a perder de la misma manera. Aquí está.

¡Gracias, universo! Mira qué bien lo hago.

No me percaté de que se había ido. En mi mente seguía a mi lado, mirándome. Yo actuaba cada palabra, media cada movimiento de mis manos, debía ser perfecta para él, mucho más de lo que era en sus recuerdos. Los otros ya no volvieron, por eso pensé que él todavía estaba ahí.

Volteé disimuladamente y lo vi saliendo de la mano de la mujer que se acercó a saludar.

No sentí celos, no sentí arrepentimiento. Aunque mis piernas me pedían alcanzarlo y recuperarlo, mi mente me decía que había hecho lo correcto. Que de seguir abriendo puertas me encontraría inevitablemente con una que diera a un abismo. No debía caer en él.

Ya eran muy pocos los que quedábamos. Comprendí que era hora de irme.

La presencia de Andrei tan cerca de mí me movió algo. No sabía bien qué, pero el momento de euforia no desaparecía. Me sentía la representante del universo en la tierra. Algo había cambiado dentro de mí.

Me acerqué al ingeniero Montiel, que estaba conversando con un par de señoras que se veían educadas y elegantes.

Lo tomé del brazo y a ellas las saludé con mi sonrisa.

El ingeniero Montiel me miró desganado. El alcohol y la velada ya le habían bajado el ánimo.

—Me voy a dormir —le dije como si hubiera estado preocupado por mi salud. Le di un beso en la mejilla apretándole el brazo, y cuando me alejaba, apenas lo suficiente para tener que elevar la voz un poquito, me di la media vuelta para encontrarlo mirándome todavía—. Por cierto... tenías razón; era diamante. Espero verlo reflejado en mi cuenta lo antes posible.

Los ojos se le endurecieron. Las señoras no entendieron, eso es seguro, pero sabiendo que se cree un hombre sociable, sé que acabo de quemarlo un poquito con la luz que yo también destello. ¿Acaso creía que era el único sol?

Daniel me esperaba en la puerta.

Durante el transcurso no hice otra cosa más que pensar en Andrei. En su mirada. En su nota. En las posibilidades. Iba acompañado de una mujer. Los vi saliendo de la mano. ¿Es eso relevante? Yo sé que no.

Llegué a mi edificio después de las tres de la madrugada.

Abrí la puerta exterior y un gato me sacó el susto de mi vida cuando se recargó en mi pie.

Inmediatamente quise pensar que era una gatita. Le tuve envidia. Me agaché para acariciarla un momento.

Hola gatita. Ojalá pudiera tener tu vida ahora. Estoy segura de que tu gatito te está esperando en aquel árbol.

Dijo que te iba a buscar. Dijo que se encontrarían.

Mi celular recibió una notificación. Era de mi banco.

A mi cuenta se habían depositado dieciocho mil pesos.

Siniestras palabras.

Me despertó un mensaje de parte de la joyería dueña del brazalete y los aretes y los anillos que llevaba hasta hace rato. Que no olvidara enviarlos de regreso antes del mediodía.

Por lo regular me dan un día para regresarlos. Creo que se enojaron conmigo por no seguir sus indicaciones con exactitud. No me imagino lo que me dirá el del vestido cuando se entere que al final ya no traía maquillaje.

Como sea. He pedido que todo lo recojan en la oficina. Siempre llegan por el paquete después de las diez.

Faltan quince minutos para que suene mi alarma. Me levanto ya.

Mientras me baño recuerdo lo ocurrido y me pierdo en el único lugar que me importa: la mirada de Andrei.

Tres horas de sueño no ayudan mucho.

Siento que no puedo sostener mis ideas, que no puedo recordarlas como pasaron exactamente.

Llegué a la oficina cuarenta minutos tarde. En una mano traigo un café y en la otra el paquete con las joyas. Por el vestido no me preocupo. La agencia manda a alguien por él cuando les digo que pueden ir.

Me recibe Xianya en la puerta del elevador del tercer piso. Trae en la mano la forma FT-01-A. Incumplimiento con el horario laboral.

La recibo sin decirle nada.

Una hora después va a mi lugar y me pregunta si ya llené el formulario.

Estoy hundida en carpetas. Ayer me fui temprano para poder arreglarme para la fiesta y parece que todo el mundo tramitó un permiso después de las tres.

—Clementina, tu desempeño dentro de la oficina está dejando qué desear.

Tomo la hoja y con un pincel rojo le escribo en diagonal: Me quedé dormida. Se lo paso y me sumerjo en el siguiente expediente.

Xianya ni mira la hoja. La arruga delante mí y la tira al piso antes de alejarse.

Llega acompañada de Valentino unos minutos después.

—Clementina, Xianya me ha hablado de tu desempeño.

—Este es mi desempeño, Valentino —le digo mostrándole todos los folios que tengo que colgar.

—¿Por qué llegaste tarde?

—Lo especificué en el formulario —le digo sin mirarlo, apuntando la bolita de papel que estaba en el piso.

—Para hoy te esperan por lo menos los mismos folios que ayer. Así que no bajas la marcha, por favor. Necesitamos irnos al fin de semana sin dejar pendientes.

Lo miro con impaciencia. Ya sabe que nunca dejo pendientes.

Cuando se van, Xianya le pregunta si eso es todo lo que me dirá. Valentino le responde que hago mi trabajo.

Me avisan por teléfono que un chico de paquetería viene a buscarme. Tomo el paquete de las joyas y bajo a recepción para asegurarme de que las recibe.

No es quien siempre viene a llevárselas. Es de paquetería normal.

—Firme aquí, por favor.

Veo en su mano un sobre delgado. No es posible que me manden regalos al trabajo.

El hombre se va una vez me ha entregado el paquete y yo regreso al escritorio de recepción para abrir el sobre.

Sólo hay un par de hojas de papel y una tarjeta.

Le doy el sobre a Sheila, nuestra recepcionista, para que me ayude a tirarlo a la basura.

Mis ojos recorren las hojas de papel, pero no termino de entender. Miro la tarjeta y entonces todo tiene sentido.

En la portada está la caricatura de un gato. Sentado de frente, mirándome directamente. Dentro no venía nada impreso. Había escrito algo con lapicera. Lo leí una vez y mi emoción me dejó sorda.

Corrí al elevador y traté de calmarme antes de volver a leer la tarjeta.

Miré la caricatura del gatito y me perdí un rato en pensamientos que en nada se relacionaban con la figura de ese felino.

La letra era inconfundible. Nada bonita ni muy legible. Había memorizado cada línea, cada curva, cada punto de ese estilo de escritura como para tratar de engañarme sobre la procedencia de esas palabras.

Ponía en tinta azul dentro de la tarjeta:

*He pensado tanto en lo que quiero decir,
que no me basta con decir miau.*

Empecé a leer la carta y sentí que me disolvía en mi asiento. Decía que me había visto sin sonrisa. No pude con la emoción de saber que estaba a punto

de saber dónde estaba parada exactamente en ese pensamiento que no ha dejado de atormentarme en los últimos meses.

Pasé a la segunda hoja sin haber leído más que la primera línea y fui directo al fondo. Miré la firma. Sólo para ir desmenuzando mi placer. Sólo para asegurarme, realmente asegurarme, que no había ningún error. Andrei V.

Me levanté de mi lugar y me apresuré al baño, pero no en el tercer piso. Bajé hasta el baño de ejecutivos en la planta baja.

Respiré un par de minutos y comencé a leer.

Entendí poco la primera vez. Más comprometida la leí una segunda vez. Sólo para asegurarme la leí una tercera vez. La leí dos veces más, por el placer.

Salí del baño y fui a sentarme a recepción.

—¿Buenas noticias? —me pregunta Sheila.

—Sí —le respondo con una sonrisa de satisfacción, pero la verdad es que no lo sé.

La carta termina súbitamente. Sin dar, ni pedir.

Cuando tuve la oportunidad de pensar de forma más despejada, me sujeté de ese pedazo de claridad. Fue emocionante, muy emocionante. Pero al final quedaba en el mismo lugar. Sólo sabía que había pensado en mí. Que verme anoche le emocionó tanto que tuvo que escribirme una carta.

Súper halagador, pero para nada resuelve algo. Aunque tal vez no es ése el propósito.

Debo aceptar que todavía estoy emocionada. Tanto que me permito sonreír de verdadera felicidad, un poquito.

Dice Marguerite, en el libro *La dama de las camelias*, de Dumas (hijo), que su pretendiente es un maleducado. El error del hombre, cuyo nombre es Armand, fue haberle escrito una carta donde se despide de ella, a pesar de profesar un amor inquebrantable, porque ella le había engañado con otro hombre. Ella era prostituta y Armand lo sabía. Fue impulsado por sus celos y el miedo que tenía de perderla. Pero se arrepintió de haberla escrito. Y lo que recuerdo, sobre todo, son las palabras de Marguerite, que dice al respecto: “Estas cartas se piensan, pero no se escriben”.

Me hace sonreír. Repito la frase una y otra vez en mi mente, jugando a que las digo en el tono en el que seguramente las pronunció Marguerite, o que pudo haberlas pronunciado de haber existido. Pero evidentemente yo soy de las que no se lo cree.

Mil veces prefiero recibir una de estas cartas que sólo saber que él piensa

en mí.

Guardo la carta y la tarjeta en mi bolsa y me apresuro a terminar el trabajo atrasado de ayer. Ya vienen las carpetas de hoy.

Mientras sigo capturando datos repaso mentalmente las palabras.

¿Cuántas cartas puede escribir un hombre antes de quedarse sin nada que decir? Me emociona enormemente pensar que ha escrito más. Que algún día podría leerlas.

Esto es lo que dice la carta:

«No te había visto sin sonrisa.

» Ayer te vi disfrazada de tristeza. Mi mente es imaginativa. Tal vez no era eso sino cansancio; hay pocas diferencias en el rostro.

» Después de tanto pensar en qué debía decir, en qué tenía que hacer, recorriendo un pasillo de carnaval, armando preguntas que quería hacerte, termino como empecé: sin palabras, sin intenciones, últimas emociones, estando aquí sin poder acercarme, tratando de recordar esa sonrisa, esa maldita sonrisa que no pude ver ayer.

» Para continuar necesitaba de, al menos, una de dos cosas: que me negaras una conversación, o que me desilusionaras con uno de tus actos. Es verdad que me negaste la conversación, pero siendo tú tan cautelosa, o siendo yo, más probable, un desentendido de las artes de desinterés que muestras, o que interpreto, no hay posibilidades de una desilusión. Cautela. Cautela.

» Nunca estuviste obligada a nada, y que no hicieras nada no fue suficiente para decepcionarme. Me emocioné bobamente pensando en... .. ti. Sabiendo que no quieres, o no puedes mostrarte. No creo que sea personal. Siempre hay un tercero, un candado, una piedra. No escribí esto para suponer quién es tu piedra. Escribí esto para tener la oportunidad de volver a pensar en ti.

» Quise que tú me importaras. Más allá del hecho de que me gustes, que es lo que menos me interesa, más allá de que no sepa nada de ti, además de lo que puedo ver y creo distinguir. Me frustra la idea de no saber qué evita que te conozca.

» Pasaron un par de horas antes de que notara en ti... Pasaron sólo unas horas antes de que... sintiera la necesidad de hablar contigo.

» Te noté desde el primer momento. Me gustaste al instante. ¿A qué hombre no le gustarías? Pero no tenía interés en ti. Después viene la duda, la mirada más crítica, puede ser imaginación, pero la intriga se abre camino hacia el

punto que me debilita cada vez: la necesidad que tengo de hablar con las personas que me interesan.

» Nunca tuve la intención de alejarte de quien no te quiere lejos. Quería estar contigo. De pronto ya no importa la razón por la que no puedo conocerte, sino que prevalece la idea de que no debería hacerlo».

Apresuré las horas en el reloj para que me permitieran salir de la oficina. Estaba segura de que Andrei estaría afuera, esperándome.

Se hicieron las seis de la tarde y salí corriendo.

No estaba.

Eso sólo pasa en las películas, supongo. O con aviso preventivo.

Fui al estacionamiento y me subí a mi carro. Esperé a que todos se fueran y salí al último.

En mi departamento volví a leer la carta. Dos veces. Tomé la tarjeta y la volví a leer.

Seguía diciendo lo mismo.

La dejé sobre la barra de la cocina y me fui a bañar. Está haciendo demasiado calor.

Después fui a la cocina para enfrentarme con la triste decisión que tomamos los solteros cuando estamos hartos de nuestra libertad: ¿Qué carajos voy a comer?

Mientras me paso la toalla por el pelo la tarjeta y la carta caen al piso. Las levanto conteniendo las ganas de volver a leerlas. Pero lo hago. No la carta; sólo la tarjeta.

No lo vas a creer, pero decía algo nuevo. No. Cero magia. Sólo mi persistente despiste.

En la parte de atrás, un lugar que nunca reviso en las tarjetas, porque, ¿quién escribe detrás de una tarjeta?, decía con la misma letra y con la misma tinta azul: “Encuétrame en el café Sigla a las ocho”. A un lado un número de teléfono.

Entré en pánico. Corrí a la sala y miré el reloj de pared. ¡Esa porquería no tiene baterías desde hace como seis meses! Corro a mi habitación, busco mi celular en mi bolsa y caigo rendida sobre mi cama.

Son las nueve con quince.

Lo que tengo que decirle.

Tomé mi celular y dudé en marcar el número. Lo hice, pero no presioné conectar. Borré el número. Solté la tarjeta. La volví a tomar. No debía ser yo la que hablara. Su tarjeta dice que él tiene algo que decir. Pero no puedo negar que yo también me muero por decir miao.

Conecto con el número.

Se me cierra la garganta. Escucho el tono de marcado. Mi corazón me ensancha el pecho, me oprime el estómago. Su celular estará sonando, o vibrando. Dos tonos y escucho su voz.

Me dice Hola como si supiera que soy yo quien está llamando. Fue tanta la seguridad que me dio, que me entregué a la honestidad que no le hace bien a ningún coqueteo, porque lo elimina, porque lo supera. El corazón baja la presión, pero no la velocidad. La primera frase debe venir de mi parte. La conexión la comienzo yo. Respiro una vez más. Está tan seguro de que soy yo, que no insiste ni me apresura. Por fin tomo mis pensamientos y le doy mi voz:

—¿Me guardas rencor?

—No pude. Pensé en ti todo este tiempo.

—Si sólo recordaste lo que hablamos aquella vez no pensaste en mí.

—No. También pensaba en qué estarías haciendo, en cómo habrías seguido tu vida. En si habías leído mi nota o si la desechaste.

—La leí. La leí todos los días.

—¿Ya no?

—Ahora tengo otra. La he leído muy poco.

—...

—...

—No sabía si querías hablar conmigo. No sabía si te habías olvidado de mí.

—Nunca. Pero sí te guardo rencor.

—¿Por qué?

—Porque prometiste que no me abandonarías.

—No lo hice.

—A mí lado no estuviste.

—Ni tú.

—Yo no te prometí nada.

—...

—...

—¿Por qué no fuiste al café?

—Encontré la nota por accidente. No la había visto hasta hace unos minutos.

—Te esperé. Pensé que si no te habías olvidado de mí habías decidido ignorarme.

—Todavía puedo hacerlo.

—Pero preferiste llamarme.

—No sé por qué lo hice. En tu carta dices que ya no quieres conocerme.

—¿Eso fue lo que leíste?

—Lo leí todo.

—También escribí que...

—¿Qué?

—Que nunca había conocido a nadie como tú.

—En ningún lugar pusiste eso.

—Está implícito.

—¿Y yo debí notarlo?

—No es difícil suponerlo.

—¿Qué crees que está implícito en mi llamada?

—No debería decirlo.

—¿Por qué no?

—Porque soy un caballero.

—Un caballero que me envía cartas a mi trabajo.

—¿Hice mal?

—No. No es eso. Supongo que quiero saber cómo supiste.

—¿Qué cosa?

—Dónde trabajo.

—Lo dijiste el primer día que nos conocimos. No lo olvidé.

—Pude haber mentido.

—Pero no lo hiciste.

—...

—...

—Responde a mi pregunta.

—¿Cuál pregunta?

—¿Qué implica mi llamada?

—Que hay algo que podemos hacer.

—Pensé que tú decías las cosas directamente.

—Implica que quieres hacerme pensar que quieres estar conmigo.

—¿Eso te hace sentir bien? ¿Que yo quiera conocerte como tú quieres conocermé?

—Sí. Pero no quiero sólo conocerte.

—¿Qué quieres, entonces?

—¿Lo olvidaste?

—No. No lo olvidé. Quiero que me lo repitas.

—No tengo problemas con eso.

—No parece.

—Quiero enamorarme de ti.

—...

—...

—¿Después de tanto tiempo?

—No ha pasado mucho.

—Se siente lo contrario.

—¿No vas a responderme nada?

—No me preguntaste nada.

—Pero algo has de pensar al respecto.

—Todavía no. Lo pensé en otro momento. Esos pensamientos espiraron.

—No veo que sea diferente.

—Pero lo es. Todo ha cambiado.

—¿Por qué lo dices?

—Porque sé que ahora no me abandonarás.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—¿Me abandonarás?

—No es justo que me lo preguntes cuando sabes la respuesta.

—Vuelve a preguntarme.

—¿Por qué dices que no te abandonaré otra vez?

—Porque yo también quiero enamorarme de ti.

—...

—¿No me dices nada?

—No sé qué decir. Me tomas por sorpresa. Me dejaste plantado en el café. Pensé que ya nunca te vería.

—Ya te expliqué lo del café. Lo siento. Debí poner más atención. Y tú debiste poner esa nota al frente.

—¿En verdad quieres estar conmigo?

—No dije eso.

—Dijiste que también quieres enamorarte de mí.

—No es lo mismo.
—¿Entonces qué es?
—No estoy segura. Algo.
—Eso no resuelve mis dudas.
—Significa que quiero conocerte, Andrei. Significa que quiero sentir algo por ti. Algo que no siento por nadie más.
—¿Te cuesta trabajo decirlo?
—No estoy acostumbrada.
—¿A qué?
—A comportarme como una lunática. Como tú.
—No hay nada de lunático en mí.
—Ya lo veremos.
—Lo que veremos es si en verdad quieres sentir algo por mí.
—...
—...
—¿Quieres que nos veamos?
—¿Ahora?
—¿Es un mal momento?
—Para nada. Pero hubiera preferido que fuera ayer.
—¿En la fiesta?
—No. Quise decir: mucho antes.
—...
—...
—Ya no sé si sea buena idea.
—¿Ya no quieres verme?
—Me gustaría mucho.
—¿Entonces por qué lo dices?
—Porque no creo que después pueda separarme de ti.
—¿Verdad que no es difícil?
—¿Qué cosa?
—Decir las cosas directamente.
—Es lo más difícil que he hecho en mi vida.
—Dime dónde te puedo ver.

Ojos negros tienes.

Me gustan los hombres que denotan seguridad. Los que me hacen entender que podrían destruirme con dos frases sinceras. Me gustan los hombres serios. Los que son privados.

Pero hay que saber diferenciar entre los que son serios y los que son simplemente tímidos, porque los tímidos decepcionan cuando toman confianza.

Cuando pienso en esto vienen a mi mente los lobos. Me gustan los lobos. ¿Has visto cómo viajan? Su manada es una fila de unos quince miembros, aunque pueden ser más. Al principio van los viejos y los enfermos. Ellos marcan el ritmo. Después vienen los vigías; un grupito de unos cinco lobos vigorosos que ayudan a mantener el control y la seguridad de su manada. Después el resto; lobos comunes. Al final viene el líder. Desde atrás puede verlos a todos, los dirige y los cuida.

Así mido a los hombres. Primero los débiles, los que nunca ganan, pero no se rinden porque tampoco pierden nada intentándolo. Después vienen los experimentados, los “seguros”, los que salen cada noche del bar con una mujer diferente. Luego un mar de hombres comunes. No hay mucho qué hacer ahí. Y al final, tan atrás, tan metidos en las sombras, los que me gustan, los que me atraen a su lado. Los que nadie comprende y malinterpretan por estar tan alejados de lo que comúnmente conocemos. Los que dan miedo porque es más fácil hablar de ellos que aceptar que somos nosotras las perdidas, las haraganas, las que no hemos podido ir tan a fondo como ellos porque nos hemos conformado con algo más pequeño.

Algunas juegan a querer que las tomen de la mano y las lleven a esas complejidades. Otras simplemente se alejan actuando indiferencia. Yo soy la que, sin invitación, se lanza a ese abismo sin necesitar de un guía. En ese pozo oscuro un lobo sabrá encontrarme y mostrarme lo que es. Podré por fin ser una de las que desaparecen, como ellos, como todo lo que no podemos entender.

Me hubiera gustado que dijeras lobo, Andrei, no gato. “Nos vemos en otra vida, cuando los dos seamos lobos”.

Esa vida es ahora la nuestra.

En mi coche sonaba *Don't you want it*, de *Lovers*. Mi emoción se disparó.

¿Qué es lo que me espera a su lado? ¿Cómo puede seguir siendo tan emocionante?

El parque está en una pequeña glorieta. Principalmente es frecuentado por

adultos mayores que vienen a caminar por las mañanas, y por jóvenes que sólo tienen tiempo para su perro por las noches.

Caminé por un pasillo que parecía haber sido hecho a propósito. Rodeada de árboles, sofocada por la oscuridad, aterrada por la posibilidad de que ese hombre que miraba desde el centro del parque con las manos en la espalda y la cara oculta en las tinieblas no fuera el hombre que esperaba.

Sí era.

Me puse delante de él. No sabía si estaba sonriendo, no sabía si estaba respirando, no sabía si sentía frío, no me imaginaba si me veía bien en esa posición. Nuestros ojos no sabían nada de eso. Se dedicaron a revisarse por largo rato. Comprobábamos que éramos los mismos desconocidos de hace semanas. Los que se extrañaron sin conocerse, los que jugaron a despedirse sin decir adiós, los que quisieron amarse sin tocarse. No sabíamos que no íbamos a lograrlo así.

—Creo que dejaste tu coche encendido —me dice.

Ahora estoy segura de que le estoy sonriendo. Veo mi auto estacionado del otro lado de la acera. Las luces están encendidas y creo que dejé las llaves dentro. Lo miro directo a los ojos. ¿Es esto la realidad? Algo tiembla en mi interior.

—Yo creo que tú dejaste pendiente algo más importante —le dije. Me sonrió de vuelta.

—Buenas noches —nos dijo un hombre joven con corbata que pasaba con su perro.

Nos quedamos de pie mucho más tiempo del que creíamos. Cuando tomamos asiento ya no había nadie en el parque.

Su chamarra había pasado a mi cuerpo. Mi corazón había pasado a su pecho.

—Siempre pienso en ti —le dije recargada en su hombro después de haber guardado silencio por mucho tiempo.

Me besó el pelo. No me respondió.

Fue como si fuéramos amantes de toda la vida, reencontrándonos una vez más después de habernos separado por alguna situación ineludible.

El silencio era agradable, las miradas abundaban, las sonrisas eran continuas, las palabras no decían mucho; se veían ahogadas cada vez por el insistente torrente de sangre que viajaba de nuestro pecho a nuestra cabeza.

Le tomé la mano y noté que estaba helado. Saqué los brazos de las mangas de su chamarra, me puse de pie y le tomé las manos para que me acompañara,

lo rodeé con los brazos, me recargué nuevamente en su pecho y me dediqué a escucharle el corazón. Estaba segura de que el sonido dentro de su cuerpo era el sonido de mis latidos.

Me apartó de sí y me tomó de las mejillas. Me acarició con los pulgares, como si estuviera borrándome algunas lágrimas, y me besó la frente.

Un millón de agujas se clavaron en mi quijada. Me moría porque ese beso pasara de mi frente a mi boca.

Me tomó de la mano y caminamos lentamente por todo el parque. Le apretaba la mano con fuerza. No sé si podía escuchar mi respiración como yo escuchaba la suya.

Algo estaba mal. Lo detestaba por manchar este momento.

Lo detuve, me puse frente a él y lo miré directamente.

Yo dirijo el mundo, yo lo poseo.

Me acerqué a sus labios y paré un instante, lo suficiente para comprobar que mi emoción me permitiría hacerlo.

Lo besé. Mi labio superior rozó la superficie de su labio inferior, sin oprimirlo, sin arrebatarse lo que le pertenece.

Quise llorar. Sentía las lágrimas de la emoción, de la felicidad, de la desesperación y del miedo.

Un fantasma estaba detrás de nosotros. Lo odié, a Andrei, no al fantasma, por haber sido débil, por no haberme buscado antes, por haberme abandonado cuando prometió que no lo haría. Es verdad que yo no puse de mi parte, pero no puedo pensar en... Todo se sentía muy bien. ¿Cómo puede traerla aquí cuando sabe que no pertenece a nosotros?

¡Sácala de aquí! ¡Haz que se vaya!

Dimos unos pasos más, muy lentamente.

—No la quiero como a ti.

—¿Por qué me dices eso? No lo hagas.

Volvimos a sentarnos.

Una y otra vez repito en mi cabeza: No digas su nombre. No traigas su sombra. Pero parece que ya estaba aquí y que era más grande que nosotros.

¿Cómo puedo odiarlo tanto si hasta hace unos minutos no había amado así a nadie en mi vida?

—Estoy saliendo con alguien —me dice en un tono de disculpa que me hace querer abofetearlo.

—¿Quieres hablar de eso conmigo?

—Pensé que debías saberlo. Porque si hacemos esto, si de verdad vamos a

estar juntos...

—No digas nada más —quise decirle que me estaba rompiendo, pero no pude. Después de todo, yo también tengo algo que debería decirle “si de verdad vamos a estar juntos”.

Le tomé la mano y le oprimí los dedos. La burbuja se había reventado, pero todavía nos contenía el mundo. Sería más difícil acabar con él que con un simple momento. Los sentimientos estaban dentro de nosotros. Lo difícil sería construir a partir de la culpa. Los celos llovían, habían mojado el suelo.

—¿Por qué estás con ella?

Quise extenderme. Quise preguntarle por qué no había preferido estar conmigo, pero es difícil lograr que las ideas se mantengan firmes sobre el piso resbaladizo.

—No lo sé. Simplemente pasó.

—Pensé que querías estar conmigo —el piso mojado también impide que pueda frenar mis pensamientos a tiempo.

—Voy a arreglarlo todo. Te lo prometo.

—Lo que vas a decir ahora es que necesitas tiempo.

—Lo que voy a decir ahora es que te necesito.

Estaba que me derretía por fuera, pero me estaba endureciendo por dentro. ¿Era tan difícil buscarme?

La solución tampoco es tan complicada. Las personas terminan sus relaciones todo el tiempo, ¿no es verdad? No quiero ser la mujer por la que un hombre lastima los sentimientos de otra. Me he acostumbrado a ser la otra. La que sale lastimada, la que no deja marcas porque siempre es él quien sale a buscar a su única, a su igual.

Del otro lado del cristal, siendo ahora yo la que trata de construir algo verdadero y duradero, siendo yo la que desea ser otra vez la única de alguien, me inunda el temor que los sentimientos verdaderos traen sobre la realidad.

—¿Cómo sabes que quieres estar conmigo? ¿Y si no es real? —le pregunto con más miedo que nunca. No podría soportar que me diera la razón. ¿Acaso no dijo en su carta que ahora prevalece el sentimiento de que no debería conocerme?

—¿No sientes que es nuestro momento de estar juntos?

No quise contestarle. La respuesta es Sí. ¿Pero cuál es el precio?

Una idea vino a mi mente y me sentí desvalida. Me pregunté cuál era la diferencia entre estar con Andrei y estar con cualquier otro. Peor todavía, ¿es esto lo que sienten los hombres cuando me conocen? ¿Esto es estar

enamorada? Se me había olvidado, pero no puedo negarlo.

Me vi en el lugar del licenciado Torrénz. Debe sentirse terrible cuando sabe que estoy en una cita con otro hombre. No puedo medir por ahora los atenuantes de su preocupación, pero me dejo cegar por la fantasía y me imagino que es Andrei un hombre de compañía, que yo lo hube contratado en otra ocasión y que ahora estamos enamorados. Me dolía el estómago por forzarme a llevarlo al siguiente nivel, pero lo hice.

¿Y si sólo me hace creer que está enamorado de mí para hacerme pasar un buen rato?

No pude más. Me sentí como basura. ¿Es esto lo que les he hecho a todos ellos? Al licenciado Torrénz, a Santiago, a los muchos que me envían proposiciones y regalos, al de la esposa maniática, a Andrei.

Un hormigueo me recorre los brazos y súbitamente me lleno con una fuerza inesperada. La cabeza se me aclara, sin negar mis culpas, si tales existen y no son sólo incidencias de la vida cotidiana, me alcanza otra vez la seguridad, y me excede.

—No quiero meterme en asuntos que no son míos —le digo—. No te voy a pedir nada. ¿No te gusta esto? ¿No es agradable este silencio?

—Contigo todo se siente como realmente debería ser.

—Si eso es verdad, no trates de torcerlo con tus intenciones practicadas. Aquí estoy, ahí estás. ¿Qué más necesitas?

—¿Qué necesitas tú?

—No vuelvas a nombrarla, no me hables de ella, no me hables de nadie. No hace falta otra presencia cuando estamos juntos.

—¿Todavía quieres estar conmigo?

Me acerqué a su boca y lo besé con más ganas. Ahora sí le quité un pedazo de su consciencia.

—¿Tú quieres estar conmigo?

—Quedémonos a dormir aquí. Detrás de un árbol.

Sentí de nuevo su emoción. Hipeé cuando una sonrisa se me arrebató del pecho.

—Llévame contigo —le dije—. O deja que te lleve conmigo. Te advertí que no podría separarme de ti.

—Lo dices como si fuera una maldición.

—No lo es por ahora, pero ya lo verás cuando no puedas dejar de pensar en mí.

—Ya lo hago. Cada vez con más claridad.

Tenía razón. Todo está tan claro. Todo es tan sencillo. La vida puede ser tan simple que inmediatamente te sientes enorme.

Me dijo que iríamos a su departamento. No pregunté nada más. No me hacía falta.

Me siguió a mi departamento. Convenimos dejar mi carro antes de que nos fuéramos juntos. Además, tenía que pasar por algunas cosas. Ropa limpia. Cepillo de dientes. Cepillo para el cabello. Maquillaje. Cremas.

Subimos despacio las escaleras. Abrí con dificultades la puerta. Se me cayeron las llaves al piso cuando ya íbamos entrando. Del otro lado escuché a Bruno moviéndose detrás de la puerta de su amo.

Nos sentamos en la sala. Con las luces apagadas. Primero uno al lado del otro. Le tomaba la mano y le acariciaba con el pulgar. Mirábamos directamente a una ventana que reflejaba el horizonte oscuro y frío de medianoche. Lo escuché suspirar. Yo también suspiré. Giró el torso y encontró mi cara con su mano izquierda. Un momento después llevó mis labios a los suyos. No nos separamos por un rato.

Me levanté y di la vuelta al sillón por detrás. Le rodeé el cuello con los brazos y acompañé su cabeza con mi cabeza, cubriendo su pecho con mi pelo.

Estaba excitada y por alguna razón no quería que lo supiera. A él no le importó mostrarme.

Me atrajo de nuevo al frente. Me senté a horcajadas frente a él. Sentía su erección por encima de sus gruesos pantalones. Yo llevaba *leggings*. Si me tocara, aun por encima de la tela, se daría cuenta de que estoy muy mojada.

Nos acariciamos el cabello un rato, nos besamos, nos miramos sin mirarnos en la oscuridad. Yo me moría por arremolinarme sobre su sexo. No quería dejar de sentir todo lo que estuviera a nuestra disposición en ese momento. Él puso sus manos en mi cadera, pero no se atrevió a bajarlas más. Ninguno de los dos pudo dar el paso al frente.

Yo estuve a nada de pedirle que me quitara la ropa. Estuve más cerca de quitarle la camisa. Me arrepentí de no haberlo hecho.

Estaba temblorosa cuando me aparté de él. Le dejé encendida una lámpara. De inmediato se levantó para mirar las fotos que tengo en el refrigerador y en la barra de la cocina. Yo fui al baño a secarme. Después pasé a la habitación y dudé en llevar mi bolsa. ¿No se vería mal? Puse lo más indispensable dentro y salí.

—Podemos quedarnos aquí si tú quieres —le dije.

—Prefiero llevarte conmigo.

Salimos después de darnos un abrazo infinito en medio de la cocina. Era como si el tiempo no nos hubiera pasado, como si nos viéramos como siempre hemos sido.

En el camino no me dijo mucho. Yo también contuve las palabras. No hacían falta.

¿Es Andrei el lobo que camina detrás de todos los demás? Quiero imaginar que sí. No sólo porque no tengo pruebas de lo contrario, sino porque es tremendamente emocionante.

Es cierto que está engañando a su novia. Pero a pesar de que lo detuve en sus pensamientos y le dije que no debía darme explicaciones, no puedo ignorar lo que yo tomé como promesa de su parte. Dijo que lo iba arreglar todo. En lo demás prefiero no pensar. Que sea suficiente esta declaración: Estoy consciente de lo que está pasando.

En cuanto abrió la puerta una emoción desconocida me tomó por completo. Un respiro de éter y plástico abandonó su departamento. Encendió la luz y pude ver su vida. Estaba justo frente a mí. Me pregunté si alguien más sería capaz de verla sólo mirando sus pinturas.

Había cuadros colgados en las paredes, y otros más encimados en dos caballetes en medio de la sala. En la mesa de centro no había más que frasquitos con pintura. En una esquina había latas de un cuarto y de medio con lo que yo imaginé era más pintura. Debajo de la barra de la cocina estaban varios litros de disolvente y algunas bolas de estopa. Detrás del comedor había lienzos en blanco y en el fregadero de la cocina estaban todas sus brochas sumergidas en agua dentro de un gigantesco bol color verde.

Fue la pintura o fue lo excitante de todo eso; me sentía mareada.

En la habitación había un rollo de tela detrás de la cama. Réplicas pequeñas de pinturas que no puedo identificar, excepto una, la más grande; era Van Gogh, pero esa no parecía una pintura sino una fotografía de la pintura enmarcada, colgaban de sus paredes.

—No te fijes en el desorden —me dice mientras va de lado a lado escondiendo todo lo sobrante en cajones y bolsas.

—No me molesta. Me gusta. Puedo imaginar tu pasión por algo que realmente te importa. Es emocionante.

El sentimiento no dura mucho. Lo corta un descubrimiento que me elimina.

Encima de su buró hay una fotografía enmarcada en madera de él y su

novia.

Me sentí una mota de polvo husmeando en esta casa, buscando un rincón donde aterrizar y dejarme morir.

En el parque le insinué que creía que la había elegido a ella y no a mí. Como si supiera que la conoce hace apenas unos días. Pero, ¿y si la conoce desde hace más tiempo del que me conoce a mí? Da igual, pienso al instante. Puede que se hayan conocido la semana pasada, o sean novios de toda la vida, una pareja que nunca se abandonó desde la primaria, y no importaría. Ahora soy la ladrona, no una simple amante, sino la que quiere estar con él el tiempo que pasaba con ella, sabiendo muy bien que si lo pasa conmigo no puede pasarlo con nadie más.

Salgo de la habitación haciendo como que no he visto nada. Después de un rato Andrei se pone delante de mí y me mira. Sé que quiere preguntarme algo relacionado a lo que pasará entre nosotros, no por nosotros, sino por ella. O quiere estar seguro de que no vi la fotografía, pero no puede preguntar sin enlodarse él mismo.

Le ayudo a sanar. Le sonrío y me recargo en el brazo del sofá.

—Píntame como a tus amigas francesas —le digo actuando.

—Precisamente para eso te traje —me dice cuando se va acercando a mí.

No sé si lo dice en serio.

Se sienta a mi lado y comenzamos a coquetearnos otra vez. Nos tocamos aquí, nos tocamos allá. Nos besamos un segundo, nos besamos una hora.

Se levanta y dice que ya regresa. Mientras no está, reviso que entre sus cuadros no haya ningún intento de retrato de ella.

Estuvimos hasta muy tarde contándonos recuerdos. Hacíamos como si lo que estábamos diciendo fueran secretos y no simplemente rememoraciones de un pasado que no ha estado oculto para nosotros.

Nos fuimos a la cama pasadas las cuatro de la madrugada. Él se acostó primero. Yo fui al baño a ponerme el pijama.

Cuando salí, todas las luces estaban apagadas. Estaba segura de que lo que seguía sería un poco más de coqueteos, un poco más de caricias, y luego sexo sin control. Estaba muy emocionada.

Me metí entre las cobijas, él no respondió a mi entrada. ¿Se habrá quedado dormido? Volteo medio cuerpo hacia él y lo busco con mi mano. Me la toma y me muerde un dedo. Gemí, jugando. Se acerca a mí y me abraza por la espalda. De inmediato sentí su erección en mis nalgas. Me pegué lo más que

pude a él, que sepa que lo deseo también.

Comenzó a besarme detrás de la oreja. Las yemas de sus dedos iban y venían desde mi cintura hasta mis piernas.

Todo era lo que debía ser. No había prisa ni urgencia. Bueno, tal vez un poco de urgencia al principio, pero conforme nuestros ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y nuestros cuerpos sintieron el frío y la tranquilidad de la noche, no nos hizo falta mucho más.

Nos acariciamos desnudos por largo rato, lo hicimos hasta que ya no sabía si lo que tocaba era mi piel o era la suya. Enredados como si nuestras piernas se hubieran hecho un nudo sobre el resto de nuestros cuerpos, deslizando los brazos para poner más fuerza en un lugar, para recargar nuestro peso en el codo y recibir una caricia donde no nos habíamos expuesto. Mi cabello salía de su cuerpo o se metía en él, sus manos se evaporaban en mi cuello y dejaban la sensación de que todavía no se iban, yo sentía que tres pares de manos me recorrían completa.

Él estaba arriba de mí, yo boca abajo, cuando me penetró. Fue... increíble.

Tuve un orgasmo al instante, o algo, un temblor, un comienzo, una sumersión a un agujero negro, o el inicio de lo que por siempre quisiera seguir sintiendo con él.

Arqueaba mi espalda hasta que mi nuca encontraba sus labios. Con un brazo me rodeó el pecho y trató de meterme a su cuerpo. Yo sentí que lo estaba logrando. Su pecho se abría y yo cabía a un lado de su corazón. Gemíamos. Nos revolcábamos en la piel del otro, pero era nuestra propia piel. Yo estaba intoxicada, totalmente perdida. No sabía si él estaba dentro de mí o yo estaba dentro de él. Su mejilla se pegaba a la mía y yo temblaba. Me besaba las orejas, me mordía la nuca. Me sentía desfallecer. La tibieza y suavidad de nuestra piel servía como escudo contra el frío que nos rodeaba, facilitando nuestros movimientos. Constantemente se tensaban mis músculos y se distendían en lo que yo ya no sabía si era un orgasmo o algo más grande.

Fue más difícil cuando me tocó estar arriba de él. Sentía el frío en la espalda y el momento del clímax se iba desvaneciendo lentamente entre el vapor y el cansancio.

Comenzó a gemir angustiosamente cuando estuvo cerca de terminar. Lo hicimos sin condón, así que me bajé de su cuerpo y quise masturbarlo. No terminó.

Me acosté a su lado. Me rodeó con sus brazos y me besó la espalda. No me di cuenta de que me había secado. Supongo que tres pares de orgasmos son

suficientes para mi cuerpo. Lo llevé nuevamente dentro de mí. Nos movimos lentamente, generando el calor que habíamos perdido por haber salido de las cobijas.

Pensé que podría pasar el resto de mi vida haciendo esto. No importa si me faltan cinco segundos de vida u otros cien años, quisiera vivirlos de esta manera: Andrei dentro de mí, sus brazos alrededor de mis pechos, sus labios en mi nuca, sus pensamientos en mi cabeza y sus sentimientos en mi corazón.

Salió de mi cuerpo lentamente. Me giré un poco y eyaculó en mi espalda. Me sentí sexi todo el tiempo. Su semen en mi piel era como un premio a nuestra biología, una muestra de que todo funcionaba como debía funcionar, la seguridad de que yo le gustaba y él me gustaba. Al principio estaba hirviendo, se enfrió rapidísimo. Comenzó a derramarse por mis costillas. Solté una risita de satisfacción. Todavía me sentía sexi, todavía me sentía enamorada.

Me ayudó a limpiarme. No sentí ninguna vergüenza. Estaba conectada a él.

Me senté a la mitad de la cama con las piernas recogidas a un costado. Él se sentó frente a mí. Nos besamos un poco más. Nos acostamos y nos echamos las cobijas encima. Primero nos mirábamos de frente. Después giré para darle la espalda y que se acercara lo más que pudiera a mí.

No dijimos nada. Nos bastó con las ideas y los ruiditos de la noche.

Se quedó dormido primero. Yo seguía el recorrido de la luna sobre la ventana. Me dije que esperaría hasta que desapareciera del marco, o al menos se escondiera en las cortinas, pero no lo logré. No me di cuenta de que me había quedado dormida.

En los pensamientos que la inconsciencia del sueño me permitía, insistía en seguir viendo la luna. Sus hijos son los lobos, y aquí estábamos dos de ellos, recién encontrados, tratando de descifrar si realmente pertenecemos a la misma manada.

Con extraordinaria ternura.

Cuando desperté lo tenía alrededor de mi cuerpo. Un hombre con quien quiero estar, y que igualmente él quiere estar conmigo, me aprisionaba entre sus brazos, me sostenía en sus sueños.

Acurrucada entre la piel de su brazo y la suavidad de la almohada, cubierta por las sábanas apenas lo justo para calentarme la sangre que se enfriaba cuando pasaba por mi piel expuesta al seco frío de la mañana, sentí que ése era el lugar al que pertenecía, en el que siempre debí estar, el que tantas veces llegué a considerar como fantasía alterna de mis citas casuales.

No quería ni mover un dedo para no despertarlo. Al final despertó, me atrajo a su cuerpo y me dedicó un gruñidito que me puso de humor para acercarle mi cadera.

Saqué de su cajón un condón y se lo puse sin esperar afirmaciones. Qué más afirmación necesitaba que sentir su deseo soñoliento y sexi debajo de las cobijas. Me acomodé de espaldas a su cuerpo y nos masturbamos mutuamente por un rato. Después me penetró muy despacio. Ninguno de los dos hizo ruido. Nos dedicamos a nuestro ejercicio mental, porque a eso se sentía. Era como el yoga, pero haciendo posturas arriba de una nube, sintiendo que estás soñando, con alguien dentro de ti.

Se detuvo un momento después. Todavía en mi interior me las arreglé para imaginar que siempre había sido así, que todo este tiempo Andrei había sido el único capaz de penetrarme, de vivir dentro de mí. Casi nos quedamos dormidos. Recuperó sus movimientos muy lentamente y terminó casi de inmediato.

Se levantó y yo me envolví en la cobija. Cuando volvió a acostarse me dijo que había puesto algo de música, que esperaba que no me molestara. Dormitamos una hora escuchando a Chopin, confundiendo el cuerpo de uno con el del otro.

Cuando despertamos del todo, escuchamos con atención “*Nocturne in C Minor*”. Fue increíble estar a su lado, habiendo despertado teniendo sexo, escuchando esa música, oliendo el éter que se mezclaba con la fragancia de sus pinturas. Las ideas que viajaban por el viento de a poco se llevaban el olor de nuestros cuerpos para anunciarle al mundo que dos lobos habían iniciado una nueva manada, una pequeña, una compuesta sólo por ellos, siendo ellos todos los lobos que se necesitan.

Le acaricié el pecho, memoricé las grietas en la piel de su cuello, leí los

nudos en las venas de sus brazos, conté las líneas en sus labios, me lancé al abismo de sus corneas en innumerables ocasiones. En ese momento no era capaz de negar que el nuestro era el amor del que hablan todos los libros y del que se tratan todas las películas. Un amor de cuento de hadas, el que es demasiado para ser comprendido. Me sentí un cliché y me gustó.

Un hombre me ama y yo lo amo. Un hombre me buscó y yo lo encontré. Un hombre me mira como lo que soy, y soy yo quien quiere hacerlo todo realidad.

No me basta con saber que todo puede ser posible, incluso que su novia llegue y nos encuentre juntos en este momento. ¿Cómo podría importarme?

No es suficiente sentir este inicio, necesito llevarlo más allá, necesito mirarme en ese hueco, el que no he negado ni una vez dentro de mí, encontrar a Andrei a mi lado en esa oscuridad. Ahí está, lleva toda la vida esperándome. Ha sido tan fácil encontrarlo.

Sé que estoy siendo melosa. Perdóname. Soy feliz. ¿No merezco ser feliz? Tal vez no. Pero ahora que puedo serlo, ¿no merezco darme la oportunidad? Eso sí. Acepta eso. Nadie merece la felicidad, pero todos deberían intentarlo al menos una vez en su vida.

¿Será ésta mi felicidad? Saber que no hay nada que me impida pensar que todo esto es una fantasía, que me he descabezado y que mi mente divaga en un espacio que le gusta dibujar a un pesimista: vuelta loca, pero no tanto como para no saber qué es la vida y cómo me la he ganado, con la sangre negra, con las vísceras en la mano, sonriendo como idiota, embebida en un espejismo mientras muero en medio de un desierto que está demasiado lejos de ser real, y que justamente eso hace que me disuelva en esas imaginaciones.

¿No es el amor un montón de felicidades tratando de entrar todas por la misma puerta al mismo tiempo? ¿No es el amor todas las tristezas tratando de salir por la misma puerta al mismo tiempo?

Fue cuando comenzó “Prélude in D Flat Major”, cuando mi cuerpo mutó a la piel de una malévola bruja que había despertado en el cuerpo de una princesa. Todo ese odio, todo ese rencor; contra mí y contra todos, toda esa emoción, todas las ganas de reanimar al mundo; de convertirlo por fin en algo mejor, lo que todos nos han prometido, y lo que todos nos negamos. Volví a ser un lobo cuando sentí los colmillos de Andrei en el cuello, justo cuando la canción se intensifica, desprendiéndose de mi espalda el más grande de todos los espasmos que alguna vez llegué a sentir por la excitación y la satisfacción.

—Antes creía que la música de Chopin era muy triste. Ahora entiendo lo hermosa que es —le digo envolviéndome en sus brazos.

—Yo pensaba que su música era hermosa. Ahora veo que tú eres hermosa y que Chopin era un hombre muy triste.

Entramos juntos a la regadera. Nos reíamos, nos hablábamos, nos mirábamos, nos conocíamos, nos encontrábamos, nos escondíamos, fingíamos que no podíamos vernos, era ahí cuando sabíamos que todos los demás lo harían.

El fantasma de su novia entró de golpe en forma de viento frío, el agua se congeló por un momento. Tanto él como yo pensamos lo mismo: ¿Y ella? ¿Qué hay de ella? El jabón pasó de mano y su perfume no nos pudo distraer de la incomodidad que trajo su recuerdo. Comprobamos que no podríamos lavar nuestras culpas. Era ella, después de todo, un ser humano como nosotros, enamorada de él, vigente o caduco su amor, pero alguna vez había sido ella la bruja princesa, la loba que sana de las heridas que los colmillos de este lobo le habían infringido como una promesa, como un adelanto de lo que sería estar juntos toda la vida. ¿Eso pensaba ella? ¿Eso pienso yo?

Por ahora no hay motivos para pensar que lo que Andrei y yo hacemos no sea otra cosa más que abonarle unos créditos a un amor confluyente. ¿Cómo puedo preguntarle? ¿Cómo podría responderle si él me preguntara? ¿Cuál es la pregunta? Acaso no sea: ¿Es esto amor de verdad?

¿Qué amor es de verdad?

Pregunto eso porque no quiero preguntar si realmente existe el amor. Mi respuesta inmediata sería Sí. Pero más metidos en el tema, no es hora de definir otro término para otro sentimiento más grande. ¿Es esto que siento por Andrei más grande que el amor? Mi respuesta sigue siendo la misma: Sí. Y lo digo con desdén, como si me preguntaran si quiero otro pedazo de pastel, o la última rebanada de pizza, porque es fácil alardear de sentimientos que creemos que nadie más tiene, porque nadie me prohíbe elevarme por encima de sus usadas y viejas pasiones, las de uso común, las de abonos y plazos fijos. Ni siquiera Andrei me limita. No lo haría sabiendo que es él quien me impulsa ahora mismo.

Se nos olvida el abrazo que nos daba la sombra de la presencia de su novia y cada uno se convierte en otra cosa. No sé en qué se habrá convertido él. Tener a un hombre dentro de tu cuerpo no te garantiza conocer sus secretos. Mientras nos vestíamos, me convertí en el espejo de Clementina, dama de compañía.

¿Cuántas veces hice esto mismo con otro hombre? ¿Cuántas veces me vestí

delante de él para que me viera como quería verme? ¿Por qué Andrei no puede ser uno más? ¿Por qué me empeño en hacer de Andrei un lobo? ¿Por qué me empeño en imaginar que yo lo soy?

Me arrepiento de haberme convertido en una dama de compañía. Me arrepiento de haber hecho felices a esos hombres. Me arrepiento de amarlos a todos. Me arrepiento de pensar que los he amado a todos. Me pregunto qué es esto que siento por Andrei. Si ya he amado a tantos, ¿de qué forma puedo amarlo a él? ¿Qué puedo darle que no le haya dado a los demás?

Al final, cuando Andrei me mira y me sonrío, me disuelvo y me arrepiento de haber pensado todo lo anterior. ¿A quién le importa lo que es el amor? Andrei no me ha pedido nada, y yo no estoy dispuesta a darle algo. Quiero que todo lo que desee lo tome de mí. Eso no es dar. Eso es entregarse. Tampoco voy a pedirle que deje a esa otra. No me hace falta que lo haga. Lo que desee lo voy a tomar de él, sin que lo sepa, sin que tenga siquiera la oportunidad de negármelo, y sé que no lo haría.

Me arrepiento de arrepentirme. No es así como he llegado a lo que soy. No es así como quiero descubrir lo que me hace falta descubrir. El arrepentimiento es para los que les gusta pedir perdón. ¿A quién le debo una disculpa?

Una disculpa no se hace esperar. Igual que no debe esperarse.

Andrei y yo nos conocíamos. No hacía falta decir nada. El silencio hizo tirantes nuestros sentimientos. Con miradas pagábamos el latido de nuestros corazones.

Desayunamos juntos. Después salimos a caminar. Volvimos a su departamento y me convenció para dejarme hacer un retrato. Nos fuimos a mi departamento cuando estaba cayendo la tarde. Hicimos el amor sobre mi cama. Terminé desnuda, apoyada en la barra de la cocina, del otro lado él dibujaba mi contorno en un lienzo blanco, como nuestro deseo de que todo esto fuera real y nunca terminara, o eso recuerdo, pero no estoy segura de haber hecho nada de eso.

Habíamos tenido sexo, ya por la noche. Estaba detrás de mí, entre mis piernas, envueltos los dos en mis sábanas; me mordía el cuello y me besaba la nuca. Me preguntó qué quería más que nada. Le respondí que quería el mundo completo. Él me respondió que entonces tendría que matarlo, porque él era el dueño del mundo. Lo amé más que nunca, no por la cursilería, sino porque

entendí que era verdad. No estrictamente verdad, pero, ¿acaso no fui yo la dueña del mundo hasta hace unos días? ¿No fui yo quien le dio a él las llaves de la puerta de toda la tierra? El mundo es nuestro, quise decirle, pero me conformé con sentirlo.

Le llamó ella a medianoche. Acabábamos de hacer el amor, otra vez. Salió a contestar la llamada hasta el estacionamiento de mi edificio. Me molesté con él, pensando que era su culpa haberme hecho a un lado sabiendo que debíamos estar juntos. En su nota decía que no me iba a abandonar, y no había hecho otra cosa. Después me calmé. ¿No habíamos pasado ya un día completo juntos? Más que juntos. Habíamos hecho desaparecer al mundo. Nos lo habíamos apoderado. Habíamos firmado la escritura en una servilleta y nos habíamos considerado el uno al otro como los herederos únicos en caso de fallecimiento repentino, posiblemente a causa de un padecimiento hasta la fecha desconocido. La afección Andreina, o lo que también se conocerá como el sucesor del amor.

No me molesta que le haya hablado. No me molesta pensar que soy la otra, me molesta que tuviera que salir a contestar la llamada, como si yo no supiera qué pasa, como si no fuera lo suficientemente madura para merecer la verdad y sus golpes. Me molesta que me haga desaparecer con su “educación”, saliendo a contestar su maldita llamada al estacionamiento.

Dije que nada le iba a pedir, y es verdad, pero una cosa exijo, y no es poco, mucho menos capricho, sino requisito indispensable para mantenerme a su lado, como una seguidora fiel de los ideales que nos creamos, como una parte indispensable de la manada que me gusta imaginar; exijo honestidad. Puede sonar común, pero no lo es. Quien la haya conocido entenderá su importancia y su peso, el alivio que da y el compromiso del que libera, siendo ella el máximo compromiso de todos. Más allá de eso, lo que exijo de todos mis amantes es el deseo de querer ser alguien diferente. Que me deje sentirlo a su lado. Así puedo cambiar yo también.

Andrei sale a contestar una llamada de su novia fuera de mi departamento, eso no es diferente, eso tiene nombre. Se llama cobardía.

Lucho en mi interior por contener las ganas de salir y abofetearlo para que entienda que ahora somos libres. Le he dado libertad y él me la ha devuelto. Se encierra en una pequeña jaula negando que yo existo, y negando que me ama niega su propia existencia, así como alejándose para contestar su llamada niega la existencia de ella. No entiende que yo no puedo desaparecer, aunque

ella siga viva. Me hace cómplice cuando la cataloga como un estorbo. Es que de esta manera todos lo somos.

En mis actos y en sus respuestas, y en sus actos y mis respuestas, quedó implícita una promesa. La promesa de amarnos sin condiciones. No es novedad, pero tampoco es fácil. Un amor diferente debe sentirse diferente, aunque no excluya los sentimientos ya conocidos.

Todo se me olvida cuando entra por mi puerta. ¿Cuántas veces imaginé que lo hacía? ¿Cuántos días esperé por un momento para fantasear con él? Ahora estamos juntos. No puedo perder el tiempo jugando a la ofendida cuando en realidad no lo estoy.

Es Andrei quien yo creí que era. Soy yo quien quiero ser al lado de Andrei. Siempre la misma, cambiando continuamente, sabiendo que todo termina en nosotros, en mi cama, uno encima del otro, escuchando música, mordiéndonos la carne, revolviéndonos el cerebro, desgastando los nervios, desafiando la idea de que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio al mismo tiempo, calentando el aire de una noche que promete ser fría, pero que ya se ha declarado vencida por el calor que Andrei y yo generamos.

Una actividad muy dudosa.

Desperté sola.

Escuché cuando se levantó y salió por la puerta. Estaba despierta, fingiendo estar dormida cuando se acercó a mí y me dio un beso de despedida.

No intenté abrir los ojos y convencerlo de que se quedara, en primer lugar, porque la despedida no lo era. Era un aplazamiento a nuestros sentimientos remanentes. Un recordatorio de que alguna vez volveremos a encontrarnos; ese mismo día, el siguiente, una semana después, un mes, un año, una década, o en otra vida.

En cuanto se fue me puse de espaldas y comencé a pensar en esto.

Sé que se va sin decir nada porque va a verla a ella. Porque no quiere dejarme marcada con una cruz roja sobre la frente, la señal de que soy la que sobra en su vida, no porque no me quiera en ella, sino porque hay otra que ocupa el mismo sitio. Se va sin decir nada porque sabe que así se asegura la invitación que no puedo negarle.

Me levanto de la cama y busco emocionada el bosquejo de mi silueta en el brillo de la tela recién bañada en el color que me representa. No estaba. Se lo habrá llevado. Me imagino algo peor. Habrá salido y sintiendo la decepción que le provoqué, no sé cuál, miró mi figura en su lienzo y lo habrá botado al contenedor de basura que está en la esquina. Nos vemos bosquejo de Clementina. No te lo tomes personal. Es que no estoy seguro si el boceto eres tú o la mujer que está durmiendo dentro de aquel departamento.

El vacío que ayer sentía a su lado, el que nunca creció ni disminuyó su tamaño, haciéndome creer que era un espacio que debía apartar para la compañía de Andrei, hoy se siente como una burla, la manera en la que la vida se da cuenta de que estuvo ausente estas horas y ahora es cuando regresa a abrirme los ojos. ¿Dónde está Andrei? ¿Dónde estoy yo?

Siendo el boceto, aquel borrón de pintura que un lejano Andrei pintó anoche, claramente una silueta de un cuerpo que ya no tenía peso en el mundo, me atrevo a tomar el lugar de ese contorno y digo entonces que no sabré dónde estoy, pero al menos sé dónde no quiero estar.

¿Es que el amor debe idiotizarnos?

Tomo mi teléfono celular y marco el número de Toni. No quiero ser parte de su horrible organización ni una hora más, no quiero que se me adelante y me llame en unos minutos para decirme que un cliente, cualquiera de ellos, me ha solicitado y debo cumplir con el contrato.

La mano con la que sostengo el celular me tiembla de manera extraña, como si hubiera dormido encima de ella toda la noche, como si a estas horas de la mañana ya le faltara energía, como si el paso que estoy por dar fuera lo más emocionante, o lo más exigente, o lo menos ideal.

Me contesta una muchacha a la que no reconozco como Toni. Porque no lo era. Un minuto después me contesta Toni y sabiendo que no puedo decirle que renuncio a sus citas y cuidados, que me voy de la agencia, que no quiero verla nunca más, le digo en un tono serio, cuidado, extraño, sospechoso, que necesito hablar con ella. Me dice que Ok y se queda callada un momento. Ya lo sabe. Me convengo de que lo sabe para no tener que decírselo cuando la vea, para no tener que explicar nada en este momento. Después de un rato incómodo de silencio me dice que estaba por llamarme, que un cliente, el que hace unas semanas me había cancelado la cita ahora estaba ansioso por verme. La escucho y a mi mente vienen cero recuerdos de esa vida, como si me alimentara la mente con arroz inflado, sin saber que todas sus palabras son consumidas al instante por la sensación de que ahora soy una mujer infinitamente más grande de lo que era la noche en la que salí a la promoción con el ingeniero Montiel. Ya hablaremos de eso, le digo convencida, mostrándole que sus palabras de plástico no compiten con mis pensamientos de acero. ¿No era una figura borrosa hasta hace un momento?

Entro a mi habitación y tomo la ropa que mejor me acomoda. Cualquiera. No hay nada que pueda hacerme caer al piso, ni siquiera el peso de mi ego, por el que tantas otras han terminado aplastadas.

Ser una amante apasionada es una maldición cuando los días se tornan aburridos. No tengo otra cosa en la mente más que su imagen, la de Andrei y la de todos los demás. ¿Por qué iba a pensar en deshacerme de unos cuantos fastidios para encadenarme a la creatividad? Nada bueno deja la inventiva en las relaciones. Mucho menos cuando la relación la está haciendo uno solo.

No me mires de esa manera. Has visto lo que yo he visto y has sentido lo que he sentido. En este mismo momento Andrei ha de estar sentado frente a su novia, compartiendo ambos una taza de café, escamoteándose una pieza de pan, una mirada incómoda, un beso forzado, una conexión que se da simplemente porque las piezas conductoras han sido golpeadas hasta ya no tener alternativa. Eso no es amor. ¡No estoy celosa!

Tal vez un poco decepcionada de que tenga que hacer cosas que no quiere hacer. Tal vez un poco enojada de que no pueda obligarlo a hacer las cosas que quiero que haga.

El taxi llega por mí a la puerta de mi edificio quince minutos después de haberlo pedido. Le doy la dirección y me mira sin preguntar, me afirma sin sonrisa, me mira sin saber que ahí estoy.

A la casa de Toni, señor. No se detenga; llevo prisa. Hoy es el día en que dejo de ser dama de compañía. La mejor de los últimos tiempos. Gracias, señor chofer, gracias. No crea que no me doy cuenta. Es decir: soy más o menos consciente de las tácticas que uso en los hombres. Ah no, no es casualidad. Es atención al detalle. Pero he conocido el amor, ¿sabe? ¿Lo conoce usted? ¿En serio? ¿Esposa y cuatro hijos? Lo felicito, señor chofer. ¿Es usted muy feliz? No creo que lo sea tanto como yo. Sí, soy una presumida, no se fije. Ya le dije que me he enamorado. De Andrei. ¿No lo conoce? Qué raro. Es más o menos de mi estatura; enorme, un lobo bien hecho. No, no vamos a verlo ahora. Más bien todo lo contrario, o algo así. Diría que por ahora no quiero que me vea, aunque sigo sintiendo que es él quien se esconde. Vamos a una casa de putas. Pero no a cualquier casa de putas, señor chofer, vamos a la casa de putas del ingeniero Montiel. ¡A ése si lo conoce, eh! No lo culpo. Vamos a ver a Toni. Voy a presentar mi renuncia.

El carro tiene que frenar súbitamente cuando la línea de automóviles delante de él se ha detenido de golpe. Estuvimos a escasos dos bigotes de estrellarnos. Por alguna razón no sentí miedo. Mi conversación imaginaria con el conductor se diluyó hasta la extinción. Yo seguía siendo un lobo infinito. El hombre lo notó en mi mirada y debió malinterpretar mis ojos con la molestia, porque no dejó de disculparse en todo el camino.

El auto se detuvo y miré por la ventanilla.

Busqué en mi celular la dirección que me había enviado Toni y pregunté si habíamos llegado.

Era una casa diminuta. Estábamos en una esquina de una colonia cualquiera, a mediodía, una mujer gigante dentro de un carrito, un chofer tratando de ganarse el sustento de todos los días, muchos otros recorriendo la acera con sus convicciones bien o mal puestas, del otro lado una tiendita con una mujer chismosa en la puerta.

¿Era este el putero de un hombre como el ingeniero Montiel?

Me bajé del vehículo. Estaba tan segura de que ese no sería el lugar, que le pedí al chofer que me esperara. Me dijo que la tarifa se incrementaría.

Mi primer impulso fue ir a preguntar a la tienda. ¿Qué iba a preguntar?

Disculpe, señora, buenas tardes, ¿es aquella la casa de citas del benemérito ingeniero Montiel?

Apenas me alejé un par de pasos lejos del taxi vi el cabello bien peinado de Toni a través del cristal de la ventana. Volteé con el chofer del taxi y pagué por el servicio.

No pude abrir la puerta del cancel. No había ningún timbre. No había una campanilla que pudiera hacer sonar para anunciar mi presencia.

—¡Dele un buen empujón! —me dijo la mujer de la tienda al otro lado de la acera.

Le sonreí con vergüenza. No me di cuenta cuando volví a mi tamaño natural.

El cancel cedió y entré con cuidado de no maltratar el pasto. O algo así, porque no había nada de pasto, a lo mucho algunas malas hierbas adornando el más pobre de los suelos. ¿Es eso un ratón muerto en el rincón? Debí llamar a Daniel. Si alguna vez sentí que debía tener protección fue aquí.

Toqué a la puerta con los nudillos. Después de dos gritos confusos una muchachita en ropa ligera me abrió la puerta.

—Hola —le dije con una sonrisa en la boca y el desconcierto en la mirada.

—Hola —me respondió mirando directamente a mi bolsa. ¿En verdad estaba mirando mi bolsa?

—Estoy buscando a Toni. Sabe que vine a verla.

¡Toña! Gritó la muchacha y entró a la casa. ¿Debo pasar o espero a que alguien venga por mí? Idealmente un policía.

“Toña”, o la sombra de ella, me invita a pasar desde la oscuridad de un pasillo alejado. Me sacudo los pies en el tapete de bienvenida que tienen en la puerta, pero te juro que mientras más me restregaba las suelas en él más me los ensuciaba. Apenas puse un pie dentro de la casa y el olor fue indescriptible, no porque no conociera el aroma, sino porque conociéndolo te niegas a creer que lo estás respirando. Heces de mono, del más inteligente de todos ellos.

Un par de jovencitas, y quiero verlas como jovencitas para justificar su cochinerero con su inocencia, me invitan a sentarme en un sillón que parecía ser el asiento trasero de una camioneta. Les sonrío y me siento.

Ahora... Digamos que estás en una casa desconocida, lo cual no es inusual, y tu impulso predominante te dice que alivies la incomodidad mirando los detalles que adornan la mesa, o un estante; no hay mesa, no hay estante. Ok. Busca el librero. De seguro tienen libros interesantes. ¿Cuál librero? ¿El que

están utilizando como alacena, en una esquina de su sala? A mí también me gusta esa marca de cátsup. El suelo no está limpio. No hay flores. Encima de un buró tienen una pantalla, de la que soy la única espectadora; Goku trata de reunir energía para hacer una genkidama. Tal vez si reúne la necesaria pueda hacer que esta casa estalle.

—Están muy bonitos tus zapatos —me dice una de las chicas sentada en el piso, recargada en el marco de la puerta de la cocina.

—Gracias. Son muy viejos, en realidad.

—Parece que los acabas de comprar.

Le sonrío. Miro a las otras y me doy cuenta de que están acostumbradas a ver mujeres como yo que visitan esta casa. ¿Quiénes son ellas? ¿Quiénes son las que se parecen a mí?

En el piso encuentro un folleto con la foto de una mujer que para nada nos representa. Esta tirada en el piso, rubia, en bikini, labios rojos, ojos verdes, rodeada de botellas de cerveza. Es el anuncio de un bar. De uno muy malo, seguramente.

Subo la mirada y me encuentro rodeada por el doble de señoritas. Cada una dedicándose a lo suyo. Miran revistas, miran su celular, comen de un plato de cereal, se escarban la oreja con un pasador de cabello, las que apenas habrán despertado se frotan los ojos, llevándose más del delineador que supongo nunca les deja la cara.

Definitivamente este no es el putero del ingeniero Montiel.

—¡Clementina, ven! —me invita la voz de Toni.

Guiada por la luz artificial y el aroma de un mal perfume me encuentro con Toni en una habitación que sólo tiene cuatro roperos y una docena de espejos. Luces neón color rojo en cada esquina y azul en los bordes de los espejos pelean con la luz del foco colgando a la mitad del techo.

—Déjame adivinar —me dice sin voltear a verme.

—¿Quiénes son esas chicas? —le pregunto sin dejarla seguir.

—Trabajan para mí. Es un proyecto que mantengo fuera de mis obligaciones profesionales.

Le creo. No ha de haber nada más alejado de cualquier profesión que este cuchitril.

Una muchacha de no más de 18 años entra a la habitación hecha una fiera. Trae un top negro sobre sus diminutos pechos, calzones metidos en las nalgas y unas sandalias de playa en los pies.

—No lo encuentro —le dice a Toni y se agacha a buscar en uno de los

cajones debajo de uno de los roperos.

—Sal de aquí, ¿no ves que tengo visita?

La muchacha se pone de pie, disgustada, altanera. Camina despacio hacia la salida, a un lado de mí. Me mira a los ojos, salpicándome con su cretina actitud.

—No me había fijado —dice y me sonrío malévolamente.

—¿Traes los cuarenta mil? —pregunta Toni al aire.

—¿Disculpa? —le respondo sabiendo que no es al aire al que le habla.

—Los cuarenta mil pesos, ¿los traes?

—No —respondo como si supiera de qué me está hablando. La cabeza me da vueltas. ¿Dónde estoy? ¿Qué es ese olor? ¿Quiénes son estas mujeres? ¿Cuáles cuarenta mil pesos?

—¿Recuerdas que para salir de la agencia debes pagar cuarenta mil pesos?

—No recuerdo que me lo hayas dicho.

—Está en el contrato.

—¿A razón de qué?

—Manejo de imagen, seguridad, promoción, algunos movimientos administrativos que tenemos que hacer para que todo esté en orden.

—No lo sabía.

Por fin me mira a los ojos. Da un par de pasos hacia mí y sonrío sin ganas, como diciendo: pues sí, dame el dinero o lárgate de una vez. No tenemos nada más de qué hablar.

—¿Qué pasa si no los pago? —le digo con curiosidad legítima.

—Alguno de nuestros amigos va a visitarte a tu domicilio esporádicamente, cada vez más insistente, poniendo mucho énfasis en la deuda que tienes con nosotros.

Me imaginé a un hombre corpulento tocando a mi puerta a las ocho de la noche, junto a él un par de señoritas en ropa interior tomándolo del hombro. ¡Sal de ahí, Clementina! ¡Ladrona! ¡Nos debes dinero! ¿No le sacaste lo suficiente a tus clientes? ¡Además de puta, ratera!

Me acaricié el anillo que llevaba esa mañana, el que me regaló la diseñadora. En la cabeza traigo la idea de ofrecérselo a cambio de mi libertad.

—Si quieres paso por el dinero a tu casa más tarde —me dice muy cerca de mí.

—No tengo esa cantidad.

—Puedes darme lo que tengas y después me pagas el resto.

La miro a los ojos, pero no sé cuáles ojos estoy viendo, no son los míos ni los suyos, son los de algún demonio que aclara sus intenciones. ¿Cuáles? Lastimarme, dejarme herida, robar mis posesiones sin que me dé cuenta, humillarme y posiblemente lo peor: hacerme creer que me controla.

La luz roja de las paredes me fue cerrando los pulmones, nacía dentro de mi estómago, me quemaba la garganta, encogía mis pensamientos.

Mareada salí de la habitación. No recordaba bien lo que le había dicho a Toni. Le dije que le pagaría cuando tuviera el dinero. Ella me dijo que hasta entonces seguía siendo de la agencia. Un diminuto alivio emergió cuando pensé que al menos no era una de estas muchachas en calzones sucios viviendo en una apestosa casa, trabajando de mesera en un asqueroso bar donde vivía de las propinas de hombres que me manoseaban. Pero el desnutrido alivio se consumió en la brea que hacía con mis recuerdos. Era yo otro tipo de muchachita, con calzones limpios, viviendo en una casa menos apestosa, trabajando de mesera en las intenciones de hombres no tan asquerosos que me daban una propina cuando terminaban de manosearme.

Salí sin despedirme de nadie. Ni siquiera cerré la puerta. Salí de prisa, tratando de alejarme, aunque no lo conseguía. Sentía que la casa me seguía, que no podía mirar otra cosa que no fueran las bragas metidas en el culo de la muchacha insolente. Supe que en mi bolsa traía un millar de folletos con la imagen de aquella modelo en el piso, que mi trabajo sería entregar esos folletos a la gente en las paradas de camiones y en las esquinas de las avenidas. Así pagaría mi deuda con la agencia. Así pagaría la deuda que tengo con mi vergüenza.

Dos calles, o dos colonias después, el viento se enfrió. Ni la casa ni la muchacha en calzones me seguían. Tampoco traía folletos en mi bolsa.

Regresé a mi casa en autobús.

Sentía vergüenza de ser una dama de compañía. Sentía vergüenza de deberle a la agencia cuarenta mil pesos por el manejo de mi imagen. Sentía vergüenza por estar enamorada de un hombre que no sabía dónde estaba. Sentía vergüenza de saber que en ese momento tendría que guardarme en alguna bolsa oculta en mi saco de diseñador, el cual juraba se había impregnado del olor a mierda de la casa de putas de la que nunca voy a poder salir.

Mitad luz y mitad sombra.

Esperaba por su llamada sentada en el sillón acojinado de mi pequeño departamento.

No manejaba bien la esperanza, que a estas horas se siente como desesperación. Veía mi reflejo en la oscura pantalla encima del librero. A un lado descansaba mi copia de las mil y una noches, debajo de un cubo rubik que he olvidado cómo girar.

Me miré los zapatos y esperé por los pensamientos ligeros, los que caminan delante de los que por su ineficacia son más pesados que el metal. Apunté a uno de los fuertes, pero la idea del deseo de un orgasmo se interpuso entre mi mirada y el pensamiento blindado, recibiendo el tiro en el pecho, haciéndome huir de la escena como si fuera culpable, como si fuera un crimen tener sentimientos.

Mis ojos iban de un zapato al otro. Me pregunté: ¿por qué no soy capaz de mirarme las dos piernas al mismo tiempo si tengo dos ojos? Sí, eso me pregunté.

Me puse de pie y recorrí mi sala en dos pasos. En el techo se veía humedad. Buscando la cara de la virgen María en la mancha me desviaba de mis verdaderas ideas. En ese momento era un desagüe abierto, una alcantarilla por la que libremente pasaba la pestilencia de algunas emociones que no querían ser explicadas.

De nuevo miro mis zapatos. ¿Cómo me convertí en esta fantasía? Era una maquinita que hablaba chistoso en mi mente, sabiendo que las palabras que escuchaba no eran mías, convencida de que por la necesidad de la unificación no podría crear mis propias letras. Hice un esfuerzo y traté de armar una palabra que en ese momento representara lo que era y lo que sentía. Las palabras no son más que hilos torcidos, líneas hechas a merced de alguna intención, un dibujo que todos saben dibujar, un símbolo que nos acerca a nuestros pensamientos, excepto que no lo hace.

Mi teléfono vibró encima de la mesa. No corrí a contestar la llamada. A cada paso que daba mi corazón se iba acelerando, pero mi mente se iba asentando en su estado discreto, escéptico, apático, cansado, gris, espumado y volátil.

Era él, Andrei, quién más.

Me dijo que quería verme. En su voz escuchaba una fuerza que yo quería tener, una excitación que le movía la cabeza, un plástico que le sellaba los

pensamientos, haciéndose a prueba de agua, a prueba de fuego, a prueba de balas, y sabiéndose así de protegido quería retar a la vida haciéndole ver que podía hundirse, incendiarse y dispararse a voluntad.

Quise dejarme absorber por esa calidez, pero mis pies estaban fríos.

Me dijo que me había extrañado. Pensé que había sido cursi, que esas palabras sobraban porque era evidente que nos habíamos extrañado en la ausencia del otro y no hacía falta decirlo, porque no éramos un par de ancianos que se debían esas generosidades, no éramos un par de amantes esperando el segundo aire, otro empujón del corazón, ni una pareja cansada de visitar los mismos secretos una y otra vez, sosteniéndonos con un hilo delgado de expresiones manufacturadas en el país de “todavía te quiero pero ya no sé cómo decirlo”.

—¿Tú me extrañaste? —me preguntó y lo oí.

Me puse de cabeza y sentí que todas mis palabras se amontonaban en mi garganta. Poco a poco me iba llenando de letras y ninguna podía salir de mi pecho porque mis cuerdas vocales habían sido cortadas.

No iba a contestarle que sí, no podía decirle que no. ¿Lo extrañé? Tal vez nunca estuvo en mi vida, tal vez nunca se fue.

Ideas más grandes venían a mi cabeza, frases sinsentido que quería decirle, porque por alguna razón creía que me las había comprado, que nuestra relación se haría más grande si yo pudiera decirle que no puedo dormir por las noches, a pesar de que tengo el recuerdo de haber despertado esta mañana. Que no puedo comer a pesar de estar hambrienta. Que me he preguntado si algo está mal porque me siento cercana a la muerte. Que he corrido las cortinas de mi departamento porque siento que alguien me está observando. Que a pesar de no haberlo extrañado he estado pensando en él todo el día, tratando de descifrar por dónde había pasado a mi cabeza. Tres capas de cristal blindado me cubren el pecho, te pasé la pistola de los sentimientos y me disparaste, Andrei. La bala entró, podemos estar seguros. Pero, ¿por dónde?

Te hice amarme, pero no lo haces. Me hiciste amarte, pero no lo hago. Perdimos el sentimiento de prohibición y nos olvidamos de la resistencia de nuestros deberes con la comunidad de amantes. ¿Somos tan aburridos?

Basada en el colapso de los edificios dentro de mí, interpretando el terremoto como una muestra de la mala planificación y no como la evaporación de mis limitantes, me permito imaginarme a tu lado, por el resto de nuestra vida, consumiendo medicamentos que matan nuestra libido,

mirándonos de vez en cuando y sonriéndonos mucho menos, haciendo el amor por prescripción social; un cupón de placer que se convierte en obligación.

No te extrañé, Andrei, pero pensé mucho en ti.

—Yo también te extrañé —se lo digo así porque es más fácil.

No quiero mudarme a sus pensamientos, pero ya lo hice. Vivo ahí desde que no hemos podido despertar de este sueño. No quiero que mis sueños me asistan en la realidad.

¿Realmente estoy dormida? ¿Realmente estoy despierta?

Fuimos a caminar. Recorrimos media ciudad en la conformidad de la tarde. Terminamos sentados en el parque donde todo había comenzado.

Habíamos representado nuestra vida con palabras, recuerdos, ideas, bromas, esperanzas, sentimientos; todos en relación con el otro.

El parque se notaba a detalle, la luz de la tarde moribunda fue suficiente para ver que la magia que nos había unido aquella noche no era la misma cuando vertíamos cloro en la capa que nos cubría de la verdad, ahí había un árbol, y allá otro, no los vi cuando nos reunimos, Andrei. ¿Existía la vida antes de conocerte? ¿No fueron esos árboles y aquellos arbustos, aquellas flores y esas farolas creadas después de nuestros sentimientos? Qué decepción.

Vamos del otro lado del estudio con nuestro amigo Destino que nos tiene el pronóstico de las emociones. Destino.

Gracias, Clementina. Te comento que se acercan nubes cargadas con electricidad. ¿Será sexo? ¿Será una pelea? ¿Será la descomposición de una arteria neuronal? No lo podemos asegurar. Una cosa puedo decirte: no salgas sin tu paraguas. Sin embargo, mañana despertaremos con el sol más brillante de todos. Pero no festejemos tan pronto, las nubes volverán por la tarde. Como ves, nos esperan días lluviosos. Volvemos contigo, Clementina.

Gracias, Destino. Tomaré mis precauciones.

No es verdad. Nunca lo hago.

Ningún hombre es tan idiota como para no saber cuando algo no está bien con su pareja. Pero todos son lo suficientemente descuidados y terminan preguntando.

—¿Pasa algo, Clementina? Te noto distante.

Pasa, mi amado Andrei, que soy una mujer que pertenece a los peores círculos de la sociedad. ¿Te acuerdas de la fiesta donde nuestras miradas se reencontraron? Pues acababa de hacerle sexo oral a un señor que pagó por

ello. Sí, Andrei. Soy una prostituta. Pero estoy arrepentida. Debes creerme. A pesar de que en mis ratos libres pienso en cosas feas de nosotros, estoy realmente enamorada de ti. Una puta enamorada, qué ridiculez. No te culpo por pensarlo. He tratado de dejarlo. Desde que nos fuimos juntos de este mismo parque no he pensado en otra cosa que no sea dejar de ser la dama de compañía para transformarme una vez más, ahora en una forma de mujer mágica. Cuidadora de lo nuestro, sea lo que sea. Incluso si después deba llamarte Tercero. Lo he pensado. No creas que no. No sé de dónde vengan estas revelaciones, pero siendo todos iguales debo aceptar que no eres el primero en hacerme emocionar, y tú debes comprender que no serás el último. ¿Habrá un Cuarto esperándome en algún lugar? ¿Un Quinto, un Sexto? Por ahora me gusta pensar que no. Que soy un dibujo de humano que le gusta sentir que eres el único y que estarás para siempre conmigo. Ni siquiera puedes estar junto a mí en este momento. Lo veo en tus ojos. Lo siento en tus dedos entre los míos, en las palabras que no dices, en las ideas que no tenemos, en el poco cuidado que ponemos en la construcción de una base sólida, la que por ahora fundamos encima del cadáver de tu novia.

Así que digamos que ya no hay un Primero, ni un Segundo, ni tú eres el Tercero, ni habrá Cuarto, Quinto ni Sexto. Todos ustedes serán Ceros, una línea que se busca a sí misma, persiguiéndose hasta el infinito. Yo seré el uno. Siempre lo he sido. Yo soy Primera. ¿No te das cuenta, tierno Andrei, que ninguno de ustedes existe sin mí? ¿Quién eres si no estoy contigo? Al menos eres alguien que no me tiene. ¿Pero qué vida es ésa?

—¿Cómo se llama ella? —por supuesto estoy enojada con él.

—Bibiana —me responde.

Me gusta que no se haga el desentendido. Me gusta que tenga la decencia de mirarme a los ojos y decirme que está con otra mujer, aunque después tenga que retirarse para contestar su llamada. En su mente ya no hay una línea que distinga quién es quién y cuál tiene la mayor parte de su vida. Me ha convertido en una competidora. Todo lo que digo y todo lo que hago es puesto en una balanza que determina lo que se forma en su mente.

—¿Fuiste a verla? —continuo con mi interrogatorio. Me fuerzo a decirlo de manera relajada, como si no me importara en realidad, como si no importara en lo absoluto. No puedo hacerlo sin que note la mentira en alguna postura de mi cuerpo, pero estamos hablando de una intrusa, de una incomodidad, de un demonio que posee nuestras citas. Así que lo que menos importa es mi postura.

—Sí. Tenía que hacerlo.

No tenías que hacerlo, Andrei. No me mientas de esa manera. Entiendo que debas decir algo, pero que no sean esas palabras, las mismas que usamos todos.

Me quedo callada un rato. ¿Qué podría decir?

—¿Estás feliz de conocerme? —saco la dama de compañía que hay en mí. La que no puede fingir emociones, la que no puede decir cosas que se asemejen a mi interior.

—La verdad... —hace una pausa que me fulmina. ¿Será que se arrepiente de todo? ¿Qué es ese todo?

—¿Tienes dudas?

—No son dudas, son precauciones.

—Dímelo como es —habla claro, de lo contrario no puedo escucharte.

—Me he preguntado si estamos haciendo lo correcto.

—Yo también me lo pregunté.

—Te va a sonar ridículo, pero... siento que no es algo que deba tomarse a la ligera. He pensado en cosas que antes no pensaba.

—¿Como qué?

—Qué persona quiero ser, por ejemplo.

—¿Qué persona es ésa?

—Todavía no lo sé. Pero estoy seguro de que no quiero seguir siendo lo que soy ahora.

—Sé cómo se siente.

Mis ánimos de pelea disminuyen y me acomodo en su pecho. Quiere decirme que en sus planes me contempla por el resto de nuestra vida. Hasta que nos miremos poco, hasta que nos dediquemos sonrisas falsas, hasta que hagamos el amor por compromiso, como yo lo había pensado. Por alguna razón para él representa una vida bien construida. Me pregunto por qué para mí es una excusa para odiarlo. ¿Qué hay de malo en querer encontrar a una persona con la que valga la pena envejecer? ¿Qué hay de malo en que un hombre encuentre a una mujer por la que quiera cambiar todo lo que es? Sea él mismo, o sea todo el universo.

Andrei no quiere decírmelo porque ha descifrado que no me gustan las cursilerías. Ha palpado mi cuerpo a su antojo y debió sentir en mi pecho la capa protectora que me he hecho.

Hay dos formas de romper mi escudo antibalas, Andrei. A golpes; lo que sería intenso y hasta divertido. Y con paciencia. Has visto que hay un laberinto en mí. Estoy dentro, búscame.

Vamos a comer a un pequeño restaurante que se da aires de una categoría a la que no pertenece.

Te sirven pizza hecha a la leña y mientras se cocina un mesero se acerca a ti con una botella de vino. Cortesía de la casa la primera copa, o la mitad de ella. Si no te gusta puedes pedir de otra botella. Los meseros andan bien vestidos y hablan correctamente, los dueños se pasean entre las mesas tratando de convertir su acento italiano en palabras españolas, se escucha música variada en el fondo y en las paredes cuelgan cuadros enmarcados de carros de carreras y caballos galopando. La luz es tenue y los manteles de buena calidad, pero en el fondo, en una esquina, se ve el refrigerador patrocinado por Coca-Cola, de donde sacan las botellas de vino y el queso de las pizzas.

Nos imagino como un par de lobos antropomorfos, escondiendo los colmillos, bien vestidos, él con una corbata de pajarita en el cuello de su camisa de vestir, y yo con un vestido y un moño a un lado de mi oreja derecha. Sin zapatos. Los lobos no usamos zapatos.

Este es un lugar divertido donde estar. No es entretenido, pero la incongruencia te facilita la diversificación de tu estado de ánimo. Es un lugar donde abundan las parejas que están en su primera cita. O donde vienen las que han pasado por un momento ajustado, para desenvolver sus caras serias.

Allá hay una muchacha que cruza los pies debajo de la mesa y une las manos entre sus rodillas. Su pretendiente la mira de vez en cuando y le sonrío. No hablan mucho. Los dos son tímidos.

Más allá otra pareja un poco más cómoda, se ríen con las tonterías de uno, se retan a ir más lejos, se toman la comida del plato del otro y beben su soda del mismo popote.

Repentinamente me siento comodísima con mis sentimientos hacia Andrei. Qué suerte tengo de estar con alguien como él. Somos los únicos lobos en este lugar. Seremos los únicos en la ciudad.

Cada uno está restringido por secretos y errores, cada uno teme por la consideración del otro, y cada uno apuesta lo que tiene a que al final se resolverá como debe resolverse, porque no hay alternativa, aunque sí la hay, pero en la cabeza de personas que están enamoradas la única opción es seguir.

Pensé en lo fácil que serían las relaciones entre hombres y mujeres si los hombres olvidaran lo que se les ha enseñado a pedir, y las mujeres aprendieran a dar lo que se les ha enseñado a negar. Pero uno no encuentra lobos aullando encima de todas las colinas.

La mirada de Andrei y la mía se cruzan con burla cuando la música pop se corta en las bocinas del restaurante y comienza una variedad de hip-hop que debió ser traída por uno de los empleados. Por suerte los niveles no son tan altos y podemos hacer como si ahogáramos los estertores de los ideales de pandillas armadas con el poder de la canción debajo de nuestras conversaciones.

Nuestra pizza, mitad champiñones, mitad jamón, llega cuando se escuchan las primeras notas de una canción de Action Bronson en las bocinas. ¡Qué nacada! Es todo de tan mal gusto que se elimina toda la desfachatez. Es tan poco *cool* que se convierte en algo *mega cool*.

—Me gusta esa canción —le digo escondiendo la sonrisa, sé que es verdad.

—*Action, m' man* —me dice sin mirarme, sonriendo genuinamente, sirviéndose una porción doble de pizza en su plato.

El resto de la rima se termina cuando ponemos los condimentos a nuestro alcance. Andrei levanta la mano y se acerca uno de los dueños, con su sonrisa sincera, con sus manos juntas a la altura del pecho, con la cabeza rasurada, sudoroso y cansado, abriendo mucho los ojos para ayudarse a entender un idioma que todavía le resulta un misterio.

—Disculpe —le dice Andrei—, no hemos podido escuchar la canción anterior con detalle. ¿Cree que pueda repetirla para la señorita?

Me tiende la mano y yo se la doy con mi sonrisa.

El hombre asiente y se retira. Al instante se repite la serenata. Andrei me besa la mano. Yo asiento con educación. Pongo cátsup a mi pizza y él se extiende la servilleta sobre las piernas. Terminamos nuestra primera rebanada escuchando *Easy rider*, moviendo la cabeza, sorbiendo traguitos de nuestra copa de vino.

Más de media pizza después, y muchos menos comensales en el restaurante, Andrei y yo nos reímos de tonterías que le cuento de mi trabajo en la oficina.

Se me antoja ser feliz. A Andrei se le antoja verme feliz. Nos damos el gusto sin escatimar en las palabras. Si de algo nos ha servido el lenguaje es para hacernos reír.

Una pareja se acerca a nuestra mesa y yo quito el codo para evitar golpearlos cuando pasen a mi lado. Se detienen delante de nosotros. Levanto la mirada y veo unos ojos conocidos, pero irreconocibles para mí tal cual los estaba viendo.

—Hola, Clementina. ¿Me recuerdas?

La recordaba. Pero me seguía negando a decir su nombre. No es que me pareciera ominosa su presencia, es que me golpeó fuerte el verme reflejada en ella.

—Claro que te recuerdo, Selene.

Viene colgada del brazo de un hombre que, sin conocerlo, no puedo confundirlo.

El tiempo se detiene. La incomodidad se acrecienta entre nosotros, entre todos. Qué bien nos caería otra canción de *Action Bronson* en este momento. ¿Adónde se fue esa diversión?

—Él es mi esposo, Alonso.

Me levanto de la mesa y Andrei me acompaña.

—Mucho gusto, Alonso. Yo soy Clementina y él es Andrei.

Selene le extiende la mano y la sonrisa a Andrei. Después Alonso. Es él quien retoma la palabra.

—Selene me habló de ti.

—Bueno —le respondo—, creo que ella me habló mucho de ti, también.

Selene baja la mirada, la retoma casi en seguida.

—Perdí mi celular y con él toda mi agenda. Discúlpame por no haberte llamado. Me era imposible sin tu número.

—No te preocupes. Ya veremos cómo encontrarnos nuevamente.

—Eso espero —se asegura una sonrisa que parece bien entrenada. De nuevo el silencio. Ahora lo termina ella—. Mira que habernos encontrado aquí. Este es un mundo muy pequeño, ¿verdad?

—Al parecer lo es —le digo y volteo a ver a su esposo.

—Debemos irnos —dice ella después de borrar su sonrisa.

Mucho gusto, decimos todos a los respectivos desconocidos. Andrei y yo volvemos a nuestro asiento cuando la pareja se está retirando.

—¿Quiénes son? —me pregunta Andrei sin intenciones de agriarme.

Borro la sonrisa y me sumerjo en las posibilidades que tengo de ser una copia exacta de Selene. Después de todo, fuimos una sola aquella tarde en la cafetería. Mis labios hundidos en ellos mismos se llevan entre sus pliegues mis ganas de ser feliz.

—No son nadie —le contesto secamente, pensando que ellos salen del restaurante diciendo lo mismo de nosotros

Qué vergüenza ser mujer. Qué vergüenza tener que pensar en estas cosas. Qué vergüenza encontrarme en los pensamientos de otra persona que nada tiene que ver conmigo, pero que con su presencia aminora la mía.

Recupero media sonrisa para Andrei cuando dejo de mirar la entrada del restaurante.

—Vámonos de aquí —le digo y me acomodo en la silla.

Llega la cuenta y hacemos una diminuta diversión tratando de poner cada uno la mitad del precio. Quitando unas monedas del otro, guardándolas en nuestras bolsas. ¡Es la propina! ¡Se la merecen! ¡Nos pusieron buena música! Es todo suficiente para animarme.

Es tan pesado el sentimiento que me ha dejado Selene, que toda sonrisa sucumbe a la fuerza de la gravedad ante la mínima oposición.

Llegamos a mi departamento. De la cajuela del carro de Andrei salen sus pinturas y el lienzo que me pertenece desde ayer. Lo miro desde la acera. Una comodidad me secuestra. ¿No tiene derecho Selene a dejarse raptar por la seguridad conocida de su matrimonio? Ella puede hacer de su vida lo que quiera, pero la traición que pruebo en su mirada me desacomoda el orgullo.

Andrei me encuentra a la mitad del pensamiento y me encamina a mi propia puerta. Estoy un poco mareada por el vino y desencadeno una actitud sensual ante cada toque que me regala.

Hacemos el amor mientras nos bañamos. Seguimos con una conversación de rutina mientras nos secamos. Me cepillo el cabello frente a él, desnuda. Ha comenzado a pintar, así que exagero algunas poses. No quiere dejarme ver lo que está pintando.

—Cuando esté listo —dice.

Hago trampa. Nos vamos a la cama. Lo abrazo por la espalda. Le acaricio la nuca con toda mi mano. ¿Será esta seguridad muestra de una comodidad que nos denigra como amantes? La pasión desaparece con la comodidad. Apenas se queda dormido me levanto. Camino a la sala y veo por un rato la esquina del lienzo recargado en la pared, encendido por la luz que entra por la ventana. Mientras más se acostumbran mis ojos a la oscuridad más hundida me siento en las tinieblas. El demonio que cuida mi casa por las noches me acaricia la piel cuando me encuentra en su territorio. Me envenena la sangre metiendo su lengua en mi oreja, acariciando mis pestañas con sus pestañas. Volteo la cara a un lado para verlo salir por una de las paredes a mi lado.

Hay alguien en la sala, soy yo. O una versión de mí que muy pocas veces me permito conocer. El control en las manos de un gigante, la paciencia de un lobo inmenso para no abrir las mandíbulas frente a un conejito muerto de miedo.

Me agacho frente al lienzo. No puedo ver la figura que la pintura hace en su superficie porque está volteado. Lo dejo así.

Me pongo de pie y camino a la habitación. Me meto entre las cobijas y de inmediato caigo en los pensamientos que llevan al sueño, los que se olvidan al día siguiente, como los sueños mismos, como las realidades que una vez vividas se quedan atrás.

Era un don nadie.

Dicen los que son optimistas que enamorar a un artista te paga la vida eterna. Que si quieres vivir para siempre debes hacer que alguien te escriba un libro, o te pinte sobre tela, o te esculpa sobre mármol, o no con menos emoción te tome una fotografía.

Es mentira.

El artista está dibujando sus pensamientos, se está describiendo a sí mismo, es su figura la que está esculpiendo, es su reflejo lo que mira a través de la lente. Porque no conoce a nadie más, porque confunde el amor propio con la compañía, porque sin importar cuánto se esfuerce, nunca llegará a conocer el individualismo que representa el objeto de su deseo.

Quiero conservar el cuadro que Andrei hizo de mí. No porque estoy plasmada en ese lienzo, sino en su mente, de la que ahora soy parte también. La pintura es el símbolo, algo que puedo tocar, un recuerdo que no se puede cambiar.

Vi el lienzo en mi sala, lo dejó debajo de la misma ventana donde siempre lo pone.

No supe a qué hora se fue. Dejó una nota sobre mi buró diciéndome que hoy estaría en un museo donde exhiben la colección de bosquejos que había dibujado Clemente Orozco con carbón. Demasiado específico para considerarlo una nota cualquiera. Con palabras claras diciendo que hoy no podría verme. Eso no quiere decir que yo no pueda verlo.

Sentada en mi lugar, cercana la hora en la que puedo despedirme de esta oficina, repaso la nota en mi mente.

Una idea maligna se desabotona la camisa y en menos de dos intentos de precaución ya estoy llamándole al licenciado Torrénz.

Me dijo que la situación con su divorcio se estaba saliendo de control y que le alegraba mucho que fuera mi iniciativa hablarle por teléfono. Le escucho unos minutos quejarse de su esposa, de sus abogados, de él mismo. Terminó invitándolo a la galería de dibujos de Clemente Orozco. Le encargo que investigue dónde se está exhibiendo y en qué horarios. Acepta encantado. Yo me cierro a las posibilidades, las que desde ahora puedo jurar estarán a mi favor. Y a mi favor quiere decir que en realidad están en mi contra.

Al final el horario de la galería no era tan amigable. Las puertas estarían abiertas dos horas. De seis a ocho.

El licenciado Torrénz pasó por mí a la oficina a las cinco. Salí sin pedir permiso a nadie. No hacía falta. Tengo mucho trabajo atrasado. Mi eficiencia en mis labores ha bajado tanto que ahora ya no sobresalgo entre los demás haraganes.

Dimos varias vueltas a la manzana tratando de encontrar un lugar para estacionar. Yo aprovechaba cada oportunidad para ver si encontraba a Andrei y a Bibiana entre la gente que se quedaba atorada en la entrada. ¿Estarán dentro? ¿No han llegado?

El licenciado Torrénz se desvive sonriéndome y hablándome. Me toma la pierna con su mano extendida, me acaricia la mejilla haciendo como que me acomoda un mechón de cabello, me acaricia los dedos de la mano y me habla de lo linda que soy. No voy a decirle que en este momento el vale mucho menos para mí.

Una camioneta está por abandonar su espacio en la acera de enfrente de la galería y esperamos para poder ocuparlo en cuanto se vaya. Mientras el licenciado Torrénz maniobra las llantas de su camioneta, yo me concentro en la entrada de la galería. Nada.

—¿Quieres que entremos? —me dice.

—Esperemos un poco.

Se acomoda en su asiento, casi pegado a mi hombro y me toma de la cara, llamándome a la suya. Trata de besarme, pero me resisto. Lo hago siempre que trata de hacerlo. Ya se ha acostumbrado; sigue pensando que soy una difícil.

Comienza una conversación acerca de los trámites de su divorcio. En su estéreo pone música que cree que me gusta. Sigue hablando de su esposa, de sus hijos, de cómo las cosas se van a arreglar para nosotros dos. Finjo que le pongo atención, hasta parece que lo miro a los ojos, pero en realidad sigo pendiente de quién entra y quién sale de la galería.

Doy un salto en el asiento cuando mi memoria inexacta, disfrazada de intuición, me dice que ya he visto a esa mujer. Estoy segura de que es ella. ¿Dónde está Andrei?

Un grupo de personas la llaman con ellos y comienzan a platicar. Se demora tanto su conversación que me doy el lujo de ver detalles en ella. Veo su imagen sencilla. Su cara limpia. Su pelo aclarado recogido en la nuca. No puedo ver el color de sus ojos, pero por la forma de su cara adivino el contorno, imagino su sonrisa, clarifico su voz; la que no puedo escuchar, la que no me deja hablar. Trae un uniforme de enfermera. O eso parece. Encima trae una sudadera abierta que por momentos me da la oportunidad de descifrar

el símbolo bordado encima del lado del corazón.

—Vamos a comprar los boletos —le digo al licenciado Torrénz.

Bajamos de la camioneta y me cuelgo de su brazo. Me tiemblan las piernas. No puedo levantar la mirada. ¿Qué voy a hacer si Andrei me ve con este señor? ¿Qué le voy a decir?

—No creo que vendan boletos para esto. Parece que hay entrada libre, amor —me dice.

Lo miro con odio. ¡Cómo se atreve a decirme amor enfrente de toda esta gente! Es que no he dejado de pensar en lo ridícula que me veo siguiendo al hombre que me gusta por los caminos que me marca, tratando de encontrarlo entre gente que sobra en nuestro mundo.

—No me siento bien —le digo a mi acompañante menospreciado y lo dirijo a la camioneta.

Me pasa su brazo por el hombro, como tratando de sostenerme para que no me desmaye. En ese momento levanto la vista y la veo, Bibiana, mi rival o lo que se le parezca, caminando de frente hacia mí. Me atraviesa por el pecho, cruza su cuerpo con el mío, nunca su mirada, me abandona sin reconocer mi existencia, tal cual lo hace su novio cada vez que nos alejamos. Su indiferencia ha sido mi ventaja. Vi en su camisa de enfermera el logotipo y su nombre. Es Bibiana, lo decía ahí mismo, en su camisa, y no es enfermera, es veterinaria.

Subimos a la camioneta y el licenciado Torrénz se me encima de inmediato. Me toca la frente, me toma el pulso por el cuello, pone uno de sus dedos debajo de mi nariz para sentir mi respiración, me abanica con algunos documentos que saca de su guantera. No fue para tanto, licenciado Torrénz, la presencia de esa mujer no me quita más de lo que me agrega.

Lo miro y le digo que estoy bien. Ni siquiera me molesto en fingir una recuperación.

Miro por la ventana y la encuentro en el patio principal de la galería. Alcanzo a ver sus zapatos blancos y su uniforme color azul marino, su cabello deslavado y corto, su piel impregnada con el perfume que de a poco se va quedando también en mi piel.

Bibiana la veterinaria. Bienvenida a mi vida, fantasma.

El licenciado Torrénz guarda silencio. Sabe que algo traigo en la cabeza y no le molesta esperar. O sabe que es peor cuando no lo hace.

Bibiana entra en mi cuerpo, exorcizando los demás demonios que hasta ese momento me habían habitado. No se vayan muy lejos, este espíritu no puede

quedarse por mucho tiempo. Es tanta la afinidad que siento con ella, que no me atrevo a decir otra cosa: Ha entrado en mi cuerpo.

Andrei llega por la calle contraria. Busca un par de miradas entre la multitud, pero no la mía. Entra al patio y la encuentra, me encuentra, se encuentra, nos encuentra. La mirada que reconoce se fía de la experiencia y de inmediato el cuerpo entrega los labios. Se besan.

¿Me dolió? No puedo decirlo ahora. Siento que es un acertijo.

—¿Seguiste besando a tu esposa después de salir conmigo? —le pregunto a mi acompañante sin mirarlo.

—No. Hace mucho ya no la besaba.

Eso no me ayuda Francisco Torrénz. Dime que sí, que la besabas, que lo haces ahora, incluso cuando se están divorciando, cuando ya no la amas, porque es una formalidad, porque es un juego. Si no es así, entonces dime que soy yo la invisible, no tu esposa, dime que yo soy el fantasma, no Bibiana la veterinaria.

Vámonos, le ordeno. Sin preguntar nada me pierde entre la oscuridad que nos encuentra unas calles abajo. Quiero una hamburguesa, le digo cuando me doy cuenta de que no es su culpa nada de lo que pasa, ni siquiera lo que le pasa a él mismo.

Estábamos cerca de una plaza y entramos al área de restaurantes. Me deja sentada en una de las mesas y se va a pedir la comida después de preguntarme por mi salud. Estoy bien, no te preocupes. Lo que me pasa no es tratable.

Se pierde entre la gente que se amontona entre los variados restaurantes, y cuando por fin me siento sola me doy cuenta de lo idiota que he sido.

Soy la enfermedad y soy la cura. Cuando las dos partes se equilibran dentro de mí, me convierto en nada. Un cero absoluto.

El licenciado Torrénz vuelve con las hamburguesas y dos helados enormes. Tomo primero el helado y le hundo la cuchara, parece que lo he herido porque desde el fondo emerge su sangre con sabor a chocolate. Me llevo la cuchara a la boca y mientras el licenciado Torrénz se acomoda en la silla, me mira con desaprobación.

—Deberíamos comer primero —me dice.

—Discúlpame, papá —le digo molesta y devuelvo la cuchara al fondo de la taza de helado.

Los dos nos hemos molestado por la escena y comemos en silencio. Mi celular me recuerda de su existencia cuando voy llegando a la mitad de mi comida.

—Hola —respondo y mientras espero respuesta doy un sorbo de mi refresco.

—Clementina, soy Ricardo Nueva. Tal vez mi nombre no te diga nada, pero hace unos meses cancelé una cita contigo.

—Lo recuerdo.

—Disculpa si te molesto a estas horas, pero tu representante me ha dicho que estás disponible.

—¿Toni? No importa. ¿Puedo pedirle que me llame más tarde? No se preocupe por la hora.

—Está bien. Te llamaré en un par de horas si eso está bien para ti.

—Sería perfecto. Gracias.

Termino la llamada.

El licenciado Torrénz me mira llevándome la hamburguesa a la boca, buscando restos de la suya entre sus mejillas con la lengua. Sé que va a preguntar y no me voy a limitar a sus sentimientos.

—¿Es del trabajo? —me dice dudoso.

—De uno de ellos.

—Del bueno o del malo.

—Del bueno.

—¿Cuál es el bueno?

—Pensé que lo sabías.

Silencio.

Mi helado se acaba primero. El de él permanece intacto.

Entre las conversaciones de las personas que nos rodean no puedo escucharlo con claridad.

—No me gusta que hagas ese trabajo —me dice acercándose a mí. En sus ojos veo su molestia.

—No tengo opción. Es lo que hago.

—Sí tienes opción. Me molesta que te hagas creer que naciste para esto o algo así.

—¿Cuál es mi opción? ¿Casarme contigo? No creas que no lo sé. No sabes cuánto deseo que te divorcies de tu mujer para poder ser yo la que te quite el dinero y la vida.

El sonido de mi voz siendo sarcástica y amarga se eleva por encima de las demás voces. Su cara se enciende de inmediato. Sé que esto no va a subsistir mucho más.

—¿Te gusta ser una prostituta? —me recrimina con un coraje que nunca le

había visto. Veo que se está hartando de mí, y por alguna razón, seguramente impulsada por mi orgullo lastimado y mi deseo de terminar con cualquier cosa que pudiera ser duradera en mi vida, me alegro de que así sea.

—No me hace daño serlo.

—Entonces será lo único que podrás ser.

Lo miro directo a los ojos. Aprieto la mandíbula para no soltar la lágrima que ya se asomaba en cada uno de mis ojos. Acomodo mi bolsa y compruebo que no soy la única con impulsos cuando lo veo a él lanzarse a la perdición. Me toma del brazo y forcejeamos.

—¿Me vas a dejar aquí, prostituta? —me susurra con violencia tan cerca del oído que siento que sus labios se mueven por el borde de mi oreja.

—Suéltame —le ordeno con control de mis emociones—. Suel-Ta-Me —le repito y dejo que vea en mis ojos las primeras gotas que caen de lo que esta noche se convertirá en una cascada.

Me levanto y salgo corriendo del área de comedor. Ruego para que afuera esté un taxi estacionado en el cual pueda subirme inmediatamente. Ahí está. El chofer me mira y me abre la puerta midiendo el tiempo a la perfección. Una vez dentro me doy cuenta de que estoy tan molesta, tan enfadada, tan vulnerable, que me hubiera subido a cualquier carro, sin importarme adónde me pudiera llevar.

El taxi me lleva a mi casa. Al menos es un lugar conocido. Al menos puedo acostarme en mi cama. Al menos puedo bañarme en mi baño. Al menos puedo tomar de mi agua y ser parte de mis sueños.

Mi celular no deja de sonar. Cada vez el licenciado Torrénz. Se cansa después de la hora. 34 llamadas perdidas. 21 mensajes de texto. 8 mensajes de voz.

Apago el celular mientras entro a la regadera. Cuando salgo lo enciendo y antes de que pueda dejarlo en la mesa vuelve a vibrar. Es el número de Ricardo.

—Hola.

—Clementina. Es muy tarde, lo sé —miro el reloj y veo que pasa de la medianoche—. Traté de llamarte hace un momento, pero no contestabas.

—Lo siento, no me percaté que estaba apagado mi celular.

—Está bien. ¿Procedemos a nuestra cita?

—¿Ahora?

—No me refiero a que nos veamos ahora mismo, no. Quiero decir que me gustaría pedírtelo formalmente.

—No tiene que hacerlo. Sé reconocer cuando un hombre es un caballero. No hace falta más.

—En realidad hay algunas cosas que quisiera conversar contigo antes de hacer lo que... podemos hacer.

Lo escuché por un rato. Perversiones que no sobrepasan el límite de la decencia. No de la mía. Me habló con cautela. Me hizo sentir confianza. Como si nunca hubiera dejado de ser Clementina dama de compañía. En mi cabeza veía al licenciado Torrénz diciéndome que sólo podría ser una prostituta. Escuchaba a Ricardo, mi nuevo cliente de oro, de forma educada y formal. En mi mente no cabía la posibilidad de negarle sus caprichos. Estaba segura de que no iba a concertar esa cita, porque en cuanto saliera el sol iba a ir directamente al cuchitril de Toni, le aventaría los cuarenta mil pesos en la cara y saldría de ahí para siempre.

No había terminado la llamada cuando sonó el timbre. El corazón me dio un brinco. Andrei habrá tratado de comunicarse también. Me habrá anunciado su visita y yo no he podido contestar. Estará detrás de mi puerta, deseoso de mi cuerpo, de mis ideas, de mi compañía, de todo lo que soy, dispuesto a darme lo que él es.

El hombre me da lugar y fecha para nuestro encuentro y termino la llamada.

Corro a abrir la puerta y el licenciado Torrénz se me abalanza al cuerpo. Queda de rodillas frente a mí, tomándose las manos, suplicando mi perdón. Huele a alcohol. Me abraza y llora como un niño. Me aprieta por la cintura y me jura que no se irá de mi casa hasta que lo perdone.

No paro de pedirle que salga de mi departamento. Le digo que no puede estar aquí, que lo nuestro se ha acabado para siempre, que no puedo olvidar lo que me ha dicho, y cuando me escucho reclamándole me siento miserable sabiendo que yo le he dicho cosas peores. Me lastima cuando me aprieta entre sus brazos. Lloro y me muerde el vientre. ¡Perdóname! ¡Perdóname, mi amor! Llega a tal mi desesperación que, habiendo quedado abierta la puerta, me imagino que Andrei viene subiendo las escaleras y nos encontrará en esta posición. ¿En cuál? Hombre enamorado de dama de compañía - dama de compañía tratando de deshacerse de uno de sus amantes. No es lo que parece, Andrei, yo le diría. Lárgate de aquí, mocoso, esta mujer es mía, diría el licenciado Torrénz. ¿Qué está pasando?, se preguntaría Andrei. Alcoholizado como está el licenciado Torrénz le diría que me ha dicho prostituta sin querer, y que a pesar de que lo soy, él me sigue amando. ¿Prostituta?, preguntaría Andrei. No podría más que mirarlo y perderlo.

—¡Auxilio! —grito en la desesperación.

—¡No, mi amor! —grita el licenciado Torrénz—. ¡No te voy a hacer daño!

—¡Dubái!

Me toma del brazo y me da un jalón que me lleva al piso. Caigo descompuesta. Gritando el nombre de mi vecino

El licenciado Torrénz se sube a mi cuerpo y me tapa la boca con su mano. Me mira con sus ojos rojos, sobresaltados. Las venas en su frente están por explotar. Me repite una y otra vez que no me hará daño. Que quiere que las cosas se resuelvan. En su locura comienza a besarme el cuello, a acariciarme los pechos y a desabotonarme el pantalón.

Siento una presión indescriptible sobre todo mi cuerpo, especialmente en el pecho, y de la nada sale volando el cuerpo del licenciado Torrénz. Me arreglo como puedo para quedar sentada en el piso. Por reacción inmediata a la pasión me pongo de pie y me exalto hasta el límite mientras veo que Dubái le da la golpiza de su vida al licenciado Torrénz. Por el miedo, por la desesperación, por la sorpresa, mi cara se deshace en llanto. Me abalanzo contra ellos y trato de separarlos.

—¡Dubái! ¡Dubái! —le grito como si fuera un perro, fiel representación de sus actos.

El licenciado Torrénz le alcanza unos golpes, y él responde con el doble de manotazos. A mí me toca un jalón violentísimo, seguido por un empujón que me devuelve al piso.

—¡Dubái! —vuelvo a levantarme, haciendo escuchar mi voz por encima de mis lágrimas.

Ya estaba siendo expulsado de mi departamento el licenciado Torrénz, colgando de las manos de Dubái por el cuello de la camisa. Una vez fuera, Dubái lo larga y vuelve a entrar, cerrando la puerta. Yo lo alcanzo y sin control le doy puñetazos en la espalda. De mis brazos sale toda la fuerza que me quedaba. Tratando de controlarme me abraza, pero le cruzo la mano por la cara. Más forcejeo. Termino llorando en su hombro.

No supimos cómo se retiró el licenciado Torrénz.

Cuando nos calmamos nos sentamos en el comedor. Me limité a disculparme y a agradecerle. Dubái no me pidió ninguna explicación.

—Pensé que te estaba violando —me dice cuando me levanto por agua.

—Supongo que iba a intentarlo.

—Creí que era un extraño. Que había entrado a tu casa sin tu permiso.

—Entró sin mi permiso. Pero no es un extraño.

—Lo sé. Lo reconocí cuando le partía la cara.

—No tenías que haber hecho eso.

—No sé por qué lo hice. No me pude controlar.

—Yo también te golpeé. Déjame curarte.

—No te preocupes. Tú no me hiciste esto —sonríe y se apunta descuidadamente a la nariz. La tiene hinchada, la hemorragia se ha detenido.

—Me siento culpable.

Me pongo a su lado con una docena de cubos de hielo envueltos en una de mis camisas. Le paso la mano por la mejilla y le presiono el pómulo, luego arriba de la ceja.

—No me duele —me dice, pero puedo ver que miente.

Me levanto nuevamente y traigo mi botiquín. Le limpio la cara con un trapo húmedo. Le pongo un poco de ungüento en la mejilla hinchada y le paso un par de analgésicos que traga sin agua.

—No sé si sea seguro que salgas ahora —le digo cuando se levanta y mira por el ojo de seguridad de la puerta.

—Quiero comprobar que ya no está. Parece que se fue. No te preocupes por mí. Lo importante es que tú puedas quedarte tranquila.

—Estoy tranquila. Cerraré bien la puerta.

Se me acerca. No sabe bien para qué, ni yo, y se nota en el ambiente de inmediato.

—Bueno. Debo irme. Para que descanses y eso.

—Sí. Gracias. En verdad no sé qué hubiera pasado si no me hubieras ayudado.

—No me debes nada —me dice y sale de mi departamento. Mira un piso abajo para comprobar que el licenciado Torrénz se fue. Yo puedo saberlo porque su camioneta no está donde siempre la deja.

Se despide de mí y espera a que cierre la puerta. Lo hago y después escucho que él cierra la suya.

Acostada en mi cama, espero que mi celular cobre vida. Hay una llamada que espero, o un mensaje. La señal no encuentra el camino hacia mi habitación. ¿O será que el mensaje nunca fue enviado?

Me rindo cuando pasan de las cuatro. Apago todas las luces y me acuesto a sentir el dolor que mañana me avergonzará. Me duele la espalda, de seguro por aguantar el peso del licenciado Torrénz. Me duelen las nalgas por haber caído al piso. Me duelen las manos; pobre Dubái, le pegué muy fuerte. Me

duele el corazón. No voy a decir nada al respecto.

Trato de bajar las pasiones leyendo un libro que no entiendo: Ulises. Me quedo dormida sin notarlo, mezclando en mi pensamiento las letras del libro, el color rojo, un viaje en autobús y la sensación de mis brazos flotando en el aire, luego todo mi cuerpo se hunde en las aguas del infinito.

La muchacha andaba inquieta.

Una hora viendo desde mi auto basta para hacerme sentir una espía sin talento.

En el asiento de atrás Breco se divierte mordiendo los cinturones de seguridad.

Es increíble lo que una búsqueda de quince minutos en Google te puede dar. Bibiana Flores Carrillo. 27 años. Egresada del Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias. Número de cédula. Número de teléfono. Fotografías de sus últimas vacaciones. Fotografías de su último cumpleaños. Fotografías de su familia. Fotografías del que reconoce como el hombre que la hace feliz. Por último: dirección y teléfono del lugar donde trabaja. Clínica Veterinaria Flor del sur. En la calle Flor del sur, justo enfrente de donde estoy estacionada.

Tomo a Breco y cruzo la calle. El corazón me late en el estómago. ¿Qué estoy haciendo? Lo estuve pensando desde que desperté. Una sola cosa me calmaría en medio de este desastre que soy ahora. Verla lastimada. Verla deshecha. No porque desee que se derrumbe, sino porque verla derrumbada significaría mi fundación.

Me recibe una mujer en la recepción. Me hace llenar una hoja de registro. Toma los datos de Breco. Le toman una fotografía y la imprimen en su nuevo tarjetón médico. Me pregunto si alguien podrá encontrarlo buscando en internet. Tienes un acosador, Breco. Así de fácil es.

Después de quince minutos de espera me levanto y hago una pregunta que debí hacer desde que llegué.

—¿Cuántos médicos hay en esta clínica?

—Hay dos por turno. Excepto en la noche. A partir de medianoche sólo se encuentra un doctor.

—Gracias —le digo y me dedico a estudiar las copias de los diplomas y reconocimientos de los doctores colgados en la pared. Ahí está mi favorita. Doctora Bibiana. Joven. Inocente. Tratando de salvar al mundo una mascota a la vez. Paso al garrafón de agua cuando escucho que la puerta del consultorio se abre. Finjo que bebo, en realidad sólo me estoy quemando los dedos con el agua hirviendo.

Es ella. Habla con la recepcionista. Le da instrucciones sobre dar seguimiento por teléfono a uno de sus casos. Voltea a mirarme y me saluda. Un seco Hola, una formalidad que le extiende también a Breco. Yo dibujo una

diminuta sonrisa para ella. Breco le da el corazón.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta al perrito cuando se agacha a acariciarlo.

—Breco —le respondo sintiéndome un poco ridícula, no por contestar por él, sino por la escena que imaginándola se hace real.

—¿De qué vamos a operar a Breco?

—Se comió uno de mis audífonos —le digo muy seria.

—Pasen —nos dice. Nos sujeta la puerta y cuando entramos termina de presentarse—. Mi nombre es Bibiana. Toma asiento.

—Yo soy Lorena —le digo en la inmundicia.

En su consultorio hay una mesa elevada de inspección, un escritorio diminuto, un par de sillas, más diplomas, algunas fotografías de perros y gatos, un dibujo de un hámster, y en aquella pared, gloria de todos los trofeos, un cuadro de ella y un par de perros enormes. ¿Hace falta que diga quién lo pintó?

Me descubre mirando fijamente la pintura y me lo aclara como si no lo supiera. Lo pintó mi novio, dice, presumiéndolo con orgullo. Eso bastó para darme cuenta de que su posible extinción era una fábula.

—Esos son mis dos perros: Corcel y Garfio.

—Se ve que son enormes —le respondo desanimada.

—Bueno, lamentablemente Garfio —me dice acercándose a la pintura, señalándome a uno de los perros con la mano— murió hace unos meses. Un conductor descuidado lo arrolló.

Me quedo callada. Por un momento pienso que tengo una oportunidad.

¡Ya sé! Pobre perrito. No soy tan insensible.

—¿Tu novio hizo esa pintura para recordarlo? —le pregunto tratando de disimular el tono que nadie puede disimular.

—No. Cuando lo pintó todavía estaba vivo. Aunque hizo el cuadro basándose en una fotografía.

Toma a Breco y lo sube a la mesa. Le siente el estómago por fuera, le estira la panza como queriendo sacar el audífono a la fuerza. No se comió nada.

—Al menos no se tragó una moneda —me dice.

Termina revisándole el hocico y palpándole el pecho. Me pregunta por su edad. Por su dieta. Si hace ejercicio. Si se nota desmotivado. Si tiene sus vacunas.

—Lo compré para mi papá. Desde que lo tenemos no le ha faltado nada.

—No parece ser grave. No te preocupes.

Llena un formulario y me da tiempo para verla humana, mujer, como yo, como cualquiera. Alcanzo a ver una fotografía enmarcada de ella y Andrei en la casa del bosque del ingeniero Vallerte. ¿Es que soy una copia de ella? ¿Ella es una copia de mí?

—¿Él es tu novio? —le pregunto llevando todo más allá.

—Sí —me contesta a secas.

Inspecciono la fotografía. Es él. Es ella. En alguna parte de esa dimensión estoy yo, en otro plano, en otra secuencia, en otro tiempo.

Aparto la mirada del marco de cristal y me dedico a ella otra vez. Miro su cara brillante y saludable, su cuello largo; marcado por algunos lunares, el indicio de un escote que no es, sus aretes feos; de seguro un regalo de él, sus manos escribiendo en una nota el nombre de un purgante, al final sus ojos clavados en los míos. ¿Es que se ve en medio de mi cuerpo? ¿Es que sabe que ahora compartimos recuerdos? ¿Es que puede ver a Andrei en mí?

Salgo buscando aire fresco. Torturada, mutilada. Sabiendo que Andrei no va a terminar con esta mujer, suponiendo que ni siquiera se lo ha planteado.

Vine esperanzada a encontrarme con una Bibiana oculta detrás de su profesión, escondiendo las lágrimas que le ha causado el imbécil de su novio, con el que ha estado peleando desde la semana pasada, y me encuentro con una mujer completa, dueña de sí misma, con los ojos intactos, con las emociones estables. Ningún terremoto en su vida. Ningún hombre destrozando su figura.

¿Es Andrei un cobarde? ¿O soy yo una idiota?

Subo al carro y acomodo a Breco atrás. Lanzo el medicamento al asiento a mi lado. Me tomo del volante y trato de arrancarlo con mis fuerzas. No hay intenciones de lágrimas en mis ojos. Un veneno me sube por el cuello. En segundos lo siento disolviendo mi lengua. ¿Dónde estoy? ¿Qué es todo esto? ¿Para qué vale cualquier intento?

Laura me abre la puerta. Pongo a Breco en el piso y entra corriendo a buscar su agua. Paso sin decir nada. Me tiro en el sillón y espero a que Laura entre como siempre: refregándose las manos en los antebrazos, aplicándose una de sus cremas.

—¿Qué te pasa? —me dice.

—¿A qué hora llega Rodolfo?

—A las seis, como siempre.

—¿Cómo sigue?

—Dice que mejor. Pero varias veces se ha quedado sin fuerzas.

No soporto escuchar nada más. No puedo. No hoy.

Me levanto y salgo de ahí.

Kevin viene cruzando la calle. Apura el paso cuando le llamo con la mano.

—Tina, ¿ya te vas?

—Vine a traer a Breco. Gracias por llevarlo a mi departamento.

—¿Se divirtieron?

—Muchísimo. Escucha; Laura dice que Rodolfo se ha quedado sin fuerzas.

—Creo que es más grave que eso, Tina. A veces no puede orinar.

—¿Por qué no me habían dicho?

—Rodolfo insiste en que no te molestemos. Dice que es normal que una persona de su edad comience a enfermar.

—¡No, Kevin! ¡No es normal!

Estoy harta de todo. Subo a mi carro. Kevin mira mi molestia desde fuera de la ventanilla. Que lo disculpe, me pide. Doy reversa para salir de la cochera y me pierdo entre las calles.

Aprovecho un embotellamiento para llamar a un doctor del cual obtuve su número por recomendaciones. Es un médico que hace visitas a domicilio y cobra muchísimo, pero parece que en su maletín lleva un amuleto que ahuyenta a la muerte, no literalmente, eso me han dicho.

Le explico la situación brevemente. Me dice, en palabras similares a las de Kevin, que es normal que un hombre tenga estos problemas. ¿Qué pasa con la palabra normal estos días?

Me dice que puede ir a verlo pero que necesitará hacerle exámenes especializados en su consultorio.

Le doy la dirección y me afirma que irá el lunes a primera hora. Después de que confirme mi pago. Anoto el número de cuenta al que tengo que hacer el depósito. ¡Cinco mil pesos por la visita! Si mi papá se entera me va a matar. Dependiendo de los estudios posteriores, la cuenta puede superar los treinta mil.

Miro mi bolsa fijamente. Traigo los cuarenta mil pesos para salir de la asquerosa agencia del ingeniero Montiel. Pero por ahora eso no importa, ¿cierto?

El doctor Maravillas se despide de mí y me asegura que mi padre estará bien. Es lo menos que puede hacer.

De inmediato mi celular reclama mi atención. Es Daniel.

—¿Dónde estás? ¿Quieres que pase por ti?

—¿Disculpa?

—Tienes una cita con un tal Ricardo Nueva.

—No es hoy.

—Sí es hoy. A las cinco.

—No puede ser —le digo para ganar tiempo.

Sé que es hoy. Pero estaba tan segura de que ya no pertenecería a la agencia que lo saqué de mi mente.

—Estoy atorada en el tráfico, al sur de la ciudad.

—Toni me dijo que ya te había llamado y que lo tenías todo listo. ¿Sabes dónde es la cita?

—Es en el Hotel Residencias.

—Hay una reservación a tu nombre. Por lo demás no debes preocuparte.

—Llegaré por mi cuenta. Te llamo cuando esté lista para dejar el lugar. ¿Podrás ir por mí?

¿Qué depende de esta cita? ¿Y si no la cumplo? ¿Dónde está Andrei? ¿Qué está pasando? ¿Por qué quiero reír? Estoy segura que esa risa se convertiría en llanto.

¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición!

Cadáveres calientes.

A las cinco con treinta minutos, exactamente como me lo pidió Ricardo, bajé de mi habitación al bar. Cuando llegué lo vi esperando en la barra. Me acerqué con mi figura borrosa, contenida mi piel por el vestido que me sujetaba y mis tacones dando los pasos que yo había olvidado dar.

—¿Me puedes dar agua mineral? —le pido a la mujer que atiende el bar.

¿Qué hombre le pide a una dama de compañía que lo espere en el bar de un hotel, a las cinco y media de la tarde, y que pida un vaso de agua mineral?

Sé que hay peticiones peores, pero no me caería mal tomar algo de alcohol. Mi bebida llega por un lado y por el otro Ricardo Nueva.

Siento el hielo de la bebida entre mis manos. Me dijo que pidiera agua mineral, no que la bebiera.

Levanto la vista y me encuentro reflejada en un espejo al fondo. Maquillaje cargado. Perfume a pedido. Pelo recogido. Gargantilla de oro. Dos anillos en la mano izquierda. Aretes pequeños. Ropa interior blanca con encaje. Todo sacado de una lista enviada por el cliente. Lo único que había quedado a mi “consideración” era el vestido, y solamente el corte, porque debía ser rojo.

Una idea viene a mi mente y le sonrío a mi reflejo en el espejo. ¡Es todo cierto, niños! ¡Sigan sus sueños! ¡Todos se cumplen! ¡Mírenme! ¡Yo soy una prueba más! ¡Lo único que quería era hacer peluches a la medida! ¿Acaso no soy la muñeca más bonita de todas? Lo soy para este caballero que me ha mandado salir de mi caja. Un paquete enviado desde sus sueños, para él mismo.

Siento su mano recorriendo mi cintura. Eso basta para sentirme más hueca. ¿No siente que no está tocando nada, su señorita Ricardo? Soy una nube agria.

La tensión de un hilo sobre mi cabeza me hace girar a verlo. La soltura de otro lazo cruzando mi cuerpo me hace sonreírle.

Conversación vacía. Según los sofistas esto, según las reglas de hoy aquello. Platón no era el hombre que nos dicen, los pensadores de hoy son incluso peores. Hay una regla universal que nos rige, tenemos libertad de expresión.

Es curioso que lo diga, no me sorprende cuando recuerdo que para estos hombres yo no existo. Libertad de expresión, dijo, pero me ha dado órdenes para que cuando nuestra conversación termine, exactamente a las seis cuarenta y cinco, suba a mi habitación, me desnude completamente, dejando sólo la ropa interior en el borde de la cama, y lo espere acostada boca abajo,

fingiendo estar dormida. Puso mucho énfasis cuando me dijo: “No debes despertar por nada del mundo”. Por nada del mundo. Acertó. En este momento yo soy la nada del mundo.

Miro mi reloj. Seis cuarenta y cuatro.

Hago a un lado el vaso de agua mineral. Él corta su sentencia. Me hablaba del marxismo y sus aplicaciones torcidas, aunque apabullantemente acertadas en nuestra sociedad consumista y el rol de todos nosotros en la esclavitud industrial de la que somos víctimas y verdugos. Me pongo de pie y me retiro sin mirarlo. Sin decirle nada.

Hasta ese momento no había dicho más que “Sí”, “Estoy de acuerdo”, “No tenía idea”, mientras que pensaba “¿Qué acaba de decir?” “Es horrible que piense eso” “No sé si pueda asentir como si nada a esa mirada en busca de mi aprobación”.

No volteeé a invitarlo. La verdad es que no me importaba si iba a buscarme a la habitación o no. Pero hice todo lo que me había pedido.

Dejé la puerta abierta. Me desnudé. Puse la ropa interior en la orilla de la cama y me acosté boca abajo.

Llegó después de unos veinte minutos. Lo escuché entrar con mucha precaución. Sus pasos apenas eran audibles sobre la alfombra.

Cerré los ojos.

Sentí su mano sobre mi pantorrilla. Me sacudió con cuidado un par de veces.

—¿Estás despierta? —me dijo con su voz de Eguchi moderno.

Pasé saliva tranquilamente.

Lo escuché oliendo mi ropa, buscando en mi bolsa. Después de un rato se acostó sobre mi cuerpo. Estaba vestido, hasta los zapatos, y en la boca traía mi ropa interior.

—Clementina, ¿estás despierta?

¡Qué buena pregunta! No tengo respuesta.

Comenzó a besarme la cara. Se masturbaba con delicadeza cuando me besaba los labios. Cuando se cansó se levantó, se sentó en la orilla de la cama y se quedó ahí un momento, resoplando sus exhalaciones. Volvió para sentarse a mi lado. Traía una tela muy suave y un desmaquillante. Comenzó a quitarme de la cara su petición. Lo hizo con cuidado excesivo, sobre todo en los ojos. Se guardó el trapo en la bolsa del pantalón y se puso a jugar con mis dedos.

—Eres una mujer muy bonita —me decía como si sus elogios fueran un premio—. Y muy inteligente. Recuerdas todo lo que hablamos en el bar,

¿verdad? —puso uno de mis dedos en su boca y lo recorrió con su lengua, me acarició el cabello y hundió una de sus manos en mis nalgas—. Eres una mujer muy bonita.

Se quitó la ropa. No sé si quería ponérmela, pero después de recorrer un par de veces la orilla de la cama me cubrió las piernas con sus pantalones.

Intentó meter su pene en mi boca, pero yo estaba demasiado abajo. Se levantó y me cargó a un lado. Acomodó un par de almohadas y me volvió a poner en la posición original. Ahora mi cabeza quedaba elevada. Entró en mi boca sin esfuerzo. A veces entraba demasiado y me asfixiaba. La retracción de mi garganta lo convencía de salir y escuchando mis arcadas me acariciaba el cabello, me limpiaba las lágrimas de los ojos y me preguntaba:

—¿Estás despierta?

Ya no sentía mi mano izquierda. Estaba acostada encima de ella. Ricardo comenzó a hacer ruidos extraños. ¿Estaría cerca de terminar? No quiero que lo haga en mi boca.

Se baja de la cama de un salto. Creo que le ha dado un calambre en una pierna. Yo aprovecho para sacar mi brazo de mi cuerpo.

Cuando se repone vuelve a mi lado. Me quita las almohadas de la cabeza y las pone debajo de mi ombligo. Se acuesta arriba de mí y me penetra sin preocuparse si estoy lista para recibirlo.

Siento una presión desconocida dentro de mí, como si todo el vacío que siento en ese momento tratara de llenarse con aire. Suelto un gemido seco y él se detiene. Recarga su mano en mi cabeza y me amontona el pelo sobre la cara. Vuelve a arremeter contra mi cuerpo y siento de nuevo la presión. Me sube por la garganta, me hace sentir que la cabeza me va a explotar.

Se cansa rápido y me voltea boca arriba. Quita las almohadas y me penetra tranquilamente. Lo que le importa ahora son mis pechos. La presión pasa a ellos. No pone atención a la fuerza que me aplica. Después se sienta en mi vientre y me toma de la cabeza para que lo alcance con la boca. Es imposible. Siento que se molesta y se conforma con manosearme completa.

Me devuelve a la posición boca abajo y me penetra mientras se sujeta de mis nalgas.

Empiezo a gemir por la brusquedad, no por el placer. ¿Estoy sintiendo placer?

Se quita el condón y termina en mi espalda baja. Toma mi mano y me hace acariciarlo hasta que no puede con los nervios. Se levanta a buscar mi ropa interior y me limpia con ella. Después se las arregla para vestirme. Le cuesta

trabajo ponerme el brasier. Mientras lo intenta siento helado el semen en mis calzones, pegándose a mis nalgas.

Cuando termina con la ropa interior busca el vestido y me lo pone encima, como una cobija. Se acuesta a mi lado y me acaricia las mejillas. Me besa la boca y me acomoda el cabello.

En mi mente lo veo sintiendo arrepentimiento por lo que me acaba de hacer. Pero estoy segura de que esa sensación es la mía. Mido el vacío dentro de mí y lo adivino como una muestra de lo que habrán sentido todos los hombres después de estar conmigo. No una decepción, eso no, sino la muestra de que nada tiene valor en la escala del placer que nos hemos hecho.

He jugado a ser una salvadora, pero no creas que no me doy cuenta de que no he salvado a nadie. He tratado de ser una libertadora, y no he podido liberarme a mí misma. He tratado de curar a mi padre, pero es evidente que la que sufre una enfermedad soy yo. He tratado de enamorarme una vez más, pero he cometido el error de dejar que otros se enamoren de mí. En ese punto nada puede ser lo que era. Todo pierde el propósito. ¿Por qué deberían ellos tratar de amarme? Es verdad que no pueden hacerlo. ¿Por qué debería yo dejar que lo hagan? No puedo decir que no lo han intentado.

¿Soy una mujer falsa debajo de esta imagen fabricada? No. Imposible. Yo soy real. Sigo siendo el líder de mi manada de lobos. Pero, ¿dónde están todos? ¿Por qué no puedo encontrarlos? ¿Es que no aúllo lo suficientemente fuerte? ¿Es que no existen los lobos? ¿O es que no soy uno de ellos?

—Clementina. ¿Estás despierta?

Mi lugar entre sus brazos.

Me invitó a su departamento como si nunca nos hubiéramos visto, como si no nos conociéramos y fuera ésta la primera vez que vamos a hablar.

Me convencí de que no debía venir. Me lo recuerdo con un reclamo ahora que estoy por tocar el timbre.

Abrió la puerta y lo supe. Lo vi. No tuvo que decirme nada.

Nuestros sentimientos salieron en una ráfaga entre nuestros cuerpos y la puerta. Quedamos dentro dos cáscaras de humanos que juegan a que se conocen, que tratan de crear más sensaciones tocándose las manos y mirándose a los ojos.

Risas bobas.

—¿Qué?

—Nada.

Estremecimientos cuando el corazón no encuentra lo que busca.

Se levanta a traerme agua. Insiste en verme las manos. Supongo que debí traerle flores.

Acomodo mi cabeza en su pecho cuando se sienta junto a mí y pienso en lo mucho que quiero estar ahí, con él, pero en otro lugar, con alguien que no es él, alguien que se le parece, idéntico al que hasta hace unos días era todo lo que quería.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta.

Yo quise contestarle que quién era él. Qué había hecho con Andrei. Pero recordé lo que yo había hecho y todo lo que había pensado. Me di cuenta de que tal vez éste era el mismo Andrei de siempre, y que, de no serlo, habría sido yo la que lo había acabado.

Confundí los pensamientos con la vida.

¿Dónde está la cama en la que despertamos aquel día? ¿Por qué no suena Chopin en las bocinas de su estéreo? ¿Es este molesto olor a alcohol el mismo olor que me desvaneció de este planeta la primera vez que lo olí?

Le acaricio la mano con mucho cuidado. Él no tiene la culpa de mis pensamientos.

Se siente como si acariciara una bolsa de plástico.

Se levanta cuando asume que si esto sigue así me levantaré y me iré para nunca más regresar. Sale de su habitación con un cuadro. Es el mío. Lo veo en su sonrisa, forzada como la mía.

—Creo que no hace falta que lo detalle más.

—¿De verdad me dejarás verlo?

—¿Por qué no? Es tuyo.

Me senté en la orilla del sillón y lo recibí. Me transportó a otro lugar. En ese momento no era Clementina mujer, ni Clementina dama de compañía, ni Clementina horrible ser humano. Era una nube que iba desapareciendo poco a poco, llevada a otra dimensión por un suave viento que purificaba el ambiente.

Era una figura, como la del cuadro, sin consistencia. Una línea infinita que abarcaba mi cuerpo y lo recorría una y otra vez. Una línea que se repetía con cada color del arcoíris sobre un fondo ceniciento. Debajo de las líneas multicolores, una sobre otra, yo distinguía una figura humana, acaso la mía. Apenas dando la ilusión de estar desnuda.

—Es difícil pintar un retrato. Pero creo que es más difícil pintar los pensamientos —me dijo y lo miré.

Las líneas, todas ellas, se conglomeraban en mi cabeza, hacían mi cabello, o mi cabello hacía todo lo demás. Son ideas, dice Andrei, pero pueden ser cualquier cosa, así como se hallan en cualquier color. Un *collage* de romboides de diferentes colores y medidas cortaban mi pecho a la mitad. Todas las líneas pasaban en diagonal, todos los colores en vertical.

Ahí está Chopin enredado en mi cabello. Está la cama. Está el cuerpo de Andrei, que bien puede ser el mío. Están las veces que hicimos el amor. Están las promesas que nos hicimos sin palabras. Están los compromisos que por ahora nos han superado. Es que es tan fácil asegurar el progreso de la vida cuando estás enamorado.

Desvié la vista por un momento, dejé el lienzo en el sillón y me puse de pie. Lo tomé de las manos y lo miré a los ojos con insistencia. Aquí estoy, Andrei. ¿Dónde estás tú? Él seguía sonriendo como si nada hubiera pasado. ¿No se da cuenta de que todo lo que debió suceder había sucedido? ¿No se da cuenta de que nuestros corazones salieron corriendo cuando abrió la puerta para dejarme entrar? ¿No se da cuenta de que todo ha terminado?

El universo había cambiado de lugar y se había olvidado de llevarnos consigo.

Nos sentamos a la mesa fingiendo que habíamos pasado la prueba del tiempo. Quisimos pretender que nos dábamos una segunda oportunidad, que era en realidad la primera, que a partir de ahora todo sería diferente y que no íbamos a rendirnos. No sabe que no pude superar la noche de ayer.

—¿Cuándo vas a hablar con Bibiana? —se lo pregunté directamente, sin

vacilar, sin esconder la figura de ella debajo del mantel, llamándola por su nombre, pero con una voz de hastío e imprudencia, haciéndole notar que era para mí una vulgar llamarada que se resistía a dejarse sofocar. ¿Cuándo vas a dejar a Bibiana? Yo sabía bien la respuesta.

—Es algo más difícil de lo que crees —me contestó incomodo, actuando que es difícil hablar mientras comemos.

Alitas de pollo en salsa BBQ. ¿Siempre fue Andrei un hombre simplón? ¿O no me doy cuenta de que esta escena la puso para decepcionarme? Bibiana debió preguntarle anoche: ¿Cuándo vas a hablar con Clementina? Me imagino que lo dijo con su voz de desprecio, como si fuera yo su perro que había ensuciado la alfombra, o el gato que desgarró una esquina de su sillón. ¿Cómo pudiste salir con esa fulana? ¿Sabías que finge que su perro se come sus audífonos sólo para ir a espíarme? Qué asco de persona, Andrei. Habla con ella.

Tomo la alita que está por encima de todas, la más fría. Siento la salsa aceitosa en mis dedos y escucho un enorme reloj de pared moviendo el segundero en mi espalda. El poder habla. Siempre soy yo la que pierde. No puedo seguir con el tema. Lo único peor que ser la segundona de un hombre es celarlo. Puta y celosa.

Me siento sucia. Me siento poco sexi. Me siento distante, como si pudiera verme a mí misma desde el otro lado de la sala. Me siento ridícula y estúpida.

Quiero dar un discurso de odio, pero la luz se va apagando dentro de mí y no puedo leer en la oscuridad. Mucho menos correr.

Inevitablemente me caigo.

Una idea, la peor de todas, me viene tomando la cabeza: La súplica.

En el suelo, rodeada de oscuridad, atrayendo al dolor, alejada de mi reino, sabiendo que esta noche no habrá luna llena, levanto la cabeza para mirar a este lobo delante de mí. Le sonrío en confidencia. Lo miro con decisión, la última que me queda.

—No te preocupes —le digo—. Algo se nos ocurrirá.

Él no me devuelve la sonrisa. Baja la mirada. Me deja tirada para que me arrastre.

Por fin levanta la cara y compone el gesto a mi favor. Su sonrisa me enferma. Nos convierte en dos extraños comiendo alitas en una casa inflamada, sentados en una mesa que de tener vida preferiría salir corriendo, ¿o soy yo quien se siente así?

—No lo sé —me contesta, lanzándome una piedra en lugar de una linterna.

—Tú me llamaste para que viniera.

—Tal vez no fue buena idea.

¿Cómo iba a poder imaginarme que me iba a doler tanto? Tú eras el indicado, Andrei. ¡Me lo prometiste! Ahora te escondes, ahora corres y me dejas atrás. Me destrozas el pecho con tus garras y me clavas tus colmillos en el corazón.

Su celular suena y él se levanta a buscarlo. Es ella. Lo sé por cómo le habla. Lo sé porque baja la voz. Esta vez no sale a contestar a la calle. Estamos en su casa. Soy yo la que sobra.

Quiero hacer uso de lo que me queda de dignidad y ponerme de pie, pero la tristeza me ha puesto una cadena al cuello, sujeta al centro de la mesa.

Alcanzo a levantar un poco la cabeza y lo miro mientras me mira. Sus ojos me atraviesan.

—Andrei —le digo y el tiempo se detiene. Siento que hasta Bibiana ha dejado de hablar. Quiero decirle alguna barbaridad, quiero convertirme en lobo y que lo salvaje se me pase de la mano con él. Pero la fuerza no me da más que para ponerme de pie. Él da un paso al frente y de inmediato veo que no tengo oportunidad aquí. Es como lo pensé: Eras el único, ahora serás uno más.

La radiación de mi cuerpo debió contaminarlo, al menos sirvió para que se pusiera a la defensiva, o fue ella la que lo incitó a hacerlo.

Me gruñe y me amedrenta, ella se pone debajo de su cuerpo, entre sus patas; quieren hacerme creer que está asustada, pero sé que se pone ahí para defenderle el cuello. ¿Es que ella también es un lobo?

—Dame un momento, Clementina —me dice cubriendo el micrófono.

De nuevo la súplica disfrazada de sentimientos.

—Quería amarte, Andrei —le susurro, o creo que le he susurrado. No me escucha.

El corazón me da un vuelco, pasa de mi pecho a mi estómago cuando Andrei dice:

—No es algo que debamos hablar por teléfono, Bibiana.

El tono en que lo dice me otorga un resquicio de alivio. ¿Habrán peleado ya? ¿Habrán Andrei dado pie a una separación?

De pronto mi cara ya no puede hundirse en mis lágrimas, haría lo que fuera para mantenerme a flote. Qué sorpresa. Tengo un corazón que se compara con el de un corredor de maratones. Me mantengo. Encuentro la llave de la cadena que me sujeta al centro de la mesa. Soy yo la que ahora cubre el cuello de

Andrei. Me da lugar para que le mire la cara, para que module los latidos de su corazón con mi mirada. Está listo para que ella le cante una canción de despedida.

¿Estamos Bibiana y yo compitiendo por Andrei?

Termina la llamada y yo tomo mi lugar.

—Le dije que teníamos que hablar de nuestra relación. Creo que ya sabe de qué se trata.

¿Es todo? ¿Yo gané?

—No sé qué decirte.

—No digas nada. Soy yo el que debe hacerlo. Debo confesarte que quería que vinieras para decirte que todavía no estoy seguro de lo nuestro.

Entonces Bibiana y yo estamos compitiendo.

Las cosas. Las cosas. Las cosas. O lo que yo entiendo que son.

Quiero decirle que debo ser honesta con él. Que ayer me acosté con un hombre por dinero. Que me tuvo toda la noche despierta, fingiendo estar dormida, mientras hacía con mi cuerpo lo que se le daba la gana. Que yo entendía que las cosas no son lo que parecen. Pero de pronto nada tuvo sentido. Aquí estoy, sentada frente a él, sabiendo que todo sucedió en realidad. Le pido, de alguna manera, que deje a su novia, que la sustituya conmigo, y yo lo he sustituido con otros.

¿Entonces debería decirle la verdad? No es que le haya mentado. Pero los secretos se vuelven mentiras, ¿no? Una verdad omitida es una mentira. ¡Tengo derecho a tener secretos!

La vida se confunde con los pensamientos. ¿Dónde queda el amor?

El amor será un par de horas, una docena de palabras, un centenar de destellos de luz intercambiados en algunas miradas, debajo de un sol temprano en una casa en medio del bosque.

Perdóname, Andrei. Te hice algo que no debía. Pero es que tenía miedo. Tenía miedo de verte partir, y sabiendo que no puedo retenerte, considerando mi integridad por encima de mi estima, conteniendo la súplica que esta misma noche me hizo ceniza los pulmones, quise perderte. Pero quiero que lo sepas, aunque sea con mi mirada, ahora que me miras, otra vez, como siempre lo has hecho: no quiero que me dejes.

Me arrancaste del piso. Me recordaste lo que es estar enamorada. No me crees, pero lo haces cada vez que estamos juntos. Mira la pintura que me hiciste. Dices que has visto mis pensamientos. En realidad, encontraste un lugar donde escondernos. Nos falta mucho para que podamos estar juntos, es

verdad. No sabemos cómo detener el tiempo, aún. No tenemos cuidado de nuestros pasos cuando salimos, sabemos que vamos cegados por la compañía del otro. Lobos que deambulan por un bosque que no les pertenece, sin importarles que la luz de la luna no los lleve a ningún lugar. Quisimos encontrarle un nuevo significado al amor, y a pesar de que sabemos que mejores amantes que nosotros lo han intentado, nos lanzamos a la fosa sin la seguridad de poder volver. No podemos, Andrei. No me atrevo a pedirte. Deja de insistir. Ni de un modo, ni de otro. En mi mente puedo decirlo, pero mis pensamientos no reflejan ninguna realidad. No me dejes, Andrei. O no me hagas daño. ¿Es lo mismo?

—No te entiendo —le digo sabiendo que dejé atrás nuestra conversación.

—Dije que quiero que me lo pidas.

—¿Que te pida qué?

—Pídeme que deje a Bibiana.

—No puedo hacer eso.

—¿Y si ella me pide que te deje a ti?

—¿Sólo eso basta para que lo hagas?

Se levanta y se aleja.

¿Es hora de las promesas desesperadas? ¿Qué puedo prometerte, Andrei, sin parecer una mujer del montón, una fulana con sentimientos cualquiera, y cualquier manera de demostrarlos? Te prometo que encontraré una nueva manera de ver las cosas, y si no lo hago, entonces te prometo que al menos las cosas nos distinguirán de los demás. Te prometo un amor diferente. Te prometo que a pesar de que la vida nos supere y nos encontremos hundidos en el fango de lo cotidiano, el mío seguirá siendo ese amor diferente. Te prometo que en un análisis superficial podrás seguir sintiéndolo después de diez años. Te prometo que dejando a los demás a un lado, seré todo lo que necesitas para vivir como estamos supuestos a hacerlo. Te prometo que la pintura que me acabas de dar será todo lo que necesite para llevarte ahí siempre que quieras. Te prometo mis pensamientos. Te prometo que a pesar de estar rota encontraré la manera de hacerte feliz. Te prometo seguir siendo un lobo. Pero por favor no me abandones.

Las súplicas que no se hacen se convierten en lágrimas.

Son las cosas, o lo que interpreto de ellas.

—Pídeme lo que quieras, Clementina.

—Ahora mismo tengo todo lo que necesito. No puedo pedirte nada.

—Pero habrá algo que haga falta para que podamos estar siempre así.

—No te das cuenta de que no es verdad. No depende de nosotros.

—¿Entonces de quién?

—No lo sé. De alguien. O de algo.

—Pídeme algo, Clementina.

—¡No puedo! ¿No ves que me rompo?

En dos pasos se puso a mi lado. Me abrazó. Me pidió disculpas. No sabe que las disculpas se las debo yo. Un escalón me aleja del vórtice en el que siempre me meto. No puedo atravesarlo esta vez porque estando fuera me siento mareada. La realidad no es para mí.

—Entonces déjame pedirte algo —me dice quedándose sin voz.

—No —le respondo todavía llorando.

Lo encuentro moribundo en algún callejón de la ciudad en ruinas que es mi mente. Sálvense los que puedan. ¡Mujeres y niños primero! ¿No hay ninguno? Entonces es demasiado tarde. Que los hombres que han sido y me han hecho se queden a morir conmigo. La gobernadora se desmorona con su ciudad.

—¿Qué nos queda si no podemos asegurar que tenemos sentimientos? —me pregunta seriamente.

Lo tomo de la mano y lo llevo a la habitación.

—Sí los tenemos —le digo y lo acuesto a mi lado. Me cubro con sus brazos y nos dedicamos a nuestros pensamientos, siendo los míos cada vez menos.

Afuera de la ventana se va mostrando la oscuridad de la noche. Las nubes se encienden azules y un pedazo de luna dibuja las siluetas de los árboles en las cortinas. Sin haber encendido ninguna luz, la oscuridad enfría la habitación donde todavía estamos mudos Andrei y yo. Hay un silencio que de a poco va pervirtiéndose. Se vuelve incómodo al fin. Pero las palabras no son una alternativa menos difícil.

—Te hice daño —me dice—. Lo siento. No quería hacerte llorar.

—Los conozco desde hace mucho. Tú eres uno de ellos. De alguna manera los hombres siempre me hacen llorar.

Se ilumina un poco la habitación, o es que abrimos un poco más los ojos.

—No quiero tomar esta decisión —me dice en tono de confesión.

Estoy consciente de que no hablar me resta puntos en el marcador que él ha de llevar en su cabeza. Mañana, o algún día de estos, será el turno de Bibiana. No puedo hablar de su estrategia, pero sé que su punto fuerte también es su punto débil: ella tiene historia con Andrei, bases, tiempo, planes y promesas más extensas; incluso a medio desarrollo. Qué tanto puedo sobresalir de eso depende del recuerdo de Andrei, de sus expectativas y de su deseo de

convertirse en lo que yo le prometí, pero que no le dije.

Sé que la ventaja no la llevo yo. Pero no pierdo la esperanza. ¿Qué más me queda? No puedo dejar de sentir que lo he perdido. O que lo voy a perder. O que quiero perderlo. O que me pierda.

Nos quedamos dormidos sin darnos cuenta.

Despierto porque el frío me sigue encontrando en los brazos de Andrei. Me levanto y trato de no despertarlo. Tomo la cobija y nos cubro con ella.

Quedo frente a él. Finge que está dormido. Nosotros no dormimos plenamente en noches así.

Lo sigo viendo en sus ojos, los que mantiene cerrados, negándose y negándose a sí mismo.

Estar consciente de que las oportunidades se me acaban no es lo mismo que imaginarlo. Cada segundo que paso a su lado sin decir nada es un segundo menos en nuestra historia. Cada minuto que pasamos dormidos en nuestra “despedida”, será una eternidad en mis recuerdos.

Si esta es la última vez que estamos juntos, si es esta la última vez que hablamos: ¿Qué puedo decirle?

Acostado, durmiendo a mi lado, puedo verlo todavía, girando en torno de su cuerpo: Andrei como es en realidad, o como yo quise verlo, o como pude encontrarlo. Una luz incomparable, una marca que me asegura poder distinguirlo a la lejanía. Como la luna no se confunde con el sol, o como la constelación de la osa mayor no se confunde con la menor, estrella polar, o Venus haciendo un hoyo en el cielo, absorbiendo cada uno un poco de lo que soy, llevándose lejos de donde estoy, infectándose la sangre con la sustancia del delirio.

La ventana enmarcaba un número infinito de estrellas, y en ese infinito cabía una parte de mí.

Veía todas esas luces. Entre ellas quería reconocer a Andrei. No estaba. No pude encontrarlo. Comprendí que lo nuestro no podría llegar más lejos.

Quise levantarme y pintar sobre uno de sus lienzos su ventana llena de estrellas, imaginando que alguna de ellas era eclipsada por una luna gigantesca, habitada por lobos solitarios, como él, como yo. Quise poder pintar esa imagen una y otra vez. Colgar los cuadros en su pared. Así cada uno sería una ventana, desde donde, tal vez, podríamos volver a vernos algún día.

En el cielo se iban licuando las nubes, estallando después la luz de las estrellas sobre las capas de materia debajo de las copas de los árboles.

Me levanté y le di un beso idéntico al que me dio cuando me dejó en mi departamento. Salí a la sala y tomé mi pintura. Me puse mi suéter y me acomodé la bolsa.

Indecisa de salir. Deseosa de quedarme. Una vez fuera no volvería a entrar nunca.

En mi cabeza una canción para decirnos adiós.

Pensando que esto es lo que debía hacer para arreglar la cadena de espacio y tiempo, suplicando que si acaso estaba cometiendo un error algo me impidiera llevarlo a cabo. Nada, ni una señal. Hice lo que tenía que hacer. Había tomado la decisión de abandonarlo.

Sin sentir pena por mí ni por él, más bien un alivio vacío e indecente, apenas una fuerza degenerada que me convencía de no voltear la cabeza, me despedí de él imaginándolo lejos de mí, contento, aliviado por no tener que cargar conmigo y mis problemas.

Dibujé en mi cara la sonrisa más triste y salí a buscar la noche. Así ella dejaría de buscarme.

Pepenadores de tiempo.

¿Acabo de pasar un semáforo en rojo?

Laura me ha llamado hace unos minutos. Me ha dicho que Rodolfo no se siente bien. Por el tono de su voz, el que distinguí de otros que usa, puedo asegurar que es algo grave.

Todas las predicciones se me agolpan en la frente.

Dejo el carro a media cochera y salgo corriendo, dejando la puerta abierta. Delante de mí encuentro el espejo de una realidad que no me identifica, porque no me pertenece.

Lo siento desde esta mañana. Todo es un sueño. Debe serlo. De no ser así me da pavor pensar lo contrario.

Laura me abre la puerta y la veo preocupada. Nunca la había visto así. Su mirada me cierra los ojos, me comprime la garganta, me hace llorar sin razón.

Me recibe en sus brazos y la detesto por detenerme.

—Está en el cuarto —fue lo que me dijo.

¿Qué debía pensar?

Una vez dentro identifiqué a Breco en un rincón, acostado en su tapete favorito. Ni se movió cuando me vio. ¿Habría visto pasar algo peor antes? Me agarré de las paredes del pasillo que daba a su habitación y gemí para compensar mis lágrimas reprimidas.

Abrí la puerta lentamente. Si Rodolfo estaba dentro, muerto, jamás lo iba a perdonar.

Lo oí respirar con dificultad. Un alivio instantáneo hizo que fuera más fácil llorar. Me senté junto a él y lo tomé por el brazo.

Volteó a mirarme. Tenía la cara roja y los ojos llorosos. No sentía su fuerza en mi cuerpo.

—Clementina... Estaba soñando...

—¿Qué estabas soñando? —le pregunté limpiándome la nariz con la manga de mi suéter.

—Estaba soñando, Clementina...

Los vellos de la nuca se me erizaron. Sentía que alguien o algo nos observaba desde la esquina de la habitación. Miré sin valor, esperando que lo que fuera me saltara al cuerpo y me comiera la cara.

—¡Laura! ¡Laura! —grité con todas mis fuerzas—. ¿Qué es todo esto? —le reclamé cuando se asomó entre la puerta.

—Estuvo delirando. No sé... no sé... —me decía lloriqueando—. Ya le

hablamos a la ambulancia, pero no llega. Kevin está afuera tratando de encontrarla.

—Papá, tenemos que ir al hospital. ¿Puedes levantarte?

—Estaba soñando contigo —me dice con un hilo de voz, como si apenas hubiera descubierto que puede hablar.

Traté de levantarlo, pero no podía con su peso. Le pedí a Laura que me ayudara y salió corriendo.

Los ojos en la esquina de la habitación se volvieron a abrir detrás de mí. ¡Qué quieres! ¡Qué quieres!

—Papá, despierta. No te duermas.

—Estaba soñando que... estábamos en un basurero.

—¿En un basurero?

—Andábamos recogiendo basura... Había mucha basura. Hasta allá...

Afuera escuché la voz desgarrada de Laura gritando: ¡Kevin!

—No te duermas, papá. Vamos a ir al hospital.

Entró Kevin corriendo. Lo tomamos como pudimos entre nuestros brazos. Kevin de un lado y yo del otro.

Se me cayó dos veces. No podía cargarlo. No iba a poder hacerlo. Laura estorbaba más que ayudarnos. Me caí una tercera vez cuando íbamos por el pasillo. Medio peso de Rodolfo me cayó sobre la pierna. Fue más fácil cuando salimos de la casa. Ya no sentía mi cuerpo, pero antes que volver a soltarlo prefería perder los brazos. Kevin hizo lo mejor que pudo para acomodarlo en el asiento de atrás. Él y Laura subieron adelante. Yo corrí al otro lado del carro y me subí al lado de Rodolfo.

—¡Clementina, las llaves! —me grita Kevin.

Desesperada me bajo corriendo del auto para entrar a buscarlas a la casa después de no sentir las en mis bolsas.

—¡Están acá! —me vuelve a gritar cuando ya voy entrando a la habitación.

—¿Qué pasó? —pregunto mientras vamos en camino.

—No sabemos. Estábamos a punto de dormir y lo escuché —me dice Kevin—. Me pareció extraña la forma en la que hablaba. Fui a ver y Laura me dijo que algo estaba mal.

—¿Por qué no hicieron algo antes? —le pasé la mano a Rodolfo sobre la nuca. Su cabeza iba y venía sin control.

—De inmediato le hablamos a la ambulancia, hija —me dice Laura sin mirar a nadie.

—No iba a poder cargarlo yo solo, Tina.

Sentía que íbamos muy lento. ¡Acelera! ¡Acelera!
Rodolfo seguía respirando con dificultad a mi lado.
—Papá, no te duermas.

Sentí que trataba de recuperar el peso de su cabeza. No pudo hacerlo. Sus brazos yacían a su costado, inertes, como si fueran adornos. En mi mano sentía el sudor que se iba enfriando entre su cabello. Trató de voltear a verme. Volví a ver sus ojos, bañados en lágrimas espesas que no caían de sus párpados. Trataba de hacer sonar la letra E con sus labios abiertos. Su boca cansada no le ayudaba a expresarse.

—Diles que no hagan nada por mí, hija. Ya no.

¿Acabo de escuchar lo que me dijo? ¡Cómo te atreves! ¿A quiénes les digo, papá? ¿Quiénes son ellos que te dejarían morir como si no importara? ¿Acaso nos viene siguiendo la muerte?

No le respondí.

Subimos por el acceso de las ambulancias. Salimos deprisa Kevin y yo a tratar de sacarlo del carro. Laura entró a pedir ayuda.

¡Otra vez mis malditos brazos! No podía ni arrastrarlo por el asiento. Kevin hizo casi todo.

Llegaron un par de camilleros y con facilidad tomaron el cuerpo de Rodolfo y se lo llevaron en una silla de ruedas. Cerré las puertas del carro y quise ir a encontrarlos. Una voz que no ubiqué en ningún lugar me dijo que no podía dejar el automóvil ahí. Regresé corriendo y arranqué en busca de un estacionamiento.

Tuve que dejarlo en la calle, a dos cuadras del hospital, afuera de una bodega que parecía abandonada.

Recorrí las dos cuadras espantada, como si en lugar de haber olvidado estacionar el carro, hubiera olvidado el corazón de mi padre.

Subí corriendo la rampa y una vez estuve en la puerta me di cuenta de que no podía entrar. ¿Qué iba a hacer ahí dentro? Si soy yo la mirada que nos mira desde la oscuridad, ¿no es mejor que mantenga mi distancia?

Fui a sentarme del otro lado de la rampa. Tenía cero fuerzas en los brazos y sentía cada vez más frío.

Miré el cielo por largo rato, tratando de encontrar algo que no me culpara de lo que pasaba. Encontré una imaginación, o era parte del sueño, cuando Kevin se sentó a mi lado.

—Le inyectaron algo para que pudiera orinar —me dice.

Todo sigue siendo complicaciones de su próstata. No hacía falta que me lo

dijeran. Al final de cuentas no importa la causa, sino el resultado. ¿No es más fácil sacudirse la culpa así?

Después de un rato entré y lo busqué entre las camillas. No estaba. Vi a Laura sentada en una banca distante. Fui a sentarme con ella.

—Está allá —me señaló una camilla.

Me levanté para ir, pero una enfermera me detuvo. Ya avisé al hospital general, dijo, Van a tener que trasladarlo allá si quieren que lo atiendan. No entendí nada de lo que dijo. ¿No es este un hospital?

Mandé a Kevin por el carro. Los camilleros nos ayudaron a subirlo. Subí con él. Laura no salía de la sala de emergencias. Estuve a punto de decirle a Kevin que no importaba, que nos fuéramos.

En el camino, la luz naranja de las farolas recorría deprisa el cristal de la ventana cuando pasábamos debajo de ellas. Sentía que me iba limpiando poco a poco, que la situación ya no era de emergencia, que incluso había una oportunidad de que todo saliera bien.

—Me oriné —dijo al aire una versión asombrosamente entera de Rodolfo.

—Todo va a estar bien, papá —le dije.

Palpé el asiento a su lado y un charco de orina surgió del fondo de la tela con la presión.

Guardamos silencio el resto del camino.

Cuando llegamos Laura y Kevin salieron a buscar ayuda. Yo me quedé sosteniendo la cabeza de Rodolfo, que de a poco fue perdiendo la fuerza una vez más. Todavía estaba medio lúcido, o quizás no estaba para nada despierto.

—El hospital general —dijo—. Qué noche es.

Llegaron un par de enfermeros corpulentos con una camilla. En dos movimientos abrieron la puerta del carro y se lo llevaron. Bajé yo también por el mismo lado. Un golpe helado me azotó las nalgas. Estaba empapada de orina. Me subí al lado del conductor y me fui al estacionamiento. No había nadie que pudiera abrirme la reja. Había un cartel que decía que debía esperar al vigilante. Supongo que es común que no esté en su lugar.

Esperé más de veinte minutos y nadie llegó. Aparqué en la calle, justo frente al hospital.

Entré directamente a la sala de emergencias y de inmediato encontré a Laura al lado de la camilla de Rodolfo. Lo habían dejado ahí, como si nada, a media sala. Junto a él estaban otros convalecientes. Miré a todos lados. Nadie se preocupaba por nosotros. Los otros enfermos se quejaban, gemían, lloraban. Mi papá permanecía en la seriedad.

¿Dónde están los doctores?

Cuando llegamos eran casi las diez de la noche. Una doctora vino a tomarle el pulso a Rodolfo pasada la medianoche. Me acerqué con la intención de comérmela viva. Aquí estábamos, pero éramos invisibles.

La doctora escuchó el interior del cuerpo de Rodolfo y arqueó las cejas. Quise decir algo, pero me silenció con un dedo levantado.

—¿Qué hace este hombre aquí? —dijo y salió apresurada.

De inmediato llegaron dos enfermeras y arrastraron la camilla de Rodolfo lejos de nosotras. No pueden acompañarlo, nos dijeron.

Después de las tres salió un doctor a decirnos que los pulmones de Rodolfo habían colapsado, que lo habían conectado a un respirador y que había sufrido un paro cardíaco, del cual pudieron revivirlo. Ahora está bien, dijo, dentro de lo que cabe.

“Dentro de lo que cabe” ¡Dentro de lo que cabe!

Enloquecí. Instintivamente miré encima del escritorio detrás del cristal de recepción para ver si encontraba un cuchillo o un par de jeringas. Quería hundirle los ojos a este imbécil.

¿No se dieron cuenta de que mi papá estaba muriendo cuando lo sacaron del carro? ¿No se tomaron la molestia de medir sus signos vitales antes de arrumbarlo en la sala de espera como si sólo se hubiera tropezado con una piedra?

Salí vuelta una fiera a buscar algo de aire. Recargado en la pared, a un lado de la salida, estaba Kevin fumando un cigarrillo.

—Tina...

—¡No te atrevas, Kevin! ¡Te juro que te vas a arrepentir! —le dije sin saber a cuenta de qué lo amenazaba.

Quería seguir caminando sin detenerme. Quería salir del planeta a pie.

Me di cuenta de que no era mi culpa. Debía el hospital pagar por su negligencia. Me llené de coraje y regresé dispuesta a entrar a verlo. Quise pasar a la fuerza, pero me detuvieron Laura y dos enfermeras. Mis ánimos bajaron de golpe. Los sustituyó el temor.

—Acaba de tener otro paro de corazón, hija —me dijo Laura— Están tratando de reanimarlo.

Me desplomé en el piso. No sé cuánto lloré. No sé cuánto tiempo estuve ahí. No sé cuántas veces quise salir huyendo, pero no pude.

Me dejaron entrar a verlo cuando el sol ya se había separado del horizonte. ¿Era realmente Rodolfo? ¿Acaso de verdad me había pedido que lo dejaran

morir? ¿Sabía lo que le esperaba en este infierno?

Tenía un tubo incrustado en el pecho, a un lado del corazón, la carne se le había amoratado y los doctores habían dejado unas marcas de tinta sobre su piel. El tubo se sujetaba de los vellos de su pecho, haciendo una cruz blanca que simulaba un vendaje bien hecho. De su nariz salían los tubos que, conectados a una máquina que subía y bajaba, plegándose como un acordeón, le daban la respiración. Al lado de la cama había una silla. Me senté en ella pretendiendo que conocía al que jugaba a estar muerto cerrando los ojos, convenciéndose de que un coma inducido por medicamentos era lo que se necesitaba para zafarse de la responsabilidad que tenía consigo mismo. ¿Dónde está tu fuerza, Rodolfo?

Llegó la enfermera con el desayuno del de la cama de al lado. El imbécil se había roto un pie. ¿No se da cuenta de que está siendo un tarado comiendo enfrente de mi padre desvanecido?

La enfermera me pidió salir. Dijo que la hora de las visitas se había acabado. Que volviera después de las cinco.

Salí dispuesta a golpear al primero que se me atravesara. El viento me pegó de golpe en la cara, eliminando mis rastros de violencia. Crucé la calle para comprar un café. Cuando volví, Laura me dijo que el médico me buscaba.

Me hizo pasar a una sala donde al menos unos treinta cuerpos se desparramaban en sus camillas, suplicando servicio. Me hizo unas preguntas sobre Rodolfo. Su nombre completo. Su edad. Sus hábitos alimenticios. Come bien, nunca había estado enfermo. Alergias. Ninguna. Adicciones. Fumaba cuando era joven; lo dejó hace mucho tiempo. Número de hijos. Ninguno. Me mira indiscretamente. Yo soy adoptada.

Un hombre a nuestro lado gime y se queja como si estuviera muriendo.

—¡Ayúdenme, por favor! —grita con voz débil—. ¡Ayúdenme!

—Su padre va a estar muy débil las siguientes horas. No le voy a mentir. Es muy poco probable que se recupere.

Lo escuchaba y me burlaba de él. No sabía que en cualquier momento me llamaría el Doctor Maravilla, vendría hasta acá por Rodolfo y lo sanaría en un instante. Era un as bajo la manga.

Por supuesto me daba cuenta de que mi esperanza era falsa. No había Doctor Maravilla. Y si lo había no era suficientemente maravilloso para salvar a mi padre. La alternativa era ominosa.

—Tengo frío —dijo el hombre a nuestro lado, llorando—. ¡Ayúdenme, por caridad de Dios!

Dios no frecuenta estos lugares.

Sabiendo que me miento con la idea del Doctor Maravilla, pensando que mi padre es inmortal y que este hombre no me incomoda con sus lamentos, comprendí lo frágiles que somos como especie.

Por mucho tiempo creí que morir era algo difícil, que nuestros cuerpos estaban hechos para vivir, que no buscaban otra cosa. Pero es mentira. No hay nada más fácil que morir. Después de todo ¿qué es la vida? ¿Qué significa estar vivo?

Laura me convenció de que fuera a casa a bañarme. A dormir un poco. Tenía que descansar y lo que tuviera que pasar pasaría, aunque yo estuviera ahí.

Arrastré los pies hasta el carro. Una sonrisa irónica se hizo carcajada. Después llanto. Después furia. Al final solamente llanto, otra vez.

¿Qué es la vida? ¿Qué es la vida?

En mi parabrisas había una multa y en la llanta un inmovilizador.

Se siente sin ti.

Lo vi en cuanto salí del elevador. El licenciado Torrénz hablaba con Laura. Los dos sentados en una butaca frente a la habitación donde estaba Rodolfo.

Estoy tan cansada, me siento tan mutilada, tan incompleta, que verlos juntos no me causa ninguna sorpresa. Todo en este mundo puede ser posible.

Entro directo a la habitación. Laura me llamó y la ignoré. Sentí el peso de la presencia del licenciado Torrénz cuando pasé a su lado.

Desde el segundo día comenzamos a ponerle crema y otros ungüentos en la piel a Rodolfo. Las manos se le agrietan y los labios se le vuelven cenizas. Paso al menos cuarenta minutos masajeándole las manos. Esta vez no será diferente.

Tomo la crema y la combino con una mezcla especial de sábila que trajo Laura. La caliento en mis manos y comienzo a tocarle los dedos. Luego la palma. Especial cuidado en sus uñas. Más tarde tendré que cortárselas.

En sus labios primero un bálsamo común. Después una capa de la crema combinada.

Detrás de mí el hombre que se rompió una pierna tiene visitas. Lo han movido a la ventana, dejando un espacio entre su cama y la de Rodolfo. Ese espacio no evita que escuche sus tonterías. Lo visitan todos los días y no sé si debo pensar que lo quieren mucho o si son gente estorbosa.

Ayer encontré las chanclas de Rodolfo debajo de la cama del hombre que fingía estar dormido. Sin ninguna consideración lo desperté y le dije que no debía tomar las cosas que no eran suyas. De inmediato llamó a su hermana y comenzamos a discutir-disculparnos condescendentemente. Insistían en que eran sus pantuflas, que se las había dado una enfermera. Saqué de mi bolsa la nota de compra donde especificaba el par de pantuflas. Me dijeron que podía tomarlas haciendo como que no sabían lo que una nota de compra es, como si en realidad ellos me las estuvieran regalando. Yo ya las traía en las manos. Giré media vuelta y volví a sentarme en la silla que, dicho sea, siempre tengo que buscar del lado de la cama del hombre con visitas múltiples.

Ya en la tarde, cuando las luces no se han encendido y la luz que entra por la ventana no es suficiente para distinguir más allá de las sombras, escuché que se burlaban de nosotros. Como si las fuera a necesitar, dijo la hermana molesta e irónica, sabiendo que los escucho desde aquí, queriendo iniciar una discusión que nos distrajera del aburrimiento del hospital. Desde que Rodolfo está aquí no he hecho otra cosa más que arrastrar los pies sobre el suelo,

esquivar la mirada de la gente que busca compadecerme, tomar café, comer la mitad de un sándwich por desayuno, comida y cena y tentar la vida desde la seguridad que me brinda el cristal imaginario con el que me protejo. Me limité a masajear los dedos de las manos de Rodolfo, llorando en silencio. En mi mente lanzaba a esa bastarda desde la ventana del piso catorce, que es donde estamos.

Es hoy el cumpleaños del que no se ha movido de su cama a pesar de que puede hacerlo, o será de toda la familia, o será de todo el mundo. El ruido que hacen es descomunal. Me provocan jaquecas, me provocan ansiedad, me provocan un alivio que no puedo conferirles por odio. Sus gritos evitan que escuche el respirador artificial. Sus miradas inoportunas me prohíben sincronizar mis exhalaciones con las que ya no pueden dar los pulmones de mi padre.

Cuando estoy con él nunca hablo. No dejo que mis palabras ensucien sus sueños. Por eso detesto a los vecinos gritones.

En la puerta se plasma la figura del licenciado Torrénz. Clementina, me dice. Las lágrimas caen de mis ojos. Es el cansancio. Es que estoy muerta. Es que no puedo evitar pensar que yo soy la muerte. Clementina, vine a verte.

Quiero saltar a arañarle la cara. Está metiéndose en la cabeza de mi papá, quiere hacerle soñar que tengo una relación con él. Quiere hacerle pensar que yo no soy la hija que él quería tener.

Limpio mi cara y me levanto. Salgo de la habitación haciéndolo a un lado con todo el peso de mi cuerpo. Laura me recuerda mi nombre cuando me ve alejarme. El licenciado Torrénz me alcanza en el elevador, del cual me lanzaría si las puertas se abrieran al infinito, o al infierno, el cual no puede ser peor que esto.

—Me dijeron en tu oficina que tu papá estaba aquí.

Permanezco mirando la puerta cerrada del ascensor. Este universo funciona con la fuerza de mi cuerpo. Si dejo de concentrarme en el peso del elevador, en las tensiones de sus cuerdas, en el desplazamiento de su contrapeso, podría desplomarse. Lo mismo pasa cuando dejo de pensar en el movimiento de la tierra alrededor del sol, o el sol como fuente de energía. Cuando yo muera, todo el universo también morirá.

En esa caja estoy encerrada desde hace días. ¿O han sido años? La sombra que delimita mi visión al costado de mis ojos evita ver que las intenciones del licenciado Torrénz a mi lado son tomarme a la fuerza, como lo intentó en mi departamento hace mil millones de años.

Me asegura por el brazo y yo no respondo. No tengo fuerzas para esto. Mi hombro se levanta como si fuera yo una muñeca, una edición especial de una Barbie, pero no la heroína de la belleza que esperarías ver en una caja de lujo, con accesorios como un perro entrenado para olfatear el dinero en las carteras de los hombres, o una bolsa de mano que cambia de marca cuando la mojas, ni siquiera un conjunto de ropa que pasa de traje de tenis a vestido de novia jalando un hilo en su espalda. Soy más bien la versión austera, la versión que sólo obtienen ciertos privilegiados como premio a sus retorcidas mentes. Soy la Barbie Síndrome Depresivo. Ahora con el doble de malos pensamientos. ¿Estás harta de la misma muñeca de siempre? ¡Ya está aquí Barbie Cicatrices Internas! ¡Parece distante! ¡Se ve devastada! ¡Duerme dos horas al día! ¡Y en su bolsa no trae más que números de doctores que no quieren ayudarla! Mira cómo sufre cuando sueña cosas horribles y cree que son los sueños de su padre. ¡Totalmente articulada! Vístela con ropa que simula dignidad. Barbie síndrome depresivo incluye todo lo que ves. *Taza de café. *Celular sin batería. *Bolsa sucia. *Un par de zapatos caros. *Desvergüenza suficiente para arremeter contra cualquiera que se le ponga enfrente. *Un perro que le recuerda a su padre. *Y un hombre que la acosa. Otros accesorios se venden por separado.

Salimos juntos del hospital. Escucho su voz distante, a pesar de que va a mi lado. Cruzo la calle y entro a la tienda. Olvidé mis pañuelos. Si no compro algunos voy a tener que salir corriendo cada cinco minutos a buscar en la bolsa de Laura, o tomar del baño del hospital. Prefiero restregarme la nariz en la pared.

—¡Deja de seguirme! ¡Es desesperante! —reconozco su existencia.

—No puedo. Tenemos que hablar.

—No quiero. No puedes aparecerte como si nada frente a mi familia.

—Tienes que perdonarme.

—Te perdono —le paso la mano sin tocarlo sobre la frente—. Ahora vete.

—No estás siendo sincera.

—Nunca he sido sincera, Francisco. ¿No recuerdas cómo me conociste?
¿Acaso no estás aquí para contarle a mi familia lo que soy?

—¡Nunca haría eso!

—¡No te quiero a mi lado! ¡Nunca he querido estar contigo! Ya deberías haberte dado cuenta.

—Pero yo quiero estar contigo.

—¡Entonces haz una cita en mi agencia!

El semáforo de peatones se pone en verde y salgo disparada. No sé si se ha quedado parado del otro lado de la calle o si viene detrás de mí. No volteo a comprobarlo.

Se me ocurre la estúpida idea de comprarle al hombre de la pierna rota unas chanclas. En ese momento siento que es mi aliado, que él y su familia son todo lo que me queda, parte importante de mi bienestar y la última oportunidad que tengo de sentirme bien. Una amiga le llevaría unas chanclas.

Con eso me obsesiono para evitar llorar.

¿Sabrá Rodolfo que soy yo cuando lo toco? ¿En la oscuridad en la que flota podrá imaginarse para qué es esta crema que le pongo todos los días, a toda hora? ¿Se verá como yo lo veo, atravesado por un tubo infinito que le ayuda a respirar, a evacuar y a alimentarse? Pálido y sereno. Sostenido a la vida por los trucos de los médicos o por astucias que no le conozco. Ardiendo por dentro. Perdido en una oscuridad que sólo yo puedo ver, guiada por la luz que de apoco se va robando. Se llena la habitación de sentimiento de venganza. Se acaba el espacio. Se acaba el aire. Lo consume él a través de sus tubos. En ellos se desliza mi vida cada vez que lo veo.

Escucho la voz de Kevin del otro lado de la puerta. Mucho gusto, dice.

Salgo y lo veo sonriéndole al licenciado Torrénz.

—Este no es lugar para una convención —les digo—. Es vulgar. Vete a casa Kevin. Usted también, licenciado Torrénz.

—En todo caso que se vaya Kevin —dice Laura con una sonrisa—. Este hombre, al que no me habías presentado, por cierto, es una buena compañía.

—Si Clementina no quiere que me quede, entonces vendré después.

—No es necesario que lo haga —le digo con voz de desafío. Me arrepiento cuando pienso que Rodolfo podría escucharnos.

—No es molestia. Vendré todos los días.

—No quiero que vengas —le digo por fin.

—¡Clementina! ¡Qué es eso, hija! Él quiere ayudar.

—Mi padre está ahí dentro —le digo acercándome a él, la voz calmada pero filosa, la mirada asesina—. Entra y sálvalo. ¿Puedes hacer eso, Francisco?

—¡Hija!

—Tranquila, Tina —me toma Kevin de los hombros. Ya sabían que faltaba poco para que estallara.

—No quiero crearte malestar. Será mejor que me vaya —dice poco

convencido el licenciado Torrénz, jugando al hombre preocupado y entregado a las cosas que importan.

—No diga eso, licenciado Torrénz —escucharlo en la voz de Laura me hace sentir vergüenza de lo que soy—. Clementina está muy cansada y no hace un esfuerzo por descansar. Su presencia aquí nos hace bien a todos.

Se sonríen “educadamente” y toman asiento. ¡Están hechos el uno para el otro!

Me hierve la sangre. Se me desacomoda la garganta. Me acuerdo que soy cualquier humano y salgo disparada a buscar un teléfono público.

Un timbre. Dos timbres. Tres timbres. Cinco timbres. Ocho timbres. Después vendría mi número de la suerte. Buzón de voz.

—No quiero molestarte, Andrei. Estoy en el hospital. Es por mi papá. Estaba recordando todo lo que ha pasado, y a pesar de que ahora mismo debes estar ocupado arreglando tus pensamientos, no pude evitar tener los míos y me acordé de ti. Sé que es un mal momento para los dos. Supongo que quise creer que no hacía mal llamándote... Adiós.

Aprieto la mandíbula. Estoy que muero de coraje. ¿Para qué hice eso? Ni siquiera tengo un plan bien hecho. Mi plan es dejar que las cosas salgan como tengan que salir. ¡Adivina qué, Clementina! ¡A eso se le llama cotidianidad!

Vi una jardinera enorme del otro lado del patio del hospital y fui a sentarme. Pensé en todo tratando de no pensar en nada. Frente a mí estaba una barra donde las personas podían comer, sentarse para descansar y cargar sus celulares y computadoras. Saqué mi cargador y fui a conectar mi teléfono. En cuanto lo encendí me reclamó atención.

—Hola —no podía distinguirme entre la indiferencia y el punto donde la preocupación es tal que ya no sientes nada. Andrei me llamaba y yo no quería enterarme.

—¡Clementina! ¿Estás bien? Recibí tu mensaje.

—Es mi papá. No creo que vaya a poder salir de aquí.

En cuanto lo dije comprendí que era cierto. Me había hecho a la idea de que no era verdad. Que en cualquier momento despertaría y todo seguiría como hasta ahora. ¡Es que lo he soñado tantas veces! Mi padre despierta y vuelve a su casa, dándonos a todos una segunda oportunidad.

—¡Dime dónde estás! —me lo exigió.

Estaba sosteniendo la mano de Rodolfo, fingiendo que leía un libro, cuando Andrei me avisó en un mensaje que ya había llegado. Le dije cómo subir.

El corazón me decía que todavía estaba viva. No había razón para creer lo contrario. Cerré el libro y me prometí no apartar la mirada de la puerta hasta que Andrei asomara su figura.

Ahí está. Es él. Es Andrei. No hace falta que diga lo mucho que me emocionó verlo.

Su mirada pasó de mis ojos al cuerpo de mi padre. Lo vi reaccionar a la tragedia vestida de normalidad, siendo lo más normal de la vida también la tragedia.

—Es mi papá —le dije sin poder moverme.

Había comprendido que todo estaba pasando en realidad y sentí una urgencia insoportable por recobrar el tiempo perdido. Comencé a llorar cuando supe que estaba con él; con mi papá o con Andrei, y que inevitablemente iba a perderlos a los dos.

Me puse de pie y corrí a abrazarlo con los lamentos en mi garganta y con los arrepentimientos en la cabeza. Colgada de su cuello abrí los ojos una eternidad después. Vi que el licenciado Torrénz se levantaba y se iba. Laura me miraba con odio y desconcierto. Kevin miraba su celular.

De repente dos horas de sueño diarias habían sido suficientes para darme cuenta de todo lo que estaba pasando. Mis ojos se habían abierto y vi que había colores encima de la capa cenicienta que yo veía cotidianamente. Entristecí aún más sabiendo, ahí mismo, con los brazos de Andrei alrededor de mi cintura, que no había hecho nada por mí misma. Nunca. Incluso ahora.

Quedé de frente a su cara, nos mirábamos como habíamos aprendido a hacerlo. Lo dejé que me mirara llorar. Quería que supiera que me dolía todo lo que había pasado, que sin importar que ahora lloro por mi padre, igual lloré por él cuando intenté abandonarlo.

—Salgamos de aquí —le dije, pidiéndole que me llevara a otro lugar.

Caminamos por las calles próximas al hospital. El sol se había ocultado detrás de los edificios distantes. El calor remanente nos hacía sentir en confianza, como si nunca nos hubiéramos dejado ir. O como si fuera posible volver a recuperarnos.

—Pensé que ya no te iba a volver a ver —me dijo en voz apenas audible.

—No hablemos de eso. No es el momento.

Me tomó de la mano, asegurándose con su fuerza que nunca más me dejaría ir.

Del otro lado de la calle pasó el licenciado Torrénz arriba de su camioneta. Lo vi. Pero no quise reconocerlo. El mundo iba recobrando su peso

conforme Andrei y yo lo imaginábamos. El licenciado Torrénz sería lo último en volverse real.

Volvimos al hospital después de unas dos horas.

Laura nos vio llegar y se puso de pie.

—Creo que esta noche iré a descansar a la casa.

Veía insistentemente a Andrei. Él guardó silencio, contestando educadamente a las miradas.

—Será lo mejor, mamá. Kevin, acompañaala, por favor. Yo me quedaré aquí.

Los dos se fueron sin decir nada más.

Andrei y yo permanecemos en silencio un largo rato. La noche ya había cubierto las calles. Entré a ver a Rodolfo y me quedé un momento haciéndole compañía.

—No tienes que quedarte toda la noche —le dije a Andrei cuando salí.

—Lo haré de cualquier manera —me dijo.

Me senté a su lado y recargué mi cabeza en su hombro. Por alguna razón, o a causa de una magia inexplicable, todo estaría bien en el mundo por esta noche.

Me puse a acariciar sus dedos, imaginando un cuadro diferente en cada mancha de pintura que encontraba entre sus uñas.

Desperté recargada en la cama de mi papá. El sol entraba por la ventana. Me puse de pie y ayudé a la enfermera a cambiar de telas la cama. Salí a buscar a Andrei y no lo vi. Miré mi celular, pero no había ningún mensaje. Volví a mirar y lo encontré. Venía del elevador, con un par de cafés y una bolsa donde seguro traería para mí una dona con glaseado y relleno de fresa. Salimos al patio a tomar nuestro café. El silencio era persistente pero no incómodo como el que nos envenenó en su departamento la otra noche. Esta vez nos reclamábamos de la multitud.

Se fue después del mediodía. Le dije que quería verlo esta noche. Me dijo que estaría aquí en cuanto el sol se escondiera. Le dije que lo vería en mi departamento. Me dijo que eso le gustaría. Me dio un beso, un abrazo y me susurró en el oído: “Espero que sigas amándome”. Lo sentí despegarse de mi cuerpo conforme se alejaba.

Me había devuelto el corazón. Me había traído una munición de sonrisas. Me había hecho prometerme que todo estaría bien. Que nada podría salir mal. No otra vez. Nunca.

Los hombres tienen mala leche.

Llegó con un cuchillo que trataba de esconder debajo de su camisa. Lo vi apenas entró por la puerta. Me lo clavó en el pecho cuando estábamos haciendo el amor. Me dijo que de alguna forma me conocía, pero no sabía cómo acercarse. Sus palabras me deformaron. No pudo ser suficiente.

Me sentí enorme cuando dijo que no sabría cómo alejarse de mí. No sabe quién soy y no le importa.

Las sensibilidades volvieron como bumerán, recorriéndonos en el *aftertaste* del orgasmo.

De pronto soy irremplazable. De pronto no hay nadie como yo cuando estoy con él. De pronto gano todas las apuestas. De pronto puedo pagar mis deudas. De pronto, y como si nunca hubiera sido diferente, puedo asegurar que me late el corazón.

Mi celular me despertó antes del amanecer. Andrei estaba a mi lado. No se movió ni cuando me levanté para salir a contestar. Era yo, como él, cobarde.

Escuché la voz de Toni.

Sentada en la barra del bar, esperando a que el caballo al que fue todo mi dinero al menos llegue a la meta, mirando la enorme pantalla detrás de la máquina de hielos, me entero de que mi suerte no puede ser para siempre. Peor aún: no es que alguna vez haya tenido suerte, sino que siempre dependo de la caridad de los que a mi lado se apiadan de mi inmunda vida. Toda mi vida.

—Clementina, soy Toni. Daniel pasará por ti al mediodía. Tienes una cita. Sé que debo avisarte con tiempo, pero como ya no te importa la agencia y las responsabilidades que tienes con nosotros, entonces tampoco me importa respetar tus horarios.

—¡Toni, no! ¡Ya no hago eso!

—¿Disculpa? No recuerdo que hayas terminado tu contrato con nosotros.

—Lo haré hoy. Dame una hora para llevarte el dinero.

—No somos una agencia como las que seguramente te aceptarían después de que te vayas de aquí. Tenemos clase. Vendemos elegancia. No vas a cancelar una cita hecha.

—No, Toni. Por favor, escúchame. Te estoy diciendo que tengo el dinero. Iré ahora mismo a entregártelo.

—Yo te estoy diciendo que el cliente pagó por adelantado, desde la semana pasada. Está interesado en ti. Exclusivamente en ti, y mira que le insistí en que

volviera a ver a las otras.

—No digas eso. Ya no quiero hacer esto. Soy otra persona ahora.

—¡Qué pedestre, Clementina! ¡Que no se te ocurra decir esas cosas frente al cliente! No les gustan esas cursilerías. Compórtate.

—Toni... Toni no puedo ir. Mi papá está en el hospital.

—Qué desafortunado. Pero no puedo cancelar citas así como así. Daniel te avisará cuando esté cerca.

—No, Toni.

Hablaba sola.

Miré por reflejo sobre mi espalda. Había aprendido a ser desconfiada. Si Andrei había escuchado algo de eso no tardaría en descubrir el secreto. O eso creía por sentirme expuesta. No estaba. No había nadie en el mundo. Ni siquiera yo. Había sido usurpado mi cuerpo por un escarabajo que poco a poco se iba comiendo mi alma.

¿Para esto me sirve el corazón? ¿No estaba mejor cuando no lo sentía? ¡Andrei! ¿Qué me haces? ¿Es peor lo que yo te hago?

Se me arremolinó la culpa en el estómago. Todo en el mundo estaba mal otra vez. No podía volverme metálica frente a Andrei.

Me senté a su lado a llorar quedito. En mis manos tenía mi última moneda. La última oportunidad que tengo para gritar: ¡Todo mi resto al número trece! Apuesta aquí, Clementina. Toma tus ganancias. No hay consecuencias. Pero sí las hay. Y todas siguen siendo personales.

¿Lo despierto y le cuento la verdad? En mi vida ilusoria, la que reza debajo de la vida común, donde regularmente me encuentro todos los días, Andrei se enojaría tanto con ellos, con todos ellos, que iríamos a romper las ventanas de su puticlub, lanzando bolas de estopa en fuego, viendo como corren como locas las putas en calzones.

En mi sueño hacemos explotar el mundo y aprendemos a vivir en el espacio. En algún momento llegaremos a Andrómeda. Algún planeta nos estará esperando. O nos lo adueñaremos como alguna vez nos adueñamos de éste.

La alternativa dicta que cumpla como sirvienta el mandato de Toni. Lo peor que puede resultar es que pierda una tarde con un cualquiera inflado de autoestima. Sería la última vez. Llevaría el dinero en mi bolsa. Terminando de hacer el trabajo le pediría a Daniel que me llevara con Toni, o con el ingeniero Montiel en persona. Aventarles su dinero y escupirles los pies. “Jamás me volverán a ver, malditos proxenetas”.

Una notificación en mi celular. Ocho mil pesos han sido ingresados en mi

cuenta de banco.

¡Andrei, despierta ahora! Hazlo ya o quédate dormido para siempre.

Lo veo durante el almuerzo, proyectando mi frustración hacia él. ¿Por qué me abandonó? ¿Por qué no hizo nada para buscarme cuando más lo necesité? ¿Por qué no puede comprender que estoy metida en problemas que me impiden vivir la vida mediocre que siempre he evitado llevar? La misma frase una y otra vez: Toda mi vida. Toda mi vida. No es tanta. No es mía, siquiera.

Se despide de mí en la puerta. Me dice que me verá en el hospital por la tarde. Como siempre que las dudas me sobrepasan, las culpas, las ganas de comer mierda y morir me roban las palabras. Asiento a todo lo que me dice, pero no estoy segura de entenderlo. Es que no hablamos el mismo idioma. Es que no somos la misma persona.

Por alguna razón me agrié, parada en el marco de mi puerta, soltando su mano, comprendí que era hora de arriesgarlo todo, de esa manera podría conseguirlo todo.

Lo hice, aunque estaba segura que nunca más lo volvería a ver.

—Lo he pensado —le dije—. No vuelvas hasta que hayas arreglado tus pensamientos.

Me soltó la mano y me miró con un odio que yo no conocía. No sabe que lo alejo para que no sienta pena por mí. Lo alejo para no sentir tantos remordimientos con lo que estoy por hacer.

Bajó las escaleras sin voltear a verme.

Nunca he querido pensar mucho en el Karma. Si existe es mejor que no sepa que yo trato de evitarlo. ¿Acaso le debo algo?

Corro a mi alhajero y cuento mi dinero. Cincuenta y tres mil pesos. Más los ocho mil de hoy.

Finjo que mi mano se mueve a esa velocidad para no aceptar que en realidad estoy temblando.

—Ingeniero Montiel, disculpe que esté usando su línea personal.

—¿Quién eres?

—Clementina, de su agencia.

—¿Clementina la ingenua y hermosa? ¿Qué quieres?

—...Quiero dejar la agencia.

—Esas cosas se arreglan con Toni. Por favor no vuelvas a llamarme a este número.

—Ingeniero Montiel, necesito dejar su agencia hoy mismo. Toni no quiere ayudarme.

—No es mi problema. Toni es la administradora. Tiene el manual y se lo sabe de memoria. Seguro ya te explicó el procedimiento.

—Pero no quiere escucharme.

Resopla, no me dice nada. Después de un momento escucho que teclea en su computadora.

—Tienes una cita hoy. Concertada hace una semana. Cliente nuevo. ¿No lo sabías?

—Me acaban de avisar. Pero ya no quiero ser parte de la agencia.

—No puedes cancelar una cita con un cliente. Mucho menos si es uno nuevo. Ya deberías saberlo.

—Lo sé. Pero ya no quiero que me cuenten en su agencia.

—Este cliente entró por ti. Lo especifica en su registro. No puedes cancelar. Ve a la cita y te sales de la agencia después.

—Ingeniero Montiel...

—No vuelvas a llamarme.

Pierdo la mirada y la esperanza.

¿Es lo que siento culpa de Andrei? Veo el cuchillo que dejó dentro de mi pecho. Si voy a hacer esto debería sacármelo. Con suerte saldrá con mi corazón.

Daniel me avisa que estará aquí en una hora. No me he puesto maquillaje porque lloro a ratos y no quiero estropearlo. Llevo uno de mis vestidos nuevos. Quiero que me vean bien en la agencia cuando les azote la puerta en la cara.

Veo parpadear la pantalla de mi celular. Correo electrónico. Son especificaciones de la agencia. Que el cliente ha pedido cierto tipo de ropa, cierto tipo de zapatos, maquillaje cargado en los ojos, pelo suelto, ligero y ropa interior roja, mucho perfume y tacones altos. ¡En una hora! Ni siquiera me voy a quejar de lo mal que me trata Toni desde que le dije que saldría de la agencia. Supongo que yo me lo busqué.

Encuentro todo en mi ropero. El único vestido que encaja con las especificaciones del cliente es uno que tengo desde hace mucho, pero sigue manteniendo su entereza. No creo que se dé cuenta de que no es nuevo. Negro, entallado, tres cuartos, hace que se me vea la cintura de una diosa y los pechos de cuatro. Lo llevé a la fiesta de fin de año de la oficina. Fui el centro de

atención esa vez. Hace tanto tiempo. Cuando mi vida era otra. Al menos puedo aceptar eso.

Llega Daniel y no me he acomodado el liguero. Mucho menos me he puesto maquillaje. Entra por mi bolsa. Le digo que no he metido mis cosas. Le aviento un perfume y el maquillaje. Tendré que terminar de arreglarme en el camino. Tomo los cuarenta mil de mi joyero y salgo detrás de él.

Lo primero que hago es alisar las mallas del liguero. Noto que Daniel me mira por el retrovisor, pero no tengo ganas de parecer comunicativa. Después me pongo el maquillaje. Muy cargado en los ojos, en los labios el rojo más rojo y en las mejillas una línea que me haga parecer un fantasma. Lo que más detesto de estos clientes es que piden una mujer que no existe. Es evidente que lo hacen para evitar la culpa.

—Voy a ponerme perfume. ¿Te molesta?

—No, para nada. Estoy acostumbrado. Todas las chicas a las que cuido lo hacen.

No me he puesto tanto, aunque siento que me he dejado la mitad de la botella en el cuello.

La cita es en un hotel de medio pelo. Me sorprende que alguien busque una dama de compañía y la lleve a un hotel sin gama. No es que me moleste esa sencillez, es que me enoja que no sean sinceros. Si van a gastar su dinero en un lujo innecesario, como lo es el cariño fingido de una mujer, bien podrían al menos dejarse acostar en un colchón más cómodo.

Me despido de Daniel, confirmándole que le llamaré para que pase por mí cuando acabe la cita.

Toda mi vida. Toda mi vida. Como la de los demás no es diferente al alardeo de la muerte.

Toda mi vida. Toda mi vida. El final de mi capacidad haciendo de cuenta que es el inicio. Un cuchillo afilado que no pude sacarme del pecho. Comedia, mayormente hecha con la historia de los hombres. Una puerta que promete riquezas a quien la atraviese me deja ver la gloria y se aleja despacio hacia el sol, flotando como un globo que refleja colores de ensueño.

¿Tengo fiebre? Siento que tengo fiebre.

Toda mi vida. Toda mi vida. Allá va mi resto. ¡Qué más da!

Nunca quise hacerle daño a nadie. Perdónenme todos.

Toco a la puerta y abren de inmediato.

No hizo falta que me sacara el cuchillo del pecho. Ella lo hace, llevándose con su mirada burlona el resto de mi vida.

—Hola, Clementina. Te estábamos esperando.

Es Rocío. ¡Es Rocío! ¿Es Rocío? ¿Dónde estamos? ¿Qué es este sueño?

Me toma de la mano y me hace entrar. Yo no pongo resistencia. Me siento en la cama y la veo directo a los ojos. ¿En verdad estoy aquí? ¿En verdad está pasando esto?

Del baño sale un hombre desnudo. Una lágrima fría me recorre lentamente la mejilla.

—No llores, Clementina —me pide ella como si le pidiera a cualquier niño—. Es Gustavo, el novio de Fernanda. Pensé que lo conocías. Fue él quien hizo la cita.

Me pongo de pie agarrándome de las lágrimas en mis ojos. Que los matachines de Toni vayan a buscarme a mi casa, que me griten puta, que me rompan las rodillas, que me apunten a la cabeza con su pistola, no me importa.

Trato de girar la perilla de la puerta, me doy cuenta de que ha sido asegurada.

—Abre la puerta —le digo a Rocío.

—Claro. No vamos a obligarte a nada.

Se levanta y me hace a un lado mientras saca la llave de la bolsa de sus pantalones.

—Qué bonito vestido. Todavía me acuerdo de él —me dice. Si me quedo un segundo más aquí voy a desfallecer. Siento que me tiemblan las piernas—. ¿Vas al hospital a ver a tu papi? —me pregunta fingiendo una voz ingenua. Se aleja hacia el novio de Fernanda y yo me quedo helada entre la habitación y el pasillo del hotel—. Es una buena idea. ¡Vamos todos a ver al papá de Clementina!

Tomo la puerta y la cierro al ritmo de una segunda lágrima que está por dejarme el mentón.

—No vamos a decirle a tu familia —me dice él mientras se me acerca y me quita el saco y la bolsa. Le veo media erección debajo de la cintura. A ella una sonrisa inagotable arriba del cuello.

—Voy a contarle a Fernanda —le digo a él de forma muy torpe, insegura—. Y tu esposo también se va a enterar —le digo a ella mientras soy guiada a la cama.

—No le vas a decir a nadie, mi vida, y bien que lo sabes. Pero si te hace sentir bien, digamos que nadie va a decir nada, porque todos perdemos mucho,

y que nos tienes amenazados y asustados. Digamos que tus razones son aceptables. ¿Eso es lo que piensas cuando haces de putita?

—Rosy, cálmate.

—Sólo estamos conversando, ¿no, mi amor?

Él me pasa una copa de vino. En la mano trae la suya y la bebe a fondo.

—No hay razón para que no podamos divertirnos. ¿No?

Lo veo tratando de llevarme la mano con la copa a la boca. Le doy un trago. Ella se estira sobre la cama y alcanza su copa, levantándola al aire.

—¡Por Clementina, la piruja!

¡Salud! ¡Salud!

El silencio reina mientras ella lame el alcohol del borde del cristal.

—Si te ponemos música ¿nos bailas, linda? —me pregunta agasajándose en su burla.

El novio de Fernanda se transforma en animal y comienza a desvestirme.

No muevo ni un dedo. No puedo.

Más lágrimas. Más miradas. Más respiraciones agitadas por parte de él. Más risas de placer en la cara de ella.

—Te dije que te iba a tener. Te dije que tendrías que haber ido conmigo —me dice él mientras me pasa una mano por los pechos.

—No llores, dulzura —me dice ella tomando mi cabeza entre sus brazos—. Se te va a correr el maquillaje. No creerás que te mandé pedir con mucho rímel para que se te ensuciara la cara ¿verdad?

Quedo desnuda de inmediato. Me ponen de pie y me dan una vuelta. Me examinan y me preguntan si estoy limpia o deben usar condones. Que si me bañé antes de venir. Que si soy de lubricación rápida.

—Desvísteme —me manda Rocío y lo hago mientras el otro me amasa los pechos.

Queda ella en el piso, sentada con las piernas abiertas. Se le acerca él y le pone el pene en la mejilla derecha. Ella lo pasa a su boca y le hace sexo oral mirándome a los ojos.

—¿Crees que puedas hacerlo mejor? —me reta después de un rato.

Me llama con una mano, pidiéndome que me ponga de rodillas frente a ellos. Me acaricia la cara, regando el negro de mis ojos por mis mejillas. Con la otra mano masturba al hombre que menos importancia tiene para las dos.

La copa de vino llega a mis manos y la miro como si en ella pudiera verme en una situación menos lasciva.

—Vamos a divertirnos —dice él componiendo la respiración.

—Muéstrame cómo ibas a robarme a mi esposo —me dice Rocío abierta de piernas mientras me ofrece el pene de su amante.

Él se acomoda para que lo alcance con la boca, pero no hago más que masturbarlo. Rocío se pone debajo de mí y mientras me entierra las uñas en las nalgas finge que me penetra, haciendo movimientos con la pelvis, rosándome con sus vellos. Gustavo me sujeta del cabello y me ahoga cuando trata de atravesar mi nuca con su pene. Rocío suelta un gemido fingido y me muerde sin compasión un pezón. Empiezo a sentirme mareada. Se eleva el vértigo cuando siento los dedos de ella dentro de mí, arañándome el interior con sus uñas postizas. Después el novio de Fernanda me pone de pie y se dedica a lamerme los pechos mientras Rocío toma más vino. La fuerza de mis piernas se ha ido. La necesidad de darle sentido a esto se ha vuelto transparente.

—Queríamos chantajearte con decir tu secreto, pero mírate. ¡Haz nacido para hacer esto! Deberías hacerte publicidad, mujer. Imagínate la base de clientes que te harías. ¿O ya lo hiciste? ¿Cuánto te paga Valentino por cogerte en los baños de la oficina?

Mi captor me deja libre y se le acerca a Rocío con furia. La toma de la cintura y la arrastra a la cama, cerrándole la boca con la mano. De pie, en medio de la habitación, veo un largo rato cómo tienen sexo. Escucho los gemidos de ella, veo el sudor en la espalda de él, quedando de rodillas al suelo, lamiendo los labios hinchados entre las piernas de Rocío.

Me jala él a su lado y me hunde la cara en la vagina mojada de su amante. De inmediato ella me toma de la nuca con las manos y se arremolina en mi boca cerrada.

—Ya sabía que eras una puta, Clementina. ¡Hazme terminar! ¡Hazme terminar y no le digo a tu papi!

Los ojos se me estaban cerrando cuando sentí que el novio de Fernanda me penetraba mientras yo seguía resistiéndome a pasarle la lengua al interior de Rocío.

Abandoné mi cuerpo. Me quedé dormida en el ombligo de ella. A kilómetros de distancia escuchaba que me llamaban. ¡Clementina! ¡Clementina! ¡Qué poco aguantas! Yo partí al mundo de los sueños, el que no me exonera de seguir viviendo en un mundo como éste, el que a final de cuentas no me pertenece.

Sabiendo que era una ilusión creada por las dimensiones que inventaba, fui dejándome caer a ese pozo sin fondo. Soñé que seguía en esa habitación, que

Rocío y Gustavo salían de mi vientre, que les había dado a luz, que les había salvado de morir ahogados en el odio que por ellos tengo en el estómago. Después me ayudaban a salir del hotel. Yo estaba convaleciente. La sangre me corría por las piernas. Es que los he abortado. En un momento supe que había muerto, y ellos lo supieron también. Me tiraron en un arroyo. El agua entró en mi cuerpo de inmediato, hundiéndome, llevándome al lugar de donde no debí salir nunca. La nada. El olvido. La compasión hecha oscuridad y la oscuridad que no se compadece. Mientras me hundía miré la luna arriba, en el cielo. Ella también me veía. En la orilla la sombra de los dos haciendo la última oración.

—Parecía una buena mujer. Qué lástima que haya sido una puta.

Abrí los ojos.

Estaba acostada boca abajo. Sentía las marcas de la alfombra en la mejilla. La habitación estaba en penumbras. Por la ventana entraba un susurro de luz y algunos restos de sonidos que se esforzaban por parecer conocidos. Sílabas perdidas de conversaciones lejanas, el sonido de los coches en la carretera, el silbido del viento que se lleva lo que queda de claridad, el recuerdo de un cumpleaños mediocre en las carcajadas de adultos que ya no recuerdan lo que es reír con sinceridad.

Giré para quedar de espaldas. ¿Cuánto tiempo habré pasado así? Me duele todo.

Estudí las formas que me dejaban ver los relámpagos de las luces de los carros que pasaban a toda velocidad fuera del edificio. Recapitulando lo que había pasado, teniendo cuidado de separar lo que había soñado de lo que había sucedido, deduje que estaba sola.

Cuando me puse de pie para buscar el interruptor de luz un mareo me hizo apoyarme en la pared más próxima, se me descompuso el estómago, se me apagaron los ojos por un momento y sentí que me había derretido por dentro. Pasé mis dedos por mi vagina, estaba muy mojada.

Encendí la luz y quedé aturdida por un largo momento.

Me temblaba la mandíbula y no sentía que los brazos fueran míos. Me dolía la cabeza. Tenía un sabor amargo en la garganta, los labios muy secos y muchas ganas de vomitar. Entre mis piernas iba resbalando el semen del novio de Fernanda.

Me senté a tratar de llorar recargada en la puerta. No pude.

Tomé el teléfono y pedí línea. Le llamé a Daniel. Prometió que estaría aquí en menos de una hora. Vi que eran más de las diez de la noche. Entré a

lavarme al baño. Cuando salí apagué las luces y esperé sentada en la orilla de la cama.

En medio de tantos pensamientos tuve una visión que resultó ser verdad: Se habían robado mi bolsa con los cuarenta mil pesos.

La noche vino a conocernos.

Había pasado toda la tarde al lado de Rodolfo. Lo veía de vez en cuando, aguantando la mirada sobre sus párpados cerrados, pensando que debajo de ellos sus ojos me veían.

Tomé su mano pegajosa por el ungüento y deseé con todas mis fuerzas que despertara de una vez, justo como yo lo había tratado de hacer los días pasados.

Iríamos a casa a jugar con Breco y ver un musical. Escuchar esa música triste que le gusta y veríamos esas fotografías de navidades que no recuerdo.

Era incapaz de mover un dedo. Ni siquiera puedo asegurar que está soñando.

Las enfermeras dicen que me escucha. Prefiero pensar que no es verdad. De esa manera no se sentiría avergonzado de mí.

Laura no me habla desde lo de aquella tarde cuando vino Andrei. Kevin está aquí por compromiso y respeto, pero su presencia sobresale de la angustia de la hija que no es la hija y la esposa que nunca lo pareció. Le agradezco todos los días por apoyarnos. “Es por la familia”, me dice. Sabe que justifico su incomodidad.

¿En qué se ha convertido el mundo cuando todo lo que tengo ahora es a Laura? Y ni siquiera me dirige la palabra.

Hace un momento se fue el hombre de la pierna rota. Lo sacaron en silla de ruedas rodeado de su familia, con globos, fanfarrias, confeti y mariachi... bueno eso no, pero estuvieron pensándolo, te lo aseguro. Se fueron y se llevaron la fiesta con ellos.

Silencio. La máquina exhala. Silencio. La máquina inhala. Silencio. Un parpadeo. Silencio. Una voz gangosa en el intercomunicador de la recepción. Silencio. Serán los sueños de mi padre.

—Papá...

Una enfermera se asoma por la puerta. Debió pensar que la habitación estaba sola.

—Los doctores dicen que puedes escucharme. Insisten en que te hable. Yo les digo que preferiría que escucharas otras cosas. No puedo traer música. Sé que te gustaría escuchar esa tristeza que te hace feliz, pero no me dejan... Supongo que por eso te hablo ahora. Porque soy pura tristeza, como tu música —las lágrimas no me dejan ver, dejo de hablar y me dedico a llorar.

Acomodándome el pelo en una coleta me imagino que mueve su mano, que

en dos segundos se arranca los tubos de la nariz y como si yo fuera el doctor Frankenstein gritaría: ¡Está vivo!

—Ya se fueron los gritones. ¿Cómo te dejan en el hospital tantos días si sólo tienes un pie roto? Se lo llevaron en una fila de conga. Debiste verlos. Te hubiera dado mucha risa... ¿Papá, me escuchas? Si me estás escuchando quiero pedirte perdón. Hice cosas que otros considerarían malas. Las hice sintiéndome orgullosa y terminé rota. No puedo contarte más, y sé que no es necesario. Me perdonarías si pudieras, ¿verdad? ¿Sin pedirme explicaciones?

El único presente en esa habitación es el silencio.

Los pulmones en la máquina.

Tos urgida desde el otro lado del edificio.

Masa deforme de conversaciones lejanas.

Gritos de niños en la planta baja.

Timbres de teléfono.

Impresora.

Puertas de elevador.

Todo es consumido por el silencio.

—Escuché una canción el otro día, una de esas canciones con alma campirana. Te va a gustar mucho. Son dos canciones en una, primero es una fiesta, después es algo más... de tu gusto. Verso 1: *The day i knew you'd not come back, I built this castle out of glass, But i could never understand, Where the windows and walls began and end.* Verso 2: *I built this colonnade of sand, Stretched out like fingers from my hand, But with the waves coming in, In the morning i had to build again.* Y se repite el verso 1 —me limpio los ojos y suspiro.

Sé que si pudiera sonreír lo haría.

—Clementina, abajo está Laura. ¿Quieres que baje? —me dice Kevin.

Salgo para que Rodolfo no nos escuche planeando tonterías.

La seguridad del hospital en la entrada se intensificó desde ayer. No dejan entrar más que a dos personas por enfermo. Hay que salir para entregar un miserable pedazo de cartón marcado y que pueda entrar el relevo.

—No. Yo voy. Tengo que hablar con ella. Cuando esté aquí sales. Voy a estar afuera esperándote. Hoy me quedo yo. Tú ve a descansar.

Cuando intento volver a entrar para avisarle a Rodolfo que voy a salir me encuentro con una enfermera pinchándole el brazo.

—Le estoy sacando sangre. La necesitamos para unos análisis. Ya casi termino. Por favor espere afuera.

Me siento al lado de Kevin. Los dos en silencio.

Salí la enfermera y entro con mi padre. Acaricio su brazo y le acomodo el cabello. Veo un pedazo de algodón en su brazo, sujeto con cinta adhesiva.

—Ya me voy, papá. Pero vuelvo en un rato.

Camino al elevador y me tomo mi tiempo. Abajo tengo que quitar al guardia de seguridad con la mano. No sabe que obstruye la salida en lugar de controlar la entrada.

Afuera está Laura, impecable, como siempre. Trae un conjunto de blusa y pantalón floreado, con zapatos de piso y lentes oscuros. ¿No se da cuenta de que ya es de noche?

Le doy el cartón que la acredita como visita permanente y la detengo sujetándola del brazo.

—Mamá, debes hablarme.

—No tengo nada que decirte. Parece que tienes tu vida bajo control.

—No lo sabes. Sé que te gustaría que llevara cierto tipo de vida, pero no la llevo. No podría si no me hace feliz. Y si te hace sentir mejor, tampoco la que llevo me hace feliz. Así que de cualquier manera aquí estoy, y ahí estás. ¿Por qué no me hablas?

—¿Cómo está Rodolfo?

—Igual.

—¿Regresas mañana?

—No. No me voy a ir. Esperaré a que venga Kevin para darle las llaves del carro y que se vaya. Comeré algo y después subo.

—Está bien. Si tantas ganas tienes de platicar conmigo, hay algunas cosas que quisiera que habláramos.

Se va sin voltear a verme. Al menos la he recuperado. Uno por uno iré recobrándolos a todos.

Hace frío y no traje chamarra. Kevin está tardando en bajar. Claro que vivir en un hospital te vuelve tolerante con el tiempo. Media hora, que parado en una esquina un día cualquiera es un martirio, en el hospital es un respiro.

Cada vez hay menos gente alrededor. Se intensifica la música de los grillos y se ven los parpadeos de un par de luciérnagas perdidas entre las enormes jardineras. Entre las ramas de los árboles una bandada de pájaros no encuentra su lugar. En la puerta se aparece Kevin con la cara descompuesta.

—Tuvo otro infarto, Tina.

—¿Quién? —por supuesto no sería Rodolfo.

—Ha muerto. No pudieron hacer nada por él.

Me liberé de sus brazos que querían encarcelarme en ese dolor que era

mentira. Salí a la acera dando grandes pasos, respirando pesadamente, conteniendo las lágrimas que cargaban el resto de mis fuerzas.

No era verdad. No puede ser verdad. ¡Acabo de estar con él! ¡Acabo de decirle que iba a volver! ¡Acabo de hablar con él!

Volteé la cara y vi que Kevin me venía siguiendo. ¿Era él o era algo más?

¿Dónde está Rodolfo? Pensaba mientras me escondía entre las calles solitarias. ¿Dónde está su música? ¿Y sus musicales, sus documentales, sus películas favoritas? ¿Dónde están sus fotos? ¿Dónde lo encuentro para preguntárselo? ¿Cómo le digo que estaba afuera del hospital? ¿Cómo le explico que no lo había abandonado? ¿Cómo le reclamo por dejarme sola? ¿Adónde le mando una carta pidiéndole perdón?

Seguí caminando oscura por la calle. Dejando que el temor creciera conforme daba pasos más largos.

Vi mi vida delante de mí, y no me gustó. La calle se deformaba detrás, componiéndose conforme la iba recorriendo. Alguien me venía siguiendo; era la noche, era la culpa. No comprendí que también estaba delante de mí, que caminaba directo a ella. Me pregunté si no sería mejor dejarme consumir. Si pudiera desaparecer me ahorraría mucho sufrimiento.

¿Tiene la noche ese poder? ¿Acaso es mentira que me acecha? ¿Qué pasos me obligan a dar esas tinieblas? ¿Qué pensamientos meten en mi cabeza?

Entré en pánico. Lo que sea que traiga la noche compite contra la luna, que hoy no es visible. Corrí un par de calles gimiendo como loca, llorando sin control. Me detuve cuando ya no podía respirar.

Se había ido. Nunca más volvería a verlo, nunca más volvería a escucharlo. Tanto que lamentar y por más que pensara no encontraría la solución. Es que no la hay. Rodolfo está muerto, pensé, sabiendo que decirlo tampoco hacía diferencia. Estaba sola, completamente sola en un mundo que no me quiere sobre su espalda. Algo podré hacer, pensé otra vez, resistiéndome a creer que la muerte existe y que su presencia elimina la comodidad de nuestras vidas. ¿Dónde está Rodolfo? ¿Cómo consigo traerlo de vuelta?

El mundo se cerraba delante de mí, dejando en mi espalda un vacío del que sólo se podía escapar saltando por la orilla.

La oscuridad cerraba las calles, detenía mi avance, me obligaba a verme frágil y me desvanecía en medio de la calle.

Encontré refugio debajo de una farola que de inmediato me bautizó con su luz. Pensé por un largo rato si había logrado escapar de la oscuridad, o si ahora, debajo de la lámpara, le sería más fácil encontrarme.

Disculpase sólo si seguimos vivos.

De pronto la vida me parecía minúscula. Sólo hay negro y blanco, el gris es un estado de transición donde festejan los débiles. En el semáforo enciende el rojo o enciende el verde, el naranja es un espacio para los que fingen ser valientes. En el cielo hay día y hay noche, el ocaso es un aviso para que los que tememos de las sombras nos vayamos a casa. Hay música y hay silencio, las conversaciones y las cosas golpeándose unas con otras no son más que interferencias, gotas de ruido que aparentan saber de ritmo. Hay nacimientos y hay muertes, lo que llamamos vida es una sucesión de todos los demás polos, amontonándose unos sobre otros. Vida y muerte. Vida y muerte. Una lo es todo y la otra es nada. No te preocupes; yo tampoco sé cuál es cuál.

Hace frío, pero no quiero entrar. La gente me mira con pena. ¡Pobre muchachita! ¡Tanto que quería al señor Rodolfo! Se me acercan y me dan su lástima. Una muestra de que sólo existe la pena y la dicha, siendo la contemplación un error del pensamiento.

Insistí en que no debíamos velarlo, pero Laura no quiso escucharme. Lo estamos exponiendo, le dije. Se supone que debemos hacerlo, me contestó. Por suerte no se discutió la posibilidad de enterrarlo en lugar de incinerarlo, como había sido su deseo.

Llegué a la funeraria a las tres de la tarde, sabiendo que el cuerpo de Rodolfo llegaría hasta pasadas las siete. Acomodé los arreglos de flores, dispuse unas sillas lejos del ataúd, pregunté si habría suficiente café para los que iban a venir, y galletas, agua, soda, cuántos más compartirían la sala con nosotros.

Habría otros dos cuartos ocupados. Me imaginé que estaríamos a reventar.

Así fue. A medianoche no cabía ni el alma de los muertos en el lugar. Tres muertos y sus familiares y amigos mezclados en un lugar hecho para recibir a menos de la mitad. Los gritos de una, los gritos de otra. En el apogeo del dolor hubo un par de desmayos, no de nuestro grupo, y me dio vergüenza; primero que tengamos la habilidad no deseada de expresar así la fatiga, después porque Laura ni siquiera había llorado. Cuando no soporté las miradas de los otros, y la carga de la responsabilidad que tenía de llorar por mi madre y por mí, salí a tomar aire fresco.

Me senté en el borde de la acera y me puse a pensar en el paraíso. Después en el infierno. Seguí con los recuerdos; caminaban solos hasta la orilla de mi

mente, saltando al infinito. ¿Cuál había sido la vida de Rodolfo? ¿En que se parece a la mía?

Desde ayer mis recuerdos parecen menos rígidos, menos calculables. ¿Está pasando todo esto o estoy dormida en el hospital, sobre las piernas de Laura? Siento que el tiempo se dobla encima de sí mismo. Es de noche, hace mucho frío, pero igual podría ser mediodía con una temperatura sobre los cuarenta grados y no me importaría.

Mis pensamientos se alejan, se difuminan con las sombras de los árboles plasmadas en el piso a lo largo de la calle. Ven con nosotros, me dicen. Huyamos.

Tengo mucho frío. Tengo mucha hambre.

Frente a mí estaciona una camioneta. La del licenciado Torrénz. Se baja con un ramo de flores y me mira sin poder moverse. Me pongo de pie y camino hacia él.

—Lo siento —me dice.

Le permito cargar el peso de mi cuerpo cuando me abraza. Le permito secar mis lágrimas con su camisa. No tengo a nadie más. Esa es mi vida ahora. Soy una limosnera de momentos. Pido las sobras de las sensaciones; esos hilos que se desprenden de las bolsas de los pantalones sucios, esa seguridad que trae el recuerdo de una vida mejor en la pelusa de un ombligo que no se limpia adecuadamente. “Una vez construí una torre que llegaba hasta el cielo, con ladrillos, remaches y cal. Una vez construí una torre, ahora está acabada. Amigo, ¿puedes darme una moneda?” No, dinero no. Digo moneda como queriendo decir esperanza. Digo pelusa como queriendo decir dignidad.

Abrazo al licenciado Torrénz queriendo aparentar que todo está perdonado, de su parte y de la mía, al menos por ahora, al menos mientras termine de enfriarse el cuerpo de mi padre, todos somos amigos.

Sólo existe la soledad, ésa no tiene contrario.

Cuando alguien muere puedes ver lo débil que eres. Te quedas ahí parado, frente a tu padre encerrado en una caja de madera y cristal, llorando, terminando las fuerzas de tus piernas, sales a tomar café, lloras más, te dejas abrazar por la última persona a la que quieres ver y te le abalanzas para que te ofrezca su voluntad, encontrando cálido refugio en la humillación cotidiana. Mientras haces el ridículo, tu padre se pierde en un valle interminable, en la nada, o en el todo, sufriendo la seguridad que ha de dar el ya no poder sentir. Obligado a olvidarlo todo, dispuesto a que todos lo olviden, se pierde, se muere, se pudre. Vivir es para cobardes. Morir es cosa seria.

—Mi padre está muerto —le dije como si nos doliera a los dos de la misma manera.

—Lo siento —me contestó como si no lo hubiera dicho ya.

Nos sentamos un rato en la acera fría. Trató de ponerme su chamarra, pero la rechacé. Mi resistencia puso las flores en el piso.

—Vine a hacerte compañía.

—Te lo agradezco, Francisco, pero no hacía falta.

Lo vi directamente a la cara, lo que no había hecho cuando estuvo en el hospital. Miré los moretones que Dubái le había dejado debajo de los ojos. Sus labios estaban partidos y traía una herida enorme en la ceja izquierda, posiblemente le habían suturado con aguja, hilo y esas ñañaras asquerosas que me dan cuando pienso en alguien cosiendo la piel de otra persona.

—Perdóname —le dije acariciándole la mejilla.

—¿Por esto? Ni te disculpes. Me lo merecía. No estuvo bien lo que hice.

—Tampoco estuvo bien lo que te hicimos.

—Tú no me hiciste nada, ni tu amigo, yo me lo hice solo.

—Te agradezco que hayas venido, pero debes entender que lo que dije en el hospital lo dije seriamente. Ya no podemos seguir viéndonos.

—No creo que pueda aceptar eso.

—No tienes opción. Lo nuestro se ha terminado.

—No lo discutamos ahora. Podemos hablar de esto después.

—No hay después. No quiero que te hagas ilusiones. No podemos estar juntos.

—No te has dado cuenta de que estoy enamorado de ti. Cuando pueda demostrártelo podrías cambiar de opinión.

—Francisco, no eres el primero que me lo dice, ni serás el último que me lo demuestre. Tu amor por mí no está en duda, sino en discusión, y eso hace toda la diferencia.

—¿Estás diciendo que no importa que esté enamorado de ti?

—Estoy diciendo que yo no puedo enamorarme de ti. Te estoy diciendo que no puedo darte esperanzas que nunca se harán realidad.

—Pero dejé a mi esposa por ti. Para que pudiéramos estar juntos.

—No lo hiciste por mí. En todo caso yo no te habría pedido tal cosa.

—Quiero estar contigo. No quiero nada más. Déjame demostrarte que podemos ser felices.

—No es eso lo que busco.

—Entonces dime qué, y yo lo haré realidad.

—Todavía no lo sé. Pero te puedo decir, sin ganas de lastimarte, que contigo no lo voy a encontrar.

—¿Entonces es todo? ¿Me estás diciendo adiós?

—Te estoy pidiendo que entiendas... Sí, supongo que te estoy diciendo adiós.

—¿Me das un beso de despedida? —sonríe como si estuviéramos bromeando, yo sé que en su defensa encuentra seguridad.

—No te voy a pedir que te vayas, pero quiero que sepas que si te quedas no cambia en nada la idea que tengo de nosotros. No puede existir ese “nosotros”.

Lo miro directamente a los ojos, animándolo a que conserve un poco la integridad. Que lo que decida no lo convierta en una broma ni en una rabieta. Hablo en serio y le pido que lo tome como tal.

Se pone de pie. Se acomoda la cintura del pantalón y me invita a pararme a su lado. Está enojadísimo, lo sé y no me importa. Suspira con furia una vez y me tiende la mano. Yo se la doy sintiéndome ridícula. Terminó dándole un abrazo.

—Puede ser que mañana despiertes arrepentida de esta decisión, y ya será muy tarde. No vayas a buscarme cuando te des cuenta de lo equivocada que estabas —me dice en tono de amenaza.

Mi cuerpo frío y mi mente distante neutralizan sus palabras al instante. En este momento lo mismo da que se quede o que se vaya, que nunca más vuelva o que llegue mañana a la misa con un ramo de flores más grande. Esto ha terminado para mí.

—No te preocupes —le digo resignada, como si fuera mi pérdida—, no te molestaré más.

Me mira a los ojos y yo lo evito, porque no quiero que confunda mi mirada con alguna intención de insistencia. Sé que cree que quiero aparentar que soy una mujer difícil y que quiero que tome la iniciativa de conquistarme. No quiero que se vaya pensando eso.

La carga de su mirada me arroya y le entrego mis ojos. Su bigote brillaba con la luz naranja de las farolas, su cara se veía más iluminada donde tenía los golpes, sus ojos se escondían en las sombras que creaban sus cejas fruncidas. Quise imaginar qué cosas distinguía él en mi cara. Un rayo de sinceridad nos cruzó el cuerpo y lo terminó todo. Vi en sus ojos lo que sería el reflejo de mis pensamientos.

En medio de ese silencio comprendimos que nunca más nos volveríamos a ver.

Caminó a su camioneta y se subió. Me miró una última vez, parada debajo de la acera, contándome los dedos de una mano con la otra. Pisó el acelerador y se perdió en la esquina siguiente.

Átomos.

A las dos de la tarde nos entregaron la urna con las cenizas. La misa había sido aburrida, y como sabían que no íbamos a enterrarlo, muchos decidieron irse en cuanto se dijo “Vayan todos en paz. La misa ha terminado”.

La ceremonia se hizo en el panteón donde están enterrados los padres de Rodolfo. Misa y cremación.

Al lado de la pequeña capilla que funge las especificaciones de los religiosos, se habían dispuesto unas sillas y un podio con micrófono, no sé a petición de quién.

Las cenizas fueron puestas en un pequeño altar a un lado del podio, delante de una de las mejores fotos de Rodolfo. Justo enfrente estaba la mesa con los bocadillos y el café.

La gente que se había quedado iba reuniéndose de a poco frente a las cenizas. Se sentaban y comenzaban a platicar. Yo miraba desde lejos, pensando en el propósito de aquel tianguis.

Media hora después se acercó un hombre con traje, posiblemente el organizador de esta siniestra fiesta, cortesía de la funeraria, y dijo: “Este es el momento en que familiares y amigos pueden expresar su cariño por Rodolfo Ruiz, contando alguna anécdota o un recuerdo”.

Quise correr hasta donde estaba y empujarlo por un agujero al abismo del infierno. ¡Claro que no! ¡Nada de recuerdos! ¡Nada de risas! ¡Déjenlo en paz de una vez! No supe si lo defendía a él o si me protegía a mí misma.

Pasaron algunos minutos y nadie subió a tomar la palabra. Comencé a sentir lástima.

Estos son sus amigos y familiares y nadie puede decir nada. Supongo que Laura sintió lo mismo que yo porque la vi intentar alcanzar el micrófono en un par de ocasiones, pero la detuvieron. No sabía que estaba prohibido que la viuda dijera cuánto lo extraña.

En medio de ese patetismo me encaminé hacia la urna. Estuve mirando mi reflejo en el dorado del aluminio pintado. Me veía deforme. Quise pensar que todos estábamos supuestos a vernos así.

Me puse detrás del micrófono y miré hacia el infinito, lo que también se conoce como el pasado.

—Una vez Rodolfo me llevó al zoológico. No le gustaban esos viajes. No le gustaba tener que explicarme cosas que creía debíamos saber todos. Yo tenía trece y buscaba su aprobación. Me preparé para el viaje leyendo revistas

de pique, políticas y culturales, ambientales y demográficas, increíblemente aburridas todas. Estábamos frente al hábitat de los elefantes, hasta el fondo del parque, a un lado de las jirafas. Veíamos a esos monstruos desde la lejanía. “Es inhumano que tengamos animales enjaulados”, le dije para ganar sus palabras. No me dijo nada. Caminamos de regreso. Hicimos una parada en la enorme jaula de los gorilas. Un cuidador les arrojaba manzanas y lechugas desde el techo. Los gorilas no hacían caso. Irritada y avergonzada por no haber causado una impresión con mi comentario anterior, me aventuré a decir cualquier tontería. “Tal vez las manzanas están podridas”, le dije. Él me miró con mucha tranquilidad. “Todo lo que está vivo está podrido”, me dijo. Comprendí que era un hombre solitario. “Los humanos somos manzanas podridas”, me acentuó cuando nos alejábamos de los gorilas. Él era un hombre ensombrecido y yo era como él. A partir de ese momento quise hacerle compañía todo el tiempo. Éramos dos malas manzanas escuchando música y viendo películas, compartiendo una soledad que nos podía a los dos, o que los dos cargábamos sobre nuestros hombros. Nada ha cambiado desde entonces. Él estará solo, como siempre. Seguimos siendo estas manzanas asquerosas. Lo único diferente es que ahora debo cargar yo con la soledad. Y no puedo. Me sobrepasa. Pero quiero que sepas, papá, que encontraré la manera... Suele decirse que quien muere se nos adelanta. Supongo que lo dicen siguiendo con la idea de que la vida es un camino. O que, en caso similar, la muerte está en otro lado, en otro tiempo, al cual todos terminaremos llegando. Se siente de esa manera. Pero la muerte está aquí. Comparte con nosotros y nosotros la compartimos con todos los demás, haciendo de cuenta que todos menos nosotros compartimos con ella. Anoche pensé que éramos unos cobardes por seguir con vida. No pude entender lo que eso significaba. Ahora lo veo con más claridad. Cobardes no son los que sobreviven a un familiar o amigo muerto; cobardes son los que no pueden despedirse de él. Siempre que iba a visitarlo me decía cuando estaba por irme: ¿Para qué te vas a tu casa? Yo nunca respondía. Ahora puedo decirle: Para poder pensar en ti. Para volver a sentir que no soy una cobarde como todos los demás. Para reafirmar que yo era más parte de ti que los que supuestamente te quieren más que a nada en el mundo. Para quererte más que a nada en el mundo. Has sido mi mejor pensamiento. Nos vemos, hombre solitario.

Caminé hasta el fondo del cementerio, donde no había ruido, donde no había nadie. Qué silencio es la muerte. Cuánta nada representa, haciéndose algo inmenso.

Recorrí la barda perimetral cuál larga era. Las tumbas dejaban un resquicio entre ellas y el muro, por donde se paseaban las ratas y algunos pájaros hacían sus nidos. El camino estaba tapizado de flores diminutas color violeta. Flores que yo siempre había desdeñado por parecerme baratas, sucias, un error de la biología por tener pétalos delgados y ningún perfume. Ahora me parecían hermosas.

En mi mente no cabía la idea de la muerte. La sentía detrás de mí, desplegándose de mi espalda hacia el infinito del universo, como un paracaídas que no evitaría mi rápido descenso, sino que me ayudaría a elevarme con más velocidad.

Entre las tumbas vi a Kevin acercándose a mí.

—Ya nos vamos, Tina. Somos los últimos.

Regresamos dando pasos inciertos, pateando la tierra que los muertos exhalan en las calurosas tardes, solitarias e inagotables todas ellas que les impiden conservarse para un museo.

—Me alegro de no haber enterrado a Rodolfo —le digo a Kevin como si supiera las cosas en las que vengo pensando.

Laura nos esperaba de pie, con su bolso en el brazo, una mueca de impaciencia y una mirada fatigada que se escabullía entre los espacios claros de sus lentes a medio puente de la nariz.

Detrás de ella los del servicio funerario recogían las sillas y doblaban los manteles. El polvo en el que se había convertido Rodolfo todavía estaba sobre el altar. Caminé hacia él y lo tomé sin ninguna vacilación.

—Déjame en mi departamento —le pedí a Kevin, que ya iba metiéndose a la carretera que llevaba a la casa de Laura.

—Pensé que íbamos a pasar juntos algunos días —me responde mirando a Laura a su lado.

—¿Mamá, te molesta que quiera estar sola?

—No. No me molesta.

Kevin tomó la siguiente desviación. En menos de veinte minutos habríamos llegado.

Se estacionó frente al edificio. Acomodé mi bolsa mientras los dos me miraban, uno con duda, la otra con impaciencia. En una mano traía la urna con Rodolfo.

—¿Piensas llevártelo? —me recriminó Laura.

—Sí —le contesté a secas.

—¿Dónde quería que lo dejaran descansar? —preguntó Kevin para lijar la incomodidad.

—Nunca nos lo dijo. Al menos no me lo dijo a mí. ¿Te habló de eso, mamá?

—Alguna vez dijo que en la playa. Después cambió de opinión y dijo que en un hoyo en los pies de un árbol. Ya nunca hablamos de eso.

—Entonces en los pies de un árbol. Mañana iremos. Nosotros tres.

Kevin asintió con la cabeza. Laura levantó una ceja. Yo me bajé del carro. Como no lo iba a necesitar, le dije a Kevin que no hacía falta que me lo trajera. Que yo llegaría mañana en taxi.

Entré en mi departamento y una frescura me limpió la suciedad que me habían dejado los demás con sus lamentos. Aventé la bolsa al sofá y recorrí el librero con la vista un par de veces.

Ayer había traído los libros y los discos favoritos de Rodolfo sin que Laura se diera cuenta. Tuve la idea de que los tiraría todos a la basura ante la menor provocación. No estoy segura de que lo haría, pero no quise correr el riesgo.

Había un espacio entre el último libro y el primer disco en el que cabía perfectamente el recuerdo del cuerpo de mi padre. Ahí lo dejé.

Por el sudor había manchado la urna. Fui por un trapo y comencé a limpiarla.

Tuve la imperiosa necesidad de abrirla y ver cómo eran las cenizas de una persona, a pesar de que tenía una idea por varias películas y algunas fotografías que vi en internet antes de que lo incineraran. Terminé de limpiarlo y traté de abrir la vasija. Sentía que la tapa estaba muy apretada. No me había dado cuenta de que un pequeño seguro impedía que se abriera. Usando la fuerza logré quitar la tapa, pero con ella se vino la urna a un lado. De la coyuntura donde la tapa se asegura a la urna una pulgada de ceniza cayó a la madera del librero. Me puse nerviosa, pero no pude evitar pensar: “Entonces así se ve una persona incinerada”.

¿Era correcto que tomara el polvito con las manos para devolverlo a la urna? ¿O estaría muy mal que usara un cepillito para barrerlo de la madera? ¿Qué tal soplarlo?

Puse la urna debajo de las molduras del estante y con el dedo meñique fui arrastrando las cenizas. Había recuperado la mayor parte, pero un residuo quedó insertado en las grietas de la madera, una mancha que parecía haber sido tatuada al librero.

Mientras me bañaba comencé a sentir miedo. Algo inexplicable. Una

ansiedad que no tenía motivos. Pensé que estaba cansada, que eso era todo. La luz del baño alcanzaba a iluminar la urna posada en el librero, cubriendo la mancha que era parte de él mismo. Mi padre había muerto y lo tenía de invitado en mi casa. Pensé que era natural sentir miedo. De pronto lo extrañaba como no lo había extrañado.

Yo no era de las niñas que corrían al cuarto de sus papás para dormir con ellos cuando tenía pesadillas. Me convencía a mí misma de que no tenía miedo, que nada malo podría pasarme y trataba de dormir. Por supuesto estaba aterrada la mayoría de las veces, pero Rodolfo siempre supo encontrar una excusa para ir a mi habitación y quedarse conmigo un rato mientras me quedaba dormida.

Su última excusa para cuidar mis sueños ha sido morir.

Esta noche no será una de las malas noches; ésas ya han quedado atrás.

Puse en el estéreo uno de sus discos y me quedé dormida escuchándolo.

En mis sueños se encontrará todo lo que no pude decir y lo que no me atreví a pensar.

De la cuna nos viene la tristeza.

Lo enterramos debajo de un árbol enorme en un bosque al oeste de la ciudad.

Yo misma cavé en la tierra, haciendo espacio entre las fibras más delgadas de las raíces. Detrás de mí, Laura cargaba la urna y Kevin accedía a los jalones que Breco le daba a la correa. Pasé una hora rompiéndome cada una de las uñas, pensando en lo bueno que había sido mi juicio cuando decidí no ponerme maquillaje, debajo de este sol, aunque cubierta por la sombra del árbol, sudando como hace mucho no sudaba.

—¿Alguien quiere decir algo? —pregunté cuando terminé.

—Adiós, Rodolfo —dijo Kevin.

Laura le dio un beso a la urna y me la pasó.

—Nos vemos, papá.

Abrí el contenedor temiendo que el viento se llevara una parte de su polvo. Poco a poco lo fui vertiendo. Primero no veía la diferencia entre la tierra, las raíces y las cenizas, hasta que se acumularon.

—¿No debías enterrar la urna? —me preguntó Laura.

—No habría diferencia. Podría estar navegando en el mar o en la cajuela de un carro; sería igual.

Levantó las cejas.

Hice con mis manos la forma de las alas de un pájaro y empujé la tierra al hoyo. Aplané injustificadamente y al final toqué el tronco del árbol para que supiera que había terminado.

Guardamos silencio un rato. Escuchábamos el viento paseando entre los otros árboles. Nos refrescaba las piernas a Laura y a mí que traíamos vestido, le secaba la frente a Kevin.

Una familia pasó detrás de nosotros, gritando y corriendo. Fue la señal de que habíamos terminado.

Nos quedamos sentadas un rato debajo del árbol. Sólo Laura y yo. Kevin y Breco fueron a recorrer el bosque.

—Hoy me levanté sintiendo que me hacía falta —me dice Laura acariciándose las manos con una crema humectante—. Sentí que había soñado los otros días.

—Yo también. Desde que fuimos al hospital.

—Fue una agonía para todos.

La odio por decirlo. La odio por pensar que ahora que ha muerto puede

decir algo del tipo “Al menos ya está en un lugar mejor”, “Ahora puede descansar”, o peor todavía: “Qué alivio se siente”.

—Dijiste que querías hablar conmigo.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—El día que papá murió.

—¡Ah, sí! Lo recuerdo. Sinceramente era lo que menos debíamos hacer, ¿no crees?

—Podemos hacerlo ahora.

—Es verdad.

—¿De qué se trata?

—Hablamos de eso después. No quiero que Kevin escuche.

—¿Es sobre Kevin?

—No tiene nada que ver con él. Absolutamente nada.

—¿Entonces tiene que ver conmigo?

—Algo... Hablamos después.

—¿Cuándo?

—Después. ¿Tienes hambre? Vamos a comer algo a la casa. Te ves más flaca que nunca.

—Siempre hemos sido flacas, mamá.

—A tu edad yo era diferente. Sabía verme bien. ¡No digo que te veas mal! Digo que a mi edad ya no creo que ser así de flaca me beneficie.

—Yo creo que te ves bien.

—¿Sí? No sé. Siento que me pongo falda y que me veo como si trajera alambres en lugar de piernas.

—Me gusta el color de tu labial.

—Es de la nueva colección. Me lo enviaron de regalo antes de que salga a la venta. Tengo otro, si quieres llevártelo, llévatelo.

—¿Qué quieres comer?

—Lo que sea. Pídele a Kevin que vaya por alguna ensalada.

—¿Estás diciendo que eres demasiado delgada y quieres comer ensalada?

—Es un gusto, no es vanidad.

—Contigo siempre es vanidad, mamá.

—No tanto. Y aunque lo fuera, no hago mal.

—No. Creo que nunca has hecho mal.

—...

—¿A Rodolfo le gustaba que te vieras bien siempre?

—No siempre. Los hombres aprecian más el tiempo que la belleza. Sólo

saben apreciar la belleza cuando se ha formado sin que ellos lo sepan.

—Laura... ¿Rodolfo y tú se amaban?

Me mira, incrédula.

—Busca a Kevin. Dile que ya nos vamos.

Volví a odiarla.

De camino a casa pasamos por pollo frito, la ensalada en la que insistió Laura, un pastel, mucho refresco (no sé para qué, ninguno de nosotros lo bebe religiosamente) y dulces.

La comida estuvo un poco tensa. No teníamos tema de conversación y Kevin nos regaló un pedazo de su vida, contándonos recuerdos, a los que Laura no reaccionó. Nos habló también de sus planes; dijo que se iría en un par de semanas. Tenía pensado llevarse a su novia y casarse, comenzar su propia familia, según él, inspirado en la nuestra.

—Es curioso —dijo Laura en un tono que evocaba un recuerdo. Ella nunca habla de sus recuerdos—, pero no puedo recordar la cara de mi hermana. Todos decían que nos parecíamos mucho.

Kevin se levantó a buscar la fotografía. Volvió como un rayo.

—¡Ah, claro! Liliana. Mi hermana. Era cuatro años mayor que yo.

—¿Tú la recuerdas, Kevin?

—No la conocí. Como saben se separó de Samuel cuando se enteró que yo iba a nacer.

—Te hubiera gustado que fuera tu madre, Kevin. Era una mujer muy... determinada.

—¿Laura, estás bien?

—Sí, sí. Estaba recordando cosas.

Le devuelve la foto enmarcada a Kevin. Él la mira por largo rato. Me la ofrece para que la vea, pero me niego con una sonrisa. Este es el duelo por Rodolfo, no una sesión espiritista. Sobre todo me desconcierta el semblante de Laura. Se ve incomoda, generosa, frágil, displicente, tratando de aparentar cuidado, incluso asemeja por momentos una posición paternalista que me da escalofríos. Sé que el tema que trae en la cabeza le resulta molesto. No pensé que la pondría así.

Resignada a terminar con esto, sea como sea, me demuestra que la calidad de los recuerdos, a pesar de ser mínima, es suficiente para poder regenerarse.

Habiendo aceptado nuestro destino, cada uno carga su parte. Toma mi mirada y se afianza en ella. Mezcla su sonrisa condescendiente con una mueca

de preocupación. Laura es el tipo de mujer que puede sentir preocupación y desdén al mismo tiempo. El corazón se me acelera. No puedo creer que vaya a escucharla hablar de esto.

—En el bosque me preguntaste si Rodolfo y yo nos amábamos —dice y baja la vista, habiendo calculado todo, se dedica a acariciar el borde de su vaso vacío mientras Kevin se deslinda de todo.

—¿Me prestas el coche, Tina? Voy a salir esta noche.

Le lanzo las llaves y de inmediato se va. Entra al baño y se escucha que pone el seguro.

—Creo que nos amábamos al final.

—¿Qué tan al final?

—Los últimos diez años. Quizás más.

—¿Y el resto del tiempo?

—Nos soportábamos. Nos acompañábamos. Éramos una pareja después de todo. Y te teníamos a ti. Eras lo más importante.

—Pero yo no era su hija. No tenían que hacerlo. Hubiera sido igual si se separaban y yo pasara de la casa de uno a la del otro los fines de semana.

—Alguna vez pensé en eso. Pero no podía.

—¿Por tu hermana?

—En parte por Liliana.

—¿Y en parte...?

—Por Rodolfo y por ti.

—¿Crees que él se sentía igual?

—Siempre fuiste su hija.

—Pero también sabía que no lo era.

Laura se arremolina en su asiento. Me pide que le sirva más soda.

—¿Quieres saber cómo lo conocí?

—Me encantaría.

—En la universidad yo estudiaba periodismo. Liliana era la malcriada. La tirana. La que mis papás adoraban a pesar de haberse echado a perder. Estudiaba cultura de belleza y por la tarde fumaba mariguana con alguno de sus tantos novios. Por lo tanto, yo era la responsable, la que debía sacar el buen nombre de la casa. Estudié periodismo, o eso intenté. Nunca pude terminar la carrera.

—No lo sabía.

Kevin se despide de nosotras y sale por la puerta principal, dejando a Breco consternado por no llevarlo con él. Resignado vuelve a recostarse

sobre mis zapatos.

—Como sea. Un día llegó Liliana con un hombre que para nada le pegaba a su estilo. Liliana era muy bonita, pero muy tonta y superficial. Rodolfo se veía... al menos interesante.

—¿Liliana llevó a Rodolfo a cenar a casa de sus papás?

—Me la pasaba odiándola por hacer ese tipo de cosas. Siempre lo hacía. Llevaba a un fulano a cenar y después se encerraban en su habitación a fumar y a manosearse. Rodolfo me había gustado. Lo vi durante la cena. Me preguntaba qué había visto en mi hermana. Por supuesto que lo sabía. Era evidente. Una mujer bonita, liberal, graciosa, fácil. En fin. Se acabó la cena y todos nos dispersamos por la casa. Mis papás fueron a la sala a ver televisión, Liliana y Rodolfo se fueron a su cuarto y yo afuera a tratar de hacer mi tarea. Estaba leyendo un libro sobre cómo hacer fotografías. Estaba en un curso de cámaras. Rodolfo se apareció detrás de mí y me saludó. Me preguntó por lo que estaba haciendo y yo le contesté. Liliana se asomó por la ventana de su cuarto y le gritó: ¡Ustedes hacen buena pareja, sacón! Rodolfo me miró y me dijo que tenía una cámara que ya no usaba, que me la traería la próxima vez. No dije nada. Se fue. Por la noche, antes de dormir, pensé que se habían peleado porque él no quiso acostarse con Liliana. Ella había tenido problemas últimamente con algunos muchachos y había prometido portarse bien. Por un tiempo no supe de nadie que la rondara. Hasta que llevó a Rodolfo. Esa noche fui a su cuarto y hablamos de hombres. Me dijo que todos eran malos, que ninguno valía la pena. Le dije que el que había llevado esa noche parecía decente. Me miró y dijo que ella también creía eso, pero que era muy aburrido y que estaba enamorado de ella. Yo lo sabía. Sólo había que verlo. Eso era suficiente para que ella no lo tomara en serio. Estuve al pendiente de sus citas posteriores. Rodolfo iba a verla y ella no salía. Le llevaba cartas y flores y ella las rompía y las tiraba. Se enteró que me había dado su vieja cámara, y un día cuando llegué de la universidad había desaparecido de mi habitación. Fui a reclamarle. Me dijo que no sabía nada, ni de la cámara ni de ningún Rodolfo. Yo sabía que ella también lo quería, o que sentía algo más por él. Lo que no podía sentir por otros. Las citas ocasionales volvieron. Uno tras otro recorrieron su habitación, todas las noches. Hasta que se encontró con Samuel. Era un joven grosero y sin chiste. Pero tenía dinero, o eso le hizo creer. Después supo que no tenía nada. Por alguna razón parecían llevarse bien. Rodolfo era un hombre sencillo. No encajaría jamás con el estilo de Liliana. Pero siguió insistiendo. Hasta que Samuel y él coincidieron la misma noche.

Se pelearon a golpes fuera de la casa de mis papás. Hizo falta un par de vecinos para separarlos. Rodolfo se fue maltratado y humillado, Samuel se quedó en la habitación de Liliana esa noche.

—¿Es verdad lo que me cuentas?

—Sí, claro. En la noche, cuando todos estaban durmiendo, salí a buscarla. Toqué en su habitación y salió envuelta en una camisa de Samuel. Lo vi dormido en su cama. Le pregunté por la razón por la que quería hacerle daño a Rodolfo. Yo estaba segura de que lo había planeado todo. Se burló de mí cuando le dije que creía estar enamorada de él. A partir de esa noche nunca más se volvieron a encontrar Samuel y Rodolfo en la cena. Ahora planificaba sus citas como si fuera una profesional. En los días siguientes llevó a Rodolfo a cenar, otra vez. Una noche los escuché peleando en su habitación. Rodolfo se negaba a estar con ella si no eran novios. Ella lo insultaba. Creo que hasta lo golpeó. Esa fue la última noche que Rodolfo entró a la casa. Un tiempo después Samuel y Liliana anunciaron su embarazo. Estabas en camino y ellos querían lo mejor para ti, entonces se irían a buscar un trabajo mejor. Una tarde quise confrontarla. Le dije que enamoraría a Rodolfo ahora que ella no lo buscaría más. Se enojó mucho. Me insultó, me dijo que yo no podría parecerme a ella, por más que lo tratara. De pronto ya no me importaba Rodolfo, más bien era importante ganarle a mi hermana.

—No me cuentes eso, Laura. Es obsceno. ¿Cómo puedes decir que era un juego? ¡Era tu esposo!

—La historia es cierta.

—Rodolfo acaba de morir. No digas que no valía nada para ninguna de las dos.

—Pero no es lo que estoy diciendo.

—No me digas más. Me basta con eso.

—Como quieras... ¿Vas a dormir aquí?

—Si me dejas, sí.

—Toma una cobija limpia. Ya sabes dónde están.

Mientras trataba de dormir no pude evitar rememorar la historia de Laura. ¡Era increíble! Me había hecho toda una nueva perspectiva de Rodolfo y ella, de mi madre y de mi padre.

Liliana murió hace mucho tiempo. Samuel también ha fallecido. Ahora Rodolfo. Me quedan Laura y Kevin. Él me contó que Liliana no era su madre, entonces Samuel se convirtió en un mujeriego. Ahora Laura me cuenta que

Rodolfo estaba enamorado de Liliana, lo que lo convierte en... al menos en un hombre que nunca fue feliz. ¿Ella cómo queda? No me atrevo a pensar que el odio que sentían entre hermanas fuera suficiente para destruirse. ¿Por qué lo harían?

Me levanto de la cama y miro por la ventana. Quiero saber la verdad. Ahora más que nunca. Pero sólo puedo preguntarle a Laura. Y no sé si quiero hacerlo.

Vi a Rodolfo en medio de la calle, sintiendo el peor de los dolores por no poder estar con la mujer de la que estaba enamorado. Vi a Liliana en la habitación de al lado, sabiendo que ahora es mi madre, aunque todavía no me conoce, disfrutando de las veladas que su vanidad le convertía en poder. Vi a Samuel, en algún lugar, siendo el cretino que seguramente siempre fue, orgulloso por su próxima paternidad, una niña que nunca le causaría problemas porque la abandonaría apenas naciera. Vi a Laura sufriendo la mitad de su vida una pelea que nunca pudo terminar con su hermana, recordándola todos los días mientras me veía, mientras me daba de comer, cuando me dejaba en la escuela, cuando iba a recogerme, cuando me regañaba, cuando me castigaba. Se castigaba a sí misma, pensando que castigaba a su hermana.

En medio de todos los pensamientos volví a la realidad, sabiendo que Rodolfo ya no estaba con nosotros. Si así fuera, correría a darle un abrazo.

Siento que todo fue mi culpa.

Me doy cuenta de que Laura intenta absolverme contándome su historia.

¿Qué me dirían Samuel y Liliana si estuvieran aquí? ¿Cómo se defienden unos padres de ese tipo de recuerdos? ¿Qué cosas puedo asegurar que pertenecen a mi historia?

Volví a la cama y traté de enlistar diez cosas que me harían feliz si pudiera recordarlas en el futuro. No pude. Enfurecí. Juré venganza contra la humanidad. Después la fatiga me hizo sentir desvalida.

Antes de caer dormida, obligada por el cansancio, me esforcé por enlistar al menos tres cosas que me harían feliz si me pasaran mañana mismo. Me bastó con la primera. Creo que me quedé dormida con una sonrisa en los labios.

Era Andrei.

Pedazo de víbora.

¿Qué te parecería presenciar el fin del mundo hoy mismo?

Vivimos en la época en la que el apocalipsis zombi es más real que nunca, o eso nos hacen creer. ¿Quién no jura que la humanidad terminará enterrada en toneladas de cuerpos inconscientes que buscan mordisquearte una orejita, haciéndose camino a tu cerebro?

Hoy me levanté sintiéndome una guerrera. Una cazadora de zombis, a pesar de que mi apocalipsis no es el de los muertos vivientes contra los vivos, sino que mi realidad se asemeja más a una confrontación entre los que apenas empiezan a vivir (Definición de diccionario; léase: Yo) contra los que apenas pueden asegurar haber vivido algo (Léase: Todos los demás).

Mientras me arreglo para mi regreso triunfal a la oficina, me imagino que ya todos saben todo de mí. Que mi padre ha muerto. Que hice que mi novio me abandonara. Que tengo planeado comer enchiladas de la esquina a la hora del descanso. Que después del trabajo voy a ir a casa de mi madre a bañar al perro que no tardará en vivir conmigo. Y... ¡Ah, sí! Que soy una dama de compañía.

“Clementina es una puta”, fue traído a ustedes por Rocío, nuestra patrocinadora oficial.

Ni crea que le voy a dar la satisfacción. Voy directo a ella. Voy a cumplir con los pronósticos. Voy a hacer que todos saquen sus celulares y comiencen a grabar “Dos oficinistas se deschongan en Secretaría de Gobernación”. Video que no tarda ni una hora en hacerse viral.

¡Oooohhh! Es que el apocalipsis zombi ya está aquí.

Vamos por esas consecuencias. Las malditas consecuencias. ¿Dónde habían estado? Pensé que se habían olvidado de mí. Sigo siendo Clementina, su chica favorita. Nada me importa ya. YOLO. ¿Que ha cambiado el *slang*, dices? Perdóname por estar tan mal informada. Es que estuve ocupada derrumbándome. ¿Qué se usa ahora para demostrar que no te importa nada, sin parecer mosca muerta? ¿ALV? ¿Amo La Vida? ¡Ya sé! Sin importar que sean siglas se siente lo vulgar. ¡Bien por nosotros!

Pues bien, vámonos. Después de todo no podemos quedarnos aquí todo el día.

Suspiré una última vez cuando bajé de mi carro en el estacionamiento. Estaba vacío, nadie se movía en ningún lugar.

Abrí la puerta de la entrada y me recibió la recepcionista con una mirada acongojada. Falsa a todas luces. “Lo siento, Clementina. Qué triste lo de tu papá”. Muy triste sí. Si traes negro por respeto, mejor quítatelo. No me hace falta y queda chocante en la recepción. “Gracias”, le contesto con una mirada que le dice todo lo demás. Me alejo al elevador, dejándola confundida detrás de mí. Quién sabe cómo se acostumbran a esas falsas escenas cuando es evidente que no tienen experiencia en ellas y bien saben que son sobradas.

¿Qué debo decir? ¿Qué debo pensar? Me hace sentir mejor saber que a pesar de que mi papá está muerto y no voy a poder verlo nunca más, las tengo a ustedes, extrañas falsedades para hacerme sentir querida. AmoLaVida.

Aquí están, como lo imaginé, todos los demás, incontables muñequitos entrenados para hacerse de las desgracias ajenas una oportunidad para presumir valor humano, que de otra manera les resulta imposible. Uno por uno me toman del brazo, me besan las mejillas, me sonríen con desgana, como si sus experiencias fueran equiparables a las mías, me abrazan, me consuelan. Me abro paso entre ellos como si fuera Moisés con batería baja, teniendo que abrir el mar a ratos, dejándome arrastrar por el oleaje cuando se acaba la magia.

¿Estoy siendo demasiado dura? Es que estoy nerviosa. Es que todo está en juego. Es que vengo por todo lo que me queda. Encerrada con todos los demás en una jaula de la que sólo uno de los combatientes puede salir vivo. Por supuesto que seré yo la vencedora. Aunque debo admitir que tantas muestras de “afecto” me han hecho bajarle a mi furia.

En mi escritorio está una foto de Xianya enmarcada en oro, o eso parece. Es evidente que ha sido mi sustituta todos estos días. El lugar está limpio. Sólo un par de folios del día anterior. Muy bien, Sandia, no me lo esperaba de ti.

Detrás de mí se hace presente y apenas me reconoce me sonríe como seguramente no lo ha hecho últimamente.

—¡Clementina, qué bueno que volviste!

—Hola.

—No sabes el infierno que es esto —apunta al escritorio con alivio, como si se despidiera de él recriminándole todas sus desdichas anteriores.

—Parece que lo hiciste bien.

—No creas. Me costó mucho trabajo. Oye, me enteré de lo tuyo.

—¿Sí?

—Qué mal que ya no tengas a tu papá.

—Bueno, esas cosas pasan.

—Le avisaré a Valentino que ya estás de vuelta, así te pones al corriente con todo lo de la oficina.

Le asentí con una sonrisa, dejando que se fuera aliviada, libre de su trabajo forzoso, como si de picar piedra se tratara. Quise preguntarle de qué otra cosa se había enterado, pero pensé que si no había otra cosa de la que se estuviera hablando, preguntar comenzaría con su existencia.

Tomé asiento y aparté la foto de Sandia. Encendí mi computadora y el horror sucedió. *Wallpaper* de algún reguetonero de moda, musculoso, oculto detrás de unos lentes oscuros, una mano a un costado y la otra recorriendo el mentón en pose de pensador, tal vez ni eso, quizás se estuviera sujetando la cabeza, que por el peso de las cadenas que traía al cuello debía ser demasiado pesada.

Vuelve Xianya y toma su foto y algunas lapiceras que saca del cajón a un lado de mis piernas. Me sorprende mirando a su modelo de la música contemporánea y me sonrío con complicidad, como diciendo “De nada”.

Mis ánimos bajan a lo mínimo. El mundo no ha cambiado.

Pongo mis cosas donde las tenía antes de irme y me acomodo en mi silla. A mi pantalla vuelve la imagen de *Windows*, una austera ventana coloreada con la escala del azul. Muchos ponen fotografías y postales de playas, montañas, parques o gatitos para apartarse de sus enfados. A mí me gusta imaginar que miro a través de esa ventana. Siempre veo algo diferente.

Me pongo los audífonos para tratar de recargar un poco de mi maldad escuchando el último álbum de Interpol. Sé que no es el mejor, pero tampoco es el peor. Sólo el título me lleva a otro lado: El pintor. Puede ser un simple anagrama del nombre de la banda, puede ser un hombre cualquiera, que dejando de serlo andará por ahí pensando en una muchacha que también piensa en él. Por ahora no hay noticias.

Veo que se acercan Fernanda y Valentino a mi lugar. Cada uno por su lado. Me quito un audífono y recibo primero a Fernanda. Me quito el otro auricular cuando siento que no escucho a Valentino.

*Everything is wrong se escucha a través de los audífonos a un lado de mi cuello.

Lo siento, dicen los dos. Cada uno esperando que el otro se vaya primero. Qué mala suerte, dice Valentino. ¿Cómo te sientes?, me pregunta Fernanda. Qué bueno que hayas vuelto, Sí, qué bueno que hayas vuelto. Valentino es el primero en irse.

—¿Cómo te lo estás tomando? —me pregunta Fernanda en confidencia.

—Estoy bien. No te preocupes.

Nos sonreímos un rato por cortesía. Iba a preguntarle por su amado novio, pero comprendí que no había diferencia. En el día del juicio final todos deben responder a alguna autoridad. Hoy yo soy la víctima, el acusado, la defensa, el juez, el jurado y la condena. Sobre todo la condena.

Me levanto tranquila de mi asiento cuando llega la hora de comer. Deliberadamente me he retrasado quince minutos.

Salgo directo a la esquina a comparar mis enchiladas. Tengo revuelto el estómago, en mi cabeza dan vuelta las palabras, en los oídos sigo escuchando la voz de Paul Banks, en las manos siento cosquillas intermitentes. Me ha ganado la emoción.

De vuelta observo con atención a las presas. Yo soy su creadora, entonces yo puedo controlarlas, mejorarlas o destruirlas.

Mis tacones hacen hoyos en el piso a cada paso que doy. No hay quien pueda ignorarme.

Me siento a un lado de Fernanda, justo enfrente de Rocío, como en los viejos tiempos. El silencio se hace incómodo, pesado, irrespirable. Sé que todas me miran como la intrusa que soy. Yo no miro a ninguna.

Pongo lechuga y salsa a mi plato. El olor me causa náuseas. De pronto una hace de tripas corazón y se saca de la manga la comprensión y la lástima. ¿Tú me tienes lástima, Grecia? No sabes lo que es eso. Me pregunta por mi estado de ánimo. Estoy bien, le respondo. Por primera vez engancho la mirada con Rocío. Fue menos de un segundo, lo que tarda un gato en aventarse contra el otro para comenzar a pelear, lo suficiente para dejarme ver el temor en sus ojos.

Una por una fui explicándoles lo que es perder a tu padre por culpa de malos doctores y la inevitable enfermedad. Todas escucharon. Unas se la pasaron manoseándome, como si sus caricias me alcanzaran la resignación. Sobre todo Fernanda, que por ser la más cercana a mí se sentía obligada a hacerme menos difícil la ardua tarea de respirar. Fingí gustosa mis lamentos y enaltecí el nombre de mi padre para que todas quedaran satisfechas con mi fuerza y ganas de recuperación.

Hasta terminamos riéndonos, todas falsamente, sobre algunos comentarios de mi ausencia en el grupo. Me habían aceptado, me dejaron entrar de nuevo a su fortaleza de horrores, como un caballo de Troya que dentro trae lo peor de

la humanidad: venganza. Alguna especie de amargura.

Grecia, bendita sea, me hizo la tarde cuando pronunció las palabras que eran el detonante de la madre de todas las rupturas.

—¿Qué hiciste en tus vacaciones? —dijo. No me importó que dijera que la muerte de mi padre había sido un viaje a la playa. Su pregunta iba directo a mi respuesta.

—Bueno —dije y pasé saliva, se me cerraba la garganta, mi corazón se volvía loco, las piernas me amenazaban con dejarme caer, la cabeza me daba vueltas—, no fueron vacaciones. Pero conocí a alguien. Como si las cosas no pudieran ponerse peor.

Las viejas chismosas se volvieron locas. Todas menos Rocío, que no dijo nada en toda la comida. Se me acercaron haciendo un círculo a mi alrededor. “Cuéntanos todo”.

—No puedo. Fue, realmente, una mala experiencia. Mucho peor que una simple aventura.

Ninguna se conformó con lo dicho. Me hicieron prometerles que mañana se los contaría todo en la comida.

—Se los contaré todo, lo antes posible —dije afligida, como quien tiene la más grande de las penas y la va a compartir—. Se los contaré si a Rocío no le molesta.

—Aunque no te haya ido bien, sabes que aquí estamos para ayudarte.

—Gracias, amiga —le dije con una sonrisa.

Entramos al edificio y antes de subir al elevador tomé a Rocío por el brazo con toda la fuerza que tenía. Me acerqué a ella tan naturalmente como pude, haciéndole pensar a las otras que sólo quería sujetarme de su brazo, todo sin perder la sonrisa.

—Vengo por ti —le dije con los ojos encendidos, mis labios avivando el fuego.

Llegó el elevador y todas entramos. Para Rocío y para mí era como entrar a un ataúd, el que compartiríamos por el resto de nuestra muerte. El silencio era inmenso, así que lo alivié, no para hacerles un favor, sino para que Rocío me viera moverme lo más que pudiera. Ella era la presa y yo la cazadora, y a pesar de ello no quería escabullirme para no asustarla. Estaba delante de ella, gritándole al oído, pisoteando el suelo, moviendo los arbustos para que supiera exactamente dónde estaba y se diera cuenta de que no tenía escapatoria.

Bajamos todas del elevador, tranquilas, despreocupadas, menos Rocío y

yo, aunque yo sabía fingirlo.

Me despedí y caminé a mi lugar marcando los pasos con mis tacones. Me alisé la falda detrás de las piernas y llevé mi cabello a uno de mis hombros. Sentí que cortaba cartucho. Detrás de mí imaginaba la respiración violenta de Rocío. Corre un poco más, pequeña persona. Te doy ventaja. No soy como tú. De hecho, ya lo verás, soy tan buena en lo que hago que no tendré que perseguirte más. Serás tú la que venga.

Arreglé algunos documentos, recibí al chico de informática para que quitara la configuración de Xianya de mi computadora, archivé algunas carpetas que estaban mal ubicadas, y al final fui al baño a lavarme las manos.

Estaba en mi lugar cuando volví. Descompuesta, provocadora, asustada y desesperada.

—¿Qué te pasa? —me preguntó con la voz temblorosa.

—¿De qué hablas?

—¿Qué es todo eso de que has venido por mí?

—Relájate. Son sólo expresiones que usamos las personas cuando amenazamos a otras.

—¿Estás aceptando que me amenazas? ¿Qué te sucede?

—“Sólo estamos conversando, ¿no, mi amor?”

—Dejémonos de tonterías, Clementina —me dice acercándose a mí para no tener que hablar tan alto—. Las dos sabemos que lo que sucedió no nos beneficia. Ni a ti. Ni a mí. Ni a Fernanda. Piensa en ella. Ella no se merece esto.

—Tienes razón, ella no se merece esto.

—Debemos calmarnos. Las otras podrían empezar a sospechar.

—No deberían conformarse con sospechar. Tienen derecho a preguntar. Y alguna de nosotras va a tener que responder.

—¡No te atreverías! —me dice después de haber soltado una carcajada fingida.

Tomo el teléfono y enseguida me contestan.

—Fernanda, ¿puedes venir a mi lugar?

El estómago me da mil vueltas. El semblante de Rocío se descompone todavía más.

Su cuerpo se mueve en sentido de la falsa seguridad que le daría alejarse de mí, pero es detenida por Fernanda que viene llegando con una sonrisa que yo le quitaría.

—Fernanda, hay algo que Rocío, tú y yo debemos discutir.

—¿Qué es? —pregunta. Comienza a sentir el miedo que también se nos ve a Rocío y a mí.

—¿Quieres decirle tú, Rocío?

—No tengo nada que decirle.

—No me hables a mí, Fernanda está aquí.

—No sé de qué está hablando, Fernanda.

—Tranquila. Todavía no empezamos.

—Clementina, me estás asustando. ¿Qué es?

Necesito una señal, cualquier muestra de movimiento es bueno.

Rocío sale temblorosa de mi oficina. Gracias.

—Gustavo te ha estado engañando conmigo —le digo a Fernanda mirando directamente a Rocío.

—¿Qué?

—No he sido la única. Rocío también ha salido con él.

—¿Rocío?

Vuelve ella del pasillo, moqueando como si llevara toda la tarde llorando.

—No es verdad, Fernanda.

—¿Entonces por qué lloras?

—No sé hace cuánto tiempo se ven Rocío y tu novio, pero puedo contarte cómo fue que yo caí en este lío, del que seguramente Rocío sabe más que yo, porque parece que entre ellos se tienen mucha confianza.

—¿Pero de qué estás hablando, Clementina?

—Un día Gustavo comenzó a coquetearme, yo siempre lo evitaba, y a pesar de que insistía en querer verme yo siempre me negué. Un día me encontré indefensa y se aprovechó de la situación. No sé cómo pasó. No digo que no fue mi culpa. De alguna forma acepté. Tuvimos una cita, o algo así. Nos vimos en un hotel, me emborrachó y tuvimos sexo.

—¿Cómo puedes decir eso, Clementina?

—Es lo que pasó. Lo siento, Fernanda. Tenía que decírtelo porque fue mi error y quiero hacer las cosas lo mejor posible a partir de hoy. Por eso convencí a Rocío de que viniera. Ella también te debe una explicación.

El silencio se hace mantequilla resbalando por las paredes.

Rocío no dice nada. Fernanda vuelve su atención a mí.

—Pero dijiste que habías conocido a alguien.

—Era él. Me hizo creer que le gustaba. Me siento una víctima, como tú, como Rocío.

—¿Rocío?

—No fue mi intención, Fernanda —dice ella.

—¿Cómo que no fue tu intención?

—Simplemente pasó, no me di cuenta.

—¡Estás casada! ¡Y tienes hijos! ¿Cómo pudieron hacerme esto? ¿Hace cuánto tiempo?

—Recién —le digo con una lágrima verdadera.

—Ocho meses —dice Rocío.

—¡Qué! ¡Ocho meses! ¿Dónde he tenido la cabeza? ¡Ese maldito infeliz!

—Lo siento, Fernanda —le digo.

Ella sale de la oficina. Rocío duda en irse o quedarse. Yo me limpio las lágrimas con calma, calculando la línea del rímel. Después la veo directamente a los ojos. No sabe qué hacer. Está acabada. Como me dejaron a mí en ese cuarto de hotel.

—No tenías derecho de arruinarle la vida —me dice con coraje.

—Hay distintas versiones de lo que es la vida. Habrá muchas más de lo que es una vida arruinada.

—No tenías derecho.

Se lleva el papel de baño a la nariz, dando dos pasos para salir de mi oficina.

—En el hotel me dijiste que querías que te enseñara cómo te iba a quitar a tu marido, ¿recuerdas? Así es como te lo voy a quitar.

Levanto el auricular del teléfono simulando que estoy por llamarle. No tengo su teléfono. Rocío se me abalanza como fiera y cuelga el teléfono con mi mano en él.

—¡No te atrevas! ¡No te atrevas!

—Te lo voy a quitar, a fin de cuentas. Pero no va a ser para quedármelo. Se lo daré de comer a los perros después de ver cómo te devoran a ti. ¿Qué van a pensar tus hijos cuando sepan que eres una puta?

—¡La puta eres tú!

—¿Tú crees? Tal vez después de que todos sepan la historia haya nuevas interpretaciones. Después de todo soy sólo una mujer joven, soltera, con ganas de conocer a alguien sincero con quien pueda compartir mi vida. Es natural que algunos hombres me inviten a salir. En cambio, una mujer divorciada, con hijos, vuelta a casar, saliendo con el novio de una de sus amigas, es una escena muy fea.

—Si te atreves a contar tu historia no respondo de las consecuencias.

—Tú no me hablas de consecuencias. No las conoces. Quisiste burlarte de mí en el hotel; me preguntaste por qué lo hacía. No te ibas a imaginar que tengo respuesta. Lo hago, Rocío, precisamente por esto. Mírate. Suplicándome. Lo hago porque se me paga con algo más grande que el dinero. Odio. Amor. Intenciones. Experiencias. Sueños. Ideas. Frustraciones. Miedos. Todos los hombres con los que he estado son míos. Ahora tú también me perteneces. Y te haré pagar por lo que me hiciste.

Desvió la mirada a mis documentos, dando por terminada la “conversación”. Digna y poderosa me veo reafirmada en los pensamientos que de a poco se hacen caleidoscopio en mis ojos. Soy una apostadora sentada en la mesa de póker, poniendo en ella a la familia de Rocío, además de su reputación y la confiabilidad de la que goza. Es verdad que puse también la dignidad de Fernanda, pero ella era la ciega viva, y la perdí en una mano. Aunque esa mano es la mía, sujetando el cuchillo que terminaría con una de nosotras. No siento ganas de cometer suicidio.

Rocío se fue sin más.

Me levanto de mi asiento y trato de caminar hacia el baño. Me tiembla todo. Me encierro en un compartimento y me tapo la boca para que nadie me escuche llorar. Cuando me he desahogado retoco mi maquillaje y salgo a lavarme las manos como si nada hubiera sucedido.

Más tarde llega Leobardo a mi lugar. Está como si nada. Mueve las figuritas Lego que adornan mi escritorio, toma una pelota que en realidad es un gato peludo que sirve para acariciar y quitar el estrés, revisa mi tasa del café y finge que toma de mi termo de agua.

—Qué feo lo que le pasó a Fernanda —me dice.

—¿Qué le pasó?

—Tuvo una pelea con su novio por teléfono. Todos la oyeron.

—¿En serio?

—Sí. Dicen que el chavo estaba saliendo con Rocío. ¿Sabías algo?

—Muy poco.

—Pues sí. Pobre Fernanda, se puso muy mal. Hasta vino Ximena para tranquilizarla.

—Qué mal.

—Sí.

—¿Y qué pasó?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Bueno, Fernanda renunció. Y como Rocío reconoció que estaba saliendo con el otro, le pidieron que por respeto a todos renunciara también.

—¿Renunció?

—No le quedó de otra. Aunque todavía la vi por ahí hace ratito.

—Qué terrible.

—Cada uno se busca su vida.

—Es lo que yo pienso.

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Como era de esperarse, Ximena y Valentino llamaron a una junta para hablar de cierta clase de recato y responsabilidades con la sociedad, siendo todos parte de ella. Blablablá, más palabras, blablablá, condescendencia. Como si no la conociéramos todos.

Desafortunadamente, a mitad de la plática, pasó Rocío detrás de nosotros. Evidentemente todos volteamos a verla.

La reunión se terminó.

Volví a mi lugar y me quedé paralizada mirando lo que me habían dejado.

En la silla estaba mi bolsa con los cuarenta mil pesos, mi labial, mi ropa interior, un paquete de *kleenex* y una nota de tintorería. Podría jurar que ni siquiera la abrieron. Debajo de mi teclado había un recado en un pedazo de papel: “El dinero está completo. Solamente queríamos molestarte. Perdóname”.

Fui al garrafón de agua a fingir que bebía de un conito de papel. Por la ventana miraba a Rocío en el filo de la acera esperando a su esposo. Gruñí por los remordimientos, o porque no me hacía gracia que todo hubiera acabado tan pronto. ¿Qué haces cuando alguien te pide perdón?

Su esposo llegó en un taxi y los vi acomodando las cosas de Rocío en la cajuela.

A Fernanda no pude verla cuando se fue. Estoy segura de que nunca la veré de nuevo.

Se suben al taxi y se van, alejando la vergüenza de nosotros. Ya unos más estaban conmigo viendo la escena, sintiendo, como yo, un alivio variado de situaciones que no se pueden medir sin la vara de la humillación.

Miraba fijamente el asfalto de la calle cuando el taxi había desaparecido. Me preguntaba si había hecho bien desencadenando estas consecuencias y qué ganaría llevándolas hasta el final del recorrido.

No. ALV. No quiero seguir perdiendo mi tiempo.

Regresé a mi lugar y me senté a pensar en nada y en todo, contando los cuarenta mil pesos una y otra vez.

Presa de la libertad.

Toni me dijo que no estaría en su cuchitril esa tarde.

Dijo que estaría ocupada en un hotel donde tenía una cita con el ingeniero Montiel. Como si eso pudiera desmotivarme.

Su advertencia sólo sirvió para que me cambiara el vestido.

“No es necesario que cada hombre ame a su vecino. Sólo es necesario que puedan vivir juntos, en mutua tolerancia”.

Claro que el ingeniero Montiel no es mi vecino, pero sabiendo que los dos vivimos en el mismo mundo, es seguro decir que estamos conectados al menos por el mínimo odio que uno siente por el otro.

Verlo no me emociona.

No sé qué llevó a Toni a darme la dirección. Se había negado tajantemente al principio, después simplemente dije: “¿Dónde está el hotel?”, y me lo dijo.

Llegué después de las nueve de la noche. El taxi se había perdido por las difíciles calles del centro de la ciudad. Por complicaciones con el sentido de las vías, tuvo que dejarme a un par de cuadras del destino.

Caminé un poco nerviosa, a pesar de que las calles no parecían ser peligrosas. Las personas todavía caminaban tranquilas, con sus hijos, con sus parejas, solos, comiendo algo, viendo todo, disfrutando de las formas que son un misterio para los que no estudiamos arquitectura, pero en algún momento de nuestra vida terminamos apreciando la esquina redondeada de un techo o la moldura en los marcos de las puertas.

En la entrada del hotel había un anuncio enorme que decía que no estaba abierto. Un guardia de seguridad cuidaba el edificio, o cuidaba a quienes dentro estaban. ¿Quiénes? Me imaginé al ingeniero Montiel rodeado de abogados y matones, gente lamebotas y Toni, todos alabando las decisiones de su jefe.

El hotel no era de lujo, lo que sinceramente me imaginé que sería cuando venía. Era más bien modesto, pequeño, con colores mostaza, incluso un poco escondido.

En cuanto lo vi estuve segura de que sería la nueva cueva de Toni y sus meseras provocadoras. Del bar al hotel del centro. Un hotel dedicado al *fucky*, sin ganas de aparentar otra cosa.

Imaginé que no faltaban más que un par de minutos para que salieran las muchachitas en calzones a rodear la manzana del hotel, buscando el sustento, no sólo de ellas, sino también el de Toni y de los demás “administrativos”.

Qué lástima me doy sabiendo que trabajé para estos chulos. Y con la lástima me quedo. Atrás quedaron los días en que por cada mal pensamiento me creaba uno bueno. Se acabaron las excusas. Son bienvenidas las realidades.

“No es necesario que toda persona ame sus pensamientos. Hay pensamientos buenos y hay pensamientos malos. Lo único que se requiere para vivir, es aceptar que se puede simpatizar con los dos, en tolerancia y respeto de las circunstancias”. Eso lo arreglé yo.

Le dije buenas noches al guardia y entré sin dejarle preguntarme ni siquiera mi nombre.

“Señorita”, me dijo, pero no me detuvo.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la asquerosa luz del enorme candelabro que colgaba en medio del techo de la recepción, vi al ingeniero, no Montiel, sino Vallerte.

No fingí mi emoción. Ni la escondí.

—¿Qué haces aquí? —le dije segura de conocer esa sonrisa en su cara.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vine a dejar mi carta de renuncia.

—Es verdad. Me lo dijo Alejandro.

Le di un gran abrazo cuando estuve frente a él.

—¿Está por aquí?

—Está arriba.

—Bueno, no tengo prisa.

—¿Puedo preguntar por la razón?

—¿Cuál razón?

—Por la que te vas de la agencia.

—Por la forma en la que me miras creo que lo sabes.

—Tengo una buena idea —me dijo sacando su vaso con alcohol de la parte de atrás de la barra de recepción—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Hace unos días Andrei fue a visitarme. ¿Sabes cuándo fue la última vez que me visitó en mi casa? Cuando leyeron el testamento de Gabriela.

—No es raro que un hombre visite a su padre.

—No, no es para nada raro. Pero cuando ese hombre empieza a preguntar cosas que normalmente no pregunta, se vuelve raro. Indicativo, al menos.

—No hay nada que se te pueda preguntar que sea raro. No finjas conmigo.

—“¿Qué tan seria era tu relación con la mujer que llevaste a las

vacaciones?”, me preguntó. Por la forma en la que dijo “la mujer que llevaste”, de inmediato comprendí que se moría de ganas por decir tu nombre.

—Eso no es indicativo de nada. Las personas estamos hechas para pensar las unas en las otras. Se llaman recuerdos, y casi todos ellos llevan al deseo de modificar el pasado.

—Me alegra pensar que te veré más seguido.

—Pero no lo harás. Acabo de decirte que vengo a renunciar.

—Andrei terminó con Bibiana la semana pasada. Supongo que sabes quién es Bibiana y de lo que estoy hablando.

Enmudecí. ¿De verdad lo había hecho? ¿No era evidente, al menos en este contexto, ahora mismo, que yo también estaba tratando de arreglar mi vida para poder estar junto a él?

—¿Vas a contarle? —me pregunta sin hacer la pregunta completa.

—No lo he decidido.

—No hay futuro para las personas que ocultan su pasado.

—Hubo un día en la casa del bosque donde hablamos de la libertad. ¿Sabes qué fue lo que concluí de aquella conversación?

—¿Qué?

—Que las personas con pasado no tienen futuro.

—¿Cómo es eso?

—Dijiste que el fin de la libertad es suprimirse a ella misma.

—Lo recuerdo.

—Entonces para tener futuro, que es igual a la verdadera libertad, hay que olvidarse del pasado. De lo contrario no nos alejaríamos mucho de nuestros recuerdos. ¿Sabes por qué las personas somos predecibles?

—Porque todos tenemos el mismo pasado.

—Mucho peor. Porque todos tenemos el mismo futuro.

—Clementina... ¿Es ése tu verdadero nombre?

—Siempre lo ha sido.

—¿Cómo planeas ocultar tu pasado? Es mucho peor que la sombra de cada uno. El pasado es incluso peor cuando no hay luz en la que pueda plasmarse.

—Es bien sabido que el mejor lugar para esconder algo es dejarlo a la vista de todos.

—Porque lo común pasa desapercibido, lo entiendo. Pero no estamos hablando de una carta en un estudio. Hablamos de una confesión que expuesta o enterrada pesa lo mismo.

—¿Por qué no lo preguntas como es?

—No entiendo.

—¿No quieres preguntar cómo haré para que Andrei sepa que soy una prostituta sin que yo se lo diga, y más importante aún, sin que importe?

—No eres una prostituta.

—De eso quise convencerme por mucho tiempo. Pero ya no hay diferencia.

—Hoy más que nunca se enaltecen las diferencias.

—¿Te perturba que sea yo la mujer que desea pasar un tiempo con tu hijo?

—¿Un tiempo? ¿Por qué no toda la vida?

—Toda la vida es mucho tiempo.

—Eso es lo más común que te he escuchado decir.

—No lo es cuando te pones a pensar que hay personas que no saben lo que es la vida. Lo es menos cuando sabes que la vida puede empezar después de la muerte. No la tuya sino la de alguien más. Mi padre ha muerto recientemente.

—Lo siento. No lo sabía.

—Gracias. Pero lo que quiero decir es que a pesar de que él vivió su vida, es ahora que ha muerto que empieza a vivir para mí. Lo que voy a decir es más común, pero tiene sentido.

—Te escucho.

—Cuando estaba aquí lo daba por hecho, sabía que podía llamarle y contestaría, sabía que podía ir a verlo y abriría la puerta, que podía gritarle desde la cocina e iría caminando desde la sala. Ahora... ¿Cómo le llamo? ¿Adónde lo visito? Ni siquiera creo que esté en el árbol donde dejé sus cenizas.

—No está en ningún lugar.

—No está en ningún lugar. Si nuestra mente nos distingue de otros animales, e incluso de otros humanos como nosotros, y de ahí vienen todos nuestros recuerdos y las acciones que nos provocan más recuerdos, lo único que puedo hacer ahora es recordarlo, sabiendo que no está en ningún lugar, ¿no significa eso que es libre?

Baja la mirada y asiente con una diminuta sonrisa.

—Las personas comienzan a vivir cuando son libres. Y mientras más se acercan a la libertad, más vivas están —le digo cuando veo que por el pasillo vienen caminando el ingeniero Montiel y Toni a su lado.

—La vida es lo que sigue después de la muerte.

—No es en la muerte donde quiero pasar el tiempo con Andrei. Entonces vuelvo a contestar: Toda la vida es mucho tiempo.

—Es el infinito.

—Tan infinito como lo que tuve que esperar para poder hacer esto —digo para todos cuando los otros se nos han unido.

—Entonces nos dejas —dice el ingeniero Montiel mirándose las manos.

—Me gusta verlo como que ustedes me pierden.

Toni abre los ojos sorprendida. No puede creer que me haga de palabras con su jefe.

—Puedes estar segura de que lo que menos pensamos es que te perdemos. Te vas y otras cuatro como tu llegarán mañana.

—Nunca más tendrán a alguien como yo —digo, arqueando una ceja, acusándolos con mis mejillas.

—Calma. Calma, todos —interviene el ingeniero Vallerte, pero con una sonrisa. Está claro que le gusta ver que pongan en problemas a su amigo.

—Dale un recibo por el dinero y asegúrate que alguien la lleve a su casa —le dice el ingeniero Montiel a Toni.

Tomo con fuerza mi bolsa. Me siento avergonzada de traer cuarenta mil pesos. No por el dinero, ni por el motivo que los traigo. Es que hubiera preferido no tener que sacarlos de mi bolsa así, como si fuera el diezmo que unos cualquiera me exigen como pago de mis pecados.

Hubiera preferido traer cheque. Al menos sería más elegante.

—Estoy seguro —le dice Mario Vallerte a Alejandro— que no te hace falta el dinero.

—Son políticas de la empresa.

—¿Cuál empresa? Tú no tienes ninguna empresa. Esto es un hotel, y aquí no hay ninguna de tus muchachas. No creo que Clementina haya venido a pedir una habitación para pasar aquí la noche.

—Es por el manejo de la imagen, Mario.

—Lo dices como si lo creyeras. Bien sabes que son ellas las que te dan la imagen. Si no fuera por lo que ellas proyectan no estarías en ningún lugar.

—Son cosas administrativas —dice Toni.

—No puedo entenderlo. Disculpa si soy tan ignorante. Además, Clementina, sin afán de encender ningún fuego, y sabiendo todos por qué estamos aquí, deberías saber que este haragán estuvo vendiendo tu imagen como una chica de platino en las citas, y diamante en las reuniones a las que fuiste. Entonces decíamos que le deben... ¿cuánto?, por el manejo de imagen que le dio a la agencia.

—Con todo respeto, señor —dice Toni—, eso no funciona así.

—Toni, por favor haz un cheque a nombre de la señorita por la cantidad de

veinte citas de diamante —dice Mario Vallerte mirando a Alejandro, con una sonrisa cada uno.

El ingeniero Montiel voltea a ver a Toni y asiente levemente con la cabeza.

—Hazlo por diez de platino.

Toni me mira como si nunca me hubiera visto, como si fuera una vista panorámica desde un mirador a media noche. Se retira y nos deja a los tres ahogándonos en lava.

—Como ves, Clementina —me dice Mario Vallerte tomándome la mirada —, siempre hay un trasfondo en los negocios. De eso hablábamos Alejandro y yo antes de que llegaras. Acaba de comprar este hotel. ¿Qué te parece?

—Es un lugar horrible.

—Siempre me fascinó su lasciva sinceridad, señorita Sorrento —me dice seriamente Alejandro.

—Le dije lo mismo —me dice Mario Vallerte—. Pero, aunque no lo creas, es perfecto para su negocio. Un lugar que lo represente.

—El mejor lugar para esconder lo que no quieres que vean... —les digo a los dos.

Llega Toni con el cheque en la mano y me lo pasa resistiéndose a decir algo. Lo tomo y finjo que lo leo, apenas alcanzo a ver la cantidad; muchos ceros, pero estoy más consciente de mis movimientos que del dinero.

Se hace un silencio por un momento. Mario Vallerte y yo nos alzamos sobre él. Después nos sumergimos. Pertenece a ese lugar. Lo fomentamos.

—Va a decepcionar a muchos hombres, Clementina. ¿No le da pena saberse tan poco profesional? —rompe el silencio el ingeniero Montiel.

—No es cuestión de profesionalismo sino de tiempos. Si no vuelvo a ver ninguno de esos muchos hombres de los que usted habla, no será por incumplimiento de contrato, como le gustaría llamarle, sino por falta de tiempo. Además, si de verdad me extrañan, ya encontrarán la manera de buscarme.

—¿A qué se refiere? —me pregunta Alejandro, pero intuyo que sabe lo que voy a decir.

—Tal vez comience mi propia agencia.

Sonríe con desgana. Mario también sonríe, celebrando mi astucia.

—Pero mientras eso ocurra, van a quedar todos esos hombres muy solos. Filas y filas de ellos preguntando por usted.

—No creo que sean tantos.

—No se vaya todavía —me dice cuando el ambiente pone en evidencia que

no hay nada más que decir—. Acompáñenos a tomar algo. Le serviría contarnos su historia. ¿Cómo inició en esto? ¿Qué cosas logró? Si hay algo que le gustaría decirles a los hombres con los que estuvo. Tal vez yo podría pasarles su mensaje.

Sonrió linda pero malévola, tomo del brazo al ingeniero Vallerte, despidiéndome de él, le dedico una mirada a Toni y termino sujeta de los ojos del ingeniero Montiel.

—Dícales a todos que los amo.

Salí por la puerta sintiéndome invencible. Di dos pasos lejos del hotel, miré el cheque y sonreí. Mi compañía no valía tan poco como el dinero. Rompí el cheque y caminé hasta que los pedacitos de papel se deshicieron en mi mano.

El crimen perfecto.

La traición de las mujeres es un icono. Es una representación de los valores imaginados para el también imaginado sexo débil.

Cuando la serpiente dijo: “Te aseguro que no morirás, conocerás lo que es el bien y lo que es el mal”, Eva, siendo la única mujer en el paraíso, se deleitó con la fruta que vio. Se acercó al árbol del que estaba supuesta y comprometida a no comer. Comió y dio de comer a Adán. Entonces se miraron como nunca se habían visto antes, sintiendo vergüenza por su desnudez. Dios entró en sus tierras y dijo: ¿Qué es lo que han hecho?

Lo traicionaron. Pero siempre he pensado que la pregunta se la hizo sólo a Eva. ¿Qué hiciste, Eva? Me traicionaste, e hiciste que mi hijo me traicionara también.

Es tu culpa, Eva. Por ti enamoro hombres, les doy de la fruta prohibida y después corro a esconderme en un pedazo de infierno, alejada del paraíso que se me había prometido, haciendo de cuenta que es mi vida y no la casa del diablo.

Vivo en una ilusión. Lo peor es que mi imaginación es igual a la realidad. Qué desperdicio de consecuencias.

Soy una de esas mujeres que creen que hay un hombre esperándome en algún lugar, un hombre que puede hacerme mejor siendo mejor que yo, al que puedo hacer mejor siendo mejor que él. Soy la mujer que le creería si me dijera que me quiere a su lado. Pero también soy la mujer que se negaría, porque no quiere lastimarlo, aunque sé perfectamente que me niego porque en realidad él no podría lastimarme.

Así de patética soy.

Pero no quiero serlo. Nunca más una cobarde.

Andrei me ha llamado y no he contestado. No pude. No sé qué decirle.

Juré que si volvía a llamar le contestaría, le pediría que viniera, o que me dejara ir con él. Podría convencerlo de que tenemos una oportunidad.

Después de haberme acostado en tantas camas, todas dejadas atrás, sin haber olvidado el olor de la piel de todos esos hombres, después de haber utilizado diferentes máscaras y hablado diferentes idiomas, todos basados en el silencio, quieres hacerme creer, Andrei, que sabes quién soy. Me has dicho que no sabes cómo llegar a mí. Ahora fingiremos que no sabes ni mi nombre. El que oíste es el que tengo, pero la duda te hará estar conmigo hasta el último

de tus días.

Desde que te conocí no he dejado de pensar en ti. Pienso en ti cuando estoy sola, cuando duermo, cuando despierto, cuando trabajo, cuando me divierto, cuando me siento triste. Pensé en ti recostada en la cama de muchos hombres que al final fueron uno solo, los mismos que hubieron pagado por mi compañía. Imaginándome que sus brazos eran tus brazos y su olor era tu olor. Imaginándome que sus sueños eran tus sueños y que el amor que les daba era una pequeña muestra de lo que sentía por ti.

Falta de control. Subversiva suposición. Ideas comunes.

El amor es el mal que las mujeres curamos en los hombres, pero igual nos infecta hasta la degeneración si no amputamos pronto nuestro corazón.

¿A quién le doy el mío? Los hombres que han estado a mi lado no poseen nada de mí. Acaso mantienen un recuerdo que no me representa.

Tú me has dado el tuyo. Has venido por él. ¡No te lo lleves! Quiero tenerlo. También quiero que me tengas.

Mi mundo cambio (¡todo mi mundo!) cuando me dijiste que querías enamorarte de mí. Nunca nadie quiso enamorarse de mí. Siempre fue algo incidental, una vicisitud de las formalidades. Cosas extrañas.

Siempre traté de evitar el esfuerzo que el amor requería porque es más fácil concentrarme en apariencias. Porque tengo miedo. Porque no soy lo que el amor necesita. Porque causo más daño que alivio. Porque siempre he pensado que los sentimientos son ajustables. Pero son rígidos. Lo veo ahora.

Mis ánimos me fulminaron cuando mi celular se encendió. Había mentido. No pude contestarle. Era una cobarde después de todo. Esperé a que volviera a marcar mi número, pero ya no lo haría, no serviría de nada.

El corazón se abrió paso entre mi pecho, salió expulsado hacia el sol cuando Andrei volvió a llamarme. Puse el dedo sobre la opción de rechazar y me juré que algo horrible pasaría si lo deslizaba hacia un lado. ¿Qué quería demostrar? Lo hice. Rechacé la llamada. Sentí que estaba cometiendo suicidio, metiendo la cabeza en el horno de la estufa, como Sylvia Plath. Después acusarían a Andrei de asesino, como lo hicieron con Hughes.

¿Me estoy suicidando o me has asesinado, Andrei? ¿Quién encontrará las cartas que me hiciste?

Había borrado para siempre la última y menospreciada oportunidad que nos dimos.

Perdóname, Andrei. Te he abandonado.

Me despido con una frase que acude a mi cabeza cuando queriendo decir “no te vayas” se me entorpece la lengua, y lo único que hago es llorar, sabiendo que te vas.

Nos vemos en otra vida, cuando los dos seamos lobos.

Vino cuando ya no podía con mis pensamientos. Estuvo afuera un rato, sin moverse, sin llamarme.

Podía ver su sombra debajo de la puerta.

Pulsó el botón del timbre.

Clementina, escuché su voz y tuve que sangrarme los labios a mordidas para no hacer ruido con mi llanto. ¡Es que lo estuve esperando por tanto tiempo!

Le grito desde otro mundo, le llamo, pero no me escucha. Abro la puerta. Enciendo la luna y se convierte en sus ojos. Me desgarró la garganta con las palabras que no digo mientras lo siento acercándose a mí.

Nuestra nueva vida había llegado. Éramos lobos, o nos estábamos transformado en ellos. No hacía falta más.

Tu mano en la mía.

En el cielo se preparaban el sol, la tierra y la luna. Ella era yo; diminuta, fría, pálida, deformada por las colisiones que ha sufrido, por un lado luminosa por el reflejo del sol, por el otro oscura y tenebrosa.

Buscábamos la línea imaginaria donde al posicionarnos haríamos uno de los más bellos paisajes.

Es noche de eclipse lunar. Es noche de tener sexo con el cielo. Es noche de iluminar la penumbra con la linterna que hace el corazón.

Qué afortunados son. Yo no puedo. No está noche. Es que he perdido mi cuerpo. Es que soy un fantasma, o seré la sombra que por unos momentos mata a la luna, cometiendo suicidio o renaciendo de una vez por todas.

¿Cuál es nuestro lugar si no podemos verte brillar a un costado del resto del universo? Cuerpo celestial que sigue siendo el cuerpo del primer hombre que te vio. Espejo del tiempo, dicen algunos, fragilidad viajando al infinito. ¿Eres un monje envidioso de verdes y azules, o un gato que se pasea por un tapiz de millones de soles? Parafraseo.

Aquí seguimos tus hijos, ¿acaso no puedes escucharnos cuando te llamamos? ¿No puedes vernos sobre las sombras violetas que justificas sobre los montes?

Pereces bajo la ceguera que crea un pulgar frente a un ojo. Revives con la chispa estéril de un candil aleatorio detrás del infierno al que te sujetas. En la noche te buscamos. Nuestras angustias brillan en tus ojos.

Confiesa que puedes escucharnos. Confiesa que nuestros aullidos perduran en tus recuerdos.

He imaginado que te llevas el cuerpo de los lobos muertos. Me gusta pensar que viven otra vez cuando los reclamas. ¿Te has olvidado de mí?

La luz moribunda de la luna sobre mi figura, o en lugar de ella.

La mano de Andrei sobre la mía, o en lugar de ella.

—¿Alguna vez has pensado que la vida es un sueño?

—Por supuesto. Es un requisito para pintar lo que pinto.

—¿Me buscarías si pudieras despertar mañana?

—Preferiría no dejar de soñar.

—¿Y si es peor de lo que imaginamos?

—¿Como qué?

—Tal vez en verdad estamos despiertos.

—Mucho mejor.
—No. Así no podrás perdonarme.
—No tengo nada por lo que deba perdonarte.
—He ocultado mi culpa. Te abandoné.
—No fue así.
—Quise repararlo, pero no tenía fuerzas para hacerlo.
—Podemos hacerlo bien ahora.
—Estuve a punto de romper la pintura que me hiciste.
—...
—En el sueño al menos podrías perdonarme. Nunca nos habríamos separado.
—Pero no sería real.
—¿No sería eso increíble?
—Clementina...
—Andrei, perdóname si te hice daño.
—No creo que me hayas hecho daño. Bueno, lo hiciste, pero yo también. Se supone que eso hacemos.
—Quiero que seas real.
—Lo soy. Te pinté un cuadro, ¿recuerdas?
—No era para mí. Yo no soy ella.
—Lo eres para mí. ¿No es suficiente?
—Quisiera que en verdad estuvieras aquí.
—Aquí estoy.
—...
—Clementina, mírame.
—Quiero que seas el verdadero, el que puede hablar, escuchar, sentir y vivir.
—Soy ése.
—Es a ti a quien quiero.
—Si es a mí a quien quieres, entonces mírame, háblame.
—No te vayas.
—No me iré.
—Debes saberlo, ahora que todo lo sabes: No siento arrepentimiento.
—Es normal en las personas reales.
—No seamos reales, entonces.
—Intentémoslo.
—...

—...

—Nada ha cambiado. ¿Sientes mis manos?

Le pregunto de frente y desvía la mirada hacia la oscuridad. Me dice que sí con la cabeza. Acercó mis labios a su mejilla. Sé que me siente así de cerca. Es mi piel, es mi olor, es mi calor. Mis labios le acarician el cuello. Sus manos me acarician la cintura.

Espero un abrazo que llega de a poco.

Una mirada solitaria se engancha a mí, sacrificándose.

Sus ojos se alinean con los míos. Se mueven como si fueran la sombra de la tierra que viene cubriendo la luna. Cubren mis ojos. No hay más. Es él, aquí está y no se irá nunca.

En la oscuridad del eclipse no distingo cuáles son sus sentimientos y cuáles los míos. Esos ojos iluminados. Esos ojos entregados. Esos ojos martirizados. ¿Cuáles son sus ojos? ¿Cuáles son los míos?

—No quiero que te vayas.

Me desvanezco.

Los primeros rayos del sol pasan de largo la tierra e incendian la superficie de la luna, al otro lado de mi ventana.

Andrei se aparta de mi mirada y se posa sobre el cielo. El eclipse se ha disipado.

Mis sentimientos recorren un camino infinito desde la orilla de sus párpados hasta el abismo de sus pupilas.

—No voy a irme. Todavía quiero enamorarme de ti.

También de la cuna la alegría.

—He pensado en mi papá —le digo a Laura mientras miramos la televisión después de haber pasado juntas el domingo.

—¿En Rodolfo?

—No. En Samuel.

Quise contarle que siempre le había guardado rencor por haberme abandonado. Que era peor ahora que sabía que Liliana era igual de culpable. Pero que los perdonaba. Quería decirle que hasta los comprendía. Gracias a su historia me sentía más desconectada del mundo, imaginando que venía de una pareja rota. Pero no había podido imaginarme lo rota que en verdad era la pareja de la que vengo.

Le dije que su historia me había hecho darme cuenta de que vengo de algún lugar después de todo. Que hasta me imaginaba a Samuel siendo mi papá.

Las palabras cínicas de Laura me alejaron de mi cuerpo. Dijo sin siquiera mirarme:

—Samuel no es tu papá.

—Samuel —dije sin cordura—, el esposo de Liliana, mi madre.

—Liliana es tu mamá, sí, pero Samuel no es tu papá.

—Rodolfo era mi papá porque me cuidó siempre y todo eso, pero...

—Rodolfo se enteró de que Liliana y Samuel iban a casarse y fue una noche a buscar a mi hermana. Ella salió y estuvieron peleando un rato fuera de la casa de mis papás. Se fueron y regresó Liliana sola un rato después. Bajé a abrirle la puerta y vio en mis ojos que quería preguntarle, pero no podía, y supongo que ella tampoco podía contarme. Me sonrió. Un par de noches después Samuel y ella anunciaron que se casarían lo antes posible. Se casaron en un registro civil que estaba a dos calles de nuestra casa. Vivieron con nosotros cerca de un mes, hasta que, como ya te había contado, anunciaron que Liliana estaba embarazada. Se fueron a buscar su propia vida a otro lugar. Creo que rentaban una habitación en casa de un familiar de Samuel. Liliana pasó todo su embarazo ahí. Naciste y eso acercó a Liliana un poco a nuestra familia. Pasaba gran parte del día en casa de mis papás, viendo la televisión y comiendo pan con mantequilla. Una tarde fue a mi habitación, cerró la puerta y se sentó a hablar conmigo. Me preguntó cómo iba mi situación con Rodolfo, para ese entonces estábamos saliendo, o algo así. Le dije que bien, que nos estábamos conociendo y que preferíamos llevarlo despacio.

—¿En verdad salías con él?

—Creo que no. Yo quería pensar que sí, pero al final siempre sentía que sólo éramos amigos y que él aceptaba hablar conmigo para tener la oportunidad de ver a Liliana cuando nos visitaba. Pero nunca nos visitó mientras estuvo embarazada. Así que Rodolfo no tuvo oportunidad de verla.

—¿Qué más te dijo tu hermana?

—Dijo que ser mamá se sentía muy raro. Yo la miraba sin saber qué decirle. Ni siquiera ella sabía qué decir. Estuvimos un rato en silencio y luego comenzó a hacer lo que sabía hacer: presumir y burlarse. Me dijo que le daba mucho gusto que Rodolfo y yo fuéramos novios, que al fin podía yo vivir como una persona normal, aunque nada normal sería ser la novia de un hombre que amaba a otra. Yo le dije con mucho coraje que Rodolfo ya no la amaba. Ella me contestó...

—¿Qué?

—Me dijo que no le importaba si ya no la amaba, que le bastaba con saber que algún día la amó tanto como para...

—¿Para qué, Laura?

—Para pedirle que se casaran y tener un hijo.

—...

—Aquella noche en que pelearon fuera de la casa, Rodolfo le pidió matrimonio y le prometió una buena vida. Ella se negó. Liliana me dijo que Rodolfo perdió la cabeza y que la había violado. Pero sonreía mientras me lo contaba. Yo le dije que no le creía. Ella me dedicó las que pudieron haber sido sus últimas palabras. Me dijo: “Nunca lo sabrás”. Me volví loca. Pensaba todas las noches en la posibilidad de que Rodolfo en verdad fuera el padre de esa niña, que eras tú. Dejé de verlo. Simplemente dejé de pedirle que fuera a platicar conmigo y él dejó de ir.

—Laura...

—Cuando volvió, una tarde cualquiera de un día común, bajé a recibirlo y ahí estaba, se veía destrozado, humillado, hablando con mi padre y con Samuel, viéndote en brazos de Liliana. Lo tomé de la mano y le dije que quería enseñarle unas fotografías que había tomado. Lo llevé a mi cuarto y lo abracé. Quería pedirle perdón por lo que mi hermana le había hecho. Se me echó encima y me besó. Yo sabía que lo hacía por rencor, por impulso contra Liliana. Igual le correspondí.

—Eso no es verdad. Rodolfo no era así.

—No lo fue después. Pero jóvenes fuimos otra cosa.

—...

—Samuel se fue solo. Dijo que volvería, que iría a ver cómo se movía la vida en aquellos lugares. Liliana se quedó en casa de mis papás. Rodolfo iba a cenar con nosotros al menos tres veces a la semana. Yo era su novia. Formalmente era su novia. En la mesa nos sentábamos Liliana, Rodolfo y yo a competir los tres contra los tres. Era una sensación feroz. Nos estábamos consumiendo. Una noche, Rodolfo sacó de su chamarra un anillo de bodas y pidió mi mano a la mitad de la cena. Cada vez que lo recuerdo lo veo mirándola a ella y no a mí, y me veo a mí misma diciendo que sí, también mirando la expresión en la cara de Liliana. Con el tiempo la he olvidado. Cuando recuerdo esa escena la veo como un maniquí sin rostro. No recuerdo su cara. Rodolfo y yo nos casamos en la misma oficina de registro civil. Inmediatamente vinimos a vivir a esta casa. Siempre la misma. Siempre los mismos recuerdos.

—¿Se casaron para darle celos a Liliana? No puede ser verdad.

—Pero lo fue. No sé si lo hicimos por celos y venganza. Es fácil juzgarlo de esa manera ahora, pero en su momento se sentía correcto. A pesar de que Rodolfo y yo sabíamos que posiblemente habíamos cometido un error casándonos, sin decirlo, pactamos para hacerlo funcionar.

—Siempre se sintió que no lo amabas. Nunca quise decírtelo.

—No voy a negarlo. Se sentía así, pero no era yo la que no lo amaba. Era él quien no me amó y yo le guardaba rencor por no hacerlo.

—¿Alguna vez te confirmó lo que había dicho Liliana?

—¿Respecto a la violación?

—Sí.

—No de forma directa. Nos peleábamos muy seguido. Yo le echaba en cara que había dejado la universidad para ser su esposa y él me decía que si no fuera por mí su vida sería otra. Cuando Samuel volvió, un par de años después dijo que todo estaba bien, que se irían él y Liliana inmediatamente, pero que sería un problema ir con la niña. Se irían ellos primero y mandarían por ti después. Mis papás se rehusaron a quedarse contigo. Fue una sorpresa para todos sabiendo lo liberales que eran. Supongo que supieron ver algo en ellos que nadie más veía: el fracaso. Pasaron días buscando a alguien que te cuidara. Al final, Rodolfo les dijo que nosotros lo haríamos. Vinieron al día siguiente. Rodolfo abrió la puerta. No había dicho nada en todo el día. No estaba alegre ni enfadado. Cuando se fueron, cuando metió la carriola contigo en ella, su rostro cambió. Desde entonces fuimos quienes somos ahora.

—¿Él sabía que había una posibilidad de que yo fuera su hija?

—¡Claro que sí! A veces te decía en voz baja: Creo que eres mi hija, pero no se lo digas a nadie. Después me preguntaba si Liliana me había contado algo acerca de tu concepción. Yo le decía que Samuel y ella se la pasaban apareándose como conejos, que qué había que saber. Él volteaba a verte inmediatamente después. Esas preguntas y respuestas se acabaron cuando creciste. Ya no se cuestionó tu origen, aunque nunca se reveló, tampoco.

—Pero la posibilidad de que sea hija de Samuel es igual a que sea hija de Rodolfo.

—Cuando Liliana y Samuel se separaron, ella me envió una carta que nunca le enseñé a nadie. Me dijo que nunca volvería. Que le pesaba en el corazón tener que abandonar a su hija de esta manera, pero que estaba segura de que estaría bien en manos de su padre y su tía. Lo dijo así: Su padre y su tía. Inmediatamente pensé que lo decía para deslindarse de las responsabilidades, que nos sería más fácil, a ella y a mí, si nos convencíamos de que Rodolfo era tu papá. Pasé días haciendo cuentas, recordando detalles, hasta visité un médico para hacerle preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Si podríamos saber quién era tu papá por un estudio de sangre, por algún rasgo especial, cosas así. Estaba dispuesta a todo con tal de disipar las dudas. Entonces murió Liliana en ese accidente del que nunca te atreviste a preguntar. Su muerte fue impactante para mí; de alguna manera cambió mi vida. Dejé de investigar. Unos meses después llegó una carta de Samuel, para Rodolfo. Le decía que se casó con Liliana sabiendo la historia que ellos tenían. Que cuando se casaron, Liliana ya estaba embarazada. Y que a pesar de que había pensado en venir a buscarte, le parecía mejor que te educara él, que era tu padre. Rompí la carta. No sé por qué lo hice. La rompí y nunca hablé de ella, hasta ahora. Tuve que ver cómo crecías con nosotros, a un lado de Rodolfo que te miraba con esos ojos de duda, él mismo ahogado en ese veneno. “¿Será mi hija?”, me preguntaba a veces en la noche. Yo no le contestaba. A pesar de que lo sabía.

—¿Cómo pudiste hacer eso?

—No lo sé.

—¿Cómo le escondes una verdad así a tu esposo y a tu hija?

—Siempre te consideraré mi hija, sí. Pero tampoco te debo nada.

—¿Y a él?

Lágrimas interminables caían por sus ojos, gotas silenciosas que hacían su camino entre su cara desmaquillada. ¿Estaba llorando yo también? No sentía

que lo estuviera haciendo. Tuve que llevarme una mano a la cara para comprobarlo. Sí, estaba llorando.

—Le dije cuando estábamos en el hospital. Se lo decía todos los días. En todo momento. Tu hija es Clementina. Perdóname por habértelo ocultado. Clementina es tu hija, siempre lo fue... ¡Perdóname tú también!

Me abalanzo contra ella. Nunca la había visto así. Nunca. Ni siquiera me había imaginado que ella pudiera demostrar esos sentimientos.

Nos quedamos abrazadas, curándonos con ese silencio entre mamá e hija que restaura los hilos de la confianza. Se acabaron las lágrimas, se acabó el silencio, se acabaron los secretos. Entonces pregunté:

—¿Por qué nunca tuvieron hijos?

—Siempre fui consciente de que se había casado conmigo por desprecio a ella. No quería ser la esposa con la que se había conformado. Pensaba que no faltaba nada para que me dejara. Que se cansaría del infierno de sus pensamientos, de las dudas sobre ti, sobre Liliana, sobre mí, y que se iría para nunca volver.

—Pero nunca se fue.

—Se ha ido ahora.

Las palabras de Laura encajaron con el paso del universo. Las dos lloramos un rato recordándolo. Era verdad. Después de todo se había ido.

¿Recuerdas, Rodolfo, la canción que tímidamente te canté en el hospital? Yo soy el castillo de cristal. Yo soy también la columna de arena. Tú eres la ola. Eres ahora mis recuerdos.

Por la puerta entra Kevin con una cara de despistado que no puede ocultar.

—Hola, Tina.

—Hola, Kevin.

—Te tengo una gran noticia —me dice acercándose a mí, sacudiéndose las manos en las bolsas traseras del pantalón.

Laura se levanta de la mesa y se retira a su habitación.

—¿Te vas a quedar a dormir, Clementina? —me dice ella.

—Si tú me dejas, mamá.

—Ya sabes dónde están las cobijas.

—¿Qué pasa Kevin?

—Como les dije, Yesica y yo nos vamos en unos días. Creo que podré pagarte una parte de la deuda que tengo contigo. Ya sabes, lo de aquellas noches. Pero tendrás que aceptar que te pague la otra parte después. Podría

enviarte el dinero en...

—No hables de eso, Kevin. Estamos en casa de mi papá. No es necesario que me pagues. Ya te lo había dicho. No volvamos a discutirlo.

—*Are you serious?*

—Totalmente *serious*.

Lo escuchó un rato agradecerme, contarme sus planes, hablarme de lo mucho que quiere a su novia, cosas que no necesita decirme, pero lo hace como pago simbólico de las deudas de las que ha sido absuelto.

—Kevin. Necesito pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—¿Podrías mostrarme la foto de Liliana?

Se levanta apresurado a traerla. Para él ha de ser como una reconciliación. ¿O lo será para mí?

Regresa con la foto, limpiando el cristal con su camisa. No me la da en la mano, a pesar de que la estiré para recibirla. La pone en la mesa y yo tardo en tomarla.

La miré por un buen rato. Veía sus ojos y trataba de ver los míos. Miré su boca y quise pasar mi lengua por mis labios. Miré sus mejillas y siendo ésas las mismas que las de Laura también serían las mías. Un par de finas líneas recorriendo su cuello. Pensé que era como estar frente a un espejo.

—¿Quieres ver una de Samuel?

—No es necesario —le respondí suponiendo que entendería lo demás—. ¿Te importa si me la llevo a mi casa?

Ya estaba metiendo el marco con la cara de Liliana a mi bolsa.

—La había traído para ti.

Me levanté y le di un abrazo. Fui a la habitación de Laura y toqué con cuidado. Abrí. Estaba acostada en su cama.

—No te levantes. Vine a decirte que me voy a dormir a mi departamento. Vuelvo mañana para comer.

—¿Tienes una cita con aquel muchacho?

—Hoy no. Pero sé que no voy a poder evitar un sermón de tu parte mañana que venga.

—No es sermón si las dos sabemos que tengo razón.

Saqué de mi bolsa el anillo que me dio la diseñadora de joyas de aquella fiesta tan lejana. Tomé la mano de Laura y se lo puse en uno de sus hermosos dedos.

—No la tienes, mamá. Nos vemos en la comida de mañana.

Cerré la puerta viéndola inspeccionar el pedazo de sol que le había regalado.

Salí a buscar a Kevin. Le pregunté si necesitaría el auto esta noche. Me dijo que no.

Estaba por cerrar la puerta cuando recordé la razón principal por la que había venido. Además de la verdad.

Vacíé el plato de agua de Breco en el fregadero y busqué el de su comida. Los puse en una bolsa de plástico y los aventé a la cajuela. Regresé al cuarto de Laura y abrí sin tocar.

—Laura, me llevo a Breco a vivir conmigo.

—¡Ya era hora! Pobre perro está muy solo aquí.

Como si supiera que estábamos hablando de él, Breco se asoma entre la puerta de Laura y mis piernas, moviendo la cola, buscando mi mirada.

¡Vámonos, Bre!

Habiendo pasado por comida, para él y para mí, llegamos a mi departamento después de las siete. En el estacionamiento estaba Dubái con Vruno. Jugaban con una pelota.

Mientras arreglaba las cosas, Breco miraba el ir y venir de la pelota entre las patas de Vruno. Me alegré de tener algo de qué hablar con mi vecino.

—Dubái.

—Hola —me dijo mientras se acercaba.

—Necesito que me ayudes con algo.

—Dime.

—Éste es Breco. ¿Podrías presentárselo a Vruno?

—¡Vruno! ¡Ven!

Breco se bajó del carro por la puerta abierta. Después de olfatearse un rato comenzaron a perseguirse.

—¿Lo acabas de comprar?

—No. Era de mi padre. Lo cuidaré yo ahora que él ha muerto.

—Qué bueno que te tenga a ti —me dijo. Nada acerca de la muerte de mi padre, ni un falso lamento, ni la mínima lástima hacia mí.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le dije.

—Me iba bañar y a cenar. Lo mismo de siempre.

—Déjame invitarte a cenar. Pero ve a bañarte primero.

—No quiero molestarte.

—No empieces con eso. Dime sí o dime no.

—Sí, gracias.

—Lleva también a Vruno.

—¿Tendrás más visitas? Vruno se pone eufórico cuando está con mucha gente. Podría romper tu casa.

—Sólo estaremos Breco y yo.

Subimos por la escalera. Breco hasta adelante jugando con las orejas de Vruno.

—No tardo —me dijo Dubái. Le asentí con una sonrisa. Esa sonrisa. ¿Dónde estaba?

Comimos cada uno una sopa instantánea, tostadas con chile, papas con salchichas hundidas en cátsup y una cerveza. Después vimos en la televisión un capítulo de *True detective* comiendo dulces. Dubái se la pasó contándome toda la historia anterior al capítulo que estábamos viendo. No entendí nada. Breco y Vruno dormían en un rincón cerca de la puerta. Vruno se levantó cuando Dubái se despedía de mí.

Cruzaron hacia su puerta. Dubái me sonreía a mí, Vruno miraba a Breco entre mis piernas.

—Hasta luego.

Después de bañarme me dediqué a mirar la fotografía de Liliana. ¿Sería verdad toda la historia de Laura? No podía asegurar otra cosa. Después de todo, nunca la había escuchado contar una historia. ¿Con qué motivos inventaría ésta?

Me contenté sabiendo que Rodolfo siempre me había querido por las razones correctas, y que yo le correspondía de la misma manera.

Me acerqué al librero, hice espacio al frente y puse la fotografía de Liliana a un lado de las cenizas incrustadas en la madera.

—Para ti siempre fue una mancha —dije viendo los ojos detrás del cristal del marco—. Y tu lugar está a su lado.

Me acurruqué en mi sillón abrazando un cojín. Juré que pasaría la noche viendo musicales. Fui por helado y le puse *play* a Los miserables, con Hugh Jackman y Anne Hathaway.

La era del aullido.

Me es fácil olvidar que el mundo gira cuando veo por la ventana y todo se ve tan quieto.

Detrás de aquellas colinas existe la vida como la que existe de este lado. ¿Habrá allá una Clementina detrás de sí misma, cometiendo hoy los errores que yo cometí ayer?

En la mesa estaban los restos de dos filetes sobre dos platos manchados de crema y salsa. En los vasos todavía vivían algunas gotas del vino que me mantiene la cabeza en las nubes.

Nuestro sol se había ido, la luna no terminaba de definirse, lo único visible en el azul opaco del cielo eran las estrellas; luz que se crea a sí misma. En el reflejo del cristal sobresalía el brillo del jade debajo de mi cuello.

Encontré la manera.

Dejé que me acariciara un rato frente al ventanal. La gente que pasaba por la calle podría voltear la vista, pero no importa. ¿Acaso no han visto antes a dos personas que quieren amarse verdaderamente?

A mí volvió el pensamiento que desde hace un par de meses no me había dejado: ¿Por qué hago esto?

La respuesta siempre fue evidente.

Lo hago por él; quien quiera que sea. Lo hago por mí.

Camino, hablo, miro, sonrío y escribo para él y para mí. Porque todos estamos podridos. Porque todos estamos hartos. Porque todos estamos solos. Nuestro juguete favorito sigue siendo el tiempo. ¿Quién sabe cuánto más hemos de pasar en este lugar?

Giré para quedar de frente a él. Ambos desnudos. Nuestra piel resplandecía con la luz que entraba directo de la calle. En el interior nada más que oscuridad aparente. Ninguna lámpara iba a poder apartar la emoción que la noche nos traía.

En medio de esa lobreguez encontré sus ojos brillosos. Juré que los había visto antes, pero, ¿cuántas veces? ¿En cuántos hombres cabía la misma mirada?

Pasé mis dedos por el costado de su ceja, esa ceja enorme que me encanta cuando lo veo de perfil con su cara dura, con sus gestos bruscos, esa ceja arqueada que enmarca la indiferencia que se prende en sus ojos como una luz preventiva.

Me deja acariciarlo. Me deja amarlo.

Apuntó con uno de sus dedos una nube color durazno en el cielo. Es que el universo se estaba quemando.

Miré cuando supe que se había llevado mi mirada con la suya. La recuperé para volver a ver su rostro.

Calculé la altura a la que quedaba su espeso y perfecto bigote cuando me besaba. Cálculo y ejecución.

Sus labios. Los mismos labios que los míos. Los mismos labios que todos los demás.

Su voz iba y venía en ondulaciones que simulaban ser aquellos montes floreados al final del año. Esta voz en particular, la misma de antes, la misma de siempre. Estábamos él y yo sobre esas flores, pisando la tierra de ese monte arqueado.

¿Ya había sentido esto? Muchas veces, pero siempre es tan diferente.

Puse mis manos sobre sus amplios hombros. Él me tomó por la cintura. Seguía mirando las nubes almibaradas recorriendo el campo celestial, envueltas en fuego.

El mundo gira y no nos damos cuenta. El cielo que me señala ya no está ahí, nunca más lo estará. Ni nada de lo que vemos. Ni siquiera nosotros.

Despídete de mí. Eso es el infinito. Éste es mi lugar. Un ventanal que asemeja el marco de una fotografía que todos nos hemos hecho. Una amistad que tuvimos y dejamos perder. Un amor que parecía verdadero siendo fugaz. Una promesa que siempre se hace y nunca se cumple. Igual que un deseo. El tiempo que no se recupera. El tiempo que se deja pasar. El tiempo que se aprovecha. El tiempo que nos falta. La soledad en medio de una reunión. Un momento que nunca se puede recordar. Las camas en las que he dormido y los hombres con los que me he compartido.

Yo soy el infinito.

Habiendo perdido todo, recuperando un poco más, sabiendo que todos se han ido, recibéndolos de nuevo cuando me doy la vuelta, no me queda más que despertar.

Vacía puedo ser irreal, pero el sueño colapsa por el peso. Se restituye cuando él me abraza. No puedo dejar de soñar cuando no puedo dormir por las noches. ¿Estoy durmiendo si no dejo de soñar? Cuando despierto el mundo se ha ido. Todavía estoy tratando de encontrarlo. Por ahora no dejo de crearlo.

Intento buscar una nueva manera de expresar lo que nos lleva a la vida. Son los sueños. Es la soledad. Es la muerte. Es la vida misma. La debilidad me ha hecho fuerte. Pero esa fortaleza no me basta para curar la soledad de todos.

Aparté mi pierna de la suya y su cicatriz brilló intensamente. Lo miré y me permití sentir que estaba cayendo en el sueño, otra vez.

¿Qué cosas han pasado, acumulándose unas sobre otras, para que podamos ser lo que somos?

Me miraba con una sonrisa dibujada en la comisura izquierda de su boca.

Aparté la vista de su pierna y le dediqué una de las sonrisas que dejan vacíos a los hombres. Me imaginé que en su interior lo sostenía una barra de acero que lo cruzaba desde las piernas hasta la cabeza. Afiné la mirada y supe que lo haría doblarse.

Suspiró cuando llevé su cabeza a mi pecho. Es mi corazón. O es el suyo. El de todos. El de cualquier otro.

En la ventana veíamos cómo se iluminaba la ciudad. Se encendían todas las luces, una por una, como si hubieran sido programadas para seguirse entre ellas.

Mi piel estaba fría, como la de él. Lo tomé de la mano y me acerqué a su cuerpo.

La única razón por la que estamos solos es porque así podemos estar juntos, pensé.

Lo llevé a la cama y me acompañó sin resistencia. Me acomodé de costado, invitándolo a recorrer mi cadera. Con las manos hice una almohada para mi cabeza.

Mirando las luces trataba de imaginar los montes que se habían desvanecido detrás del bullicio de la ciudad. Todavía alcanzaba a ver sus siluetas cenicientas; figuras que parecían una sola.

Sentí su mano en mi cintura y temblé. Inmediatamente sus labios fueron a mi cuello. Cuando su nariz rozaba mi oreja le regalaba un suspiro. Él lo bebía como si fuera agua.

El metal de su cuerpo había pasado a mi pecho, se fundía en mi interior, corriendo el fuego por mis venas.

Me puse de pie y caminé de vuelta al ventanal. Miré la inmensa luna asomándose detrás del edificio más alto.

Corrí la cortina hasta quedar detrás de ella, envuelta en la penumbra, y volví a la cama, donde él me estaría esperando.
